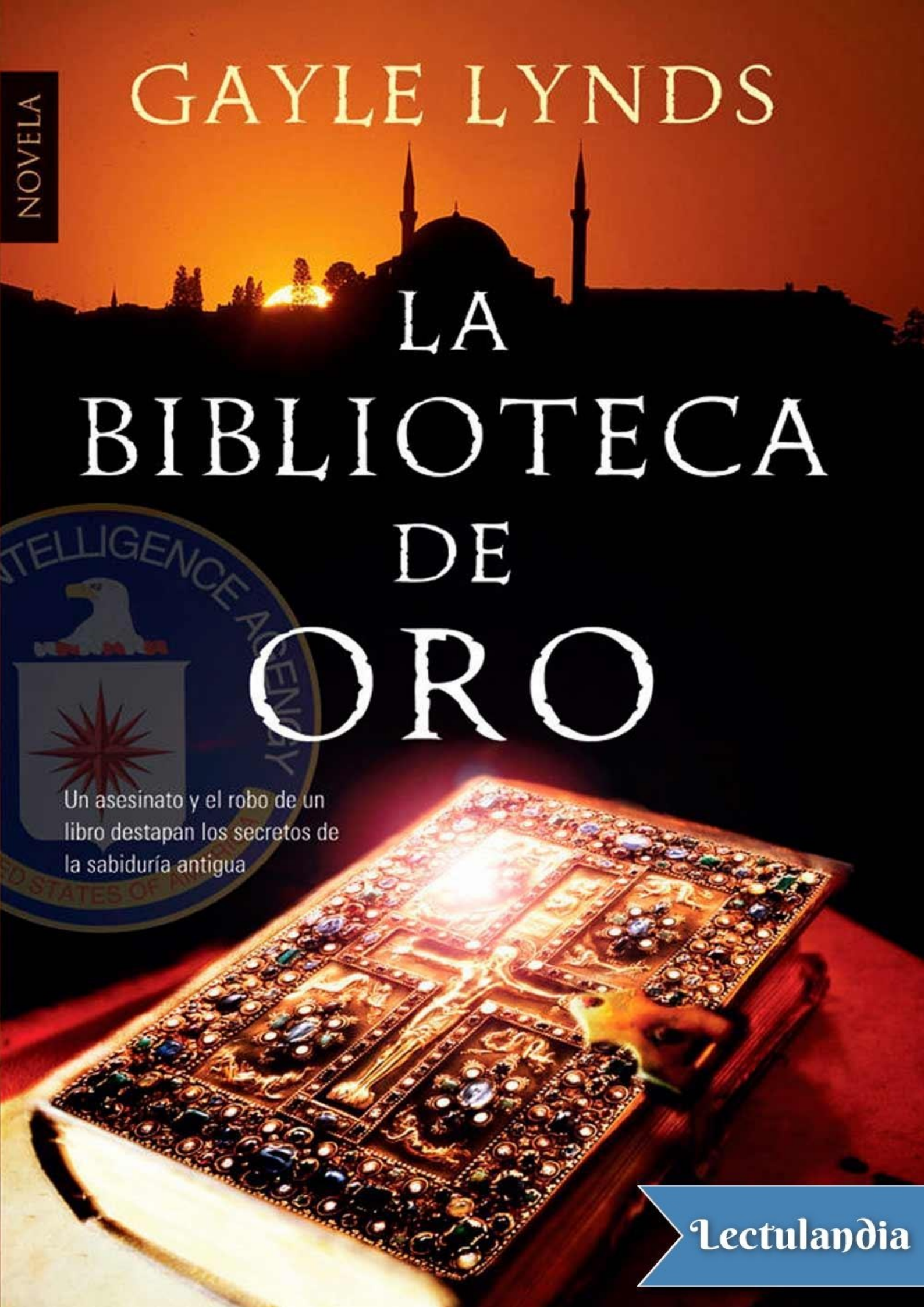
NOVELA

GAYLE LYNDS

LA BIBLIOTECA DE ORO

Un asesinato y el robo de un libro destapan los secretos de la sabiduría antigua



Lectulandia

Desde hace varios siglos, reyes, políticos e historiadores han buscado en vano la Biblioteca de Oro de Iván el Terrible, que contenía manuscritos de incalculable valor, encuadernados con incrustaciones de oro y piedras preciosas, y donde se reunía todo el saber de la humanidad. Aún hoy no se ha encontrado.
El agente de la CIA Tucker Andersen es testigo del asesinato en Washington de su mejor amigo. Jonathan Ryder, antes de morir, le habla de una abultada cuenta bancaria relacionada con el terrorismo islámico y de la Biblioteca de Oro. Los primeros indicios apuntan a un selecto club de bibliófilos, formado por potentados de todo el mundo, que se habría implicado en actividades criminales. Con la ayuda de Judd Ryder, hijo de su difunto amigo, y Eva Blake, una restauradora que tiene problemas con la Justicia, Tucker Andersen tratará de descubrir las claves del asesinato de Ryder. Londres, Roma, Estambul o Atenas son así etapas de un emocionante viaje en busca de la verdad y quién sabe si de un trágico destino.

Lectulandia

Gayle lynds

La bibloteca de oro

ePUB v1.0
NitoStrad 22.06.13

más libros en lectulandia.com

Dedicado a mi nieta Sophia Stone,
niña de luz y de gracia

Título original: *The Book of Spies*
Autor: Gayle Lynds
Fecha de publicación del original: marzo 2010
Traducción: Alejandro Pareja

Editor original: NitoStrad (v1.0)
ePub base v2.0

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, organizaciones y hechos que se presentan en esta novela son fruto de la imaginación de la autora, o se emplean de manera ficticia.

Primera parte

La cacería

Cuando Julio César se dirigía al Senado, le entregaron en mano una nota. Sus espías habían trabajado bien y le comunicaban la conjuración para matarlo y la lista de los conjurados. Por desgracia, César tenía prisa y no leyó la nota. Una hora más tarde, fue asesinado.

De la traducción del *Libro de los Espías*

En el mundo oscuro del espionaje, no siempre es fácil saber si has descubierto un secreto o no.

Revista *Time*, 9 de enero de 2006

CAPÍTULO

1

Una biblioteca podía ser un lugar peligroso. El bibliotecario recorrió con la mirada a los diez hombres, vestidos con esmóquines bien cortados, que estaban sentados cómodamente alrededor de la larga mesa ovalada que ocupaba el centro de la sala. A su alrededor, las paredes estaban llenas desde el suelo hasta el techo de magníficos manuscritos iluminados, más de mil. Sus encuadernaciones espectaculares, recubiertas de oro, estaban dispuestas hacia el exterior, para exhibir las piedras preciosas que las decoraban, que valían una fortuna.

Aquellos hombres eran miembros del club de bibliófilos que poseía y manejaba la Biblioteca de Oro secreta, donde se celebraba siempre la cena anual. El acto final era el torneo, en el que cada uno de los miembros ponía a prueba al bibliotecario proponiéndole una pregunta. Los hombres saboreaban el coñac, rodeados de montañas de libros, en aquella atmósfera que vibraba de luz dorada. Observaban atentamente al bibliotecario.

—Trajano —planteó el jurista internacional de Los Ángeles—, del 53 al 117 de nuestra era. Trajano fue uno de los emperadores guerreros más ambiciosos de la antigua Roma, pero pocos saben que, además, tenía veneración por los libros. El monumento más destacado que erigió en recuerdo de sus victorias militares es la llamada Columna Trajana. La hizo levantar en el patio situado entre dos galerías de la Biblioteca de Roma, que también era obra suya.

Pareció como si la sala contuviera la respiración, expectante. El bibliotecario se pellizcó la chaqueta del esmoquin. Tenía casi setenta años y era un hombre aseado, de rostro arrugado. Tenía el pelo ralo, grandes gafas y una sonrisita perpetua en los labios.

La tensión fue en aumento mientras él reflexionaba.

—Está claro —dijo por fin—. Escribió sobre ello Dión Casio Coceyano.

Se dirigió a los estantes donde se guardaban los ochenta volúmenes de la historia de Dión Casio, la *Romaika* , recopilada en los siglos II y III y transcrita por un calígrafo bizantino en el siglo VI.

—Aquí está la historia, en el volumen setenta y siete. La mayor parte de la historia de Dión Casio se ha perdido. En nuestra biblioteca se conserva el único ejemplar completo.

Mientras los miembros del grupo exclusivo reían con agrado, el bibliotecario

puso el grueso volumen en manos del interrogador, que acarició los ópalos y zafiros que estaban engastados en su cubierta. Contemplando con aprecio el libro dorado, lo dejó de pie junto a su copa de coñac. Ya había otros ocho manuscritos iluminados de pie junto a otras tantas copas de coñac. Cada uno daba fe del conocimiento profundo de la literatura antigua y medieval por parte del bibliotecario, así como del valor inapreciable de la biblioteca misma.

Ya solo quedaba el décimo miembro, el director en persona. Sería él quien formularía la última pregunta del torneo.

Los hombres se sirvieron más coñac. Su cena anual era, intencionadamente, de una teatralidad deslumbrante. Horas antes de que se sirviera el primer martini habían llegado de Johannesburgo, en *jet* privado, diez patos salvajes recién cazados. Se traía a los cocineros en avión desde París, con los ojos vendados, por supuesto. El menú era exquisito, de siete platos, entre ellos mollejas trufadas con castañas. Los vinos y licores eran de los mejores; el coñac de aquella noche era un Louis XIII de Rémy Martin que, en el mercado actual, costaba más de mil dólares la botella. Todos los licores del club de bibliófilos procedían de la propia bodega del club, a la que habían ido contribuyendo sus miembros anteriores y cuya calidad era indiscutible.

El director carraspeó, y todos volvieron la mirada hacia él. Era estadounidense y había llegado en avión de París aquella misma mañana. El ambiente de la sala cambió y se volvió amenazador, de algún modo.

El bibliotecario se concentró, atento.

El director lo miró fijamente.

—Salah al-Din, también llamado Saladino, del 1137 o 1138 al 1193 de nuestra era. El general Saladino, musulmán kurdo, era célebre por su red de espías. Una noche, en Asiria, su enemigo, Ricardo Corazón de León, se acostó en su tienda, custodiada por todas partes por sus caballeros ingleses. Rodearon la tienda de una franja de ceniza blanca, tan ancha que nadie podría atravesarla sin dejar huellas. Pero cuando se despertó Ricardo, había aparecido junto a su cama un melón que tenía una daga clavada hasta la empuñadura. La hoja bien podría estar clavada en el corazón de Ricardo. Era una advertencia que le dejaba Saladino, por mano de uno de sus espías. El espía escapó sin dejar rastro y sin que lo atraparan.

Las miradas volvieron a clavarse en el bibliotecario. Este se había ido poniendo más tenso a cada palabra. La puerta que estaba a su espalda se abrió sin hacer ruido. El bibliotecario volvió la vista y vio entrar en la sala a Douglas Preston. Preston era el jefe de seguridad de la biblioteca, hombre alto y musculoso, experto en armas y que se tomaba en serio su labor. No iba de esmoquin; llevaba su cazadora de cuero y sus pantalones vaqueros habituales. Cosa rara, traía en la mano una toalla.

El bibliotecario se dirigió a otra estantería, al fondo de la sala, mientras se esforzaba por hablar sin que le fallara la voz.

—El relato se encuentra en el *Sirat Salah al-Din*, la *Vida de Saladino*…

—Tiene razón, por supuesto —lo interrumpió el director—. Pero yo quiero otro manuscrito. Tráigame el *Libro de los Espías*.

El bibliotecario se quedó inmóvil, con la mano extendida hacia el volumen. Se volvió. Los hombres tenían los rostros indignados, implacables.

—¿Cómo se han enterado? —susurró.

Nadie respondió. Había tal silencio en la sala, que el bibliotecario pudo oír las pisadas de zapatos con suela de goma blanda. Antes de que hubiera tenido tiempo de volverse de nuevo, la toalla de Preston le cayó sobre el cráneo, cubriéndole los ojos y la cabeza. Sonó la estrepitosa detonación de un disparo, y él sintió una erupción de dolor en la cabeza. Mientras caía, comprendió que el jefe de seguridad le había dado un justo aviso de lo que le esperaba, empleando una técnica de la época moderna de la Secta de los Asesinos: la toalla era para cubrir los orificios de entrada y de salida, evitando las salpicaduras de sangre y de hueso. El club de bibliófilos lo sabía.

CAPÍTULO

2

Los Ángeles, California Abril, un año después

Eva Blake sonrió al entrar en el laboratorio de restauración del Centro Getty, con sus pilas y sus campanas extractoras. Sobre el mar de mesas de trabajo había manuscritos, mapas y rollos iluminados de centenares de años de antigüedad. Descabalados y apolillados como estaban, a todos se les haría volver a la vida útil. El trabajo de restauradora era más que una profesión para ella; al restaurar los libros antiguos, se restauraba a sí misma.

Eva recorrió la sala con la vista. Ya había otros tres restauradores inclinados sobre sus mesas, puntos solitarios de movimiento dentro de aquel vasto laboratorio de alta tecnología. Pronunció un *hola* alegre y tomó una bata. Era una mujer esbelta de treinta años, de rostro de belleza sobria (buenos pómulos, barbilla suave y redonda, labios carnosos) que se resistía al corte marcado de los cánones clásicos. La cabellera pelirroja le caía sobre los hombros, y tenía los ojos azul cobalto. Aquel día llevaba puesta una blusa blanca de cuello abierto, falda de tubo blanca y sandalias blancas sin tacón. La rodeaba un aire de elegancia, así como una blandura, una vulnerabilidad, que ella había aprendido a ocultar.

Se detuvo ante el puesto de trabajo de Peggy Doty.

—Hola, Peggy. ¿Cómo marcha tu nuevo proyecto?

Peggy alzó la cabeza, se retiró del ojo una lupa de joyero y se puso inmediatamente unas gafas grandes y gruesas.

—Hola, ¿qué tal? Séneca me preocupa. Me parece que podré llegar a salvar a Aristóteles, pero al fin y al cabo fue él quien dijo que la felicidad es una forma de acción; con esa actitud tan zen, es de esperar que aguante más.

Peggy, nacida y criada en Inglaterra, era una gran restauradora y vieja amiga de Eva, tan buena amiga que le había seguido siendo fiel cuando a esta la habían acusado de homicidio imprudente por accidente de tráfico tras la muerte de su esposo. A Eva se le hizo un nudo en la garganta al acordarse de él. Se llevó la mano a la cadena de oro que llevaba al cuello, en un gesto automático.

—Siempre me ha gustado Aristóteles —dijo después.

—A mí también. Veré qué puedo hacer por Séneca. Pobre hombre. Se le está despegando la toga como la cáscara de un plátano.

Peggy tenía el caballo castaño corto y revuelto, las gafas ya se le empezaban a deslizar por la nariz, y llevaba tatuada en el antebrazo la leyenda *EX LIBRIS* dentro de un corazón de color rosa.

—Está en buenas manos —dijo Eva, haciendo ademán de marcharse.

—No te vayas aún. Seguro que agradeceré tu ayuda; el origen de esta pieza está fatal —dijo Peggy, indicando el gráfico medieval coloreado que tenía extendido en su mesa de trabajo—. Espero los resultados del análisis de datación, pero me encantaría saber al menos el siglo.

—Claro. Vamos a ver qué podemos sacar en limpio —dijo Eva. Acercó una silla.

El gráfico medía unos veintiún centímetros de ancho por treinta de alto. En la parte inferior había dos figuras humanas con togas de color azul luminoso y sandalias. La figura de la izquierda era Aristóteles, que representaba la filosofía natural, y la de la derecha era Séneca, la filosofía moral. Todo parecía indicar que eran una pareja mal avenida: Aristóteles era griego, mientras que Séneca era romano y había nacido casi cuatrocientos años más tarde. Eva los estudió un momento, y dirigió después la mirada a los medallones que se alzaban sobre sus cabezas como si fueran nubes. En cada medallón se expresaba, por parejas, las teorías opuestas de cada uno de los dos filósofos. Era un combate de ideas entre dos grandes pensadores clásicos. Los textos del gráfico estaban escritos con el alfabeto cirílico.

—El gráfico en sí está escrito en ruso antiguo —explicó Eva—, pero no con el alfabeto reformado de Pedro el Grande. Así que lo más probable es que se hiciera antes del año 1700.

Puso el dedo junto al margen derecho del pergamino, donde aparecían unas palabras pequeñas y desvaídas, escritas en letras mayúsculas.

—Esto no es ruso antiguo ni moderno; es griego. Quiere decir: «Creado bajo la mano de Máximos, después de catalogar la Biblioteca Real».

Peggy se acercó más, mirando atentamente.

—Tengo bastante claro que Máximos es un nombre griego —dijo—. Pero ¿de qué Biblioteca Real se trata? ¿De Rusia, o de Grecia? ¿De qué ciudad?

—Nuestro creador de gráficos, Máximos, nació en Grecia con el nombre de Miguel Trivolis, y después se le conoció con el nombre de Máximos. Cuando se trasladó a Rusia, lo llamaron Máximo. ¿Te basta esta información para saber quién era?

El pequeño rostro de Peggy se iluminó.

—San Máximo el Griego —dijo—. Pasó mucho tiempo en Moscú, traduciendo libros, escribiendo y enseñando. Recuerdo que lo estudié en un curso de Historia Oriental.

—Y con esto, tienes la respuesta a tu pregunta: Máximo llegó a Rusia en 1518 y no volvió a marcharse. Murió unos cuarenta años después. Así que, tu gráfico se hizo

en Rusia, en algún momento de la primera mitad del siglo XVI.

—Estupendo. Gracias.

Eva sonrió.

—¿Cómo te va con Zack? —le preguntó. Zack Turner era jefe de seguridad del Museo Británico de Londres.

—De lejos, ya que él sigue allí y yo sigo aquí. Ay de mí… y ay de él.

—¿Por qué no te vuelves a la Biblioteca Británica?

—Me lo he estado pensando. ¿Y cómo te va a ti? —preguntó Peggy a su vez, con preocupación en la mirada.

—Bien.

Era verdad, en términos generales, ahora que el Getty había ofrecido a Eva aquel trabajo de restauradora para que fuera tirando hasta el juicio. En el laboratorio no era tan visible; la prensa había cubierto el accidente con el coche hasta el agotamiento. No en vano Charles había sido el famoso director de la elitista biblioteca Elaine Moreau, y ella, conservadora destacada allí mismo, en el célebre Getty. Encantadores, atractivos y enamorados, habían sido una pareja de moda en el mundillo del arte y del dinero de Los Ángeles. La muerte dramática de él, y la detención de ella, y sus negaciones, habían proporcionado un escándalo de los más jugosos.

Le había resultado duro pasar todo el día en casa, todos los días, después del accidente. Buscaba a Charles entre las sombras; esperaba oír su voz en el jardín; dormía con la almohada de él apretada a la mejilla. El vacío la rodeaba como un puño frío, oprimiéndola con fuerza en una especie de estado de suspensión dolorosa.

—Cuánto lo siento, Eva —le estaba diciendo Peggy—. Charles era un gran erudito.

Ella asintió con la cabeza. Volvió a llevarse los dedos a la cadena que llevaba al cuello. Colgaba de ella una moneda romana antigua con el perfil de la diosa Diana; era el primer regalo que le había hecho Charles. Ella no se había quitado nunca el collar desde la muerte de él.

—¿Cenamos juntas esta noche? —le propuso Peggy con tono animado—. Te invito yo, por haberme dejado acceder a ese cerebro tan grande que tienes.

—Con mucho gusto. Tengo clase de karate, así que te veré después.

Acordaron el restaurante, y Eva fue a su puesto de trabajo. Se sentó y atrajo hacia sí el brazo de su microscopio estereo-binocular. Le agradaba la familiaridad de aquel movimiento y la comodidad de su mesa, con sus visores de diapositivas, su flexo y su lámpara de luz ultravioleta. El proyecto en que trabajaba era un manuscrito de aventuras sobre los caballeros del rey Arturo, realizado en Londres en 1422.

Miró por el ocular del microscopio y levantó con un bisturí una escama casi suelta de pigmento verde del vestido de una princesa. La tranquilidad de aquel trabajo y la atención meticulosa que exigía la calmaban. Aplicó cuidadosamente un adhesivo

bajo la escama de pintura.

—Hola, Eva.

Estaba tan concentrada que la voz le produjo una conmoción sorda que le recorrió el cuerpo. Levantó la vista. Era su abogado, Brian Collum.

Era de estatura mediana, de más de cuarenta y cinco años, con las cejas y el cabello del color gris de los imanes y con la cara con fuerte mandíbula de hombre que sabía lo que quería en la vida. Iba impecable, con un traje gris carbón de raya diplomática. Era el socio principal del bufete internacional Collum y Asociados. La representaba en el juicio por la muerte de Charles, en virtud de la amistad que los unía.

—Cuánto me alegro de verte, Brian.

—Tenemos que hablar —dijo Brian, bajando la voz. Su rostro alargado solía irradiar optimismo. Pero esta vez no. Tenía una expresión sombría.

—¿No son buenas noticias? —dijo ella. Echó una mirada a sus colegas y observó que estos aparentaban cuidadosamente estar absortos en sus proyectos respectivos.

—Son buenas, o son malas, según cómo lo veas tú.

Eva se lo llevó al aire libre, a un patio con césped y flores. El agua de una fuente corría serenamente sobre unas rocas dispuestas a la perfección. Todo aquello pertenecía al Centro Getty, un complejo de arquitectura llamativa, revestido de vidrio y de travertino italiano que se alzaba en lo alto de una colina de los montes de Santa Mónica.

Pasaron en silencio ante visitantes del museo y fueron a sentarse juntos a un banco donde nadie podría oírlos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

Él no se anduvo con rodeos.

—Tengo una oferta de la oficina del fiscal. Si te declaras culpable, te darán una sentencia reducida. Cuatro años. Pero con buena conducta saldrás en tres. Están dispuestos a ofrecerte el trato porque no tienes antecedentes como conductora y eres un miembro respetado de la comunidad.

—De ninguna manera —replicó ella, haciendo un esfuerzo por mantener la calma —. No conducía yo.

—¿Quién conducía, entonces?

La pregunta quedó suspendida como una guadaña en el aire límpido de California.

—¿De verdad no te acuerdas de que Charles se puso al volante? —le preguntó ella, a su vez—. Cuando nos pusimos en camino, tú estabas en la puerta de tu casa. Yo te vi. Tuviste que vernos a nosotros.

Aquella noche habían asistido a una cena en casa de Brian, y ellos habían sido los últimos invitados que se habían marchado.

—Esto ya lo hemos hablado. Entré en casa en cuanto os di las buenas noches, antes de que ninguno de los dos os acercaseis a vuestro coche. El alcohol nos hace engañarnos.

—Y por eso mismo yo no habría conducido de ninguna manera. Jamás.

Volvió a contar la historia, procurando que no se le asomara el horror a la voz.

—Pasaba de la una de la madrugada, y volvíamos a casa. Charles conducía, y nos reíamos. Como en Mulholland no había tráfico, Charles daba bandazos con el coche. Salíamos despedidos contra los cinturones de seguridad, y eso nos hacía reír todavía más. Conducía con una mano; después, con la otra…

Eva frunció el ceño. Había algo más, pero se le escapaba.

—De pronto, nos salió delante bruscamente un coche, de una entrada privada de vehículos. Charles pisó el freno con fuerza. Nuestro coche patinó sin control. Debí de perder el sentido. Lo siguiente que recuerdo es que estaba atada a una camilla…

Eva tragó saliva.

—… y Charles había muerto.

Se alisó la tela de la falda con la mirada perdida en la distancia, mientras la devoraba el dolor.

El silencio de Brian se hizo tan largo que pareció como si sonara con más fuerza el rumor lejano del tráfico de la autopista de San Diego.

Por fin, dijo con amabilidad:

—Estoy seguro de que eso es lo que recuerdas; pero no tenemos pruebas que lo apoyen. Y con el dinero tuyo que llevo gastado pagando a investigadores para que busquen a testigos, debo llegar a la conclusión de que no van a aparecer.

El tono de voz se le endureció.

—¿Cómo va a reaccionar un jurado cuando les digan que te encontraron a tres metros de la puerta del conductor, y que esta estaba abierta, lo que indica que tú ibas al volante? Y Charles iba en el asiento delantero del pasajero, con el cinturón de seguridad fusionado a lo que quedaba de su cuerpo. No podía haber ido conduciendo de ninguna manera. Y tú tenías uno con seis de alcohol en sangre, el doble del límite legal.

—Pero yo no iba conduciendo… —empezó a decir ella; pero se interrumpió. Se dominó, haciendo un esfuerzo—. Crees que debo aceptar el trato que ofrece el fiscal, ¿verdad?

—Lo que creo es que el jurado creerá que ibas tan bebida que tienes amnesia parcial y no recuerdas lo que hiciste. Pedirán la pena máxima. Yo te recomendaría que no aceptases la oferta si tuviera la menor chispa de esperanza de poder convencerlos de lo contrario.

Eva, conmocionada, se levantó y se puso a caminar alrededor del plácido estanque que rodeaba la fuente. Sentía una opresión en el pecho. Clavó la vista en el

agua mientras intentaba respirar hondo. Primero había perdido a Charles, con todos los sueños y esperanzas que tenían en común para el futuro. Charles había sido un hombre brillante, divertido, siempre interesante. Eva cerró los ojos, casi sintiendo que él le acariciaba la mejilla, la consolaba. El corazón le dolía de tanto como lo añoraba.

Y ahora corría el peligro de ir a la cárcel. Aunque la perspectiva la aterrorizaba, se reconoció a sí misma por primera vez que era posible. En toda su vida no había tenido nunca amnesia, pero aquella vez quizá sí. Si tenía amnesia parcial, quizá fuera verdad que se había puesto al volante. Y si había hecho aquello… eso querría decir que había matado a Charles de verdad. Bajó la cabeza y apretó la alianza de oro que llevaba puesta en el dedo. Le corrieron lágrimas por las mejillas.

Brian, a su espalda, la tocó en el hombro.

—¿Recuerdas a Trajano, el gran emperador que amplió el Imperio romano?

Ella se secó la cara con un movimiento rápido de los dedos y se volvió hacia él.

—Claro. ¿Qué pasa con él?

—Trajano era implacable y astuto, y venció todas las grandes batallas a las que envió a sus tropas. Seguía una regla: si no puedes vencer, no luches. Si no luchas, no te pueden derrotar. Sobrevivirás. Acepta el trato, Eva. Sobrevive.

CAPÍTULO

3

Washington, D. C. Abril, dos años más tarde

Tucker Andersen, con un termo de café caliente y dos tazones, cruzó la calle para llegar al parque Stanton, a solo cinco manzanas de su oficina de Capitol Hill. Las sombras de la medianoche eran largas y negras y el aire estaba fresco. No había niños en el parque infantil ni transeúntes por las aceras. Mientras absorbía el aroma del césped recién segado, escuchó el rumor del tráfico que pasaba por la calle C. Todo estaba como debía.

Localizó por fin a su viejo amigo Jonathan Ryder, aunque casi no se le veía donde estaba, sentado en un banco ante la estatua de granito del héroe de la guerra de Independencia, Nathanael Greene. Aquella noche, la mujer de Tucker le había llamado para decirle que Jonathan quería ponerse en contacto con él.

Tucker se acercó. Era un hombre esbelto de metro setenta y cinco, con músculos largos de corredor, como había sido y lo seguía siendo. Tenía los ojos grandes e inteligentes, tras unas gafas de concha; el bigote, castaño claro; la barba, gris muy corta. Era bastante calvo, con un cerco de cabellos entre castaños y grises que le llegaban al cuello de la camisa. Tenía cincuenta y tres años y, aunque según su documentación oficial era de la CIA, era algo más y algo menos al mismo tiempo.

—Hola, Jonathan —dijo Tucker. Se sentó y cruzó las piernas—. Me alegro de volver a verte. Cuánto tiempo… diez años, ¿no?

Lo observó. Aunque Jonathan no era hombre pequeño, ahora lo parecía. Y tenso. Muy tenso.

—Diez años, por lo menos. Te agradezco que hayas acudido avisándote con tan poco tiempo.

Jonathan esbozó una rápida sonrisa, luciendo una hilera de dientes blancos y perfectos en su cara surcada de arrugas. Era delgado y estaba en forma; sobre la ancha frente llevaba una buena mata de pelo rubio que empezaba a encanecer. En vez de su traje de ejecutivo habitual de un sastre de Saville Row, llevaba pantalones de chándal negros y una sudadera negra con el escudo de la Universidad de Yale en la manga.

Tucker le dio un tazón y sirvió café para los dos.

—Parecía que era importante; pero también es verdad que tú siempre has sido

capaz de contar un amanecer como si anunciara la venida de los ángeles.

—Sí que es importante —dijo Jonathan. Olió el café—. Huele bien.

Bebió. Las manos le temblaban.

Tucker se sintió inquieto por un momento.

—¿Cómo está la familia? —le preguntó.

—Jeannine está estupendamente. Muy ocupada con todas sus obras benéficas, como de costumbre. Judd ha dejado el Servicio de Inteligencia Militar y no se va a volver a alistar. Después de tres estancias en Irak y una en Pakistán, ha terminado por tener bastante.

Vaciló.

—Últimamente he estado pensando mucho en el pasado —comentó.

Tucker dejó el termo en el banco, a su lado. Los dos habían sido muy amigos en sus tiempos de estudiantes en Yale.

—Recuerdo cuando estábamos en la universidad y tú organizaste ese club de inversiones —dijo—. Me hiciste ganar mil dólares en dos años. Aquello era un dineral en aquellos tiempos.

Jonathan asintió con la cabeza, y después sonrió.

—A mí me parecía que tú no eras más que un listillo —dijo—; muy guapo, pero sin cerebro y sin comprometerte. Hasta que me salvaste el pellejo aquella noche en la Alexanderplatz, en el Berlín Oriental. ¿Te acuerdas? Para aquello tuviste que tener mucho músculo… e inteligencia.

Después de la universidad, los dos se habían alistado en la CIA y habían participado en operaciones; pero Jonathan lo había dejado a los tres años para sacarse un máster en Administración de Empresas en la escuela universitaria Wharton, de la Universidad de Pensilvania. Con aquello y su licenciatura en Química, había trabajado en diversas empresas farmacéuticas y después había fundado la suya propia. Ahora era director y presidente del Consejo de Administración de Tecnologías Bucknell. Tenía dinero y poder, frecuentaba la vida social de Washington y asistía regularmente al Desayuno de Oración anual del presidente.

—Me alegro de haber hecho aquella buena obra —dijo Tucker—. Mira dónde has terminado tú, de magnate del sector farmacéutico, mientras yo sigo rondando por los barrios bajos y por los callejones que huelen a meados.

Jonathan asintió con la cabeza.

—A cada uno lo suyo. Pero si hubieras querido, podrías haber llegado a director en Langley[1]. Tu problema es que eres un burócrata malísimo. ¿Has oído hablar de un videojuego que se llama *Burocracia*? Si te mueves, pierdes.

Tucker se rio por lo bajo.

—Vale, viejo amigo. Ya es hora de que me digas de qué se trata.

Jonathan miró su café y lo dejó después sobre el banco, a su lado.

—Ha surgido una situación. Me tiene muerto de miedo. Es más de tu competencia que de la mía.

—Tú tienes muchos contactos. ¿Por qué yo? —le preguntó Tucker, y tomó un trago de café.

—Porque esto hay que llevarlo con cuidado. En eso tú eres maestro. Porque somos amigos, y voy a hundirme. No quiero morirme también.

Miró a Tucker, y apartó después la mirada.

—He dado con una cosa… —siguió diciendo—. Una cuenta de unos veinte millones de dólares en un banco internacional. No tengo claro del todo de qué se trata, pero estoy convencido de que tiene que ver con el terrorismo islámico.

Jonathan quedó en silencio.

—Sigue —le dijo Tucker con impaciencia—. ¿En qué banco? ¿Por qué crees que los veinte millones tienen relación con el yihadismo?

—Es complicado —dijo Jonathan. Volvió la cabeza a un lado y a otro, observando el parque. Tucker miró también. La amplia extensión seguía desierta.

—Has venido hasta aquí —dijo Tucker, reprimiendo el impulso de sacarle información a la fuerza—. Tú sabrás lo que me quieres decir.

—Yo no tuve nada que ver con ello. No es que yo sea un angelito… Pero no entiendo cómo alguien ha podido…

Jonathan se estremeció.

—¿Qué sabes de la Biblioteca de Oro?

—No he oído hablar de ella nunca —dijo Tucker.

—Es la clave. Yo he estado allí. Fue donde me enteré de esto…

Mientras Jonathan hablaba, Tucker lo observaba con atención. Estaba inclinado levemente hacia delante, con la vista perdida a media distancia.

No hubo ningún ruido. Ningún aviso. De pronto, apareció un punto rojo en la frente de Jonathan, y la parte posterior de la cabeza le explotó con un chasquido fuerte. La sangre, los tejidos y los huesos salieron despedidos por el aire.

Tucker reaccionó inmediatamente, aplicando su preparación. Antes de que el cuerpo sin vida de Jonathan hubiera tenido tiempo de derrumbarse, Tucker ya se había tirado a la acera y había rodado sobre sí mismo para refugiarse bajo el banco. Dieron en el hormigón dos disparos más del francotirador que hicieron saltar esquirlas. El corazón le palpitaba con fuerza. La sangre de su amigo goteaba a su lado. Tucker tragó saliva y blasfemó. Había venido desarmado.

Marcó el 911 en su móvil y dio parte del atentado. Después, se despojó de su chaqueta, la enrolló formando un bulto y la levantó para llamar la atención. Era de color beis claro y contrastaba con las sombras. Cuando vio que no había más disparos, salió reptando de debajo del banco. Corrió por el parque hacia la avenida Massachusetts, de donde le parecía que habían salido los tiros. Por el camino pensaba

en lo que le había dicho Jonathan: terrorismo islámico… veinte millones de dólares en un banco internacional… la Biblioteca de Oro… ¿Qué demonios sería la Biblioteca de Oro?

Tucker recorrió la zona con la vista mientras cruzaba la calle. Una pareja joven tomaba café en vasos de Starbucks; él llevaba un maletín. Otro hombre iba empujando un carrito de supermercado. Una mujer madura con ropa de deporte y una mochila pequeña pasó corriendo y dio la vuelta. Cualquiera de ellos podía ser el que había disparado; el rifle, desmontado rápidamente, podría ocultarse en el maletín, en el carrito de supermercado, en la mochila. O podía ser otra persona que lo estuviera siguiendo todavía.

Cuando Tucker llegó a la calle Sexta, se adentró corriendo en el tráfico veloz. Oyó entre el estruendo de las bocinas el sonido característico de una bala que le pasaba por encima de la cabeza. Agachado entre los carriles por los que pasaban aprisa los coches, se volvió y miró hacia atrás. Había un hombre de pie en la acera, en la esquina, empuñando una pistola con las dos manos.

Mientras el hombre volvía a disparar, Tucker aceleró, corriendo en el mismo sentido del tráfico. Sonaron más bocinas. El aire se llenó de maldiciones. Un taxi había dejado a su pasajero y se disponía a incorporarse al tráfico. Tucker lo golpeó en la aleta para que redujera la marcha, abrió la puerta trasera de un tirón y se arrojó al interior.

El taxista volvió la cabeza bruscamente.

—¿Qué demonios…?

—Siga.

Mientras el taxi se ponía en marcha, Tucker miró por el parabrisas trasero. Por detrás de ellos, el asesino entraba corriendo entre el tráfico denso, mirando a todas partes, buscando todavía su objetivo con la pistola. Apareció una furgoneta que lo ocultó a la vista de Tucker. Cuando la furgoneta se apartó y dobló la esquina, volvió a verlo, tres manzanas más atrás. Un coche lo esquivó, haciendo sonar la bocina. Otro coche patinó. El hombre giró sobre sí mismo, y un sedán que circulaba a toda velocidad le dio de lleno. Desapareció bajo las ruedas del coche.

—Déjeme aquí —ordenó Tucker. Arrojó dinero al taxista y se apeó de un salto.

Volvió corriendo e inspeccionó el flujo del tráfico. Deberían haberse detenido. Al menos, deberían estar sorteando al asesino atropellado.

Mientras llegaban al parque dos coches de Policía haciendo sonar las sirenas, Tucker recorrió toda la acera de aquella manzana bordeada de árboles. Por ambos lados. Seguía pasando el tráfico ruidosamente. No había ningún indicio de un cadáver.

CAPÍTULO

4

El funeral de Jonathan Ryder se celebró en la iglesia presbiteriana Chevy Chase, en el noroeste de Washington. Una multitud sombría llenaba el templo: hombres de negocios, abogados, inversores, filántropos y políticos. En la primera fila se sentaba Jeannine, la viuda de Jonathan; el hijo de este, Judd, y diversos parientes. Tucker Andersen, por su parte, se buscó un sitio al fondo desde donde podría observar y escuchar.

Después de que mataran a Jonathan, la Policía había registrado los edificios que rodeaban el parque Stanton y había interrogado a todos los posibles testigos. Entrevistaron a la viuda, al hijo, a sus vecinos y a sus socios y compañeros de trabajo, que no comprendían por qué habría querido alguien asesinar a un hombre bueno como era Jonathan. La investigación policial seguía en marcha.

Al documentarse sobre las últimas palabras de Jonathan, Tucker solo había encontrado una alusión a la Biblioteca de Oro en la base de datos de Langley. Después había buscado en la biblioteca *online* y había hablado con historiadores de las universidades de la zona. Había consultado también a los analistas de objetivos de la unidad de antiterrorismo. Hasta el momento, no había encontrado nada útil.

—En Jesucristo se ha vencido a la muerte y se ha reafirmado la promesa de la vida eterna.

La voz del pastor, que oficiaba la liturgia de Testigos de la Resurrección, retumbaba en las altas paredes.

—Este es el tiempo de celebrar los dones maravillosos que recibimos de Dios en nuestro trato con Jonathan Ryder…

Tucker sintió una oleada de duelo. Concluyó por fin la celebración de la vida de Jonathan, y los acordes de *La cruz vieja y tosca* llenaron el templo. La familia salió en primer lugar. Judd Ryder ayudaba a su madre, que iba con la cabeza baja.

Tucker salió tras ellos en cuanto hubo pasado un tiempo prudencial.

La recepción se celebró en el salón Chadsey, de la misma iglesia. Tucker charló con los asistentes, presentándose como viejo compañero de estudios de Jonathan. Duró una hora. Cuando Jeannine y Judd salían por la puerta, solos, Tucker les salió al encuentro.

—Tucker, cuánto me alegro de verte —le dijo Jeannine con una sonrisa—. Te has quitado la barba.

Era una morena menuda y llevaba un vestido de tubo negro con una gargantilla de perlas sencilla. Había cambiado mucho; ya no era aquella esposa vivaracha que recordaba Tucker. Tenía la edad de él; pero daba una sensación de haberse asentado, de que ya no quedaba nada por preguntar.

—Karen se quedó conmocionada —reconoció Tucker con una sonrisa. Durante los últimos años se había estado dejando y quitando la barba a temporadas—. Hacía ya bastante tiempo que no me veía la cara entera.

Dio la mano a Judd, el hijo de Jonathan.

—La última vez que nos vimos estabas estudiando en Georgetown —le dijo. Recordaba cuando nació Judd, que era el ojito derecho de Jonathan. Su nombre completo era Judson Clayborn Ryder.

—Hace mucho tiempo de eso —asintió Judd con cordialidad—. ¿Tú sigues con Estado?

Judd tenía treinta y dos años. Medía un metro ochenta y cuatro, era ancho de hombros y se movía con soltura. Tenía el rostro cubierto de finas arrugas y moreno por haber pasado demasiadas horas al sol. Sus cabellos eran ondulados y castaños, y sus ojos pardos se habían desvaído hasta quedar en un gris oscuro, reflexivo. Tenía la mirada firme como una roca, pero se le apreciaba un aire de desencanto y un atisbo de cinismo. Tucker recordaba que estaba retirado después de pasar por los Servicios de Inteligencia Militar.

El Departamento de Estado era la tapadera de Tucker desde hacía mucho tiempo.

—Si se quieren librar de mí, tendrán que despegarme de mi mesa con una palanca.

—La Policía dice que estabas con papá cuando le dispararon.

Judd dijo aquello con tono de leve curiosidad, pero Tucker percibió algo más profundo.

—Sí. Vamos a charlar un rato fuera.

Caminaron hasta el prado. Solo quedaban unas pocas personas que iban subiendo a los coches y las limusinas que esperaban junto a la acera.

Tucker acompañó a los dos a un lugar a la sombra de la iglesia de piedra.

—¿Alguno de los dos habéis oído hablar de la Biblioteca de Oro?

—Era uno de los cuentos que me solía contar papá al acostarme, como los de *Lorna Doone* y *La Pimpinela Escarlata* —dijo Judd—. ¿Y tú, mamá?

Jeannine frunció el ceño.

—Lo recuerdo vagamente —dijo—. Lo siento, pero no recuerdo gran cosa. Era una cosa entre Jonathan y Judd.

—¿Tuvo algo que ver la Biblioteca de Oro con el asesinato de papá? —preguntó Judd.

Tucker se encogió de hombros.

—La Policía cree que puede haberle disparado un imitador de los Francotiradores de la Circunvalación.

Los Francotiradores de la Circunvalación habían sido responsables de una oleada de asesinatos aleatorios, algunos años antes.

—Es horrible —dijo Jeannine, llevándose la mano a la garganta.

Judd le pasó un brazo por los hombros.

—Jonathan me dijo que quería que lo ayudara en algo relacionado con la biblioteca —siguió explicando Tucker—. Pero murió sin poder decirme exactamente de qué se trataba. ¿Qué te contó a ti tu padre de la biblioteca, Judd?

Judd cambió de postura sobre sus pies.

—Voy a resumir lo esencial. Todo empezó en el Imperio bizantino. A lo largo de un milenio, mientras los emperadores conquistaban el mundo, recogieron y produjeron manuscritos iluminados. Pero en 1453 el Imperio cayó bajo los turcos otomanos. Aquello podría haber significado el fin de la biblioteca de la corte; pero una sobrina del último emperador huyó llevándose los mejores libros. Estaban recubiertos de oro y de joyas. Cuando la sobrina se casó con Iván el Grande, se llevó consigo a Moscú ochocientos libros.

Judd hizo una pausa.

—La leyenda nació con el nieto de ambos, Iván el Terrible —siguió contando—. Después de que este heredara la biblioteca, añadió más manuscritos iluminados y empezó a permitir que algunos visitantes europeos importantes vieran la colección. Estos, impresionados, hablaban de ella al volver a sus países. Corrió por todo el continente la voz de que solo entre los libros dorados de Iván se podía llegar a entender de verdad la sabiduría, el arte, la riqueza y el poder eterno. Así adquirió la colección su nombre, la Biblioteca de Oro. Era un buen cuento de aventuras con final feliz, que se convirtió en misterio. Iván murió en 1584, quizá por intoxicación mercurial. Hacia la misma época, varios de sus espías y asesinos a sueldo murieron de enfermedad o fueron ejecutados… y la biblioteca desapareció.

Tucker se había ido inclinando hacia delante mientras escuchaba. Retrocedió de nuevo y volvió la vista hacia Jeannine.

—¿Es eso lo que recuerdas tú? —le preguntó.

—Es mucho más de lo que había oído nunca.

—He consultado en la biblioteca y he encontrado aproximadamente esos mismos datos —reconoció Tucker—. La biblioteca de la corte bizantina existió, en efecto, pero muchos historiadores opinan que no llegó ningún libro a Moscú. Algunos consideran que unos pocos terminaron en Roma y que los turcos otomanos quemaron muchos, se quedaron con algunos y vendieron los demás.

—Me gusta más la versión de Jonathan —opinó Jeannine.

—¿Preguntaste a tu padre cómo había conocido la historia, Judd?

—Nunca se me ocurrió.

—¿Dónde decía Jonathan que está ahora la biblioteca?

Judd miró a Tucker con severidad.

—He terminado de contártela como terminaba de contármela mi padre: con la muerte de Iván el Terrible y la desaparición de la biblioteca.

—¿Te importaría que mirara los papeles de Jonathan? —preguntó Tucker a Jeannine.

—Te lo ruego, si crees que puedes encontrar algo —respondió ella.

—Yo te ayudaré —le dijo Judd.

—No es necesario… —intentó decir Tucker.

—Insisto.

Los Ryder vivían en el barrio exclusivo de Chevy Chase, que pertenece al estado de Maryland. La casa era una mansión blanca señorial de estilo neohelénico, con seis altas columnas rematadas por un frontón con relieves intrincados. El despacho de Jonathan estaba lleno de libros. Pero aquello no era nada en comparación con la biblioteca propiamente dicha. Tucker la contempló. Desde el suelo de parqué hasta el techo, a dos pisos de altura, se exhibían ante él miles de libros, muchos de ellos con encuadernaciones artesanales de piel.

—Esto es asombroso —dijo Tucker.

—Era coleccionista. Pero ¿ves lo gastado que está su sillón? No se limitaba a coleccionar libros; también leía mucho.

Tucker miró el sillón de cuero rojo, gastado y suavizado por el uso. Recordando su misión, volvió al despacho con Judd. Empezaron a revisar el escritorio de cerezo de Jonathan, sus archivadores a juego y las cajas de cartón con sus efectos personales que habían enviado desde su oficina en la sede central de la Bucknell.

—El Departamento de Estado es una buena tapadera —dijo Judd como sin darle importancia—. ¿Para quién trabajas de verdad, Tucker? ¿Para la CIA? ¿Para Seguridad Interior? ¿Para Inteligencia Nacional?

Tucker soltó una carcajada.

—Lamento desilusionarte, hijo. Trabajo de verdad para Estado. Y, no, no para la inteligencia de Estado. Me dedico, simplemente, a los papeleos, a ayudar a los diplomáticos a estar al día de los diversos cambios de política relacionados con Oriente Medio. Un experto en papeleos, como yo, es la persona ideal para revisar los documentos de Jonathan.

En realidad, Tucker era un agente encubierto, por lo que, si salía a relucir su situación real, podrían verse comprometidos otros espías, las operaciones, los informadores, los agentes y las personas que habían trabajado con él a sabiendas o sin saberlo.

—De acuerdo —dijo Judd, y dejó el tema.

A preguntas de Tucker, Judd describió a este la situación que había visto en Irak y en Pakistán, sin llegar a decirle, a su vez, nada tangible acerca de su trabajo.

—Apuesto que te quieren reclutar todas las agencias de la CIA —dijo Tucker. La CIA era la Comunidad de Inteligencia.

—Todavía hace poco tiempo que he vuelto a casa.

—Te buscarán. ¿No te tienta?

Judd se había quitado la chaqueta y, con los pantalones oscuros del traje y la camisa con gemelos, estaba agachado junto a una caja de cartón, leyendo nombres de carpetas.

—Papá me preguntó lo mismo. Cuando le dije que no, intentó convencerme para que trabajara con él en la Bucknell. Pero yo he ahorrado y tengo alquilada una casa adosada en La Colina[2]. Tenía pensado no hacer nada hasta que no aguantara más. Por entonces, ya sabré lo que me conviene hacer.

Tucker había estado revisando el escritorio de Jonathan. En el último cajón había carpetas. Leyó las etiquetas. La última no llevaba nombre. La sacó. Contenía media docena de recortes de periódicos y de revistas con fecha de la última semana; todos los artículos trataban del yihadismo en Afganistán y en Pakistán. Levantó la vista. Judd le daba la espalda. Plegó los recortes, se los guardó en el bolsillo interior de la chaqueta y volvió a dejar la carpeta vacía en el cajón.

Encendió el ordenador de Jonathan.

—¿Sabes la contraseña de tu padre?

Judd volvió la cabeza.

—Prueba con *Jeannine*.

Esto no dio resultado, y Judd sugirió otras contraseñas. Por fin, funcionó con la fecha de nacimiento de él. En cuanto Judd volvió a dedicarse a las cajas de cartón, Tucker lanzó una búsqueda general del término *Biblioteca de Oro*, pero no descubrió nada. Después, inspeccionó los datos financieros de Jonathan en su programa Quicken. No había ningún aviso de incidencia.

—La cena —anunció Jeannine desde la puerta abierta—. Tenéis que descansar.

Se sentaron con ella a la mesa de arce de la cocina para compartir una cena sencilla.

—Tenéis una casa muy bonita —comentó Tucker—. Jonathan llegó muy lejos desde su South Side de Chicago.

—Todo esto era importante para él —dijo Jeannine, con un gesto que abarcaba la casa y todo el mundo privilegiado en que vivían—. Ya sabes lo ambicioso que era. La empresa le encantaba, y también le encantaba poder ganar mucho dinero con ella. Pero, cosa rara, creo que no habría podido ganar nunca lo suficiente para ser verdaderamente feliz. Con todo, pasamos muy buenos ratos.

Las lágrimas le asomaban a los ojos, y dejó de hablar.

—Pero tenemos muchos recuerdos estupendos, ¿verdad, mamá? —dijo Judd.

Ella asintió con la cabeza y siguió comiendo.

—Jonathan debía de viajar mucho, supongo —dijo Tucker.

—Constantemente —dijo ella—. Pero siempre se alegraba de volver a casa.

Después de tomar café, Tucker y Judd volvieron al despacho. A las diez de la noche ya habían concluido la búsqueda, y Tucker estaba aburrido de aquella tarea tan monótona.

—¿Seguro que no te animas a tomarte un coñac? —le preguntó Judd mientras lo acompañaba a la puerta principal—. Mi madre se sentará con nosotros.

—Me gustaría, pero tengo que volver a casa. Karen se va a creer que me he perdido.

Judd asintió con la cabeza en gesto de complicidad, y se dieron la mano.

Tucker se dirigió a su viejo Oldsmobile. Aquel coche le gustaba. Tenía un motor potente, de ocho cilindros, e iba como la seda. Se subió, recorrió el resto del camino particular circular, atravesó el portón electrónico y salió a la calle, dirigiéndose a su casa de Virginia, mucho más modesta. Estaba trabajando, y por eso no se había llevado a Karen al funeral. Pero ella lo estaría esperando con el fuego encendido en la chimenea. Sentía la necesidad de verla, de recordar los buenos tiempos y de olvidarse un rato del miedo que oyó en la voz de Jonathan, miedo a algún desastre inminente que no había tenido tiempo de nombrar.

Antes, cuando seguía a la limusina de Jeannine y Judd, camino de la casa de estos, le había parecido que un Chevrolet Malibu lo seguía durante la mayor parte del camino. Al entrar con el Oldsmobile por el portón de los Ryder había reducido la velocidad mientras miraba por el retrovisor. Pero el coche había pasado de largo sin que le dirigiera una sola mirada su conductor, cuyo perfil no se distinguía bien, pues llevaba una gorra de golf bien calada en la frente.

Ahora, mientras conducía, Tucker entró en alerta de segundo grado, vigilando a los peatones y a los demás coches. Después de recorrer diez manzanas hizo un giro brusco y entró por una calle tranquila. Volvía a tener detrás un coche, que podía ser el mismo. De color oscuro. También giró una moto que seguía al coche.

Tucker hizo otro giro brusco a la derecha y dobló después a la izquierda, entrando en una avenida residencial silenciosa. El coche todavía lo seguía, y la moto también. Pisó el acelerador. Se oyeron disparos que entraron por el parabrisas trasero. Recibió una lluvia de fragmentos de vidrio. Se agachó, sacó su Browning de nueve milímetros y la dejó en el asiento del pasajero. La llevaba siempre encima desde la muerte de Jonathan.

Pisó el acelerador a fondo, sintió que el gran motor de ocho cilindros se revolucionaba, y el coche salió despedido hacia delante entre la noche. Las casas pasaban a su lado como manchas borrosas. No hubo más balas, pero su perseguidor

seguía con él, aunque se iba quedando atrás. Dio en silencio las gracias al potente motor del Oldsmobile. Tenía delante una cuesta. La subió a toda velocidad. Cuando llegó a lo alto, las ruedas delanteras se despegaron del suelo. La parte frontal del coche cayó de golpe, y siguió adelante velozmente, doblando para entrar en una calle, y después en otra.

Observó a su alrededor, expectante… Había un garaje abierto, y en la casa contigua no se veían luces encendidas. Observó por el retrovisor. Todavía no había rastro de su perseguidor.

Pisó bruscamente el freno y entró en el garaje, bajó del coche de un salto y tiró con fuerza de la cuerda de la entrada. La puerta del garaje se cerró con estrépito.

Apostado pistola en mano tras la ventana lateral del garaje, vio pasar velozmente a su perseguidor. Era el Chevrolet Malibu negro; pero solo vio el costado derecho del coche, no el lado del conductor, y no llegó a distinguir la matrícula. Seguía sin tener idea de quién iba al volante. La moto pasó inmediatamente después; el motorista tenía el rostro oculto bajo un casco negro.

Tucker siguió vigilando desde la ventana. Media hora más tarde, volvió a guardar la Browning en su funda y se dirigió al centro del gran portón del garaje. Levantó la puerta soltando un gruñido… y se quedó inmóvil, contemplando el cañón de una pistola Beretta semiautomática subcompacta.

—No intentes sacarla.

Judd Ryder lo miraba con rostro severo. Se había quitado el traje del funeral y llevaba pantalones vaqueros y cazadora de cuero marrón.

Tucker bajó la mano que había acercado a su arma.

—¿Qué demonios estás haciendo, Judd? ¿Cómo me has encontrado?

Ryder le dirigió una sonrisa torva.

—En los Servicios de Inteligencia Militar se aprenden algunas cosas.

—¿Me has puesto un chip en el coche?

—Ya lo creo. ¿Por qué no te mató a ti también el francotirador del parque Stanton?

—Tuve suerte. Me refugié debajo del banco.

—Mentira. Dices que te dedicas al papeleo; pero los que se dedican al papeleo se quedan paralizados. Se mean en los pantalones. Mueren. ¿Por qué tendiste una trampa a mi padre?

Tucker guardó silencio. Por fin, lo reconoció:

—Tienes razón. Soy de la CIA. Tu padre acudió a pedirme ayuda, tal como te conté. Cuando me escapé, el francotirador también intentó dispararme a mí. Lo atropellaron mientras me perseguía. Pero, cuando volví, el cuerpo había desaparecido. O bien sobrevivió y se marchó por sus medios, o lo recogió alguien. Me había visto, y por eso me he quitado la barba, para que fuera más difícil

identificarme. Alguien acaba de intentar matarme; puede que fuera el mismo gilipollas.

—¿Qué te dijo mi padre, exactamente?

—Que estaba muy preocupado. Me dijo: «He dado con una cosa… una cuenta de unos veinte millones de dólares en un banco internacional. No estoy seguro de qué se trata exactamente, pero creo que tiene algo que ver con el terrorismo islámico».

Judd tomó aire vivamente.

Tucker asintió con la cabeza.

—Le dieron el tiro antes de que hubiera tenido tiempo de decir nada más, aparte de que había encontrado la información en la Biblioteca de Oro.

Judd enarcó las cejas.

—A mí me contaba el cuento de la biblioteca como si fuera una ficción —dijo—. ¿Estás seguro de que dijo que lo había encontrado en la biblioteca?

—Dijo que la biblioteca era la clave. Que él había estado allí.

Advirtió una chispa de resentimiento en los ojos de Judd.

—Todos tenemos nuestros secretos. Tu padre no era ninguna excepción.

—Y este secreto lo mató. Quizá.

—Quizá.

A Tucker le vino una idea a la cabeza.

—¿Ibas tú en la moto que me seguía? —preguntó.

—La he dejado al final de la manzana. Tengo la matrícula del Chevrolet que te perseguía. Yo no puedo localizarlo por la matrícula; tú sí. Me dio esquinazo en Silver Spring, maldita sea.

Se guardó la pistola en el bolsillo interior de la cazadora.

—Lo siento, Tucker —dijo—. Tenía que asegurarme de ti.

Tucker advirtió que tenía perlas de sudor en la frente.

—¿Cuál es la matrícula?

Judd se la dio. Tucker cruzó el garaje hacia la puerta del lado del conductor de su coche. Judd lo siguió.

—Vamos a trabajar juntos en esto —le dijo.

—De ninguna manera, Judson. Tú te has retirado de este juego, ¿recuerdas? Tienes una casa adosada en La Colina y te estás tomando algo de tiempo libre.

—Eso fue hasta que un condenado francotirador mató a mi padre. Voy a encontrar a su asesino, aunque tenga que buscarlo por mi cuenta.

Tucker se volvió hacia él y le dirigió una mirada severa.

—Eres impulsivo, y esto te toca demasiado de cerca. Era tu padre, por Dios. No puedo trabajar con nadie de quien no pueda fiarme.

—¿Lo habrías llevado tú de otra manera, en realidad?

Antes de que Tucker hubiera tenido tiempo de responder, Judd siguió diciendo:

—Mis sospechas eran muy lógicas. Bien podías haber sido responsable de la muerte de mi padre. También podrías haber intentado liquidarme a mí. Míralo de este modo: no querrás estarte tropezando conmigo. Yo tengo bien claro que tampoco quiero que me estorbes tú.

Tucker abrió la puerta del coche y suspiró.

—Está bien. Lo pensaré. Pero, si estoy de acuerdo, seguirás mis órdenes. *Mis órdenes*, ¿entendido? Se acabó el actuar para la galería. Ahora, quítame ese chip del coche.

—Claro… si me llevas hasta mi moto.

—Dios bendito. Sube.

CAPÍTULO

5

En cuanto hubo dejado a Judd Ryder, Tucker Andersen llamo por teléfono al cuartel general.

—Voy ahora para allá.

Vigilando atentamente los alrededores, aparcó el Oldsmobile en la parte trasera de un centro comercial concurrido de las afueras de Chevy Chase, tomó un taxi y llamó por teléfono a su mujer. Después tomó otro taxi, y a este lo hizo volver a Capitol Hill.

El equipo Catapult, de alto secreto, tenía su cuartel general en un edificio de ladrillo de estilo federal, al nordeste del Capitolio, en un vecindario vibrante, lleno de bares animados, de restaurantes y de tiendas especializadas. Un vecindario tan frecuentado servía de buena tapadera a Catapult, que era una unidad especial antioperativa de la CIA: antiterrorismo, antiespionaje, contraespionaje, contramedidas, antiproliferación, antiinsurgencia. Catapult trabajaba de manera encubierta y entre bastidores, tomando medidas agresivas para dirigir o impedir los hechos negativos, tanto en fase de reparación como de planificación.

Tucker pasó con el taxi ante el edificio de la unidad, de ladrillo erosionado por la intemperie, con su puerta y sus contraventanas negras y brillantes. Las lámparas del porche estaban encendidas. Un letrero discreto sobre la puerta anunciaba CONSEJO DE ENSEÑANZA POR PARES.

Detuvo el taxi tres manzanas más allá, se apeó y volvió paseándose, aparentando la mayor despreocupación. Pero en cuanto hubo cruzado la verja del edificio, pasó apresuradamente ante las cámaras de seguridad para llegar a la puerta lateral, donde marcó su código en el teclado electrónico. Después de una serie de clics suaves, empujó la puerta y la abrió. Era muy pesada, de acero, diseñada para la cámara de seguridad de un banco.

Llegó al pasillo. Si bien el edificio tenía un aspecto exterior elegante e histórico, su interior era utilitario y de alta tecnología. Las paredes enyesadas y las gruesas molduras estaban pintadas en tonos verdes y grises discretos, y en ellas se exhibían fotografías en blanco y negro, muy contrastadas, de ciudades de todo el planeta, que recordaban, a los pocos a los que se permitía acceder a aquel lugar, lo lejos que llegaba la mano de Catapult.

Levantó la vista y observó las cámaras en miniatura y los detectores del tamaño de una moneda, mientras pasaba junto a un par de miembros del personal que

llevaban carpetas azules de alta seguridad. En la zona de recepción, la directora de la oficina, Gloria Feit, presidía tras su gran escritorio metálico. A la derecha de Tucker estaba la entrada principal, y a su izquierda un largo pasillo que se adentraba en la casa, donde había despachos, la biblioteca y el centro de comunicaciones. En el piso superior había más despachos, una sala de conferencias y dos dormitorios grandes con catres para los oficiales encubiertos y para visitantes especiales en tránsito.

Gloria había comenzado su turno a las ocho de la mañana, pero seguía pareciendo fresca. Era una mujer de algo menos de cincuenta años, con patas de gallo en los ojos. Había sido agente de campo, y Tucker y ella habían trabajado juntos a temporadas a lo largo de dos décadas.

Enarcó las cejas sobre sus gafas de cerca con montura multicolor.

—Llegas a tu hora —dijo.

Aquello era un debate constante entre los dos, ya que Tucker solía retrasarse.

—¿Cómo lo sabes? Suelo estar aquí.

—Menos cuando no estás. ¿Tuviste suerte?

—La suerte hay que prepararla. Yo la preparé. Pero no tuve tanta suerte como esperaba. A veces creo que sabes demasiado, Gloria.

—Entonces, deberás dejar de contarme las cosas —repuso ella, sonriendo.

—Buena respuesta.

Gloria tenía una memoria notable, y él recurría a ella para recuperar los detalles que se le perdían a veces entre el bombardeo de información entre el que transcurría su trabajo diario. Además, era una enciclopedia ambulante sobre las personas con las que habían trabajado, tanto del país como extranjeras.

—¿Por qué sigues aquí? —le preguntó él—. Deberías haberte vuelto a tu casa hace horas.

—Me marcharé ahora que has llegado tú. Ted me lleva a cenar a última hora. Ha llamado Karen para preguntar si habías llegado bien a Catapult. Será mejor que le llames.

—¿Por qué se preocupa tanto por mí todo el mundo?

Pero la verdad era que Karen había pasado demasiados años preguntándose dónde estaría él, y sin saber a veces si estaba vivo o no.

—Porque tú mismo te preocupas, Tucker —dijo Gloria mientras apagaba su ordenador—. Los demás te hacemos falta para encargarnos de que tú puedas concentrarte en preocuparte. Es una dura labor, pero todo sea por la patria —añadió con una sonrisa—. Tienes tus mensajes en tu escritorio. En cuanto te he visto por los monitores exteriores, he avisado a Cathy de que habías llegado. Te está esperando en tu despacho. Que lo pases bien.

Cogió su bolso, sacó las llaves de su coche y se dirigió a la puerta.

Tucker recorrió el largo pasillo sintiendo el peso de la muerte de Jonathan. Su

despacho era el último; lo había elegido porque era el más silencioso cuando había más actividad en la casa. Como segundo al mando que era, tenía derecho a ciertas cosas, y había elegido el despacho que más le gustaba.

Abrió la puerta. Ante su escritorio abarrotado, sentada en una de las dos butacas como las que había en toda la oficina, estaba Catherine Doyle, jefa de Catapult.

Se volvió hacia él.

—Parece que estás hecho una mierda.

—¿Tan buen aspecto tengo? Gracias —replicó él. Le dedicó una sonrisa y se dirigió a su escritorio.

Cathy Doyle rio por lo bajo. Tenía la misma altura de Tucker y llevaba un traje con falda pantalón, de color camel, y botines que tenía plantados con firmeza en la moqueta. A sus más de cincuenta años seguía siendo una belleza, con cabellos cortos con mechas rubias y cutis de porcelana. Había trabajado de modelo para pagarse los estudios en la Universidad de Nueva York; se había graduado ganándose la afiliación a Fi Beta Kappa, y había obtenido después un doctorado en Política Internacional en la Universidad de Columbia, donde la habían reclutado los de Langley.

—Gloria se ha marchado a casa —dijo Tucker, sentándose—. Puedo llamar a los de Comunicaciones para que traigan café o té.

—No me importaría tomar algo más fuerte.

—Me parece estupendo.

Tucker giró sobre su butaca hacia el archivador y abrió la cerradura del cajón inferior. Sacó una botella de *whisky* escocés Johnny Walker etiqueta roja y la levantó, volviendo la vista hacia atrás.

Cathy asintió con la cabeza, y Tucker sirvió dos dedos en sendos vasos para agua. El aire se llenó de la fragancia penetrante y compleja del *whiskyblended*, con sus tonos ahumados y sus aromas de malta y madera. Dio un vaso a Cathy y sostuvo el suyo entre las palmas de las manos para calentarlo.

—Han llegado los datos de esa matrícula —le dijo ella—. Corresponde a un Chevrolet Malibu que denunciaron esta mañana como robado.

—No es de extrañar. ¿Hay algo sobre la Biblioteca de Oro, un banco internacional y la financiación de los yihadistas?

Varias agencias gubernamentales de Washington (la CIA, el FBI, el servicio aduanero, Hacienda, la Red Contra los Delitos Económicos, la Oficina de Activos Extranjeros y Control y el Servicio Secreto) enviaban al Tesoro los nombres de individuos y grupos sospechosos, y de allí se pasaban a una amplia base de datos de transacciones financieras dudosas. En la base de datos se cruzaban los nombres con los datos existentes y se identificaban las coincidencias.

—Todavía no hay nada —dijo Cathy, sacudiendo la cabeza.

—¿Y SWIFT?

SWIFT, la Sociedad Mundial para la Telecomunicación Financiera Interbancaria, colaboraba con el antiterrorismo estadounidense vigilando las transacciones financieras internacionales y buscando las que fueran sospechosas de estar destinadas a financiar el terrorismo, al blanqueo de dinero o a otras actividades criminales. El problema era que la única información de que disponía SWIFT era la que proporcionaban los bancos entre los que se realizaba cada transacción.

—Nada —le dijo Cathy—. Si al menos supiéramos el nombre del banco, ya tendríamos algo para empezar. En todo caso, han aparecido las habituales transacciones sospechosas, que se investigarán a fondo. Y tampoco había nada sobre la Biblioteca de Oro.

—¿Y sobre Jonathan Ryder? Datos de viajes, registros de llamadas telefónicas…

—Hasta ahora, cero. Seguimos buscando.

Cathy observó a Tucker.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

Él le contó el funeral y el *cuento para dormir* que le había relatado Judd Ryder.

—Es interesante que el padre le contara aquello —dijo ella—. Demuestra una larga relación de alguna clase con la Biblioteca de Oro.

—Exacto. Después, fui a casa de los Ryder, y Judd y yo registramos el despacho de Jonathan. Lo único que he encontrado ha sido una carpeta en su escritorio, una carpeta sin nombre.

Le entregó los recortes de prensa. Mientras ella los leía, Tucker siguió diciendo:

—Todos tratan de la actividad terrorista reciente en Pakistán y en Afganistán, sobre todo por los talibanes y por Al Qaeda. En lo que se refiere al dinero, hay un artículo sobre lo difícil que es detectar la financiación yihadista…; en el artículo se recurre al tópico de la aguja en el pajar. Otro habla de que los grupos yihadistas menores se están financiando a base de estafas, secuestros, atracos a bancos, pequeños delitos… y envían después un porcentaje a la central de Al Qaeda.

El círculo interior de Al Qaeda, muy cualificado y sofisticado operativamente, había quedado diezmado por las agencias de inteligencia y por el Ejército y apartado en gran medida de sus antiguas fuentes de ingresos, y ya no podía llevar a cabo ataques de un continente a otro. La amenaza principal era ahora el movimiento alqaedista, las múltiples franquicias regionales y comandos de base que surgían o que se reformaban en calidad de afiliados.

—Tengo ganas de oír lo que opinan los analistas —dijo Tucker—. En los artículos se cita a varios bancos. Ahora mismo me parece que Jonathan estaba recogiendo datos, pero que no sabía exactamente lo que buscaba.

—Eso mismo creo yo; aunque se estaba centrando en estos dos países —dijo Cathy, ordenando los recortes sobre su escritorio.

—Cuando salí de casa de los Ryder tuve otro incidente.

Contó a Cathy la persecución del Chevrolet Malibu.

—Supongo que ese tipo me reconoció en el funeral de Jonathan, de modo que ya sabe el aspecto que tengo ahora. No puedo volver a llevar el Oldsmobile hasta que haya terminado todo esto.

—Muy cierto. Y tampoco puedes volver a tu casa. Puede enterarse de dónde vives.

—Dormiré aquí. Es acogedor.

Hizo una mueca, y bebió.

—Karen está haciendo las maletas —añadió—. Se va en coche a casa de una amiga suya, en los Adirondacks, hasta que haya terminado esto. ¿Has organizado los ajustes para mi tapadera en Estado?

—Fue lo primero que hice. Hará ya una hora. Tardaste bastante en llegar.

—Tuve que dejar bien limpio mi rastro… ya sabes todo lo que hay que hacer.

Se recostó en su asiento haciendo girar entre las manos su vaso de *whisky*.

—Encontré en nuestra base de datos una cosa sobre la Biblioteca de Oro —siguió diciendo—. Hace unos años, un hombre que afirmaba ser el bibliotecario principal consiguió ponerse en contacto con uno de nuestros operativos. Dijo que el club de bibliófilos (así se llaman los que tienen la biblioteca) se dedicaba a actividades criminales internacionales de todas clases, y que él no podía escapar. A menos que lo sacásemos de allí nosotros.

—¿Qué tipo de actividades?

—No quiso dar detalles. Alegaba que podrían relacionarlo con la información y lo matarían, pero que cuando estuviera a salvo nos lo contaría todo. Cuando nosotros le pedimos que nos demostrara su buena fe, sacó clandestinamente uno de los manuscritos iluminados, el *Libro de los Espías*. Se creó en el siglo XVI. Después perdimos el contacto con él, y los de Langley tienen guardado ahora el libro en alguna parte.

Ella asintió con la cabeza, pensativa.

—¿Tienes un plan?

—Estoy preparándolo —dijo él.

—De acuerdo; pero será difícil asignarte a nadie. Ahora mismo ya estoy corta de personal, sobre todo si tú vas a dedicarte a esto.

—No hay problema.

Le contó cómo lo había encontrado Judd en el garaje donde se había escondido cuando lo perseguía el Chevrolet.

—Su nombre completo es Judson Clayborn Ryder. Quiero reclutarlo en calidad de asesor independiente. Tiene las credenciales necesarias, y puede hacerme un buen servicio.

—No es buena idea. El asunto tiene una carga emocional para él.

—Es verdad; pero se tranquilizó enseguida, y en cualquier caso iba a investigar por su cuenta. Así podré tenerlo vigilado; y estuvo en los Servicios de Inteligencia Militar, de manera que tiene experiencia.

Ella se lo pensó. Apuró el *whisky*.

—Haré que comprueben sus antecedentes en Langley —dijo por fin.

CAPÍTULO

6

Condado de Jefferson, estado de Misuri

Hacía una noche fresca y despejada sobre las colinas onduladas de Misuri cuando el hombre salió de la Interestatal 5 y se dirigió al oeste, entre granjas y bosques. El camión era un Freightliner de clase[3] con buena dirección asistida. Iba tamborileando con los dedos en el volante mientras veía pasar el campo. Llevaba a su lado, en el asiento, una carabina M4, arma principal de la mayoría de los militares de fuerzas especiales y de los *rangers*. El arma era una vieja amiga, y cuando hacía por las noches trabajos especiales, como aquel, se la llevaba para que le hiciera compañía.

Tenía delante la fábrica de ropa. Era de planta baja, del tamaño de un campo de fútbol, rodeada de una verja alta de malla metálica rematada con alambre de espino en rollo. Se detuvo en la entrada y presentó las credenciales que le había dado Preston. El guardia de seguridad, somnoliento, les echó una ojeada y le dio paso con un gesto de la mano. Él siguió adelante, soltando un suspiro de alivio, y contó los muelles de carga que asomaban como dientes grises por el costado sur del edificio. Cuando hubo determinado cuál era el muelle número tres, trazó un círculo con el camión y lo acercó al muelle marcha atrás. Los frenos resoplaron.

Cuando subió al muelle, profirió una maldición al ver la montaña de cajas. Pasó dos horas trabajando, haciendo viajes con su carretilla entre el muelle y las fauces abiertas del camión, apilando las cajas en el interior. Era un trabajo penoso para un solo hombre. Pensaba quejarse a Preston. ¿Quién habría pensado que unos uniformes abultarían tanto?

Cuando hubo terminado, estaba sudoroso. Pero al menos ya había terminado aquella parte del trabajo, la más peligrosa. Se puso al volante y dirigió el camión tranquilamente hacia la caseta del guardia. Al acercarse, se abrió el portón y pasó sin problemas. Aquello era lo que tenía Preston. Sabía preparar bien un trabajo. Tomó su teléfono móvil y marcó el número. Era hora de darle la buena noticia.

Condado de San Diego, estado de California

El joven aparcó el coche robado, tipo sedán, bajo las ramas de un turbinto, en el

borde más remoto del amplio aparcamiento para camiones junto a la transitada carretera Interestatal 15. Deslizó su fusil *bullpup* militar FAMAS en la funda especial que llevaba por debajo de su chaqueta larga y salió. Caminó tranquilamente entre las sombras de la noche, por el borde del aparcamiento, evitando la estación de servicio bien iluminada, con su restaurante, su hostal, su lavadero para camiones y su taller de reparaciones. Entre el rugido de los camiones que entraban y salían, la peste del gasoil y el sabor a los gases de los escapes, aquel lugar atacaba los sentidos.

Mirando con cuidado a todas partes, se dirigió hacia donde estaban aparcados en hileras ordenadas treinta camiones con las luces apagadas, cuyos conductores estaban dentro de los locales, ocupándose de sus negocios, de comer o de divertirse. El camión que buscaba él era un Peterbilt de clase[4], un tráiler pesado de cinco ejes.

Lo encontró enseguida, y leyó la matrícula para cerciorarse. Satisfecho, y después de mirar a un lado y a otro, probó la puerta. Como esperaba, no estaba cerrada con llave. Subió al interior. La llave de contacto estaba puesta. Encendió el motor, observó que el depósito estaba lleno y se puso en marcha. En cuanto estuvo en la Interestatal, llamó por teléfono a Preston.

Condado de Howard, estado de Maryland

Martin Chapman oyó por fin el coche en el camino de entrada de su casa. Se asomó por su ventana del tercer piso; la luna arrojaba su luz plateada sobre la región hípica de Maryland. Su mujer estaba en el palacete que tenían en Saint Moritz, aprovechando el final de la estación de esquí, y había silencio en el interior de su gran casa, de estilo plantación. Sus pastores alemanes ladraban afuera, en los terrenos que rodeaban la casa, y los caballos relinchaban en los pastos y en los establos. Las luces de seguridad brillaban con fuerza, iluminando solo una pequeña parte de su inmenso criadero de caballos árabes.

Pulsó el botón del teléfono interior.

—Abriré yo la puerta, Bradley. Vuelve a acostarte.

Bradley era su mayordomo, empleado fiel con veinte años de servicio.

Chapman, que seguía vestido, miró la foto que estaba sobre su escritorio, en la que aparecía Gemma con un vestido de noche largo y ceñido, con diamantes relucientes en los pendientes y al cuello, y él con un esmoquin de alquiler. Sonreían abiertamente. Era el retrato favorito de él, tomado años atrás, cuando él estudiaba en la Universidad de California en Los Ángeles y ella en la Universidad del Sur de California, a kilómetros de distancia en el mapa, a mundos de distancia en lo económico, pero enamoradísimos. Ahora los dos habían cumplido los cincuenta. Apartó la vista lleno de emoción cálida. Era un hombre alto, de espeso cabello blanco que llevaba peinado hacia atrás en ondas, ojos azules y cara libre de arrugas y de

preocupaciones.

Bajó apresuradamente y abrió la puerta. En el largo porche de ladrillo estaba Doug Preston, con la gorra de golf entre las manos. Preston, alto, delgado y atlético, irradiaba confianza tranquila. Tenía cuarenta y dos años y rasgos aristocráticos, bien torneados. En su rostro muy bronceado apenas se apreciaba más que su expresión habitual neutra; pero Chapman conocía a aquel hombre mejor que él se conocía a sí mismo. Tenía una tensión alrededor de los ojos y se le habían estrechado los labios. Había pasado algo que a Preston no le gustaba.

—Pasa —dijo Chapman sin más—. ¿Quieres tomar algo?

Preston le dirigió un gesto de asentimiento con la cabeza, y Chapman lo condujo a su enorme biblioteca, con las paredes cubiertas de altas estanterías llenas de volúmenes encuadernados en piel. Después de mirarlos con aprecio, se dirigió al bar, donde sirvió un *bourbon* con agua de manantial para cada uno.

Preston le dio las gracias educadamente, tomó su bebida, se dirigió a las puertas cristaleras y se puso a contemplar la noche.

Chapman, que lo observaba, sintió un momento de impaciencia, pero se contuvo. Era preciso tratar a Preston con cuidado; así era como lo manipulaba con la misma habilidad que dedicaba a su negocio, muy competitivo y que movía miles de millones de dólares.

—¿Qué has descubierto del desconocido del parque? —le preguntó Chapman para irlo animando. Preston había atropellado al francotirador con su Mercedes y se había llevado el cadáver. Había que eliminar al hombre; le había visto la cara demasiada gente.

Preston se volvió hacia él y le puso al día con detalle.

—Esperé ante el funeral de Jonathan Ryder, tomé fotos del tipo que estaba con el señor Ryder en el parque y las pasé por varios bancos de datos. Se llama Tucker Andersen. Trabaja para Estado. Seguí a Andersen hasta la casa de los Ryder y después fui por él cuando salió. No pude acabar con él; el hombre conduce como un piloto profesional de la NASCAR. Esa habilidad suya podría significar algo, o podría no significar nada. Así que llamé a un contacto de alto nivel en Recursos Humanos del Departamento de Estado. Andersen es especialista en documentos y va a salir esta noche para asistir en Ginebra a una conferencia de la ONU sobre asuntos de Oriente Medio. Dura tres semanas. Hice comprobaciones, y tiene una reserva en el hotel de la conferencia. Para asegurarme, he puesto a un equipo en su casa de Virginia y me mantendré en contacto estrecho con mi hombre del Departamento de Estado. Si Andersen no se marcha, sabremos que tenemos problemas. Lo estaré esperando, y lo quitaré de en medio.

Chapman percibió el desagrado en la voz de Preston. A aquel hombre, que aborrecía los cabos sueltos, le costaba trabajo digerir el no haber liquidado a

Andersen.

Pero no todo estaba perdido.

—Buen trabajo.

Chapman hizo una pausa; observó el destello de agradecimiento en los ojos de Preston.

—¿Qué hay de la Policía de Washington? —le preguntó.

Preston sonrió por primera vez.

—Siguen sin hacer preguntas sobre la biblioteca, y, si supieran algo, ya las estarían haciendo. Empieza a parecer que el señor Ryder no contó o no pudo contar nada importante a Andersen.

Preston, que había sido jefe de seguridad de la Biblioteca de Oro durante más de diez años, era hombre apasionado por los libros y absolutamente leal, rasgos estos que no solo se valoran, sino que se exigen a todo aquel que trabaje en una biblioteca.

—Ese sería un buen resultado —dijo Chapman, y pasó a su tema de interés siguiente—. ¿Y qué hay de la cena de la biblioteca?

Preston tomó un largo trago, relajándose.

—Todo va como debe. La comida, los cocineros, los transportes.

Durante el último mes habían ido llegando por aire miembros del club de bibliófilos para visitar la biblioteca y trabajar con los traductores, preparando y documentando las preguntas para el torneo del banquete anual. En la visita que había hecho Jonathan a la biblioteca, pocos días antes, había sido cuando este se había enterado del nuevo negocio de Chapman y se había alarmado.

—¿Cómo vas con el proyecto de Jost?

Jost era una provincia del oriente de Afganistán, fronteriza con Pakistán. Era allí donde Chapman pensaba recuperar con creces las grandes pérdidas que había sufrido con la crisis económica mundial.

—Según el plan. Ya se han recogido los uniformes y el material. Se expedirán mañana por la mañana. Lo tengo bien controlado.

—Procura que siga así. No debe surgir ningún tropiezo. Ninguno. Y sigue atento a la situación con Tucker Andersen. No queremos que nos estalle en la cara.

CAPÍTULO 7

Chowchilla, estado de California Dos semanas más tarde

A las 13:32 de la tarde, Tucker Andersen terminó de poner en antecedentes a la directora de la Cárcel de Mujeres de California Central. Era una mujer gruesa, de cabello castaño encanecido y que tenía la costumbre de plegar las manos ante sí. Salió con él de su despacho privado.

—Háble me de Eva Blake —dijo Tucker.

—No protesta ni ha tenido ningún expediente por el artículo 115[5] —dijo la directora—. Empezó en el patio principal, recogiendo y vaciando las papeleras. Hace diez meses la premiamos con un puesto en la cadena de montaje de nuestra fábrica de artículos electrónicos. En su tiempo libre escucha la radio, sigue practicando el karate y hace trabajos voluntarios; enseña en las clases de alfabetización y lee en voz alta a las ingresadas en la enfermería. Hace un par de meses envió una serie de currículos, pero ninguna otra presa lo sabe. Aquí hay una regla no escrita: no se pregunta a una compañera presa ni lo que ha hecho ni lo que hace. Blake ha sido lista y no ha dicho nada de sí misma.

—¿Quién viene a visitarla? —preguntó Tucker cuando pasaban ante el puesto de guardia.

—Familiares, de cuando en cuando, de otro estado. A veces venía en coche cada varios meses una amiga de Los Ángeles, Peggy Doty, antigua colega suya. La señora Doty lleva tiempo sin verla. Creo que ahora trabaja en la Biblioteca Británica, en Londres. Este es el módulo de alojamiento de Blake.

Entraron en un mundo de largas extensiones de suelo de linóleo, puertas cerradas, luz fluorescente dura y ruido ensordecedor: interfonos que crujían, televisores a todo volumen en los cuartos de estar, y gritos y palabrotas sonoras.

La directora se volvió a mirarlo.

—Chillan tanto por hacer algo, además de para expresarse. Aquí estamos al doble de nuestra capacidad, y por eso hay el doble de ruido del que debería haber. Blake está en el patio del módulo. Puede salir tres horas al día, si quiere. Siempre quiere.

La directora hizo un gesto con la cabeza al guardia que estaba de pie junto a la puerta. Este la abrió, y les llegó una bocanada del olor crudo de los abonos agrícolas. Salieron; el sol del Valle Central caía a plomo sobre un espacio abierto de césped,

hormigón y polvo. Algunas mujeres estaban sentadas; otras dormitaban o se movían sin rumbo. Más allá se alzaban altos muros de ladrillo rematados por alambre de cuchillas electrificado.

Tucker buscó con la vista a Eva Blake entre las presas. Había visto fotos suyas, además de un vídeo de su aparición ante el tribunal por la muerte de su marido, en la que se había declarado culpable de homicidio por imprudencia de tráfico. Buscaba su cabellera pelirroja, su cara bonita, su cuerpo larguirucho.

—No la reconoce, ¿verdad? —le dijo la directora—. Es aquella.

La señaló con un gesto de la cabeza, y él, siguiéndolo, vio a una mujer, vestida con la camisa y los pantalones holgados de la cárcel, que caminaba alrededor del perímetro del patio. Llevaba el pelo completamente oculto, recogido dentro de una gorra de béisbol. Tenía el rostro inexpresivo, el aire inofensivo. Se parecía muy poco a aquella mujer tan viva que había visto él en las fotos y en el vídeo.

—Se pasa las horas dando vueltas al patio, una vuelta tras otra. Está sola porque lo prefiere así. Como ya le he dicho, es lista; ha aprendido a hacerse invisible, a no llamar la atención. Aquí, cualquiera que llama la atención puede convertirse en blanco de la violencia.

«Impresionante, tanto por su actitud como por su capacidad para pasar desapercibida», pensó Tucker.

La directora juntó las manos ante sí.

—Le voy a dar un consejo —dijo—. En la cárcel, los presos varones obedecen las órdenes, o las desafían. Las presas preguntan el por qué. No le mienta. Pero, si le miente, asegúrese bien de que no le pilla la mentira, al menos mientras usted esté intentando convencerla para que haga lo que usted quiere. ¿De verdad no va a decirme de qué se trata?

—Es una cuestión de seguridad nacional.

Ella asintió secamente con la cabeza, y Tucker caminó por el césped hacia Eva Blake, suscitando un coro de silbidos y de abucheos. Se preguntó cuánto tiempo tardaría en darse cuenta de que se dirigía hacia ella. Cuando Blake estaba a unos cien metros, su paso se volvió nervioso, y alzó la cabeza. Se detuvo y se volvió hacia él girando despacio y con parsimonia. Los brazos le colgaban a los costados, en reposo aparente, pero su postura era firme y equilibrada, una postura de karate. Tenía unos reflejos excelentes, y su manera de moverse indicaba que seguía en buena forma física.

Caminó hasta ella.

—Doctora Blake, me llamo Tucker Andersen. Me gustaría hablar con usted. La directora nos ha cedido una sala de visitas.

—¿Por qué?

Su cara era una máscara.

—Quizá tenga una propuesta para usted. En tal caso, sospecho que le gustará.

Ella dirigió la vista detrás de él, y él miró atrás.

La directora seguía en la puerta. Hizo una seña con la cabeza a Blake, con aire severo. Con aquello, lo convertía en una orden.

—Como usted diga —dijo Blake, relajando un poco la postura.

Cuando ella se dispuso a rodearlo, tropezó, se torció el tobillo y cayó contra él. Él la asió de los hombros para ayudarla. Ella recobró el equilibrio, pidió disculpas, se apartó y caminó con paso firme hacia la prisión.

La sala de entrevistas tenía las paredes en tono pastel, una única mesa de metal con cuatro sillas también metálicas, y cámaras que observaban desde dos rincones del techo.

Tucker se sentó ante la parte ancha de la mesa e indicó las otras sillas.

—Sírvase usted misma.

Ni una sonrisa. Eva Blake se sentó ante el extremo de la mesa.

—Dice usted que se llama Tucker Andersen. ¿De dónde es?

—De McLean, en Virginia. ¿Por qué?

Ella se sacó de debajo de la camisa la cartera de él, la abrió y consultó el permiso de conducir, comprobando su identidad. Dispuso sobre la mesa las tarjetas de crédito, todas con el mismo nombre. Asintió con la cabeza para sí misma, volvió a guardar las cosas en la cartera y se la entregó.

—Es la primera vez que veo un *visitante* en el patio fuera de los días de visita.

Él no había notado cómo le robaba, pero al chocarse con él le había hecho sospechar. Mientras la seguía hacia la prisión, se había llevado la mano a la chaqueta y había comprobado que le faltaba la cartera.

—Buena limpiada —dijo él con suavidad—; pero tiene experiencia, ¿verdad?

Ella abrió los ojos un poco más.

Bien. La había sorprendido.

—Su historial juvenil está sellado. Debería haberlo hecho destruir.

—¿Ha podido acceder a mi historial juvenil? —le preguntó ella.

—He podido, y he accedido. Cuénteme lo que pasó.

Ella se quedó callada.

—De acuerdo; se lo contaré yo —dijo él—. Cuando tenía catorce años era lo que se suele llamar una revoltosa. Tomaba cerveza sin tener edad. Fumaba algo de hierba. Algunos amigos suyos robaban en las tiendas. Usted también lo probó. Hasta que un hombre que parecía un guardia de seguridad de paisano la localizó en los almacenes Macy’s. Pero en vez de entregarla, la felicitó y le preguntó si tendría valor para hacerlo a lo grande. Resultó que no trabajaba en los almacenes; era un maestro carterista que dirigía media docena de equipos. Le enseñó el oficio. Trabajaban los aeropuertos, los partidos de béisbol, las estaciones de tren, esos sitios. Como era

guapa, solía hacer de tapia para poner en banda al primo. Pero cuando tenía dieciséis años, un bolsillero de su equipo huía con el botín cuando lo vieron unos polis. Entró corriendo entre el tráfico para huir…

Ella bajó la cabeza.

—Lo atropelló una camioneta y lo mató —siguió contando Tucker—. Todo el mundo se largó por pies. Usted también se marchó… Pero, por algún motivo, cambió de opinión, volvió y habló con la Policía. La detuvieron, claro. Después, le pidieron que les ayudara a desarticular la banda, y usted lo hizo. ¿Por qué?

—Éramos todos tan jóvenes… Sencillamente, parecía que lo mejor era intentar ponerle fin mientras quizá tuviésemos tiempo de llegar a convertirnos en personas mejores.

—Y, más tarde, esas habilidades le sirvieron para trabajar para pagarse la carrera en la UCLA.

—Pero dentro de la ley. En una empresa de seguridad. ¿Quién es usted?

Él no atendió a la pregunta.

—Como lo más probable es que el año que viene la dejen salir con la condicional, ha estado enviando currículos. ¿Algún resultado?

Ella apartó la vista.

—Ningún museo ni biblioteca quiere contratar a una conservadora o restauradora con antecedentes criminales; al menos, a mí no. Demasiada carga por… la muerte de mi marido. Porque él era muy conocido y respetado en este campo.

Se llevó la mano a una cadena de oro que llevaba al cuello. La camisa le ocultaba lo que tuviera colgado de la cadena. Tucker observó que seguía llevando su anillo de casada, una alianza sencilla de oro.

—Ya veo —dijo con voz neutra.

Ella alzó la cabeza.

—Ya encontraré algo. Algún trabajo de otro tipo.

Él sabía que no le quedaba dinero. Como la habían condenado como homicida involuntaria de su marido, no había podido cobrar su seguro de vida. Había tenido que vender la casa para pagar las costas legales. Sintió lástima por un momento, pero se la quitó de encima.

—Ha llegado a dominar muy bien el ocultar sus emociones —comentó.

—Es precisamente lo que hay que hacer para salir adelante aquí.

—Háble me de la Biblioteca de Oro.

Aquello pareció desconcertarla.

—¿Por qué?

—Deme ese gusto.

—Me ha dicho que tenía una propuesta para mí. Una propuesta que me gustaría.

—Dije que quizás tuviera una propuesta para usted. Veamos cuánto recuerda.

—Recuerdo mucho; pero Charles, mi marido, el doctor Charles Sherback, era una verdadera autoridad. Se había pasado la vida entera investigando la biblioteca, y conocía todos los detalles disponibles —dijo ella con orgullo en la voz.

—Empiece por el principio.

Ella contó la historia de la biblioteca, desde su formación en tiempos del Imperio bizantino hasta su desaparición tras la muerte de Iván el Terrible.

Él la escuchó con paciencia. Por fin, le preguntó:

—¿Qué fue de ella?

—Nadie lo sabe con certeza. Tras la muerte de Pedro el Grande, se encontró entre sus papeles una nota que decía que Iván había ocultado los libros bajo el Kremlin. Napoleón, Stalin, Putin y personas corrientes los han buscado durante siglos; pero allí abajo hay al menos doce niveles de túneles, y de la gran mayoría no existen planos. El paradero de la biblioteca es uno de los grandes misterios del mundo.

—¿Sabe lo que hay en la biblioteca?

—Se supone que contiene libros de poesía y novelas. Libros de ciencia, alquimia, religión, sobre la guerra, sobre política… incluso manuales de sexo. Se remonta hasta los antiguos griegos y romanos, por lo que es probable que contenga obras de Aristófanes, Virgilio, Píndaro, Cicerón y Sun Tzu. También tiene biblias, toras y coranes. En todo tipo de idiomas: latín, hebreo, árabe, griego.

Tucker guardó silencio un momento, reflexionando. Después de sus malos comienzos de adolescente, había tomado el buen camino y había seguido una carrera profesional de alto nivel, lo que demostraba su talento, su inteligencia y su responsabilidad. En la cárcel había sido discreta para no llamar la atención, señal de capacidad de adaptación. Le había robado la cartera porque le había parecido raro, lo que indicaba a Tucker que seguía teniendo valor. En aquella misión estaba trabajando en el vacío. Ningún analista de objetivos había encontrado nada útil, y la colección de recortes de prensa de Jonathan Ryder no había resultado de gran utilidad.

Estudió aquel rostro bajo la gorra de la cárcel, sus rasgos tallados a escoplo, su expresión que volvía a asentarse en una neutralidad fría.

—¿Qué me diría si le dijera que tengo pruebas de que la Biblioteca de Oro existe sin lugar a dudas?

—Le diría que me contase más cosas.

—La Colección Lessing J. Rosenwald ha dejado en préstamo al Museo Británico algunos de sus manuscritos para una exposición especial. Lo más destacado es el *Libro de los Espías*. ¿Conoce usted esa obra?

—No me suena de nada.

—Este libro llegó a la puerta del departamento de referencia de la Biblioteca del Congreso, envuelto en plástico de burbujas, dentro de una caja de cartón. Había una nota anónima que decía que había formado parte de la Biblioteca de Oro y que era

una donación para la colección especial Rosenwald. Analizaron el papel, la tinta y demás. El libro es auténtico. Nadie ha podido localizar al donante o donantes.

—¿Esas son todas las pruebas que tienen de que procede de la Biblioteca de Oro?

Tucker asintió con la cabeza.

—Nos basta, de momento —dijo.

—¿Quiere esto decir que quieren encontrar la biblioteca?

Al ver que Tucker asentía, preguntó:

—¿Qué puedo hacer yo para ayudar?

—La exposición en el Museo Británico se inaugura la semana que viene. Su tarea consistiría en hacer lo mismo que hacía cuando viajaba con su marido. Hablar con los bibliotecarios, con los historiadores y con los aficionados que llevan años buscando la biblioteca. Fisgar las conversaciones que tengan entre ellos y con otros. Tenemos la esperanza de que si el *Libro de los Espías* procede verdaderamente de la colección, puede atraer a alguien que sepa dónde está la biblioteca.

Ella se había ido inclinando hacia delante. Volvió a erguirse. Se asomaron a su rostro diversas emociones.

—¿Qué gano yo con ello?

—Si lo hace bien, volverá a la cárcel, claro está. Pero después, al cabo de solo cuatro meses, saldrá con la condicional, suponiendo que mantenga la buena conducta. Son ocho meses de adelanto.

—¿Cuál es la pega?

—No hay ninguna pega, solo que tendrá que llevar una tobillera con GPS. Es a prueba de manipulaciones y lleva un transmisor GSM/GPRS que comunicará automáticamente su situación. Podrá quitárselo por las noches si quiere, para dormir más cómoda. También le daré un teléfono móvil. Trabajará a mis órdenes, y no deberá decir a nadie, ni siquiera a la directora de la prisión, lo que hace ni lo que descubre.

Ella se quedó callada.

—Usted abrió mi expediente juvenil —dijo por fin—. Puede sacarme de la cárcel. Y puede reducirme la condena. Antes de aceptar, quiero saber quién es de verdad.

Él hizo ademán de negar con la cabeza.

—El primer pago de mi ayuda es la verdad —le advirtió ella.

Él recordó lo que le había dicho la directora acerca de no mentir a los presos.

—Soy de la Agencia Central de Inteligencia.

—Eso no está en su cartera.

Él bajó la mano y abrió un bolsillo con cierre con velcro que llevaba en el interior de su calcetín largo. Le entregó el carné de la CIA.

—No debe decírselo a nadie. ¿De acuerdo?

Ella estudió el carné laminado oficial.

—De acuerdo. Si allí hay alguien que sepa dónde está la biblioteca, me enteraré. Pero no quiero volver a la cárcel cuando haya terminado.

Él sonrió para sus adentros. Su dureza le agradaba.

—Trato hecho.

Pareció como si a ella se le cayeran años de encima.

—¿Cuándo salgo?

CAPÍTULO

8

Londres, Inglaterra

A Eva el mundo le parecía nuevo y apasionante; sin esposas, sin vigilantes, sin ojos que la siguieran día y noche. Eran las ocho y media de la noche y llovía con fuerza mientras ella atravesaba aprisa el patio delantero del Museo Británico, hacia la entrada principal. Apenas sentía la humedad fría en el rostro. El tráfico de Londres retumbaba a su espalda, e iba bien envuelta en su vieja gabardina Burberry. Alzó la vista hacia las altas columnas, los muros de piedra desnuda, los relieves y las estatuas neohelénicas. La invadían los recuerdos de los buenos ratos que habían pasado Charles y ella en aquel museo antiguo y majestuoso.

Esquivó un charco y subió a paso vivo los escalones de piedra; cerró el paraguas y entró en el gran zaguán. Estaba deslumbrante de luz; sus altos techos se perdían entre una oscuridad dramática. Hizo una pausa en la entrada de la gran plaza central cubierta Reina Isabel II, tres cuartos de hectárea de suelo de mármol, rodeado de paredes de piedra de Portland y de puertas de entrada con columnas. Absorbió su belleza serena.

En su centro estaba el salón de lectura circular, una de las mejores bibliotecas del mundo; y salían por su puerta *Herr Professor* Georg Mendochon y señora.

Eva fue a saludarlos, sonriente. Ellos cruzaron miradas y titubearon.

—Timma, Georg —dijo, tendiéndoles la mano—. Han pasado años.

—¿Cómo estás, Eva? —dijo Georg. No tenía mucho acento extranjero. Era un erudito austriaco que viajaba mucho por el mundo.

—Es maravilloso volver a veros —dijo ella con sinceridad.

—*Ja*. Y sabemos por qué ha pasado tanto tiempo —dijo Timma, que nunca había brillado por su sutileza—. ¿Qué haces aquí?

Solo le faltó decir: «Mataste a tu esposo, ¿cómo te atreves a presentarte aquí?».

Eva bajó la vista, mirándose la alianza de oro que llevaba en el dedo. Ya sabía que aquello sería difícil. Había llegado a aceptar que ella había matado a Charles, pero el sentimiento de culpa seguía destrozándola.

Levantó la vista, sin atender al tono de Timma.

—He venido con la esperanza de ver a viejos amigos. Y para ver el *Libro de los Espías*, claro está.

—Es un descubrimiento apasionante —asintió Georg.

—Me hace preguntarme si alguien ha encontrado por fin la Biblioteca de Oro —siguió diciendo Eva—. Si lo ha encontrado alguien, tienes que ser tú, Georg.

«Ahora que no está Charles», añadió para sus adentros, echándolo en falta todavía más.

Georg se rio. Timma se ablandó y aceptó el cumplido con una sonrisa.

—*Ach*, ojalá —dijo Georg.

—¿No se ha dicho nada de quién puede estar relacionado con el descubrimiento? —insistió Eva.

—No he oído nada de eso, por desgracia —dijo Georg—. Vamos, Timma. Debemos ir ahora a la exposición china. Te veremos arriba, Eva, ¿sí?

—Sí, desde luego.

Mientras ellos cruzaban la gran plaza, Eva se dirigió al ala norte y subió las escaleras hasta el primer piso. Le llegaron los sonidos de una multitud plurilingüe desde una puerta abierta donde un letrero anunciaba:

SIGUIENDO EL DESARROLLO DE LA ESCRITURA

EXPOSICIÓN ESPECIAL DE LA COLECCIÓN
LESSING J. ROSENWALD

Buscó su invitación.

El guarda se la recogió y le dijo:

—Que se divierta, señora.

Pasó al interior. El gran salón estaba cargado de energía y de animación. El público formaba grupos y se apiñaba alrededor de los expositores de vidrio; muchos llevaban auriculares para oír la guía grabada de la exposición. Circulaban discretamente guardias del museo encorbatados. El aire olía como lo recordaba ella, a perfumes caros y a vinos aromáticos. Inspiró a fondo.

—Eva, ¿eres tú?

Se volvió. Era Guy Fontaine, de la Sorbona. Era pequeño y gordito y estaba con un corrillo de amigos de Charles. Ella les miró las caras; advirtió el conflicto de emociones que les producía su aparición.

Los saludó con efusión y les dio la mano.

—Tienes buen aspecto, Eva —opinó Dan Ritenburg. Era un adinerado buscador aficionado de la Biblioteca de Oro, de Sidney—. ¿Cómo es que has podido venir?

—No seas grosero, Dan —le riñó Antonia del Toro.

Era una célebre historiadora, de Madrid. Se volvió hacia Eva.

—Siento mucho lo de Charles —lo dijo—. Un investigador tan entregado… aunque hay que reconocer que podía llegar a ser difícil a veces. Mi más sentido pésame.

Algunos más murmuraron sus condolencias. Se produjo una pausa expectante.

Eva rompió el silencio, respondiendo a la pregunta tácita que le estaban haciendo.

—He salido de la prisión.

Era lo que le había dicho Tucker que dijera.

—Cuando vi que aquí exhibían un manuscrito de la Biblioteca de Oro, tuve que venir, por supuesto —añadió.

—Por supuesto —asintió Guy—. El *Libro de los Espías*. Es hermoso. *Incroyable*.

—¿Creéis que su aparición significa que alguien ha encontrado la biblioteca? —preguntó Eva.

El grupo entabló una conversación animada; los presentes expresaron sus teorías de que la biblioteca seguía estando bajo el Kremlin; de que Iván el Terrible la había escondido en un monasterio a las afueras de Moscú; de que no era más que un mito soberbio que había propalado el propio Iván.

—Pero, si es un mito, ¿cómo está aquí el *Libro de los Espías*? —se preguntó Eva.

—Ajá; eso mismo digo yo —dijo Desmond Warzel, estudioso suizo—. Yo siempre he mantenido que Iván fue vendiendo la biblioteca por partes antes de morir, porque estaba mal de fondos. Recordad que perdió su última guerra contra Polonia… y aquello le salió caro.

—Pero, si eso es cierto, no cabe duda de que a estas alturas ya habrían aparecido otros manuscritos iluminados de la biblioteca —dijo Eva, muy razonablemente.

—Tiene razón, Desmond —dijo Antonia—. Te lo llevo diciendo muchos años.

Siguieron debatiendo, y por fin Eva se despidió de ellos. Circuló entre la multitud escuchando conversaciones, buscando a más personas que conociera, y por fin se pasó por el bar. Pidió un agua de Perrier.

—¿No la conozco a usted, señora? —le preguntó el barman.

Era alto y delgado, pero tenía cara regordeta de ardilla. El contraste resultaba sorprendente y entrañable. Ella lo recordó, por supuesto.

—Yo venía por aquí hace años —le dijo.

Él sonrió y le entregó el agua de Perrier.

—Bienvenida a casa.

Ella sonrió y se apartó para consultar el plano que indicaba en qué punto de la sala se exhibía cada libro xilografiado, cada manuscrito iluminado y cada libro impreso. Cuando localizó la ubicación del *Libro de los Espías*, se dirigió hacia él, pasando por alto la espectacular Biblia gigante de Maguncia, terminada en 1453, y el

Libro de Urizen, mucho menor, con sus ilustraciones grotescas, de 1818. Este era la parodia del Génesis que había creado William Blake. Pocos años atrás, un día feliz de invierno, Charles y ella habían examinado personalmente ambos libros en la Biblioteca del Congreso.

La multitud se agolpaba de tal manera alrededor del *Libro de los Espías*, que algunos de los que estaban más lejos empezaban a cejar en sus intentos de verlo. Eva frunció el ceño, pero no por aquel muro humano imponente. Lo que le había llamado la atención era un hombre que se retiraba de la vitrina. Tenía un aire familiar. No le pudo ver el rostro, porque miraba hacia otro lado y se cubría un oído con la mano, escuchando la guía grabada.

¿Qué tenía aquel hombre? Eva dejó el vaso en la bandeja de un camarero y lo siguió, sorteando a otros visitantes. El hombre llevaba una gabardina negra; tenía el pelo negro y reluciente, y la nuca bronceada. Eva quiso adelantarse para verle la cara, pero con aquella multitud resultaba difícil moverse con rapidez.

Después, el hombre pasó a un espacio despejado, y ella pudo ver con claridad por primera vez todo su cuerpo, su aspecto físico. Cuando lo observó, el corazón se le aceleró. El hombre caminaba con paso atlético, flexible. Los hombros musculosos le temblaban a cada seis u ocho pasos. Irradiaba gran seguridad en sí mismo, como si aquel salón fuera suyo. Su talla coincidía: alrededor de un metro ochenta. Aunque debería haber tenido el pelo castaño claro, no negro azulado, y aunque todavía no había podido verle el rostro, en todos los demás sentidos le resultaba familiar de una manera inquietante, desazonadora. Podría ser el doble de Charles.

El hombre se retiró la mano del oído. Eva, emocionada, se adelantó rápidamente hasta que estuvo caminando casi a su altura. El hombre inspeccionaba la multitud, girando lentamente la cabeza de derecha a izquierda. Por fin, Eva le vio el rostro. Tenía la barbilla más ancha y más pesada que Charles, y las orejas un poco salientes, mientras que Charles las había tenido pegadas al cráneo. Tenía aspecto general de tipo duro, de hombre que había perdido demasiadas peleas a puñetazos.

Pero, entonces, él se quedó mirándola fijamente y se detuvo. Tenía los ojos de Charles, grandes y negros con motas castañas, rodeados de espesas pestañas. Charles y ella habían vivido juntos ocho años de intimidad, y ella conocía cada uno de sus gestos, cada matiz de sus expresiones, y sus reacciones. Los ojos del hombre transmitieron sorpresa, y después se entrecerraron con temor. Inclinó la cabeza hacia atrás: orgullo. Y, por último, tuvo aquella expresión no emotiva suya que ella le conocía tan bien, cuando se encontraba ante lo inesperado. Formó con los labios la palabra *Eva*.

A Eva le pareció que la sala se difuminaba y que la charla del público se desvanecía mientras intentaba respirar, sentir los latidos de su corazón, saber que tenía los pies bien plantados en el suelo. Se esforzaba por pensar, por entender cómo

podía seguir vivo Charles. La inundó el alivio de saber que no lo había matado. Pero ¿cómo había podido salir vivo del accidente con el coche? De pronto, su dolor y su culpabilidad se convirtieron en rabia aturdida. Había perdido dos años por su culpa. Había perdido a casi todos sus amigos. Su reputación. Su carrera profesional. Había llorado por él y se había culpado a sí misma… y, mientras tanto, él estaba vivo.

Mientras él la miraba con el ceño fruncido, ella sacó el teléfono móvil, tocó el teclado y enfocó al hombre con la cámara de vídeo del aparato.

Él frunció el ceño todavía más y, sacudiendo la cabeza, se llevó la mano al oído izquierdo y se abalanzó entre la multitud.

—¡Charles, espera!

Corrió tras él, sorteando a la gente, dejando un rastro de comentarios de desagrado.

Él pasó rozando a una pareja mayor y se adentró más entre la masa humana. Ella se puso de puntillas y vio que rodeaba un expositor. Eva corrió. Cuando Charles se abría camino a codazos entre un círculo de mujeres, dio un empujón con el hombro a un camarero que llevaba una bandeja llena de copas de vino. La bandeja se volcó; las copas salieron despedidas. El vino tinto salpicó a las mujeres. Estas chillaron y resbalaron con sus zapatos de tacón.

Mientras los invitados los miraban atónitos, los guardias de seguridad tomaron las radios que llevaban en el cinturón, y Charles salió corriendo por la puerta. Eva lo siguió velozmente y se lanzó escaleras abajo. Cuando llegó al rellano, un vigilante se despegó de la pared, empuñando su radio.

—¡Alto, señorita!

Corrió hacia ella, haciendo ondular el vientre prominente.

Ella aceleró, y el guardia no tuvo tiempo de variar su rumbo. Intentó asirla de la gabardina con las manos, pero falló. Tropezó y cayó hacia delante, sobre la barandilla, en una posición precaria sobre aquel desnivel de un piso de altura.

Ella se detuvo para volver a ayudarlo, pero un hombre que llevaba un chaquetón azul oscuro bajó tres escalones de un salto y tiró del guardia hasta dejarlo a salvo.

Eva, lamentándose del tiempo perdido, prosiguió su carrera desenfrenada escaleras abajo, mientras resonaban a sus espaldas los pasos de los guardias. Cuando alcanzó la primera planta, aceleró ante los ascensores y llegó a la inmensa plaza central. En las alturas retumbó con fuerza un trueno, y un chaparrón azotó la alta cúpula de cristal.

Vio a Charles de nuevo. Este, dirigiéndole una mirada furiosa desde el otro lado de aquella ancha extensión, pasó velozmente tras una inmensa escultura de la cabeza del faraón egipcio Amenhotep III.

Ella corrió tras él, siguiéndolo hasta el gran zaguán del museo. Los visitantes retrocedían en silencio, confusos, al verlo pasar corriendo. Había un vigilante a cada

lado de la puerta principal abierta; ambos tenían la radio pegada al oído, con aspecto de que acababan de recibir instrucciones.

Cuando Charles se aproximó a ellos, Eva vio que se le ponía rígida la espalda.

El aire le trajo sus palabras. Era la voz profunda de Charles, que decía con toda seriedad a los dos guardias:

—Está loca… lleva un cuchillo.

Enfurecida, corrió más deprisa. Los guardias se miraron entre sí, y Charles aprovechó su vacilación para colarse entre ellos y salir corriendo entre la noche de tormenta.

Eva soltó una maldición para sus adentros. Los dos guardias se habían rehecho y se habían plantado hombro con hombro ante ella, cerrándole el paso.

—Alto —ordenó el más alto de los dos.

Ella se abalanzó sobre ellos. Mientras ellos entrecerraban los ojos, ella hizo una pausa y clavó la base de cada mano en el plexo solar de los hombres, asestándoles sendos golpes *teisho* de karate.

Los hombres, sorprendidos, sin aire en los pulmones, vacilaron, dejándole el sitio justo para pasar. A los pocos instantes, estaba fuera. La lluvia fría caía a cántaros del cielo anubarrado, empapándola mientras bajaba aprisa por la escalinata de piedra.

Charles era una esquirla negra en la noche; braceaba para impulsarse a través del largo patio delantero, hacia el portón de entrada del museo.

—Maldita sea, Charles. ¡Espera!

Los chillidos de una sirena de la Policía sonaban más fuerte, se aproximaban. Respirando con fuerza, salió corriendo tras él a Great Russell Street. Los vehículos que pasaban arrojaban olas oscuras de agua sobre la acera. Los peatones caminaban aprisa con los paraguas abiertos, como una falange de sombrillas oscilantes.

Cuando Eva redujo la velocidad, buscando a Charles por todas partes, unas manos la asieron por la espalda. Ella forcejeó, pero las manos la sujetaban con fuerza.

—Alto, le han dicho —le repitió un guardia del museo, jadeante.

Otro le arrancó el bolso que llevaba al hombro.

Un coche patrulla de la Policía Metropolitana se detuvo ante la acera con chirrido de frenos. Saltaron de él *bobbies* de uniforme que empujaron a Eva contra el coche y la cachearon. Ella, frustrada, furiosa, se volvió y vio que Charles se subía a un taxi, cerca del final de la manzana. Lo siguió mirando hasta que sus pilotos rojos traseros se perdieron entre el tráfico.

CAPÍTULO

9

La sala de interrogatorios de la Policía era un espacio estrecho en un piso inferior de los trece que tenía la comisaría de Policía de Holborn, a solo siete manzanas del Museo Británico.

—Y bien, doctora Blake, parece que no me ha estado diciendo usted la verdad.

El inspector Kent Collins, de la Policía Metropolitana, saludó con un gesto de la cabeza al agente que estaba de vigilancia en un rincón, y este le devolvió el saludo. El inspector cerró la puerta a su espalda, aislándolos del mundo.

—Me dijo que su marido había muerto. Pero no me dijo que a usted la habían condenado por matarlo.

Era un hombre de pelo hirsuto, de nariz grande y que, a pesar de lo tardío de la hora, llevaba las mejillas bien afeitadas. Duro, impecable y claramente al mando de la situación, llevaba bajo el brazo una carpeta nueva de papel manila.

Eva tenía las manos en el regazo. Hacía girar sobre el dedo la alianza de oro. No había podido llamar por teléfono a Tucker Andersen porque no había estado sola en ningún momento desde que la habían detenido. Tenía bien presente la advertencia que le había hecho de no hablar de su misión a nadie. Pero ¿cómo iba a salir de aquello? ¿Podría hacerlo de alguna manera?

—Lo que dije fue que se suponía que Charles había muerto —dijo al inspector—. Si le hubiera contado todo lo demás, quizá no me habría dejado explicárselo todo. El hombre que vi era Charles Sherback. Mi marido. Vivo. Y no fui yo la que mentí a los guardias del museo —le recordó—. Fue él. Les dijo que yo llevaba un cuchillo. Me registraron. No tenía ningún cuchillo.

El inspector Collins dejó la carpeta en la mesa de golpe y se dejó caer en una silla de plástico ante el extremo de la mesa, de modo que estuvieran sentados cerca uno de otro pero en ángulo recto. Ella reconoció aquella técnica. Si quieres que alguien tenga empatía contigo, siéntate a su lado. Pero si lo que quieres es desafiarlo, ponte frente a él. La posición en ángulo recto le otorgaba flexibilidad.

Se volvió hacia ella.

—Estamos más bien ocupados como para ponernos a buscar entre los vivos a un hombre que está muerto y enterrado.

—Charles no solo mintió en lo del cuchillo; huyó porque me había reconocido.

—O huyó porque era un sujeto inocente y usted lo estaba acosando.

—Pero en tal caso podría haber dado parte a los guardias.

El inspector perdió la paciencia.

—¡Chorradas! Fue usted, y no él, quien atacó a los dos vigilantes en la entrada del museo.

—No tenía tiempo de pararme a demostrar que no llevaba ningún cuchillo, ni a explicarles por qué tenía que atrapar a Charles. Y otra cosa: soy cinturón negro de karate. Podría haber hecho mucho daño a los guardias. En vez de ello, les di con la fuerza justa para que quedaran sin aliento y retrocedieran. ¿Ha presentado denuncia alguno de los dos?

Ella sospechaba que no, ya que no se había hablado de ello.

—La verdad es que no.

Ella asintió con la cabeza.

—Aquí hay mucho más que lo mío. Charles está vivo, y en su tumba debe de estar enterrada alguna otra persona. ¿Quieren hacer el favor de buscarlo?

En la expresión del inspector Collins se leía claramente que la tomaba por loca.

—¿Cómo quiere que lo encontremos? No nos ha dado usted ninguna dirección. Nada concreto en absoluto.

Ella tomó su teléfono móvil, pulsando botones mientras decía:

—Lo grabé en vídeo en el museo.

Dispuso la pequeña pantalla de manera que pudieran verla los dos y puso en marcha la grabación. Y allí estaba, un Charles en miniatura, bien plantado con su gabardina negra sobre el fondo movedizo de visitantes del museo. La miraba fijamente, desde un punto más alto que el teléfono móvil, y fruncía el ceño.

—Todavía no se le ve el modo de andar —dijo al inspector—. Su manera de andar es importante. Es deportista y se mueve como tal, un poco inclinado hacia delante y con paso flexible. Además, los hombros le tiemblan regularmente. Es un rasgo muy distintivo. También coinciden la edad y la estatura. Y también el color de los ojos y la voz.

En el vídeo, Charles miraba hacia abajo.

—Esto fue cuando se fijó en mi móvil —explicó ella.

Charles se llevó la mano al oído, se volvió bruscamente y desapareció entre la multitud. Eva maldijo para sus adentros. Se había movido tan aprisa que ella no había captado su modo de andar. El vídeo terminó.

—¿Eso es todo? ¿No tiene más? —dijo el inspector, con un tono que parecía una agresión.

—Es algo. Es un comienzo.

—Dijo usted que allí estaban otras personas que su marido y usted conocían desde hacía años. Si ese hubiera sido su marido, que está muerto, habrían dicho algo. De hecho, me figuro que se habrían alborotado bastante.

El inspector, sacudiendo la cabeza, abrió la carpeta, sacó una hoja de papel y se la acercó deslizándola sobre la mesa.

—La Policía de Los Ángeles me ha enviado esto por correo electrónico. Dígame quién es.

Era un retrato que se había hecho Charles para los folletos de la Biblioteca Elaine Moreau. Sus rasgos refinados y sus ojos negros brillantes la miraron desde el papel.

—Es Charles, por supuesto —dijo ella en voz baja—. Después de desaparecer, ha debido de teñirse el pelo y de operarse la cara.

El inspector señaló la foto bruscamente con el pulgar.

—Esta foto no se parece en nada al hombre que sale en su vídeo.

La miró fijamente, desafiándola.

—He hablado con la prisión. ¿Es esta la primera vez que ha creído verlo después de su muerte?

Ella vaciló, pero se rindió.

—Usted sabe que no, evidentemente.

El inspector sacó otro papel y leyó en voz alta:

—«En las tres primeras semanas tras la muerte del doctor Sherback, la doctora Blake dijo que había creído verlo dos veces. Según su relación, ella abordó a los hombres, que se comportaron de manera amistosa. Pero cuando les explicó por qué quería hablarles, se apartaron de ella».

Le pareció como si sus pulmones hubieran perdido el oxígeno.

—Se parecían a Charles…

¿Cómo podría salir de allí para encontrarlo? Pensó con rapidez. Dijo por fin:

—Mi marido y yo éramos bibliotecarios y conservadores de manuscritos antiguos y medievales. Solíamos viajar por el mundo para asistir a inauguraciones como la de esta noche. Al haberme vuelto a encontrar en ese ambiente… puede que usted tenga razón y que haya cometido un gran error.

Bajó la voz.

—Lo echo mucho de menos. Espero que usted pueda entenderlo.

Una chispa de compasión se asomó a la cara hirsuta del inspector. La miró fijamente, con aire de estar considerando lo que debía hacer.

Sentía tensión en todo el cuerpo. Se volvió hacia él, rozándole un hombro con el suyo.

—Lamento de verdad haber causado tantos problemas.

—Puede que usted quiera que esté vivo para no tener que cargar con la culpa de lo que hizo —dijo él.

Ella le dio la respuesta que él quería oír.

—Sí.

En los ojos cansados del inspector se leía la lástima. Encogiéndose de hombros,

se puso de pie. Sacó el pasaporte de Eva del interior de su chaqueta de *sport* y se lo entregó.

—Coja un avión mañana y vuélvase a su casa. Pida cita a un psicoterapeuta.

Eva recogió sus cosas y siguió al inspector Collins por el pasillo de la comisaría. Mientras oía el rumor del sistema de ventilación, volvía mentalmente al hombre del museo, al hombre que ella estaba segura de que era Charles, a pesar de lo que había contado al inspector.

A cada paso que daba, reconstruía su perfil, su estatura y su edad, la expresión de sorpresa y de reconocimiento que había visto en sus ojos. Mientras bajaban en el ascensor, reproducía mentalmente las palabras que había dicho él a los guardias del museo, oyendo la entonación familiar de su voz.

El inspector la dejó, y ella salió al exterior y se detuvo. Refugiada bajo el pórtico de entrada de la comisaría, visualizó a Charles huyendo en la noche de tormenta. Vio cómo agitaba los brazos a los costados. Ahí había algo. Algo relacionado con sus manos.

Entonces, lo recordó. Sacó su teléfono móvil. Volvió a reproducir el breve vídeo y lo observó con atención. Detuvo la imagen y la amplió. Charles había sufrido una herida grave en la mano izquierda en un accidente, en unas excavaciones en Turquía. Si aquel hombre era Charles, debería tener una cicatriz larga en la mano.

Casi esperó ver una piel lisa. Pero quedó sin aliento al detectar la cicatriz blanca azulada que serpenteaba desde la punta del pulgar, pasando por la mano, hasta perderse bajo la manga de la gabardina. Charles.

Se volvió bruscamente con intención de entrar de nuevo en la comisaría… pero se detuvo. La Policía no la ayudaría de ninguna manera. Pensó en Tucker Andersen. Pero este ya debía de saber que ella se había hecho la ilusión de ver a Charles en otras ocasiones. Tampoco él la creería.

Pero tenía que darle su informe. Marcó su número.

No hubo ningún preámbulo.

—¿De qué se ha enterado? —le preguntó él al instante.

—No he podido encontrar a nadie que supiera nada nuevo de la Biblioteca de Oro —le dijo sin mentir—. Todos tienen sus teorías habituales.

—Lástima. Vuelva al museo mañana. Pásese el día entero.

—Claro.

Había ganado algo de tiempo.

Abrió el paraguas y caminó a la luz de las farolas, intentando ordenar sus ideas. Su matrimonio con Charles no había sido perfecto, pero ¿acaso existía una relación de pareja perfecta? A la muerte de él, los problemas de su relación se le habían borrado a ella de la mente. Lo había querido mucho, y creía que él la quería a ella. Tenía catorce años más que ella, y ya era célebre en su carrera profesional cuando se

conocieron. Recordó aquella primera vez que lo había visto, entrando en el aula con pasos largos y seguros. Aquella cara apuesta que irradiaba inteligencia y curiosidad. Era conferenciante invitado en un curso universitario de segundo ciclo en el que ella ejercía de asistente mientras preparaba su doctorado. Citaba a Homero y a Platón, y había encantado e impresionado a todos.

—*Gratias tibi ago, doctor Sherback, benigne ades* —le había dicho ella. «Gracias, doctor Sherback, por haber tenido la bondad de venir».

La multitud de admiradores se había ido disipando hasta que solo quedaban él y ella.

Él la había mirado fijamente desde su altura, evaluándola. Después, le había contestado también en latín.

—Me recuerdas a Diana, la diosa de la caza y de la luna y protectora de la juventud inocente. Dime, ¿tienes por aquí cerca un bosque de robles y un ciervo?

Ella se rio.

—Y mi arco y mis flechas.

—Ah, sí; pero entonces no eres solo una cazadora, sino un símbolo de castidad. No es de extrañar que necesites tus armas. Espero que no me conviertas en ciervo, como hiciste con Acteón.

Cuando Acteón vio a la diosa bañándose desnuda en un arroyo, esta lo convirtió en ciervo y le echó encima a sus perros de caza.

—Está completamente a salvo —le aseguró ella—. No tengo perros; ni siquiera un caniche miniatura.

Él se echó a reír; el buen humor le hacía fruncir los ojos.

—Me gusta una mujer que sabe hablar latín y que conoce a los dioses y diosas antiguos. ¿Nos tomamos un café?

Sus colegas, los críticos y los aficionados al arte lo admiraban, y las mujeres se le echaban encima. Pero había sido ella la que lo había cazado. No sospechó nunca que se estaba casando con un hombre capaz de hacerse pasar por muerto y de enviarla a la cárcel. Pero también es verdad que ella, como tantos otros, había quedado deslumbrada por él, por el estilo de vida de ambos y por sus propios sueños y ambiciones.

Mientras caminaba por la calle, la lluvia tamborileaba constantemente sobre su paraguas. Tenía que encontrar a Charles. Lo único que tenía era el breve vídeo. El inspector tenía razón: no iba a bastar. Sacó el teléfono móvil y llamó a Peggy Doty. Peggy había recuperado su antiguo trabajo en la Biblioteca Británica para estar cerca de su novio, Zack Turner, y Eva se alojaba con ellos durante su estancia en Londres.

Cuando Peggy se puso al teléfono con voz somnolienta, Eva, después de disculparse, le dijo:

—¿Te acuerdas de aquella vez que te cubrí en el Getty cuando te fuiste a París

para pasar unos días con Zack? ¿Y cuando te enseñé el pegamento secreto que es invisible y no falla nunca? Y aquella vez que bloqueé a ese turista obseso sexual que te acosaba…

Se oyó una risita.

—Debes de estar desesperada. ¿Qué quieres?

—Es un gran favor, y no te lo pediría si no fuera vital. Necesito copias de los vídeos de seguridad de la inauguración de esta noche en el museo. Sobre todo, de aquellos en los que se vea a la gente próxima al *Libro de los Espías*.

—¿Qué?

—Y las necesito ya. Ahora mismo. Estoy andando hacia el museo. No te las pediría si no las necesitara de verdad.

Con suerte, en los vídeos se vería a Charles charlando con alguien a quien conociera ella. Puede que esa persona hubiera descubierto algo útil.

Hubo un largo silencio. Por fin, Peggy dijo:

—Lo que quieres es que se lo pida a Zack.

Zack era jefe de seguridad del museo.

—Hará cualquier cosa por ti. Haz el favor de llamarle por teléfono.

Se oyó un fuerte suspiro al otro lado de la línea.

—Te llamaré.

Eva le dio las gracias y siguió caminando por Theobalds Road, sujetando con fuerza contra su costado el bolso que llevaba colgado al hombro. Pero mientras andaba tuvo una sensación extraña. Miró hacia atrás. Caminaba tras ella, a unos diez metros de distancia, un hombre con un chaquetón azul. El rostro le quedaba oculto en las sombras. El hombre que había salvado al guardia del museo de caerse de las escaleras también llevaba un chaquetón azul. Volvió a mirar, pero el hombre ya no estaba.

Se dirigió al norte por Southampton Street y después siguió hacia el oeste por Great Russell Street, donde, involuntariamente, se puso a mirar a los coches que pasaban. Un Citroën de color bronce redujo la velocidad y la siguió durante unos momentos; después, aceleró. Ella advirtió con desazón que ya se había fijado antes en aquel coche. En el asiento del pasajero no había nadie, y no había podido ver al conductor.

Ya tenía por fin el museo a la vista. Dobló por Montague Street, que transcurría a lo largo de la fachada oriental del inmenso edificio y llegaba hasta Montague Place. La calle solo tenía una manzana de largo, era una de las muchas vías estrechas y tortuosas del barrio de Bloomsbury. No había tráfico, aunque había coches aparcados a lo largo de la acera. Miró hacia atrás y le pareció ver movimiento entre la oscuridad, bajo un árbol alto.

Sonó su móvil. Era Peggy.

—¿Tienes buenas noticias? —se apresuró a preguntarle.

—Cielo, Zack dice que no puede hacerte copias. Va en contra del reglamento. Lo siento mucho. Vuélvete a casa. Es muy tarde ya.

Eva cerró los ojos, desilusionada.

—Gracias por haberlo intentado. Lamento haberte molestado. Espero que puedas volver a dormirte pronto.

Pulsó el botón de apagado.

Mientras intentaba decidir qué haría a continuación, había empezado a cruzar la calle cuando oyó un motor de coche y sintió vibrar la calzada bajo sus pies. Miró a su izquierda. El vehículo se abalanzaba hacia ella con los faros apagados. La invadió el terror. Apretó el paso, pero el coche se desvió hacia ella.

Tenía ante sí la alta verja de hierro que rodeaba el museo. Dejó caer el paraguas, se echó en bandolera el bolso y echó a correr. Pronunciando una oración silenciosa, se elevó dando un fuerte salto *tobi-geri*. Asió con las manos dos barrotes húmedos, y encontró otros dos para apoyar precariamente los pies.

Volvió a mirar. El coche era un Citroën de color bronce como el que la había seguido en la Great Russell Street. Pero, ¿quién…? Clavó la vista en el parabrisas. ¿Charles? Ay, Dios santo, ¡era Charles! Sus rasgos enérgicos parecían congelados; la mirada, ausente; pero se apreciaba emoción en sus manos. Las tenía aferradas con fuerza al volante, como si este fuera una soga.

Con un movimiento brusco, el Citroën saltó a la acera y golpeó con fuerza la cerca. Saltaban chispas. A Eva le parecía que el ruido del coche a toda velocidad, del metal contra el metal, le explotaba dentro de la cabeza. Trepó más alto. Los barrotes de hierro basto le temblaban en las manos. Mientras se esforzaba por sujetarse, el Citroën pasó rápidamente por debajo de ella, envolviéndola en una nube maloliente de gases de escape.

Mientras el auto derrapaba sobre la calle resbaladiza por la lluvia, Eva se soltó de la cerca y se dejó caer al suelo, intentando asimilar el hecho de que Charles acababa de intentar matarla. Horrorizada, echó a correr. Aceleró cada vez más; los músculos le palpitaban y el rostro frío de Charles le quemaba en la mente.

CAPÍTULO

10

A las once de la noche, el Museo Británico era una fortaleza oscura, maciza y aparentemente impenetrable. Estaba rodeado de una gran verja de hierro y ocupaba una manzana entera, dominando las calles estrechas y pintorescas del barrio londinense de Bloomsbury. Llovía levemente. El tráfico casi había cesado, salvo en Great Russell Street, donde resonaría durante toda la noche. No se veían peatones.

Cuatro hombres corrían en fila india a lo largo del museo, en Montague Place. Llevaban antifaces de nailon negro y monos negros, con grandes mochilas negras impermeables bien ceñidas a los hombros. Cuando se acercaron al portón de hierro, Doug Preston pulsó el comunicador electrónico que llevaba al cinto. Se oyó el clic de la cerradura del portón. Se deslizó ágilmente al interior, seguido de los demás.

El equipo pasó rápidamente ante los rectángulos de césped y los espacios abiertos hasta que llegaron a una puerta lateral del ala norte. La puerta se abrió, empujada por un hombre vestido con el uniforme azul oscuro de los guardias del museo. Pasaron al interior; la puerta se cerró con un ruido metálico, y los cuatro extrajeron coordinadamente sendas toallas de las mochilas de sus compañeros.

—Date prisa, Preston —dijo el guardia, Mark Allen Robert, mientras se secaban —. Tengo que volver, maldita sea.

—¿Está todo arreglado? —le preguntó Preston.

Robert miró nerviosamente su reloj.

—Las rondas empezarán de nuevo por esta ala dentro de unos veinticinco minutos. Pasarán una hora revisando las plantas y las galerías. Para ir sobre seguro, debéis estar de vuelta aquí dentro de veinte minutos. Nada más. Yo controlaré el aparato de seguridad desde abajo.

Se marchó aprisa, precedido del haz de luz de su linterna, entre las sombras macabras que producían las lámparas tenues de color ámbar que estaban montadas en lo alto de las paredes.

Los hombres, en silencio, se pusieron zapatos de suela de goma blanda. Secaron los charcos de agua de lluvia del suelo.

—Tenemos diecisiete minutos —les dijo Preston en voz baja.

Se adentraron corriendo entre las tinieblas, sin emplear linternas. Las lámparas de seguridad del museo bastaban, y todos ellos se habían aprendido la ruta de memoria.

Pero al llegar a la parte superior de la escalera norte, Preston percibió el olor acre

del humo de un cigarrillo. Hizo bruscamente una señal con la mano que indicaba a sus hombres que retrocedieran. Además de jefe de seguridad de la Biblioteca de Oro, era un experto reconocido tanto en robos como en eliminaciones, y aquello podía constituir una interrupción de poca importancia. Deseaba ardientemente que fuera de poca importancia. Sus instrucciones eran entrar, coger y salir, sin dejar ninguna indicación de que hubieran accedido intrusos a la fortaleza del museo.

Agachado, buscó su aparato de visión nocturna, le dobló el visor y lo asomó por la esquina hasta que pudo ver. Venía caminando despacio por el pasillo, hacia ellos, un guardia que fumaba perezosamente. En el museo estaba prohibido fumar, por lo que Preston pensó que el hombre debía de haber subido allí para refugiarse de la lluvia, esperando que nadie se fijara en él.

Preston frunció el ceño y apoyó el peso en los talones, observando con recelo al guardia, que se aproximaba a la escalera. Cuando ya se disponía a ordenar con una señal a sus hombres que retrocedieran al piso siguiente, el guardia apagó el cigarrillo, encendió otro y trazó con paso tranquilo un semicírculo para desandar lo andado.

Preston sacudió los hombros para aliviarse de la tensión. Bajo su antifaz, el sudor le engrasaba la cara. Le fastidiaba no poder abatir al guardia.

Transcurrieron otros cinco minutos mientras el hombre se paseaba por el pasillo. Por fin, terminó el segundo cigarrillo, pulsó el botón para llamar al ascensor, lo tomó, y desapareció.

—Quedan diez minutos —dijo Preston, viendo que sus hombres se ponían tensos —. Podemos hacerlo.

Hizo una señal, agitando la muñeca, y corrieron al salón de exposiciones donde se exhibía la colección Rosenwald. Tal como esperaba, el portón de seguridad estaba bajado; pero la luz de la cerradura electrónica estaba en verde, lo que indicaba que estaba desactivada. Aquello agradó a Preston: aumentaba las probabilidades de que se hubieran desconectado también los sensores de movimiento dentro de la galería.

Levantaron entre todos el portón noventa centímetros, se deslizaron por debajo y corrieron hacia el *Libro de los Espías* mientras se quitaban las mochilas. No sonó ninguna alarma.

—Nueve minutos —dijo Preston, aliviado.

La vitrina de alta seguridad tenía un marco de titanio, sin junturas en las esquinas para que fuera más hermético. La parte superior estaba compuesta de dos paneles de vidrio templado, antirreflectante, cada uno de ellos de cinco milímetros de grosor, fundidos con butiral de polivinilo, que, en caso de ruptura del vidrio, sujetaría los fragmentos, protegiendo el manuscrito. Los cierres estaban hechos de inconel, un acero al níquel, y tenían perfil en C; los brazos de cada C encajaban en ranuras para crear un cierre bien sellado. Una persona que no supiera lo que tenía que hacer podría tardar horas enteras en encontrar el modo de abrir la vitrina.

Trabajaron con movimientos lentos pero bien ensayados. Dos hombres abrieron los cierres superiores, empleando herramientas especiales, retiraron el primer panel y lo dejaron en el suelo, mientras Preston y el cuarto hombre extraían de una mochila un manuscrito iluminado falso y le quitaban la funda.

En cuanto se hubo extraído el segundo panel de vidrio, un hombre cerró cuidadosamente el *Libro de los Espías* enjoyado y lo puso a salvo en película transparente de poliéster para archivos y una funda de polietileno translúcido, y lo envolvió después en plástico de burbujas. Lo metieron en la mochila de Preston.

Sin dejar de respirar regularmente, Preston estudió el interior de la vitrina, que tenía un acabado de color negro azabache. Buscaba las pequeñas clavijas que indicaban la posición correcta. Después de constatarla, dejó el libro falso en su lugar y lo abrió por las dos únicas páginas que eran verdaderas, copiadas en color y retocadas a mano a partir de fotografías que había tomado Charles Sherback durante la inauguración de la tarde anterior. Había unas pequeñas junturas allí donde se habían pegado las páginas al libro, pero no se apreciaban a menos que se observaran muy de cerca.

Cuando levantó la vista, sus hombres ya tenían puestas las mochilas. Mientras él se echaba a la espalda la suya, los dos primeros volvieron a colocar los paneles de vidrio y echaron los cierres.

Consultó su reloj, lleno de satisfacción.

—Cuatro minutos.

Uno de los hombres rio por lo bajo; otro soltó una carcajada. Preston echó una ojeada de experto para asegurarse de que no se dejaban nada, y huyeron rápidamente.

CAPÍTULO

11

Mientras el Citroën doblaba velozmente la esquina, Judd Ryder subía corriendo por la calle estrecha, siguiendo a Eva Blake, que, a su vez, corría adentrándose en la llovizna. Ryder, que trabajaba para Tucker Andersen, estaba en Londres para vigilar a Eva, y se había enterado ya de dos datos importantes. En primer lugar, Eva estaba muy atenta a su entorno: había mirado atrás varias veces, lo que indicaba que percibía que la seguían. Se había fijado en él claramente en una ocasión. Y, en segundo lugar, el hombre que ella creía que era su marido acababa de intentar matarla.

Sin dejar de correr, Eva arrojó algo bajo un arbusto. Ryder lo buscó y vio un brillo tenue. Recogió una alianza y una cadena de oro con un colgante; las dejó caer en el bolsillo de su chaqueta y aceleró. Pasó ante el hotel Montagu y dobló la esquina. Había algo de tráfico y algunas personas dispersas por las aceras. Percibió a Eva, que entraba corriendo en los jardines de Russell Square.

Cruzó la calle sorteando los coches y entró en el parque, un jardín bien cuidado que ocupaba toda una manzana, con prados y caminos serpenteantes bajo las amplias ramas de árboles centenarios. Aunque el mes de abril estaba resultando frío, los árboles ya habían echado hojas, con lo que quedaban franjas negras que ni siquiera las farolas ornamentadas del parque llegaban a iluminar.

No veía a Eva Blake por ninguna parte. Pero vio en el lado este del parque el Citroën entre el resto del tráfico. Daba vueltas alrededor del jardín. Sacó su móvil y marcó el número de ella.

Le respondió una voz de mujer, sin aliento.

—¿Tucker?

Él sabía que ella creía que solo Tucker tenía su número de teléfono.

—Me llamo Judd Ryder. Tucker me envió para que la ayudara. La he estado siguiendo…

Ella colgó.

Ryder soltó una maldición y corrió por un sendero, buscando entre las sombras. ¿Había visto movimiento cerca del café Garden, en el ángulo nororiental de la plaza? Se ocultó tras un árbol. Durante unos instantes, vio entrar y salir de entre las sombras oscuras del café a una figura como una aparición, con gabardina marrón clara. Era Eva Blake.

Él la siguió a su mismo ritmo mientras ella salía por el portón de hierro forjado

del parque y se deslizaba tras un antiguo refugio para cocheros mientras pasaba el Citroën, que giró hacia el oeste. Cuando el coche rodeaba el parque de nuevo, ella atravesó corriendo el cruce, muy transitado, hacia el histórico hotel Russell.

También él salió del parque. Ella redujo la velocidad al dejar atrás el hotel, y entró entre la multitud próxima a la estación de metro de Russell Square.

Bajó de la acera y corrió por la orilla de la calzada. Cuando estuvo por delante de ella, se ocultó tras el puesto de periódicos del *Herald Tribune* y se quitó el gorro negro de punto. Cuando Eva Blake pasó aprisa a su lado, él la asió del brazo y aprovechó el propio impulso de ella para hacerla girar hacia él.

—Soy Judd Ryder. Acabo de llamarla…

—Suélteme.

Ella le dio un tirón tan fuerte que él estuvo a punto de soltarla.

Tenía el pelo empapado de la lluvia, pegado al cráneo, y se le había corrido el rímel, que le había formado semicírculos sucios bajo los ojos y churretes grises en las mejillas. Pero lo que le llamó la atención fueron sus ojos azul cobalto. Irradiaban miedo… y desafío.

—Tengo que sacarla de aquí —le ordenó.

Ella se apartó de él bruscamente y le arrojó con un pie una experta patada lateral *yoko keage*. Él dio un paso atrás rápidamente, y solo la parte delantera suelta de su chaquetón recibió la carga del golpe. Ella, sorprendida por no haber hecho impacto, vaciló sobre sus pies y cayó sobre el pecho de él. Él la apretó contra sí con las manos.

La hizo incorporarse de un tirón y le dio el gorro de lana.

—Póngase esto. Recójase el pelo dentro. Tenemos que cambiarle el aspecto… a menos que quiera arriesgarse a que vuelva a encontrarla su marido. Quítese la gabardina. Si hace exactamente lo que le digo, quizá sea capaz de sacarla de aquí.

Ella se quedó inmóvil, mientras pasaban alrededor de ellos los viajeros que iban a coger el metro.

—¿Es verdad que trabaja con Tucker? —le preguntó.

—Trabajo a sus órdenes. Igual que usted. Por eso tengo el número de móvil de usted.

—Eso no quiere decir nada. ¿Por qué no me ha hablado él de usted?

—Ya se lo explicaré más tarde.

Tomó el gorro de lana, se lo incrustó en la cabeza y empezó a desabotonarle la gabardina.

—Ya me la quito yo, maldita sea.

Se quitó del hombro la correa del bolso y se despojó de la gabardina.

Él atrapó ambas cosas antes de que cayeran al suelo y enrolló la gabardina de manera que solo quedaba visible el forro interior verde. Eva llevaba una chaqueta sastre negra, un suéter negro de cuello de cisne y unos vaqueros de cintura baja y

ceñidos, metidos en unas botas negras altas.

—Recójase el pelo bajo el gorro.

Mientras ella lo hacía, él le devolvió el bolso.

—Cójame del brazo, como si yo le gustara.

Ella le pasó el brazo por el suyo, con desconfianza. Mientras caminaban, él le dio unas palmaditas en la mano. La tenía helada y tensa. Él tiró su gabardina a un contenedor de basuras.

Ella hizo ademán de mirar hacia atrás.

—No se vuelva —le advirtió él—. Será mejor que demos a su marido el mínimo de oportunidades de verle la cara.

Cuando siguieron adelante, el número de transeúntes se redujo, lo cual era bueno y malo a la vez. Era bueno porque podían avanzar más deprisa. Era malo, porque así resultaba más fácil identificarla a ella. Ryder sacó un espejo de bolsillo, lo sostuvo en el hueco de la mano y observó en él a los coches que se acercaban por detrás.

—No veo el Citroën —le comunicó—. Está tiritando. Abotónese la chaqueta. Buscaremos algún lugar caliente para hablar.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba? —le preguntó ella, mientras se abotonaba la chaqueta hasta el cuello.

En la voz de Eva no había confianza, pero él solo necesitaba su colaboración.

—Judd Ryder —dijo él. Metió la mano en el bolsillo interior de su chaquetón abierto, con intención de sacar la cartera. Sacó la mano vacía. Recordó al instante la patada lateral que le había tirado ella y que después había tropezado con él, apoyándole las manos en el pecho. Tucker no había mentido: era una carterista de primera.

Ella sacó la cartera de su bolso, la abrió y comprobó el permiso de conducir de Judd, del estado de Maryland, sus tarjetas de crédito y sus carnés.

—No dice *CIA* en ninguna parte —dijo, devolviéndole la cartera.

—Estoy encubierto.

—Entonces, puede que no se llame de verdad Judson Clayborn Ryder.

—Sí que me llamo así. Hijo de Jonathan y de Jeannine Ryder. Primo de muchos.

—Hay credenciales falsas.

—Las mías no lo son. Le propongo una idea interesante: pruebe a ser agradecida. Yo soy el que la está ayudando a huir de su marido.

—Si quería ayudarme de verdad, ¿por qué no intentó detener a Charles cuando quiso atropellarme? Al menos, podría haber usado la pistola para reventarle los neumáticos.

De modo que ella le había notado la Beretta.

—Eso de que los neumáticos explotan cuando les pegas un tiro es un mito.

—¿Cree que Charles volverá a intentar matarme?

—Teniendo en cuenta que estaba dando vueltas al parque, yo diría que parece que la idea le atrae.

Ella congeló su expresión y apartó la vista.

Cuando doblaron por Guilford Street, ella le preguntó:

—¿Fue usted quien salvó al guardia del museo que estuvo a punto de caerse por la barandilla?

—Necesitaba ayuda. Fue una suerte que estuviera yo allí cerca.

Ella respiró hondo.

—Me alegro de que así fuera —dijo.

Pasaron ante una hilera de locales comerciales y de oficinas de empresas, todos cerrados. En la acera, ante ellos, estaba sentado con las piernas cruzadas un vagabundo, refugiado bajo una sombrilla de playa destartalada y, delante de él, un letrero escrito a mano:

MI PERRO Y YO TENEMOS HAMBRE. UNA AYUDA, POR FAVOR.

Judd sintió de pronto que ella se ponía rígida a su lado.

—¡Charles! —susurró Eva.

Él vio de reojo que se aproximaba por detrás el Citroën.

—No tenemos tiempo de huir —le dijo en voz baja—. Míreme y sonría. ¡Míreme! No somos más que una pareja corriente que hemos salido a dar un paseo.

Le pasó un brazo por los hombros, la llevó hacia el mendigo y echó en la mano del hombre una moneda de dos libras.

—¿Dónde está su perro? —le preguntó para ganar tiempo mientras se acercaba el coche.

—¿Yo tengo perro? —dijo el hombre con voz pastosa. Apestaba a vino barato.

—Eso dice en el letrero.

Vio que el Citroën estaba casi a su altura.

—Leches. Ya me he dejado el chucho en casa. Debo de estar perdiendo la chaveta.

La moneda de dos libras desapareció en el bolsillo del hombre, y este volvió la vista al frente con gesto inexpresivo mientras el Citroën pasaba de largo sin molestarlos.

Ryder miró a Eva Blake a la cara.

—Nuestros invitados no tardarán, querida. Será mejor que vayamos hacia casa.

Ella asintió escuetamente con la cabeza, y se pusieron en camino a paso vivo.

CAPÍTULO

12

El *pub* Lamb, en el 93 de Lamb's Conduit Street, era una taberna clásica, a la antigua, con maderas antiguas, paredes de color marrón ahumado y una barra ornamentada, en forma de U, que todavía conservaba en su parte superior las antiguas pantallas llamadas *snob screens*, que podían desplegarse para que un cliente pudiera tener una cierta intimidad. Su ambiente oscuro estaba cargado de los aromas sabrosos de las buenas cervezas rubias y morenas.

Eva, aliviada por haber salido a salvo de la calle, se lavó la cara en el baño y se instaló en un banco corrido al fondo. Observó a Judd Ryder, con su larga figura, que, apoyado en la barra, inspeccionaba la sala mientras esperaba a que le sirvieran las bebidas. Los parroquianos se apiñaban alrededor de la barra, apoyando los zapatos en el apoyapiés del suelo. Ryder y ella solo habían llamado la atención durante un instante, y ahora no la miraba nadie, ni siquiera Ryder.

Si había aprendido algo en la cárcel era que para sobrevivir había que ser desconfiado. Ryder había dejado su chaquetón en el asiento de cuero. Ella le registró los bolsillos interiores. Había un par de rotuladores, el espejito, una barra de muesli, un fajo grueso de billetes y un horario de trenes del metro de Londres. Volvió a dejar todo en su sitio, salvo el horario de trenes, y cuando se disponía a comprobar si él había anotado algo en él, Ryder tomó de la barra la bandeja del té de ella. Ella volvió a echar al instante el horario de trenes en el bolsillo interior del chaquetón.

Él caminó hacia ella a pasos largos. Llevaba pantalones vaqueros, un polo azul oscuro y una chaqueta de pana suelta. Eva no llegaba a apreciar la sobaquera en la que llevaba la pistola. Su cara, de fuertes mandíbulas, estaba curtida y tenía una rudeza de hombre que vive al aire libre, como si se la hubiera formado más la vida que la herencia biológica. Tenía las manos grandes y hábiles, pero sus ojos grises oscuros eran inescrutables. Era atlético, y estaba claro que entendía de karate; de lo contrario, no habría sido capaz de esquivar el golpe de ella. Bien podía estar diciéndole la verdad… o no.

Disimuló su tensión y sonrió.

—Gracias. Tiene un aroma delicioso.

—Té lapsang souchong, como me pidió. Leche caliente, y una taza también caliente —dijo él, dejando la bandeja en la mesa—. Beba. Está temblando.

Cuando él volvió a la barra para recoger su cerveza negra, ella sacó de nuevo el

horario de trenes y lo inspeccionó. No tenía señales ni notas. Examinó a continuación los bolsillos exteriores del chaquetón. Frunció el ceño al descubrir el lector electrónico de un dispositivo de seguimiento de algún tipo. Era un pequeño ordenador de mano con GPS, semejante a los que había montado ella en la fábrica de artículos electrónicos de la prisión. Aquellos dispositivos servían para controlar la situación de cualquier cosa, y el aparato lector indicaba la información que transmitía el chip.

Levantó la vista. El barman estaba poniendo ante Ryder un vaso de pinta, y este estaba pagando la cuenta. Disponía de poco tiempo. Pulsó los botones tan aprisa que los dedos le volaban, y la pantalla del aparato cobró vida y color. Eva vio que Ryder hacía el seguimiento de dos chips. Marcó el primero. Aparecieron líneas y símbolos que formaron un mapa de Londres, en el que estaba señalada una ubicación: el hotel Le Méridien, en el West End. El hotel no le resultaba familiar, y no tenía tiempo de consultar el otro chip. Volvió a meter el aparato en el chaquetón de Ryder.

Este se dirigía hacia ella, con el vaso en la mano, mirándola fijamente. Cuando se detuvo ante la mesa, ella advirtió que en su rostro se había producido un cambio extraño, desvelando algo que era duro y, hasta cierto punto, temible.

Eva dio unas palmaditas en el chaquetón de Ryder, y después lo alisó.

—Perdone. Me está empezando a moquear la nariz. Iba a buscar un pañuelo de papel.

Lo de su nariz era cierto.

Él, sin hacer ningún comentario, se sacó un pañuelo del bolsillo, se lo entregó y se sentó con su pinta de cerveza negra con avena.

—Gracias.

Se sonó la nariz, y tomó después entre las manos la taza caliente de té.

—Cuando Charles y yo visitábamos Londres, veníamos aquí a veces. Por si no lo sabía, Charles Dickens, Virginia Woolf y los del grupo de Bloomsbury eran clientes asiduos. Todavía vienen por aquí editores y escritores. A nosotros nos parecía que este *pub* era el prototipo del viejo Bloomsbury, el núcleo palpitante del mundo literario de Londres.

—Se siente mejor —juzgó él.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Por qué no me habló de usted Tucker?

—No está entrenada, y queríamos que se comportase con normalidad. Hay personas que no llevan bien que las estén vigilando. Usted no habría sabido reaccionar, ni nosotros tampoco, hasta que estuviera en el museo mismo. La velada de la inauguración solo iba a pasar una vez, e hicimos todo lo que pudimos para multiplicar sus posibilidades de éxito.

—¿Se llama Judd Ryder de verdad?

—Sí. Estoy en la CIA con contrato temporal. Tucker me reclutó para este trabajo.

—Entonces, trabaja para Catapult.

Tucker le había hablado de su unidad, que se dedicaba a las contraoperaciones.

—¿Por qué usted? —le preguntó a continuación.

Ryder bajó los ojos hacia su vaso; después, levantó la vista con expresión sombría.

—Tucker y mi padre eran amigos desde la universidad. Ingresaron en la CIA a la vez; después, mi padre lo dejó para dedicarse a los negocios. Hace un par de semanas pidió a Tucker que se viera con él en un parque de Capitol Hill. Los dos solos. Era de noche… Un francotirador mató a mi padre.

Ella vio el dolor en sus ojos y se retrajo.

—Es terrible. Lo siento mucho. Debió de ser horrible para usted.

—Lo fue.

Ella reflexionó un momento.

—Pero… de los asesinatos se encarga la Policía.

—Mi padre intentaba advertir a Tucker de algo que tenía que ver con una cuenta de muchos millones de dólares en un banco internacional, no dijo en cual… y con el terrorismo islámico.

—¿Con el terrorismo? —dijo ella, enarcando las cejas con gesto de alarma—. ¿Qué clase de terrorismo? ¿Al Qaeda? ¿Alguna de sus ramificaciones? ¿Un grupo nuevo?

—No lo sabemos todavía; pero, al parecer, temía que se fuera a producir algún desastre inminente. Mi padre había recogido recortes de prensa sobre el yihadismo en Pakistán y en Afganistán; pero de momento no les encontramos mucho sentido. Catapult está vigilando de cerca las operaciones bancarias internacionales, claro está. El único dato sólido fue el que tenía que ver con usted: mi padre dijo que había descubierto la información en la Biblioteca de Oro.

—*¿En* la biblioteca? Entonces, la biblioteca existe de verdad.

—Sí. Mi padre dijo también a Tucker que es propiedad de una especie de club de bibliófilos.

—¿Su padre era miembro del club de bibliófilos?

Él se encogió de hombros, incómodo.

—Todavía no lo sé.

—Si su padre era miembro del club, me parece que debía de tener una vida secreta.

Él asintió con la cabeza, sombrío.

—Igual que su marido.

Ella se inclinó hacia delante.

—Usted quiere descubrir lo que hacía su padre y quién está detrás de su muerte.

—Vaya si lo quiero —dijo él, con un destello de rabia en el rostro.

—¿Por qué no me contó Tucker nada de esto?

—No hacía falta que lo supiera, y nos pareció que su misión sería sencilla de esta manera.

—Los dos tenemos motivos personales para encontrar la biblioteca; pero esto llega a un nivel completamente distinto. Mucho mayor.

—Es una cosa personal para los dos.

Ryder dejó el vaso, se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta e hizo deslizar sobre la mesa, hacia ella, su alianza de oro y su colgante.

—Creí que le gustaría recuperar estas cosas.

Ella, mirándolas fijamente, retiró las manos de su taza y las dejó caer en su regazo.

—Ya no las necesito. Eso fue otra vida. Otra persona.

Él la observó con detenimiento. Después, recogió las joyas y se las guardó de nuevo en el bolsillo.

—Cuénteme lo de Charles y el accidente de coche.

—Volvíamos a nuestra casa de Mulholland después de una cena; conducía él, y…

Se interrumpió. Reprodujo mentalmente el viaje: la risa despreocupada de Charles, los bandazos que daba, para divertirse, por la carretera desierta… Se lo contó a Ryder. Después…

—Nos salió bruscamente al paso un coche de un acceso particular, y Charles dio un frenazo. Nuestro coche derrapó. Yo sentía náuseas y me daba vueltas la cabeza. Y perdí el sentido. No recuerdo nada más, hasta que me desperté en una camilla.

Vaciló.

—Charles debió de darme algún tipo de droga. Más tarde, el forense encontró en el cadáver la alianza de Charles, y los dientes coincidían con los registros dentales de Charles.

—Ahí se aprecia mucha planificación, dinero y recursos sucios. ¿Podría haberlo organizado Charles él solo?

—De ninguna manera. Él era un erudito. Tuvo que ayudarlo alguien.

—¿Quién?

Ella reflexionó.

—No sé de nadie que hubiera podido.

—¿Dónde cree que ha estado?

—Solo Dios lo sabe. Tiene un buen bronceado, así que debe de ser algún sitio con sol.

—¿Qué clase de hombre era?

—Dedicado. Nuestro mundo es pequeño. Solo existen unos pocos miles de personas bien formadas sobre los manuscritos iluminados. Verdaderos expertos, puede que un centenar. La mayoría nos conocemos unos a otros en mayor o menor

grado. Supongo que parecemos raros para la gente de fuera. Jugamos a juegos de cartas de la época griega y romana, y celebramos nuestros propios concursos de conocimientos. Nuestras conversaciones pueden parecer raras… por ejemplo, hablamos en latín y en griego. Algunos consideraban que Charles era la máxima autoridad en el tema de la Biblioteca de Oro. Estaba inmerso en ello, lo vivía, lo anhelaba; y por eso era tan entendido. A él le habría resultado difícil convivir con una persona que no hubiera sabido apreciar ese rasgo suyo.

—¿Y usted lo apreciaba?

—Sí. Para mí, tenía sentido.

Él asintió con la cabeza.

—¿Es posible que su desaparición tuviera alguna relación con la biblioteca?

—En la temporada anterior al accidente había estado trabajando muchísimas horas —dijo ella—. Puede que hubiera tenido alguna idea o que hubiera descubierto algo, y que sintiera la necesidad de desaparecer para que nadie se enterara de nada mientras él remataba el descubrimiento.

Siguió la mirada de Ryder, que estaba inspeccionando el antiguo *pub*. Los elementos decorativos de bronce pulido relucían. Se habían marchado algunos parroquianos; habían entrado otros.

—He grabado cerca de una hora de vídeo de la gente que rodeaba el *Libro de los Espías* —le dijo él—. Podemos verlo juntos si hay un cibercafé abierto a estas horas.

Ella tiró de su bolso.

—No hace falta que vayamos a ninguna parte. Tengo aquí mi portátil.

Cambiaron de lugar en el banco corrido en forma de U para sentarse juntos. Mientras ella ponía su ordenador sobre la mesa y lo encendía, él se sacó de los bolsillos de la chaqueta una cámara de vídeo del tamaño de la palma de la mano, un cable USB y un disco de *software*.

A los pocos minutos ya estaban viendo la exposición. Ryder dio al avance rápido hasta que apareció Charles. Ella le hizo notar el modo peculiar de andar de Charles, le describió los modos en que se había cambiado el aspecto, e identificó a las demás personas que reconocía. Pero Charles no hablaba con nadie, y nadie hablaba con Charles. Y Eva no apreció que Charles se mirara a los ojos con nadie en ningún momento.

—Esto es interesante —murmuró Ryder. Detuvo la película y volvió a reproducir varias partes. Aunque al principio había grabado desde lejos, aquella parte estaba tomada desde cerca de la vitrina.

—Mire cómo Charles va rodeando poco a poco la vitrina. Fíjese en su mano derecha.

Eva observó la mano. Charles la tenía cerca de la cintura, entrecerrada con aire de naturalidad. Mientras se desplazaba, subía y bajaba la mano y movía el pulgar.

Ella lo miró fijamente.

—¿Está fotografiando en secreto el *Libro de los Espías*?

—Eso parece. Pero ¿por qué? ¿Por la adicción de un bibliómano tocado?

—O puede que tenga algo que ver con la Biblioteca de Oro; pero, ¿cómo?

—Eso mismo me pregunto yo —dijo él, y consultó su reloj—. Es tarde. Debemos marcharnos. Usted se aloja en casa de su amiga, Peggy Doty. ¿Lo sabría Charles? —le preguntó, frunciendo el ceño.

A ella se le quedó seca la garganta. Tomó su teléfono móvil y marcó.

Al cabo de un rato, respondió una voz somnolienta:

—¿Diga?

—Peggy, soy Eva otra vez. Tienes que marcharte de allí. Ya sé que parece imposible, pero esta noche he visto a Charles en el museo.

La voz de Peggy sonó despierta de pronto.

—¿De qué me estás hablando?

—He visto a Charles en la exposición. Está tan vivo como tú y como yo.

—Eso es una locura. Charles murió, querida. Recuerda que ya te había parecido verlo en otras ocasiones. Está muerto. Vuelve a casa. Hablaremos de ello.

Eva apretó con más fuerza el teléfono móvil.

—Charles ha intentado matarme. Sabe que me alojo en tu casa. Podrías estar en peligro tú también. Tienes que marcharte. Vete a un hotel, y te veré allí. Hazlo por mí, Peggy, aunque no me creas.

Acordaron reunirse en el hotel Chelsea Arms.

—Haré yo las reservas de las habitaciones —se ofreció Peggy.

Eva, que se sentía agotada de pronto, accedió y puso fin a la comunicación.

Ryder apuró su vaso.

—Haré que Tucker compruebe la identidad del cuerpo que está en la tumba de Charles y que envíe un informe mañana por la mañana.

Dio a Eva su número de móvil y le dijo dónde se alojaba.

Se pusieron de pie. Mientras ella se echaba el bolso al hombro, él se guardó en los bolsillos de la chaqueta la cámara, con el resto del material, y se puso encima el chaquetón. Se dirigieron a la puerta, rodeando a los bebedores que estaban ante la barra, y salieron a la noche. A la luz de las farolas flotaban gotas brillantes de lluvia.

Él hizo señas a un taxi para ella.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó.

—Me encontraré mucho mejor cuando hayamos encontrado a Charles —respondió Eva.

Cuando el taxi se detuvo ante la acera, él le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—Duerma bien hasta mañana.

Después, al taxista:

—Al Chelsea Arms.

Ella subió al vehículo. Cuando el taxi se puso en marcha, se volvió en su asiento para observar lo que hacía Ryder. Este caminaba en sentido opuesto. Había sacado su aparato de seguimiento electrónico y parecía que lo consultaba. Por fin, levantó la cabeza y llamó a un taxi para él. Después de haber echado otra mirada al aparato de seguimiento, se subió al taxi.

A Eva la invadió la sospecha. Se inclinó hacia delante.

—He cambiado de opinión. Dé la vuelta. Lléveme al hotel Le Méridien, en Piccadilly.

CAPÍTULO

13

Charles Sherback sabía que había cometido un error terrible. Dejó el Citroën en la agencia de autos de alquiler y tomó un taxi. En su mente había un tumulto. Ovidio tenía razón cuando dijo *res est ingeniosa dare*, «para dar, hay que tener buen juicio». Y él había hecho algo más que «dar»; se había sacrificado por Eva. De hecho, había arriesgado mucho por ella.

Mientras el limpiaparabrisas surcaba el cristal de un lado a otro, él miraba la noche lluviosa de Londres, sin verla. Se suponía que ella estaba en la cárcel. ¿Como era posible que estuviera en la exposición del Museo Británico? Y, ahora, él había fracasado en el intento de eliminarla.

—Aquí estamos, jefe.

El taxista miraba al espejo retrovisor. Tenía el pelo blanco, cara flácida y ojos cansados que, afortunadamente, no habían perdido la expresión de aburrimiento.

Charles pagó y bajó del taxi al estrépito de Piccadilly. Mientras circulaban rápidamente los coches y los camiones por el bulevar, él fue sorteando a los peatones y entró en el hotel Le Méridien, de cinco estrellas, albergando la esperanza de que Preston no se hubiera adelantado.

Miró a su alrededor. El vestíbulo era amplio, de dos pisos de altura, rematado por una cúpula intrincada de vidrio coloreado. Las instalaciones eran modernas y refinadas, y el aire olía a flores frescas. El hotel era elegante, tal como le gustaba a él. Además, tenía mucho movimiento de público.

Pasó al ascensor y pulsó el botón de la octava planta. La cabina ascendió con una lentitud desesperante. En cuanto se abrieron las puertas, Charles corrió por el pasillo, metió en la cerradura su llave electrónica y entró a paso vivo en la habitación de lujo. Las cortinas estaban corridas para protegerse de los ojos curiosos, y una cafetera caliente esperaba en la mesa baja, ante dos sillas tapizadas. No se veía rastro de Preston.

—Hola, cariño.

Robin Miller, sentada en el extremo de la gran cama de matrimonio, apagó el televisor.

—Me alegro de que hayas vuelto. ¿Estás bien?

Un instante de felicidad lo invadió.

—Estoy bien.

Se despojó de la gabardina mojada.

—¿Está muerta?

El rostro de Robin estaba orlado de una espesa caballera rubia ceniza, con un tupido flequillo que le llegaba hasta los ojos verdes. Tenía la boca redonda y sensual, y su piel lucía un bronceado rojizo. Tenía treinta y cinco años. Por orden del director, todos los miembros del equipo tenían que someterse a cirugía plástica antes de poder trabajar en la biblioteca. Él había visto fotos de Robin de aquella época, y ahora era más hermosa todavía.

—Ha habido complicaciones —dijo, sacudiendo la cabeza con desagrado—. Eva se ha escapado.

Ella lo miró fijamente con preocupación.

—¿Vas a contar al director que te reconoció?

Él se dejó caer en una butaca y se sirvió una taza de café humeante.

—Será más seguro para mí que me ocupe del problema en persona —dijo.

Añadió azúcar, y después crema hasta que adquirió color de café con leche. Le habría gustado tener a mano un buen *whiskey* irlandés para añadirlo también.

—Pero ¿qué vas a hacer?

—Tengo que matarla —dijo él, oyendo la determinación en su propia voz. Ya había llegado tan lejos que no le quedaba otra opción. Desde el momento en que había aceptado el puesto de bibliotecario jefe de la Biblioteca de Oro, su suerte había quedado echada. Recordó aquella sensación de haber cumplido su destino. Había plantado cara a la realidad, se había quitado de encima todo remordimiento y se había arrojado a su vida nueva y emocionante.

—Quizá debieras pedir ayuda a Preston.

Charles negó bruscamente con la cabeza.

—Se lo diría al director.

Quedaron callados, reconociendo la amenaza que significaba aquello. Él vio que ella se aferraba con tal fuerza al borde de la cama que le palidecían las manos. Se acercó a ella y la atrajo hacia sí. Ella le apoyó la cabeza en el hombro. Él absorbió su calor.

—Tengo miedo —susurró Robin.

Era una mujer fuerte. Hasta entonces no había reconocido que tenía miedo. Ella podía estar en una situación tan apurada como la de él, porque tampoco se lo había contado al director inmediatamente.

—Todo esto es por culpa de Eva —dijo él para tranquilizarla—. Si no me hubiera reconocido, no estaríamos metidos en este lío. Te quiero. Recuérdalo. Te quiero.

—Yo también te quiero, cariño —dijo ella, rodeándolo con sus brazos—. Pero tú no eres un matador. No sabes hacer esas cosas. Mientras Eva siga viva, será peligrosa para la biblioteca… y para nosotros. Debes decírselo a Preston, para que él se pueda

encargar de ella. Si no quieres decírselo tú, se lo diré yo.

Alguien dio cuatro golpecitos a la puerta.

—Ya ha llegado Preston —dijo ella, apartándose de él—. Déjame un momento.

—Date prisa.

Ella asintió con la cabeza y se puso de pie, alisándose el pelo y estirándose el suéter blanco de cachemira y los pantalones marrones.

Él se dirigió a la puerta, y llegó hasta ella cuando empezaba a sonar otra serie de cuatro golpecitos. Miró por la mirilla. La imagen distorsionada de Doug Preston se recortaba en el pasillo, con una mochila bien llena en la mano izquierda. Tenía la mano derecha oculta en el interior de su cazadora de cuero negro, donde llevaba la funda de su pistola. Todo su aspecto, desde las rodillas levemente flexionadas hasta la atención penetrante con que vigilaba el pasillo, emitía una impresión amenazadora.

Charles inspiró hondo y abrió la puerta, y Preston entró en la habitación. Charles lo observó con inquietud mientras él inspeccionaba con la vista el interior. Cuando se detuvo a mirar a Robin, ella le hizo un gesto de saludo con la cabeza, con ojos de desconfianza. Charles se centró en la mochila. Podía aplazar la decisión de contar o no a Preston lo de Eva, porque el contenido de la mochila era una cuestión más urgente.

—¿Tienes el *Libro de los Espías*? —le preguntó.

—Lo tengo.

Preston dejó la mochila en una silla y empezó a abrir la cremallera.

—Desde ahora, me hago cargo yo de él —dijo Charles.

Preston se apartó.

Mientras Robin se unía a ellos, Charles extrajo el bulto de plástico de burbujas.

—Aparta el café, Robin. Deja las servilletas.

Ella tomó la bandeja y se la llevó. Aunque la mesa parecía limpia, Charles la frotó con las servilletas de lino. Después, dejó en la mesa el bulto y empezó a quitarle capas de plástico de burbujas y de polietileno transparente. Por último, solo quedó película de poliéster para archivos.

Hizo una pausa, sintiendo una reacción visceral. Miró con un nudo en la garganta el manuscrito iluminado que se traslucía a través del envoltorio protector transparente.

—¿Preparado?

Se instaló en la butaca y levantó la vista. Preston asintió con la cabeza.

—Date prisa —dijo Robin.

Soltó el poliéster y lo dejó caer a los lados.

—Ay, Dios mío —susurró Robin.

—Sí que es una belleza —asintió Preston.

Charles miraba y absorbía el espectáculo del célebre *Libro de los Espías*,

recopilado por orden de Iván el Terrible, a quien fascinaba la cuestión de los espías y de los asesinos a sueldo. El volumen, recubierto de oro, era grande; debía de medir unos veinticuatro por treinta centímetros, con diez centímetros de grosor, y estaba decorado con voluminosas esmeraldas, grandes rubíes y perlas lustrosas, una fortuna en piedras preciosas. Las esmeraldas, dispuestas a lo largo de los bordes de la cubierta, formaban un marco rectangular de color verde brillante. Las perlas estaban reunidas en los dos tercios superiores, formando la figura de un puñal reluciente, y los rubíes rojos estaban bajo la punta del puñal, en forma de una gran gota de sangre. Las joyas rutilaban como llamas a la luz de la lámpara.

En la habitación reinó un silencio de admiración. Robin dio a Charles unos guantes limpios de algodón blanco. Charles se los puso, abrió el libro y fue pasando despacio las páginas, saboreando el estilo, los colores, la tinta, el tacto del pergamino fino entre sus dedos cuidadosos. Cada página era un alarde de ricas imágenes, de letras cirílicas austeras y de orlas intrincadas, ardientes de color. Se emocionaba al considerar no solo el esfuerzo de recopilar aquellos conocimientos, sino el de crear aquella obra de arte.

—Esta obra maestra costó seis años de arduo trabajo —les dijo Charles—. Doce meses al año, siete días por semana, de doce a catorce horas de trabajo cada día. Con pinceles y pinturas muy rudimentarios. Solo se podía trabajar a la luz del sol y a la de las lámparas de aceite. Sin buena calefacción durante los terribles inviernos de Moscú. Con la molestia constante de los mosquitos durante el verano. Imaginaos la dificultad, la dedicación.

Robin se sentó en el suelo y apoyó un codo en la mesa para estar más cerca. Preston acercó una silla y se sentó, contemplando las páginas que iban pasando. Las imágenes representaban a espías discretos, diplomáticos orondos, monarcas vestidos con pieles, soldados con uniformes pintorescos, malvados con cara de astutos. Era una rica recopilación de relatos sobre espías y asesinos a sueldo verdaderos y míticos y sus misiones, que se remontaban hasta épocas anteriores a la Biblia.

—¿Estás seguro de que es auténtico? —preguntó Robin en voz baja y emocionada.

—El estilo es el correcto; tiende al naturalismo —le dijo Charles—. Los últimos toques no están ejecutados con pan de oro, sino con oro líquido.

El naturalismo y el oro líquido solo aparecieron hacia el final de la Edad Media, lo que concordaba con el año en que se terminó de elaborar el manuscrito en Moscú, 1580.

—Lo que resuelve definitivamente su autenticidad son las letras minúsculas que se aprecian bajo algunos colores. ¿Lo ves? Son casi invisibles. Hasta los mejores falsificadores pasan por alto este detalle revelador.

Señaló la página sin tocarla. Las letras representaban las iniciales del nombre

latino de los colores que se había indicado al antiguo iluminador que colorearía los dibujos que había preparado previamente otro artista. La R era *ruber*, rojo; la V, *viridis*, verde, y la A, *azure*, azul.

—Lo pintó un italiano que trabajaba en la corte de Iván —explicó Charles.

—Recuerdo bien el libro —dijo Preston—. Los relatos de espías son interesantes. Los verdaderos héroes son los que encuentran los secretos y se los llevan a la tumba. A eso fue a lo que nos comprometimos cuando entramos a trabajar para la Biblioteca de Oro. A una lealtad total.

Mientras Preston hablaba, Robin miraba fijamente a Charles. Tenía las cejas fruncidas con determinación, y estrechaba los labios. Su mensaje estaba claro: si Charles no se lo decía a Preston, se lo diría ella.

—Tenemos un problema —dijo Charles, armándose de valor, mientras Preston volvía la vista hacia él.

—No es preciso que el director se entere, Preston —apuntó Robin—. Es una cosa de la que te puedes ocupar tú mismo.

Preston no la miró.

—¿Qué ha pasado, Charles?

Charles soltó un suspiro hondo.

—La cosa empezó en el museo. Yo había terminado de fotografiar el *Libro de los Espías*, y ya me marchaba, cuando vi a Eva. Mi mujer. Dios sabe cómo ha salido de la cárcel; pero el caso es que estaba allí, y me reconoció.

Siguió contando apresuradamente la persecución por el museo y la detención de Eva.

—Alquilé un coche. Cuando la Policía la soltó, la seguí, hasta llegar a una calle tranquila. Allí, estuve a punto de conseguir atropellarla. Pero se escapó. Di vueltas con el coche por todas partes, buscándola de nuevo.

—¿Sabe algo de la Biblioteca de Oro? —le preguntó Preston al instante.

—Por supuesto que no. Nunca le dije nada.

—¿Qué más?

—Me grabó con su teléfono móvil —reconoció Charles—. No sé si me hizo fotos o un vídeo.

—Por favor, Preston, no se lo digas al director —le suplicó Robin.

Preston guardó silencio. La habitación se llenó de tensión.

Charles se frotó los ojos y volvió a hundirse en su butaca. Cuando levantó de nuevo la vista, Preston no se había movido y su mirada era inescrutable.

—¿Dónde se alojaría en Londres? —le preguntó Preston.

—Teníamos dos hoteles preferidos, el Connaught y el Mayflower. Cuando venía ella sola, iba a casa de una amiga suya, Peggy Doty. En el museo oí comentar de pasada que Peggy se había vuelto a trasladar a Londres. No tengo su dirección, pero

yo supongo que Eva se aloja en casa de Peggy. Eran amigas íntimas.

Preston marcó un número en su móvil.

—Eva Blake se puede alojar en uno de estos hoteles —dijo, retransmitiendo la información—. Te enviaré su foto por correo electrónico. Acaba con ella. Tiene un teléfono móvil. Es imprescindible que lo recuperes.

Puso fin a la conexión, y dijo a Charles:

—Yo mismo me encargaré de Peggy Doty.

Mientras Preston se dirigía hacia la puerta, Charles se puso de pie. Sudaba.

—¿Vas a decírselo al director?

Preston no dijo nada. La puerta se cerró.

CAPÍTULO

14

Mientras conducía el coche hacia el apartamento de Peggy Doty, Preston se complacía en su éxito en la complicada misión de recuperar el *Libro de los Espías*. Había sido como en los viejos tiempos, cuando era oficial de la CIA y trabajaba encubierto en puntos calientes de Europa y de la antigua Unión Soviética. Pero cuando terminó la guerra fría, en Langley habían perdido el apoyo del Congreso, de la Casa Blanca y del pueblo americano, que les había permitido vigilar el mundo como es debido. Asqueado y descorazonado, había presentado su dimisión. Cuando llegaron los ataques del 11 de septiembre y todo el mundo se dio cuenta de la importancia fundamental de los servicios de inteligencia para la seguridad de los Estados Unidos, él ya se había comprometido con algo más grande, con algo más perdurable. Con algo mucho más relevante, casi eterno: con la Biblioteca de Oro.

Lo invadió una oleada de furia. Charles era engreído, y el engreimiento siempre era una carga. Había puesto en peligro la biblioteca.

Preston pulsó el botón donde estaba memorizado el número del director.

—¿Has conseguido el *Libro de los Espías*?

Martin Chapman hablaba con voz enérgica, centrando la atención al instante, a pesar de que en Dubái era algo más tarde de las cuatro de la madrugada. Esta reacción de hombre incansable era típica suya, y era uno de los motivos por los que Preston lo admiraba.

—El libro está a buen recaudo. Pronto estará en el avión. Y Charles ha verificado que es auténtico.

El director le respondió con voz de agrado, tal como Preston había esperado.

—Felicidades. Buen trabajo. Sabía que podía contar contigo. Como escribió Séneca, «No importa cuántos libros tenga uno, sino lo buenos que sean». Estoy impaciente por volver a verlo. ¿Ha ido todo sin incidentes?

—Un pequeño problema, pero es manejable. La esposa de Charles ha salido de la cárcel y estaba en la inauguración, en el museo. Lo reconoció, armó un escándalo y la detuvieron. Charles intentó atropellarla. Falló, claro está. Ahora voy en coche al apartamento donde él cree que se aloja ella. Acabo de enterarme de todo esto.

—El muy desgraciado debería haber dado aviso inmediatamente. ¿Robin lo sabía?

—Sí.

Las reglas de la biblioteca eran inviolables. Todos lo sabían. Era una de las razones fundamentales por las que la biblioteca se había mantenido invencible (e invisible) a lo largo de los siglos.

—Mata a Eva Blake —dijo el director con frialdad, implacable—. Ya decidiré más tarde lo que hay que hacer con Charles y Robin.

Preston aparcó cerca de la Sant John Street, en el barrio de moda de Clerkenwell, después de haber pasado ante el portal del edificio de apartamentos donde vivía Peggy Doty y de haber dado media vuelta a la manzana. Cuando bajó del Renault, se caló la visera de su gorra del Manchester United. Le llegó desde una cafetería iluminada el rico aroma del café vietnamita, que impregnaba la noche. En aquel barrio histórico se movía una multitud de jóvenes elegantes, dedicados a sí mismos y a pasarlo bien aquella noche.

Preston, después de haber comprobado que estaba limpio, desanduvo el camino hasta el edificio de Peggy Doty y probó la puerta del portal. Estaba cerrada. Por fin, salió una mujer. Preston atrapó la puerta antes de que llegara a cerrarse, se metió dentro y subió por las escaleras.

Dio un golpecito en la puerta, y Peggy Doty abrió al instante. La cosa tenía explicación: Peggy se disponía a salir. Llevaba un abrigo largo de lana, y junto a ella, en el suelo, había una maleta. El apartamento estaba a oscuras y en silencio, lo que indicaba que allí no había nadie más.

Preston tuvo que decidir lo que haría. Cuando era mucho más joven, la habría amenazado para que le dijera dónde estaba Eva Blake. Pero aquella mujer tenía un aspecto inteligente y templado que hizo comprender a Preston que podría mentir; y si la mataba demasiado pronto, ya no podría volver para exigirle la verdad.

Adoptó una sonrisa calurosa.

—Usted debe de ser Peggy Doty. Yo soy amigo de Eva. Me llamo Gary Frank. Me alegro de haber llegado a tiempo.

Peggy frunció el ceño.

—Se lo agradezco mucho, señor Frank, pero ya he llamado a un taxi.

Era una mujer pequeña, de cabello castaño corto y gafas que se le deslizaban por la nariz. Tenía la cara franca, cara de persona a la que apreciaban automáticamente los demás.

—Llámame Gary, por favor.

En vista de que Peggy no le había preguntado cómo sabía Eva Blake que se marchaba, resultaba evidente que las dos estaban en contacto.

—Vives en un barrio estupendo. ¿No transcurren en Clenkerwell algunas novelas de Peter Ackroyd y de Charles Dickens? —le dijo, con un guiño de complicidad—. Soy comerciante de libros usados.

A ella se le iluminó el rostro.

—Sí, así es. Debes de estar pensando en *Los cuentos de Clerkenwell* de Ackroyd. Es una obra de ficción estupenda sobre el Londres del siglo XIV. También vivía aquí el empleado del banco Tellson, de *Historia de dos ciudades*. Se llamaba Jarvis Lorry. Y la guarida de Fagin también estaba en la zona de Clerkenwell.

—*Oliver Twist* es uno de mis favoritos. Eva me ha dicho que trabajas en la Biblioteca Británica. Me gustaría que me contaras lo que haces. Déjame que te lleve en mi coche, por favor.

Peggy vaciló.

Él cortó el silencio.

—¿Dijiste a Eva que ibas a llamar a un taxi?

Ella suspiró.

—No, no se lo dije. De acuerdo. Es un gran favor por tu parte.

Él tomó su maleta, y se pusieron en camino.

Preston, con Peggy Doty a su lado, llevaba el coche hacia el sur, dirigiéndose al hotel de Chelsea donde Peggy iba a reunirse con Eva Blake. Eva podía estar allí ya, y a él le interesaba llegar acompañado de aquella morenita para poder acceder a la habitación sin llamar la atención.

—Entonces, ¿a ti también te ha parecido que Eva estaba alterada? —le preguntó para sondearla.

Ella llevaba las manos unidas en su regazo, pálidas por contraste con su abrigo azul medianoche.

—Dice que su difunto marido está vivo. Que, de hecho, lo ha visto. ¿No te parece increíble? Espero que haya vuelto en su sano juicio cuando lleguemos.

—Estoy seguro de que sí —dijo él; y siguieron adelante en silencio.

Por fin, aparcó, se caló la visera de la gorra cubriéndose bien los ojos y entró con ella en el hotel, llevándole la maleta. Cuando firmó en el registro, él observó que era diestra.

—¿Ha llegado ya la señora Blake? —preguntó Peggy.

—Todavía no, señorita.

Ella torció el gesto. Subieron en ascensor hasta la habitación de ella. Estaba llena de cretonas pretenciosas y de esos dibujos espantosos de caballos en colinas que se ven en los hoteles para turistas de Londres.

Peggy recorrió con la vista la habitación vacía.

—Ya debería haber llegado, Gary.

Él dejó la maleta de Peggy en el soporte.

—¿No se habrá pasado antes por algún otro sitio?

—La llamaré.

Peggy marcó un número en su teléfono móvil y se puso a la escucha cada vez más seria. Dijo por fin:

—Eva, soy Peggy. ¿Dónde estás? Llámame en cuanto oigas el mensaje.

Colgó.

—¿Estaba con alguien cuando hablasteis? Puede que hayan ido juntos a alguna parte.

—Lo único que oí fue un fondo ruidoso. Espero que esté bien —dijo Peggy, soltando un hondo suspiro.

Había llegado el momento. Por fortuna, con lo que había descubierto por medio de Peggy, ya disponía de un modo de liquidar a Eva Blake.

—Peggy, quiero decirte que eres una mujer agradable.

Ella lo miró con expresión de sorpresa.

—Gracias.

—Y que esto no es más que mi oficio.

Se inclinó rápidamente y extrajo de la funda del tobillo la pistola de dos tiros, imposible de identificar.

Ella, mirando fijamente la pistola, dio un paso atrás.

—¿Qué haces…?

Él se adelantó y la asió de los hombros. Su cuerpo era ligero.

—Haré que sea rápido.

—¡No!

Ella se resistió, golpeándole el abrigo con los puños.

Él le apoyó la pistola bajo la barbilla y disparó. Hubo una explosión de fragmentos de cráneo y de materia cerebral. La sostuvo un momento y la dejó caer después al suelo, desmadejada bajo su gran abrigo.

Se puso unos guantes de látex y se limpió la chaqueta negra con los pañuelos especiales que llevaba siempre encima. Mientras limpiaba la pistola, escuchó junto a la puerta. No se oía ningún ruido en el pasillo. Volvió aprisa junto a ella, le puso las dos manos alrededor de la empuñadura y del cañón de la pistola, y después le metió la empuñadura en la mano derecha e hizo que la apretara con los dedos.

Se apoderó del teléfono móvil de Peggy y, después de sopesar las posibilidades, llegó a la conclusión de que los investigadores de la Policía sospecharían si no lo encontraban. Memorizó el número de móvil de Eva Blake, apagó el teléfono de Peggy y lo dejó en el bolsillo del abrigo de ella. Después, limpió el asa de su maleta, y asiéndola con el mismo pañuelo con que la había limpiado la llevó hasta Peggy, le apretó sobre el asa una mano y después la otra y volvió a dejar la maleta en el soporte.

En el exterior, la noche parecía templada y acogedora. Mientras bajaba caminando por la calle transitada, Preston llamó con su móvil a sus hombres de Londres.

—Eva Blake va a llegar de aquí a poco rato a esta dirección.

Les comunicó el nombre y dirección del hotel y el número de la habitación.

—Acabad con ella.

Parecía como si en la habitación del hotel Le Méridien hubiera descendido la temperatura en cinco grados. En cuanto se hubo marchado Preston, Charles sacó la Glock y la dejó sobre la mesa de café, junto al *Libro de los Espías*. Observó a Robin, que hacía el equipaje, recogiendo meticulosamente las cosas de los dos. Estaba helado, y le dolían las manos de tanto apretarlas. Le parecía como si se estuviera hundiendo el mundo a su alrededor.

—No estás enfadado conmigo, ¿verdad, Charles? —le preguntó ella por fin.

—Claro que no. Tenías razón. Preston localizará a Eva y se ocupará del problema. Se te ha olvidado hacer un escaneado del manuscrito.

—Debo de estar un poco trastornada.

Abrió la cremallera de la maleta y sacó el detector, del tamaño de un llavero. Tenía una antena telescópica que localizaba las cámaras inalámbricas, los micrófonos y los chips de seguimiento ocultos. En cuanto lo hubo activado, se encendió una luz roja de aviso.

Charles soltó una exclamación y se incorporó en su asiento.

Robin, frunciendo el ceño, recorrió la habitación en busca del origen de la señal. Cuando se aproximó al *Libro de los Espías*, la luz parpadeó más aprisa.

—Oh, no —dijo Robin, con tensión en el rostro.

Desplazó el detector sobre la cubierta del manuscrito iluminado hasta que la luz dejó de parpadear. Señalaba una de las esmeraldas que bordeaban la cubierta de oro del libro.

Consultó la pantalla digital del aparato.

—Dice que en esta esmeralda hay un chip de seguimiento.

Consternada, miró a Charles.

—Puede que lo pusieran los del museo o los de la Colección Rosenwald, como medida de seguridad —dijo él—. No; es una locura. Jamás vulnerarían una cosa tan preciosa como es el *Libro de los Espías*. Ha tenido que ser otro; pero ¿quién?

—¿Qué hacemos? ¿Cómo vamos a arrancar una de las joyas? Destruiríamos la integridad del libro. Sería un sacrilegio.

Los dos bajaron la vista hacia el manuscrito.

Por fin, Charles tomó una decisión.

—Ya ha quedado destruida la integridad, porque esa esmeralda no puede ser auténtica.

Sacó su navaja de bolsillo y arrancó la joya falsa, dejando un gran agujero en el marco perfecto de gemas verdes.

—Queda horrible —se lamentó ella.

Él asintió con la cabeza, asqueado; después, se incorporó de un salto y corrió al

baño. Echó el chip al retrete y tiró de la cadena.

CAPÍTULO

15

Judd Ryder estaba confuso. Caminó hacia el oeste, bajando por el ancho bulevar por delante del hotel Le Méridien, y atravesó Piccadilly Place y después Swallow Street, observando el tráfico. Según su aparato electrónico de seguimiento, el *Libro de los Espías* estaba en el centro del bulevar y seguía desplazándose, pero más deprisa que los vehículos. ¿Cómo era posible? Comprobó la altitud… y profirió una maldición.

El chip estaba bajo el nivel del suelo. Por debajo del bulevar transcurrían alcantarillas. Quien tuviera el *Libro de los Espías* había echado al desagüe el chip que le había montado Tucker.

Dio media vuelta. Era posible que el libro siguiera en el hotel. Mientras volvía aprisa sobre sus pasos, sacó su ordenador manual SME-PED («dispositivo electrónico portátil para entorno móvil seguro»). Con él, podía enviar correos electrónicos clasificados, acceder a redes reservadas y hacer llamadas telefónicas de alto secreto. Este aparato, creado bajo las directrices de la Agencia Nacional de Seguridad, tenía el aspecto corriente de una BlackBerry; y, tanto si estaba funcionando en modo seguro como en modo no seguro, podía manejarse como cualquier teléfono inteligente con acceso a internet.

Con el aparato en modo seguro, pulsó el botón de acceso a la línea directa de Tucker Andersen, en la sede central de Catapult.

—Esperaba noticias tuyas, Judd —dijo Tucker—. ¿Qué has descubierto?

Cruzó Piccadilly Street para llegar a un lugar desde donde pudiera vigilar la entrada del hotel. Se apostó entre las sombras.

—Tengo que darte una noticia bomba. Charles Sherback no murió en aquel accidente. Sigue vivo y coleando.

Le contó lo que había pasado en el museo, cómo había seguido a Eva Blake desde la comisaría y cómo había visto el intento de Sherback de atropellarla.

—En resumidas cuentas, lo de plantar el *Libro de los Espías* como cebo ha dado resultado. Han picado. Pero todavía no tengo ni la menor idea de qué significa lo de que Sherback siga vivo. Hay otro tropiezo grande… Han robado el *Libro de los Espías*, y los ladrones han tirado el chip.

Tucker alzó la voz.

—¿No sabes dónde está el libro?

—Puede estar en el hotel Le Méridien. El chip estaba allí hasta hace pocos

minutos. En el museo, Sherback estuvo haciendo fotos o un vídeo del libro, y tal como van las cosas me parece probable que ahora el libro esté con él o que él sepa dónde está. Según Eva Blake, se ha hecho cirugía estética. En cuanto cuelgue te enviaré por correo electrónico el vídeo que hice en la exposición de Rosenwald. Lo he señalado a él en el vídeo. Mira a ver si su cara nueva aparece en alguno de nuestros bancos de datos. Y entérate de quién está enterrado en su tumba, en Los Ángeles. Eso podría conducirnos hasta quien lo haya ayudado a desaparecer.

—Haré las dos cosas con carácter prioritario.

—También debes saber que tuve que decir a Blake que trabajo a tus órdenes, y tuve que explicarle la relación con mi padre y con la Biblioteca de Oro.

Hubo una pausa.

—Lo comprendo. ¿Qué opinas de ella?

—Parece que funciona tan bien como tú o como yo. Es inteligente, y es dura.

—Y también es guapa y es atlética. Y vulnerable. Es tu tipo en todos los sentidos. Que no te guste demasiado, Judd.

Ryder no dijo nada. Tucker se había documentado sobre él más de lo que se había figurado.

Ryder siguió hablando con voz brusca.

—Blake va a pasar la noche en un hotel. Si sigo haciendo algo más con ella o no, dependerá de lo que descubra ahora.

—Con suerte, podrás enviarla a su casa —concluyó Tucker—. Ha hecho un buen trabajo, pero no me gusta emplear a aficionados.

Ryder quería volver a verla, pero Tucker tenía razón. Sería mejor para ella que no la volviera a ver. Se le daba muy mal mantener con vida a las personas que apreciaba. Mientras pensaba en ello, consultó con el aparato de seguimiento la posición del segundo chip que vigilaba. También este se movía, pero no hacia Chelsea. Se dirigía al norte… ¿hacia él?

CAPÍTULO

16

Robin y Charles, con sus gabardinas negras puestas, bajaron en ascensor al garaje del hotel. De allí subieron por una rampa de acceso a un tenebroso callejón adoquinado. Robin, que tiraba de la maleta grande de equipaje de mano con ruedas de ambos, echó una mirada a Charles, que estaba apuesto e intenso. Charles llevaba la mochila en la que iba protegido el *Libro de los Espías*; se aferraba con las manos a las correas de la mochila con gesto posesivo.

Salieron al bulevar, lejos del amplio hotel y de sus luces brillantes. Siguieron adelante juntos hasta que se detuvieron en el lugar donde Preston les había dicho que esperaran.

—Esperaba que Preston ya estuviera aquí —dijo Charles, mirando con atención el tráfico—. Puede que haya tardado más tiempo de lo que pensaba en encontrar a Peggy.

—¿Estás bien?

Él le tomó la mano y se la besó.

—Yo estoy bien —le dijo—. ¿Y tú?

—Yo también estoy bien, cosa rara —dijo ella. Y lo decía de verdad.

Se había asentado dentro de ella una sensación de lo inevitable. No era solo que Preston se hubiera ocupado de la tarea de librarse de Eva, ni que albergara grandes esperanzas de que no se lo contaría al director, sino que había resurgido en ella algún recurso antiguo (valor, quizá, con un toque de temeridad) que le devolvía la confianza. Pasara lo que pasara, a ella se le ocurriría la manera de resolverlo.

Charles volvió la vista hacia ella.

—¿A ti te parece que Preston es un *abnormis sapiens crassaque Minerva? &mdash*;Un sabio heterodoxo, de genio sin cultivar.

—Sí me lo parece. Pero también es un *helluo librorum*. Un ratón de biblioteca, un devorador de libros.

—¿Crees que podemos confiar en él?

—No nos queda otra opción.

Se plantaron tan erguidos como tribunos romanos, buscando con atención el Renault de Preston. Sonaban bocinas. Circulaban vehículos por el bulevar. Algunas personas caminaban por la acera, agitando paraguas cerrados bajo el cielo nublado de la noche.

La acera quedó vacía unos momentos. Cuando se detuvo un taxi hacia el final de la manzana, Robin echó solo una breve ojeada a la mujer pelirroja que descendió y se inclinó hacia el conductor para pagarle.

—*Merda* —exclamó Charles, poniéndose tenso, cuando la mujer se volvió hacia ellos.

—¿Qué hay? ¿Qué ha pasado?

—Esa es Eva. Ocúpate del *Libro de los Espías*.

Se descolgó la mochila y la dejó a los pies de ella. Sacó la Glock.

—¿Estás loco? Ya intentaste matarla una vez, y fallaste. Podría verte alguien la pistola.

Robin, mientras hablaba, vio que Eva miraba fijamente a Charles.

—Te está viendo.

Charles se sonrojó. Asintió con la cabeza y volvió a ocultar el arma.

—La seguiré, y llamaré a Preston —dijo—. Llama a un taxi y llévate el *Libro de los Espías* al avión.

Mientras Charles terminaba de hablar, su esposa dio media vuelta y se alejó apresuradamente, hacia la plaza de Piccadilly. Él corrió tras ella.

Mientras Charles adelantaba a otros peatones, se puso los auriculares, llamó a Preston y le contó lo de Eva.

—Estaré allí dentro de veinticinco minutos —dijo el jefe de seguridad—. ¿Cómo ha sabido ella que estábamos en el hotel?

—No tengo ni idea. A menos que… Pero no parece posible. Nuestro escáner encontró un chip de seguimiento en la cubierta del libro.

—Dios santo. ¿Qué has hecho con el chip?

—Lo tiré por el retrete. Pero no se entiende que lo haya podido poner Eva.

—No la pierdas, maldita sea. No cuelgues.

Vio que Eva se sumaba a un grupo de personas que esperaban a que se pusiera verde el semáforo en la esquina de la plaza de Piccadilly, pero antes de que hubiera podido alcanzarla, ella cruzó la calle con los demás hasta la plaza y se mezcló con la multitud que había allí.

Él intentó empinarse para ver mejor mientras corría. ¿Dónde se había metido?

CAPÍTULO

17

A Eva le reverberaba en la cabeza el ruido y el tumulto de la plaza de Piccadilly mientras seguía adelante velozmente, con el teléfono móvil pegado al oído, hablando con Judd Ryder.

—Es Charles. Me está siguiendo. Estoy en la plaza de Piccadilly, me dirijo al Criterion. ¿Está cerca usted? Tiene una pistola.

—Ya estoy en marcha. Deje el móvil encendido.

El tráfico veloz de cinco calles desembocaba en la glorieta que rodeaba la plaza transitada. Los letreros de neón y de luces LED de colores chillones que anunciaban Coca-Cola, Sanyo y McDonald's bañaban la plaza de luz obsesiva, roja y amarilla. Eva buscó con la vista un *bobby*. Ahora que Charles estaba cerca, a ella le hacía falta un Policía.

—Estoy pasando ante Lillywhites —informó a Ryder. Cuando Eva vio su propia cara reflejada en las vidrieras de la tienda de artículos deportivos, cuando vio la tensión que se apreciaba en ella, apartó la vista. Seis de los turistas con los que había cruzado la calle se desviaron hacia la fuente de Shaftesbury y la estatua. Ella siguió con ellos, asomándose para mirar atrás entre los hombros de los turistas.

—Charles sigue detrás de mí. Lleva un teléfono con auriculares y habla con alguien.

—Así que, ahora sabemos que tiene un amigo. ¿Hay alguien con él?

Ella lo comprobó.

—Yo no veo a nadie. Mi grupo está subiendo los escalones de la fuente, y yo voy con ellos. Pasaré al otro lado. La fuente me vendrá bien para ocultarme de él.

—Yo estoy en el paso de peatones de Piccadilly Street. ¿Puede retroceder dando un rodeo para venir a mi encuentro?

—Me vería él.

—De acuerdo. Vaya al centro Trocadero. Estaré allí.

La fuente de Shaftesbury, de bronce, tenía un brillo gris de níquel con las luces de la noche. Había personas sentadas aquí y allá en los escalones. En la parte superior, Eva se desplazó aprisa hasta el lado opuesto y observó desde lo alto la plaza, ceñida y bordeada por una verja de hierro que llegaba a la altura de la cintura, interrumpida por el paso de peatones por el que debía pasar ella. No había rastro de Charles, ni de ningún policía. Pero al otro lado del denso tráfico estaba el London Trocadero, un

edificio enorme donde acudían multitudes para comer, beber, ir al teatro y jugar a videojuegos. Allí se reuniría con Ryder.

Se sumó a una pareja de jóvenes que descendían tranquilamente por los escalones, cogidos de la mano. Cuando llegaron a la base se dirigieron hacia la derecha, y ella avanzó hacia el frente.

De pronto, le oprimió el costado izquierdo una cosa dura y puntiaguda.

—Esto que notas es una pistola, Eva.

La voz de Charles.

—Te he atrapado, vieja querida. Por lógica, vendrías por aquí. *Sic eunt fata hominum*. —«Así van los destinos de los hombres».

—Charles, canalla, yo diría más bien *Sic eunt fata mulierum.* «Así van los destinos de las mujeres».

Mientras seguían caminando por la calle, ella bajó la vista y advirtió el bulto que producía en el bolsillo de la gabardina de él la mano que la apuntaba con el arma.

Oyó que Ryder le ordenaba:

—Esconda el móvil. Déjelo encendido.

Pero cuando ella deslizó el teléfono en el interior de su chaqueta, el cañón de la pistola volvió a golpearle el costado.

—No —dijo Charles en tono cortante—. Dámelo.

Ella se quedó inmóvil; después, volvió la cabeza para mirarlo; vio su expresión helada, sus ojos negros y duros. La rabia y la frustración que se habían estado acumulando dentro de ella brotaron como un torrente.

—Yo te quería. Creía que tú me querías a mí. Quiero alegrarme de que estés vivo, pero me lo estás poniendo muy difícil. ¿Qué demonios crees que estás haciendo?

—Sigue andando y baja la voz. Dame el teléfono. Ya.

Algunas personas los miraban.

—Si crees que no voy a disparar, acabarás muerta en la acera.

A ella le palpitaba con fuerza el corazón y la bañaba un sudor frío. Le entregó el teléfono móvil.

—No vuelvas a llamarme *vieja querida*. Nunca me gustó, hijo de perra.

Él apagó el teléfono de Eva y habló con tono triunfal por sus propios auriculares.

—La tengo, Preston. La retendré para que te puedas encargar de ella tú. ¿Dónde quieres recogernos?

CAPÍTULO

18

Eva contuvo un escalofrío mientras Charles caminaba a su lado, apoyándole la pistola en el costado. Habló intentando que no le asomara a la voz el dolor ni la indignación.

—¿Por qué fingiste tu muerte y desapareciste? Yo creía que éramos felices juntos. Pero, por tu culpa, he pasado dos años en la cárcel… y ahora quieres matarme. ¿No significo nada para ti después de los años que pasamos juntos?

—Significaste mucho… en su tiempo —dijo él con impaciencia—. No lo entenderías nunca. Siempre estuviste demasiado metida en el mundo.

—Y tú no lo estabas lo suficiente. ¿Tiene esto que ver con la Biblioteca de Oro?

—Claro que tiene que ver con la biblioteca. Me ofrecieron el cargo de bibliotecario jefe —dijo con veneración—. No importa, Preston —añadió, hablando por los auriculares—. Ya no se lo va a decir a nadie.

—No te reconozco. ¿En qué te has convertido?

Él hizo un gesto de desprecio sacudiendo la mano que tenía libre.

—Hay cosas que valen cualquier precio.

—¿Es que la Biblioteca de Oro era más importante que los amigos y compañeros que dejaste llorando por ti? ¿Más importante que yo?

Sentía la nostalgia del amor perdido.

—Tienes una mente mezquina, Eva. Gracias a Dios, a lo largo de los siglos han existido unas pocas personas con mayor amplitud de miras. Estas personas mantuvieron viva la biblioteca, y no solo en el sentido físico, sino en toda la plenitud de su espíritu.

Ella guardó silencio; se esforzaba por controlar sus emociones. Tenía que enterarse de todo lo que pudiera, mientras buscaba el modo de escaparse.

—¿Dónde está la biblioteca? —le preguntó.

—No lo sé.

—Debes de estar de broma.

Él negó con la cabeza.

—No lo entenderías nunca —repitió.

A Charles le había agradado siempre el sonido de su propia voz, la brillantez de su lógica, la fuerza de su personalidad.

—¿Quién mantuvo viva la biblioteca? —le preguntó ella, con la esperanza de picarlo en su afición a impartir lecciones.

A él le asomó una sonrisa al rostro.

—Cuando Iván el Terrible perdió su última guerra contra Polonia, entregó en secreto la biblioteca al rey Esteban Báthory en concepto de indemnización de guerra. El sucesor de este se la pasó al cardenal Mazarino de Francia, que ya tenía una biblioteca famosa propia. Acabó por fin en manos del Gran Elector Federico Guillermo de Brandenburgo. También la tuvieron Pedro el Grande y el rey Jorge II de Inglaterra. Más adelante estuvo custodiada por Napoleón Bonaparte, Thomas Jefferson y Andrew Carnegie; todos ellos se entregaron generosamente a la biblioteca. Este tipo de compromiso no ha flaqueado nunca a lo largo de los años, y el secreto de la Biblioteca de Oro siempre ha sido sacrosanto.

Eva, consciente con inquietud de la presencia de la pistola de él, echó una mirada atrás con la esperanza de ver a Judd Ryder; pero este había tomado una dirección completamente distinta, hacia el Trocadero. Para colmo de males, Charles la hizo doblar entonces la esquina entrando por Haymarket Street. ¿Sería allí donde iban a reunirse con aquel tal Preston, para que este *se encargara de ella*?

Miró atrás. Seguía sin verse ningún Policía. Un hombre de gabardina gris rasgada, abotonada hasta la rodilla y con gorro negro de lana bien calado sobre la frente y las orejas caminaba cabizbajo y arrastrando los pies.

Charles la hizo doblar a la fuerza por otra calle. Ahora, a Ryder le resultaría más difícil encontrarla. Imposible, quizá.

Eva volvió a la carga.

—Así que, lo que estás diciendo es que, al final, has conseguido la mitad de tu deseo. Eres el responsable de la biblioteca; pero sigues jodido porque no tienes la otra mitad, la fama internacional por haberla descubierto. Eso era lo que anhelabas; pero no lo tendrás nunca, porque no puedes o no quieres decir a nadie dónde está la biblioteca.

Charles esbozó una sonrisa petulante. Acercó una mano a los auriculares. Después de titubear, los desconectó. Preston ya no podría oír lo que decía a Eva.

—Existe la posibilidad de que alguien descubra algún día dónde está —le dijo.

—Tú *sí que lo sabes*. ¿Por qué esperar? —dijo ella, cargando la voz de sinceridad —. Ya podrías ser famoso. Dímelo. Te ayudaré.

—Para conseguir el puesto, tuve que acceder a seguir con la biblioteca hasta la muerte. Todos estamos comprometidos de por vida.

—Querrás decir que estáis presos. Dímelo ya. Si desenmascaramos la biblioteca, quedarás libre.

—No, Eva. No es seguro. Tú no conoces a Preston. Además, no quiero dejar la biblioteca.

Cambió de tema sin apartarse de ella.

—¿Recuerdas esos juegos de tablero antiguos a los que jugábamos? Los más

sencillos de todos los países se basan en tres actividades que se practican desde la antigüedad: la caza, la carrera y la batalla. Los juegos modernos equivalentes son respectivamente los gatos y el ratón, el chaquete y el ajedrez.

—Claro que los recuerdo —respondió Eva—. Los griegos y los romanos los practicaban, y los antiguos egipcios también. Los juegos más conocidos son el *scripta* y los *latrunculi*.

—Muy bien. No has olvidado todo lo que te enseñé.

—Me has enseñado muchas cosas, pero algunas de ellas no las quisiera haber aprendido, y menos de una persona querida, como son la mentira y la traición. Todavía no entiendo por qué dejaste que me metieran en la cárcel.

—Porque tú eres Diana, la cazadora incansable. Yo tenía que desaparecer por completo. Si tú hubieras creído que me había matado en un accidente de coche mientras tú dormías en casa, todavía habrías estado en nuestro mundillo. Si más tarde hubiera aparecido algún indicio sobre la biblioteca y sobre mí, tú te habrías lanzado de cabeza a investigarlo. Era una amenaza demasiado peligrosa.

—¡Me drogaste! ¡Hay otra persona en tu tumba!

Él hizo una mueca de indignación, como si la desleal hubiera sido ella.

—Me costó un trabajo infernal convencer al director para que no te dejara quemarte con el coche. Lo de mandarte a la cárcel fue idea mía. Te salvé la vida.

—¿Y crees que eso justifica lo que hiciste? Dios mío, Charles, tienes la moral de un palo. *Stat fortuna domus virtute*. «Si no hay virtud, nada puede tener verdadero éxito». Aunque seas el bibliotecario jefe, eres un fracasado.

Mientras Charles se encrespaba, apareció a su lado una mano tendida, abierta y con la palma hacia arriba.

—¿Me da unas libras, amigo?

Eva volvió la vista. Era el hombre de la gabardina rasgada y el gorro de lana. Tenía los ángulos de la boca torcidos hacia abajo en una mueca constante, e irradiaba autocompasión. Entonces, Eva captó un destello de sus ojos grises y advirtió su cara cuadrada. Aturdida, desvió la mirada. Era Judd Ryder.

—Largo de aquí, maldita sea —dijo Charles, mientras impulsaba a Eva para que siguiera adelante.

Ryder volvió al instante junto a Charles, siguiéndolos a su mismo paso.

—Venga, sé un buen tío. Una ayudita. Mira, tengo la mano vacía. Llénamela con una monedita, y me iré volando en un *saltamén*.

Ella comprendió que, entre las metáforas y la impropiedad del lenguaje, acabaría con la paciencia de Charles.

Este, furioso, se volvió hacia Ryder.

—Váyase a la mierda.

Y entonces pasó a la acción Eva. Vigilando la mano de Charles, que seguía en el

bolsillo pero apuntaba hacia otro lado, retrocedió rápidamente un paso, le lanzó una patada a la parte interior de la rodilla y le asestó con el canto de la mano un golpe *shuto-uchi*. Charles soltó un quejido y se tambaleó.

A Ryder le apareció en la mano su pistola.

—Venga el arma, Sherback —dijo. Arrancó a Charles los auriculares de la cabeza.

Charles había recobrado el equilibrio y apretaba con rabia la fuerte mandíbula.

—Vamos —dijo Ryder en tono cortante—. No te lo volveré a pedir con educación.

En los ojos de Charles se leía el miedo. Le pasó en silencio la pistola.

Eva respiró hondo.

—¿Cómo nos ha encontrado?

Ryder sonrió levemente.

—La tobillera que le dio Tucker.

Obligó a Charles a bajar por la acera silenciosa, y Eva pasó al otro lado de Ryder, lejos de Charles. Ryder, apuntándolo con las dos pistolas, le hizo doblar la esquina para pasar a una de las calles silenciosas de solo una manzana que hay en esa parte de Londres. La calle, de edificios altos, era tan estrecha que no había acera ni sitio donde aparcar. No pasaban coches.

—¿Dónde vamos? —preguntó Charles.

—Allí dentro.

Ryder lo dirigió hasta un callejón sin salida en cuyos lados había cubos de basura y cajas de cartón. Estaba desierto. Las pocas puertas que había estaban cerradas. Allí apestaba a ajo y a comida rancia. Los edificios que los rodeaban eran altos monolitos verticales que solo dejaban a la vista una franja del cielo nocturno.

—Vamos a llamar a la Policía —dijo Eva—. Quiero que detengan a Charles para recuperar mi buen nombre. Quiero que me devuelvan mi vida.

Ryder negó con la cabeza.

—Antes, debemos descubrir más cosas acerca de la Biblioteca de Oro.

Charles siguió caminando sin decir nada, tieso como una vara. Ryder seguía entre Charles y Eva, empuñando su pistola y la de Charles.

—Charles es el jefe de la Biblioteca de Oro —dijo ella para sondearlo—. Según lo que me ha contado, ha estado en manos privadas desde poco antes del final de la vida de Iván el Terrible.

—Pero ¿dónde está? ¿Quién la controla?

—No ha querido decírmelo. La Policía lo interrogará. Es su trabajo. Después, podemos pasar toda la información a Tucker.

Ryder negó firmemente con la cabeza.

—Este es un asunto de la CIA.

—Voy a llamar a los *bobbies* —dijo ella.

Se asomó por delante de Ryder.

—Dame mi teléfono móvil, Charles.

Charles sonrió de manera extraña y deslizó una mano hacia el bolsillo donde se lo había guardado.

—Quieto —le ordenó Ryder.

—Prefiero a la Policía que a ti —dijo Charles; pero sus palabras y su gesto eran una maniobra de distracción. Cambió bruscamente de postura y, veloz como un rayo, se arrojó sobre Ryder, extendiendo la mano para recuperar su pistola.

En el momento en que Charles cerraba la mano sobre el cañón del arma, Ryder le clavó un puño en la zona del diafragma. Mientras Charles tiraba de la pistola, su impulso hizo caer de espaldas a los dos. Ambos extendieron los codos y giraron el pecho. Cuando Eva no había tenido todavía tiempo de moverse, sonó una fuerte detonación y el olor a pólvora empezó a invadir el aire oscuro del callejón.

Charles cayó de rodillas.

—Ay, Dios mío.

Eva se cubrió la boca con las manos. La garganta se le llenó de bilis.

A Charles, inmóvil y arrodillado en el suelo del callejón, le salía sangre a borbotones por los labios. En su gabardina negra se formaba una mancha que hacía brillar el tejido.

Charles levantó la mirada hacia ella.

—Heródoto y Aristágoras —dijo. Después, cayó hacia delante, dio violentamente contra el suelo y quedó tendido con los brazos extendidos a lo largo de los costados y una mejilla contra la calzada.

CAPÍTULO

19

Ryder se puso en cuclillas junto al hombre abatido y le palpó la arteria carótida. No tenía pulso. Profirió una maldición. Acababa de perder su mejor oportunidad de encontrar la biblioteca, así como de descubrir quién estaba tras la muerte de su padre.

—Lo siento, Ryder —dijo Eva—. ¿Está muerto?

Ryder asintió con la cabeza. Se puso de pie, echó una mirada a las puertas que daban al estrecho callejón, y después miró hacia la entrada de este, por donde se accedía a la calle. No había indicios de que los tiros hubieran llamado la atención. Asió a Sherback por las axilas y lo arrastró hasta dejarlo tras una hilera de cubos de basura; allí quedarían ocultos a la vista, y la débil luz bastaría para lo que tenía que hacer.

Se agachó junto al cuerpo desmadejado y registró los bolsillos de la gabardina.

Eva se puso a su lado en cuclillas.

—¿Qué hace?

—Interrogarlo.

Tomó el teléfono de Sherback.

—Es un móvil desechable —dijo.

Encontró después el móvil de Eva. Ella se apoderó de él.

Él la miró fijamente.

—Adelante, llame a los polis —le dijo—. Si lo que quiere es acabar detenida como cómplice del asesinato de su marido.

Eva se puso rígida. Hundió los hombros. Apagó el móvil y se lo echó al bolsillo.

Ryder revisó la chaqueta de Sherback y encontró en ella una cartera y un cuadernito pequeño forrado en piel. Siguió buscando.

Eva abrió la cartera y se puso de pie para tener más luz.

—Tiene un carné de conducir británico con su foto. Está a nombre de Christopher Heath; pero eso no debería tener importancia. Todavía podrán identificar su cuerpo por el ADN.

—Puede que no lo hagan inmediatamente, sobre todo si el ADN del cadáver del accidente de coche se identificó con el supuesto ADN de su marido. Los polis tardarán mucho tiempo en aclararlo, suponiendo que se molesten siquiera en comprobar una cosa tan improbable. ¿Hay algo más allí? ¿Alguna anotación suya?

Eva volvió a agacharse.

—Nada. Ni tarjetas de crédito, ni nada. Solo dinero en metálico.

Lo último que encontró Ryder estaba en el bolsillo de los pantalones de Sherback; era una navaja de bolsillo del Ejército suizo, modelo Champion Plus, bien provista de herramientas en miniatura. Se puso de pie, se quitó la gabardina gris vieja que llevaba puesta y la echó a una papelera. Después, se lo guardó todo en los bolsillos del chaquetón, incluida la Glock de Sherback. Ya repasaría el cuaderno de Sherback cuando tuviera tiempo.

—Tengo que marcharme de aquí —dijo a Eva—. ¿Viene?

Vio el juego de las emociones en el rostro de ella. Tenía tensa la piel y magullados los ojos. Santo cielo, trabajar con una aficionada era duro; pero la necesitaba. Era el último vínculo vivo que le quedaba con Sherback y con la biblioteca.

—Sí.

Mientras caminaban aprisa por el callejón, Ryder dijo a Eva:

—Anoche robaron el *Libro de los Espías* en el Museo Británico. Yo me figuro que su marido estaba en Londres para participar en la operación. Los suyos han debido de dejar en el museo una reproducción del libro. Con la reproducción se explicaría por qué estuvo haciendo fotografías del original; les serviría para ganar tiempo. El libro verdadero ha estado en el hotel Le Méridien en algún momento.

—Debe de estar metido en ello un tal Preston. Debía reunirse con Charles y conmigo, para matarme.

—Estupendo. ¿Se le ocurre alguien más que quiera librarse de usted?

—Mi popularidad no pasa de aquí.

Mientras caminaban aprisa, parecía como si el callejón les devolviera el eco de sus pasos.

—¿Qué ha querido decir Charles con lo de «Heródoto y Aristágoras»? —preguntó él.

—Me dijo que existía la posibilidad de que alguien averiguara dónde está la biblioteca. Pensando en ello, supongo que dejó una o varias pistas sobre su paradero. De modo que Heródoto y Aristágoras pueden ser la pista. Pero no recuerdo que el uno tuviera nada que ver con el otro.

Él sintió que se le avivaba el interés.

—Vamos a ver qué puede significar desde otro punto de vista. ¿Quiénes fueron Heródoto y Aristágoras, cada uno por su lado?

—Heródoto fue un griego, investigador y narrador, del siglo V antes de Cristo. Se le considera el primer historiador.

—De modo que pudo escribir acerca de Aristágoras.

Ella hizo una pausa.

—Tiene razón. Así fue. Esta historia sucedió hace dos mil quinientos años,

cuando Darío el Grande estaba conquistando la mayor parte del mundo antiguo. Cuando Darío capturó Mileto, una ciudad jónica importante, puso al mando de ella a un griego llamado Histieo. Pero, andando el tiempo, Darío se inquietó porque Histieo empezaba a tener demasiado poder. De manera que *invitó* a Histieo a que fuera a Persia a vivir a su lado y volvió a ceder el mando de Mileto, esta vez a Aristágoras, que era yerno de Histieo. Histieo se enfureció. Quería recuperar su ciudad, y optó por provocar una guerra con la esperanza de que Darío la sofocaría y volvería a ponerlo al mando a él. Hizo que afeitaran la cabeza a su esclavo más fiel, e hizo tatuar un mensaje secreto en el cuero cabelludo del hombre. En cuanto hubo vuelto a crecerle el pelo, envió al esclavo a Aristágoras; este le hizo afeitar la cabeza de nuevo y leyó la orden de rebelarse. Así comenzó la Guerra Jónica, que Heródoto relató por extenso.

—Dijo usted que Charles tenía antes el pelo castaño claro. Que se lo había teñido de negro.

Ella lo miró fijamente.

Dieron media vuelta y corrieron de nuevo hacia el fondo del callejón. Se agacharon junto al cadáver.

Él le dio su pequeña linterna.

—Apúntele a la cabeza.

Ella así lo hizo, y él sacó la navaja de bolsillo de Charles, abrió una hoja larga, asió un puñado de pelo y empezó a cortar con movimientos de sierra.

Casi en aquel mismo momento sonó a lo lejos la sirena de un coche de Policía.

—Creo que vienen hacia aquí —dijo ella.

Él asintió con la cabeza.

—Alguien ha debido de avisarlos por el disparo.

A su lado, sobre el suelo de hormigón grasiento, había un montoncito de pelo negro. Sacó las tijeritas de la navaja suiza y recortó rápidamente el pelo cerca del cuero cabelludo de Charles.

Ella se acercó.

—Veo algo —dijo.

A la luz dura de la linterna se apreciaban letras de color añil sobre el fondo blanco de la piel pálida.

—«LAW» —leyó ella. Todo en mayúsculas. Y hay también unos números.

Él siguió cortando más deprisa.

—«031308» —dijo Eva.

—¿Qué significa *LAW 031308*? —preguntó él.

—*LAW* indica que puede tratarse de un código de una biblioteca jurídica[6]. Algunos códigos son universales y otros no. Este no lo reconozco. Podría ser propio de una biblioteca determinada…, de la Biblioteca de Oro, por ejemplo. Pero no veo

cómo podría conducirnos hasta ella.

La sirena aullaba en la calle, aproximándose al callejón.

Él se incorporó de un salto.

—Pruebe las puertas de este lado. Yo probaré las del otro.

Corrieron, tirando sucesivamente de los picaportes. Todas las puertas estaban cerradas con llave. Estaban atrapados en un callejón sin salida, con un cadáver. Si salían corriendo a la calle, los policías los verían. En la entrada del callejón aparecieron haces giratorios de luz roja que saltaban entre la oscuridad y se reflejaban en las paredes.

—Hay una escalera —dijo él, señalándola con un gesto de la cabeza.

Corrieron a toda velocidad. Las luces de los coches patrulla habían iluminado una escalera de incendios tipo escalerilla de mano que descendía por el costado de un edificio y casi no se veía, porque era de hierro negro que se confundía con el granito negro de la pared. Estaba a sus buenos tres metros por encima de ellos. Él saltó. Se aferró con ambas manos al travesaño inferior, se izó e inspeccionó rápidamente la escalera. No había manera de bajarla.

Asiéndose de la barra lateral, se inclinó hacia abajo y extendió la mano.

—Salte.

Cuando ya se veía el morro del coche patrulla, Eva retrocedió tres metros para tomar carrerilla, corrió hacia él y se impulsó hacia arriba. Él la asió de la mano. Haciendo un esfuerzo, siguió aferrado a la barra mientras tiraba de ella. Cuando consiguió izarla hasta el primer travesaño, tenía gotas de sudor en la frente.

Escalaron rápidamente. Cuando entró en el callejón el coche de Policía, ellos ya estaban muy arriba, con Ryder en cabeza. Al llegar a la parte superior, salvó un pretil bajo. La noria gigantesca London Eye era una rueda de luz plateada en el horizonte. Ryder inspeccionó rápidamente la azotea: cajas de contadores y fusibles, respiraderos de conductos de ventilación, y una caseta por la que se debía de acceder a una escalera interior del edificio.

Eva asomó la cabeza sobre el borde de la azotea, con expresión sombría. Subió el pretil, se volvió, cayó de rodillas y se asomó para mirar abajo. Él acudió a su lado. El coche de Policía se había detenido en el callejón, a unos doce metros de la entrada del mismo, casi debajo de ellos. Dos *bobbies* hacían un registro, linternas en mano, dando patadas a las cajas de cartón, examinando los cubos de basura.

—Encontrarán a Charles —dijo ella en voz baja—. ¿Qué harán cuando vean lo que tiene escrito en la cabeza?

—Solo Dios lo sabe. Pero no lleva ninguna identificación, de manera que no se van a aburrir cuando intenten descifrarlo.

Hizo una pausa.

—Tengo que hacerle una propuesta. Es probable que el *Libro de los Espías* se

dirija de nuevo a la Biblioteca de Oro. Usted sabe muchísimo más que nosotros acerca de la biblioteca y de Charles, el bibliotecario jefe. Quisiera dejarla en algún sitio seguro de Londres, y llamarle por teléfono o escribirle por correo electrónico cuando tenga que hacerle alguna consulta.

Ella tenía una expresión acerada en el rostro.

—Yo no soy una mujer a la que se deja en algún sitio. Voy con usted.

—De ninguna manera. Es demasiado peligroso.

En aquel momento sonó abajo un grito.

Se asomaron por el lado del edificio, hacia su derecha. Uno de los *bobbies* estaba mirando al suelo, detrás de los cubos de basura donde habían dejado el cuerpo de Charles. Movía despacio la linterna, lo que indicaba que estaba iluminando el cadáver en toda su extensión. El segundo Policía corrió a reunirse con él, apoyando la mano libre en los accesorios que llevaba en el cinturón para que no se agitaran.

Mientras los *bobbies* se agachaban, Ryder señaló con un gesto de la cabeza la entrada del callejón.

—Tenemos otra visita.

En la calle se había detenido un coche que bloqueaba la entrada del callejón. Era un Renault. El conductor bajó del coche. Llevaba pantalones vaqueros y una cazadora de cuero negro abierta. Era alto, y caminó hacia los policías con movimientos gráciles.

Ryder lo observó, advirtiendo la soltura de sus articulaciones: las manos abiertas que parecían relajadas, pero no lo estaban ni mucho menos; la cabeza, que se desplazaba levemente de un lado a otro, indicando que el hombre inspeccionaba la zona con mucha mayor atención de lo que advertirían a primera vista la mayoría de las personas. Todo indicaba en él que se trataba de un profesional bien formado en las artes de la seguridad.

Eva miró a Ryder.

—¿Preston?

Ryder siguió observando al desconocido, memorizando sus rasgos.

—Sí, creo que sí —dijo.

CAPÍTULO

20

Los dos *bobbies* se volvieron y se plantaron hombro con hombro, cerrando el paso hacia los cubos de basura, al acercarse Preston. Este les dijo algo; pero la distancia difuminó sus palabras. Los policías, tras oírlo, se tranquilizaron un poco. Uno asentía con la cabeza y lo invitó a acercarse con un gesto de la mano.

Preston caminó hasta el cuerpo de Charles Sherback y se inclinó para mirarlo. Ryder observó que se le tensaban levemente los hombros.

Y entonces, sucedió. Con movimientos precisos, veloces, de pronto estaba erguido, empuñaba una pistola con silenciador y se volvía hacia los *bobbies*. Su cara no mostraba la menor emoción.

Ryder sacó su pistola de un tirón. Demasiado tarde. Preston disparó por debajo del otro brazo, acertando a quemarropa en el corazón del *bobby* más cercano, e, inmediatamente después, en el corazón del segundo. Estaba tan seguro de sus posiciones y de su propia capacidad para matar, que les había disparado sin tener que volverse del todo hacia ellos.

Eva se quedó rígida. Ryder le puso una mano en el brazo.

Los dos policías se quedaron inmóviles, aturdidos, convertidos en estatuas que sangraban. Cuando cayeron, uno se sentó con las piernas cruzadas y el otro apoyó una rodilla en tierra. Después, se derrumbaron; el primero cayó sobre el vientre; el segundo, de costado. Mientras les manaba la sangre, los brazos y las piernas se les movían convulsivamente.

Preston se guardó el arma en la funda y sacó a rastras el cuerpo de Charles de detrás de los cubos de basura. El ruido del roce de los talones sobre la calzada llegaba hasta la azotea. Preston se echó el cadáver al hombro y comenzó a andar. Ryder observó que seguía sin dar muestras de emoción.

—No quiere que nadie vea el tatuaje —opinó Eva.

Ryder estudió al asesino que se desplazaba. Llevaba el cuerpo de Charles sobre un costado. El cuerpo le cubría una parte del tronco, pero la cabeza y las piernas de Preston eran un objetivo más difícil todavía a aquella distancia. No tardaría en pasar por debajo de ellos y en tomar la salida del callejón para llegar al Renault. Ryder tenía que actuar rápidamente. El mejor objetivo era el tronco.

—Llame al 999 y explíqueles dónde está el callejón —dijo a Eva—. Vaya a la caseta a llamar. Desde allí no le llegará la voz al callejón. No les diga nada de

nosotros.

Ella, sin decir palabra, tomó el teléfono móvil de Charles y echó a correr.

Ryder se apoyó bien, apuntó cuidadosamente, tomó aire, lo soltó, y disparó dos veces seguidas en rápida sucesión, apuntando al costado derecho de Preston para evitar darle en el corazón. Las detonaciones fueron ruidosas. Preston se tambaleó de pronto.

Pero mientras el cuerpo de Charles caía al suelo del callejón, Preston se rehízo, se dejó caer junto a él y rodó sobre sí mismo. Le apareció el arma entre las dos manos, apuntando hacia arriba, buscando al que le había disparado. Aquel hombre era francamente bueno.

Ryder apuntó y volvió a disparar dos veces.

Preston cayó hacia atrás, y Ryder tuvo entonces su momento de suerte. La cabeza de Preston golpeó la calzada. El impacto terminó con él. Preston se quedó inmóvil un momento. Cerró los ojos. Una mano soltó la pistola y la otra cayó al suelo, flácida.

Ryder, con una sonrisa adusta, corrió a la caseta de las escaleras.

Eva estaba de pie junto a la puerta.

—Les he llamado. Cuando les he dicho que había dos *bobbies* muertos, me han prestado mucha atención. Vienen de camino. ¿Ha matado a Preston?

—Espero que no. Quiero que lo interroguen a fondo. Apártese de la puerta.

Estaba cerrada con un candado. Rompió el cierre con la empuñadura de su Beretta y abrió la puerta. Salió una bocanada de aire con olor a cerrado y humedad. Sin más luz que la tenue de las estrellas, los escalones de cemento descendían hacia un abismo negro. Ryder encendió su linterna en miniatura, y los dos bajaron rápidamente, uno junto al otro.

Ryder habló con voz tranquila.

—¿Se siente capaz de hablar del tatuaje de Charles?

Aunque parecía que Eva lo estaba llevando bien, Ryder no tenía idea de en qué medida le había afectado lo sucedido.

—¿Está de broma? Claro que sí.

—A mí me parece que, dado que Charles quería que la biblioteca se descubriera, su intención era que el tatuaje fuera descifrable. Supongo que nos habló de Aristágoras y Heródoto porque pensaba que no solo entendería usted que había dejado un tatuaje, sino que entendería el mensaje. De modo que, volvamos al principio. ¿Qué significa *LAW 031308*?

Ella no dijo nada. Bajaron dos tramos de escalera más. Las puertas estaban numeradas, y vieron que habían llegado al sexto piso.

Eva se decidió por fin a dar su opinión.

—Supongo que *LAW* puede no tener nada que ver con la ley ni con el derecho. O puede que las letras sean unas iniciales, un acrónimo. Pero a mí no me suena ese

acrónimo. «Lectores Asociados de Wellington»; «Liga Anti Washington» —dijo al azar—. Esto no tiene el menor sentido. El número es demasiado corto para ser un número de teléfono. Puede que tampoco sea una serie de cifras individuales, sino un número completo; dejando el cero, tenemos el 31.808. O puede que lleve una coma decimal. Pero ¿dónde iría la coma?

—Está bien, vamos a pensar en términos de códigos. Códigos de barras. Códigos postales. Algún tipo de código de envío.

—No me suena de nada.

Siguieron descendiendo en silencio.

—Puede que sí tenga que ver con la ley —dijo él—. ¿Tuvieron alguna vez un pleito su marido y usted?

—De eso me he librado.

Cuando llegaron a la planta baja, él entornó un poco la pesada puerta cortafuegos de metal y atisbó al otro lado. Cerró la puerta con suavidad.

—Tenemos compañía —dijo—. Hay un guardia en un puesto de recepción, y tiene aspecto de estar odiosamente atento. No estoy con humor de correr más riesgos. Bajaremos al sótano.

Descendieron de nuevo.

A él se le ocurrió una idea.

—Puede que el código sea una cosa personal. Ya sabe, personal de Charles y de usted.

Cuando llegaron a lo más profundo, la puerta de la escalera daba a un garaje vacío, iluminado por luces fluorescentes dispuestas aquí y allá, en el techo. A treinta metros de distancia ascendía una rampa hacia la entrada de vehículos. Estaba cerrada con una pesada puerta de garaje, pero junto a esta había una puerta auxiliar para peatones. Corrieron hacia ella. Estaba cerrada con llave, pero en esta ocasión no había ningún candado que Ryder pudiera abrir de un golpe. Este inspeccionó el terreno y enroscó el silenciador a su Beretta.

—Apártese —le ordenó.

Ella le obedeció, y él apuntó hacia abajo para que la bala diera en el suelo al otro lado. Disparó. *Pum*. Saltó una bocanada de polvo metálico.

Se guardó el arma, hizo girar el picaporte y se asomó al exterior. Estaban en una calle transitada, pero él no sabía en cuál.

—Parece seguro —dijo a Eva.

Salieron a la calle, donde los recibió el mal olor de los tubos de escape. Pasaba por la acera bastante gente que iba o volvía de los bares y locales. Se abrió la puerta de un *pub* y se oyó la música *tecno* fuerte que sonaba en el interior. Pero por encima de todo se percibían los aullidos de más sirenas de Policía. Él calculó que eran dos.

Ryder echó una mirada a Eva, vio su expresión de alarma.

—Con suerte, se dirigen al callejón —le dijo—. Encontrarán a Preston, y los disparos en los cuerpos de los policías coincidirán con su pistola.

—Sí; pero puede ser que tengan una descripción de nosotros por la primera llamada por la que acudieron los dos *bobbies* al callejón. El que llamó pudo habernos visto.

Aquello también lo preocupaba a él. Aquella noche se habían dado tantas circunstancias imprevistas, que ya no daba nada por hecho.

Mientras caminaban, ella siguió diciendo:

—He estado pensando en lo que dijiste, Judd…, lo de que el código puede ser una cosa personal de Charles y mía.

Era la primera vez que lo tuteaba.

—Dime.

—Las cifras podrían ser una fecha. Charles y yo nos casamos el 13 de marzo de 2000. De modo que el *03* puede ser el mes de marzo, el *13* puede ser el día, y el *08*, el 2008.

—Eso fue solo un mes antes de la desaparición. Y bien, ¿qué pasó en vuestro aniversario, en 2008?

De pronto vieron venir por la calle, hacia ellos, dos coches de Policía a toda velocidad. Las luces rotatorias azules y rojas hendían la noche como sables.

Él se alisó el pelo y la ropa.

—Tenemos que ir despacio y mezclarnos con la gente. Cógeme del brazo.

Pero ella deslizó su mano dentro de la de Ryder, y este sintió una sensación extraña, y tan agradable que se forzó a sí mismo a quitársela de la cabeza antes de que llegara a causarle dolor. Siguieron adelante bajo la luz de las farolas… y los coches patrulla pasaron ante ellos sin detenerse.

Él le soltó la mano y, para salvar las apariencias, se entretuvo en sacar el espejito y mirar por él.

—Han doblado la esquina.

Advirtió que Eva se relajaba. Cuando ella volvió a hablar, fue con voz de discutir seriamente de negocios.

—Si te digo la conclusión a que he llegado, tienes que prometerme que me llevarás contigo. Apuesto a que, después de todo lo que ha pasado esta noche, los de la Biblioteca de Oro tendrán muchas más ganas de librarse de mí. Quiero asegurarme de que los atrapan. Quiero estar allí.

—Me estás haciendo chantaje.

Ella le dedicó una sonrisa irónica.

—Parece que he aprendido algo de ti.

Él, a su vez, no pudo contener otra sonrisa.

—Muy bien; trato hecho —dijo. La miró con severidad.

Pero, si te llevo conmigo, tendrás que hacer exactamente lo que yo te diga… cuando yo te lo diga. Lo digo en serio, Eva.

—El profesional eres tú. Todo lo que digas, siempre que seas razonable.

—No. Esto no es negociable. Míralo de este modo: si vienes, me estarás poniendo en peligro a mí también. No habrá tiempo de hacer preguntas ni de discutir.

Ella soltó un suspiro.

—Está bien. Así que… lo que creo es esto. En 2008, Charles y yo celebramos nuestro aniversario haciendo un viaje en avión a Roma. Visitamos a un viejo amigo suyo, Yitzhak Law. Es un catedrático bien conocido en nuestro campo. Charles y él solían quedarse conversando hasta altas horas de la noche. Compartían una pasión, la búsqueda de la Biblioteca de Oro. Puede que Charles llevara el tatuaje para indicar que Yitzhak sabe dónde está la biblioteca.

Ryder respiró hondo.

—Entonces, nos vamos a Roma —dijo.

Segunda parte

La carrera

Cuando las fuerzas de Aníbal se acercaban a Roma, uno de sus espías le hizo saber que corría en la ciudad el rumor de que Fabio, el dictador romano, estaba a sueldo de él. Sabiendo esta noticia, el gran caudillo militar se dedicó a asolar las comarcas circundantes, destruyéndolo y quemándolo todo a su paso… pero respetando las fincas de Fabio. En cuanto llegó a Roma la noticia, Fabio hizo proclamar que no era ningún traidor. Pero su gente no le creyó, y Aníbal ganó así un tiempo y una ventaja psicológica valiosos.

De la traducción del *Libro de los Espías*

El espionaje es una actividad tan antigua como la humanidad, y un arte que han practicado desde hace mucho tiempo los estrategas más hábiles y más traicioneros.

Revista *US News & World Report*
19 de enero de 2003

CAPÍTULO

21

Doug Preston, lleno de dolor, se despertó dando un respingo. El callejón. Seguía en el callejón, tendido en la calzada, cerca del cadáver de Charles Sherback. Volvió la cabeza haciendo un esfuerzo, y vio los cuerpos de los dos policías. Después, miró al otro lado y vio su propio Renault, más allá del coche de Policía. El callejón seguía desierto.

Miró con atención el cráneo pelado de Charles, que a la luz disponible parecía gris como un hueso viejo. ¿Qué demonios quería decir aquel tatuaje?

De pronto, le llegó al cerebro el estrépito de las sirenas de la Policía. Era aquello lo que lo había despertado. Se puso de pie trabajosamente. El corazón le palpitaba con fuerza. Se frotó el chichón que tenía en el cogote; era del tamaño de un huevo de águila. Le dolía el lado derecho del pecho como si le ardiera. Estaba muy magullado, pero no herido, pues llevaba bajo la chaqueta y la camisa un chaleco antibalas de Kevlar de última generación, y los proyectiles no lo habían atravesado.

Se sentía débil; se inclinó y se apoyó las manos en los muslos, intentando quitarse de encima el dolor a base de fuerza de voluntad. Por fin, asió el cadáver de Sherback, consiguió echárselo al hombro y caminó penosamente hacia su coche. Cuando llegó a la entrada del callejón, oteó la calle estrecha, y después abrió la puerta trasera del Renault y echó a Charles al interior del vehículo.

Cuando se puso al volante y dio a la llave de contacto, el ruido de las sirenas le hizo saber que tenía pocos segundos para evitar que lo descubrieran. Pisó a fondo el acelerador, arrancó con chirrido de neumáticos, dobló la esquina derrapando, y redujo después la velocidad. Se sumó al tráfico con normalidad.

Se secó el sudor de la frente con mano temblorosa y soltó una maldición en voz alta. ¿Quién demonios había sido el que le había disparado? Debía de ser el mismo que había matado a Charles.

Pensó en el hombre que había visto asomado al borde de la azotea del edificio y que lo observaba pistola en mano. Pero por entonces él ya estaba lesionado, y el hombre le había disparado dos veces más sin darle tiempo de disparar a su vez. En ningún momento había visto al hombre más que como una silueta negra. Iba a resultar más difícil atrapar a Eva Blake si a esta la estaba ayudando un tipo que disparaba así de bien.

Se le ocurrió otra idea desagradable. Si había convencido a los *bobbies* para que

le dejaran ver el cadáver, no era porque les hubiera descrito a Charles, diciéndoles que su viejo amigo, borracho, se había perdido, sino porque los *bobbies* no habían encontrado nada en los bolsillos de Charles y no tenían ningún modo de identificarlo. Aquello quería decir que el tirador debía de haberse apoderado de las cosas de Charles, entre ellas su teléfono móvil. Este contendría el número de Robin y el del propio Preston, y si el tirador tenía buenos contactos, podría localizar la situación de los teléfonos correspondientes a los números por medio de los chips de localización que llevaban los aparatos.

Preston tomó su móvil, bajó la ventanilla y lo arrojó al carril de la calzada contiguo al suyo. Vio por el retrovisor que lo aplastaban las ruedas de una camioneta. Satisfecho, sacó de su guantera un móvil desechable nuevo y llamó a Robin Miller.

—¿Estás en el avión? —le preguntó.

—Sí. Os estamos esperando a Charles y a ti —dijo ella con voz somnolienta.

—Escucha con atención y haz exactamente lo que te voy a decir. En cuanto haya colgado, abre tu móvil y quítale la batería. No vuelvas a ponerle la batería bajo ningún concepto. No me importa donde estés ni para qué creas que lo necesitas. No vuelvas a poner tu móvil en condiciones de funcionamiento. ¿Me has entendido?

—Por supuesto. ¿Cuándo llegarás aquí?

Parecía picada, ofendida por que le hubiera preguntado si le había entendido. A Robin no le gustaba que se dudara de su inteligencia.

—Pronto —dijo él—. Dime el número del teléfono vía satélite del avión.

Se oyó el ruido del teléfono al ser extraído de su funda de plástico. Robin le leyó el número. Después, él le dio el número de su móvil nuevo.

—La última vez que viste a Charles, ¿tenía afeitada la cabeza? —le preguntó.

—No. ¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Creí que lo sabrías.

—¿Está Charles contigo? —le preguntó ella, aprensiva.

—Sí, pero está muerto —dijo él con brutalidad.

Oyó un quejido sonoro.

Sin darle tiempo a que se echara a llorar, añadió:

—Lo han matado de un tiro, y lo más probable es que Eva Blake haya tenido que ver con ello. La última vez que hablé con él me dijo que la había atrapado. Os llevaré su cuerpo para que lo devolváis a la biblioteca. Quita la batería del móvil. Di al piloto que vaya calentando motores.

Colgó.

Esperaba que, al haber contado ya a Robin la muerte de Charles, se la encontraría algo recuperada cuando llegara. El director no se oponía a las relaciones sentimentales entre el corto número de personas que constituían el personal de la Biblioteca de Oro, pues resultaba más fácil dirigir a los miembros si tenían algo

parecido a una vida familiar. A veces causaba problemas cuando surgían infidelidades o rupturas de parejas, pero hasta eso daba al personal un sentido de vida de comunidad.

Mientras dejaba el móvil nuevo en el asiento del copiloto, lo inundó una oleada de dolor. Sentía que le pesaban los párpados. Tras la primera subida de adrenalina de organizar las cosas con Robin, la mente se le estaba atontando. En circunstancias normales era capaz de pasarse tres días sin dormir y sin perder la atención; pero ahora estaba lesionado, y la resistencia se le escapaba como por un desagüe.

Abrió la guantera y sacó una botella grande de agua y un bote pequeño de aspirinas. Se echó a la boca media docena de tabletas y tragó agua. Pestañeando, dirigió el coche hacia el oeste, camino de Heathrow, y siguió bebiendo.

Por fin, soltó un suspiro. Se sentía más fuerte. Mientras seguía conduciendo, dejó la botella de agua a su lado y se imaginó el lugar donde acudía en las ocasiones en que tenía necesidad de restablecerse y de encontrarse consigo mismo. Vio la luz dorada, las hileras de libros relucientes, las mesas y sillas antiguas pulidas. Podía oír el sonido rítmico y suave del equipo de purificación del aire.

Con la imaginación, cerró la puerta con llave, eligió un manuscrito iluminado y lo llevó a su butaca de lectura favorita. Se sentó con el libro en el regazo y saboreó el oro batido y las gemas rutilantes. Después, lo abrió y fue pasando las páginas, asimilando los dibujos de colores brillantes y la caligrafía exquisita. No sabía leer ninguna de las lenguas extranjeras de los libros de la biblioteca, pero no le hacía falta. Le bastaba con ver los libros, con poder tocarlos, con recordar los sacrificios y la dedicación a lo largo de la historia de la biblioteca, para quitarse de la cabeza su triste infancia, aquella vida miserable, el padre ausente, la madre iracunda. La sensación de pérdida que había sentido al ver cómo se hundía Langley en una espiral de sucios politiqueos.

La Biblioteca de Oro era la prueba de que el futuro podía ser tan estimable y tan glorioso como el pasado. De que el trabajo que hacía él era esencial. De que él era esencial.

Al cabo de un rato sintió que se le desaceleraba el pulso. La piel se le secó de sudor. El dolor se le alivió. Lo invadió una sensación de certeza.

Armándose de valor, tomó su móvil y volvió a marcar. Cuando le respondió el director, le dijo:

—Señor, se han producido algunas circunstancias. Debo informarle de lo que está pasando. Para empezar, alguien había puesto un chip en el *Libro de los Espías*. Estaba dentro de una joya falsa de la cubierta. La hemos tirado por un retrete.

—Dios santo. ¿Quién tendría los contactos necesarios para reproducir una de las gemas y meterle dentro un chip?

—Yo sigo pensando en el bibliotecario jefe que hubo antes de Charles. Creímos

que había robado el libro y se lo habría vendido a un coleccionista para contar con el dinero necesario para intentar largarse. Pero si ese coleccionista fue el donante anónimo que entregó el libro a la Colección Rosenwald, y si fue él quien puso el chip, entonces la Biblioteca Nacional lo habría descubierto antes de que llegara al Museo Británico.

—A menos que el donante tuviera mucha mano. Que fuera alguien con el dinero y los recursos necesarios para localizar a alguien de la Biblioteca Nacional a quien se pudiera comprar para que no trascendiera lo del chip.

Preston asintió para sus adentros.

—He hecho algunas llamadas —dijo—, y he descubierto que Asa Baghurst, gobernador de California, firmó una orden especial para que Eva Blake saliera de la cárcel… hace solo tres días. Yo eliminé sin problemas a Peggy Doty, y después me llamó Charles y me dijo que había encontrado a Eva Blake. Fui a recogerlos para liquidarla a ella también, pero no estaban en el punto de reunión.

Contó cómo había visto el coche de Policía que lo había llevado a encontrar en el callejón el cadáver de Charles, muerto de un tiro.

—De modo que, al final, hemos perdido a Charles. Tanto mejor. Estaba metiendo tanto la pata que íbamos a tener que suprimirlo, en todo caso —dijo el director, soltando un suspiro—. ¿Lo mató su mujer?

—Allí había un hombre. Pudo hacerlo él. Me disparó varias veces, pero yo no le vi la cara. Su puntería y su postura dicen mucho de él. Está preparado. Parece que todo ha sido un montaje: el chip, Eva Blake y un tirador. Alguien quería seguir el *Libro de los Espías*.

—¿Podría haber descubierto Eva Blake de alguna manera que Charles era nuestro bibliotecario jefe, antes de la inauguración en el Museo Británico?

—No sé cómo. Era la primera vez que Charles se apartaba de la biblioteca. Y después de que su predecesor en el cargo sacara a escondidas el *Libro de los Espías*, doblamos la seguridad, claro está, de modo que Charles no tenía ningún contacto con el exterior en absoluto. Sin embargo, maquinaba algo. Cuando encontré su cuerpo, tenía la cabeza afeitada y llevaba algo tatuado en la cabeza: *LAW 031308*.

—¿Qué demonios es eso?

—No lo sé, señor. Usted mismo dijo que Charles era un romántico. Pero también era ambicioso. Estaba muy pagado de sí mismo.

—¿Se había afeitado la cabeza el propio Charles, o se la había afeitado alguien?

—Yo diría que se la afeitó alguien. Puede que fueran Eva Blake y el tirador. Haré que mi equipo registre a fondo la casa de Charles y su despacho. Allí podría haber algo que nos indicara lo que significa el tatuaje.

—¿Y qué hay del resto de la operación?

—Según lo previsto. Robin y el *Libro de los Espías* están en el avión. Dejaré a

bordo el cuerpo de Charles, y ellos se volverán a casa en el avión, pero sin mí. Me quedaré en Londres para seguir buscando a Eva Blake. Cuento con un modo de localizarla: tomé su número de móvil del teléfono de Peggy Doty. Tengo un contacto en la NSA[7] que me puede servir para encontrarla por la situación del teléfono, siempre que esté encendido.

—Bien —dijo el director con alivio—. Hazlo.

CAPÍTULO

22

Brentwood, estado de California

El abogado Brian Collum dormía a pierna suelta en su gran casa de estilo Tudor cuando sonó su teléfono. Abrió los ojos bruscamente. El dormitorio principal era fresco y estaba sumido en sombras. Miró las cifras digitales iluminadas en el despertador (las dos de la madrugada) y cogió el teléfono de un tirón.

Su esposa giró sobre sí misma para mirarlo con inquietud. Habían dejado atrás hacía mucho tiempo la época en que podía llamarles a cualquier hora un cliente aterrorizado, de modo que debía de haber pasado algo a uno de sus hijos. Tenían tres; todos ellos estaban estudiando en diversas universidades.

—¿Sí? —dijo al teléfono.

—Hola, Brian —dijo una voz que le resultaba familiar—. Perdona que te moleste. Soy Steve Gandy. Me encuentro en una situación poco habitual. Está relacionada con una de tus clientes, Eva Blake. Necesito un favor.

Steve Gandy era desde hacía mucho tiempo el forense del condado de Los Ángeles, hombre franco y honrado con el que se podía echar un partido intenso de raquetbol. Brian procuraba cultivar el trato de los políticos y funcionarios públicos, y en vista de que aquello concernía a Eva, estaba más dispuesto todavía a prestar atención.

—Espera.

Se volvió hacia su mujer.

—No son los chicos. Sigue durmiendo. Hablaré desde mi despacho.

Mientras ella asentía con la cabeza, él salió del dormitorio llevándose el teléfono.

—¿Eva está bien?

—Supongo que sí, pero no tengo ningún modo de ponerme en contacto con ella. La han dejado salir de la prisión. Parece que nadie sabe dónde ha ido. ¿Sigues teniendo poderes suyos?

—Los tengo.

Estaba atónito. ¿Cómo que Eva había salido de la cárcel?

—Cuéntame qué ha pasado.

Se sentó ante su escritorio, bajo un haz pálido de luz de luna. No solo había representado a Eva en el juicio, sino que ahora llevaba sus asuntos legales.

Steve habló con voz tensa.

—Necesito una autorización firmada para exhumar el cuerpo de su marido.

—¿Por qué? —dijo Brian, sintiendo una opresión en el pecho—. ¿Quién quiere exhumarlo?

Al otro lado de la línea sonó un suspiro.

—La CIA. En la conversación se habló varias veces de «seguridad nacional». No nos dicen nada; solo que es fundamental que nos cercioremos sin ningún género de dudas de la identificación de la persona que está enterrada en la tumba de Sherback, y de cómo murió; y debemos reducir al mínimo el número de personas que se enteren de la exhumación. Pero en estos tiempos, cuando a alguien lo atrapan en un escándalo de la CIA, las consecuencias son terribles. Puede que esto que se está haciendo sea legítimo, pero no tengo una bola de cristal para saberlo. Y no quiero de ninguna manera que mi departamento cargue con unas repercusiones. El problema es que quieren que exhumemos el cuerpo sin una orden escrita. Por eso recurro a ti.

—Dios santo.

—Eso digo yo.

—Esto es una locura. Tú sabes que Charles Sherback está en esa tumba. Los de tu departamento comprobaron los registros dentales.

—No les basta con eso. Quieren que se haga otra autopsia, y que comprobemos el ADN.

Maldijo para sus adentros.

—¿Tienes un nombre en la CIA?

—Nos ha llamado Gloria Feit. Es del Servicio Clandestino.

—¿Sus acreditaciones están en regla?

—Sí. No quiero tener un enfrentamiento con la CIA; pero, al mismo tiempo, quiero proteger a mi gente y protegerme a mí mismo —dijo Steve—. Quiero que firmes la orden, Brian. Salgo para tu casa en coche ahora mismo. Así podremos empezar a cavar en cuanto sea de día, y podré quitarme de encima a la CIA dándoles algunas respuestas.

Brian pensó rápidamente.

—Se me ocurre otra idea. Tengo una llave del guardamuebles de Eva. Estoy seguro de que debe conservar allí todavía algunas cosas de Charles. Me pasaré por allí a primera hora de la mañana y veré qué puedo encontrar para daros alguna pista sobre el ADN. Después, iré en coche a tu oficina y firmaré la orden.

Steve pareció aliviado.

—No es perfecto, pero tienes razón —dijo—. Una muestra de ADN acelerará el proceso. Pásate por aquí a las ocho de la mañana. Y gracias.

Colgaron; pero Brian se quedó en su sillón, contemplando las sombras de su despacho. El cuarto estaba lleno de libros. Los títulos no se veían entre la oscuridad,

pero no dejaban de animarlo su presencia y sus consejos perdurables, transmitidos a lo largo de los siglos. Dirigiéndose a sí mismo una sonrisa irónica, recordó un consejo prosaico de Trajano, el emperador guerrero de Roma de tiempos remotos: «No te pongas nunca entre un perro y el lugar donde este apunta al mear».

Por fortuna, él no tenía que correr el riesgo de entrometerse en la investigación de Steve. El hombre que estaba enterrado en la tumba de Charles era un vendedor de Dakota del Sur, un solitario al que Preston había elegido en un bar de Los Ángeles y al que había eliminado más tarde rompiéndole el cuello, lo que concordaba con una posible lesión sufrida en un accidente de coche. Después, Preston había organizado una visita nocturna clandestina a la consulta del dentista de Charles Sherback para sustituir los registros dentales de Charles por los del muerto. Brian guardaba los guantes del muerto y algunos artículos más en la caja fuerte de su oficina.

Aunque la concordancia del ADN con el del interior de los guantes, y el resultado limpio de la autopsia, acallarían la curiosidad de la CIA, a Brian le quedaba una pregunta mucho mayor y que podía ser más peligrosa: ¿quién, o cómo se había despertado el interés de la agencia de inteligencia?

Tomó el teléfono y llamó al director de la Biblioteca de Oro.

—Marty, soy Brian Collum. Ha surgido algo.

Le contó la llamada del forense.

—La orden de exhumación procede de una tal Gloria Feit, del Servicio Clandestino.

Martin Chapman estalló en un torrente de maldiciones.

—¿Cómo has dejado las cosas con el forense?

—Voy a darle los guantes del cadáver, para que haga una comparación de ADN. Con eso se resolverán las cosas. ¿Se te ocurre algún motivo por el que podrían querer comprobar de nuevo la identidad?

—Ninguno, salvo que Charles Sherback ahora está muerto de verdad.

Brian sintió un momento de conmoción.

—Es un golpe para la biblioteca. Hacía muy bien su trabajo. ¿Qué ha pasado?

Brian había empezado a cultivar el trato de Charles doce años atrás, pues admiraba sus conocimientos acerca de la Biblioteca de Oro y apreciaba su obsesión por descubrirla. Cuando necesitaron un bibliotecario jefe nuevo, él había recomendado a Charles, y el club de bibliófilos le había autorizado a ofrecerle en secreto el cargo. Ahora, el club tendría que encontrar un sustituto.

—Murió en Londres —dijo el director—. Lo mataron de un tiro.

—¿Consiguió Preston recuperar el *Libro de los Espías*?

—Sí. Va camino de casa.

—Es un alivio.

Recordó lo que había dicho Steve.

—El forense me dijo que Eva ha salido de la cárcel. ¿Tiene algo que ver ella con todo esto?

—Ella no es más que el principio del problema.

Brian, asombrado al principio, después cada vez más preocupado, escuchó la relación que le hizo Martin Chapman de cómo Eva había reconocido a Charles en el museo, de cómo este había intentado matarla, del chip que había en el *Libro de los Espías* y de cómo Preston había buscado a Eva, para acabar encontrándose con el cadáver de Charles.

—Preston cree que un hombre con preparación está ayudando a Eva —dijo el director—. Es evidente que alguien quería seguir los movimientos del *Libro de los Espías*, quizá hasta encontrar la biblioteca. Me interesaría saber quién tuvo la capacidad de poner el chip. Ahora que interviene la CIA, me pregunto si son ellos.

—Mierda.

—Además de todo esto, Charles tenía en la cabeza un tatuaje. *LAW 031308*. ¿Te dice algo a ti?

—Nada, maldita sea.

—Podría ser un mensaje —dijo el director—. Pero ¿a quién? Y, ¿por qué?

—Acuérdate del predecesor de Charles. Ninguno nos figuramos que tuviera huevos, no solo para querer marcharse, sino para sacar el *Libro de los Espías*. Uno de los motivos por los que elegimos a Charles fue que la biblioteca era lo más importante en su vida. Pero sus puntos flacos eran la ambición y la arrogancia. Dios sabe lo que querrá decir el mensaje. Sea lo que sea, podría ser peligroso para nosotros.

—Si Eva ha visto el tatuaje, y no tenemos motivos para suponer que no lo haya visto, podría entenderlo.

—Tienes razón.

—Preston tiene un medio para localizarla por su teléfono móvil. Tú, ocúpate del forense.

Hubo una pausa reflexiva. Cuando el director volvió a hablar, su voz tenía su tono habitual, vivo y directo.

—Yo tengo un medio para ocuparme de la CIA.

CAPÍTULO

23

Washington, D. C.

El hombre aparcó su coche en una calle residencial sombría en la zona de colinas suaves y onduladas que está al norte del área central de Washington. A lo lejos, la alta cúpula del Capitolio brillaba como si fuera de marfil. Abrió la puerta del coche y salió de un salto *Frodo*, su pequeño terrier, que agitaba la cola.

Bajaron por la acera; el terrier, que formaba parte del camuflaje del hombre, iba por delante. Doblaron hacia la manzana de Casey. El hombre advirtió que venía hacia él, entre las sombras quietas, otro paseante madrugador con perro. Como solía hacer siempre, adoptó una sonrisa indulgente de propietario de perro y saludó con una inclinación de cabeza. Después, hizo bajar a *Frodo* de la acera para dejar paso libre a los otros dos.

En cuanto se hubo perdido de vista el otro paseante, el hombre se detuvo junto a un seto de arrayán cuyas ramas bajas rozaban el suelo. Deslizó la correa de *Frodo* por la parte inferior, y *Frodo* la siguió, arrastrándose hasta el interior y volviéndose después sobre sí mismo. Miraba hacia el exterior con sus ojitos negros.

—Quieto —dijo el hombre, e hizo el gesto de mando con la mano.

Frodo retrocedió inmediatamente y se acomodó entre el follaje, invisible para cualquiera que pasara. Habían hecho aquello muchas veces. *Frodo* no se movería ni haría el menor ruido.

Después de mirar atentamente a un lado y otro, el hombre corrió a través del césped hasta la casa de Ed Casey, con fachada de tablas de madera solapadas, y examinó las puertas y las ventanas del primer piso. Todas estaban cerradas con llave, hasta las puertas cristaleras que dominaban un estanque con peces de colores que había en el jardín trasero. Volvió a las puertas cristaleras. No tenían cerrojo. Se habían instalado pestillos, pero nadie se había molestado en echarlos. Le encantaba cómo se iba descuidando la gente a medida que transcurría el tiempo sin incidentes. Su profesión dependía de ello.

Abrió con una herramienta pequeña las puertas vidrieras y pasó a un cuarto de estar sumido en sombras. Le gustaba disponer de los planos de las casas, pero en aquella ocasión no había tenido tiempo de conseguirlos. Cuando Doug Preston lo había contratado para aquel trabajo, solo había podido darle la dirección de Ed Casey.

Pisando cuidadosamente la gruesa moqueta, salió a un pasillo central. Un reloj de pared producía un tictac rítmico. No había ningún otro ruido. Escuchó desde el pie de la escalera, y asomó después la cabeza por las puertas abiertas: un salón, un comedor y una cocina. Todos desiertos. Abrió la única puerta que estaba cerrada. Bingo: un despacho.

Sin dejar de prestar oídos a los posibles movimientos en el piso superior, fue directamente al escritorio, donde había un ordenador. Se puso a trabajar, instalando minúsculos aparatos transmisores dentro del disco duro y del teclado.

Cuando hubo terminado, volvió a escuchar la casa. Silencio. Salió del despachó y alcanzó el exterior por las puertas vidrieras. El cielo de la madrugada seguía oscuro. Volvería a la noche siguiente para retirar los chips, reduciendo así la posibilidad de que alguien llegara a enterarse de su trabajo de aquella noche.

Se detuvo cerca de la calle y oteó la zona. Por fin, caminó tranquilamente hasta el arrayán e hizo un gesto. *Frodo* salió corriendo, y el hombre le dio una galleta para perros. Volvió paseando con su animal hasta el coche, silbando tranquilamente.

Johannesburgo, Sudáfrica

Eran las doce y media del mediodía en Johannesburgo cuando Thomas Randklev recibió una llamada del director de la Biblioteca de Oro. En cuanto hubo colgado, Randklev telefoneó a Donna Leggate, la senadora estadounidense con menor antigüedad en el cargo del estado de Colorado. En Washington eran solo las cinco y media de la mañana, y se notó enseguida que la senadora se acababa de despertar.

En cuanto Randklev dijo su nombre, el tono de voz de la senadora pasó de gruñón a acogedor.

—Llamas a una hora rara, Thom, pero siempre me alegro de oírte.

Él sabía que esto era mentira.

—Te lo agradezco. Quería un poco de información. Nada que sea inadecuado, por supuesto.

—¿En qué te puedo ayudar?

—Se trata de una mujer llamada Gloria Feit, que está en vuestro Servicio Clandestino. Nos gustaría saber para quién trabaja y a qué se dedica.

—¿Por qué te interesa?

—No me es posible decírtelo; solo que se trata de una persona especial, como tú, de una persona a la que nos gusta dar un buen servicio…, uno de nuestros inversores. No se trata de nada que afecte a vuestra seguridad nacional, desde luego. No son más que negocios.

Ella vaciló.

—Preferiría que no…

Él la interrumpió.

—Espero que tus acciones del Grupo Parsifal te estén haciendo sonreír.

Leggate era viuda, y había llegado al Senado como sucesora de su marido, tras la muerte de este cuatro años atrás. Las deudas de su marido la habían dejado en una situación financiera precaria, pero gracias a Parsifal estaba ganando mucho más de lo que había ganado su marido. También era mucho más ambiciosa; pero en Washington la ambición no apoyada con dinero era un capricho social más.

—Sí, mucho —respondió con tono de reserva.

—Y también están los dividendos, claro está —le recordó él.

—Todavía mejor —reconoció ella—. Pero, con todo…

Aunque su renuencia no era de extrañar, resultaba molesta. Necesitaban que ella moviera aquello, y enseguida; pero él todavía no estaba dispuesto a decírselo.

—Formas parte del Comité de Inteligencia del Senado —observó él—. Has hecho entrar en Parsifal a un empleado de la CIA, Ed Casey. Dile que pida la información por correo electrónico a alguien de Langley. Si te parece que no puedes, tendrás que salir de nuestro club especial de inversores, y pasaré tus acciones a otro grupo de los nuestros. Podrás contar con unos beneficios aceptables, pero no como para sustentarte en tu vejez.

Dejó que ella asimilara estas palabras.

—Por otra parte, si puedes hacernos este favor, podrás seguir en el club, podrás seguir reclutando a otros escogidos, y recibirás una aportación considerable para tu campaña de reelección.

—¿Cómo de considerable? —le preguntó ella al instante.

—Cien mil dólares.

—Con quinientos mil brillaría mucho más el sol.

—Eso es mucho dinero, Donna.

—Me estás pidiendo un favor enorme.

Él guardó silencio.

—Ay, qué demonios —dijo por fin—. Está bien; de acuerdo. Pero solo si llamas a Ed Casey ahora mismo.

—Si yo estoy despierta, él también puede sacar el culo de la cama perfectamente.

—Siempre tan encantadora, Donna.

Randklev sonrió para sus adentros. La senadora había abandonado la negociación demasiado pronto. El director le había aprobado hasta 800.000 dólares.

—Y tú, siempre tan pillo simpático, Thom —dijo ella—. Me encanta ese rasgo tuyo. Dime, ¿necesitarás más favores?

—Quizá. Y recuerda que tú también me puedes pedir alguno de vez en cuando. Te ayudaré con mucho gusto en lo que esté en mi mano. Al fin y al cabo, somos amigos. Somos miembros de un mismo club.

CAPÍTULO

24

Washington, D. C.

La senadora Leggate se puso el albornoz, encendió un cigarrillo y agitó la mano para desviarse el humo de los ojos. Washington era una ciudad donde los favores se intercambiaban de mano en mano como las fichas del póquer. Para sobrevivir, tenías que aprender a resultar útil, vigilando, al mismo tiempo, con quién jugabas. Si querías ser un contrincante de peso en las aguas políticas de la nación, agitadas y traicioneras, tenías que ser un jugador de categoría olímpica.

Aunque la crudeza con que Thom Randklev le había expuesto lo que le esperaba si se negaba a colaborar le había producido una sensación de amenaza, también sentía un cierto júbilo. Thom había aceptado con facilidad la cifra elevada que le había pedido ella. Aquello le daba a entender que tendría acceso a más dinero todavía. Lo que temía era si sería capaz de hacerle frente (o de hacerse frente a sí misma) si alguna vez tenía que negarle algo.

Pero aquello era cosa del futuro. Dentro de varios años, quizá. Nunca, con suerte. Se dirigió con paso firme a su despacho, encendió la lámpara del escritorio, hizo girar la agenda rotatoria Rolodex y marcó un número.

—Buenos días por la mañana temprano, Ed. Soy Donna Leggate.

—Cielo santo, Donna, ¿sabes la hora que es?

Ed Casey era un miembro destacado del equipo de Apoyo de Misiones de Langley, que se dedicaba a construir y administrar centros de la CIA, a crear y mantener comunicaciones seguras, a gestionar la compañía telefónica de la CIA y a contratar, formar y asignar oficiales para todas las divisiones. Su departamento se ocupaba también de las nóminas, lo que quería decir que tenía acceso a los datos de todas las personas contratadas por la CIA… siempre que estuvieran en los registros.

—Yo llevo despierta varias horas, leyendo informes clasificados —le dijo, forjando una mentira que él pudiera creerse—. Lamento molestarte, pero quisiera que me ayudaras en una cosa antes de irme a la oficina. En uno de los informes se habla de una oficial llamada Gloria Feit, del Servicio Clandestino, pero no se dice nada de quién es su jefe. Quisiera saberlo, y saber también a qué se dedican su jefe y ella.

—Tendrías que dirigirte a la oficina del director de la CIA.

—Si empiezo a hacer preguntas sobre esto, otros miembros del subcomité harán

lo mismo. Si me dirijo a la oficina del director de la CIA, se abre la posibilidad de una filtración, y entonces los sabuesos de la prensa se abalanzarán con ansia sobre cualquier cosa que puedan desenterrar. Si te llamo es porque sé que tú y yo compartimos nuestro propósito de proteger a Langley siempre que sea posible.

—Existe una cadena de mando, y yo no me la salto.

—Mientras marcaba tu número —siguió diciendo ella con tono pensativo—, me estaba acordando de cuando me dijiste que necesitabas un fondo de ahorro para los estudios universitarios de tus chicos. ¿Qué edad tienen ahora?

A Ed le cambió la voz. Quizá con un matiz de culpabilidad.

—Te agradezco que me facilitaras la posibilidad de comprar acciones del Grupo Parsifal —dijo.

Ella remachó la idea:

—¿Ha sido una buena inversión para ellos?

—Sí —reconoció él.

—Cuánto me alegro. Creo que a todos nosotros nos gusta ayudarnos mutuamente siempre que podemos. Lo que te estoy pidiendo, lo puedo conseguir de otro modo. Solo que lo quiero ahora, mientras lo tengo fresco en la cabeza.

—¿De qué trata el informe?

—Está clasificado *M*, lo siento.

La *M* indicaba una operación encubierta extraordinariamente sensible. Los códigos de seguridad de una sola letra estaban entre los más elevados que empleaban los Estados Unidos, y aquello quería decir que la información era tan secreta que solo se podía aludir a ella por medio de iniciales, y que de ningún modo se podía hacer partícipe de ella a Ed.

—Puedes pedir por correo electrónico a tu oficina la información sobre Gloria Feit.

—Espera —gruñó él.

La senadora Leggate sonrió para sus adentros. En tiempos había visto a su marido conseguir lo que quería a base de halagos y de amenazas, y ahora era ella la que ocupaba el puesto de mando.

Johannesburgo, Sudáfrica

Thom Randklev estaba de pie ante el ventanal de su despacho, con las manos unidas a la espalda en postura cómoda, contemplando las rocas y los estratos del Witwatersrand, que en afrikáans significa «el risco del agua blanca». Al desplazarse las nubes, dejando paso al sol, relucían depósitos de cuarzo que atraían su mirada. Tuvo por un instante una viva sensación de orgullo.

Del Witwatersrand había salido el cuarenta por ciento de todo el oro que se había

extraído en el planeta en toda su historia, y había sido el origen de la primera pequeña fortuna de su familia. Después, el perezoso de su padre lo había perdido todo, entre el alcohol, los divorcios y el tren de vida descontrolado. Pero Thom ya lo había recuperado con creces, y tenía casas en Saint Moritz, París y Nueva York. En esta última ciudad era donde había conocido a la senadora Leggate y donde había empezado a cultivar su trato. Tal como había asegurado Thom al director, la senadora era quien podía encargarse del primer paso para resolver el problema de por qué la CIA quería exhumar a *Charles Sherback*.

Mientras repasaba mentalmente las cosas que había conseguido, se volvió para mirar los libros que cubrían dos largas paredes de su despacho. La información que le había comunicado el director lo había inquietado; pero, al mismo tiempo, tenía confianza absoluta en que la situación, fuera cual fuese, se podría resolver.

Lo que importaba era que la Biblioteca de Oro se había mantenido en secreto a lo largo de los siglos gracias a la atención cuidadosa a los detalles, y aquel secreto era el sello de los que habían heredado la biblioteca. En el mundo de hoy, las mayores guerras se libraban a puerta cerrada, en salas de juntas, y el club de bibliófilos conocía exactamente el modo de preparar, luchar y ganar todas las escaramuzas. Y aquello no era otra cosa que una mera escaramuza. Mientras daba vueltas a aquello, recordó lo que había escrito Platón: «El pensamiento es la conversación del alma consigo misma». «Muy cierto», pensó mientras se servía una copa.

Cuando sonó el teléfono, lo cogió de un tirón.

Como esperaba, era Donna Leggate.

—Gloria Feit es jefa de personal de Catherine Doyle —le dijo la senadora—. Doyle tiene una misión especial, pero no hay registro de qué se trata. Como entiendo un poco de estas cosas, creo que Doyle tiene un equipo, y que trabaja en lo más negro. Y eso significa que quizá no exista ningún registro oficial de sus empleados ni de sus misiones. Ed no me quiso decir más. La verdad es que dudo que sepa más, porque esto está por encima de su nivel de seguridad. Parece que Catherine Doyle es una OEE.

Los oficiales encubiertos extraoficiales, los OEE, eran aquellos oficiales, llenos de talento y de valor, que operaban sin la cobertura oficial de su identificación como agentes de la CIA. Si los detenían en un país extranjero, podían ser juzgados como espías y condenados a muerte.

—Gracias, Donna. Te lo agradezco. Voy a poner a mi gente a filtrarte el dinero para tu campaña de reelección. Queremos que los buenos amigos como tú sigan en el cargo.

En cuanto se la hubo quitado de encima, llamó por teléfono al director y le transmitió la información.

Estocolmo, Suecia

Era mediodía en Estocolmo, y Carl Lindström estaba sentado en la butaca reclinable de cuero de su despacho, leyendo informes financieros, cuando le llamó el director. En cuanto Carl se hizo cargo de lo que quería, fue a su escritorio, comprobó su correo electrónico y encontró la nota que le habían reenviado, con la información que había obtenido el experto en escuchas de Washington de los correos electrónicos de seguridad de Ed Casey a Langley.

Ahora, ya no solo conocía la ruta que había seguido el mensaje, el texto mismo de este y la dirección a la que se enviaba, sino también los códigos clandestinos empleados.

Provisto de estos datos, llamó por teléfono a su jefa de seguridad informática, Jan Mardis. Jan, que también había sido *hacker* maliciosa en otros tiempos, se encargaba de descubrir y detener los ataques contra su red informática mundial. También mantenía al día al personal a base de simulaciones de ataques contra sus sistemas; diseñaba herramientas para el *hacking*, y formulaba tácticas para la infiltración en las redes.

A veces les hacía trabajos especiales. El director de la Biblioteca de Oro había recurrido a ella varias veces durante los últimos meses, por medio de Carl.

—Tengo que proponerte un desafío, Jan —le dijo Lindström—. Y, cuando lo consigas, puedes contar con una gratificación generosa. Necesito que entres en el sistema informático de la CIA. Quiero que localices a un equipo determinado. Lo dirige Catherine Doyle. Uno de sus empleados de la oficina es Gloria Feit. Se trata probablemente de una unidad negra, lo que significa que van a aparecer como no registrados; pero tú y yo sabemos que en alguna parte debe de haber un registro. Te he enviado un correo electrónico con la información que necesitarás.

—Interesante.

Jan Mardis solía hablar con voz de aburrimiento, pero no en esta ocasión.

—De acuerdo, he leído su correo electrónico —añadió—. Salvo complicaciones, esto será divertido, como darse un baño en el lago Mälaren un día caluroso de verano, por así decirlo. Enrutaré mis señales por varios países; entre ellos China y Rusia, desde luego. Con esto, los polis digitales se quedarán bloqueados. Volveré a llamarle.

Carl Lindström se puso de pie y se desperezó. La delincuencia informática era la actividad criminal que aumentaba a mayor ritmo en el siglo XXI, y su empresa de *software*, Estrategias Lindström, era una de las que crecían más deprisa en todo el mundo. Había sufrido diversos ataques, pero nadie había sido capaz de violar los cortafuegos, gracias a Jan Mardis. Tenía confianza absoluta en ella, no solo por su habilidad, sino por factores humanos. La había salvado de ir a la cárcel a base de tirar de hilos en el sistema judicial, comprometiéndose, entre otras cosas, a darle trabajo. Las tareas adicionales que le encomendaba en secreto de cuando en cuando permitían

a Jan satisfacer su afición a medirse con algunas de las organizaciones más seguras del planeta. Y le pagaba espléndidamente. Como escribió Maquiavelo, para tener éxito era fundamental entender las motivaciones de las personas… y aprovecharlas.

Mientras esperaba volver a tener noticias de ella, se acercó a su estantería, llena de volúmenes con encuadernaciones en piel repujadas. Sacó una antología de August Strindberg, que era uno de sus autores modernos preferidos. Abrió el libro, y puso los ojos en un pasaje: «El escritor no es más que un reportero de lo que ha vivido».

Pensó en ello y se lo aplicó a sí mismo. La labor de toda su vida, en la que había salido de los barrios bajos de Estocolmo para crear y dirigir Estrategias Lindström, era un reflejo de lo que había aprendido acerca de la necesidad de hacer todo lo que haga falta para protegerse de las humillaciones de la pobreza. Llegó con orgullo a la conclusión de que su empresa era su libro, era el libro que había escrito él.

Una hora más tarde, cuando se encontraba de nuevo leyendo informes financieros en su butaca reclinable, sonó el teléfono. Lo cogió.

—Soy yo, jefe —dijo Jan Mardis—. Tengo una perlita para usted. Tengo acceso al ordenador de la oficina de Catherine Doyle. ¿Quiere que busque algo en concreto?

Carl se incorporó en su asiento, y la emoción le aceleró el pulso.

—Envíame copia de todos los correos electrónicos de Doyle de las últimas veinticuatro horas. Después, sal de allí a escape.

CAPÍTULO

25

En vuelo sobre Europa

El turbojet Gulfstream V se remontaba por el cielo nocturno. Sus potentes motores Rolls-Royce zumbaban suavemente. Sobre el aparato se extendía una bóveda infinita de estrellas rutilantes, y muy por debajo de él, nubes grises de tormenta salpicadas de relámpagos zigzagueantes. Judd Ryder observaba desde su ventanilla el paisaje celeste, con un sentimiento de estar suspendido entre dos mundos que le producía incertidumbre y una cierta sensación de peligro. Se preguntó en qué habría estado metido su padre, y en qué medida había salido a él.

Se quitó de encima sus emociones, se reclinó en su asiento y se concentró. El reactor Gulfstream los había esperado en un hangar privado del aeropuerto de Gatwick; era uno de los aviones que solía alquilar Langley para transportar a empleados federales y a los presos muy valiosos. Eva y él eran los únicos pasajeros, e iban sentados juntos cerca del centro de la cabina. El reposabrazos de cada asiento tenía incorporado un ordenador portátil y conectores para aparatos electrónicos. En sus mesillas había tazas humeantes de café recién hecho en la cocina de a bordo. El rico aroma perfumaba el ambiente.

Miró con atención la cara cansada de Eva, su barbilla redondeada, su leve bronceado californiano. La cabellera pelirroja le formaba una guirnalda de largos rizos alrededor de la cabeza, que tenía apoyada en el asiento. Los párpados de sus ojos azules estaban a medio cerrar. En aquel momento no manifestaba nada del fuego ni de la combatividad que tanto lo habían exasperado a él; por el contrario, parecía blanda y vulnerable. Todavía no tenía claro el concepto que tenía de ella. En cualquier caso, aquello era irrelevante. Lo importante era que la necesitaba para la operación. Esperaba poder enviarla de vuelta a California dentro de poco tiempo.

Eva abrió los ojos.

—Debería intentar ponerme en contacto con Peggy —dijo.

—No puedes encender el móvil mientras estamos en vuelo, pero puedes usar el mío.

Ryder conectó el cable de su móvil en el reposabrazos, accediendo al sistema de comunicaciones inalámbrico del avión. Explicó a Eva cómo funcionaba el modo seguro del teléfono y le enseñó a hacer lo que a los demás les parecería una llamada

normal.

Eva marcó el número del móvil de Peggy. Cuando oyó la voz que le contestó al otro lado, miró a Ryder frunciendo el ceño.

—¿Puedo hablar con Peggy, por favor?

Hubo una pausa.

—No le voy a decir quién soy mientras no me diga quién es usted.

Otra pausa. Eva cortó la conversación bruscamente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él al momento.

—Ha respondido un hombre. Me hacía preguntas.

Mientras volvía a marcar, le dijo:

—Llamo a información para pedir el número del hotel Chelsea Arms.

Cuando lo tuvo, volvió a llamar.

—Con la habitación de Peggy Doty, por favor.

Escuchó.

—Sé que tiene una habitación allí. Íbamos a compartirla… ¿Cómo? ¿Que ella qué?

Miró fijamente a Ryder con cara de susto.

—Peggy ha muerto. El recepcionista dice que la Policía cree que se ha suicidado de un tiro; pero es imposible que se haya quitado la vida. Tiene que haberla matado alguien.

Impresionada, sacudió la cabeza.

—Me parece increíble que esté muerta —dijo. Le rodaban las lágrimas por las mejillas.

Él, al verla, volvió a sentir la pérdida terrible de su padre, el conflicto de emociones. Fue a la cocina; volvió con una caja de servilletas de papel y se la dio. Mientras Eva se secaba los ojos y se sonaba la nariz, él le dijo:

—Lo que supongo es que Charles dijo a Preston que Peggy era amiga tuya, y Preston fue a verla esperando encontrarte allí. La ha matado él. Lo siento, Eva. Esto es terrible para ti.

Vio de pronto la imagen de su padre, cuando este tenía aproximadamente la edad actual de él, mirándolo desde su altura mientras él montaba en el tiovivo del parque Glen Echo. La buena cabellera rubia, la nariz y la barbilla bien marcadas, la expresión de felicidad en el rostro mientras la música llenaba el aire y él estaba de pie junto a su hijo en actitud protectora. Judd tenía unos cinco años y había montado en un caballito de color palomino, con crin plateada ondulada al viento. Al subir y bajar el caballito mientras daba vueltas el tiovivo, sintió que se escurría. Su madre lo saludaba con la mano con el rostro radiante de orgullo. Cuando él levantó una mano para devolverle el saludo, se cayó; tenía las piernas demasiado cortas como para recobrar el equilibrio apoyándose en el suelo. Quedó suspendido con medio cuerpo

fuera del caballo.

—Sujétate fuerte y tira para volver a subir —le dijo su padre con calma—. Tú puedes.

Él se asió con fuerza del poste y fue recuperando la posición poco a poco, tirando tanto que le dolían los brazos.

—Puedes hacer cualquier cosa, Judd. Cualquier cosa. Algún día, ya no te hará falta que yo esté a tu lado.

Advirtió de pronto que Eva estaba hablando.

—Esas personas tienen una maldad indescriptible —le decía, mirándolo con expresión fría—. Qué canallas. Tenemos que encontrarlos.

—Los encontraremos —dijo él.

Tomó su chaquetón del asiento del otro lado del pasillo.

—¿Estás preparada para trabajar un poco?

—Desde luego que sí.

Ryder sacó los artículos que había tomado del marido de Eva: teléfono móvil desechable, cuadernito forrado en piel, cartera y navaja suiza. Dejó en el bolsillo la pistola Glock y echó el chaquetón al asiento contiguo. Después, se quitó la chaqueta de pana y la echó encima. Se acomodó de nuevo en el asiento y se ajustó la sobaquera de la pistola.

Ella tenía en la mano el cuaderno e iba pasando las páginas. Él, después de pensárselo, optó por dejar que empezara ella con el cuaderno.

Él revisó el móvil de Sherback, buscando números de teléfono.

—Tiene la lista de contactos protegida por clave. ¿Qué clave usaría?

—Probablemente será algo clásico. Un nombre griego o romano. Prueba con Séneca, Sófocles, Pitágoras, Cicerón, Augusto, Arquímedes.

—Vale, ya te he entendido —dijo él. Se puso a marcar un nombre tras otro.

—Esto es interesante —dijo ella por fin—. He mirado todas las páginas, pero no hay ninguna lista de nombres, con números de teléfonos y direcciones o sin ellos. Parece que solo aparecen sus pensamientos y diversas citas. Cada anotación lleva su fecha, y las más antiguas son de hace seis años. Esto significa que ya lo tenía cuando vivíamos juntos, pero yo no se lo había visto nunca.

—Si te lo ocultaba, es que ya había empezado a tener secretos.

Ella asintió con la cabeza.

—Escucha esto —dijo—; es la primera anotación, y te da una primera idea: «En la Antigüedad, el culto a un dios se realizaba en un entorno hermoso: una arboleda, un lugar sagrado o un templo. No es casualidad que casi todas las bibliotecas estuvieran en lugares de culto paganos, así como en tiempos posteriores estuvieron en mezquitas, tabernáculos e iglesias. La palabra escrita tiene siempre un poder mágico, divino, que unifica al pueblo. Naturalmente, la religión quería controlar esto. Pero es

que los libros son sinónimo de Dios».

—Mira a ver si habla en alguna parte de la Biblioteca de Oro o de Yitzhak Law.

—Lo he estado buscando. Aquí hay otra cita: «Hay libros que no podré encontrar nunca, mucho menos leerlos».

—Conmovedor.

Ella asintió con la cabeza y siguió leyendo en silencio.

A Judd ya no se le ocurrían más nombres que probar para buscar la clave del móvil de Charles. Se detuvo, con los dedos sobre el teclado.

Ella levantó la vista.

—Acabo de encontrar una de las citas favoritas de Charles. Es de Aristóteles. «Todas las personas desean saber por naturaleza». Parece adecuada. Prueba con *Aristóteles*.

Él pulsó las letras del nombre del filósofo griego, y apareció en la pantalla la lista de contactos.

—He entrado. Lo malo es que la lista está vacía. Debía de saberse de memoria los números a los que llamaba. Vale, ahora toca comprobar las llamadas entrantes y salientes.

La lista estaba protegida, pero *Aristóteles* volvió a funcionar.

—Solo hay dos. Los dos son números de Londres. ¿Reconoces alguno de los dos?

Le leyó los dos números de teléfono.

Ella negó con la cabeza.

—Pruébalos —dijo.

Él marcó. Con el primer número, el teléfono sonó cuatro veces, y una voz automática lo invitó a dejar un mensaje. Consideró la posibilidad, pero puso fin a la conexión. Ella lo miraba.

—Ha salido un contestador —le explicó.

Probó con el otro número y obtuvo la misma respuesta.

—Otra vez nada.

—Cuando vi a Charles en la calle, ante el hotel, estaba con una mujer rubia. Los dos números de móvil pueden ser el de Preston y el de ella. No la reconocí, pero saltaba a la vista que Charles y ella estaban juntos.

—Descríbemela.

—Pelo rubio largo y flequillo. Mona. Entre treinta y treinta y cinco, diría yo. Como de metro sesenta y cinco. Llevaba una maleta grande con ruedas. Él llevaba una mochila, que dejó a los pies de ella poco antes de empezar a perseguirme. La mochila era gruesa y de aspecto pesado, de modo que podría haber contenido el *Libro de los Espías*.

—Así se explicaría que el libro estuviera en el hotel.

—Sí —dijo ella, mientras volvía a la primera página del cuaderno de Charles.

Ryder examinó la navaja suiza. No tenía nada de particular; podía haber sido de Charles o de cualquier otra persona. Abrió la cartera, extrajo el carné de conducir y el dinero y extendió todo ello sobre la mesilla del asiento.

—Puede que haya encontrado algo —dijo Eva, dando unas palmaditas en el cuaderno—. Como te dije, aquí todo está fechado. He estado buscando pautas. Charles escribía algo de cuando en cuando, una vez por semana como mucho, con una excepción. Existe un periodo de tres meses, antes de nuestro viaje a Roma, en el que hizo muchas anotaciones, a veces varias al día. Eso fue cuando estaba de sabático, dedicado supuestamente a visitar algunas de las grandes bibliotecas del mundo. Él no llegó a explicarme nunca su itinerario completo, y a su vuelta no habló gran cosa del viaje.

—¿Dice en qué bibliotecas estuvo?

—No; pero lo que escribió trata casi por entero de bibliotecas.

—¿Qué crees que significa ese cambio de pauta?

—En primer lugar, contaba con bastante tiempo libre, lo que le permitía escribir sus pensamientos con mayor frecuencia; y tenía la mente puesta en el valor de las bibliotecas. Pero, en segundo lugar, no querría que yo ni nadie de la biblioteca se enterara de que se había tatuado algo en el cuero cabelludo. Así que, la secuencia de los hechos, tal como me la figuro, es la siguiente: se tatuó; pasó tres meses escondido, y volvió a casa, donde lo esperaba yo, con el pelo lo bastante largo y espeso como para que pareciera normal. Después, celebramos nuestro aniversario en Roma, con Yitzhak. Dos semanas más tarde estábamos en Los Ángeles, y otras dos semanas después fue el accidente.

—Tiene sentido.

Se tomaron el café y siguieron trabajando. Él no encontró nada escrito en los billetes de banco de Charles. Volvió a guardar en la cartera el carné de conducir y el dinero, y lo metió todo de nuevo en los bolsillos de su chaquetón. Comprobó después el cargador de la Glock de Charles. La pistola estaba limpia e impecable. No faltaba ninguna bala.

Eva le entregó el cuaderno.

—Aquí no veo nada más que pueda resultar útil. Te toca a ti.

Él lo tomó.

—Pareces cansada —le dijo—. ¿Por qué no duermes un poco?

—Creo que eso haré —dijo ella. Dejó la taza de café en la mesilla de él, y recogió la de ella plegándola en el interior del reposabrazos. Después, estirando los brazos, se subió la pernera del pantalón.

—Me voy a quitar esta tobillera electrónica.

—No. Si pasa algo y nos separamos, siempre podré encontrarte con mi aparato de seguimiento.

Ella se lo pensó y asintió con la cabeza. Reclinó su asiento y cerró los ojos.

Ryder envió a Tucker un correo electrónico en el que le pedía que identificara los dos números de teléfono que había encontrado en el móvil de Sherback y que investigara si Sherback se había alojado en el hotel Le Méridien, acompañado quizá de una mujer. Le dio el nombre falso que figuraba en el carné de conducir de Sherback, la descripción de la mujer, y el dato de que el *Libro de los Espías* podría haber estado en la mochila de ella. Antes, cuando había llamado por teléfono a Tucker para organizar la vuelta en avión, le había puesto al día sobre lo sucedido durante la noche, le había dado la dirección del profesor Yitzhak Law en Roma y le había pedido que consultara a la Policía de Londres sobre Preston y el cadáver de Charles Sherback.

Estudió el cuaderno y no encontró nada nuevo. Después, pasó un largo rato mirando a Eva. Por fin, reclinó la cabeza, deseando no soñar con el pasado y cayó en un sueño intranquilo.

CAPÍTULO

26

Londres, Inglaterra

Doug Preston estaba sentado en su coche alquilado en un aparcamiento público próximo al río Támesis, con los brazos cruzados, la cabeza echada hacia atrás, dormitando a ratos. Había entregado el cuerpo de Charles al avión de la Biblioteca de Oro, y ya se lo habían llevado para ponerlo a salvo. También había llamado a su contacto de la NSA, quien más tarde le había comunicado la mala noticia de que el teléfono móvil de Eva Blake estaba desconectado, por lo que no era posible localizarlo todavía. Después, se había ocupado de un nuevo encargo para Martin Chapman, contratando a un especialista de Washington para que entrara en la casa de Ed Casey.

Ahora esperaba una llamada de la NSA con la noticia de que el móvil de Eva Blake estaba activado y ya tenían su situación exacta; o del director, que le dijera que se había enterado por medio del pinchazo a Ed Casey de a dónde se dirigía ella. Cualquiera de las dos cosas serviría.

Agitado, cambió la postura de su cuerpo dolorido ante el volante. El aparcamiento estaba moteado de sombras primaverales. En algún lugar del río sonó la sirena de un barco. Consultó su reloj. Pasaba un poco de la una de la tarde. Cerró los ojos sin prestar atención al dolor de las costillas. Estaba empezando a quedarse dormido de nuevo cuando sonó por fin su móvil.

Martin Chapman le habló con voz cargada de indignación.

—Tucker Andersen es de la CIA.

—De modo que lo de Estado era su tapadera. Cuéntemelo todo.

Chapman le relató la noticia escalofriante.

—Judd Ryder envió un correo electrónico a Tucker Andersen. Lo sabemos porque Andersen envió una copia del mensaje a Catherine Doyle, que también es de la CIA. Forman parte de algún tipo de programa negro. Doyle es la jefa —dijo el director con voz tensa—. Ryder trabaja ahora con contrato privado para la CIA.

—¿El hijo de Jonathan Ryder?

—Sí. Él es el tirador, y ha estado ayudando a Eva Blake. Todo lo que pasó en el Museo Británico fue un montaje. Fue la CIA la que puso el chip en el libro y la que hizo que levantaran la condena a Blake. Se proponen encontrar la Biblioteca de Oro.

Vamos a tener que enfrentarnos a tu antigua gente, Preston. Eras leal.

La voz se había vuelto más dura; la pregunta tácita quedó en el aire.

—Eso fue hace mucho tiempo. En otra vida. Me alegré de marcharme. Me alegré todavía más de que me contratase usted.

Dijo después las palabras que sabía que quería oír el director, y las dijo con sinceridad:

—Mi lealtad está solo con usted, con el club de bibliófilos y con la Biblioteca de Oro.

Hubo una pausa.

—El correo electrónico decía que Ryder y Blake se dirigían a Roma para ver a Yitzhak Law. No podrás llegar allí a tiempo. ¿Cómo propones que se lleve esto?

Preston reflexionó, con la vista perdida a través del parabrisas del coche. Forjó mentalmente un plan, y se lo expuso al director.

—Bien. Me gusta —dijo el director—. Como estamos tratando con una unidad negra, está cerrada en sí misma. Es la única ventaja que tenemos. Yo tengo una idea para ocuparme de Tucker Andersen y de Catherine Doyle. Volveré a ponerme en contacto contigo cuando te necesite.

CAPÍTULO

27

Roma, Italia

Eran las tres de la tarde; hacía un sol fuerte, que resultaba casi abrumador tras la lluvia fría y gris de Londres. Eva caminaba por el barrio Monti, de siglos de antigüedad, en Roma. Monti, justo al sur de la Via Nazionale, era un remanso de paz de artistas, escritores y gentes adineradas, y no solía figurar en las guías turísticas. A ambos lados de la calle había casas altas, cubiertas de hiedra, solo separadas por callejones adoquinados poco más anchos que un carro romano. Los viandantes paseaban por las calles.

Eva, sujetando con fuerza su bolso de bandolera contra su costado, se arriesgó a volver la vista atrás. Según lo esperado, Judd la seguía a varias casas de distancia; tenía un aspecto mediterráneo con sus gafas de sol, su rostro bronceado y su nariz aguileña. Habían dedicado el tiempo necesario a comprarse ropa nueva, para no desentonar con el clima más cálido y con el estilo local. Él llevaba una chaqueta de *sport* marrón suelta, una camisa azul con el cuello abierto, y pantalones vaqueros italianos. Ella también llevaba vaqueros italianos, con camisa y chaqueta verdes.

Mientras pasaban velozmente los Fiat y las Vespas, ella atravesó una *piazza* sombreada por los árboles, llena de niños preescolares que correteaban bajo la mirada amorosa de las niñeras. Por fin, pasó a la calle transitada donde vivía Yitzhak Law.

Judd, sin dejar de seguir a Eva, oteó discretamente aquella zona bulliciosa, y detectó a los tres miembros del equipo que había enviado Tucker Andersen para que vigilaran la casa del profesor Law.

Uno estaba al otro lado de la calle: un hombre con bolsa de compra de tela, vestido con traje gastado y sentado en un banco. Otro estaba un cuarto de manzana más allá; era, aparentemente, una mujer de edad avanzada, arrellanada en una tumbona bajo un turbinto, ante una *trattoria*, leyendo el diario italiano *La Repubblica*. El tercero era un joven que practicaba el monopatín, con gafas de sol y mochila. Pasó perezosamente haciendo eses con la tabla, haciendo girar las caderas al ritmo de la música que oía por sus auriculares.

Judd llamó por su móvil al *skater*, que era el jefe del equipo.

—¿Alguna novedad, Bash?

La unidad llevaba en posición una hora; era menos tiempo del que él habría

querido, pero había sido preciso montarla con los oficiales encubiertos que ya tenía Catapult en operaciones en Roma y en sus cercanías.

—Todo va bien, tío. No ha entrado ni salido nadie —le informó Bash Badawi. Saltó de la acera con su tabla.

—Avísame si cambia la situación.

Judd observó a Eva, que avanzaba por delante de él a pasos largos y confiados, con la cabellera pelirroja brillante a la luz resplandeciente del sol. Apretó el paso.

Cuando pasó a su lado, dijo sin mover los labios:

—Es seguro. Entra.

La casa de Yitzhak Law era un edificio de tres pisos, de piedra amarilla antigua, con ventanas grandes y contraventanas blancas. Eva subió corriendo los escalones gastados y tocó el timbre. En el interior sonó un carillón.

Cuando se abrió la puerta, Eva esbozó una amplia sonrisa.

—*Buon giorno*, Roberto —dijo.

Roberto Cavaletti era la pareja de Yitzhak desde hacía mucho tiempo.

—No te quedes ahí parada, Eva. Pasa, pasa. Estoy encantado.

La besó en las dos mejillas, haciéndole cosquillas con su barba castaña, que llevaba muy corta. Era de poca estatura y delgado, y producía el aspecto de un zorro ágil, con rostro inteligente y ojos castaños claros.

—Me he traído a un amigo —advirtió Eva.

Se volvió y señaló con la cabeza hacia Judd. Este, después de echar una ojeada a su alrededor, no tardó en llegar al lado de ella, y ambos pasaron a un zaguán decorado con antigüedades y pinturas. En el ambiente perduraba el aroma fragante de una salsa de tomate con especias. En Roma, la comida del mediodía era tradicionalmente la principal del día, y se hacía en casa, entre el mediodía y las tres de la tarde; por eso había tenido ella la firme esperanza de encontrar allí a Yitzhak.

Eva presentó a Judd, diciendo que había venido con ella de los Estados Unidos como compañero de viaje.

—*Benvenuto*, Judd. Bienvenido —dijo Roberto, dándole la mano con entusiasmo —. ¿No tienes *jet lag*? No parece que tengas *jet lag*.

El desfase horario era una preocupación constante de Roberto, que nunca viajaba más allá de la zona horaria de Roma, a pesar de que Yitzhak lo solía invitar con frecuencia a acompañarlo.

—Ni pizca de *jet lag* —le aseguró Judd.

Roberto, aliviado, se volvió hacia Eva, le puso las manos en las caderas y la riñó:

—No te has mantenido en contacto.

Con esta breve frase había cubierto el accidente de tráfico, su declaración de culpabilidad y su estancia en la cárcel, haciéndole saber al mismo tiempo que, por lo que a él respectaba, seguían siendo amigos.

—Tienes razón, y es culpa mía. Me encantó la carta que me enviasteis Yitzhak y tú.

Eva no había confiado en la compasión que se apreciaba en la nota que le habían enviado los dos hombres, y por eso no los había respondido. Vio con claridad repentina cómo se había aislado a sí misma.

—Estás completamente perdonada. Yo soy como el papa, severo pero magnánimo. ¿Tienes hambre? ¿Te apetece un *caffé*? Se está haciendo ahora mismo.

En Roma, el café tenía tanta importancia como el vino.

—Un café estaría muy bien —dijo ella—. Como lo haces siempre, *molto caldo*.

Él sonrió, agradeciendo el cumplido, y se dirigió a Judd.

—¿Y tú, amigo de Eva?

—Desde luego. Le ayudaremos.

Roberto miró a Eva y enarcó las cejas.

—Tiene buenos modales. Lo apruebo.

Después, le susurró al oído:

—Y es guapísimo.

Señaló hacia el pasillo a la manera italiana, con una mano extendida con la palma hacia abajo, y los siguió.

Mientras pasaban ante puertas abiertas que daban a un cuarto de estar y a un comedor pequeño y elegante, ella le preguntó:

—¿Está Yitzhak en casa? Nos encantaría verlo también a él.

—Por supuesto. Y él querrá veros. Le llevaréis el café. Está en su *rifugio*.

Pasaron a la cocina moderna, reluciente con sus paredes blancas esmaltadas, donde había una nevera y una cocina de acero inoxidable. El aroma del café recién hecho se extendía por la amplia habitación. Roberto vertió el café en una jarra, y dispuso después en una bandeja tazas, una jarrita de crema, un azucarero y unas cucharillas.

Señaló la bandeja.

—Es responsabilidad tuya, Judd —dijo.

Judd la tomó.

—Muéstreme el camino —dijo.

Roberto volvió a llevarlos al pasillo y hacia la parte trasera de la casa, donde una amplia escalera subía dos pisos, pero abrió la puerta que estaba debajo de las escaleras, dejando al descubierto unos escalones sencillos de madera que descendían. Subía una corriente de aire fresco. Agachando la cabeza, bajaron al sótano, en cuyas paredes y suelo de ladrillos bastos e irregulares se apreciaba la antigüedad de la casa.

Lo más notable del sótano era lo que había en el centro de su suelo, un agujero irregular con escalones de madera, construidos solo diez años atrás, que descendían hacia lo que parecía ser un abismo. Junto al agujero había una trampilla de ladrillos

viejos montados sobre una plataforma de madera contrachapada. La trampilla tenía las dimensiones exactas del agujero, y Eva comprendió que, al bajarla, los ladrillos encajarían con precisión unos con otros, con lo que el agujero no se apreciaría.

Judd miró hacia abajo y aparentó sorprenderse.

—¿Dónde están las llamas? ¿Y los alaridos de las almas condenadas?

Roberto se rio.

—Este no es el infierno de Dante, mi nuevo amigo. Vas a ver un espectáculo glorioso que han presenciado pocas personas. Pero es que estamos en Roma, que ha sido la *caput mundi*, la capital del mundo, donde vivía un millón de almas cuando París y Londres no eran más que asentamientos remotos de chozas de barro. No es de extrañar que los romanos seamos tan orgullosos. Os dejo aquí.

Dijo en voz alta por el pozo:

—Tenemos dos visitantes más, *amore mio*. Prepárate para recibir una sorpresa agradable.

—¿Más visitantes? —dijo Judd, con expresión de curiosidad, sin desvelar nada. La presencia de extraños complicaría su tarea de enterarse en poco tiempo de lo que quería decir el mensaje de Charles.

Roberto asintió con la cabeza.

—Eva se alegrará —dijo con aire de misterio, y volvió a subir las escaleras.

Eva ya conocía por visitas anteriores aquellos escalones empinados. Se volvió y bajó de espaldas, asiéndose a la barandilla. Judd la siguió, llevando la bandeja en equilibrio, y entraron en los dominios privados del profesor.

Era un local extenso, iluminado con lámparas de pie y que abarcaba todo el ancho de la casa. En cuanto a su longitud, llegaba desde el jardín trasero hasta la calle. Al parecer, por el lado de la calle había un túnel pequeño al borde de un largo montón de escombros. El suelo era de mármol frigio rojo reluciente. En él estaban dispuestas aquí y allá esculturas de desnudos que se habían descubierto durante las excavaciones. Algunas columnas de mármol rosado parcialmente expuestas (seguían enterradas en su mayor parte en la tierra parda desnuda) arrojaban un brillo pálido. Había una pared al descubierto; era de ladrillos planos, lisos, en los que se apreciaba la labor meticulosa de los constructores de dos mil años atrás. Su pieza central, que siempre aceleraba un poco el pulso a Eva, era un mosaico impresionante que representaba a Júpiter y a Juno, rey y reina de los dioses romanos, sentados en sendos tronos. Eran pocos los que lo habían visto desde que había quedado enterrado en la antigüedad.

Eva percibió que Judd quedaba asombrado para volver al cabo de un instante a su estado de atención penetrante. Judd recorrió con la mirada la sala, donde estaba sentado Yitzhak con un hombre y una mujer, en sillas de madera, alrededor de una mesa sin barnizar en la que estaban sus notas y sus gafas de cerca. El profesor,

estadounidense, era un erudito de fama mundial, estudioso de la historia griega y romana, con atención especial al judaísmo. Llevaba publicados una docena de libros sobre la materia.

Eva esbozó una sonrisa y los tres se pusieron de pie. El profesor se dirigió hacia ella a paso vivo, con los brazos abiertos. Era un hombre pequeño, de hombros caídos, que irradiaba el optimismo enérgico propio de los nativos de Roma. Tenía el rostro y el vientre redondos, los ojos penetrantes, y el cráneo, completamente calvo, le brillaba a la luz. Tenía poco más de sesenta años, quince más que Roberto.

—Querida, ha pasado demasiado tiempo —dijo, envolviéndola en sus brazos.

—Demasiado tiempo —dijo ella, devolviéndole el abrazo.

Cuando la soltó, ella le presentó a Judd.

—¿Te gusta mi pequeño sanctasanctórum, Judd? —le preguntó Yitzhak con curiosidad—. En la era de Augusto fue propiedad de familias ricas. Una vez que tuvimos que hacer obras de reparación, Roberto vio algunos fragmentos de cerámica bajo los ladrillos del sótano, y así fue como lo descubrimos.

—La antigua Roma es una ciudad enterrada bajo estratos de historia que en algunas partes tienen quince metros de profundidad —explicó Eva—. Lo que ves no es corriente; más de un ochenta por ciento sigue sin descubrir.

—Por favor, Judd, no nos delates —dijo Yitzhak con un susurro humorístico—. Nosotros, los propietarios privados, hacemos nuestras excavaciones de noche, como ladrones, porque no queremos que los de *Beni Culturali* se nos presenten en la puerta de casa para desahuciarnos. Y tienen esa costumbre, para que nuestros pequeños hallazgos sean públicos.

Miró a su alrededor con un brillo en los ojos.

—Este silencio y este aislamiento producen la extraña sensación de que el pasado lejano se puede tocar, ¿verdad que sí? —añadió.

—Así es —asintió Judd mientras dejaba en la mesa la bandeja del café. Después, añadió lo que Yitzhak quería oír—: Este lugar suyo es muy hermoso.

El profesor sonrió ampliamente, llenando de arrugas su rostro redondo.

—Debo presentarte a mis otros invitados. Estos son Odile y Angelo Charbonier, venidos de París pasando por Cerdeña. Acabamos de hacer una comida deliciosa. Y, ¿cómo no? Somos viejos amigos. Tan viejos amigos, que Angelo lleva años comprando y leyendo mis libros, y subrayo lo de *comprando* —observó, guiñando un ojo a Judd—. ¿Se puede pedir más? Eva, creo que tú ya conoces a los Charbonier.

Angelo dio la mano a Judd con energía.

—Encantado —dijo, con solo un leve acento francés.

Angelo, que pasaba del metro ochenta y no había cumplido los cincuenta, tenía expresión fresca y aspecto vigoroso con su camisa blanca de cuello abierto, chaqueta beis y pantalones sueltos. Tenía la cara tallada a escoplo de los hombres europeos que

pasan muchas horas en los gimnasios de sus clubes deportivos exclusivos. Aunque era un adinerado banquero de inversiones, a Eva le había parecido siempre un compañero de trato sencillo y encantador en las inauguraciones y en las cenas en las que habían coincidido.

—Encantado de conocerle —dijo Judd a su vez, sin que Eva pudiera leer nada en su rostro sonriente.

Odile, siempre más reservada, dio la mano a Judd y dijo simplemente:

—Un placer.

—Igualmente —dijo Judd.

Odile, un poco más joven que Angelo, era más callada, de rasgos refinados y pelo rubio platino perfectamente arreglado. Tenía aspecto grácil y atlético con su chaqueta y pantalón carísimos de terciopelo. Al mismo tiempo, aparentaba una cierta dureza, que sin duda le había resultado útil cuando Angelo y ella habían ido ascendiendo por la sociedad parisina gracias a los contactos de negocios de él y a las labores benéficas de ella.

Después de haber cambiado algunas frases amables con Judd, Angelo se dirigió a Eva.

—Lamento lo de Charles. Está claro que su muerte fue una tragedia. ¿Me permites que te diga que, pasara lo que pasara, fue un acccidente, y sin duda no fue culpa tuya? Charles era un gran hombre, y tú eres una gran dama. Odile y yo siempre te hemos apreciado.

Echó una mirada a Odile, que asintió firmemente con la cabeza.

Odile dio la mano a Eva.

—Ay, *chérie*, lo sentimos tanto que no tenemos palabras.

Angelo le tendió también la mano al momento. Eva, conmovida, se la tomó.

Él le apoyó los labios en el dorso de la mano. Cuando levantó la vista, le sonrió mirándola a los ojos.

—Me alegro de que tú no salieras malherida del accidente con el coche.

—Gracias, Angelo. Gracias, Odile. Sois muy amables los dos.

—¿Por qué no me dijiste que venías, Eva? —se quejó Yitzhak, observándola—. Llevábamos mucho tiempo sin tener noticias tuyas.

—Es culpa mía —reconoció ella—. No estaba segura de que…

—¿De que te siguiésemos adorando? —concluyó Yitzhak por ella—. ¡Qué tonta! Claro que sí.

—Te interesará saber que Yitzhak y yo estábamos hablando ahora mismo de la Biblioteca de Oro —le dijo Angelo—. Nos perdimos la inauguración en el Museo Británico.

—Ah, el *Libro de los Espías* —dijo Yitzhak—. Qué hallazgo.

Se inclinó sobre la mesa y tomó la jarra.

—¿Quién quiere café?

—Pasadlo bien. Yo voy a subir a pedir a Roberto mi copita de costumbre —dijo Odile.

Mientras Odile ascendía por los escalones, Yitzhak fue sirviendo crema y azúcar a cada uno según su gusto, y repartió después las tazas. Mientras los cuatro estaban juntos de pie, Eva echó una mirada a Judd, que había estado observando disimuladamente a los Charbonier. Judd, al ir a beber café, le dedicó una sonrisa por encima de la taza. Ella no leyó nada en sus ojos grises.

—Ojalá viviera Charles para que hubiera podido asistir a la inauguración —dijo el francés—. Estoy seguro de que nos habría ofrecido otra teoría sobre la situación de la biblioteca. Sus teorías eran siempre muy ingeniosas. ¿Pudiste ir tú? —preguntó, mirando a Eva.

—Sí. Fue interesante, y el *Libro de los Espías* es fabuloso.

—Me das envidia —dijo el profesor, y bebió de su café.

—¿Qué crees que habría dicho Charles? —preguntó Angelo con curiosidad.

Judd intervino sin dar a Eva tiempo de responder.

—De hecho, Charles sí que dijo algo… en cierto modo.

Eva, sorprendida, lo miró fijamente.

—Eva, creo que este es buen momento de poner al día al profesor —le dijo Judd —. No es necesario que lo aburras con una larga explicación. Bastará con que le des el mensaje de Charles.

Al parecer, Judd había llegado a la conclusión de que podía hacerlo sin peligro. Angelo Charbonier también era bibliófilo, y quizá pudiera resultar útil… ¿O sería que Judd estaba poniendo al francés a prueba de alguna manera?

—Es una cosa que he encontrado hace poco —dijo Eva, e hizo una pausa—. Solo era tu nombre, *Law*, y la fecha del aniversario de bodas de Charles y mío en 2008, el que pasamos con Roberto y contigo. ¿Sabes por qué me dejaría Charles un mensaje como este?

El profesor frunció el ceño mientras intentaba hacer memoria. Se frotó la barbilla. Por fin, se rio por lo bajo.

—Claro. A mi viejo cerebro casi se le había olvidado. Charles dejó un regalo secreto para ti, Eva… o para un enviado tuyo, si me lo mandabas; pero tenías que pedirlo y citar la fecha del aniversario.

Se dirigió hacia la escalera.

—¿Está aquí? —preguntó Eva, emocionada.

El profesor se volvió hacia ella; los ojos le bailaban de alegría.

—Sí —dijo—. Ven conmigo. Yo también tengo ganas de saber qué es.

CAPÍTULO

28

Eva siguió a Yitzhak, y ambos subieron por las escaleras, primero hasta el sótano y después hasta el interior de la casa. Angelo y Judd iban en retaguardia. Al pasar por el pasillo, Eva oyó las voces de Odile y de Roberto, que llegaban desde el cuarto de estar.

El profesor los condujo a través de la amplia cocina a un almacén grande, con las paredes cubiertas de estanterías de metal llenas de cajas de cartón. Se quedaron de pie junto al profesor; mientras este miraba a un lado y otro, el aire se llenaba de expectación, como de una carga eléctrica.

—Y bien, ¿dónde lo puse?

Con los labios fruncidos, se dirigió al fondo de la sala y apartó unos cartones. Cuando volvió a aparecer, traía una caja pequeña, cerrada herméticamente con cinta adhesiva. La hizo girar para mostrar la tapa.

—¿Lo ves? Aquí está tu nombre, Eva —dijo; y se la entregó.

Ella inspeccionó la escritura. Era la letra de Charles.

—Puede que sea un collar fabuloso de la antigua Persia, o unos pendientes enjoyados de Mesopotamia —dijo Angelo. La emoción le iluminaba los rasgos bien marcados.

—Ábrelo —le ordenó Yitzhak.

Ella arrancó la cinta adhesiva y levantó la tapa. Sobre un fondo de bolitas de poliestireno blanco había dos piezas de cartulina protectora de unos veinte por treinta centímetros, unidas con clips. Las separó, dejando al descubierto un fragmento de pergamino. Por un lado de este se veía un texto escrito con letras árabes apretadas y desvaídas; el otro lado estaba en blanco. En las cartulinas protectoras no había nada escrito.

—¿Qué es esto? —preguntó Judd.

—Parece que procede de un documento antiguo —dijo Eva, entregando a Yitzhak el fragmento amarillento. Este era mucho menor que las cartulinas; medía unos diez centímetros por ocho.

—Vamos a la cocina, para que vea mejor.

Yitzhak volvió a conducirlos a la cocina, y una vez allí, depositó cuidadosamente el fragmento en una mesa alta con tabla de trinchar.

Ella lo observó mientras él se lavaba las manos en la pila cepillándoselas a fondo.

Muchos archivistas profesionales se ponían guantes blancos de algodón al manejar manuscritos y otras obras de arte, para protegerlas de las grasas y los ácidos de la piel. Otros, por su parte, afirmaban que los guantes eran peligrosos, pues no solo podían contener suciedad y partículas invisibles, sino que reducían la sensibilidad del operario al manejar los artículos. A estos les parecía mejor lavarse las manos a conciencia. Yitzhak era de la escuela del lavado de manos, lo mismo que Eva. Charles había sido un archivista de guantes blancos.

Cuando Yitzhak hubo terminado, ella se lavó también las manos, y ordenó a Judd y a Angelo que hicieran lo mismo.

Eva se situó junto a Yitzhak a un lado de la mesa alta, mientras este se colocaba en la nariz las gafas de cerca. Judd se puso al otro lado junto a Angelo; Eva observó que eran dos hombres de la misma estatura y de físico semejante.

Mientras Yitzhak murmuraba entre dientes, traduciendo el fragmento, Eva buscó entre las bolas de poliestireno del fondo de la caja.

—Aquí hay algo más —dijo.

Extrajo un objeto troncocónico de oro reluciente, de unos veinte centímetros de longitud y que, a juzgar por su peso, estaba hueco. En su extremo más estrecho tenía unos cinco centímetros de diámetro; en el otro extremo, unos diez. En cada extremo brillaban sendas bolas de marfil, perfectamente esféricas.

Yitzhak miró con atención el bastón.

—Sencillo, pero espectacular —dijo.

—Precioso —dijo Angelo—. Pero ¿qué es? ¿Tiene algo escrito?

—¿Se puede abrir? —preguntó Judd.

Eva hizo girar el cilindro, y todos acercaron la cabeza.

—Tiene pequeños grabados de flechas, escudos y cascos. Son adornos, no escritura. No veo el modo de abrirlo. Inténtalo tú, Judd.

Eva no veía ninguna relación con la Biblioteca de Oro. Se lo entregó a Judd.

—Parece muy antiguo —observó Angelo.

—Lo es —le dijo Eva—. Y es algo más que una obra de arte; tenía una utilidad práctica. Se advierte por la pátina profunda, por las pequeñas rozaduras y rasguños que tiene por el uso. No se limitó a estar expuesto en un aparador de un salón del trono.

—Si se abre, no sé cómo —afirmó Judd.

—Lo intentaré yo.

El francés tomó el bastón cónico y lo estudió, sosteniéndolo en el hueco de las dos manos.

Yitzhak los miró, asomándose por encima de sus gafas de cerca.

—El fragmento es arábigo-judaico. Poesía de tema militar. Habla de los espartanos y de cartas secretas.

—Eso es —dijo Eva, comprendiendo de qué se trataba—. El fragmento nos da las pistas: los espartanos, las cartas secretas y la guerra. El cilindro es una escítala. Los espartanos inventaron la escítala hacia el 400 antes de Cristo, para las comunicaciones secretas entre los jefes militares. Se trata de la aplicación más antigua conocida de la criptografía para la correspondencia; pero las escítalas suelen tener un diámetro uniforme, no son cónicas como esta. Una vez que fui comisaria de una exposición de artefactos griegos antiguos en el Getty tuve la suerte de poder exhibir una, pero era de madera de laurel sencilla.

—¿Cómo funciona? —preguntó Judd.

—Se enrolla en espiral una tira delgada de pergamino o de cuero a lo largo del bastón, de un extremo a otro, sin que se solape. Después, se escribe el mensaje en sentido longitudinal, a lo largo de la escítala. Cuando se desenrolla la tira, en el texto aparecen letras desordenadas, sin sentido. Entonces, el mensajero lo lleva al destinatario, que enrolla a su vez la tira alrededor de su propia escítala que, evidentemente, debe tener las mismas dimensiones. Entonces puede leer el mensaje.

—De modo que las escítalas servían para hacer cifrados de transposición —dijo Judd—. Déjeme verla otra vez, Angelo.

Angelo se la entregó, a disgusto.

—Calienta las manos. El oro tiene ese efecto.

Yitzhak sonrió a Eva.

—Charles te ha dejado un regalo encantador —le dijo—. Debe de valer mucho dinero.

—Sería para mí un gran honor poder comprártelo —dijo Angelo al instante.

—Gracias, Angelo. Pero quiero conservarlo.

Angelo frunció los labios, desilusionado.

—¿Hay algo más en la caja? —preguntó—. Todavía espero ver ese collar de Persia.

Eva tomó la escítala de manos de Judd, la dejó sobre la mesa y rebuscó en el fondo de la caja.

—Me pregunto si tendrá razón Angelo —dijo Judd—. Si no debería haber otra cosa más; por ejemplo, una tira de papel con otro mensaje de Charles, que podrías leer enrollándolo en la escítala.

Eva lo miró fijamente, e invirtió de pronto la caja, dejando caer las bolitas de poliestireno. Mientras los demás las extendían, ella inspeccionó el interior de la caja.

—Hay unas palabras minúsculas escritas en el fondo —dijo con sorpresa—. Necesito algo para recortar los lados de la caja.

Judd tomó un cuchillo de cortar pan de un portacuchillos magnético que estaba sobre la encimera y se lo entregó. Eva recortó el cartón del fondo y le devolvió el cuchillo.

—Es la letra de Charles —dijo. Leyó en voz alta—:

«Piensa en la geniza de El Cairo. Pero la geniza deseada por el mundo tiene la respuesta».

—¿Qué es una geniza? —preguntó Judd.

—En hebreo significa «recipiente» o «escondrijo» —explicó Yitzhak—. Todos los libros descabalados y las páginas sueltas, de todo tipo, desde las *haggadah* y los diccionarios hasta las facturas comerciales y las cartillas de los niños, se guardan en un lugar seguro de la sinagoga, en el interior de una pared, por ejemplo, o en un desván, hasta que se les puede dar un entierro como es debido.

—La veneración a la palabra escrita es frecuente en las religiones —dijo Angelo —. Los musulmanes, por ejemplo, consideran que un Corán es demasiado santo como para tirarlo sin más.

—Pero la geniza judía es diferente —explicó Yitzhak—. No solo reconoce como sagrado a un libro determinado, sino a la palabra escrita en general. En la tradición rabínica, la geniza es una tumba de cosas escritas.

—¿Qué tiene que ver El Cairo con todo esto?

Yitzhak dio un paso atrás y cerró los ojos, adoptando una expresión soñadora.

—Hace mucho, mucho tiempo…, estamos a finales del siglo IX, y los judíos de la ciudad que sería más adelante El Cairo están renovando una iglesia copta destruida para que les sirva de sinagoga. Abren un hueco cerca de la parte superior de una torre alta. Todos los días suben por la escalera de mano personas mayores y niños para tirar al interior todos los libros y los pedazos de papel que nosotros tiraríamos a la basura. ¿Oís el rumor que hacen al caer por el aire? Las aportaciones se amontonan a lo largo de mil años, ¡mil años!, y el desierto lo conserva todo. Hasta que, hace poco más de un siglo, los rabinos permiten por fin que se investiguen los restos.

Abrió los ojos de pronto.

—*Voilà*! La geniza desvela sus secretos. Un fragmento precioso pertenecía a *La Sabiduría de Ben Sira*, el Eclesiástico. La versión más antigua que poseíamos hasta entonces estaba en griego, aunque el original se había escrito en hebreo mucho antes, en el 200 antes de nuestra era. Gracias a la tumba aérea de El Cairo, sabemos mucho más acerca de cómo vivía la gente, desde la India hasta Rusia y hasta España; de lo que pensaban, de lo que comían, de lo que compraban y de las causas de sus enfrentamientos. Se han publicado libros eruditos a veintenas sobre la materia.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con todo lo demás? —preguntó Angelo—. Eso es otro misterio. Charles tenía la molesta costumbre de no decir las cosas directamente.

Miró la escítala que relucía sobre la mesa.

Judd los volvió a llevar al grano.

—¿Qué relación tiene la escítala de Charles con «la geniza deseada por el mundo»?

—Su nota indica que no se refería a la geniza de El Cairo —dijo Eva—. De modo que no es la de El Cairo.

—Tienes razón, claro está —dijo Judd con una sonrisa—. Pero Estambul sí. Así la llaman, la Ciudad Deseada por el Mundo.

—Allí debe de haber una geniza en cada sinagoga —dijo el profesor—. Pero eso significaría tener que revolver en muchísimas *genizot*.

Judd miró al profesor desde el otro lado de la mesa.

—Puede que Charles le dejara a usted el paquete, no solo porque confiaba en que se lo guardaría a Eva, sino porque podría entender lo que él quería que ella hiciera a continuación.

—No te falta razón, amigo mío —asintió Yitzhak—. Déjame pensar… Estambul… Geniza…

Frunció el ceño y se pasó una mano por la calva. Por fin, sonrió.

—Qué bromista podía llegar a ser Charles. Creo que debía de referirse a Andrew Yakimovich. Yakimovich tiene en Estambul la mayor colección privada de documentos de la geniza de El Cairo. De hecho, es la mayor de la región.

—Lo recuerdo —dijo Eva—. Es tratante de antigüedades.

Eva había estado atendiendo a Yitzhak, pero echó una mirada a Judd justo a tiempo de ver que este clavaba la vista, a su vez, en Angelo, que acababa de deslizar la mano en el bolsillo de su chaqueta y la había vuelto a sacar. Judd se apartó disimuladamente.

—¿Ese tal Yakimovich vive en Estambul? —preguntó Angelo. La curiosidad hizo que se le marcaran más las líneas de su rostro.

—Es un hombre notorio por su discreción y viaja mucho —le dijo Eva—. No recuerdo su dirección de allí, y tampoco serviría de gran cosa si la recordara.

—Nos ha asesorado a Charles y a mí en el pasado —dijo Yitzhak.

Se quitó las gafas de cerca y añadió, dirigiéndose a Eva:

—No me sorprendería nada que, ya que Charles dejó la escítala a mi cargo, hubiera dejado también a Andrew lo que Judd llama un cifrado de transposición. Un regalo más, Eva —añadió alegremente—. Me pregunto qué habrá escrito Charles en él.

—Encontrar a Yakimovich no va a ser nada fácil… —empezó a decir Eva; pero se quedó paralizada.

Angelo se había sacado una pistola de la parte trasera de la faja, y la había empuñado rápidamente para apuntarlos. Pero Judd ya estaba en movimiento. Mientras Angelo abría la boca para amenazarlo, Judd bajó la cabeza, sus pies volaron sobre el suelo y clavó el hombro en el pecho del francés. Los dos aterrizaron en el suelo de la cocina con un ruido sordo.

—¿Qué hacéis? —gritó Yitzhak—. ¡Basta!

Eva asió al profesor del brazo y lo hizo bajar de un tirón tras la mesa con tabla de trinchar en el momento mismo en que se disparaba la pistola. La detonación hizo temblar la habitación. Una bala impactó en el techo, y el polvo de yeso cayó como si estuviera nevando.

Angelo lanzó un golpe con la pistola a la cabeza de Judd. Judd lo esquivó, le arrancó la pistola e inmovilizó a Angelo pasándole el antebrazo por el cuello. Le apuntó con el arma a la sien.

Angelo tenía el rostro enrojecido y furioso. Maldecía en francés.

—Un hombre que no quiere parecer amenazador, no debe llevar un bulto por detrás de la chaqueta —dijo Judd con voz tranquila—. Te lo vi cuando subía la escalera detras de ti. ¿Qué tienes que ver con la Biblioteca de Oro?

—No lo sabréis nunca —dijo Odile desde la puerta de la cocina.

Eva se volvió sobre sí misma. Roberto entraba en la cocina, tembloroso, seguido por Odile, que empuñaba con mano firme una pistola con la que le apuntaba a la nuca.

Se hizo el silencio en la habitación.

—Judd, devuelve la pistola a Angelo —ordenó Odile—. O mato a Roberto.

CAPÍTULO

29

Bash Badawi se paseaba en su monopatín por la acera de enfrente de la casa de Yitzhak Law. Tenía un aspecto informal, con sus pantalones cortos sueltos, su sudadera con capucha y cremallera y su mochila pequeña. El pelo, liso y negro azabache, le enmarcaba un rostro de color oscuro y ojos castaños con forma de almendra. Aunque llevaba auriculares, que formaban parte de su disfraz, no oía más sonido que el rumor constante del tráfico y las conversaciones de los peatones a cuyo lado pasaba.

Después de atravesar el cruce haciendo eses con el monopatín y de dar la vuelta para desandar de nuevo el camino por la otra acera, echó una ojeada a Quinn, que seguía sentado pacientemente en el banco con su bolsa de compra de tela, y otra a Martine, que seguía en su tumbona bajo el turbinto aparentando leer el periódico, con la cabeza echada hacia atrás. Todo estaba bajo control.

A pesar de ello, redujo la velocidad en su monopatín para estudiar la zona, intrigado por un hombre que empujaba un carrito de niño. El hombre llevaba sudadera y pantalón de chándal grises; había pasado por allí hacía media hora, había regresado, y ahora empezaba a doblar la esquina de nuevo. Era grande y corpulento, con rasgos marcados y cejas negras y espesas. Podía ser que estuviera dando unas vueltas a la manzana para que el niño tomara el aire.

Bash se fijó también en un hombre de largos cabellos castaños y cara delgada, que iba en una Vespa azul. Había pasado por allí hacía un cuarto de hora, y quizá otra vez antes también. En Roma había motos pequeñas por todas partes, y pasaban muchas por la calle a toda velocidad. El hombre podía ser un mensajero de alguna clase.

Bash, pasando bajo un arce de amplias ramas, volvió a acercarse a la antigua casa de Yitzhak Law. No veía a nadie por las ventanas. Pero cuando dejaba atrás la casa se oyó en sus profundidades una leve detonación, cuyo sonido quedaba amortiguado por los muros de piedra. Un disparo. Sintió una opresión en el pecho. Hizo inmediatamente un viraje completo y clavó el pie en la acera, dirigiéndose velozmente hacia los escalones en su monopatín.

En la cocina, Judd apuntaba firmemente con su pistola a la sien de Angelo Charbonier, con el brazo apoyado sobre su garganta. Si Angelo intentaba recuperar su arma, podía aplastarle la tráquea de un solo tirón brusco.

Pero ahora que había llegado Odile, Angelo tenía una sonrisa triunfal. Tenía los ojos duros y negros como la antracita.

—Devuélveme mi pistola, Judd —ordenó—. No querrás que le pase nada a Roberto.

Roberto estaba pálido de miedo. La frente le brillaba de sudor.

—No entiendo… —dijo, mirando a Yitzhak con impotencia.

El profesor se había asomado de su escondrijo de detrás de la mesa.

—Guardad las pistolas —exigió, mientras parpadeaba a toda velocidad—. Todos. ¿Qué locura es esta?

—¿Has convocado a los hombres? —preguntó Odile a su marido en francés.

Eva empezó a traducir aquello a Judd. Este la interrumpió.

—Ya sé lo que ha dicho Odile. Y me figuro que sus hombres ya están aquí, o que no tardarán. Vi que Angelo se metía la mano en el bolsillo cuando oyó lo de Yakimovich.

Se dirigió a Angelo.

—Te figuraste que ya te habías enterado de todo lo que ibas a poder sacar en limpio, y por eso les mandaste la señal, ¿verdad?

Angelo sonrió todavía más, pero no respondió a la pregunta.

—Estamos en un punto muerto —dijo—, en un *standoff*, como decís los yanquis. Si no me devuelves mi pistola, Odile pegará un tiro a Roberto. Y lo hará, puedes creerme.

—Me dan ganas de disparar, en cualquier caso —dijo Judd—. Te quito de en medio a ti; y antes de que Odile haya tenido tiempo de apretar el gatillo, le habré podido meter un buen tiro. Así estaréis muertos los dos.

Odile retrocedió un poco más detrás de Roberto para que el cuerpo de este la protegiera mejor de la amenaza de Judd.

—Hay otra solución —dijo Odile—. Podemos bajar las armas los dos. Podemos hablar.

—Baja tú la pistola, Odile, y yo bajaré la mía —dijo Judd.

Ella asintió con la cabeza. Se miraron fijamente a los ojos, y ambos bajaron poco a poco la mano de la pistola.

Cuando Bash Badawi se aproximó a los escalones de la entrada de la casa, redujo la velocidad con su monopatín, oteando de nuevo. Además del disparo, había otra cosa que marchaba mal, pero no llegaba a identificarla. El sol de la tarde caía a plomo, convirtiendo la escena callejera, con los coches rugientes, las motos y el bullir de los viandantes, en un torrente de ondas de color. Cuando su mente clasificó rápidamente lo que veían sus ojos, advirtió que seis hombres con pantalones cortos y camisetas con anchas franjas de color verde, blanco y rojo, los colores de la bandera italiana, habían aparecido en grupo en la esquina, moviendo los pies con ligereza, con

los antebrazos levantados y las manos sueltas, como suelen hacer los que practican el *jogging*. Todo normal en apariencia.

Pero no lo era. El grupo se deshizo, y sus miembros se dispersaron sin dejar de correr. Cuatro cruzaron la calle hacia Carl y Martine, mientras otros dos se dirigían hacia él. Eran *limpiadores*, asesinos a sueldo, y sus objetivos eran su equipo y él, lo que quería decir que alguien (quizá el de la Vespa, o el hombre de la sudadera con el carrito de niño) les había explorado el terreno previamente.

Con los ojos puestos en los dos que corrían hacia él, Bash se metió la mano en el interior de la chaqueta, desabrochó la sobaquera y asió la empuñadura de su Browning.

Judd tenía la vista clavada en Odile mientras ella y él bajaban las pistolas hacia sus costados. Nadie se movió ni dijo palabra; todos estaban en suspenso, en un cuadro viviente de tensión. No había más sonido que la respiración jadeante, asustada, de Roberto, que parecía resonar sobre las superficies duras de la cocina. Roberto corrió hasta Yitzhak, que lo rodeó con un brazo.

Eva se acercó más a Odile, aparentando que lo hacía para dejar sitio a Roberto, y se detuvo cuando estaba a poco más de un metro de ella. Judd, recordando su dominio del karate, cruzó una mirada con ella. Ella entrecerró los ojos y asintió levemente con la cabeza.

Judd retrocedió, apartándose de Angelo.

—Háblame de la Biblioteca de Oro —le dijo.

Pero fue Odile quien le respondió.

—No hay nada que decir. Todos hemos sentido curiosidad por el tema desde hace años, claro está.

—Mentira —dijo Judd—. Si estáis aquí, es por la biblioteca. Por eso ha sacado Angelo la pistola. Por eso tenéis hombres fuera. Queréis evitar que la encontremos.

Angelo Charbonier se irguió contra la pared, alisándose la chaqueta de *sport*.

—Lo que yo quiero saber es a quién habéis informado de lo que habéis descubierto —dijo.

—Te lo diré —mintió Judd— si tú me dices qué relación tienes con la biblioteca.

—Supongamos, a modo de hipótesis, que tienes razón cuando dices que sabemos algo —dijo Angelo despacio—. Supongamos, incluso, que yo soy miembro del pequeño club de bibliófilos que patrocina la biblioteca.

—¿Mi padre era miembro también? —preguntó Judd inmediatamente.

Angelo pareció sorprendido por un instante, y después negó con firmeza con la cabeza.

—Ahora os toca a vosotros —dijo.

Aquello era un comienzo, pero Judd no se fiaba de Angelo.

—Supongamos que os damos la escítala —dijo—, y que vosotros nos contáis más

cosas. Después, todos podemos marcharnos vivos y olvidarnos de que aquí haya pasado nada.

—Eso tiene sus posibilidades —reconoció Angelo.

Judd volvió a mirar a Eva, y ella le devolvió la mirada.

Señaló la mesa.

—Allí tenéis la escítala. Es toda tuya, Odile. Cógela.

—¡No! —gritó Angelo.

Pero era demasiado tarde. Odile ya había empezado a caminar hacia la mesa.

Bash tomó una decisión rápida. La misión que le habían encomendado era proteger a Judd Ryder y a Eva Blake. Sus compañeros de equipo, Martine y Quinn, tendrían que valerse por sí mismos. Él tenía que irrumpir en la casa del profesor, y enseguida.

Ninguno de los dos *limpiadores* que corrían hacia él había enseñado todavía un arma, y lo más probable era que no pensaran hacerlo hasta que estuvieran a su lado y pudieran liquidarlo discretamente. Se concentró en ellos mientras se impulsaba cada vez más deprisa en su tabla.

Los dos estaban a solo seis metros de él. Sin dejar de correr, se pusieron tensos al ver cómo aumentaba su velocidad. Se levantaron las camisetas unos dedos y sacaron pistolas de pequeño calibre con silenciadores montados.

Bash sacó la Browning. El aire por el que se desplazaba velozmente le parecía caliente y pegajoso. Los dos asesinos apuntaron. Él dobló las rodillas, adelantó el pie izquierdo hacia la punta del monopatín, y con el otro pie lanzó un pisotón en la cola del mismo. La tabla saltó por el aire al instante.

Los hombres, sorprendidos, alzaron la vista bruscamente. Bash desplazó su peso, y la tabla chocó contra el pecho de uno de los hombres. Este cayó de espaldas pesadamente, y su pistola salió despedida.

Bash aterrizó y rodó sobre sí mismo para amortiguar la caída. Impactó una bala en la acera junto a él, pero él no dejó de rodar. Le cortaron la piel fragmentos de cemento. El *limpiador* caído había recuperado rápidamente su pistola, y se estaba levantando del suelo para quedar en cuclillas cuando una segunda bala impactó contra la acera cerca de la cabeza de Bash.

Bash disparó dos veces, un tiro al pecho del hombre que estaba de pie y el segundo al pecho del otro. La sangre les manó a borbotones de las camisetas. Los transeúntes que caminaban hacia ellos por ambos lados huyeron gritando y chillando. Al mismo tiempo, sonó un disparo al otro lado de la calle.

Bash se incorporó de un salto y miró a través del tráfico. Martine estaba derrumbada en su tumbona, con la cabeza hundida sobre el pecho, y Quinn, por su parte, estaba tendido en el banco sobre el costado. Bash inspiró a fondo. Habían abatido a los dos. Vio después que los que los habían matado volvían corriendo hacia

el bordillo, disponiéndose a cruzar la calle para ir a por él.

Recogió su monopatín y subió corriendo los escalones de acceso a la puerta de Yitzhak Law.

CAPÍTULO

30

El fuerte «¡no!» de Angelo resonaba en los oídos de Judd mientras Odile se lanzaba a apoderarse de la escítala de oro que relucía sobre la mesa de la cocina. Eva asestó un golpe de martillo *kentsui-uchi* con el puño en el costado de Odile; giró sobre sí misma y, manteniendo el tronco en vertical, subió el codo para dar un golpe *tate hiji-ate* a la parte inferior de la barbilla de Odile.

Odile volvió bruscamente la cabeza hacia atrás, y su pistola disparó. Se oyó un quejido, y Roberto se derrumbó sobre la mesa y se deslizó después al suelo; le brotaba sangre de la parte superior del hombro, donde la bala le había rasgado la camisa.

—¡Roberto! ¡Roberto! —exclamó Yitzhak, arrodillándose a su lado.

A pesar del ataque que había sufrido, Odile no había dejado de empuñar la pistola con fuerza. Mientras las dos mujeres forcejeaban por el arma, Angelo se arrojó sobre Judd.

Judd se apartó rápidamente de su alcance y apuntó a Angelo con su arma.

—Quieto, maldita sea.

Angelo arrugó la frente en gesto de furia. Soltó una sonora maldición; pero se quedó inmóvil, mirando fijamente la pistola.

Judd echó una mirada a las mujeres en el momento en que Eva se disponía a golpear la pistola de Odile con el canto de la mano. Pero Odile lanzó un golpe *shuto-uchi* de mano-espada al brazo de Eva, y después de recuperar el equilibrio le asestó una brutal patada frontal *mae-geri* a la pierna.

Eva se tambaleó, y Odile le clavó en el vientre la boca de la pistola. Tenía revuelta la cabellera rubia platino, y ojos de furia desenfrenada. Judd disparó; la francesa bajó repentinamente la cabeza, y la bala se la atravesó por la parte superior. Saltó un chorro de sangre, y Odile cayó pesadamente sobre Eva, sin dejar de empuñar su arma.

—Quítale la pistola, Eva —ordenó Judd, mientras se volvía para cubrir a Angelo. Pero Angelo se había apoderado de un afilado cuchillo de filetear del portacuchillos magnético que estaba sobre la encimera.

—*Bâtard* —gritó, abalanzándose sobre él.

Sonaron dos disparos más en la puerta de la cocina. Angelo se quedó paralizado en plena zancada; se tambaleó, y por fin cayó, mientras se le formaban flores rojas de

sangre en la chaqueta beis, allí donde lo habían alcanzado las balas.

Mientras se extendía el olor a pólvora por la habitación, entró en ella Bash Badawi, con la pistola todavía levantada en una de sus manos musculosas, mientras el monopatín le colgaba de la otra.

—Les has dado de chiripa —le dijo Judd, sonriéndole.

—¿De chiripa? Y un cuerno. Me alegro de haber llegado a tiempo para la fiesta. ¿Cómo te va, Eva?

—Mejor que nunca.

Eva, con la pistola de Odile en la mano, se agachó junto a Roberto y Yitzhak. Tenía salpicaduras de sangre en la cara y en la chaqueta verde.

Bash echó una mirada al cuerpo inmóvil de Angelo, y bajó la vista después para contemplar el de Odile.

—Deben de haber llegado antes que yo —dijo—. No había indicios de que estuvieran aquí.

Judd asintió con la cabeza.

—¿Cuántos *limpiadores* hay fuera? —le preguntó.

—Cuatro siguen en acción, vestidos de *joggers*. Otros dos, abatidos. Tuve un pequeño rapapolvo con ellos —dijo, mientras sonreía brevemente y le asomaba de pronto al rostro una expresión humorística—. Hemos perdido a Martine y a Quinn —añadió después, más serio.

—Mala noticia. Lo siento. ¿Cómo has entrado tú?

—Forcé la cerradura. La Polizia di Stato viene de camino. He oído sirenas muy cerca de aquí. Se van a concentrar en los dos *limpiadores* de la calle, y en Martine y Quinn. Lo bueno será que las sirenas y los testigos ya habrán ahuyentado a los cuatro que quedaban del equipo de ejecutores.

—Pero todavía podrían entrar por la puerta trasera.

Judd corrió de golpe el pestillo, y se asomó después por la gran ventana de la cocina, que daba a un pequeño jardín trasero con lilas y césped. Un camino embaldosado llegaba hasta el final de un muro alto de ladrillo que rodeaba el terreno de la casa. Tras el muro había un callejón adoquinado que se apreciaba a través de un portón de hierro forjado. No había nadie a la vista.

—Tenemos que largarnos de aquí a escape —les dijo Judd—. Revisa a la mujer, Bash. Yo me ocupo del hombre.

Se dirigió hacia Angelo.

—Roberto necesita un médico —les recordó Eva—. ¿Cómo te encuentras, Roberto?

—¿Ha terminado ya? —susurró Roberto. Estaba sentado en el suelo, apoyado en una pata de la mesa. Tenía pálida la cara barbuda, los labios secos.

—Todo va bien —le aseguró ella.

—Sujétame esto —dijo Yitzhak, indicando a Eva el pañuelo ensangrentado que había estado apretando contra el hombro herido de Roberto—. Yo llamaré a una ambulancia.

—Esta es una rata muerta —informó Bash, inclinado sobre Odile—. ¿Cómo está el tuyo?

—También muerto —dijo Judd. Limpió la empuñadura de la pistola de Angelo y la apretó contra su mano flácida. Registró los bolsillos de Angelo, dejando la cartera. No había nada útil, ni siquiera un teléfono móvil.

—¿Tu pistola es localizable, Bash? —preguntó.

—Nada de eso. No soy tan tonto.

—Bien. Ponle las huellas de la mujer y déjala a su lado. Así parecerá que se han disparado el uno al otro. Que Eva te dé la pistola de Odile. Tienes que ir armado.

—No —dijo Yitzhak, volviéndose hacia ellos con una mirada furiosa, mientras acercaba la mano al teléfono de la cocina. Tenía la cara roja de rabia, y la calva salpicada de gotas de sudor—. Tenemos que contar toda la verdad a la Policía.

Judd, que sentía la presión del tiempo, no hizo caso al profesor, y dijo a Bash:

—En cuanto hayas terminado aquí, ve a la parte delantera de la casa y mira por las ventanas. Quiero saber qué pasa fuera.

Después, se dirigió a Yitzhak.

—Cuelga el teléfono, profesor. La herida de Roberto es superficial. Le daremos atención médica, pero no ahora mismo. Quedarse por aquí podría ser una sentencia de muerte, tanto para ti como para Roberto. Esa gente ha estado intentando acabar con Eva.

Yitzhak miró a Eva frunciendo el ceño.

—¿Es verdad eso?

—Sí —dijo ella—. ¿Te acuerdas de los *oprichniki* de Iván el Terrible? Pues estos son así, absolutamente despiadados.

—Querrán enterarse de lo que sabéis de nosotros, y de dónde vamos —dijo Judd —. Os localizarán; y en cuanto se lo hayáis contado, os matarán. Tenemos que marcharnos todos, y deprisa. ¿Puedes andar, Roberto?

—Creo que sí —dijo Roberto con voz débil. Había estado escuchando, con los ojos castaños muy abiertos y asustados—. Sí, es evidente que debemos marcharnos.

Yitzhak volvió a colgar el teléfono.

—Eva, sujeta tú a Roberto por un lado, y yo iré del otro lado.

Roberto se puso de pie apoyándose en los dos. Bash entró otra vez corriendo en la habitación.

—La Policía está cerrando la calle —dijo—. He encontrado el bolso de la muerta en el cuarto de estar. Tampoco ella tenía móvil.

—Prefiero no arriesgarme a salir por la puerta de atrás —le dijo Judd—. Yitzhak,

al fondo de tu refugio, abajo, vi algo que parecía ser la entrada de un túnel. ¿Podemos salir por allí?

—Creo que sí, pero quizá no sea fácil.

Yitzhak hablaba con vigor. Llevando sobre el hombro el brazo sano de Roberto, había vuelto a su ser habitual.

Eva tomó la escítala de oro y el fragmento arábigo-judaico, y se puso en camino con los demás. Judd rompió la tapa y el fondo de la caja de cartón, que llevaban el nombre de Eva y lo escrito por Charles. Echó los pedazos al triturador de basuras; lo puso en marcha, y tiró después a la basura las bolas de poliestireno y el resto de la caja. Recorrió con la vista toda la cocina para cerciorarse de que no se dejaban nada. Después, miró por la ventana… y se dejó caer tras la encimera. Se levantó despacio, lo justo para volver a ver el exterior.

Había hombres ante el portón trasero. Uno llevaba sudadera y pantalones de chándal grises; los demás llevaban pantalón corto de correr y camisetas. El hombre grande de la sudadera intentó abrir el portón, pero estaba cerrado con llave. Murmurando para sus adentros, sacó un juego de ganzúas.

Judd corrió a las escaleras que partían de debajo de la escalera principal de la casa y descendió al sótano de muros de piedra. Se oían voces que salían del agujero irregular del suelo. Empezó a bajar por él y se detuvo a echar la trampilla de ladrillos sobre la abertura. Era pesada, pero haciendo palanca consiguió dejarla cerrada en su sitio. Con suerte, ninguno de los asesinos descubriría el recinto secreto de Yitzhak.

Bajó aprisa hasta el fondo, donde Júpiter y Juno presidían desde sus tronos con actitud regia. En la antigua sala había un silencio luminoso, una quietud que parecía envolverlo y prometerle seguridad. Pero todavía no estaban a salvo.

Todos estaban reunidos en el extremo de la sala que correspondía al lado de la calle, donde había escombros amontonados y un muro pardo de tierra hasta el techo. Bash y Eva estaban retirando piedras. El túnel, que había sido pequeño, era ya mucho más grande.

Eva lo vio.

—¿Están en la casa los hombres de Angelo? —le preguntó.

—Todavía no; pero es cuestión de minutos.

Judd corrió hacia ellos. El túnel tenía cosa de un metro veinte de alto y noventa centímetros de ancho. Al otro lado había oscuridad, y se oía a lo lejos el rumor de agua que corría. En el suelo de mármol estaban dispuestas en fila cinco linternas.

—Debes ir tú en cabeza —dijo Roberto al profesor, que seguía sujetándolo—. Yo puedo andar solo. Judd tiene razón. Estoy bien; es solo lo feo que parece.

Echó una mirada al pañuelo ensangrentado que apretaba contra su herida.

El profesor asintió con la cabeza.

—Vamos a meternos por debajo de la calle —dijo—. Coged las linternas.

Entregó una a Roberto y tomó otra para sí. Agachándose, se adentró en la oscuridad.

—Yo iré en último lugar —dijo Judd a los demás, pensando que los *limpiadores* podrían ser más listos de lo que él esperaba.

Bash cogió su monopatín, y Eva se echó a la espalda el bolso. Desaparecieron por aquella madriguera. Judd esperó. Cuando constató que no se oía nada de la parte superior, se agachó y entró apresuradamente en la oscuridad, mientras su linterna emitía un cono de luz. El aire empezó a oler a humedad y a musgo.

El pequeño grupo lo estaba esperando al final.

—Tienes que ver esto —le dijo Eva.

Pasó ante ella, apretándose, y se asomó a un túnel subterráneo natural, negro y sin final visible, una perforación irregular entre la tierra de la antigua Roma. Tenía más de un metro ochenta de alto y tres y medio de ancho. Lo había tallado a lo largo de los milenios un río de agua dulce que corría velozmente. Cuando lo iluminó con su linterna, relució como el mercurio.

Volvió a mover su linterna. A cada lado del agua había orillas secas de tierra, no muy por encima de la rápida corriente. Las orillas eran peligrosamente estrechas, de solo treinta centímetros en algunas partes. Caminar por ellas sería traicionero. Tendrían que ir en fila india.

—¿El río sigue la calle? —preguntó.

—Sí; al menos durante parte del camino —respondió el profesor—. Creo que desagua en la Cloaca Máxima, que está al oeste de donde estamos. Es una antigua alcantarilla que transcurre por debajo del Foro Romano. Varios de los ríos subterráneos de la ciudad desaguan en ella.

—¿Cómo saldremos del túnel?

—Por el camino tendremos que encontrar alguna salida. No es posible que seamos los únicos propietarios de casas que hayamos descubierto el río. Roberto y yo lo exploramos una vez, pero no llegamos lejos. Entonces no tenía importancia…

Judd asintió con la cabeza.

—Parece mejor opción que lo que nos espera en la casa. Yitzhak, vuelve a ir en cabeza. Tú conocerás mejor las señales que nos dirán que hay una vía de escape. Después irán Eva y Roberto. Bash y yo iremos los últimos, por si nos siguen. Vámonos.

CAPÍTULO

31

Dubái, Emiratos Árabes Unidos

El ostentoso cóctel se celebraba en el piso trigésimo de la impresionante Burj al-Arab, la Torre de los Árabes, el hotel más alto del mundo, y se decía que el más lujoso. La *suite* ocupaba dos pisos enteros y contaba con una escalera de mármol en espiral, kilómetros de remates en oro de veinticuatro quilates y amplios ventanales que ofrecían vistas panorámicas del golfo Pérsico, rico en petróleo. Dos príncipes saudíes, ataviados con kanduras blancas ondulantes, acababan de llegar por el helipuerto del piso vigésimo octavo, más abajo; habían venido en avión de Saint Tropez con sus séquitos completos.

Martin Chapman, director de la Biblioteca de Oro, apartó su atención del revuelo que los rodeaba para observar a un exportador ruso y a su amante, que recibían llamadas en teléfonos móviles de diez mil dólares, con incrustaciones de diamantes. Chapman sonrió; aunque aquello le divertía, él no permitiría jamás una ostentación tan afectada por parte de sus empleados.

Chapman, que iba vestido de manera conservadora, con traje con chaleco y chaqueta de dos aberturas posteriores, se despidió de un grupo de banqueros internacionales y se apartó. Él llevaba su gran fortuna personal con la naturalidad del que es de familia rica de toda la vida, a pesar de que se había ganado a pulso él mismo hasta su último centavo.

Moviéndose entre los asistentes a la fiesta, saboreaba el ambiente general de emoción y de avaricia cruda. Pero es que aquello era Dubái, epicentro de una tormenta de comercio, con zonas francas, licencias empresariales por la vía rápida, sin impuestos, sin elecciones, y casi sin delincuencia. Se decía que la mascota de la ciudad era la grúa: parecía como si los rascacielos brotaran de la arena del desierto de la noche a la mañana, y casi todos sus apartamentos y oficinas estaban vendidos de antemano. Dubái, codicioso y podrido de dinero, era el lugar perfecto para Chapman, que estaba allí para hacer dinero.

—¿Aperitivo, señor?

El camarero, ataviado con un esmoquin color verde dinero, no levantó la vista.

Chapman eligió caviar beluga sobre un triángulo de pan tostado y siguió adelante. En Dubái, los beneficios eran el tema de mayor interés, por delante de la religión, de

la delincuencia y del terrorismo; y los beneficios eran enormes. Aun antes de que la Hallburton hubiera decidido trasladar su sede central mundial de Houston a Dubái, Chapman ya sabía que era hora de prestarle atención. Por eso había ampliado su colección de residencias comprándose una casa en la exclusiva Palm Jumeirah… y había empezado a hacer amigos.

Era hora de ponerse a trabajar. Se dirigió al jeque Ahmad bin Rashid al-Shariff.

El jeque, con sus bigotes con las puntas hacia arriba, se quitó de encima a un grupito de famosillas ricas, rubias y bronceadas, y sonrió a Chapman. Levantó el vaso de *bourbon* al saludarlo con un *As salaam alaykum*, «la paz sea contigo».

—*Alaykum as salaam*.

«Y contigo la paz». Aunque Chapman no hablaba árabe, hacía mucho tiempo que se había aprendido la respuesta adecuada.

—Estoy disfrutando de su fiesta.

El jeque Ahmad era un hombrecillo moreno de unos cuarenta y cinco años, elegante con su traje gris de raya diplomática. Era primo del monarca del emirato y había estudiado en los Estados Unidos, donde había obtenido un máster en Administración de Empresas en Stanford. Aquel mismo día se había puesto en persona al volante de una limusina Cadillac para llevar a Chapman a ver varias de las obras que tenía en marcha. Pero es que Chapman no era un visitante corriente. Era director de Chapman y Asociados, que en tiempos había sido la empresa de *private equity* más rica de los Estados Unidos. Con la crisis económica, había pasado de gestionar unos noventa y ocho mil millones de dólares en activos a solo treinta y cinco mil millones; pero todos los fondos de inversión de los Estados Unidos habían quedado muy tocados, aunque puede que su empresa más que otras. Chapman contaba con que su proyecto de Jost volvería a llevarlo al puesto que le correspondía, al número uno. Lo que era más importante todavía, agradaría a su esposa.

—Sí; los financieros e industriales de costumbre —dijo el jeque—. Con algún que otro rico desocupado. Son como el azafrán: aportan un poco de sabor y de color; sirven para que los que trabajamos de firme, como tú y yo, nos entretengamos. También están aquí algunos de la *privateequity*, como tú.

Private equity era el término eufemístico con que se designaba a las empresas dedicadas a comprar compañías en apuros a base de créditos externos, el *leveraged buyout*. En los cuatro primeros meses del año, Chapman y Asociados había gastado y tomado prestados muchos menos miles de millones de dólares que en sus mejores momentos, pues él había procurado comprar empresas que rindieran por debajo de sus posibilidades o que estuvieran infravaloradas. Con cada trato había que abrir un nuevo fondo de combate; por ello, él debía moverse constantemente por los círculos del dinero, convenciendo, halagando, recitando cifras, mientras seducía a sus objetivos a base de apretones de manos enérgicos y de visiones de un futuro glorioso.

Como su participación en el capital de la empresa seguía siendo mayor que la de ningún otro socio, se llevaba un porcentaje importante con cada nueva transacción.

Se comió el caviar, se limpió los dedos con la servilleta y la dejó caer en la bandeja de un camarero que pasaba.

—He estado hablando con algunos de ellos hace un rato. También les apetece mucho que los lleve usted personalmente a hacer visitas turísticas por Dubái.

El jeque se rio.

—Es lo que me gusta de ti, Martin. No te importa regalar mi dinero, ni siquiera a tu competencia. Como de costumbre, serían demasiados pequeños para mí, y eso ya lo sabes. Por cierto, ya he tomado una decisión acerca de tu propuesta.

Hizo una pausa para dar mayor dramatismo y para sugerir que su respuesta podría no ser acorde a los deseos de Chapman.

Chapman, sin titubear, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y se lanzó al contraataque.

—Sí; yo también he estado pensando en la adquisición. Puede que no le convenga a usted. Creo que debo retirar la propuesta para que los dos nos ahorremos un apuro.

El jeque Ahmad parpadeó despacio; sus párpados pesados se abrieron y cerraron como los de un halcón posado en un baniano, esperando a su presa. Pero su presa era Martin Chapman.

Sonrió.

—Martin, eres demasiado. ¿Quieres jugar a mi propio juego? Iré al grano. Quiero entrar. Son quinientos millones de dólares, ¿no es así?

—Trescientos veinte millones. Nada más. Pero eso le dará un veinte por ciento.

Chapman seguía la regla de dejar siempre a los inversores con ganas de más; y si la operación salía mal (aunque él sabía que no sería así), el jeque tendría menos motivos de queja. Chapman tenía confianza en que la compra con apalancamiento, por dieciséis mil millones de dólares, de una cadena minorista arrojaría unos beneficios del sesenta por ciento, como mínimo. Sus gestores habían sido incapaces de adaptarse a los nuevos tiempos; pero la base era sólida para una reestructuración, financiada a base de vender participaciones secundarias y de créditos. Solo habría que despedir a cinco mil trabajadores.

—Que sean trescientos veinte millones, entonces —aceptó con buen humor el jeque Ahmad—. Me gustan las inversiones en las que no tengo que mover un solo dedo. ¿Tienes alguna otra cosa para la que pueda darte dinero?

—Pronto. La operación no está preparada todavía… pero lo estará pronto.

—¿De qué se trata? ¿Una cadena minorista, una empresa de distribución, acero, maderas, suministros?

Chapman no dijo nada y sonrió, pensando en su proyecto de Jost de alto secreto.

El jeque asintió con la cabeza.

—Ah, ya veo. Esperaré a que estés preparado para desvelarlo todo. Tienes vacío el vaso. Debes tomarte otra copa para que lo celebremos.

Levantó una mano e hizo un gesto. En cuestión de segundos había un camarero junto a ellos.

Chapman aceptó otro *bourbon* porque habría sido una falta de educación rechazarlo, y siguió hablando con el jeque, resistiéndose a la tentación de mirar su reloj. Por último, el jeque lo invitó a asistir a una sesión del *majlis*, su Consejo Real, que iba a reunirse en la planta superior, y Chapman pudo disculparse con elegancia.

Chapman llamó por teléfono a su esposa desde la amplia escalinata de entrada del lujoso hotel, disfrutando del aire acondicionado exterior. Dirigió la vista sobre el golfo para contemplar la serie de islas artificiales llamadas El Mundo, una de las últimas fantasías al estilo de Las Vegas hechas realidad por Dubai S. A. Había oído comentar que Rod Stewart se había comprado la isla Gran Bretaña por diecinueve millones de libras. Quizá él mismo también pensara en comprarse un continente en su próxima visita, cuando hubiera salido adelante el proyecto de Jost.

Al no recibir respuesta, dejó un mensaje en el contestador.

—Voy a coger el avión, querida. Solo quería decirte que te quiero.

Ella seguía en Saint Moritz, pero debía partir pronto para Atenas.

Mientras estaba contemplando el descenso del sol rojo y ardiente hacia las aguas púrpuras del golfo, se detuvo ante él su limusina. El chófer le abrió la puerta, y Chapman subió a la parte trasera, donde ya lo esperaba su maletín. Al poco tiempo iban por la carretera Jeque Zayed, rodando hacia el este entre los edificios de la ciudad, al estilo de Manhattan, mientras el desierto y el golfo, que iban oscureciendo, se extendían, llanos y austeros, a ambos lados.

Llamó a su asistente de la Biblioteca de Oro. El proyecto de Jost era tan secreto, que Chapman dirigía la operación desde allí.

—¿Cómo vamos? —le preguntó.

—Los uniformes y los equipos militares han llegado a Karachi.

Este puerto, en el mar Arábigo, tenía fama por su penetrabilidad.

—Preston lo ha llevado todo de manera impecable. La reunión de usted con el señor de la guerra se ha acordado para mañana, en Peshawar.

—¿Y la seguridad?

—Estoy trabajando en ello con Preston. Será completa.

Después de colgar, Chapman hizo algunas llamadas telefónicas más, poniéndose al día con otros asuntos y, naturalmente, dando órdenes. Por muy buena que fuera la gente que trabajaba para uno, siempre necesitaba que la dirigieran.

Cuando la limusina llegó a la zona privada del aeropuerto internacional de Dubái, el chófer lo llevó hasta el Learjet. Los motores del aparato ya zumbaban. El chófer detuvo la limusina y corrió a abrir la puerta trasera.

Chapman bajó llevando su maletín. Entregó su pasaporte al agente de aduanas que lo estaba aguardando; no esperaba ningún problema, y no lo tuvo: el agente se limitó a sellar el pasaporte. Chapman caminó hacia el avión mientras el chófer descargaba su maleta.

Había dos hombres más esperándolo al pie de la escalerilla. Uno era el piloto; el otro era el hombre armado que le había preparado Preston. Este llevaba una bolsa pequeña.

—Me alegro de verle, señor —dijo el piloto, llevándose la mano a la visera de la gorra.

—¿Algún problema?

—No. Hemos seguido sus instrucciones, y no hemos hablado con ella.

Chapman asintió con la cabeza y subió a la esplendorosa aeronave. Esta tenía amplios asientos de cuero, decoración con colores personalizados y accesorios de alta tecnología. En la última fila iba sentada la única pasajera, Robin Miller.

—Hola, señor Chapman.

Robin lo miró desde el fondo del pasillo, con los ojos verdes rodeados de cercos rojizos, con la cara congestionada de llorar. Estaba desastrada. Tenía los largos cabellos rubios revueltos, el flequillo echado hacia los lados, el suéter blanco arrugado sobre el pecho.

Él no le hizo caso, y clavó la mirada en la mochila negra que estaba atada al asiento de la misma fila donde iba ella, al otro lado del pasillo. Se llenó de placer. Después, recordó que la CIA estaba empeñada en encontrar la Biblioteca de Oro. Con un gesto brusco, indicó al guardia armado que se sentara junto al mamparo de la cabina de mando.

Mientras el piloto cerraba la portezuela y la fijaba, Chapman caminó hasta el final del pasillo e hizo girar el asiento que estaba delante de Robin para colocarlo mirando hacia ella. Fijó el asiento en posición, se sentó en él y se abrochó el cinturón de seguridad. Todavía sin decir nada, plegó las manos sobre su regazo. Ahora tenía que enterarse de hasta qué punto estaba implicada ella en los engaños de Charles Sherback.

Mientras los motores del reactor se revolucionaban, Robin miraba nerviosamente al director. El rostro de este, libre de arrugas, era severo; sus labios delgados trazaban una línea recta, y tenía los largos dedos entrecruzados sobre la chaqueta de su traje como si controlara el universo con sus manos. Y era cierto que controlaba el universo de ella, la Biblioteca de Oro.

El silencio era inquietante. Ella ya había visto en otras ocasiones hacer aquello al director, no decir nada, animando a la otra persona a romper a hablar sin más, en muchos casos haciendo revelaciones de las que se arrepentía más tarde. Se forzó a sí misma a esperar.

El avión despegó y se elevó suavemente entre la noche estrellada de Dubái. Robin miró por su ventanilla. Por debajo de ellos se extendían a lo largo de la costa las luces de la ciudad, de colores rutilantes.

Después, oyó su propia voz, que llenaba el silencio insoportable.

—¿Todavía vamos a Atenas?

Aquello parecía bastante inocuo. El plan había sido que desde Atenas llevarían el *Libro de los Espías* a su sitio en helicóptero.

—Por supuesto. ¿Por qué no me llamaste por teléfono inmediatamente para decirme que Eva Blake había reconocido a Charles en el Museo Británico?

Le hizo la pregunta con tono de curiosidad, como la haría un tío interesándose por las cosas de una sobrina a la que aprecia.

—Preston se iba a ocupar de ella.

Robin pensó en el cadáver del pobre Charles, envuelto en una lona y que habían arrojado a la bodega de carga del reactor como si fueran los trastos viejos de alguien.

El director frunció el ceño levemente. El gesto fue pasajero, pero ella comprendió que había dado una respuesta equivocada. Preston debía de haberle dicho que Charles y ella le habían ocultado la información.

—Lo importante es que tenemos el *Libro de los Espías* —dijo Robin, señalando con la cabeza la mochila que estaba al otro lado del pasillo—. Es fabuloso, más todavía de lo que dicen nuestros registros. ¿No le gustaría verlo?

Cuando Chapman tuviera entre sus manos el manuscrito iluminado, podría olvidársele que ella no había avisado de inmediato de lo de Charles.

—Después. Cuéntame lo que pasó.

Tras armarse de valor, narró cuidadosamente todo lo que había pasado en Londres, asegurándose de contarlo con precisión. Tenía la sensación de que él iba comparando cada palabra con lo que le había dicho Preston.

Cuando hubo terminado, él le preguntó:

—¿Viste el tatuaje que tenía Charles en la cabeza?

—Sí.

—¿Qué significa?

—No lo sé. Ni siquiera sabía que lo tenía.

Él asintió con la cabeza.

—¿Por qué crees que quería tener un tatuaje secreto?

—No lo sé.

—Si te afeitaran a ti la cabeza, ¿me encontraría otro tatuaje?

Robin sintió un escalofrío de miedo.

—Desde luego que no.

—Entonces, no te importará que lo compruebe.

—¿No querrá decir que me va a cortar el pelo?

—No; lo hará Magus.

El director volvió la cabeza para hablar en voz alta hacia la parte delantera del avión.

—Estoy preparado para ti.

El guardia tomó su bolsita y caminó por el pasillo hacia ellos. Robin levantó la vista hacia él con impotencia.

Magus sacó de su bolsa unas tijeras, asió un puñado de pelo y cortó. Cayeron suavemente al suelo largos mechones rubios. Asió más pelo y cortó. Y más, y más. El pelo caía alrededor de ella. Robin sintió lágrimas que le quemaban los ojos. Enfadada consigo misma, pestañeó para contenerlas.

En el avión no se oía más que el chasquido de las tijeras y el rumor lejano de los motores. Mientras Robin se retiraba pelos de la cara con los dedos temblorosos, Magus guardó las tijeras y sacó una maquinilla eléctrica a batería. Ella sintió el frío del acero que le pasaba por el cuero cabelludo. La piel le vibraba y le picaba. Los pelillos volaban por el aire. Notaba la cabeza demasiado ligera. Se sentía desnuda, avergonzada.

—¿Ves algo, Magus? —preguntó el director—. ¿Alguna palabra, números o símbolos?

—No, señor.

Magus apagó la maquinilla y la echó en su bolsa.

—Vuelve a tu asiento.

El director clavó la mirada en Robin.

—¿Te habló alguna vez Charles de la ubicación de la biblioteca?

Sus ojos eran de hielo azul. Robin, al mirarlos, vio de pronto los ojos de su padre, que eran negros, pero igualmente helados. Recordó el momento en que había comprendido que debía marcharse para no regresar nunca más a Escocia. Lo había dejado todo, se había quitado el acento escocés y había pasado primero por la Sorbona y después por Cambridge, estudiando Arte Clásico y Biblioteconomía. Se había labrado una vida propia, trabajando primero con libros y manuscritos raros en la Biblioteca Houghton de Boston, y después en la Bibliothéque Nationale de France, en París, donde había oído hablar de la Biblioteca de Oro y se había impregnado de su historia mítica. Cuanto más descubría, más quería saber, hasta que llegó el momento emocionante en que Angelo Charbonier la reclutó para que formara parte del selecto personal de la biblioteca. Allí había conocido a Charles, y había creído que había encontrado un hogar, después de haber peregrinado durante diez años.

—Charles no habló nunca de la ubicación de la biblioteca —le dijo ella con frialdad.

—¿Lo desvela el tatuaje de Charles? —le preguntó el director.

—Ya le he dicho que no sé qué significa ese tatuaje.

—¿Sabes dónde está la Biblioteca de Oro?

—No. No se lo pregunté nunca a Charles; pero, en cualquier caso, no creo que él lo supiera. Yo no intenté enterarme por medio de nadie. Va en contra de las reglas.

Él volvió a asentir con la cabeza, aparentando que la respuesta le agradaba.

—Recuerda el viejo proverbio latino: «Lo que fue amargo de soportar, es dulce de recordar». Has validado tu postura, y volverá a crecerte el pelo. Ahora, tengo asuntos de que encargarme. Ve a la parte delantera del avión y siéntate cerca de Magus.

Ella se llenó de temor, a pesar de estas palabras. Tenía la sensación de estar condenada, y condenada, paradójicamente, por el tatuaje de Charles. Si el director había sido incapaz de confiar en Charles, que parecía amar a la biblioteca más que a su propia vida, ¿cómo podría confiar en serio en ella, que había estado enamorada de Charles de una manera tan evidente?

Había cometido un inmenso error…, no al enamorarse de Charles, sino al relacionarse con la biblioteca en un primer momento. Cuando comprendió lo que debía hacer, se le secó la boca. Debía volver a marcharse, como se había marchado del lado de su padre. Cuando el Learjet aterrizara en Atenas, debía buscar el modo de escapar.

CAPÍTULO

32

Roma, Italia

Judd seguía a Yitzhak, Eva, Roberto y Bash por el interior del oscuro túnel de tierra. Mientras avanzaban, los zapatos se les encenagaban y se les hundían, les patinaban y les resbalaban por la estrecha cornisa embarrada que transcurría a tres palmos por encima del nivel del agua. A medida que transcurría el tiempo, aquel recinto producía claustrofobia, y el estruendo de la corriente se volvía opresivo.

Judd, después de ordenar a todos que se detuvieran y guardaran silencio para dejarle escuchar, comprobó de nuevo la situación a su espalda. Había transcurrido media hora y seguía sin haber indicios de persecución. Volvieron a emprender el camino a paso lento. Roberto respiraba con dificultad.

—¿Cómo vas, Roberto? —pregunto Judd en voz alta, hablando por encima de los hombros que tenía delante.

—Estoy tembloroso, pero bien.

—Cuando quieras tomarte un descanso, avísanos.

Roberto asintió con la cabeza; después, preguntó con inquietud:

—¿Cómo crees que es de profunda el agua, Yitzhak?

—No hay manera de saberlo —respondió el profesor.

Después de hacer una pausa, añadió:

—Eva, ya es hora de que nos expliques qué está pasando.

—Si os lo explicara, solo serviría para poneros en más peligro.

—Cuando salgamos de aquí, Bash os llevará a Roberto y a ti a un médico privado que sabrá callar —dijo Judd para tranquilizarlo—. Después, cuando hayan tratado a Roberto, os buscará un lugar donde estar escondidos. No volváis a casa hasta que el médico os diga que no hay peligro. Él tiene su propia labor que hacer, de modo que no contéis nada a nadie de él… ni de nosotros.

El profesor se lo pensó.

—¿Quién eres tú, Judd? —preguntó por fin—. ¿Quiénes sois Bash y tú?

—Lo único que necesitas saber por el momento es que estamos ayudando a Eva. Hice venir a Bash y a un par de personas más para que nos sirvieran de apoyo.

A Yitzhak se le endureció la voz.

—En la cocina, Angelo dijo que él podía ser un *patrocinador* de la Biblioteca de

Oro. Miembro del club de bibliófilos. ¿Qué significa eso?

—Eso es otra cosa de la que deberías olvidarte —le dijo Eva.

El profesor titubeó.

—Me pedís mucho; pero haré lo que me decís.

Mientras seguían adelante, la luz de sus linternas ponía al descubierto la Roma antigua incrustada en las paredes de tierra: fragmentos de cerámica, puntas de lanza, trozos de losas de mármol y pedazos de ladrillo. Hicieron un alto para que descansara Roberto, y emprendieron de nuevo su arriesgado viaje.

Cuando oyeron correr ratas, Bash dijo:

—Alguien me dijo que las ratas del subsuelo de Roma son del tamaño de gatos.

Llevaba el monopatín contra el pecho, a baja altura, rodeándolo con un brazo.

Yitzhak se rio por lo bajo.

—Has estado tomando copas con gente indeseable —dijo.

—No me gustan las ratas —reconoció Bash—. ¿Es que hay alguien a quien le gusten las ratas, si no es a los locos de los laboratorios?

—A mí me inquietan más las criaturas albinas —dijo el profesor para chincharlo.

—¿Ratas albinas? —dijo Roberto. Se apoyó con la palma de la mano en la pared. Después, se miró la mano embarrada.

—Sí, pero no están aquí; están en la Cloaca Máxima —dijo Yitzhak—. En cualquier caso, no nos hace falta llegar tan lejos. Para los que no lo sepáis, la Cloaca Máxima no es una alcantarilla corriente; es un gran río veloz de mierda. Se construyó hace dos mil quinientos años, pero Roma la sigue utilizando. Cualquiera que quiera entrar en ella sin peligro debe cubrirse hasta el último centímetro con botas, guantes, traje de buzo y mascarilla.

—Ojalá lo hubiera sabido —dijo Eva—. Me habría traído el traje de neopreno.

—Me recuerda a una endodoncia que me hicieron una vez —dijo Bash—. Salió mal.

—La peste es memorable —prosiguió Yitzhak—. Un aroma a barro, gasoil, heces y cadáveres en descomposición. Cadáveres de ratas.

Bash soltó un quejido.

Judd se rio.

—Tienes matrícula de honor en atormentar a los alumnos, profesor.

El profesor volvió la vista con una sonrisa en su rostro redondo. Siguieron en silencio, mientras el pasadizo subterráneo descendía abruptamente y el aire se volvía frío y húmedo. De las piedras de la parte superior descendían estalactitas espectrales, creadas por el rezumar del agua subterránea, rica en calcio. Después, tras una revuelta brusca del túnel, el ruido del agua corriente se multiplicó por cuatro… y les llegó una peste a podredumbre. Producía mareos por su intensidad, y contenía todos los olores horribles que había descrito Yitzhak.

A Judd le ardía la nariz.

—La Cloaca no puede estar muy lejos.

—No podemos entrar en la Cloaca —dijo Roberto, nervioso—. Volvamos atrás.

—Todavía no…

Pero, antes de haber podido terminar la frase, el profesor soltó un grito. Echó los brazos por encima de la cabeza, y los pies le salieron despedidos. Giró sobre sí mismo, intentando frenéticamente asirse a la pared irregular de tierra mientras los pies le caían al agua. Si la corriente era lo bastante rápida y profunda, podría arrastrarlo hasta la gran cloaca.

Eva asió al profesor del brazo antes de que Judd hubiera tenido tiempo de arrojarse a ayudarlo.

—Te tengo —le dijo.

La corriente se apoderó de las piernas del profesor. Se lo estaba llevando.

—Vuélvete hacia la orilla, Yitzhak —le ordenó Judd, asomándose por delante de Bash y de Roberto—. Intenta apoyar las rodillas en tierra firme.

—¡Tú puedes! —exclamó Eva, que tenía las manos blancas de la tensión. Se le hinchaban los músculos de la mandíbula con el esfuerzo de sujetar al profesor.

La calva de Yitzhak se cubrió de sudor mientras este se volvía lentamente, apartándose de la corriente para dar frente a Eva. La asió del brazo con la mano que tenía libre; encorvó la espalda y metió las caderas.

—Vamos. Vamos.

Eva estaba doblada casi en dos, con silueta forzada, mientras lo sujetaba con las dos manos.

Yitzhak soltó un gruñido y sacó del agua una rodilla, y después la otra. Siendo cada vez menor la profundidad de la corriente que lo arrastraba, Eva lo ayudó a subir centímetro a centímetro. Por fin, salió del todo. Estremeciéndose, puso los pies en la repisa estrecha, plantándose entre Eva y Roberto.

—¿Estás entero, Yitzhak? —le preguntó Roberto, dándole palmadas en el hombro y en la espalda.

Yitzhak se miró los pantalones, que ahora tenía pegados a las piernas. Le salía agua a raudales de los zapatos.

—Estoy vertiendo salud —dijo, con una sonrisa sobria—. Gracias, Eva.

—¿Por qué te has resbalado, Yitzhak? —le preguntó Judd—. Mira alrededor de tus pies. ¿Qué ves?

Hubo una pausa.

—Tienes razón. Aquí está la parte superior de un cráneo. No la había visto hasta ahora. Debía de estar oculta bajo el barro.

—¿Hay más cráneos? —preguntó Eva, deslizando el pie por la repisa para apartar el lodo.

—He encontrado otro —anunció el profesor.

—Yo también —dijo Eva.

El profesor dirigió la luz de su linterna al muro de la cueva, por encima de ellos, y lo fue recorriendo después de un lado a otro, bajando progresivamente, hasta que llegó al punto donde la pared llegaba a la orilla.

—Aquí hay una abertura pequeña —dijo. Se agachó y le dirigió la luz de la linterna.

—¿Qué hay allí? —preguntó Eva, poniéndose en cuclillas a su lado.

—No lo sé. Ayúdame a cavar, Eva.

—Lo haremos nosotros —les dijo Judd—. Vamos, Bash.

Los otros dos se adelantaron, y Bash se situó frente al agujero sentándose sobre los talones. Clavando la punta de su monopatín en la tierra húmeda, fue sacando paletadas a la repisa, donde Judd arrojaba la tierra a la corriente. Siguieron trabajando por turnos durante media hora, hasta que el agujero medía noventa centímetros de diámetro y formaba un túnel de sesenta centímetros de hondo. Subía hacia ellos un olor mohoso a cerrado.

Judd dirigió la luz de su linterna al pequeño pasadizo y gateó por él. Se puso de pie e inspiró vivamente mientras dirigía la luz a su alrededor. Había entrado en el mundo gris de los muertos. Las paredes, desde el suelo hasta el techo en cúpula, estaban cubiertas de calaveras blanqueadas por la edad, apiladas unas sobre otras.

Pasó al centro de la gran cripta y se volvió, sin dejar de iluminar con su linterna aquella escena sobrecogedora. Era como un carnaval macabro. Las calaveras formaban arcos que rodeaban los rincones y enmarcaban paredes de piedra en las que se habían pintado cruces y otros símbolos religiosos, ya desvaídos. Había esqueletos completos, vestidos de monjes, con hábitos pardos hechos jirones, echados en bancos de piedra como si esperaran la llamada para la oración.

—Dios mío —dijo Eva, respirando hondo al llegar a su lado—. Solo había visto un osario como este en una revista de historia.

—Es imposible saber lo que guardan los subterráneos de Roma —dijo el profesor, que llegó junto a ellos, sujetando a Roberto—. Pasadizos enterrados, letrinas, acueductos, catacumbas, puestos de bomberos, túneles de acceso…, y esto no es más que el comienzo. A mí me parece que esta cripta perteneció a la Orden de los Capuchinos. Eso significa que algunas osamentas podrían tener quinientos años de antigüedad.

—Debe de haber miles —juzgó Bash—. Pero ¿cómo diablos vamos a salir de aquí?

Por debajo de sus pantalones cortos, tenía las rodillas cubiertas de barro; pero por entonces todos estaban embarrados.

—Espero que por allí —dijo Judd, dirigiendo su linterna hacia el fondo de la sala,

donde un alto arco de calaveras enmarcaba unos escalones de piedra desgastados que ascendían—. Roberto, ¿quieres que Bash te lleve en brazos?

—Subiré yo solo —dijo Roberto, apartándose de Yitzhak.

Judd asintió con la cabeza y fue en cabeza del grupo, entre montones de huesos y subiendo por unas escaleras de piedra en cuyas paredes estaban pintadas cruces y otros símbolos religiosos. Al doblar la esquina de un rellano, vieron en la pared, por encima de sus cabezas, pelvis humanas dispuestas en forma de alas de ángeles.

Judd se detuvo al oír a su espalda los jadeos de Roberto. Se volvió.

—Llévalo en brazos, Bash.

Antes de que Roberto hubiera tenido tiempo de protestar, Bash entregó a Eva su monopatín y tomó en brazos al hombrecillo.

—Los heridos en combate reciben tratamiento especial —dijo—. Oye, no tienes que pagar billete.

Roberto alzó la vista hacia el rostro del joven musculoso.

—No me quejo de mi suerte —dijo—. Gracias.

Llegaron por fin a la parte superior, donde les cerró el paso una puerta de hierro ornamentada. Judd miró entre las rejas. Al otro lado había otro hueco de escalera, esta vez de cemento moderno.

—Oigo ruido de tráfico —dijo Eva, emocionada.

Judd probó la puerta.

—Cerrada con llave, claro está.

Guardaron silencio, y Judd percibió el agotamiento general.

—Parece que últimamente estoy abriendo muchas cerraduras a tiros.

Dijo a los demás que se apartaran, enroscó en su Beretta el silenciador y disparó. Saltó polvo metálico por el aire inmóvil. Las paredes de piedra devolvieron el eco de la detonación.

Empujó la puerta y, tras abrirla, alzó la vista.

—Cielo azul —dijo.

—Aleluya —dijo Eva.

Siguieron ascendiendo, con Judd siempre en cabeza. Cuando llegó cerca de la salida superior, se detuvo y se asomó a mirar. Habían aparecido entre unas ruinas de columnas derribadas, losas de travertino y fragmentos de granito dispersos entre la tierra y los hierbajos que había entre dos edificios antiguos. Al fondo de aquella zona había otro edificio antiguo más. Las ruinas estaba separadas de la acera y de la calle por una cerca comercial de alambre.

Se volvió hacia los demás, que lo miraban con expectación desde más abajo, en las escaleras.

—No sé dónde estamos exactamente —dijo—. Al menos, es terreno abierto. Todos estamos sucios, pero lo que llamaría la atención de manera inconveniente sería

la sangre. Lo digo por vosotros, Eva y Roberto.

Eva se quitó la chaqueta en unos instantes. Tenía limpia la camisa verde. Mientras daba la vuelta a la chaqueta y se la sujetaba a la cintura atando las mangas, Bash bajó a Roberto al suelo y le ayudó a ponerse de pie. Judd lo observó. Aunque estaba firme, tenía la piel ligeramente sonrosada; quizá estuviera febril. Ya no llevaba en el hombro el pañuelo, que habría perdido en alguna parte por el camino. Tenía la camisa blanca cubierta de sangre. Se la desabotonó con precaución.

—Bash, da a Roberto tu camiseta —decidió Judd.

Bash se quitó la chaqueta y se sacó por la cabeza la camiseta negra. Judd inspeccionó la herida de bala de Roberto, un corte oblicuo que le transcurría por la parte superior del hombro.

—Te recuperarás —le dijo—. Aunque seguramente te estará doliendo como un demonio.

—El dolor es lo de menos. Somos libres.

Roberto no se movió mientras Yitzhak le ponía la camiseta por la cabeza.

—Llévate al profesor y a Roberto —dijo Judd a Bash—. Eva y yo nos esperaremos a que os hayáis marchado. Para salir de aquí tendrás que romper una puerta de verja de alambre.

—Después de lo que hemos pasado… es pan comido —dijo Bash con una sonrisa.

—De modo que aquí os dejamos —dijo el profesor, sonriendo a Eva. Estaba mojado y desaliñado, pero le salía a relucir el carácter optimista—. Cuídate; y, aunque no entiendo nada de lo que ha pasado, gracias de todo corazón.

Abrazó a Eva, y después dio la mano a Judd.

—Hemos vivido una aventura. Espero que la próxima vez que nos veamos sea todo más aburrido.

Roberto besó a Eva en las dos mejillas.

—Tienes que seguir en contacto —le dijo.

—Lo haré —le prometió ella.

Por último, Judd conferenció con Bash.

—Los Charbonier no podían saber de ninguna manera que íbamos a la casa de Yitzhak —dijo Judd, escogiendo con cuidado las palabras—. Llamaré a nuestro amigo común y le pondré al día. Tenemos una filtración en alguna parte.

El joven espía asintió con la cabeza con seriedad, y se dieron la mano. Después, subió los escalones para salir a las ruinas, seguido de Roberto y de Yitzhak.

Eva llegó junto a Judd y subieron la escalera para poder ver cómo se acercaba a la cerca el trío. Bash miró a un lado y otro. Cuando no hubo nadie en la acera, rompió el candado de un golpe de su monopatín. Al poco, el joven alto y los dos hombres de mayor edad a los que custodiaba salieron por la puerta y se alejaron caminando.

—Tenemos que suponer que los de la Biblioteca de Oro ya se han enterado de quién eres tú también —dijo Eva a Judd—. De modo que no podemos usar tus tarjetas de crédito; y está claro que no podemos usar las mías. Y Estambul está muy lejos para ir a dedo.

—Llevo encima otro juego de documentos de identidad. Sacaré yo los billetes. Lo que me preocupa es si nos seguirán hasta Estambul.

CAPÍTULO

33

Mientras pasaban velozmente los rastros rojos de las luces traseras de los vehículos, Preston esperaba con impaciencia en el exterior de la terminal del aeropuerto internacional de Ciampino, el segundo en importancia de Roma. Lo había elegido porque estaba más próximo al corazón de la ciudad y, por tanto, era más eficiente. La eficiencia tenía ahora una importancia especial. El informe de su hombre en Roma había sido malo. Angelo y Odile Charbonier habían muerto a tiros, mientras que Judd Ryder, Eva Blake, Yitzhak Law y Roberto Cavaletti habían desaparecido. Miró su reloj, con pésimo humor. Las ocho de la tarde.

Cuando se detuvo ante él una larga furgoneta negra, abrió la puerta corredera lateral y pasó al interior. El vehículo se sumó al tráfico del aeropuerto, y él se puso en cuclillas en la parte trasera, junto a los cadáveres. Levantó la manta. Angelo Charbonier tenía cara de rabia en la muerte. Odile tenía la cabeza cubierta de sangre seca y esquirlas de hueso.

Avanzó gateando hasta el asiento individual que estaba detrás del conductor.

—Has tardado lo tuyo en llegar.

Iba al volante Nico Bustamante, hombre muy corpulento que todavía llevaba puesto su chándal gris. Soltó una maldición en italiano, y dijo después en inglés:

—¿Qué se esperaba? Ya le dije que aquello era un desastre y que teníamos que limpiarlo.

Vittorio, que iba en el asiento contiguo al del conductor, asintió con la cabeza. Esbelto, de complexión delgada pero fuerte, se había quitado la ropa de correr tricolor y se había puesto unos pantalones vaqueros y una camisa también vaquera.

—Vuelve a decirme exactamente lo que os encontrasteis —le ordenó Preston.

—Al *signore* y la *signora* Charbonier, asesinados los dos en la cocina —dijo Nico —. Registramos la casa. Allí no había nadie, y no encontramos ninguna salida oculta. Los objetivos no salieron por la puerta principal. Lo sé porque dejé apostados hombres en ambos extremos de la calle. Y tampoco salieron por la parte trasera: allí estábamos nosotros.

—Fue como si se hubieran evaporado en el mundo de las almas —dijo Vittorio, santiguándose.

Mientras se detenían en un semáforo, Preston preguntó:

—¿Y cuando limpiasteis la cocina?

—En la basura solo había los desechos normales… Lo digo porque sé que me lo va a preguntar usted. Lo único raro eran unas salpicaduras de sangre que estaban demasiado lejos del *signore* y de la *signora* para ser suyas.

—De modo que alguien más salió herido. Di a tu gente que comprueben a los vecinos, los hospitales y la Policía.

Nico sacó su teléfono móvil mientras salía con la furgoneta a la Via Appia Nuova, congestionada de tráfico.

Mientras Nico hacía la llamada, Preston preguntó a Vittorio:

—¿Qué se hace con los Charbonier?

—Está todo organizado. En Ostia Antica espera un yate alquilado a nombre de ellos.

Ostia Antica era el antiguo puerto de mar de Roma, donde el río Tíber desembocaba en el mar Tirreno. En la actualidad, la ciudad era poco más que una librería, un café, un minúsculo museo y algunas ruinas llenas de mosaicos; pero era un lugar apropiado para los Charbonier: en el anfiteatro de Ostia Antica se había estrenado hacía unos dos mil años la tragedia *Medea*, de Ovidio, de la que no se conservaba ninguna copia… salvo en la Biblioteca de Oro.

—¿Y después? —insistió Preston.

—Meteremos en el yate al *signor* y a la *signora*, nos adentraremos en el Mediterráneo con él, y en alta mar lo desvalijaremos todo y lo abandonaremos. Parecerá que los asaltaron unos piratas para robarles.

—¿Tenéis sus maletines?

—Por supuesto. Los recogimos en el hotel, y pagamos también la cuenta.

Preston asintió con la cabeza, satisfecho. Tenía pendiente otro problema mayor: ¿dónde se habían metido Blake, Ryder, Law y Cavaletti?

Mientras la furgoneta tomaba el camino de Ostia Antica, Preston repasó mentalmente todo lo que sabía. Parecía que al menos uno de los cuatro estaba herido, pero no de tanta gravedad como para no haber podido huir. Necesitaba que los operativos de Roma los encontrasen a todos. Pensó en el tatuaje de Charles; el equipo de seguridad había desmontado los despachos de Charles y de Robin y la casita en que vivían los dos, pero no habían encontrado nada relacionado con el tatuaje ni ningún registro de la ubicación de la biblioteca. El tatuaje le hizo pensar en el director; este ya iba en el avión con Robin Miller. Si el director sacaba algún dato a Robin, llamaría por teléfono a Preston.

Cuando estaba pensando en ello, sonó su teléfono móvil.

—¿Sí?

Era su contacto de la NSA.

—Su persona de interés ha encendido el móvil y ha hecho tres llamadas desde Roma.

—¿Desde dónde, exactamente?

Preston sintió un arrebato de esperanza. Era el teléfono móvil de Eva Blake; él había encontrado el número en el móvil de Peggy Doty después de acabar con ella en Londres.

—Aeropuerto de Fiumicino.

Preston soltó una maldición. Era el otro aeropuerto, y estaban demasiado lejos para llegar en poco tiempo.

—¿A quién ha llamado?

—A Adem Abdullah, Direnc Pastor y Andrew Yakimovich. Puedo darle los números que marcó. Todos en Estambul. Dos de ellos tienen dirección.

—¿Ha escuchado las conversaciones?

—Bien sabe que no, Preston. No puedo ir tan lejos, ni siquiera por usted.

—¿A quién llamó en primer lugar?

—A Yakimovich. Fue una llamada corta, de menos de un minuto…, a un número desconectado. Las otras dos llamadas duraron cinco y ocho minutos.

—¿Cuáles son sus números y direcciones?

Anotó los datos en el cuadernito de bolsillo que llevaba siempre encima. Cuando ya no necesitaba una anotación, arrancaba la hoja y la destruía. Le quedaban pocas hojas.

—Gracias, Irene. Tendrá que apagar su teléfono móvil durante el vuelo. Cuando vuelva a activarlo, avíseme, llame por teléfono o no. Tengo que saber dónde está exactamente.

La NSA era capaz de determinar situaciones con una precisión de centímetros, en función de los satélites que estaban en órbita. Preston puso fin a la conexión y miró a Nico.

—Da la vuelta. Llévame otra vez a Ciampino.

Tomaría otro avión privado y llegaría a Estambul antes que ellos.

CAPÍTULO

34

Washington, D. C.

Era última hora de la tarde; las sombras se alargaban sobre Capitol Hill, y Tucker Andersen estaba de pie ante la sede central de la Catapult y miraba con nostalgia hacia el exterior. Estaba cansado de estar encerrado. En el porche de la entrada se encontraba un joven oficial de la Escuela de Formación de Oficiales de Langley, que tenía en las manos un paquete pequeño envuelto en papel marrón de embalaje. Su expresión manifestaba como es debido la impresión que le producía el verse cara a cara con el célebre maestro espía.

Tucker tomó el paquete, se lo echó debajo del brazo y firmó el albarán. Después, fue al escritorio de Gloria. No se veía a esta, que seguía haciendo la pausa del café. Dejó caer el paquete junto al ordenador de Gloria y fue por el pasillo hasta su despacho. Se sentó ante su escritorio, dejó a un lado el informe que había estado leyendo y comprobó su correo electrónico.

Uno de los mensajes procedía de la oficina del forense de Los Ángeles y se lo había reenviado Gloria. Decía que se había exhumado el cuerpo que estaba en la tumba de Charles Sherback y que estaban acelerando la autopsia y la prueba de ADN, pero que tardarían un par de días. Un segundo mensaje confirmaba que en el hotel Le Méridien de Londres se había registrado una habitación a nombre de Christopher Heath, el mismo nombre que aparecía en el carné de conducir de Sherback. Uno de los recepcionistas recordaba haberlo visto, acompañado de una mujer rubia, pero no había detalles.

Tucker, inquieto, se disponía a marcharse cuando le llegó un nuevo correo electrónico del MI5. Lo leyó rápidamente: durante la noche anterior no se había encontrado en Londres ningún cadáver de varón adulto con la cabeza afeitada y tatuada. Por lo tanto, no se había hecho ninguna detención al respecto. Se quedó mirando el mensaje, y después se recostó en su silla intentando entenderlo. Judd le había dicho que había disparado con cuidado para que Preston saliera vivo. Llegó por fin a la conclusión de que Preston debía de haber vuelto en sí antes de que llegara la Policía, y se habría llevado el cuerpo de Sherback. Tucker envió a Judd un mensaje de correo electrónico encriptado para advertírselo.

Preocupado, se estiró, se puso de pie y salió al pasillo hacia el pequeño centro de

comunicaciones de Catapult, que era también centro de investigación de datos e informático. En la puerta lo recibió un rumor de voces y teclados y un ambiente de premura. Había una docena de ordenadores y de teléfonos seguros sobre mesas de trabajo dispuestas en hileras ordenadas. En la parte superior de las paredes había grandes pantallas de televisión sintonizadas con la CNN, MSNBC, FOX, BBC y Al Jazeera; pero los monitores también podían presentar imágenes clasificadas. En la zona de trabajo se veían los restos habituales de latas de refrescos, bolsas arrugadas de comida para llevar y cajas de *pizza* vacías, que lo impregnaban todo del olor salado y grasiento de la comida rápida.

Tucker se detuvo y observó a los que trabajaban allí, que estaban casi todos inclinados sobre sus teclados. Ninguno había cumplido los treinta. El número de aspirantes a ingresar en Langley se había multiplicado a partir del 11 de septiembre, y ahora la mitad de los miembros del personal eran de ingreso reciente. Le preocupaba la pérdida de experiencia y de la cultura propia de la institución; pero esas eran las consecuencias de los despidos o de la marcha de buenos agentes y analistas veteranos, que se había producido en la década de 1990 y en otra oleada en la década siguiente, durante el mandato de un director de la CIA negativo para la moral. Con todo, este nuevo grupo tenía dedicación y entusiasmo.

Entró en la sala y se reunió con Brandon Ohr y Michael Hawthorne, que estaban de pie con Debi Watson junto a la mesa de trabajo de esta. Debi era la jefa de informática. Daba la impresión de que los tres tenían veinticinco años de edad media, aunque en realidad tenían unos treinta. Tenían dedicación, talento e inteligencia.

—Ya veo cómo trabajáis —dijo Tucker aparentando seriedad. No era original, pero serviría para el caso.

Michael y Brandon estaban de vuelta esperando destino, después de largas estancias en el extranjero. Técnicamente, ninguno de los dos tenía por qué estar allí; pero es que Debi era soltera, una morenita guapa, de grandes ojos castaños y acento sureño. A Tucker le interesaba escuchar las excusas que le pudieran dar.

—Estoy en mi rato de descanso —se apresuró a decir Brandon. Tenía la cara cuadrada, apuesta, con un asomo de barba de estrella de cine.

—Yo tenía una duda que quería consultar con Debi —explicó Michael. Era alto, delgado, con hoyuelos en su rostro negro.

—Es verdad, *señó* —aseguró Debi a Tucker, con toda la plenitud de su acento de belleza sureña.

Tucker se quedó mirando a los hombres con seriedad, sin decir nada. Era su «mirada fulminante», como la llamaba Gloria.

Brandon fue el primero que captó la indirecta.

—Supongo que más me vale volver con el montón de papeles que tengo en mi escritorio —dijo; y se marchó tranquilamente. Por el camino, cerca del fondo de la

sala, extrajo un bote de Pepsi Light de un pack de seis y se lo llevó.

—Gracias, Debi —le dijo Michael—. Mañana te volveré a consultar sobre ese refugiado de Trípoli al que tengo echado el ojo.

Dicho esto, se fue siguiendo los pasos de Brandon.

A Tucker le agradó observar que ninguno de los dos se había dejado intimidar del todo por él. Daban muestras de la fortaleza interior necesaria para aquel trabajo.

Debi se sentó tras su mesa de trabajo y se tiró de la falda corta para bajársela.

—Me disponía a enviarle un correo electrónico.

—¿Tienes respuestas para mí?

Había encomendado a Debi la tarea de localizar el rostro alterado de Charles Sherback y los dos números de teléfono anónimos de su móvil.

—No la que quiere oír. En ninguna de las bases de datos federales hay nada que concuerde con la cara de su hombre. Tampoco en las bases de datos estatales. Y no hay ninguna coincidencia positiva con la Interpol, ni con ninguno de nuestros amigos. Teniendo en cuenta que es estadounidense, cabría esperar que tuviera al menos una foto del carné de conducir. Es casi como si no existiera.

—¿Y los dos números de teléfono?

—Son de móviles desechables, pero eso ya lo sospechaba *usté*. Todavía no han tenido ninguna actividad. La NSA me avisaría inmediatamente.

Tucker, decepcionado, regresó a su despacho. En cuanto entró, sonó el teléfono de su mesa. Era Judd Ryder. Se dejó caer en su sillón y escuchó.

Judd le relató de lo que se habían enterado Eva y él en casa de Yitzhak Law y le contó el ataque que habían sufrido a manos de los Charbonier.

—Los Charbonier no podían saber de ninguna manera que íbamos para allá —concluyó Judd, preocupado—. Debéis de tener una filtración.

Judd, atónito, pensó rápidamente.

—En Catapult, solo hay una persona aparte de mí que conozca los detalles: la jefa, Cathy Doyle. ¿Y por tu parte?

—Solo estamos Eva y yo, y ella ha estado conmigo todo el tiempo. Siempre que me pongo en contacto contigo utilizo mi móvil seguro. Tanto para el teléfono como para el correo electrónico.

La tecnología de codificación del móvil no solo encriptaba la voz y los datos, sino que desordenaba las longitudes de onda por las que viajaban los mensajes, con lo que resultaban imposibles de descifrar.

Tucker soltó una maldición.

—Nos han pinchado de alguna manera. Hablaré con Cathy.

—Mira también lo que puedas descubrir acerca de los Charbonier y de su relación con la Biblioteca de Oro, y si se han dedicado a algo raro que pudiera estar relacionado con el terrorismo. Angelo dijo que era miembro del club de bibliófilos.

Cuando le pregunté si mi padre lo había sido también, no me respondió.

Judd hablaba con voz tranquila, profesional; pero Tucker advirtió su emoción y su conflicto cuando habló de su padre y del club de bibliófilos.

—Por supuesto —dijo—. ¿Vais a Estambul?

—Sí. Vamos a tomar un vuelo comercial. Parece lo más seguro en estas circunstancias. Eva llamó para preparar la visita, pero el teléfono de Yakimovich está desconectado. Debe de haberse mudado una vez más. Pudo ponerse en contacto con dos antiguos amigos de Estambul, pero no saben dónde está ahora Yakimovich. Si pudieras localizarlo tú, sería de gran ayuda. Tardaremos unas horas en llegar allí.

—Veré lo que puedo hacer.

En cuanto Tucker hubo colgado, Judd llamó a un colega suyo con el que había trabajado durante la guerra fría. Era Faisal Tarig, que estaba ahora en la Policía de Estambul.

—Conozco a Andy Yakimovich —dijo Faisal—. Un tipo muy taimado. Normal, por otra parte, siendo como es mitad ruso y mitad turco. Quizá pueda localizarlo. ¿Sigues fumando esos marlboros tan varoniles?

—No, los dejé; ahora tomo agua mineral.

—Espero que no te hayas vuelto aburrido, viejo amigo. Pero puede que no, en vista de las cosas que me preguntas. Estaré en contacto.

—No digas a nadie que he llamado, ni la información que necesito.

Hubo un silencio.

—Entiendo.

Después de colgar, Tucker se quedó sentado un momento, pensando, y después se encaminó directamente al despacho de Cathy. Era un despacho grande, justo detrás de la mesa de recepción. Como jefa que era, tenía el mejor despacho. Daba a la calle, y las ventanas tenían vidrio especial que impedía ver desde fuera el interior o escuchar conversaciones con un desmodulador.

La puerta estaba abierta. Se asomó. En la pared, entre certificados de felicitación de la CIA, había fotos de familia. Tenía más fotos sobre el escritorio. En un tiesto crecía una planta verde, una especie de hiedra. Cathy estaba al teclado, mirando la pantalla de su ordenador, y tenía revuelto el pelo corto, con mechas rubias.

—Sé que estás ahí, Tucker. ¿Qué tienes en la cabeza? —dijo, sin haberlo mirado siquiera.

Él entró y cerró la puerta.

—¿Quién ha oído hablar de mi operación de la Biblioteca de Oro?

Mientras Tucker se sentaba, ella volvió la cabeza hacia él y frunció el ceño.

—¿Por qué lo preguntas?

Él le explicó lo de la filtración.

—No tiene explicación que los Charbonier estuvieran esperando a mi gente en

casa de Yitzhak Law.

Ella se giró hacia su escritorio, quedando frente a él.

—Solo he hablado de Yitzhak Law a una persona: al director adjunto, en mi informe rutinario, hace cosa de un cuarto de hora. Demasiado tarde como para que la filtración procediera de nosotros.

—Hablaré con nuestra gente de informática. Supongo que es posible que alguien haya entrado en nuestro sistema. Pero, en tal caso, no saltó ninguna alarma. Desde ahora, todos los informes te los haré verbales.

Se quedaron callados. Cada día, miles de *hackers* aficionados y profesionales intentaban vulnerar los ordenadores gubernamentales de los Estados Unidos. En Langley no habían perdido datos importantes hasta la fecha, y Catapult, como otras unidades especializadas pequeñas, empleaba el mismo sistema de alta seguridad.

Cathy asintió con la cabeza.

—¿Alguna novedad sobre la Biblioteca de Oro?

—Ryder y Blake van camino de Estambul, siguiendo una buena pista —dijo Tucker—. En cuanto a mí, cuando pueda volver a casa me alegraré.

Al menos, estaba dedicando mucho trabajo a las misiones que dirigía.

Cathy volvió a asentir con la cabeza, y le dedicó una sonrisa de comprensión.

—Todos tenemos que hacer sacrificios a veces.

Tucker se despidió y volvió al centro de comunicaciones. Debi seguía en su consola de ordenador. Le dijo lo que necesitaba.

—En nuestro ordenador no ha entrado nadie que yo sepa, *señó* —dijo ella, frunciendo el ceño—. Me pongo ahora mismo con ello.

Él, preocupado, volvió a su despacho.

CAPÍTULO

35

Atenas, Grecia

El Learjet de la Biblioteca de Oro descendió trazando lentos círculos, por encima de las luces de la antigua capital griega. Robin, trazando planes con nerviosismo, apartó los ojos del panorama y volvió la vista hacia el otro extremo de la cabina, donde la alta figura de Martin Chapman se erguía en su asiento. Estaba hablando por su teléfono móvil, moviendo la mandíbula con expresión airada.

Cuando el avión aterrizó en el aeropuerto internacional de Atenas, Robin estudió su móvil y su batería, recordando la llamada terrible que le había hecho Preston mientras ella esperaba en el avión, en Londres, la llegada de Charles y del propio Preston. Le había ordenado que desmontara la batería, y después le había dicho que Charles estaba muerto. El dolor se le agolpaba en la garganta. Se forzó a sí misma a contenerlo.

Preston no le había llegado a decir por qué no debía volver a activar el aparato. No importaba; a ella le iba a hacer falta un teléfono. Se deslizó las piezas en el bolsillo, se puso de pie y caminó hasta la parte trasera del avión.

Cuando Robin se echó a los hombros la mochila que contenía el *Libro de los Espías*, Chapman levantó la vista hacia ella. A ella no le gustó lo que le leyó en la mirada.

No obstante, Chapman habló con voz neutra.

—El helicóptero está listo.

—Bien —dijo ella, aunque sabía que la cosa no iba bien. Cuando estuviera en el helicóptero, iría camino de la Biblioteca de Oro oculta, cuyas medidas de seguridad eran tan intensas que nadie podía escapar…, aunque a veces desaparecían personas. Personas como ella.

—¿Vendrá usted con nosotros, señor Chapman? —le preguntó, aunque Chapman no había hecho ademán de levantarse.

—Tengo otros asuntos. Magus se encargará de ti.

Magus asintió desde la parte delantera, con gesto de entendimiento.

—Sí, señor Chapman.

Robin, siguiendo a Magus, salió del Learjet a la oscuridad de la noche. El aire fresco le hacía sentir más desnuda todavía la cabeza afeitada. Se forzó a sí misma a

mantener la calma. Alrededor de ambos se extendía el aeropuerto, una amplia superficie de asfalto por la que circulaban los aviones que iban y venían de los largos brazos de la terminal. Parecía que estaba lejísimos, a una distancia imposible.

Un carro de equipajes pequeño se había detenido ante la cola del avión, y el conductor estaba descargando bolsas y otros artículos. Era un hombre pequeño, mayor, con camisa del aeropuerto por cuyas mangas cortas asomaban unos brazos nervudos. Robin tuvo un momento de esperanza: podría ser capaz de reducirlo. Cuando el hombre arrojó el cuerpo de Charles, envuelto en lona, sobre el portamaletas de su carro, ella apartó la vista.

—Vamos —dijo Magus, con cara inescrutable como una máscara—. Estoy seguro de que tienes ganas de llegar a casa para descansar.

—Tienes razón —mintió Robin—. Qué gusto, volver a casa.

Caminaron hacia el vehículo que los esperaba para llevarlos al helicóptero. Solo medía poco más de dos metros de largo, y era estrecho, con sitio en la parte delantera para solo dos personas, el conductor y un pasajero. Por detrás tenía una caja abierta donde iban la maleta de ruedas grande de ella, apoyada en la cabina, el cadáver de Charles y varias cajas de madera que había recogido Preston en Londres.

—Te ayudaré a subir.

Magus se detuvo junto a la parte trasera, donde en circunstancias ordinarias debería ir sentada ella, como miembro más moderno.

Ella lo miró fijamente y dejó que le saliera a la voz un matiz de desvalimiento.

—Estoy tan cansada… Y no puedo dejar esta mochila en ningún momento. Órdenes del señor Chapman. ¿Te importa que me siente delante, con el conductor?

Miraron la caja del vehículo. Al final no había ningún portón ni trampilla superior, y los lados tenían paredes cortas, de unos treinta centímetros de altura. El suelo era de duro acero.

—Claro —dijo él—. Por qué no.

Pero se llevó la mano a la cadera, donde ella sospechaba que llevaba la pistola, bajo la chaqueta. Puede que el gesto hubiera sido automático, pero dio impresión de amenaza.

—Gracias —dijo Robin, dedicándole una sonrisa luminosa.

La acompañó hasta el lado del pasajero. La cabina no tenía puertas. Ella se quitó la mochila y subió. Después, Magus rodeó el vehículo hasta llegar al lado del conductor, que también estaba abierto. Ordenó al hombre mayor que se quitara del volante, y a Robin se le cayó el alma a los pies. Ahora llevaría a su lado a Magus, armado, joven y fuerte.

En cuanto el conductor hubo subido gateando a la caja del vehículo, Magus estudió el funcionamiento de la transmisión automática y puso en marcha el ligero vehículo. Empezaron a rodar.

Robin llevaba la mochila sobre las rodillas, rodeándola con los brazos, dándose cuenta de que se daba una circunstancia que le brindaba una oportunidad: Magus era un conductor inseguro; iba mirando sucesivamente el volante, el pequeño retrovisor, el cambio de marchas. Aquello podría resultarle útil…; aquello, y el factor sorpresa.

Se volvió y vio que el Learjet se alejaba rodando. Mirando de nuevo al frente, preguntó con aire inocente:

—¿No te gustaría ver lo que hay en la mochila, Magus?

—No —respondió él, que iba concentrado en conducir.

Pero ella empezó a abrir la cremallera, que producía un sonido quebrado y penetrante.

Él la miró.

—Cierra eso —dijo, extendiendo una mano hacia la mochila.

Ella le mordió la mano, y notó sabor a sangre. Él retiró la mano de un tirón soltando una palabrota, y ella le golpeó el lado de la cabeza con la pesada mochila. Él, tambaleándose, le arrojó un golpe con un brazo, pero solo dio en la mochila. Ella le dio una patada con la punta aguda de su bota en la pantorrilla de la pierna cuyo pie iba en el acelerador, e inmediatamente le volvió a arrojar la mochila contra la cabeza.

Él levantó el pie del acelerador; el pequeño vehículo dio una sacudida, y se oyó atrás un grito del conductor, que había salido despedido.

Magus pisó el freno y se llevó la mano al interior de la chaqueta, buscándose la pistola. Robin, moviéndose frenéticamente, hundió el pie en el acelerador y le mordió la oreja. El vehículo aceleró bruscamente. Cuando a Magus le apareció la pistola en la mano, ella le surcó con las uñas de arriba abajo la cara y los ojos, arañándole la piel.

Él soltó un aullido y adelantó la pistola hacia ella. Pero había perdido el equilibrio, y el carro de equipajes avanzaba a saltos, alternando entre aceleraciones y frenazos. Magus la apuntaba con el cañón.

Ella, furiosa, volvió a golpearle la cara con la mochila y giró las rodillas hacia él. Apoyando una mano en el respaldo de su asiento y asiéndose con la otra de la agarradera que había en el salpicadero, le clavó las botas en la cadera y lo desplazó un poco por el asiento de vinilo.

La pistola de Magus se disparó; el ruido del disparo fue ensordecedor, y la bala atravesó el techo de la cabina. A Magus le caía sangre a los ojos, y se esforzaba por ver. Volvió a disparar sin apuntar, y ella lo echó por la puerta y pisó a fondo el pedal. El vehículo saltó hacia delante.

Se instaló tras el volante y se puso a conducir, mientras el corazón le palpitaba como un timbal. Más balas atravesaron la cabina, pasando muy cerca del *Libro de los Espías*, que estaba en el asiento a su lado. Siguió conduciendo agachada, con los ojos apenas por encima del salpicadero, agradeciendo poder contar con aquel vasto

espacio abierto de las pistas. Le pasó volando un tiro por encima de la cabeza, un suspiro mortal. Y después ya no hubo más disparos.

Se incorporó y miró por el espejo retrovisor. Magus corría tras ella, cada vez más lejos, limpiándose con rabia la sangre de la cara con una mano. Tras él se veía un rastro de cajas de madera caídas, además del cadáver de Charles. Robin se sintió furiosa contra Charles durante un largo momento, furiosa porque la hubiera puesto en aquella situación; después, el sentimiento desapareció. Ahora estaba sola, como había estado años atrás. «Tú sabes cómo se hace esto», se dijo a sí misma.

Hizo girar el volante con determinación, dirigiéndose hacia una valla de alambre. Vio por fin una puerta junto a un edificio oscuro, una dependencia periférica del aeropuerto. Estaba bastante lejos, lo cual era bueno. Así pondría más distancia entre Magus y ella. Mientras seguía pisando a fondo el acelerador, el aire de la noche le refrescaba la cara.

Al llegar a la puerta de alambre, detuvo el vehículo con chirrido de frenos y bajó de un salto. Mientras se ponía la mochila, miró atrás. Magus estaba muy lejos y había perdido velocidad hasta ir a un trote corto. Llevaba la mano pegada a la oreja; sin duda estaría pidiendo ayuda por teléfono. Pero mientras ella tuviera en su poder el *Libro de los Espías*, contaría con una baza para negociar. Martin Chapman no se detendría ante nada para atraparla de nuevo, la seguiría hasta los últimos confines del planeta si era necesario; pero ella, contando con el manuscrito iluminado, quizá pudiera negociar la libertad permanente.

Extrajo a tirones su maleta con ruedas de la caja del vehículo. Al haber ido apoyada contra la cabina, no había corrido la suerte del resto del equipaje. Tirando de ella, salió aprisa por la puerta y llegó a un aparcamiento grande.

Caminó aprisa entre los coches, las furgonetas y los cuatro por cuatro, mirando el interior de los vehículos. Encontró por fin un viejo Peugeot, abollado y oxidado, que tenía puesta la llave de contacto. Mirando a un lado y a otro, sacó su monedero de la maleta. Todavía tenía libras de Inglaterra; las cambiaría por euros. Encontró por fin el sombrero de paja que se había comprado en Londres. Se lo encasquetó en la cabeza calva, y se ató la cinta bajo la barbilla.

Echó al coche la maleta con ruedas y la mochila. Combatiendo el miedo, se puso en marcha hacia la salida, bajo la luz de la luna, sin dejar de mirar constantemente por el retrovisor.

CAPÍTULO

36

Sultanato de Omán

El aeropuerto internacional de Muscat estaba en un arenal llano, por encima del golfo de Omán. A lo lejos se alzaban grupos de pozos de petróleo llenos de luces centelleantes, con patas como palillos que se hundían en las aguas negras del golfo. Cuando Martin Chapman bajó de su Learjet, la noche tenía el olor del desierto. Estaba jadeando de ira: Robin Miller había robado el *Libro de los Espías* y se había escapado. Magus, con un equipo, la buscaba en Atenas; pero era un problema más, y en aquel momento él no necesitaba más problemas.

El peligro que más le preocupaba era el de Judd Ryder, que era de la CIA. En esta única palabra se encerraba toda la preocupación del mundo: en Langley disponían de los recursos, de los conocimientos, de la experiencia, del ánimo necesarios para conseguir mucho más de lo que llegaría a saber el mundo. Tener un roce con la agencia no era cosa baladí, y cuando se tenía, no quedaba más opción que poner fin al asunto rápidamente; por eso mismo estaba entonces Chapman en Omán.

En la sección de Oman Air de la ultramoderna terminal para pasajeros había movimiento, pero sin bullicio. Chapman avanzaba sin dedicar una sola mirada a los azulejos, a las palmeras en macetas ni a las decoraciones murales al estilo árabe antiguo. Tras doblar por un ancho pasillo de llegadas y salidas, siguió las instrucciones que se había aprendido de memoria para dirigirse hacia una tienda *duty free*. Cerca de la puerta del baño estaba agachado, fregando el suelo, un empleado del aeropuerto, con uniforme de limpiador de color arena del desierto y pañuelo de beduino a cuadros en la cabeza.

Cuando Chapman pasó a su lado, oyó que subía hacia él una voz que decía:

—En la cuarta puerta a su izquierda hay un almacén. Espere dentro. No encienda la luz.

Chapman estuvo a punto de perder el ritmo de su marcha. Se rehízo rápidamente y fue hasta la puerta del almacén. Cuando estuvo dentro, encendió la luz. El pequeño cuarto estaba lleno de estanterías donde se guardaban artículos de limpieza, toallas de papel y papel higiénico. Apagó la luz y se quedó de pie en la oscuridad, contra la pared del fondo, con una linterna pequeña tipo lápiz en una mano y con la otra mano dentro de la chaqueta, en la empuñadura de su pistola.

La puerta se abrió y se cerró como un suspiro.

—Jack me dijo que necesitaba usted ayuda.

La voz era baja. Parecía que el hombre se había quedado de pie junto a la puerta.

—Soy caro, y tengo mis reglas. Usted ya conoce lo uno y lo otro. Jack dice que ha accedido a mis condiciones. Antes de que sigamos, debo oírselo decir a usted.

—¿Es usted Alex Bosa?

Chapman suponía que se trataba de un pseudónimo.

—Algunos me llaman así.

—El *Carnívoro*.

—También se me conoce por ese nombre —dijo el hombre, sin expresión en la voz.

Chapman tomó aire. Estaba en presencia de un asesino a sueldo independiente legendario, de un hombre que había trabajado para todos los bandos durante la guerra fría. Ahora solo hacía trabajos de cuando en cuando, pero siempre con tarifas astronómicas. No existían fotos suyas; nadie sabía dónde vivía, cuál era su nombre verdadero, ni siquiera en qué país había nacido. Por otra parte, no fallaba nunca, y nadie descubría nunca quién lo había contratado.

El asesino a sueldo hablaba con voz tranquila.

—¿Accede a mis condiciones?

Chapman sintió un principio de cólera. El jefe era él, no aquel hombre tenebroso que tenía que vivir oculto tras seudónimos.

—Traigo un cheque bancario al portador.

Debían hacerse dos pagos: la mitad ahora, y la mitad después de completado el trabajo, con un total de dos millones de dólares. Librarse del problema de la CIA bien lo valía.

—¿Quiere usted el trabajo o no? —preguntó.

Silencio. Por fin, el otro dijo:

—Cuando llega el momento de dar el golpe, trabajo solo. Eso quiere decir que la gente de usted debe haberse retirado. No debe desvelar nunca nuestra relación. No debe intentar nunca descubrir mi aspecto ni quién soy. Si lo intenta de alguna manera, iré por usted. Le haré el favor de matar con limpieza, por respeto a nuestra relación de negocios y al dinero que me habrá pagado usted. Después de esta noche, no intentará volver a reunirse conmigo. Cuando esté terminado el trabajo, me pondré en contacto para comunicarle cómo quiero recibir el último pago. Si no me paga, también eso le costará que vaya por usted. En cualquier caso, yo solo hago trabajos de eliminación con personas que no se merecen respirar. Eso lo decido yo, no usted. Le daré un nuevo número de teléfono por el que podrá ponerse en contacto conmigo cuando disponga de la información adicional sobre el paradero del objetivo. ¿Está de acuerdo?

Aquella voz tranquila tenía, no obstante, una carga de amenaza sobrecogedora. Chapman advirtió que había asentido con la cabeza a pesar de que, en aquella oscuridad, el hombre no podía verlo de ninguna manera.

—De acuerdo —dijo en voz alta.

ElCarnívoro tenía la especialidad de hacer que sus golpes parecieran accidentes, y aquello era lo importante. Chapman no quería que en Langley tuvieran nada que pudiera relacionarlo con él mismo ni con la Biblioteca de Oro.

—Dígame por qué hay que acabar con Judd Ryder y con Eva Blake —le exigió el Carnívoro.

Cuando Chapman tomó la decisión de recurrir a profesionales externos, había acudido a una fuente también externa al club de bibliófilos, a un intermediario al que se conocía únicamente por el nombre de Jack. Jack y él habían arreglado el trato por medio de correos electrónicos encriptados. Repitió entonces al Carnívoro su historia:

—Ryder procede de la inteligencia militar y es muy hábil. Blake es una delincuente; mató a su marido conduciendo borracha. No me cabe duda de que usted habrá comprobado ambos datos. Se han enterado de una transacción de negocios secreta que estoy preparando, y quieren quitármela. Intenté razonar con ellos, pero no entraron en razón. Si me la quitan, me costará miles de millones. Lo peor es que ahora intentan matarme a mí. Van camino de Estambul. Pronto tendré información sobre su destino concreto.

—Entiendo. Ahora, me marcho. Deje el sobre en el estante, a su lado. Abra la puerta, y diríjase inmediatamente a su avión.

Dio a Chapman su nuevo número de móvil.

Hubo un movimiento de aire; la puerta se abrió y se cerró rápidamente, y Chapman volvió a quedar rodeado de oscuridad. Advirtió que estaba sudando. Dejó en el estante que tenía a su lado el sobre que contenía el cheque bancario al portador por importe de un millón de dólares, y salió.

Mientras caminaba por el pasillo, buscó con la vista por todas partes al limpiador de uniforme marrón con pañuelo de beduino. Había desaparecido.

CAPÍTULO

37

Estambul, Turquía

Judd contempló desde la ventanilla del avión las luces rutilantes de la legendaria Estambul. Absorbió el espectáculo de la ciudad que había sido en tiempos la poderosa Constantinopla, corona del Imperio bizantino, y lugar de origen de la Biblioteca de Oro.

Eva se despertó.

—¿Qué hora es? —preguntó. Parecía nerviosa.

—Las doce de la noche.

Cuando el avión aterrizó y empezó a rodar hacia la terminal del aeropuerto internacional Ataturk, Judd consultó su teléfono móvil.

—¿Hay algo de Tucker sobre dónde está Yakimovich? —le preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—Ningún mensaje, ni por correo electrónico ni por teléfono.

—Si Tucker no es capaz de encontrarlo, a nosotros nos puede llevar días enteros.

Aunque no parecía posible que los siguieran, en Roma habían hecho una parada camino del aeropuerto, no solo para comprar provisiones sino para disfrazarse. Ahora, al desembarcar del avión, Judd ayudó a Eva a sentarse en una silla de ruedas. Eva se acurrucó, con la cabeza caída hacia delante como si durmiera. Una manta le cubría el cuerpo, y un pañuelo le ocultaba el pelo. Judd dejó en el regazo de ella su bolso y una bolsa de viaje grande con asas, nueva, que contenía otras compras que habían hecho. Él iba vestido de enfermero privado, con pantalones blancos, chaqueta de nieve blanca y gorra blanca. Llevaba metida bajo el labio interior una torunda de algodón que hacía que el labio le asomara, con lo que la barbilla le parecía más pequeña.

Manteniendo las mejillas flácidas y la mirada perezosa, ajustó sus mandos interiores hasta que llegó a dar sin esfuerzo la imagen de asistente, no demasiado listo, de la buena señora que iba en la silla de ruedas. Mirando discretamente a un lado y a otro, la empujó hasta la terminal internacional y enseñó en la ventanilla de visados el pasaporte falso de él y el auténtico de ella. Les sellaron los pasaportes y pasaron la aduana. Aunque la terminal estaba menos congestionada que en las horas de mucho tráfico, aún había bastante gente. Más allá del puesto de seguridad había

todavía más gente esperando; muchos enseñaban letreros con los nombres de pasajeros.

Mientras llevaba la silla de ruedas por el largo pasillo hacia las puertas de salida, Judd seguía en alerta máxima. Así fue como detectó a la persona que menos quería ver: Preston. ¿Cómo diablos se había enterado de que tenía que ir a Estambul? Judd, con tensión en el pecho, lo observó de reojo. El asesino, alto y ancho de hombros, estaba apoyado en la pared exterior de un quiosco de periódicos, aparentando leer el *International Herald Tribune*. Llevaba la misma ropa que en Londres: pantalones vaqueros, cazadora de cuero negra y, probablemente, pistola.

Judd se había dejado la Beretta en Roma, porque no llevaba la documentación necesaria para subir a un vuelo comercial con un arma de fuego. Consideró las posibilidades. Parecía poco probable que Preston hubiera podido verle la cara desde el suelo del callejón, en Londres. Por otra parte, era posible que el asesino se hubiera enterado de alguna manera de quién era él y se hubiera hecho con una foto suya.

Le llegó un susurro inquieto de Eva.

—Preston.

—Ya lo veo —dijo Judd en voz baja—. Estás dormida, ¿recuerdas?

Ella volvió a sumirse en el silencio, mientras él seguía empujando la silla de ruedas a paso tranquilo.

Preston observaba la multitud por encima del borde del periódico. Movía los ojos, al tiempo que su cuerpo parecía relajado y despreocupado. No solo miraba uno por uno los rostros de las mujeres, sino también de los hombres de la edad, del color de pelo, de la altura adecuada; esto dio a entender a Judd que Preston se había enterado de alguna manera del aspecto que tenía él. Preston examinaba las parejas y a las personas solas sin saltarse a nadie, sin dar a nadie por descartado. Se descolgó una radio del cinturón, y escuchó y habló por ella. Aquello significaba que tenía allí cerca a un *limpiador*, como mínimo.

Cuando Preston volvió a colgarse la radio del cinturón, observó a Judd y a Eva. Y se centró en ellos.

A Judd le quemó su mirada como un hierro candente. No lo miró a su vez, y tampoco aceleró con la silla de ruedas. Cualquiera de estas dos cosas habría despertado todavía más la curiosidad de Preston. Vio entonces a una mujer alta que caminaba airosamente, tirando de una maleta pequeña. A pesar de lo tardío de la hora, llevaba gafas de sol grandes, de famosa… y tenía el pelo largo y rojo, como el de Eva.

Judd vio la oportunidad; llevó la silla de ruedas junto a la mujer y hundió los hombros incluso más para parecer menos interesante todavía con su uniforme de asistente. Preston apartó los ojos, interesado por la mujer. Se apartó del quiosco de prensa siguiendo a la mujer, que adelantó rápidamente a Judd y a Eva dirigiéndose a

un mostrador de alquiler de coches.

Judd respiró. Sacó a Eva por las puertas de cristal y la llevo hacia la fila de taxis.

En cuanto el taxi amarillo hubo salido de la terminal, Judd cerró la ventanilla de la mampara entre los asientos delanteros y los traseros. Era un vehículo antiguo, con la tapicería raída, pero el vidrio era grueso y el conductor no podría escuchar la conversación.

—¿Cómo puede habernos encontrado Preston? —preguntó Eva de nuevo—. Los Charbonier se enteraron de lo de Yakimovich y Estambul, pero murieron antes de haber podido contárselo a nadie.

—Resulta difícil de creer que Tucker tiene otra filtración. Los de informática estarán cubriendo el cuartel general como un hongo atómico. Quizá se trate de nosotros. ¿Es posible que Charles te pusiera un chip en Londres?

Mientras hablaban, Judd iba mirando atrás en busca de algún indicio de Preston.

—Aunque así fuera, ya no llevo esa ropa. Pero ¿por qué iba a molestarse? Creía que ya me tenía. ¿Viste que alguien nos siguiera en algún momento?

Él negó con la cabeza. Guardaron silencio.

—Vale; vamos a empezar desde el principio —dijo Judd por fin—. No es un chip, y no es un *hacker* que haya entrado en los ordenadores de Catapult.

—Si Charles viviera, sabría que vamos en busca de Andy Yakimovich —opinó ella.

—El único cabo suelto que se me ocurre es Peggy Doty. Pero ella no sabía nada de Yakimovich ni de Estambul, de modo que Preston no puede haber obtenido la información de ella.

Eva soltó una maldición de pronto.

—¡Claro! El móvil de Peggy. Quien mató a Peggy pudo encontrar en él mi número.

Extrajo el móvil de su bolso.

—Las únicas llamadas que hice fueron en el aeropuerto de Atenas, buscando a Andy. Llamé a Estambul.

—Dámelo.

Judd encendió el teléfono y observó la pantalla hasta comprobar que el aparato estaba conectado a la red. Bajó su ventanilla y lo arrojó a la caja abierta de una camioneta que pasaba junto a ellos.

Eva sonrió.

—Preston tendrá ahora algo que perseguir —dijo.

Él le devolvió la sonrisa. En aquel asiento trasero estrecho del taxi, se miraron profundamente a los ojos sin darse cuenta siquiera. Durante un largo instante transcurrió entre ellos una intimidad cálida. A Judd se le aceleró el corazón.

Eva, sin decir nada, apartó la vista, y él volvió la cabeza para mirar por la

ventanilla lateral. Aquel era el problema que tenía el compartir peligros. Conducía inevitablemente al establecimiento de un vínculo de algún tipo, y uno de los tipos posibles era el sexual. Percibió la incomodidad de ella, su distanciamiento repentino; pero no estaba dispuesto a abordar el tema y ponerse a explicar lo que acababa de pasar. Ni que a él le había gustado.

Se despejó mentalmente para sus adentros. Estaban en las afueras de la ciudad. Cuando pasaron por un cruce muy transitado, dijo al taxista que los dejara allí. Era posible que Preston hubiera tomado nota de la matrícula del taxi.

Después de ayudar a Eva a subirse a su silla de ruedas, pagó al taxista. Las luces traseras del taxi se perdieron de vista entre el tráfico, y él dio la vuelta a la silla y tomó el camino contrario. Oteó los alrededores con cautela.

—Hay un callejón más adelante —le apuntó Eva.

—Lo veo.

Judd empujó la silla hasta el callejón.

Ella se levantó y se quitó de encima la manta y el pañuelo, dejándolos en el asiento de la silla de ruedas. Sacó de la bolsa de viaje de asas una chaqueta de color azul medianoche. Mientras él se sacaba la torunda del labio inferior, se despojaba de la chaqueta de asistente y se desabrochaba los pantalones blancos, ella se puso la chaqueta y, sin mirarlo a él, cogió su bolso y corrió a apostarse para vigilar.

Él se puso rápidamente unos vaqueros, un polo marrón y una chaqueta de *sport* también marrón. Plegó la silla de ruedas y la dejó apoyada en la pared, junto con las demás prendas descartadas. Se volvió a mirar a Eva; su figura esbelta quedaba empequeñecida por la alta boca del callejón, y parecía de alguna manera más desenfadada y más impávida de lo que había esperado él.

Se reunió con ella llevando la bolsa de viaje.

—¿Has visto algo?

—No hay señales de Preston. ¿Hacia dónde vamos?

Caminaron seis manzanas, doblaron una esquina y Judd detuvo otro taxi. A los veinte minutos estaban en el barrio Sultanahmet, en el corazón del casco histórico antiguo, no lejos del palacio de Topkapi, de Santa Sofía y del Hipódromo. El taxi se detuvo y bajaron.

Caminaron diez minutos más hasta que llegaron a una calle estrecha, de un carril y medio de ancho como mucho. No había coches, pero por el centro de la calle transcurrían vías de tranvía. Altos edificios de piedra de siglos pasados se apoyaban unos en otros, con tiendas y almacenes en los bajos y en los primeros pisos. Inspiró. En el aire de la noche flotaba el aroma exótico del comino y del tabaco perfumado con manzana.

—Esta es la Istiklal Caddesi —le dijo—. *Cadessi* significa «avenida». Nuestro hotel está a cuatro manzanas.

Mientras seguían caminando, ella le comentó:

—Parece que conoces muy bien Estambul. ¿Habías estado aquí otras veces?

—No. Lo busqué en Google.

El hotel era una estructura recubierta de estuco, con puerta de entrada sencilla de madera y, a la derecha, dos ventanas con contraventanas. La calle era tranquila; las tiendas estaban cerradas y no había restaurantes, cafés ni bares que atrajeran al público.

Judd redujo el paso.

—Tenemos un pequeño problema. Tú solo tienes tu pasaporte verdadero, lo que significa que tienes que dar tu nombre en el hotel. De modo que voy a entrar yo primero, y me registraré con uno de mis alias. Después, saldré a buscarte.

A una señal de él, Eva se ocultó en el portal de una tienda de bisutería. Su chaqueta y sus pantalones vaqueros oscuros se fundían con las sombras.

«Está aprendiendo», pensó Judd mientras se apartaba de su lado y entraba en el hotel. El interior era oscuro y profundo, con maderas antiguas sin barnizar y tapicerías ajadas. Tal como lo había esperado, el empleado le entregó una caja de cartón sencilla que llevaba escrito en mayúsculas en la tapa el nombre falso que había empleado. Judd dio las gracias a Tucker mentalmente. Hizo un pedido al servicio de habitaciones, caminó hacia el ascensor del fondo y siguió adelante hasta salir por la puerta trasera.

Cuando apareció en la entrada del callejón no pudo ver a Eva, por lo bien que estaba oculta en la entrada de la tienda.

Ella salió aprisa, con interrogación en la mirada.

—Todo bien —le dijo él mientras desandaban su camino por el callejón—. Les he dicho que mi hermano vendría a reunirse conmigo dentro de un par de días.

—Creía que solo tenías primos.

Él sonrió.

—Ahora tengo un hermano.

Subieron hasta el sexto piso por las escaleras traseras. Ella había acordado con él que era más seguro que los dos se alojaran juntos. La habitación tenía dos camas pequeñas y estaba amueblada de manera austera, con muebles del recargado estilo turco antiguo.

Mientras ella entraba en el baño, él dejó la bolsa de viaje en la cama más próxima a la puerta y abrió la caja. Dentro había una nueva pistola semiautomática subcompacta Beretta, igual que la que él había tenido que dejar en Roma. La revisó, la cargó con munición de la caja y se probó y ajustó la sobaquera de lona. Una vez satisfecho, fue a la ventana. Las luces de la ciudad se extendían ante él en un panorama rutilante, incitante.

—Ven a ver esto —dijo. Abrió los dos batientes verticales de la ventana y se

asomó.

Ella salió del baño; había recuperado por fin su aspecto atractivo. Él juzgó que empezaba a sentirse segura de nuevo. Olía a fresco, a jabón y a agua de rosas.

Ella también se asomó a la ventana.

—¡Qué vista tan espléndida!

—Estambul es la única gran ciudad del mundo que abarca dos continentes —dijo él—. Se levanta sobre siete colinas, igual que Roma. El barrio Sultanahmet, donde estamos nosotros, está sobre la primera colina por el sur. Es el centro histórico de la ciudad. ¿Ves aquello?

Un castillo de fuegos artificiales multicolores se esparcía sobre las aguas oscuras del Mármara.

—Eso es de un barco de boda. Mira las mezquitas iluminadas. Las cúpulas y los minaretes. Los templos y las iglesias. El laberinto de calles tortuosas.

La noche daba a la antigua ciudad una cualidad especial, como si esta se estuviera revitalizando en secreto mientras dormían sus habitantes.

—Debía de tener un aspecto parecido durante el periodo bizantino, cuando los emperadores estaban conquistando el mundo y recopilando los mejores libros.

—Es hermoso. ¿Todo esto lo has aprendido de Google?

—De mi padre. Siempre tuvimos la intención de visitar juntos la antigua Constantinopla. Así fue como aprendí que a Estambul la llamaban la Ciudad Deseada por el Mundo. A él le gustaba este hotel en especial. Tiene asociada mucha historia.

Se volvió hacia ella con tensión en el pecho.

—Si mi padre era miembro del club de bibliófilos cuando Charles se afilió a la biblioteca, puede que fuera responsable de alguna manera del cadáver en la tumba de tu marido, y de que te metieran en la cárcel. Solo quería decirte que lo siento.

—Charles me dijo que habían tenido intención de matarme, pero que él les convenció para que no lo hicieran —dijo Eva. Soltó un suspiro profundo y sintió que se abría un vacío entre los dos—. Sé que querías a tu padre. Lo que hiciera o no hiciera él, no tiene nada que ver con lo que eres tú. No es culpa tuya.

Pero él percibió que, de alguna manera, quedaba manchado en la mente de ella. Volvió al interior de la habitación, recordando. Cuando él era niño y adolescente, su padre faltaba de casa durante periodos de tiempo cada vez más largos. Los había trasladado de una parte de Washington a otra, mudándolos a casas cada vez mayores y más caras. La soledad de su madre. Los bonitos regalos que traía de cada viaje: obras de arte, joyas, muebles, libros. Su padre no solo se hacía más rico, sino también más esbelto y más fuerte. A medida que se le volvía gris el pelo, sus conversaciones se habían ido centrando con mayor frecuencia en lecciones que quería transmitirle. Piensa por ti mismo. Todo lo que puedas aprender es poco. Solo tú puedes protegerte a ti mismo. El dinero resuelve casi todos los problemas.

—Me dijiste que trabajas con contrato para la CIA —dijo Eva—. ¿A qué te dedicabas antes?

—Inteligencia Militar. El Ejército. Me retiré cosa de un mes antes de que mataran a mi padre.

—Eres un chico rico con todas las oportunidades del mundo. Apuesto a que a tu padre le habría encantado que hubieras seguido la vía directa hasta llegar al despacho del director en la Bucknell.

—Es verdad.

Aquel había sido el sueño de su padre, en efecto.

—Pero terminaste en el Ejército. ¿Por qué?

—Parecía lo correcto. Y no: fue antes del 11 de septiembre.

—De manera que te rebelaste, convirtiéndote en un tipo recto. Pero eso no es todo, ¿verdad? ¿Quién eres tú en realidad, Judd Ryder?

Él no tenía respuesta para esto. Un golpe en la puerta lo salvó. Se acercó en silencio a la puerta mientras sacaba la pistola, y miró por la mirilla. Había llegado la cena.

Comieron en una mesilla del rincón: albóndigas de cordero con salsa de limón, ensalada de berenjena asada, de sabor penetrante, y una ración de nueces picadas y pimientos rojos. Charlaron en voz baja; y, cuando terminaron, él sirvió raki, un licor anisado de aspecto lechoso, bebida turca que solía tomar con su padre en su casa. Cuando estaba dando una copa a Eva, sonó su teléfono móvil encriptado.

Ella miró hacia la cama de él, donde estaba el móvil.

—Espero que sean buenas noticias.

Él ya estaba tomando el aparato. Cuando pulsó el botón de aceptar la llamada, confirmó los deseos de Eva diciendo:

—Hola, Tucker.

Ella dejó la copa y escuchó la conversación, para lo cual Judd activó el altavoz del móvil.

—¿Habéis llegado? —preguntó Tucker.

—Sí; estamos en el hotel —dijo Judd—. Tu paquete nos estaba esperando. Gracias. Has de saber que Preston estaba en el aeropuerto. Lo esquivamos. Esta vez no ha sido una filtración; nos localizaron por el teléfono móvil de Eva.

—Dios santo —dijo el maestro espía, con voz de frustración.

—¿Has descubierto algo acerca de Yakimovich? —le preguntó Judd.

—Sí; tengo una buena pista de una fuente de Estambul. En el Gran Bazar hay un mercader de caligrafía antigua que se supone que sabe dónde se encuentra Yakimovich. Se llama Okan Biçer, y entra a trabajar hacia las tres de la tarde. Te enviaré por correo electrónico su foto y las señas de su tienda.

Cuando Judd se hubo aprendido de memoria las señas y hubo examinado la foto,

cortó la conexión y volvió a arrojar el móvil sobre su cama. Después, alzó la copa, y Eva hizo otro tanto. Hicieron chocar los bordes con un tintineo suave. Al beber, evitaron la intimidad de un cruce de miradas, el dolor de su pasado común y la preocupación por lo que les traería el día siguiente.

CAPÍTULO

38

Condado de Fairfax, Virginia

Cathy Doyle estaba agotada. Era casi la una de la madrugada y el día había estado cargado de trabajo y de las presiones habituales asociadas con sacar adelante con éxito las diversas misiones que tenía en marcha Catapult. Mientras atravesaba con el coche el río Potomac para entrar en el estado de Virginia, camino de su casa, encendió la radio. Pero estaban dando un reportaje sobre nuevos ataques terroristas en el este de Afganistán, y ella ya conocía bastantes datos sobre ello; lo que menos le hacía falta era que le repitieran aquellas noticias sombrías. Apagó la radio.

Virginia era una tierra de núcleos urbanos congestionados entre anchas extensiones de bosques y tierras de labranza. A ella le encantaba; siempre le recordaba al estado de Ohio, donde se había criado. Tomó una carretera secundaria de dos carriles, bañada por la luz de la luna. A aquellas horas el tráfico era ligero; las casas, distantes unas de otras, estaban casi todas a oscuras.

Pensó con nostalgia en sus dos hijas gemelas, que estaban de vuelta en casa por las vacaciones de primavera de la Universidad de Columbia, y en su marido, abogado en el Departamento de Trabajo, que acababa de volver de una conferencia en Chicago. Estarían todos dormidos, y ella tampoco tardaría mucho en estarlo.

Tarareando para sus adentros, observó la carretera. Apenas había tráfico, y sintió que se relajaba. Estaba pensando de nuevo en su casa y en su cama, cuando advirtió que había un coche tras ella. Miró el velocímetro. Estaba fijo en los sesenta y cinco kilómetros por hora, donde ella quería; y el otro tipo también. Alguien más que se dirigiría a su casa para dormir a gusto.

A su derecha clareaba el bosque, y pudo ver el río, con su superficie ondulada, pintada de plata sedosa por la luz de la luna. También aquello le gustaba. La naturaleza con toda su belleza. Bajó un poco la ventanilla. Entró silbando el aire, el aire fresco de la noche con su sabor a la humedad del río. Volvió a encender la radio, y esta vez encontró una emisora que daba *blues*. Ay, sí.

Acomodándose en su asiento, echó una ojeada al retrovisor. Y después miró fijamente. Los faros del otro vehículo se iban acercando, bombardeando de luz su coche. Pisó el acelerador para alejarse. Cuando pasó de los noventa por hora, volvió a mirar por el retrovisor. Su perseguidor estaba más cerca todavía. Seguía sin haber

más tráfico cuando empezó a ascender la cuesta alta y larga que terminaría por descender hacia el valle donde estaba su casa, a solo tres kilómetros más allá.

Volvió a mirar por el retrovisor. El otro vehículo había dejado el carril y había pasado al del sentido opuesto. Era una camioneta grande. No había puesto el intermitente, ni tampoco había reducido la velocidad.

Ella clavó el pie en el acelerador, acercándose a los ciento diez por hora. La camioneta se retrasó, de nuevo en el carril de la derecha. Pero, acto seguido, sus faros volvieron a aproximarse bruscamente. Mientras ella pisaba a fondo el acelerador, el otro pasó al otro carril y la adelantó. A ella se le secó la boca mientras subían la cuesta juntos a toda velocidad.

Frenó para quedarse atrás. Demasiado tarde. La camioneta impactó de lado con su coche. Ella, furiosa, se esforzó por controlar el volante. La furgoneta volvió a golpearla, aguantando, empujándola hacia el barranco que daba al río. Esta vez se le escapó el volante de entre las manos.

Llena de terror, asió el volante mientras el coche atravesaba el guardarraíl, superaba el borde del barranco y se despeñaba entre pinos jóvenes, chocando contra peñascos. Las colisiones sucesivas la agitaron de un lado a otro. Cuando el sedán voló sobre el borde de una última cortada y se precipitó hacia el río, sintió un momento de colisión cegadora, y después, nada.

Washington, D. C.

A las ocho de la mañana, en el cuartel general de Catapult había un ambiente solemne y silencioso, a pesar de que ya había llegado todo el personal del turno de mañana. Una sensación de duelo y consternación invadía el edificio. Había corrido la noticia del accidente mortal de Catherine Doyle. Tucker se había enterado hacía unas horas, despertado por su viejo amigo Matthew Kelley, director del Servicio Clandestino. Al ver que Cathy no llegaba a casa, su marido había llamado. Después, la Policía Estatal de Virginia había encontrado su coche sumergido en el río, con solo un fragmento del techo visible. El vehículo estaba muy abollado, lo que concordaba con el terreno por el que se había despeñado, y al parecer Cathy se había ahogado. Habría un informe oficial, y los resultados del forense saldrían al cabo de unos días.

Tucker rondaba por el antiguo edificio de ladrillo, hablando con su gente, consolándolos y consolándose a sí mismo a la vez. Cathy había sido buena jefa, exigente pero justa, y la apreciaban. Los animó a que volvieran al trabajo. Sus agentes del extranjero contaban con ellos. Además, así lo habría querido Cathy, y ellos lo sabían.

Por la tarde ya se había avivado el ritmo; las voces hablaban del trabajo, los teléfonos sonaban, los teclados funcionaban. Volvió a su despacho e intentó

concentrarse. Por fin, se impuso el hábito de toda una vida y se concentró en su trabajo.

—Hola, Tucker.

Hudson Canon estaba en la puerta con aspecto de preocupación. Era un director adjunto del Servicio Clandestino; había sido agente de campo durante mucho tiempo hasta que lo habían hecho venir a Langley para que supervisara a un grupo de personas que, a su vez, preparaban misiones y las dirigían. De poca estatura, aire digno y muy musculoso, producía la impresión de un bulldog del mejor pedigrí, con su nariz chata, sus ojos negros y redondos y sus mejillas gruesas.

—¿Cómo vas? —le preguntó Canon.

—Es una noticia terrible, claro está. Echaremos mucho de menos a Cathy.

—Gloria dice que todos están trabajando de firme, pero he de decir que este sitio parece un poco un mausoleo. Maldita sea. Yo estimaba mucho a Cathy. Una gran mujer.

—Siéntate —dijo Tucker, indicándole un asiento—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Canon esbozó una rápida sonrisa y se sentó ante el escritorio.

—Matt Kelley me ha enviado a ocupar el lugar de Cathy hasta que se designe a un nuevo jefe —dijo—. ¿Te interesa el puesto?

—Qué rapidez…

—Ya te digo. ¿Te interesa?

Tucker sintió un peso en el alma.

—Déjame que me lo piense.

Ya le habían ofrecido el puesto a él antes de que se lo dieran a Cathy, y lo había rechazado.

—Todavía no he ido al despacho de Cathy —siguió diciendo Canon—. He dicho a Gloria que recoja todas sus cosas particulares antes de instalarme yo allí. Mientras tanto, quisiera que me pusieras al día. Empieza por las misiones más calientes.

Canon cruzó las piernas y hablaron. Tucker le informó sobre Berlín, Bratislava, Kiev, Teherán, y otros puntos. Canon ya conocía los datos básicos de cada una de estas misiones por los informes semanales de Cathy.

—He oído decir que puede que hayáis tenido una intrusión en el sistema de correo electrónico o de internet.

—Debi lo está estudiando —le dijo Tucker—. Alguien entró, en efecto, y pudo acceder al correo electrónico de Cathy durante cosa de tres minutos.

Canon torció el gesto.

—Lo suficiente para robar más de lo que querríamos ninguno de nosotros.

—Estoy de acuerdo. Pero no sabemos con certeza qué se llevaron. Puede que no tocaran nada. En cualquier caso, ese camino ya está cerrado, y el equipo de Debi está en alerta máxima, buscando hasta los menores indicios de cualquier intento de

intrusión. Desde entonces no se ha llegado a descubrir nada más. El problema es que la ruptura se produjo durante el turno de noche, cuando teníamos menos personal. Pasaron por alto al invasor… Está claro que era buenísimo.

—Ya veo. ¿Qué más tienes para mí?

Tucker emprendió una descripción de la operación de la Biblioteca de Oro. Cuando hubo concluido, Canon se recostó en su asiento, reflexionando.

—¿Es esto un empleo prudente de los recursos de Catapult? —le preguntó por fin —. Todavía no tienes ninguna prueba de que haya relación con el terrorismo. ¿A quién demonios le importa la Biblioteca de Oro? Que es una reliquia maravillosa de la antigüedad…, ¿y qué? Ese es el terreno de los historiadores y de los antropólogos. Es una pérdida de un tiempo que podría dedicarse mejor a misiones más trascendentes.

Tucker se puso rígido.

—Comprendo tu punto de vista, pero ahora ya estamos muy metidos en ello. Tengo a un contratado y a una civil en estado de fuga, perseguidos. Y un muerto que apareció vivo y que decía que era el bibliotecario jefe. Ahora también está muerto, y esta vez es de verdad. Y hay otros cadáveres, como los de Jonathan Ryder y los Charbonier.

—¿Has descubierto por medio de Ryder o de los Charbonier algo acerca de la situación de la biblioteca?

—Todavía no. La vida de Jonathan es mucho más fácil de investigar. Tenemos los datos de sus viajes; pero era hombre de negocios internacional y volaba por todo el mundo. Son muchas ciudades y poblaciones. En cuanto a los Charbonier, tenemos que trabajar con los franceses para conseguir información, y eso es difícil. Ya sabes lo reservados que pueden llegar a ser.

—Será otro callejón sin salida.

—Puede. Pero las dos personas que tengo en Estambul tienen una buena pista. Debemos seguirla.

—¿Una buena pista? ¿De qué se trata?

—Un hombre llamado Okan Biçer. Vende caligrafía en el Gran Bazar —dijo Tucker, echando una mirada a su reloj—. Se supone que sabe dónde se encuentra un viejo conocido del marido de Eva Blake, un tratante de antigüedades llamado Andrew Yakimovich. Esperan que Yakimovich tenga guardado algo para dárselo a Blake, algo que les indique dónde está la biblioteca.

Hudson Canon dio muestras de estar pensándoselo. Por fin, asintió con la cabeza.

—Yo ya había manifestado a Cathy mis reservas sobre si esta operación merecía la pena o no, pero ella me convenció para que le diésemos algo más de tiempo. Tus argumentos a favor de darle más tiempo también son válidos. No obstante, yo también he consultado a mi jefe. Sobre todo ahora que ya no está Cathy y que

tendremos que reorganizar Catapult, vamos a tener que replegarnos. Tienes treinta y seis horas para encontrar la biblioteca. El jefe dice que, si para entonces no sabes dónde está, cerremos el grifo y pongamos fin a la operación.

CAPÍTULO

39

Peshawar, Pakistán

Cuando Martin Chapman entró en camión en la cuidad de Peshawar, contaminada y paranoide, se cernían sobre ella densos nubarrones de tormenta amenazadores, y la temperatura había descendido tres grados. Chapman llevaba puesto el *shalwar kameez* tradicional, la camisa larga con pantalones bombachos que llevaban la mayoría de los hombres pakistaníes, de manera que podía pasar por un uzbeko, por un checheno o por un pastún de piel clara.

Aquella ciudad, hervidero de talibanes y de Al Qaeda, era donde había acordado reunirse con el señor de la guerra que le había prometido salvoconducto. Con todo, Chapman no era partidario de fiarse de promesas. Llevaba la pistola al cinto, con el cierre de la pistolera abierto y la mano en la empuñadura. A su lado estaba el AK-47 del conductor del camión, con el cargador lleno.

Peshawar era una guarnición armada. Hombres y niños, algunos de solo cinco años, llevaban armas de muchos tipos, colgadas, al hombro o entre las manos. No en vano aquella era la capital de la provincia de la Frontera del Noroeste, a solo diez kilómetros de las Áreas Tribales bajo Administración Federal, sin ley. Los yihadistas acudían en masa a la ciudad para reagruparse, para luchar, para comprar e intercambiar armas y provisiones y para disfrutar de la civilización. Había sido desde siempre refugio de contrabandistas y centro de fabricación de armas autóctonas. Pero ahora más que nunca. Domicilios privados funcionaban como talleres de armas de fuego. Familias enteras fabricaban, con las herramientas más elementales, copias de buena calidad de armas cortas y medias destacadas.

Mientras el camión circulaba por la ciudad, a Chapman le impresionó aquella pobreza y aquella destrucción. Las calles estaban salpicadas de edificios reducidos a su esqueleto, algunos de los cuales apenas se mantenían en equilibrio con varios pisos de altura, consecuencia de ataques suicidas con bombas, asaltos de la Policía y algún que otro ataque con aviones no tripulados desde Afganistán, al otro lado de las montañas.

A pesar de todo ello, la gente se esforzaba por mantener la normalidad. Mujeres envueltas en burkas fantasmagóricos rondaban como sombras de tienda en tienda, llevando bolsas de la compra de malla. Hombres con turbantes tribales o con gorras

pakul (la gorra tradicional de lana, redonda y plana) posaban para retratarse ante viejas cámaras fotográficas de cajón, montadas sobre trípodes de madera destartalados.

—Nosotros *allí pronto* —dijo el conductor a Chapman. Era un pastún afgano que trabajaba directamente para el señor de la guerra. Afortunadamente, entendía el inglés mucho mejor de lo que lo hablaba.

El conductor hizo un giro con el camión para tomar la carretera de Lahore. Saltando con los baches, hizo otro giro y pisó los frenos. Se levantó una nube de polvo sofocante a su alrededor. Se habían detenido ante una tienda de armas de fuego.

—¿Es aquí? —preguntó Chapman.

El conductor asintió con la cabeza con entusiasmo.

—Espera aquí —le ordenó Chapman.

Asintiendo de nuevo con la cabeza, el hombre apagó el motor y levantó la vista a través del parabrisas, observando el cielo tormentoso del anochecer. Sacudió la cabeza con desagrado, y se bajó del camión y encendió un cigarrillo marrón.

Chapman también se bajó, maldiciendo para sus adentros a Syed Ullah por haberse empeñado en que se reunieran en Peshawar. Pero Ullah era así. Era miembro de una larga estirpe de jefes tribales pastunes de la provincia fronteriza de Jost, en Afganistán. Era un señor de la guerra independiente, y las órdenes de Kabul le eran indiferentes.

Cuando Chapman caminaba hacia la tienda, apareció en la puerta Ullah, llenándola por completo. Era un hombre gigantesco, de complexión fuerte, con manos que daban la impresión de que podrían sujetar con la palma una bola de jugar a los bolos. Tenía los pómulos marcados, los ojos castaños, fríos e inteligentes, muy separados, y llevaba bien recortado el espeso bigote sobre su boca ancha. Llevaba puesto un jersey de lana marrón, un *shalwar kameez*, y botas negras pesadas. En pistoleras, a ambos lados de la cadera, llevaba dos pistolas iguales con cachas de madreperla.

Parecía tranquilo y pagado de sí mismo.

—Aquí está usted, Chapman. Pase. *Pekher ragle*.

«Bienvenido».

Chapman entró y se detuvo, manteniendo apariencia de despreocupación. Allí estaban a la venta armas que iban desde las pequeñas pistolas de dos tiros hasta lanzacohetes trucados. Las armas estaban amontonadas de a cuatro y cinco en fondo sobre las paredes, en estantes que llegaban hasta el techo, y puestas de pie en los rincones, formando pabellones semejantes a pajares. El local olía a grasa barata. Al fondo de la tienda, cerrando silenciosamente el paso a una puerta, estaban de pie seis de los soldados de Ullah. Llevaban fusiles, y tenían flores en los cinturones a la manera pastún. Cada uno llevaba al pecho dos cananas cruzadas, en las que no solo

había balas sino granadas de mano colgantes.

El señor de la guerra recorrió la tienda con la mirada sonriendo con orgullo, y después bajó la vista hacia Chapman.

—Es impresionante —reconoció Chapman.

A un gesto de la cabeza de Ullah, sus hombres se dirigieron a la puerta principal abierta.

—Van a traer aquí las cajas. ¿Lleva usted en la trasera del camión lo que acordamos?

—Todo.

—Bien, bien.

Ullah señaló con gesto ampuloso los dos taburetes bajos que estaban junto a un escritorio.

Se sentaron. Se había extendido un mantel de seda blanca con puntillas, y los esperaba, dispuesta en el centro, una tetera de porcelana blanca decorada con amapolas rojas. El señor de la guerra vertió té en dos tazas con borde de oro y montadas en bases decorativas doradas, con asas también doradas.

Entregó una taza a Chapman sin ofrecerle leche ni azúcar.

—Este es un buen té negro de la India, aromatizado con cardamomo y miel. Solo lo sirvo en las ocasiones más importantes, a mis huéspedes más importantes. Según nuestro código Pashtunwali, tengo el deber de brindarle hospitalidad, de estimarlo y de protegerlo.

Ullah levantó su taza a modo de saludo.

Chapman levantó también la taza e hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza. Bebieron, y Chapman no hizo ningún comentario sobre aquel código, pues sabía muy bien que la hospitalidad del señor de la guerra quedaría en nada y que su propia vida correría peligro si no cumplía su parte del acuerdo. Los pastunes se regían por unos fuertes vínculos culturales, emocionales y sociales, el código Pashtunwali. Por otra parte, para ellos luchar era como respirar. Según un viejo dicho pastún, «Yo contra mi hermano; mi hermano y yo, contra nuestros primos, y nuestros primos y nosotros contra el enemigo, cualquier enemigo». Así confirmaban su honra, y no parecía que les importase si alcanzaban el éxito… o la muerte.

Uno de los hombres de Ullah entró con la primera caja en una carretilla, seguido de otro, y de otro más; todos desaparecían por el fondo de la tienda. Desde Karachi, las cajas se habían enviado a Islamabad, y de allí se habían llevado en camión a Madari, donde había llegado Chapman en avión desde Omán y se había reunido con el conductor de Ullah.

Retumbó un trueno en algún lugar de las colinas lejanas.

—Ahora se darán más prisa mis chicos —comentó Ullah con humor.

Espetó una orden en pastún a un soldado que había acelerado y pasaba

rápidamente junto a ellos con otra caja. El hombre hizo girar la carretilla, la llevó hasta Ullah y arrancó la tapa de la caja con una palanqueta.

Ullah y Chapman se pusieron de pie y bajaron la vista. Ullah se agachó desde su gran altura para palpar un uniforme de camuflaje nuevo del Ejército de los Estados Unidos.

—Bien, bien.

—Las otras cajas contienen más uniformes —le dijo Chapman—. Cascos de Kevlar con visores de visión nocturna, portagranadas, unidades de GPS, teléfonos móviles encriptados, bengalas, carabinas M4 con mira telescópica y chalecos antibalas. Todo lo que acordamos y más; todo reglamentario del Ejército y auténtico.

—Revisaré todas las cajas antes de que se marche usted.

El señor de la guerra volvió a instalarse en su taburete; la delicada taza de té se perdía de vista en su manaza cuando bebía.

Por un instante, Ullah dejaba de ser el pendenciero belicoso, el Mike Tyson de las tierras tribales, para ser el caballero de buen gusto. Exiliado a Pakistán por los talibanes en la década de 1990, había regresado a Afganistán después del 11 de septiembre para encabezar a soldados antitalibanes, participando y dejando de participar en diversas alianzas, sin vincularse al Gobierno nacional ni a las fuerzas de coalición. En la actualidad, su base de operaciones era una región extensa de la provincia oriental de Jost que era principalmente rural y atrasada. Su retrato estaba expuesto en todas las oficinas, tiendas y escuelas, y mantenía un control firme con su ejército personal de más de cinco mil hombres.

Lo que importaba más a Chapman era que poseía veinticinco kilómetros cuadrados de tierra que a él le hacían falta.

Un rayo surcó los nubarrones, iluminando la tienda en un momento de luz blanca sobrecogedora. Retumbó el trueno, y los cielos se abrieron. La lluvia cayó en un torrente brutal mientras introducían apresuradamente la última caja.

Ullah se asomó sobre el borde de su taza.

—Hablando de mi dinero. Estoy impaciente por recuperarlo.

—Lo recuperará. Pronto.

—Ahora mismo.

Cuando Chapman descubrió que el propietario de la tierra era Ullah, había ordenado una investigación completa de aquel hombre. Por medio de Carl Lindström, miembro del club de bibliófilos, la jefa de seguridad de este, *hacker* consumada, había descubierto una cuenta oculta en el extranjero con unos veinte millones de dólares de beneficios del tráfico de drogas y de armas. Si Chapman se la desvelaba al Gobierno de Kabul, el ministro de Finanzas la confiscaría, y el presidente encontraría modos desagradables de castigar a Ullah.

En vez de ello, Chapman, con su empresa de inversiones, había comprado el

banco… y había bloqueado la cuenta. Con ese incentivo, Ullah había accedido a reunirse con Chapman en una localidad playera del mar Caspio. Allí, Chapman se había brindado a liberar el dinero y a dar a Ullah un pequeño porcentaje en un trato que el canalla avaricioso no podía rechazar. Obtendría beneficios enormes, durante décadas, a través de un negocio honrado que podría servirle para blanquear sus beneficios de la heroína y del opio. Pero todo dependía de que Chapman pudiera comprar aquella tierra, que el señor de la guerra no podía vender porque la tenía alquilada a los Estados Unidos para una base avanzada secreta.

—Cuando termine el trabajo, tendrá su dinero —le dijo Chapman.

Ullah lo miró con dureza.

—Tal como acordamos —le recordó Chapman, pensando en el código Pashtunwali.

Hubo una pausa. Después, Ullah rio por lo bajo y cambió de tema.

—¿Por qué quiere usted mi tierra?

Esto ya se lo había preguntado varias veces.

—Se enterará en cuanto me haya firmado la venta.

Ullah asintió con la cabeza.

—Me alegro de que haya llegado a tiempo. Podremos llevar las cajas a Jost en camión mañana.

—¿Y después? —le apuntó Chapman.

—La noche siguiente, doscientos cincuenta de mis hombres se pondrán sus uniformes y emplearán sus armas para acabar con unos cien aldeanos. Muchos tiros y cadáveres. Mucha sangre. Haré que estén presentes un reportero pakistaní y un cámara. Harán muchos vídeos. Todo el mundo verá el espectáculo espléndido de los soldados *americanos* masacrando a civiles inocentes.

Se rio ruidosamente, haciendo brillar sus dientes perfectamente blancos.

Dado el ambiente político de Afganistán, que había cambiado y estaba cargado, el Gobierno nacional de Kabul insistía en que se mantuviera en secreto su complicidad con el funcionamiento de la base avanzada estadounidense. Pero cuando la masacre saliera a la dura luz del escándalo internacional, a Kabul no le quedaría más opción que cerrar la base. Por entonces, por supuesto, Ullah ya habría hecho desaparecer todos los uniformes y el armamento estadounidense, y los que conocieran la verdad de lo sucedido estarían obligados al silencio por el código Pashtunwali. La consecuencia sería que el señor de la guerra podría vender aquella tierra por fin a Chapman.

Mientras llovía a cántaros, Ullah se jactaba de sus éxitos anteriores en los combates, con relatos espeluznantes con los que pretendía recordar a Chapman su poder. Pero Chapman poseía algo que Ullah no tenía: el conocimiento de lo que había en aquella tierra, y la capacidad técnica para explotarlo. En Afganistán había muchas

riquezas naturales, pero el país, destrozado por la guerra, era inestable, lleno de analfabetismo y falto de preparación, y no estaba en condiciones de hacer uso de aquellos recursos, ni entonces ni en el plazo de varias décadas.

En cuanto se hubieron terminado el té, el señor de la guerra anunció:

—Ahora, vamos a revisar las cajas.

—Adelante. Yo tengo que hacer una llamada por teléfono. Volveré con usted en cuanto haya terminado.

Mientras Ullah se dirigía a la habitación del fondo, Chapman se acercó a la parte delantera de la tienda y se quedó de pie, solo, ante la ventana. La tormenta había cesado de manera tan brusca como había empezado, y el cielo se despejaba. Con ese buen augurio, marcó en el iPhone el número de su esposa. Llevaban días sin hablar, y hacía un mes que no la veía. Echaba de menos su voz.

Pero atendió la llamada Mahaira, su asistente.

—Se está duchando. Lo siento mucho.

—¿Dónde estáis? —preguntó él, conservando la calma en la voz.

—En Atenas, como pidió usted.

Soltó un suspiro de alivio. Vería a su esposa al cabo de pocas horas.

—¿Cómo estuvo la fiesta en Saint Moritz?

Debía ser una fiesta de gala, la *jet set* con toda su gloria voraz.

—Llevó al baile el collar, los pendientes y la diadema de diamantes —dijo Mahaira con orgullo—. Estaba preciosa. Rutilante, como una estrella.

El collar y los pendientes habían sido de la madre y de la abuela de ella. Él los había comprado hacía dos décadas, cuando la familia de su mujer se había arruinado. La diadema era nueva, comprada el año pasado. Recordaba la emoción en los ojos de ella, cómo se había puesto a dar palmadas y a bailar por la habitación con la diadema puesta, desnuda, hermosa.

—¿Me echa de menos?

—Por supuesto —respondió Mahaira, con demasiada precipitación—. Terriblemente.

Cuando hubo colgado, sacó la foto de su su cartera y se la quedó mirando, volviendo a vivir el pasado, la felicidad, las esperanzas y los sueños de la juventud. Era una copia de la foto que tenía siempre en su escritorio, en el criadero de caballos árabes de Maryland que era su base principal. Allí estaba Gemma, joven y radiante, con su traje de noche largo y ajustado, con los diamantes de la familia centelleando al cuello y en las orejas; y él, con su esmoquin alquilado. Ya hacía mucho tiempo de aquello; era cuando tenían poco más de veinte años y estaban profundamente enamorados.

Sonó su teléfono móvil. Guardó la foto y respondió a la llamada.

Era Preston, con voz de júbilo.

—Catherine Doyle está muerta, y tengo la información de dónde se dirigen Ryder y Blake en Estambul.

—Dame los detalles.

—El contacto es Okan Biçer, vendedor de caligrafía en el Gran Bazar. He contratado a hombres de aquí, y voy para allá.

—Bien. Mantenme informado.

En cuanto colgó, Chapman telefoneó al Carnívoro y le retransmitió la información. No podían quedar cabos sueltos que obstaculizaran el ataque del señor de la guerra contra Jost, y menos si suponían una intervención de la CIA.

—Preston se limitará a dejar preparado el golpe, tal como acordamos —concluyó.

El Carnívoro hablaba con voz neutra.

—Eso es aceptable. Estoy en Estambul. Puede dar sus dos objetivos por barridos.

CAPÍTULO

40

Estambul, Turquía

El aire se llenaba de un catálogo de los idiomas del mundo mientras la multitud entraba en el Gran Bazar por la puerta de la Luz de los Otomanos. Eva miraba a un lado y otro mientras Judd y ella avanzaban con el río humano. Si bien muchas mujeres llevaban vestidos de verano con los hombros desnudos y con la falda por encima de la rodilla, otras se cubrían el pelo con tocados *khimar* tradicionales y el cuerpo con abrigos largos. Algunos hombres lucían feces y largos bigotes y otros iban afeitados y llevaban traje, o llevaban la piel al descubierto con camisetas de tirantes y pantalones cortos.

Habían estado vigilando la presencia de Preston o algún indicio de que los estuvieran siguiendo. Antes de salir del hotel, habían cambiado su aspecto para reducir al mínimo las probabilidades de ser descubiertos. Ahora, ella tenía el pelo negro, muy recogido en un moño en la nuca, mientras que los cabellos castaños de Judd estaban teñidos de rubio y muy cortos. Judd llevaba gafas con cristales claros y tenía aspecto de turista vikingo bronceado.

Ella había pasado la noche inquieta, preguntándose cómo podía haber juzgado tan mal a Charles, y si Judd iría a traicionarla también de alguna manera. La verdad era que no consideraba responsable a Judd de lo que hubiera hecho su padre, a pesar de lo cual, en todo aquello había algo que la inquietaba. Esperaba poder seguir confiando en él.

En el interior, el mercado estaba animadísimo. Completamente cubierto con cúpulas, con gruesos muros exteriores con sus puertas y portones, tenía unas cuatro mil tiendas, con kilómetros y kilómetros de calles y avenidas y con rincones escondidos que solo conocían los locales.

Judd le estaba ofreciendo una visita guiada.

—Es el centro comercial cubierto más grande del mundo, y el zoco más famoso. Esta calle es la principal, la Kalpakçilarbai Caddesi. Mira todas las tiendas de oro. Son las que le dan fama.

La Kalpakçilarbai era un túnel de luz con elevada cubierta abovedada, altas ventanas y paredes claras adornadas con azulejos azules exquisitos. Parecía interminable, irradiaba riqueza y buen gusto, con los escaparates llenos de joyas,

placas y artículos decorativos de oro que relucían.

Judd fue guiando por un gran laberinto de callejuelas y pasajes, todos ellos bulliciosos de público. La vista cambiaba una y otra vez. Pasaron ante mezquitas, bancos, cafés y restaurantes. Desde las puertas de los *han* (las tiendas), los tenderos anunciaban en voz alta sus mercancías en diversas lenguas: la viagra turca más fuerte, la cerámica más fina, los mejores relojes, las antigüedades más encantadoras, los iconos más religiosos.

De pronto, se oyó un grito. Una mujer se volvió llevándose las manos a la cara con desesperación.

—¡El bolso! ¡Me ha robado el bolso! —gritó en alemán.

El tironero se alejaba corriendo con su larga cabellera flotando al viento; dobló una esquina, y se perdió de vista. La cosa había sido tan rápida que nadie había tenido tiempo de reaccionar. Mientras alguien indicaba a la mujer por dónde se iba a una comisaría de Policía, Eva y Judd pasaron a otra calle y llegaron por fin a su destino.

Era una zona pequeña de tiendas, sin salida, alrededor de un patio con azulejos; un resto pintoresco del Estambul antiguo. Las paredes estaban decoradas con fotos de derviches levógiros en sus danzas extáticas. Los *han* exhibían sus mercancías en el exterior. Se jugaba al chaquete en mesas de madera en el patio, y los jugadores bebían té en vasos en forma de tulipán. Eva detectó una banda de carteristas, compuesta de una madre y tres hijos, pero no vio que se estuviera robando a nadie.

—Veo la tienda —dijo a Judd.

En los escaparates del *han* se exhibían páginas antiguas con textos caligráficos. Cuando entraron en la tienda les sonrió un hombre maduro, robusto, que llevaba un caftán bordado.

—*Merhaba*—. «Bienvenidos».

Se hizo cargo al momento del aspecto de los dos, y pasó a hablar en inglés.

—Británica y sueco, ¿verdad? Les interesan nuestros hermosos textos caligráficos antiguos, claro está. Deben llevarse a su casa muchas páginas. Cuélguenlas en las paredes. Impresionen a toda su familia.

Eva recordó una foto de Okan Biçer que había enviado Tucker por correo electrónico. Aquel mercader no era él.

—Venimos a ver al señor Biçer, Okan Biçer —dijo ella—. Un amigo nos habló de él.

—Ah, tienen amigos comunes. Sin duda, su amigo los envió a que comprasen caligrafía. Tenemos la mejor de Estambul. De toda Europa y Asia.

—Me llamo Eva Blake —dijo ella, intentándolo de nuevo—. Andrew Yakimovich es amigo personal mío. Nos dijeron que el señor Biçer sabría dónde se encuentra Andy.

Él la examinó con astucia con sus ojillos negros, y después a Judd.

—¿No quieren caligrafía? Qué pena. Déjenme su número de teléfono y su dirección, y ya veré.

La cortina de abalorios que separaba la tienda de la trastienda se agitó como si alguien hubiera empezado a entrar pero se hubiera vuelto atrás…, o como si hubieran estado escuchando. Cuando el dependiente echó una mirada nerviosa atrás, Judd echó a andar hacia la trastienda, sorteando al dependiente.

El dependiente siguió a Judd apresuradamente.

—*Hayir, hayir, &mdash*;«No, no»*&mdash*;. Okan no está aquí. No está aquí.

Eva, tras echar una ojeada a los demás clientes, que los miraban con curiosidad, siguió a Judd, que apartó al mercader de un empujón, atravesó la cortina y abrió una puerta de madera. Un olor dulzón, empalagoso, llenaba el pasillo estrecho.

Avanzaron por él a buen paso, seguidos de cerca por el dependiente, que se lamentaba retorciendo las manos. Cuando pasaron por fin bajo un arco de piedra, Eva y Judd se detuvieron ante el espectáculo que les salió a la vista.

—Qué demonios… —exclamó Eva.

Había hombres descamisados tendidos en divanes desvaídos a lo largo de las paredes de piedra, con los ojos entrecerrados, con los feces puestos en la cabeza a diversos ángulos propios de borrachos. Algunos se apoyaban en los codos y sostenían largas pipas cuyas cazoletas se calentaban en lamparillas de aceite. En las cazoletas había *píldoras* marrones, de textura de cera… Opio. Era un fumadero de opio a la antigua usanza. Los hombres se volvieron hacia sus visitantes, a la luz de las lamparillas, con ojos ausentes, moviendo las mejillas para seguir inhalando los vapores embriagadores.

Okan Biçer estaba de pie entre los hombres; se frotaba los codos, muy turbado. Su cara, larga y delgada, estaba sudorosa, y los ojos le saltaban nerviosamente de un lado a otro. Hizo un rápido gesto de asentimiento con la cabeza al dependiente, que se encogió de hombros y volvió hacia la tienda.

Biçer, reponiéndose, se adelantó e hizo una reverencia.

—Este no es lugar para ustedes. Debemos salir de aquí. Después me dirán todo lo que puedo hacer por ustedes. Por ahí —dijo, señalando hacia la figura del dependiente que se retiraba.

Pero Eva ya se dirigía hacia un hombre que dormía tendido de costado en un diván. Su gran fez le cubría una oreja, y una de sus manos regordetas le colgaba hasta el suelo. Era cincuentón y tenía la cabeza grande, pelo gris espeso, mejillas redondas y pesadas y labios de una sensibilidad poco común. Tenía bolsas enormes y oscuras bajo los ojos, casi como cardenales, pero así es el opio. Solo llevaba puestos unos pantalones sueltos y unas zapatillas de tenis sin cordones, y roncaba suavemente.

Ella lo agitó del hombro.

—Despierta, Andy. Andy Yakimovich. Despierta.

Yakimovich, el tratante de antigüedades, se volvió hasta quedar tendido de espaldas, esparciendo el grueso vientre blanco. Roncó con más fuerza.

Judd asió a Yakimovich y lo dejó sentado, apoyado en la pared de piedra.

—Despierta, Yakimovich. *Polis*. —«Policía».

Abrió los ojos bruscamente, y la habitación se vació. Biçer huyó por otra puerta, hacia un lado, y los demás hombres se pusieron de pie trabajosamente y lo siguieron, tambaleantes. La adormidera del opio era uno de los cultivos principales de Turquía y, en virtud de acuerdos internacionales, los Estados Unidos compraban todos los años una parte importante del opio producido legalmente en el país. Pero, al igual que en los Estados Unidos, el uso no medicinal del narcótico era ilegal en Turquía.

—*Polis*? —murmuró Yakimovich, preocupado. Miró a Judd—. ¿Es usted de la Policía? No parece Policía. ¿De qué clase de Policía es usted?

Eva dio un golpecito a Judd en el brazo, y este se apartó.

—Hola, Andy. Soy Eva Blake, la viuda de Charles Sherback. Creo que Charles te dejó algo para mí.

A Yakimovich le vagó la mirada.

—No sois de la Policía. Marchaos.

Ella lo asió de la barbilla sin afeitar.

—Mírame, Andy.

Cuando él se hubo centrado en ella, le repitió:

—Me llamo Eva Blake. Soy la viuda de Charles Sherback. Quiero lo que te dejó para mí. Judd, saca la escítala.

Judd extrajo de la bolsa de viaje el objeto cónico de oro y se lo entregó. Brillaba aún con aquella luz escasa y se apreciaban sus grabados y su belleza. Eva se lo mostró a Yakimovich.

Una mirada tierna se asomó a los ojos de este. Le arrancó el bastón. Sujetándolo con ambas manos, se lo apretó contra el corazón.

—Te he echado de menos —murmuró.

—Creo que Charles me dejó un mensaje para enrollarlo alrededor de la escítala. Lo necesito… ahora mismo.

Él entrecerró los ojos.

—*Absque argento omnia vana* —dijo. Después esbozó una sonrisa que él debía de considerar encantadora.

—¿Qué quiere? —preguntó Judd.

—Es un dicho latino: «Sin dinero, todo es inútil». Quiere que le paguemos.

Eva arrancó a Yakimovich la escítala. Él la siguió ávidamente con la mirada.

—¿Quieres recuperarla? —le preguntó ella.

Él asintió con la cabeza.

—Sí. Por favor.

—Danos el mensaje de Charles y podrás quedarte con la escítala.

Yakimovich enfocó la mirada. Pareció por primera vez que veía de verdad a Judd y a Eva. Se estremeció, al tiempo que soltaba un suspiro.

—De acuerdo. Está en mi local.

CAPÍTULO

41

Andrew Yakimovich se echó por la cabeza una camisa blanca de algodón y salió, seguido por ellos, por la puerta lateral y por un pasadizo tortuoso de piedra. El aire olía a polvo, y las paredes eran irregulares. Por encima había bombillas desnudas, de luz vacilante. Se colocó cuidadosamente el fez sobre los cabellos grises y caminaba despacio, como un león herido, envejecido pero orgulloso.

—Los cimientos son bizantinos; la planta es otomana —les dijo—. Este es uno de los mundos ocultos del Gran Bazar. Por aquí hay cuartos que han servido de talleres durante siglos.

Observado por Eva, fue indicando diversas puertas. En pocas de ellas había letreros. La mayoría estaban abiertas, y en el interior se veía cómo se reparaban antigüedades, se engastaban piedras en plata y en oro y se cosían camisetas para turistas. Dentro de uno de los locales estaba la madre con tres hijos en la que se había fijado antes Eva, con media docena más de personas. La madre sacaba carteras de su bolso y se las daba a un hombre que estaba sentado tras un escritorio.

—¿Hasta dónde llega esto? —preguntó Judd.

—Va serpenteando —dijo Yakimovich, agitando una mano—. Puede que mida cuatrocientos metros.

Sacó una llave antigua, grande, y se detuvo. Abrió una puerta, pasó al interior e hizo girar un interruptor. El cable eléctrico subía por la pared y surcaba el techo. Unas bombillas de poca potencia se encendieron.

Eva y Judd lo siguieron al interior. Yakimovich había sido un tratante de antigüedades destacado, pero ahora parecía que había guardado toda su vida en aquella habitación cavernosa. Las cajas, casi todas sin etiquetar, se amontonaban hasta el techo, perdiéndose de vista en los recovecos oscuros. En un rincón estaban amontonados muebles antiguos, hermosos pero polvorientos. Había, apoyados en las paredes, altos rollos de alfombras hechas a mano.

Echando a su alrededor una mirada de propietario, llegó hasta una mesa de mármol y se sentó.

—La escítala, por favor —dijo con seriedad.

Eva la dejó en la mesa, que estaba vacía. No había libros de registro, ni de cuentas, ni cartas de compradores deseosos de adquirir alguno de los tesoros de Yakimovich. Ni siquiera sillas en las que pudieran sentarse los clientes.

Eva buscó el modo de formular la pregunta sin ofenderlo.

—¿Te has retirado, Andy?

Él soltó un bufido sonoro, y el rostro se le animó de aquel modo suyo que Eva recordaba.

—Eres muy amable. No me hago ilusiones acerca de en lo que me he convertido.

La miró con ojos que fueron penetrantes por un instante.

—En tiempos, fui grande, como Charles. Charles podía ser un canalla, pero yo lo entendía. Nosotros, los canallas, tenemos nuestro código propio. Sobre todo cuando compartimos una pasión.

Abrió un cajón pequeño y sacó una larga tira de cuero de color claro, en uno de cuyos lados se veían letras escritas con tinta negra. Eva inspiró hondo, llena de emoción. Por fin podrían descubrir, quizá, dónde estaba la biblioteca. Cuando Yakimovich hizo ademán de dejar la tira en la mesa, Eva se apoderó de ella. El cuero estaba rígido, pero se podía doblar. Tomó la escítala.

—Enrolla a partir del extremo más ancho —le recomendó Yakimovich.

Ella lo hizo tal como le había indicado, trabajando despacio. El proceso era engorroso, y la rigidez del cuero lo complicaba todavía más. Eva sentía a su lado el interés intenso de Judd. Cuando hubo terminado, tomó la escítala por ambos lados, sosteniendo la tira en su sitio con los pulgares, y puso el cilindro en posición horizontal para leer las palabras.

La inundó la desilusión.

—No veo más que letras sin sentido.

—Lo haré yo —dijo Yakimovich—. Hay que ayudar a las letras a que se conviertan en palabras.

Con un ademán airoso, el tratante de antigüedades tiró levemente del cuero seco y lo fue apretando contra la escítala con un pulgar mientras la hacía girar, reordenando la tira. Era un trabajo lento. Cuando hubo terminado por fin, hizo un gesto de satisfacción con la cabeza. Sosteniendo el bastón por los extremos, tal como había hecho Eva, para que no se deslizara la tira, hizo girar la escítala y estudió el texto.

—Está en latín, y es de Charles; pero puede que eso fuera de esperar, ya que fue él quien me lo dejó.

Siguió leyendo en silencio para sus adentros durante un momento. Después, levantó la cabeza bruscamente, con los ojos brillantes de emoción.

—Dios mío, Charles lo consiguió. ¡Lo consiguió! ¡Encontró la biblioteca! Escuchad esto: «La situación de la Biblioteca de Oro se puede encontrar oculta dentro del *Libro de los Espías*».

La tienda de caligrafía estaba en silencio. Se había hecho salir a los clientes y se había cerrado la puerta con llave. Al dependiente se le estaba formando en la mejilla una gran magulladura, donde le había pegado un puñetazo Preston. Iba encogido,

temeroso, mientras Preston lo asía con brusquedad del brazo.

—Enséñame exactamente dónde fueron —le ordenó Preston, y lo empujó a través de la cortina de abalorios hacia la trastienda.

El hombre corrió por el pasillo en penumbra hacia un hueco en forma de arco. Preston, siguiéndolo, sacó la pistola S & W y le enroscó el silenciador. A su espalda iban sus dos hombres, con las armas en la mano. Un tercer hombre no tardó en sumárseles.

Judd se inclinó hacia delante.

—Siga leyendo, Andy —le ordenó.

—¡Date prisa! —dijo Eva, emocionada.

—Aquí dice que el predecesor de Charles lo escribió dentro del libro, y después sacó el libro de la biblioteca clandestinamente…

Yakimovich se interrumpió, sosteniendo la escítala inmóvil en el aire.

Las fuertes pisadas en el pasadizo retumbaban sonoramente en las paredes de piedra. Los pies venían hacia ellos.

Judd sacó su Beretta y corrió hacia la puerta, única entrada del almacén.

Eva arrancó la escítala de las manos de Yakimovich.

—¡No! —chilló este, intentando recuperarla.

—Te la enviaré —dijo Eva mientras echaba a correr.

Judd se había aplastado contra la pared, tras la puerta abierta. Indicó a Eva que se colocara tras él.

El tratante de antigüedades, sentado tras su escritorio, parecía incapaz de moverse.

—¡Escóndase! —le ordenó Judd.

Yakimovich palideció. Huyó entre las cajas, y se perdió de vista.

De pronto, irrumpió por la puerta, como si lo hubieran arrojado, el dependiente de la tienda de caligrafía. Tenía los ojos desencajados, y le corría el sudor por la cara magullada.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó, mientras corría entre los muebles antiguos.

En el pasadizo de piedra resonaba el ruido apagado de un forcejeo. Pies que se arrastraban y que golpeaban el suelo. Hubo un fuerte gruñido; después, otro. El ruido sordo de algo que golpeaba la carne. Un *chas* rápido; después, otro. ¿Desde el suelo?

Era como oír algo por la radio, sin más indicación que el hecho de que se estaba produciendo una pelea de alguna clase. Eva miró a Judd, que tenía una expresión fría y distante que a ella le produjo escalofríos. Por fin, hubo un silencio terrible.

Judd levantó una mano para indicarle sin palabras que esperara mientras él llegaba al borde de la puerta. Se asomó con cautela con la pistola levantada. Después, desapareció por el pasillo.

Eva, desatendiendo su orden, lo siguió.

Habían caído cuatro hombres. Dos estaban a unos seis metros de distancia, con orificios de salida ensangrentados en las frentes. Los otros dos, que eran Preston y otro hombre, estaban cerca de la puerta de Yakimovich, próximos entre sí. No tenían heridas visibles.

Judd apartó inmediatamente de una patada la pistola de Preston de la mano flácida de este, y después la recogió.

—Maldita sea, Preston nos ha encontrado de nuevo —susurró ella.

Él asintió con la cabeza.

—Hablaremos de ello más tarde —dijo.

Tras mirar a un lado y otro del pasadizo tortuoso, se agachó junto al asesino.

—Revisa los bolsillos del otro tipo, Eva. Deprisa. No podemos quedarnos aquí mucho tiempo.

Eva se arrodilló. El hombre tenía cabellos grises y largo bigote gris. Tenía la cara del color de una almendra tostada, con líneas marcadas y nariz prominente. Tenía el fez caído a su lado, boca abajo. Eva registró el caftán y no encontró más que una cartera. Dentro de esta había un carné de conducir de Estambul a nombre de Salih Serin, una tarjeta de crédito con el mismo nombre y unas pocas liras turcas. La foto del carné de conducir coincidía con la cara del hombre que estaba tendido a su lado.

—No lleva arma —dijo Eva—. Se llama Salih Serin. Vive en Estambul.

—Preston lleva una pistola y dinero, sin documentos de identidad, y un cuaderno pequeño. Ha arrancado la mayor parte de las páginas, pero queda una. Tiene escrito: «Robin Miller. *Libro de los Espías*. Solo sabemos que Atenas, de momento».

Eva sintió una oleada de emoción.

—Entonces, tenemos que ir a Atenas.

—Sí —dijo él, entregándole el arma de Preston—. Si se mueve, dispárale. Tampoco sabemos nada de Serin, así que ten cuidado con él también.

Se guardó la nota y el dinero en el bolsillo interior de la chaqueta, y volvió a entrar aprisa en el local de Yakimovich.

Serin soltó un quejido y murmuró algo en turco. Abrió los ojos y agitó la cabeza, aterrorizado, hasta que vio que Preston estaba tendido inconsciente.

Alzó la vista a Eva y sonrió.

—Es usted bonita.

Judd regresó con cuerdas y con la bolsa de viaje de los dos.

—El dependiente no me ha aclarado nada. Está temblando, muerto de miedo.

Mientras ataba firmemente a Preston las manos a la espalda, miró a Serin.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

El turco se sentó.

—Conozco a esos dos —dijo, señalando con el pulgar hacia los hombres que estaban tendidos más lejos, en el pasillo—. Son malos. Yo estaba allí atrás, en un

taller, visitando a un amigo, y los vi pasar corriendo. Hace mucho tiempo, yo estaba en el MIT. Nuestra *Milli Istihbarat Teskilati* —les explicó, al ver sus miradas—, la Organización Nacional de Inteligencia. Así que pensé que iría a ver qué maldades se traían entre manos. Cuando llegué aquí, los dos estaban tendidos con heridas de bala, y aquel —señalando a Preston— acababa de arrojar a Mustafá a través de la puerta. Tuvimos una gran batalla él y yo —añadió, con sonrisa de conspirador—. Pero yo soy veterano en las peleas callejeras, y él se creyó que podría conmigo. Sin embargo, esta comadreja consiguió darme un buen golpe justo antes de que yo lo derribara, y me he caído y me he dado un golpe en la cabeza.

Se frotó la nuca.

—En los viejos tiempos… Ah, en los viejos tiempos le habría comido el buche.

Soltó un suspiro cansado.

—¿Está usted bien, señor Serin? —dijo Eva, tomándolo del brazo mientras él se esforzaba por levantarse.

Judd desconfiaba.

—Preston no tenía ningún chichón. ¿Cómo lo derribó usted? —le preguntó, mientras terminaba de atar los pies a Preston.

—Con presión —dijo Serin. Se echó las manos al cuello y presionó con fuerza con los pulgares, para soltarlos inmediatamente—. En el servicio secreto aprendemos cosas útiles.

Judd asintió con la cabeza.

—Gracias por su ayuda. Usted no va armado; ¿quién disparó a los otros hombres?

—Puede que fuera ese —dijo, señalando a Preston—. Yo no vi a nadie más. Conozco a esos tipos. Puede que esperaran al momento en que él más los necesitaba, y entonces le exigieran más dinero, o alguna otra cosa que no podía o no quiso darles.

Se encogió de hombros, y observó después detenidamente a Eva y a Judd.

—Están metidos en un lío, ¿verdad? Creo que quieren matarlos. Pero parecen unos turistas muy agradables.

Judd se limitó a dedicarle una breve mirada.

—Vámonos, Eva.

—Creo que he oído a alguien hablar de Atenas —siguió diciendo Serin—. ¿Quieren ir allí? Yo conozco un sitio donde alquilan embarcaciones sin hacer muchas preguntas. Puedo llevarlos en el barco a un aeropuerto pequeño, al sur de aquí, cuyo propietario es amigo mío. Quizá les viniera bien huir de Estambul antes de que este se suelte —dijo, señalando a Preston, atado de pies y manos en el suelo de piedra—, o de que envíen a alguien que ocupe su lugar. Yo ahora soy pobre. Ustedes podrían pagarme bien. Quizá agradezcan la ayuda de alguien que conoce el terreno.

Eva, preocupada por cómo podría haberlos encontrado de nuevo Preston, miró a Judd.

Ella era partidaria de aceptar la oferta.

Judd tomó una decisión.

—No le importará que lo registre por si lleva armas —dijo.

Serin alzó los brazos; las anchas mangas de su caftán le cayeron hasta más abajo de los codos.

—Se lo ruego —dijo.

Judd lo palpó desde el cuello hasta las plantas de los pies, prestando atención especial a las axilas, la baja espalda, los muslos, las pantorrillas y los tobillos.

—Está bien —dijo por fin Judd—. Vámonos.

Serin se adelantó aprisa, probando las manillas de las puertas hasta que localizó un pequeño almacén de artículos de limpieza. Judd encontró dentro unos trapos. Metió uno a Preston en la boca, lo aseguró amordazándolo con otro, y dejó al hombre inconsciente bien atado.

—No has matado a Preston —susurró Eva mientras seguían apresuradamente a Serin.

—Lo pensé. Pero está desarmado; al parecer, no sabe en qué parte de Atenas está el *Libro de los Espías*, y, en todo caso, estará fuera de combate el tiempo suficiente para que nos escapemos.

Titubeó, y reconoció por fin:

—Y yo ya tengo bastante sangre en las manos.

CAPÍTULO

42

La luz de aquel día de abril se desvanecía; los colores lavanda de la puesta del sol se extendían suavemente sobre el azul añil del mar de Mármara. En el amplio puerto deportivo de Estambul donde Salih Serin había llevado a Judd y a Eva, las ondas mecían los cascos de las embarcaciones y las jarcias se agitaban contra los mástiles.

Judd se apostó a quince metros de Eva y de Serin, observando, mientras Serin negociaba en turco con un joven encorvado el alquiler del barco que habían escogido, un yate Chris-Craft de líneas airosas y que tenía la potencia suficiente para hacer la travesía con facilidad dejando atrás a otras embarcaciones.

Judd hablaba con Tucker por su móvil. Eran cerca de las once de la mañana en Washington, cerca de las seis de la tarde en Estambul. Le contó lo sucedido en el Gran Bazar.

—Preston volvió a encontrarnos.

—Maldita sea. ¿Qué demonios pasa? Nadie podría haber sacado la información por mi lado, de ninguna manera…

Hubo una pausa. Tucker siguió hablando con voz de preocupación.

—Lo pensaré. Sigue. ¿De qué más os habéis enterado?

Judd le repitió la información que aparecía en el cuaderno de Preston.

—Procura enterarte de quién es Robin Miller. Me pregunto si sería la rubia que Eva vio con Sherback en Londres. Recuerda que el *Libro de los Espías* podría estar en la mochila que dejó Sherback a la mujer.

—La NSA está vigilando los dos números que encontraste en el teléfono de Sherback. Si sale algo, te avisaré al instante.

—Bien. Eva va a traducir el resto del mensaje de la tira de cuero en cuanto estemos a solas. Se supone que dice exactamente en qué parte del *Libro de los Espías* se encuentra oculta la situación de la biblioteca.

—En Langley tuvieron guardado ese libro tres años —dijo Tucker, con un suspiro de frustración—. Supongo que salís para Atenas, ¿no?

—Inmediatamente. No te diré con exactitud cómo pensamos viajar hasta allí.

Vio que Serin señalaba con un gesto del pulgar el yate, el cielo que se oscurecía y al alquilador de embarcaciones, para levantar después al cielo las palmas de las manos con gesto de intentar entrar en razón. Serin había dicho al alquilador que insistía en que les hiciera un buen descuento, teniendo en cuenta la poca gente que

quería alquilar de noche. En su rostro animado se apreciaba lo mucho que estaba disfrutando con el regateo.

—Excelente idea —dijo Tucker—. Sigue teniendo cuidado.

Mar de Mármara

Con Serin al timón, el yate navegaba a través de la noche, rumbo suroeste, surcando el mar de Mármara. Se había levantado un viento del norte por el Bósforo que picaba el mar y hacía que la travesía fuera agitada. Habían avanzado unas diez millas; se habían comido unos sándwiches de pescado que habían comprado en el puerto deportivo, y se habían ajustado a los ritmos bruscos del barco.

Judd estaba seguro de que no los habían seguido hasta el puerto deportivo de Estambul; pero no por ello dejaba de volver la vista hacia la parte donde las luces de la ciudad se extendían a través del horizonte. Observaba el tráfico marino: barcos de pesca, cargueros y petroleros y portacontenedores gigantescos, todos ellos llenos de luces parpadeantes. Aquel gran mar interior era una vía marítima muy transitada que unía el mar Negro, al norte, con el Egeo y el Mediterráneo al sur, a través del estrecho de los Dardanelos. No parecía que ninguno de los demás barcos los estuviera siguiendo.

—¿Hacia dónde nos dirigimos, exactamente? —preguntó Eva, alzando la voz para hacerse oír entre el viento, el mar y los motores.

A pesar de que tenía a su espalda un asiento de banco corrido, Serin llevaba el timón de pie; Eva iba a su lado, a petición de él. Un parabrisas bajo los protegía en parte. Judd iba de pie detrás del asiento del piloto, asido al respaldo con ambas manos. Eva llevaba abotonada hasta la barbilla su chaqueta color azul medianoche, y del moño en que llevaba recogida a la nuca la larga cabellera negra se le habían soltado algunos hilos. Azotada por el viento, con las mejillas sonrosadas, parecía contenta y tranquila. Cuando Eva se volvió para escuchar la respuesta de Serin, a Judd le sorprendió cuánto le gustaba, cuánto le gustaba estar con ella. Después, recordó el papel que había debido de tener probablemente su padre en la conspiración por la que habían metido en la cárcel a Eva por homicidio. Desvió la mirada.

—Al sur de una ciudad grande que se llama Tekirda —gritó Serin—, y al norte de un pueblecito que se llama Barbados. Vamos a la parte tracia de Turquía; del lado de Europa, claro está.

Serin llevaba el timón con confianza entre sus manos morenas. Era un poco más bajo de estatura que Judd, pero más ancho, con gruesos músculos. Parecía despreocupado y satisfecho. Al mismo tiempo, se apreciaban indicios de su pasado: sus movimientos de atleta en la embarcación, y los atisbos de penetración intensa en su mirada. Aunque no hubiera dicho él mismo que había formado parte del duro MIT

del Gobierno nacional, Judd habría sospechado que tenía algunos antecedentes de esa clase.

—Un antiguo camarada mío tiene una pista de aviación privada —seguía diciendo Serin—. Habremos llegado en cuestión de tres horas.

Judd vio que, a pesar de las olas, hacían sus buenos treinta y tantos nudos. El Chris-Craft, veloz, con dos potentes motores interiores, era una embarcación impresionante. Bajo cubierta había camarotes con todas las comodidades, un salón y una cocina.

—¿No nos va a llevar por los Dardanelos? —preguntó Eva—. Así pasaríamos ante las ruinas de Troya, y estaríamos mucho más cerca de Atenas.

—Demasiado peligroso. Es un paso estrecho y transitado. Serpentea para aquí y para allá. Además, hay corrientes muy fuertes.

—¿A qué se dedica usted cuando no está llevando a gente en barcos alquilados? —le preguntó Judd.

—Ah, es larga historia. Para abreviar, soy lo que llaman un polifacético. Me contratan para que haga de guía, de guardián, y para que lleve a su destino artículos importantes. Tengo una reputación, ¿se dan cuenta? Soy de fiar. Y ustedes dos son artículos muy importantes, y ahora ya saben que soy de fiar. ¿Y usted, señor Ryder? No me ha contado nada.

—Somos turistas, tal como creía usted.

—Pretende engañar a un perro viejo; pero yo me las sé todas. Soy curioso. Dígame, ¿es que la curiosidad es mala? —preguntó, con un tono de estar dolido en la voz sonora—. Al menos, explíquenme eso que llaman el *Libro de los Espías*. Entreténganme mientras yo trabajo tanto.

Eva se rio.

—Es un manuscrito iluminado del siglo XVI —dijo—. Un libro único y muy valioso. Ha desaparecido. Nosotros estamos intentando localizarlo.

Volvió la cabeza para echar una mirada a Judd.

—Me estoy cansando de gritar —concluyó.

—De modo que ese libro está en Atenas y ustedes quieren encontrarlo. ¿Tiene que ver con alguna gran operación de negocios? —insistió el turco.

—¿Por qué cree usted que tenemos que ver con una operación de negocios? —le preguntó Judd.

—Tenía la esperanza de que ganaran mucho dinero, y después volverían a Estambul y me contratarían otra vez. ¿Es este libro la causa de que corran peligro sus vidas?

—La verdad es que sí —dijo Judd, considerando que esta información era bastante inofensiva.

Serin volvió la cabeza para mirarlo, frunciendo el ceño. Cuando miró al frente de

nuevo, se secó la cara. El timón se le escapó de la otra mano. Serin volvió a asir el timón con ambas manos, demasiado tarde. La embarcación dio un bandazo; las olas la azotaban, el viento silbaba. El yate cayó pesadamente en el vientre de una ola y fue izada con brusquedad en la cresta de la siguiente. El agua los empapó.

Eva se tambaleó mientras Serin se esforzaba por controlar el yate; pero este saltaba y se agitaba con violencia. Una mano se le soltó de la agarradera de la consola. El barco viró a estribor, agitándolos a todos. Pero a Eva se le resbaló un pie, y cayó de rodillas.

Judd la asió inmediatamente del brazo, aferrándose con la otra mano al respaldo del asiento del piloto, mientras procuraba no perder el equilibrio él también.

Mientras la embarcación seguía cabeceando y saltando, el timón mojado giraba libre sin que Serin pudiera hacerse con él.

La embarcación volvió a cabecear con fuerza, saltando y escorándose. Judd se soltó. La mano se le deslizó sin control por el respaldo húmedo del asiento, y se tambaleó. Eva cayó por la borda de la embarcación, arrastrándolo consigo porque no quiso soltarla, y quedó entre la borda y el agua. Un bandazo más, y los dos caerían al agua oscura y encrespada.

Con el corazón palpitándole con fuerza, Judd volvió la vista atrás buscando algún modo de salvarse los dos. Pero lo que vio fue otra cosa. Serin no estaba aterrorizado; ni siquiera tenía aspecto de preocupación, mientras observaba cínicamente la situación de peligro mortal en que se encontraban Eva y él. La inteligencia helada de su mirada dio a entender a Judd que podía dejarlos caer por la borda y abandonarlos sin ningún problema. ¿Lo tenía pensado desde el principio?

—¡Canalla! —gritó Judd—. ¿Por qué nos hace esto?

Serin parpadeó. Miró a lo lejos, y volvió a mirarlos después. Parecía que había tomado una decisión. Hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza y metió las manos entre las cabillas de la rueda del timón. Las mangas del caftán le cayeron hacia atrás, dejándole al descubierto los músculos nervudos. Cargando los hombros, aplicó toda su fuerza para dominar el yate.

Los bandazos de la embarcación fueron reduciéndose poco a poco. Judd subió a Eva a bordo y la atrajo a su pecho. Helado y furioso, la rodeó con sus brazos. Ella solo se resistió un instante; después, se aferró a él con todas sus fuerzas. Él le besó los cabellos. Ella se acurrucó más contra él. Después, Judd se metió la mano en la chaqueta y sacó la Beretta.

Soltó a Eva y se apartó de ella girando sobre sí mismo, alzando la pistola para apuntar a Serin.

CAPÍTULO

43

Eva lo miraba atónita.

—¡Quieto, Judd! —exclamó, y corrió hacia Serin; el aire le agitaba los cabellos negros alrededor del rostro.

—No. Eva. ¡Ven aquí! —le ordenó Judd, mientras se sentaba en el banco, detrás de Serin, y se deslizaba hacia un lado para tener una vista más amplia del perfil del hombre y mantenerse a una distancia más segura. Lo apuntaba constantemente con la Beretta.

Eva, con los ojos muy abiertos, asió el reposabrazos del asiento para moverse por el yate inestable.

—¿Me he perdido algo? —preguntó a Judd, situándose a su lado.

Serin había perdido el fez, y sus rasgos de color de almendra habían cambiado, dejando al descubierto una profundidad de algo que Judd no era capaz de definir, pero que sentía que él mismo lo tenía, y no le gustaba. De algo de predador. La piel de la cara de Serin también parecía distinta, y Judd comprendió de pronto que el hombre iba disfrazado. Era un disfraz estupendo, con tinte para la piel y los últimos materiales artificiales que, al embadurnarse con ellos la piel y dejarlos secar, producían arrugas y surcos profundos en la superficie. La gran nariz también podía ser postiza.

—Esto ha sido lo que en los servicios de inteligencia se llama *una película* —explicó Judd a Eva con voz sombría—. Es un montaje que parece completamente real.

Hizo un gesto hacia Serin con la pistola.

—Cuénteselo —le ordenó.

Este no titubeó.

—Yo tengo mis reglas —dijo Serin entre el ruido de los motores y del viento—. Son inviolables. Mi cliente accedió a todas ellas. Una de las reglas es que solo hago trabajos de eliminación con personas que no se merecen respirar, y que yo soy el que lo decide. Mi cliente me contó una historia convincente sobre ustedes dos, y por eso acepté el trabajo. Mandó a Preston que preparara una película en la que vosotros dos os creeríais que yo podía ayudaros a escapar. Así que, cuando Preston comprendió que estabais en el almacén de Yakimovich, eliminó a dos de los suyos y me llamó.

—Siga —dijo Judd.

—Desde aquel momento, me hice cargo yo. Pero cuando llegasteis vosotros, empecé a tener mis dudas. Las personas a las que yo elimino no se preocupan por el estado de un viejo. No le preguntan cómo está. Estabais dispuestos a acabar con Preston si se movía, porque él había intentado haceros lo mismo a vosotros antes; pero estabais igualmente dispuestos a esperar para determinar si yo representaba una amenaza o no. La gente mala asesina primero, y no se preocupa de hacer preguntas después. Por todo esto, yo tenía que enterarme de más cosas. ¿Queríais matar a mi cliente y robarle un negocio importante, como alegaba él? Por último, supe que decíais ser unos cazatesoros que perseguíais una quimera, un manuscrito antiguo llamado el *Libro de los Espías*. Esto no concordaba con el perfil que me había dado mi cliente. Entonces volví la cabeza para mirarte a ti, Judd, y perdí el control del timón. Mi especialidad es hacer que los trabajos parezcan accidentes, y por eso tenía pensado acabar con vosotros aquí. Perder el control del barco me ofreció una bonita oportunidad. No hay muchas.

—¿Por qué cambió de opinión?

—Porque, por Dios, yo conozco la naturaleza humana, y en mi mundo es una naturaleza mala, corrompida y desagradable. Como vosotros no lo sois, tuve que acabar por creeros. Ahora os digo que me alegro. Tú me recuerdas a mi hija —añadió, mirando a Eva—. Tenéis la misma edad, más o menos, y las dos sois muy guapas de maneras semejantes. Según la foto que me dieron, el color natural de tu pelo es pelirrojo. Ella lo tiene cobrizo.

El yate seguía navegando en línea recta, subiendo y bajando con las olas del mar. El viento aullaba alrededor de ellos.

—No puedo fiarme de usted —concluyó Judd.

—Lo comprendo. No obstante, os llevaré de todos modos con mi amigo y a su pista de aviación.

—¿Quién le contrató?

—Eso no te lo diré.

—¿Son sus reglas?

Él asintió secamente con la cabeza.

—He sobrevivido muchos años, en una actividad en la que la mayor parte de mis colegas han sido abatidos. Es raro que muramos de viejos. Las reglas no están hechas para cobardes ni para descuidados. Exigen disciplina. El rey Lear despotricaba contra el universo cuando este lo castigaba por haber quebrantado sus reglas. Yo no quiero correr la misma suerte. Además, cuanto más tiempo viva, más posibilidades tendré de volver a ver a mi hija.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó Judd.

El asesino a sueldo lo perforó con la mirada de sus ojos negros.

—El Carnívoro-dijo. Y sonrió.

Tracia, Turquía

El Carnívoro apagó los motores del yate en aguas tranquilas, cerca de una extensión de costa deshabitada al norte del pueblo de Barbados. Judd echó el ancla; tomaron unas linternas y se quitaron los zapatos. El Carnívoro se despojó del caftán. Debajo llevaba unos pantalones vaqueros negros y una camiseta también negra. Tenía una tonicidad muscular excelente, pero en la falta de elasticidad de su piel se apreciaba el peso de los años. Judd supuso que tendría cincuenta y tantos.

Se remangaron los vaqueros y llegaron a la orilla caminando por el agua. Judd llevaba la bolsa de viaje, y Eva, en bandolera, su bolso. Allí estaba más tranquilo el viento. Cruzaron la playa, y el Carnívoro los guio subiendo un acantilado por unos escalones tallados en época antigua.

Cuando llegaron a lo alto, hicieron una pausa. Había salido la luna, que arrojaba una luz misteriosa por las hectáreas de vides dispuestas en buen orden, sobre espalderas de alambres que transcurrían entre postes de madera retorcida. Las vides empezaban a echar la hoja. El aire tenía un olor crudo, a tierra recién labrada.

Emprendieron el camino por una pista estrecha y polvorienta, entre las vides.

—¿Quieres contarme de qué va todo esto, Judd? —dijo el Carnívoro.

—¿La reciprocidad es otra de sus reglas?

—Y es buena, ¿no te parece?

—A mí me gusta —dijo Judd—. Pero, no; me ocuparé de esto yo.

La pista se ensanchó, y los tres siguieron caminando hombro con hombro.

El Carnívoro echó una mirada a Judd y dijo, pensativo:

—Sí; creo que lo harás…, si es que es posible ocuparse de ello siquiera. Pero en lo que se refiere a la reciprocidad, consideraré que estamos en paz proporcionándoos vía libre para que lleguéis a Atenas.

—¿Estará ya libre Preston? —preguntó Eva, preocupada.

—Debe de estarlo —dijo el Carnívoro—. Llevaba gente de apoyo.

—¿Y si yo hubiera decidido matarlo, cuando estábamos en el Gran Bazar? —dijo Judd—. Entonces se le habría quemado a usted la película.

—Habría funcionado igual —explicó el Carnívoro—. Él se habría *despertado* y te habría atacado. Yo habría salvado la situación ayudándote a ti a escapar y a él a salir vivo, y la película habría seguido adelante.

Judd cambió de tema.

—¿Y la nota de Preston, esa en la que hablaba de Atenas? ¿Era de verdad, o era un montaje?

—De verdad. Era una anotación propia suya. Aportaba autenticidad, y os daba serios motivos para creer que lo que estabais viendo era real. Lo que es más importante todavía, no esperábamos que vivieseis lo suficiente como para hacer uso

de ella, ni de ninguna otra cosa que pudieseis haber descubierto allí.

—¿Tiene usted información sobre el *Libro de los Espías* y sobre Robin Miller? —le preguntó Eva.

—No era asunto mío.

—¿Y sobre la Biblioteca de Oro?

El Carnívoro frunció el ceño.

—He oído hablar de ella. ¿Es eso de lo que se trata todo esto?

—Sí —dijo Judd. Pero no añadió nada más. Las serpientes venenosas como el Carnívoro a veces mudaban la piel, pero no por ello dejaban de ser imprevisibles sus mordeduras… y venenosas.

—¿Qué dirá usted a su cliente?

—Nada.

Judd apreció furia en aquella única palabra de respuesta. El Carnívoro se estaba desquitando de su cliente por haberle mentido. Aquello significaba también que el cliente creería, al menos durante algún tiempo, que Eva y él habían muerto.

—Esto os da un tiempo —dijo el Carnívoro—, pero también es bueno para mi negocio. Cuando uno vende muerte, debe asegurarse de que las reglas quedan claras, y de que, cuando se quebrantan, hay un coste. Y también significa que no tenéis que plantearos matarme —añadió, echando una mirada a Judd—, y que yo no tengo que tomar medidas preventivas para asegurarme de que no lo intentáis.

Estas palabras, aunque se habían pronunciado con calma y con naturalidad, produjeron un escalofrío a Judd.

—No le pagarán —dijo Judd.

—He cobrado la mitad. Me quedaré con eso.

—¿De dónde procede usted? —preguntó Eva al Carnívoro—. ¿Dónde vive ahora? ¿Cómo se dedicó a este negocio? Habla casi como un estadounidense.

—Lo siento, Eva. La verdad es que es mejor que no lo sepas. En una ocasión, un asesino de la KGB, de la antigua época de la guerra fría, fue a buscar a mi hija, creyendo que yo había muerto y que se vengaría de mí eliminándola. Por fortuna, ella fue capaz de salvarse. Si alguien se entera de que tenéis información sobre mí, vuestras vidas podrían correr peligro, y no hay ninguna garantía de que tuvierais tanta suerte como tuvo ella.

Al llegar a lo alto de una suave cuesta vieron una casa, grande y amplia, de piedra desgastada por los elementos, con tejado de tejas azules al estilo otomano. Había luz dentro y, cuando se acercaron, se encendieron luces exteriores que iluminaron macizos de flores, extensiones de césped y un mirador de piedra. Había barriles de vino vacíos amontonados contra cobertizos. Hacia el fondo había una estructura grande, de tablas, que sería probablemente donde se elaboraba el vino y donde se dejaba envejecer.

Se abrió la puerta de la casa y apareció un hombre de poco menos de sesenta años, con una escopeta echada sobre un brazo.

—¿Quién anda ahí? —gritó en turco y en inglés.

—Hugo Shah, soy un viejo amigo de tiempos pasados —respondió el Carnívoro —. Te acordarás de mí, de Alex Bosa.

—Alex, has venido otra vez a probar mi vino. Es un honor para mí.

Después, cuando se acercaron, Shah lo miró atentamente.

—¿Alex? Sí, eres tú. ¡Qué disfraz tan magnífico! ¿A qué te dedicas ahora?

—A nada bueno, como de costumbre.

Shah se rio. Los dos se dieron la mano, y los cuatro entraron en una zona de estar, decorada con papel pintado de buen gusto y gruesas alfombras. Había buenos muebles antiguos aquí y allá, y un sofá y unos sillones ante una bonita chimenea.

—¿Quiénes son tus amigos, Alex? —preguntó Shah.

—No tiene importancia. Necesitan tu ayuda, lo que significa que yo necesito tu ayuda. ¿Tienes disponible esa avioneta tuya?

—¿A estas horas? —dijo Shah, entrecerrando los ojos mientras observaba al Carnívoro—. Ya veo. Se trata de una emergencia. Muy bien; los llevaré yo mismo. ¿Quieres acompañarnos?

—Te esperaré aquí, con el vino.

Shah sonrió abiertamente.

—Excelente. Dame un momento, por favor.

No tardó en regresar, con una chaqueta y un maletín.

Cuando los cuatro salieron al exterior, Shah les habló de sus viñas.

—Cultivo uva gamay, cabernet y papazkarasi. Tengo pensados dos buenos tintos que abriré para los dos, Alex… Volveremos a ser Alex y Hugo.

A unos ochocientos metros de la casa entraron en un garaje grande donde los esperaba una avioneta monomotor Cirrus SR20. Ayudaron a Shah a sacar el avión al exterior empujándolo. Shah echó una ojeada a la manga de viento y olisqueó el aire.

—Me despido ya —dijo el Carnívoro, apartándose.

Subieron a bordo. Judd se sentó junto a Shah, y Eva detrás. Mientras el motor se calentaba, Judd miró por la ventanilla. El Carnívoro sonreía. Levantó la mano y se llevó dos dedos a la sien a modo de saludo desenfadado.

Judd no pudo evitar devolverle la sonrisa. Le dirigió a su vez un saludo con dos dedos.

—¿Dónde vamos? —preguntó Shah cuando empezó a girar la hélice.

Judd volvió la cabeza. Eva lo estaba mirando. Cuando habló, percibió la fuerza de su propia voz…, así como su tono apremiante.

—A Atenas.

Terecera parte

La batalla

Cuando el célebre general griego Arístides supo por uno de sus informadores que en su campamento se había infiltrado un espía persa, mandó que todo soldado, constructor de escudos, médico y cocinero diera razón de algún otro de los presentes. Así se descubrió al espía. Al mes siguiente, los griegos derrotaron al ejército invasor persa en la batalla de Maratón, en el 490 a. C.

De la traducción del *Libro de los Espías*

La inteligencia estratégica es el poder de conocer las intenciones de tus enemigos.

New York Times
14 de mayo de 2006

CAPÍTULO

44

Washington, D. C.

Mientras hacía un almuerzo tardío en su escritorio, en el cuartel general de Catapult, Tucker Andersen estudiaba la foto de la mujer rubia que podía ser aquella Robin Miller de la que se hablaba en la nota de Preston.

Su equipo había localizado a millares de mujeres con aquel nombre, desde niñas de pecho hasta ancianas, tanto en los Estados Unidos como en otros países. A base de filtros en función de la edad y de la ocupación, se había quedado por fin con aquella como más probable, una mujer que tenía por entonces treinta y cinco años. Había nacido en Escocia y tenía licenciaturas en Arte Clásico y en Biblioteconomía en la Sorbona y en Cambridge, y había trabajado con libros raros y manuscritos en Boston y en París. Había dejado dos años atrás su trabajo en la Bibliothéque. Desde entonces no había datos de que hubiera vuelto a trabajar en otras bibliotecas ni museos. Tampoco había datos de una nueva dirección. Cuando dejó aquel trabajo, había dejado también su apartamento. No había registro de su muerte. Ningún rastro suyo en absoluto.

Envió a Judd por correo electrónico la información y la foto y se recostó en su asiento, reflexionando.

Después, tomó su teléfono y llamó a Debi Watson, jefa de informática de Catapult.

—¿Hay noticias de la NSA sobre esos números de teléfono que te di?

Debi estaba vigilando los números que se habían encontrado en el teléfono desechable de Charles Sherback, uno de los cuales podía ser el de Robin Miller.

—No, *señó*. Le llamaré si sale algo. Todo depende de dónde están los satélites, y, claro está, hay que revisar millones de bloques de datos. La NSA se ocupa de ello por nosotros. Saben que es importante.

—Es crucial —la corrigió él—. Ponte en contacto con la Interpol y con la Policía de Atenas, y diles que les agradeceríamos mucho que nos informaran sin dilación si se encuentran con una mujer llamada Robin Miller. Creemos que puede estar en Atenas. Te enviaré los detalles por correo electrónico.

Dicho esto, colgó.

Llamaron a su puerta. Cuando respondió, entró Gloria Feit, recepcionista y

factótum general, y cerró la puerta a su espalda.

Era de complexión pequeña, y estaba rígida.

—Ha vuelto. En el despacho de ella.

—¿Te refieres a Hudson Canon?

—Me pediste que te avisara. Pues te aviso de que ha vuelto.

—Estás irritada.

—¿Yo? ¿En qué lo notas? —dijo ella, llenando su cara de una sonrisa que le marcó las líneas alrededor de los ojos.

—Nadie va a poder sustituir a Cathy. Pero necesitamos un nuevo jefe. Hudson es temporal.

—Bueno, vale; me parece bien, si temporal significa «por poco tiempo».

—¿No te gusta?

Gloria se dejó caer en una silla y cruzó las piernas.

—La verdad es que sí que me gusta. Es que me apetecía ser mezquina.

Él se rio por lo bajo.

—Entonces, ¿por qué estás irritada?

—Porque no me estás contando lo que pasa. No te creerás que yo he filtrado algo sobre la operación de la Biblioteca de Oro, ¿verdad?

Conque era aquello.

—No se me ha pasado por la cabeza.

La verdad era que sí se le había pasado por la cabeza, pero no quería decírselo. Había tenido que pensar en todos y en cualquiera que hubiera podido tener acceso a la información.

—Bien —proclamó ella—. Así que, dime cómo vas con la operación.

—Gloria…

Ella soltó un suspiro y se puso de pie.

—Ay, bueno. Sé así si quieres. Pero sabes que puedes contar conmigo, Tucker. Lo digo en serio. Para cualquier cosa.

Se dirigió a la puerta y, una vez allí, se volvió hacia él.

—Cuando te ofrezcan el puesto de director de Catapult, y tú y yo sabemos que te lo ofrecerán, acéptalo esta vez. Por favor. Ya te he ido preparando.

Él se la quedó mirando mientras se cerraba la puerta, y sacudió después la cabeza, sonriendo para sus adentros. Después, se le borró la sonrisa. Se puso de pie y salió. Era hora de hablar con Canon.

Hudson Canon se ajustaba la corbata mirándose al espejo del despacho que había sido de Cathy Doyle. No le gustaba su aspecto. Su nariz chata, sus ojos negros redondos y sus mejillas gruesas ya no le parecían sólidas ni reales. Tenía algo de insustancial, de vaporoso; aunque él sabía perfectamente que era un hombre sólido en todos los sentidos.

Se volvió de nuevo hacia el despacho, celebrando que ya no estuvieran las fotos, las plantas y los efectos personales de Cathy. La noticia de su muerte lo había impresionado, y después se había llevado una impresión todavía más fuerte al recibir una llamada telefónica de Reinhardt Gruen, desde Berlín, que le había dicho lo que tenía que hacer, so pena de perder sus ahorros. Lo había invertido todo en el Grupo Parsifal, invitado por Gruen, y había ganado mucho más dinero del que había creído posible.

El teléfono móvil le vibró contra el pecho. Cerró la puerta con pestillo y atendió la llamada mientras se dirigía a su escritorio para sentarse. Ni los teléfonos móviles, ni los ordenadores de bolsillo, ni los aparatos con transmisión por ondas en general estaban permitidos en Langley ni en Catapult; pero él era allí el jefe, y nadie tenía por qué enterarse de que ahora debía llevar encima en todo momento aquel móvil desechable.

—Tenemos un problema con Judd Ryder y con Eva Blake. Nuestro hombre no ha enviado novedades, y sospechamos que andan sueltos de nuevo. ¿Dónde están? —le preguntó Reinhardt con tono amistoso y acento alemán.

—No lo sé.

—Se suponía que debía vigilar esto de cerca.

—No estoy seguro de poder conseguir esa información.

—*Ach*, ¿de verdad? —repuso el otro, con tono menos amistoso—. Usted es un hombre importante. Es jefe de Catapult. No le pueden ocultar nada.

Canon se armó de valor, quitándose de la cabeza la idea de perder su casa. Tenía mucha hipoteca, y había pensado hacer frente a los pagos de los seis meses siguientes con su cuenta de Parsifal. Ya había vendido su querido Corvette para comprarse un Ford de segunda mano. Las pensiones que tenía que pasar a sus dos exesposas, con la manutención de los hijos, lo estaban hundiendo.

—No es eso —dijo—. Mire, Reinhardt, esto ya ha llegado demasiado lejos. Está claro que esto no tiene fácil arreglo. En cualquier caso, Catapult no va a encontrar nunca su querida Biblioteca de Oro. Toda la misión ha sido un desastre.

—Quite a Tucker Andersen. Lleve usted mismo la misión.

—No puedo apartarlo de la misión. No tengo ningún motivo válido para ello. Si lo intentara, me encontraría con el agua al cuello, sobre todo ahora que Cathy ha muerto. Además, mi jefe quiere que tenga aquí a alguien con experiencia para que me apoye.

Gruen maldijo en alemán.

—Creemos que si Ryder y Blake están libres, se dirigen a Atenas —dijo—. Tenemos que saber a dónde exactamente, dentro de Atenas. ¿Sabe algo de una mujer llamada Robin Miller?

—No —respondió Canon sin mentir—. ¿Quién es?

Hubo una pausa fría.

—Vamos a dejar las cosas claras. ¿Cree de verdad que el accidente de coche de Catherine Doyle fue un accidente?

Canon sintió que se le acumulaba el sudor en las axilas.

—Necesitamos la información —le dijo Gruen—. Usted nos la conseguirá.

—En realidad, no es necesario —adujo Canon—. En cualquier caso, puedo clausurar la operación de aquí a pocas horas. Tengo permiso del jefe.

—Como sabe, tardaría más de unas pocas horas en poder hacerlo, y pueden pasar demasiadas cosas.

Hubo una pausa.

—Debe hacer que Tucker Andersen salga de la sede de Catapult. Cuando haya salido, telefonéeme inmediatamente. ¿Entiende lo que le pasará si no lo hace?

Tucker llamó a la puerta de Hudson Canon. Oyó con sorpresa que se abría el pestillo. ¿Por qué lo habría echado Hudson? Pero también era cierto que Hudson había sido en sus tiempos un agente de operaciones encubiertas de mucho éxito, y los hábitos de la discreción eran difíciles de dejar.

Se abrió la puerta, y el nuevo jefe lo recibió con una breve sonrisa.

—Adelante, Tucker. Yo también estaba pensando en ir a hablar contigo.

Tucker entró mientras Hudson se dirigía al escritorio.

—Dame novedades sobre cómo marchan las cosas —dijo Hudson, sentándose en el sillón, recostándose y uniendo las manos cómodamente tras la cabeza.

—No hay mucho de nuevo.

Tucker tomó una silla y relató los pocos cambios que se habían producido en las diversas misiones. Canon quería que le dieran novedades con más frecuencia que Cathy. No tenía importancia; cada uno tenía su manera de dirigir.

—¿Y la operación de la Biblioteca de Oro? —preguntó Canon.

—Me alegro de que hayas tocado el tema. Me estaba preguntando si habrás comentado por casualidad a alguien que mi gente se dirigía al Gran Bazar de Estambul.

—Por supuesto que no —respondió Canon inmediatamente, sin variar de expresión.

—No han localizado la biblioteca todavía —prosiguió Tucker—, y la última vez que hablé con ellos se disponían a salir de Estambul. Habían dejado a Preston, que es el *limpiador* que los ha estado siguiendo, en el Gran Bazar, vivo, pero atado. Tardaría un tiempo en liberarse.

—¿Dónde se dirigen ahora?

Aquel era el momento que había esperado Tucker, y le produjo náuseas. Después de hacer un ejercicio de memoria a fondo, sabía que no había escrito a nadie, ni hablado por teléfono con nadie, ni enviado correos electrónicos a nadie, ni había

tomado notas para sí mismo, y solo había dicho a una persona el dato esencial de que Ryder y Blake no solo habían ido a Estambul, sino más concretamente al Gran Bazar, en busca de Okan Biçer y, a través de este, de Andrew Yakimovich.

Por ello, mintió:

—A Tesalónica.

Esta era una ciudad grande, al norte de Atenas, a una distancia lógica para que llegara allí Robin Miller, si es que estaba en Atenas. Siguiendo con la mentira, añadió:

—Se ha puesto en contacto con ellos una mujer llamada Robin Miller. A cambio de que la ayuden, se reunirá con ellos allí y les dirá dónde está la biblioteca.

—Así se resolverán muchos problemas…, si es que lo consiguen —dijo Canon. Respiró hondo y se estiró—. Pero lo de Tesalónica parece raro. Parecería más lógico Atenas, ¿no te parece?

¿Por qué había hablado de Atenas? A Tucker le subió un gusto amargo a la garganta.

—No; no estoy de acuerdo. En esta operación, todo ha sido imprevisible. Tesalónica es una ciudad grande e histórica. A mí me parece normal.

—¿Quién es Robin Miller?

—Tiene algo que ver con la biblioteca. Todavía no dispongo de los detalles.

Canon asintió con la cabeza.

—Entonces, todo son buenas noticias. Tu gente tiene otra pista bastante buena. ¿Por qué medios se dirigen a Tesalónica?

—A Judd no le dio tiempo de decírmelo.

—Ya veo. Bueno, entonces todavía podrás encontrar la biblioteca como si te la sacaras de la manga, por así decirlo.

Canon observó atentamente a Tucker con gesto de preocupación.

—¿Te haces idea del mal aspecto que tienes? Estás pálido. Tienes la ropa hecha un desastre. Ahora que toda la acción está en Europa, ya no tienes que preocuparte de que siga alguien por aquí. Hace una tarde preciosa. Sal a tomar algo de aire fresco. Date un paseo. Si prefieres ir en coche, coge el mío. Si no quieres irte a tu casa, al menos ve de tiendas y cómprate algo de ropa. Es una orden directa, Tucker: lárgate de Catapult ahora mismo.

CAPÍTULO

45

Tucker Andersen rondaba por su despacho ponderando si llamaría por teléfono o no a su viejo amigo Matt Kelley, jefe del Servicio Clandestino. Pero solo contaba con un indicio de que la filtración fuera de Hudson Canon. Era posible que se hubiera descubierto por algún otro medio que Judd y Eva estaban en el Gran Bazar. Para denunciar a un colega había que estar perfectamente seguro de lo que se decía.

Se detuvo ante su librería de pared. No era tan imponente como la enorme biblioteca de Jonathan Ryder, ni mucho menos, pero todos los libros los había elegido él cuidadosamente. Repasando con la mirada los títulos, principalmente tratados de política y de inteligencia y novelas de espionaje, recordó los viajes que había realizado mentalmente al leerlos, aprendiendo y divirtiéndose con las vidas, las ideas y los conocimientos de otras personas. Recordó aquello que había escrito Philip K. Dick: «A veces, la reacción más lógica ante la realidad es volverse loco».

Sacudió la cabeza y se sirvió un *whisky*. Sí que debía salir de allí, probablemente. Un paseo de una vuelta a la manzana podría despejarle las ideas. Pero, por otra parte, era Hudson Canon quien se lo había propuesto, y aquello lo incitaba a quedarse donde estaba. Miró por la ventana mientras tragaba *whisky*, y vio que se había hecho de noche. Maldita sea, estaba cansado de la fría habitación para transeúntes del piso de arriba donde había estado durmiendo.

Se decidió; tomó la chaqueta de *sport* y metió los brazos en las mangas con energía. Se dirigió al centro de comunicaciones. Debi Watson seguía allí.

Tenía un aspecto de juventud y de atención que resultaba repelente.

—¿Tienes algo nuevo para mí? —le preguntó.

—No, *señó*.

—Llama a tu contacto de la NSA —le dijo—. Dale mi número de móvil. Quiero que me llame directamente a mí si sale algo de esos dos números de móviles desechables. Si sabes algo de Robin Miller, llámame a mi móvil.

Dio media vuelta y se marchó, mientras ella, a su espalda, le decía que así lo haría.

Se detuvo ante la mesa de Gloria.

—Dame mi móvil. Voy a salir.

Ella lo miró por encima de sus gafas de cerca con montura con los colores del arco iris.

—Ya iba siendo hora. Pareces una fiera enjaulada.

—Gracias. Con eso me animas mucho.

—Es lo que pretendo —dijo ella, entregándole el móvil seguro.

Tucker tuvo una idea, aunque no le gustó.

—¿Sigue aquí Hudson? —preguntó.

—Ya lo creo. El hombre está trabajando con tanto ahínco como si fuera el jefe de Catapult.

—¿Te ha encargado que le avises si me marcho?

—Sí —dijo ella con ojos de sorpresa—. También él se preocupa por ti.

—No se lo digas.

—¿Por qué, Tucker?

—Tú haz lo que te digo, maldita sea.

Ella enarcó las cejas.

—Oye, que no estamos casados… todavía. A Karen le van a entrar celos.

Tucker suspiró. Gloria tenía razón: estaba hecho un cascarrabias.

—Perdona. No se lo digas al jefe, por favor.

—Vale —dijo ella alegremente.

Pero en cuanto Tucker se apartó, vio un movimiento. Debía de haberse abierto la puerta de Canon, porque se estaba cerrando en ese momento. Tucker volvió a su despacho, abrió el cajón de su escritorio que tenía cerrado con llave y sacó su Browning y la sobaquera. Se quitó la chaqueta, se puso la sobaquera y echó dentro la Browning. Titubeó, y sacó por fin del cajón el fajo de billetes, las dos carteras con documentos de identidad falsos, y otros materiales.

Se dirigió de nuevo a la salida.

—¿No te has marchado todavía? —le dijo Gloria cuando pasó ante su mesa.

—Se me habían olvidado los caramelos.

—Qué tonta. Debí habértelo recordado. Si alguien me pregunta, ¿a qué hora digo que volverás?

—Ah, dentro de media hora. O nunca.

Hizo una pausa.

—Eso último no lo he dicho.

Ella volvió a enarcar las cejas, pero él se limitó a asentir con la cabeza.

Salió por la puerta lateral que daba al aparcamiento de Catapult. La noche de abril era fresca, y cuando se forzó a sí mismo a reducir la marcha para caminar a ritmo normal, advirtió que no corría ni una brisa. Pasó ante los coches del personal y salió a la acera. Era un anochecer suave de primavera. Inspiró el aroma de la hierba recién segada de la finca contigua.

Empezó a caminar calle abajo, observando quién más iba por la acera y con la cabeza un poco ladeada para poder ver de reojo los coches que se aproximaban. La

gente iba del metro a su casa, de vuelta del trabajo y de la escuela; gente cansada que llevaba bolsas de la compra o maletines, o que empujaban carritos de niños. La calle estaba llena de tráfico; muchos vehículos iban despacio, buscando lugares donde aparcar. En aquel barrio, principalmente de casas adosadas, había pocos garajes o aparcamientos particulares cubiertos.

Una mente entrenada funciona como un ordenador, y Tucker iba clasificando automáticamente aquel despliegue de humanidad. Se concentró por fin en un hombre que llevaba una cazadora gris suelta con la cremallera subida hasta media altura, vaqueros oscuros y zapatillas deportivas negras, a unos doce metros a su espalda. A la luz de las farolas parecía bastante inofensivo, pero había algo en su manera de moverse: su soltura, la facilidad con que daba cada pisada, su atención. Tenía la atención puesta en un destino que no tenía nada que ver con el descanso del hogar.

Tucker dobló una esquina, y después otra. El hombre lo seguía, sorteando al resto de los transeúntes que quedaban atrás, dejando siempre a varios entre uno y otro. Tucker rodeó otra manzana y se dirigió hacia el oeste por la avenida Massachusetts. El hombre seguía con él, pero más cerca, probablemente esperando el momento oportuno. Bien podía llevar oculta un arma bajo su cazadora gris.

Tucker siguió aprisa hasta el mercado de Capitol Hill, un punto popular del barrio, pequeño, estrecho, y, a aquella hora, lleno de público. Fue hasta el fondo de la tienda y se detuvo ante el refrigerador, aparentemente para ver los refrescos disponibles, pero en realidad para apostarse tras el extremo, desde donde podría ver por el pasillo hasta la puerta de entrada.

El hombre entró, saludando con un gesto de la cabeza al chico de la caja y mirando a un lado y otro con aparente despreocupación mientras seguía hacia la carnicería. En la tienda estaban haciendo algunas reformas. Tucker vio dos tablas de madera apoyadas en la pared, al final del pasillo del fondo. Girando la cabeza lo justo para cerciorarse de que el hombre lo había localizado, entró en el pasillo poco iluminado. Antes de doblar la esquina, miró atrás. El hombre venía hacia él con expresión de simpatía.

Tucker asió una de las tablas y salió aprisa por la puerta giratoria de vidrio al aire fresco de la noche. Altos árboles arrojaban sombras oscuras sobre el pequeño aparcamiento. Se apostó inmediatamente contra el muro de la tienda, empuñando la tabla. La puerta giratoria fue perdiendo velocidad. Cuando se aceleró de nuevo, metió la tabla entre los paneles en movimiento. Y sacó la Browning.

Cuando el panel de la puerta giratoria dio contra la tabla, Tucker se adelantó y apuntó con la pistola hacia el interior de la puerta.

El hombre, atrapado, incapaz de alcanzar la madera, intentaba empujar la puerta hacia atrás para volver al interior de la tienda. Hinchaba los hombros con el esfuerzo, pero la puerta no se movía: solo giraba en el sentido de salida. El hombre se volvió,

con furia en el rostro. Tucker calculó que tendría algo menos de treinta años. Llevaba barba de varios días; tenía el pelo castaño, corto, y cara corriente. Una cara sin ningún rasgo digno de recordar, salvo los hoyuelos de las mejillas. Cuando vio a través del cristal el arma de Tucker, levantó inmediatamente la mano para llevársela al interior de la chaqueta.

—No lo hagas —dijo Tucker, negando con la cabeza.

La mano se movió dos dedos más.

—Los dos sabemos que pensabas acabar conmigo —le dijo Tucker—. Mi solución será dispararte yo primero. Empezaré por el vientre, y después iré apuntando a los diversos órganos.

Una herida en el vientre era la más dolorosa de todas, y solía ser mortal cuando afectaba a órganos.

El hombre entrecerró los ojos con furia, pero dejó de moverse.

—Bien —dijo Tucker—. Saca la pistola. Despacio. Déjala junto a tus pies. No la dejes caer. No queremos que se dispare la condenada.

El hombre sacó el arma a cámara lenta y la dejó en el suelo.

—Ahora voy a sacar la tabla. Después, saldrás. Tendremos una conversación agradable.

Sin dejar de apuntarlo con la pistola, Tucker se agachó y extrajo el madero. La puerta giratoria se movió, y Tucker se apoderó de la pistola del hombre. En cuanto este hubo salido, le dijo:

—Por ahí.

Caminaron hasta la sombra oscura de un árbol.

—Dame tu cartera —ordenó Tucker.

—No la llevo.

Aquello no le extrañó. Cuando un *limpiador* entrenado salía a hacer un trabajo, iba libre.

—¿Quién eres?

—Eso no le importa, en realidad, ¿verdad, viejo?

—Enséñame las porquerías de los bolsillos —le dijo Tucker—. Con cuidado.

El hombre sacó de los vaqueros unas llaves de coche.

—Déjalas caer.

Las dejó caer entre los dedos, y después se volvió del revés el fondo de los bolsillos de los vaqueros para mostrar que allí no había nada más. Hizo lo mismo con los bolsillos exteriores de la cazadora. Se abrió la prenda con solo dos dedos de cada mano, mostrando que no tenía bolsillos interiores. Llevaba un polo sin bolsillos.

—¿Dónde llevas el dinero? —le preguntó Tucker.

—En mi coche. Está aparcado donde empecé a seguirle.

En otras palabras, aparcado cerca de Catapult. Tucker reflexionó.

—¿Quién te contrató?

—Mire, esto no era más que un encargo. No es cosa personal.

—Para mí, sí que es personal. ¿Quién coño te contrató?

El tono de amenaza mortal impresionó al hombre. Se le dilataron las pupilas.

—Hijito, yo sé matar sin dejar huellas —le dijo Tucker con seriedad fúnebre—. Hace mucho tiempo que no lo hago. Esta noche parece buen momento para volver a practicar el deporte. ¿Quieres que te haga una demostración?

El asesino a sueldo frustrado se revolvió, inquieto.

—Preston. Me dijo que se llamaba Preston. Me hizo una transferencia a una cuenta mía.

Tucker asintió con la cabeza.

—¿Cuándo recibiste su llamada?

—Hoy. A última hora de la tarde.

Con un movimiento brusco, Tucker avanzó un paso y golpeó al hombre en la sien con su Browning. El hombre se tambaleó, y Tucker lo golpeó de nuevo. El hombre cayó de rodillas sobre el asfalto; después, se deslizó hacia atrás hasta quedar sentado, y por último se derrumbó, inconsciente.

Tucker extrajo la munición del arma del hombre y se la guardó en el bolsillo. De nueve milímetros. Podría resultar útil más adelante. Sacó unas bridas de plástico y ató con ellas al hombre las manos a la espalda y los tobillos. Lo hizo rodar hasta dejarlo contra el tronco de un árbol, donde era más densa la sombra.

Tucker activó su móvil y pulsó el número de Gloria. En cuanto esta respondió, le dijo:

—No digas mi nombre. Ponme en espera y ve a mi despacho y cierra la puerta. Habla conmigo desde allí.

Hubo una pausa de sorpresa.

—Claro, Ted. Tengo tiempo para una charla privada, si es breve.

Ted era su marido.

Cuando volvió a hablarle, Tucker le dijo:

—Estoy detrás del mercado de Capitol Hill, afuera. Voy a dejar aquí a un *limpiador* que ha intentado acabar conmigo. Está atado, y le he quitado la munición. Ven por él.

—¿Qué? Ay, demonios, ¿en qué te has metido ahora?

—Hudson Canon es un traidor.

—¿Hudson quería que salieras por lo del *limpiador*?

—Sí.

Gloria soltó una maldición.

—Ya sabía yo que algo andaba mal. ¿Qué quieres que haga con ese tipo cuando llegue allí?

—Seguirá inconsciente. Está atado. Mételo a rastras en tu coche, y déjalo aparcado en el sótano de Catapult. No quiero que Canon se entere de nada de esto, por razones evidentes. Tampoco se lo digas a Matt Kelley. Puede que en Langley haya otro topo, y podría conducir hasta la gente de la Biblioteca de Oro. Estamos haciendo un cortafuegos de seguridad, ¿entendido?

—Entendido.

—El chico dejó aparcado su coche en alguna parte cerca de Catapult. Dejaré sus llaves en el reborde por encima de la puerta trasera de la tienda. Localiza el coche y regístralo. Llámame si encuentras algo.

—He de suponer que no vas a volver.

—No, hasta que haya terminado la operación de la Biblioteca de Oro. Oficialmente, me estoy tomando unas vacaciones cortas y merecidas.

CAPÍTULO

46

Roma, Italia

El pequeño apartamento estaba en un rincón olvidado de Roma, oculto en una de las callejuelas del monte Janículo, al sur de la basílica de San Pedro. Mientras Yitzhak Law se acercaba a la ventana abierta del apartamento, se oyó la sirena ronca de una embarcación que surcaba el Tíber. Yitzhak se pasó las dos manos por la cabeza calva y miró por la ventana aquel terreno que no le resultaba familiar.

—Estás intranquilo, *amore mio* —dijo a sus espaldas la voz de Roberto Cavaletti.

Yitzhak se volvió. Roberto lo observaba desde la mesa que estaba junto a la pila, la única que tenían. Era un estudio de una sola habitación, tan pequeño que cuando se abría la puerta del horno no se podía entrar al minúsculo baño. Hacía recordar a Yitzhak sus tiempos de estudiante en la Universidad de Chicago, pero aquello era su único encanto. Aquello, y que era seguro. Bash Badawi los había llevado hasta allí el día anterior, después de que un médico curase a Roberto la herida del hombro.

—Esta tarde tengo que impartir una clase —dijo Yitzhak—. Más tarde, a última hora, una reunión. Si no aparezco, se preocuparán.

Aquel problema no había surgido el día anterior, en el que no tenía más clases ni reuniones. Era profesor del Departamento de Estudios Histórico-Religiosos de la Universidad de Roma-La Sapienza, y se tomaba en serio sus responsabilidades.

Roberto se frotó la barba castaña, que llevaba muy corta, reflexionando.

—Puede que pase algo peor —dijo—. Llamarán por teléfono a casa, dejarán un mensaje y, cuando nadie devuelva la llamada, irán a buscarte.

—También lo había pensado. Pero los que más me preocupan son los estudiantes. No habrá nadie para impartirles clase.

—¿Quieres avisar al departamento? Tenemos el teléfono móvil que nos dio Bash. Dijo que no debíamos salir y que nadie debía enterarse de dónde estamos. Una llamada por móvil no es salir. Y no hace falta que des detalles —concluyó Roberto, mostrando el móvil a Yitzhak.

—Sí, claro; tienes razón.

Yitzhak, sintiéndose aliviado, se acercó y tomó el aparato. Se instaló en la silla que estaba frente a Roberto mientras hacía la llamada. Hacía un rato que había cambiado el vendaje de la herida de Roberto. Afortunadamente, se iba curando bien,

y Roberto había pasado bien la noche.

Atendió la llamada Gina, secretaria del departamento. Reconoció al instante la voz del profesor.

—*Come sta, professore*?

Yitzhak explicó en italiano que había tenido que marcharse con una hora de preaviso por una emergencia.

—Tendrá que encargarse de mi lección un sustituto, Gina. Y le ruego que avise al profesor Ocie Stafford de que no podré asistir a su reunión, y le pida disculpas de mi parte.

—Así lo haré. Pero ¿qué hago con su paquete?

—¿Qué paquete? No entiendo.

—A la vista y al tacto parece un libro; pero no puedo saberlo con certeza, claro está. Viene en un sobre acolchado. Vino a entregarlo esta mañana un sacerdote, de parte del monseñor Jerry McGahagin, de la Biblioteca Vaticana. Dijo que era muy importante. El monseñor quiere pedirle asesoramiento.

Monseñor McGahagin era director de una biblioteca que no solo era una de las más antiguas del mundo, sino que contenía una colección preciosa de textos históricos, muchos de los cuales no veía nunca el público ajeno a la biblioteca.

Pensó rápidamente.

—Envíemelo con alguien a la *trattoria* Sor'Eva, de la Piazza della Rovere. Ahora estoy allí cerca, casualmente.

Bash le había señalado aquel lugar como buen restaurante donde servían una excelente pasta casera.

—Sí, eso haré. Media hora, no más.

Yitzhak cortó la conexión y contó la conversación a Roberto.

Este sacudió la cabeza.

—Qué malo eres. Se supone que debemos quedarnos aquí.

—Quédate tú. Así habremos cumplido, al menos a medias.

Roberto se encogió de hombros con gesto expresivo de romano.

—¿Qué voy a hacer contigo? Siempre eres como un perrito que busca otro hueso.

—Volveré pronto —le prometió Yitzhak dándole una palmadita en la mano, y salió.

Caía el crepúsculo sobre la ciudad, y las sombras se alargaban. Yitzhak se había esforzado en no pensar en Eva ni en Judd; pero mientras caminaba, pasando ante casas de pisos y tiendas, tenía una sensación extraña de vulnerabilidad que lo llevaba a preocuparse por ellos. Solo volvería a sentirse a gusto cuando Bash le comunicara que habían arreglado su situación peligrosa y volvían a estar a salvo.

Veinte minutos más tarde, llegó a la *piazza* y se detuvo ante la *trattoria*, al otro lado de la calle. Todo parecía normal, pero lo normal en Roma era el bullicio; las

calles eran un ciclón de tráfico, abarrotadas de gente que iba de compras, de habitantes del barrio, de profesionales, de coches aparcados en doble y triple fila. Por los ventanales de la *trattoria* se veía a los parroquianos que comían y bebían en el interior.

Vio entonces a Leoni Vincenza, uno de sus alumnos avanzados, que venía aprisa hacia el restaurante con un sobre acolchado bajo el brazo. El sobre era amarillo vivo, un color muy poco usado en el Vaticano. El monseñor estaría empleando materiales de papelería donados, quizá.

Yitzhak se forzó a apresurarse y atravesó la calle por el paso de peatones.

—¡Leoni! ¡Leoni!

El joven levantó la vista; la larga cabellera negra le flotaba alrededor del rostro.

—¿Me ha tenido que esperar, *professore*?

Yitzhak no respondió y aflojó el paso para recobrar el aliento. Cuando Leoni llegó hasta él, le dijo:

—Me alegro de verte, muchacho. ¿Es este mi paquete?

—Sí, señor —dijo el joven, entregándoselo.

—*Grazie*. Tengo el coche aparcado a la vuelta de la esquina. Te veré en la universidad dentro de unos días.

Leoni asintió con la cabeza.

—*Ciao* —dijo, y se volvió por donde había venido.

Yitzhak se marchó en el otro sentido, pensando que había sido listo al dar una pista falsa al estudiante. En la subida del monte Janículo se detuvo. El corazón le palpitaba con fuerza. Hacía años que tenía la intención de perder peso. Ahora, resultaba evidente que más le valía llevarla a la práctica pronto.

Siguió andando, despacio esta vez, y llegó por fin al edificio de apartamentos. Abrió el portal y levantó la vista hacia la larga escalera. Tenía que subir dos tramos, y el segundo era tan largo como el primero. Sopesó el paquete…; parecía pesado, tenía el peso propio de un libro. Sentía curiosidad, y aprovecharía para descansar un momento.

Arrancó las grapas y extrajo el volumen. Y se quedó mirándolo con sorpresa. El libro era una gruesa colección de *Las aventuras de Sherlock Holmes*, tan descabalado que parecía que había salido de una librería de lance. No se trataba de una primera edición, decididamente. ¿Por qué le habría enviado aquello el monseñor? Buscó alguna nota, pero no la encontró.

Sacudiendo la cabeza, volvió a meter el libro en el sobre y ascendió las escaleras. Oyó a su espalda que se abría y se cerraba la puerta del portal. Cuando llegó a su piso, oyó pasos que ascendían apresuradamente por las escaleras. Por algún motivo, optó por correr por el pasillo. Cuando metió la llave en la cerradura, volvió la vista atrás y se quedó helado.

Corrían hacia él dos hombres que lo apuntaban con pistolas.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Yitzhak, aunque con una voz que hasta a él mismo le pareció débil—. ¿Qué quieren?

No obtuvo respuesta. Uno de los hombres era grande, robusto y de aspecto feroz; el otro era pequeño y nervudo, de cara maligna. El hombre de menor estatura arrebató la llave de la mano de Yitzhak y abrió la puerta, y el hombre grande le hizo entrar de un empujón. La puerta se cerró a sus espaldas con un clic ominoso.

CAPÍTULO

47

Atenas, Grecia

El amigo del Carnívoro llevó a Eva y a Judd en su avioneta hasta el aeropuerto internacional de Atenas, y allí tomaron el ferrocarril de cercanías Proastiakos hacia el noroeste, a través de la noche, e hicieron transbordo a la línea tres de metro, que los llevaría hasta la ciudad. Habían estado bien atentos a la presencia de cualquier persona que pareciera demasiado interesada por ellos. El vagón del metro estaba abarrotado; los viajeros dormían o hablaban en voz baja. Eva estaba impaciente por llegar a un hotel donde pudieran estar solos y ella tuviera la oportunidad de enrollar la tira de cuero alrededor de la escítala para traducir el resto del mensaje de Charles.

Iba mirando por la ventanilla; el metro pasaba velozmente ante casas y edificios de pisos construidos con el estilo arquitectónico de bloque de cemento, generalizado en la arquitectura griega moderna. De cuando en cuando se apreciaban ruinas antiguas, iluminadas entre la noche. La yuxtaposición de lo nuevo con lo antiguo resultaba tranquilizadora en cierto modo; el pasado venía al encuentro del presente y hacía que pareciera posible el futuro. Eva se aferró a sus esperanzas de futuro, sentada junto a Judd y muy consciente de su presencia. Judd tenía muchas cosas que le gustaban…, pero también algo que le daba miedo.

Le miró las manos, que Judd llevaba apoyadas en los muslos, y recordó la estatua de David, gran obra maestra de Miguel Ángel, en Florencia. Miguel Ángel había dicho que, cuando se había puesto a tallar el mármol, este había dejado al descubierto las manos de un matador. Las manos de Judd se parecía a las del *David*, muy grandes y fuertes, con venas destacadas. Pero al tallar el rostro de David, Miguel Ángel había desvelado una dulzura y una inocencia sutiles. Eva echó una mirada al rostro curtido de Judd, cuadrado y rudo bajo sus cabellos teñidos de rubio; su nariz aguileña, su buena mandíbula. Allí no había dulzura ni inocencia; solo fuerza de voluntad.

—¿Cuántos años tienes, Judd? —le preguntó.

A pesar de su estado constante de atención, el cuerpo de Judd parecía relajado. No había manera de saber con certeza cuánto tiempo tardaría Preston en enterarse de que el Carnívoro no los había eliminado. Preston podría estar persiguiéndolos ya.

—Treinta y dos —dijo él—. ¿Por qué?

—Yo también. Apuesto a que eso ya lo sabías.

—Figuraba en el *dossier* que me pasó Tucker. ¿Importa para algo mi edad?

—No. Pero pensé que podrías ser mayor. Has pasado por muchas cosas, ¿verdad?

Él la miró fijamente.

—¿Por qué dices eso?

—En la cárcel había mujeres que tenían un aire de… Es difícil describirlo. Supongo que diría que de haber tenido un pasado arduo. Tú eres algo así.

Lo que no le dijo era que aquellas mujeres procedían de entornos violentos, y que muchas de ellas estaban condenadas por asesinato u homicidio. No obstante, parecía que tenían la necesidad de pelearse, a pesar de que las consecuencias eran graves para ellas, ganasen o perdiesen en la pelea. Pero ella no había visto nunca a Judd comenzar una pelea, ni siquiera buscarla. Después, recordó con un escalofrío lo que había dicho él, que no quería tener más sangre en las manos.

—Estuve encubierto en Irak, y después en Pakistán —le explicó él—. De Inteligencia Militar. Naturalmente, fue «arduo» en los dos sitios. Pero también hubo cosas buenas. Pude colaborar en la reconstrucción de varias escuelas. Los iraquíes estaban reconstruyendo el país, y la educación era una de sus grandes prioridades. Mi padre preparó envíos de libros para sus bibliotecas.

—Eso no me suena a trabajo de Inteligencia Militar.

—Tuve algún tiempo libre. Lo dediqué a eso, sobre todo al final.

Eva advirtió algo más en su voz.

—¿Y antes de aquello?

Él sonrió.

—¿Siempre hacéis tantas preguntas las lumbreras?

—¿Yo soy una lumbrera?

—Tu doctorado te da derecho al título.

Eva recorrió con la mirada a los demás pasajeros.

—Piensa lo que quieras de mí, incluyendo mi pasado turbio. Yo no sé casi nada de ti.

Él se rio levemente.

—Al menos, estoy seguro de que no eres culpable de homicidio por imprudencia de tráfico. Lo siento. He dicho una tontería —añadió, al ver la expresión de Eva, y volvió la vista al frente de nuevo.

Eva no dijo nada y siguió sentada en silencio.

Él prosiguió por fin.

—Descubrí una información sobre un agente de Al Qaeda en Irak, y al final pude atraparlo y me lo llevé para interrogarlo. Solo Dios sabe cómo se hizo con una cuerda, pero el caso es que así fue. Se ahorcó en su celda. Su hermano también era de Al Qaeda, y vino por mí. Aquello duró varias semanas. Me estaba incapacitando para hacer el resto de mi trabajo, y yo no era capaz de localizarlo. Entonces, hubo un

cambio. Parecía como si él hubiera perdido el interés. Yo no lo entendía… hasta que me pasaron un mensaje haciéndome saber que me iba a castigar liquidando a mi novia.

A Judd le palidecieron los dedos al apretar las manos.

—Ella también era de Inteligencia Militar. Una analista estupenda. Me pasaron la información justo cuando ella llegaba al control de seguridad, como de costumbre. Una mujer musulmana tropezó y cayó junto al puesto de seguridad, y la maleta que llevaba se le escapó de entre las manos y se deslizó bajo el *jeep* de mi novia. Había parecido accidental, pero los guardias entraron en acción al instante. La mujer consiguió liberarse y huir un instante antes de que explotara la maleta. Era un artefacto explosivo improvisado, claro está. La *mujer* llevaba un burka, pero uno de los soldados le vio unas piernas con pantalones vaqueros y unos pies grandes con botas militares de hombre.

Judd respiró hondo.

—Murieron cuatro personas, entre ellas mi novia. Más tarde, recibí otro mensaje. Decía, traducido, «El que siembra, recoge». Del Nuevo Testamento, claro está. Del apóstol Pablo. Aquel hijo de perra, un yihadista islámico, me citaba la Biblia para justificar que la había asesinado.

—No me has dicho cómo se llamaba ella —dijo Eva con suavidad.

Él se aclaró la garganta.

—Amanda. Amanda Waterman.

—Cuánto lo siento. Es horrible. Te debiste de sentir responsable de su muerte.

—Seguiría viva. Su trabajo no era tan peligroso.

—Apuesto a que quisiste matar a aquel hombre por lo que había hecho.

Él se puso tenso.

—No pude encontrarlo.

—¿Todavía quieres matarlo?

Judd la miró vivamente.

—¿Me culparías por ello?

—Cuando yo llegué a creer en la posibilidad de que hubiera ido yo al volante y de que hubiera matado a Charles, tardé mucho tiempo en aceptarlo —dijo Eva, e hizo una pausa—. Nadie fue a Irak sin conocer los riesgos que corría. Los dos tuvisteis mucha suerte de encontrar el amor.

Eva percibió la tristeza en su propia voz, y se la quitó de encima.

—Mucha gente no llega a encontrarlo nunca —concluyó.

Él asintió con la cabeza, con expresión granítica.

No obstante, Eva se preguntó si sería aquella la única historia que estaba detrás de las miradas heladoras que le había visto en el rostro. Una de las manos de Judd se movió hacia la de ella, para cogérsela. Eva recordó cómo la había arrastrado él hacia

sí cuando había estado a punto de caerse del yate; cómo la había rodeado con sus brazos y la había abrazado con fuerza, cómo le había besado el pelo…, el sonido maravilloso de su corazón palpitante. Su olor húmedo, almizclado. Se había jugado la vida para salvarla. En aquel momento, ella no había querido más que acurrucarse contra él y olvidarse de los tiempos difíciles. Pensar que su instinto protector era el comienzo del amor. Pero la verdad era que ella no sabía lo que pensaba de él de verdad, ni mucho menos lo que sentía, ni si una persona con un gran dolor en el corazón y un pasado violento podría llegar a tener alguna vez la estabilidad suficiente para un amor perdurable. ¿Podría tenerla ella, siquiera?

Dio a Judd un rápido apretón en la mano, y se la soltó.

—Te está sonando el móvil.

Judd se sacó el teléfono del bolsillo.

—Un correo electrónico de Tucker. Una buena noticia: cree que puede haber localizado a Robin Miller. ¿Qué te parece a ti? —le preguntó, pasándole el aparato.

Eva analizó la foto de la mujer que aparecía en la pantalla del móvil: ojos verdes y cabello espeso, rubio ceniza, pero sin flequillo. La boca era redonda y carnosa. Se indicaba la edad de la mujer, su estatura y su peso.

—Las señas coinciden con las de Robin Miller —le dijo—. Pero, si no fuera porque sé lo que sé, diría que no es ella. Por otra parte, Charles se hizo cirugía plástica cuando ingresó en la biblioteca, de manera que también ella pudo hacérsela. En tal caso, podrían haberle acortado la nariz subiéndole la punta, y ponerle un implante en la barbilla. Los ojos, el color del pelo y el resto de la cara son iguales.

—¿Serían idénticos con cirugía plástica?

—Sin duda.

Eva seguía pensando en la muerte de la novia de Judd.

—Lo que me dijiste del yihadista de Al Qaeda y el último mensaje que te dejó es interesante. También hay una versión en el Antiguo Testamento. Job dijo: «Los que labran iniquidad y siembran maldad, cosechan eso mismo». Después, miles de años más tarde, Cicerón escribió: «Como has sembrado, así cosecharás». En todo caso, lo que me llama la atención es que se encuentra también en el Corán, que vino unos siete siglos más tarde, después de Cicerón: «¿Has considerado lo que has sembrado?». Ese yihadista debía de tener al menos una cierta cultura. De lo contrario, habría recurrido a lo que conocía, el Corán.

—Yo también había pensado en ello. Pero no pienso volver, y solo Dios sabe dónde está, o si está vivo siquiera. Además, tú y yo tenemos un problema mucho más urgente, el de cómo encontrar a Robin Miller y la Biblioteca de Oro.

«Y salir vivos», pensó ella.

CAPÍTULO

48

Eva y Judd se apearon en la *platia* Sintagma, la plaza de la Constitución, centro de la Atenas moderna. La plaza, una extensión grandiosa de mármol blanco, se extendía a los pies del edificio del Parlamento, que brillaba serenamente a la luz de los focos. En el perímetro de la plaza había cafés elegantes con terrazas en cuyas mesas la gente comía, bebía y charlaba.

Mientras caminaban hacia la parada de taxis, Eva daba vueltas a la cuestión de si sería capaz de seguir con la misión. Cuando miraba a su alrededor, el tráfico de Atenas le parecía más denso de lo normal; las sombras, demasiado oscuras y peligrosas. Estaba preocupada, llena de agitación mental.

Se detuvieron cuando se hicieron visibles las ruinas del Partenón, que se cernían majestuosas sobre la alta Acrópolis. Las columnas y los frontones blancos y relucientes se veían desde muchos puntos de la ciudad, entre edificios y en los cruces de las calles.

—El Partenón sí que es una cosa grande —opinó Judd—. Y, antes de que me lo preguntes, te diré que no, no había estado nunca en Atenas. Esta es mi primera vez.

Ella forzó una sonrisa.

Tomaron un taxi al distrito Exarchia, cerca de la Politécnica de Atenas, un barrio bohemio y con personalidad propia que Eva había visitado antes de conocer a Charles. Se bajaron al pie de la calle Stournari y subieron hasta la *platia* Exarchia, centro neurálgico de la zona, donde los atenienses satisfacían su pasión por el debate político y los intelectuales acudían a declamar sus últimas teorías. La vida nocturna empezaba en Atenas en serio a partir de la medianoche. Eva veía por las cristaleras que los bares estaban muy animados.

—Vamos a buscar algo de comer —dijo Judd.

Entraron en una *taverna* llamada La Venganza de Pan. Un músico rasgueaba un *bouzouki*, semejante a una mandolina, y cantaba una canción marinera griega que hablaba de la nostalgia por un amor que estaba lejos. Se pasaron por la barra y Eva iba traduciendo mientras Judd elegía una botella de tinto Katogi Averoff de 1999, con noventa por ciento de cabernet y diez por ciento de merlot. Eva pidió la especialidad de la casa, musaca y calabacín relleno de arroz silvestre, para llevar.

Con sus compras en la mano, caminaron hasta doblar la esquina. Eva percibía la tensión de Judd, que seguía vigilando por si los seguía alguien, y notaba también su

propia tensión, en su afán de decidir qué haría.

—Estás muy callada —le dijo él.

—Ya lo sé. Pensando, nada más.

Eva no tardó en ver el pequeño hotel que recordaba, de piedra rosada con molduras de piedra blanca y contraventanas esmaltadas de blanco, donde se había alojado años atrás.

—Hotel Hécate —leyó Judd—. ¿Es un dios o diosa griega?

—La diosa de la magia.

—Puede que sea un buen presagio —dijo Judd. Se la quedó mirando un momento, como si intentara leerle la mente—. ¿Vas a estar bien?

Entraba y salía bastante gente de los diversos establecimientos. Se abrió la puerta de un bar y salieron al exterior oleadas de risas. Eva no veía ninguna señal de amenaza.

—Claro —dijo—. Me quedaré por aquí fuera mientras tú tomas la habitación.

—No me vayas a dejar tirado.

Ella enarcó las cejas con sorpresa. ¿Había adivinado él que se lo había estado planteando? Antes de que hubiera tenido tiempo de responder, Judd se apresuró a entrar en el hotel.

Caminando por la acera, observaba a los demás transeúntes mientras intentaba poner en orden sus pensamientos. Había cometido muchos errores, y ahora temía que seguir participando en la operación fuera un error más. ¿Qué clase de hombre era en realidad Judd, para hacer un trabajo tan violento? ¿Podría prescindir de la violencia? ¿La emplearía alguna vez contra ella?

Cuando llegó a la esquina, emprendió de nuevo la vuelta hacia el hotel. Se sentía responsable de haber puesto en peligro a Yitzhak y a Roberto y de haber sido la causante del asesinato de Peggy. Pero cuando había descubierto que Charles estaba vivo y que le había dejado un mensaje, se había puesto a seguir la pista ciegamente, para saber algo más de lo que podía haber sentido él hacia ella en realidad. Mientras pensaba en ello, pasaron a su lado un hombre y una mujer ancianos, cogidos de la mano, hablando entre sí como si no les importara nadie más en el mundo. Eva sintió una punzada de pena.

Judd apareció en la entrada de vehículos, junto al hotel. Oteó la zona, e hizo después un gesto discreto de asentimiento con la cabeza.

—¿Todo bien? —preguntó a Eva cuando se reunió con ella.

A ella le atrajo la mirada una sombra negra que corría por la entrada de vehículos, y fue consciente de pronto de lo difícil que era distinguir a oscuras un perro de un lobo. Suspiró.

—Gracias por todo, Judd. Esta noche te traduciré el mensaje de Charles, pero mañana tomaré un avión para volverme a casa.

Él no intentó hacerle cambiar de opinión.

—Me alegro de que hayas aguantado tanto. Has sido de gran ayuda, Eva.

Entraron por la puerta trasera del hotel y subieron por las escaleras. La habitación era más grande que la de Estambul, y también tenía dos camas. Esta tenía vistas al hotel de al lado y, muy por debajo de ellos, a la entrada de vehículos. El Partenón brillaba a lo lejos.

Mientras Judd echaba el pestillo a la puerta, Eva dispuso la comida en una mesa, junto al radiador, y se quitó el bolso de bandolera para sacar la escítala y la tira de cuero.

Él, mirándola con expectación, dejó caer la bolsa de viaje en la cama que estaba más cerca de la puerta y sacó su Beretta y la pistola S & W de nueve milímetros con silenciador que había quitado a Preston.

Eva desabrochó el cierre del bolsillo lateral de su bolso y metió la mano dentro. Sintió inmediatamente una humedad horrible. Sacó la escítala y la tira.

—Oh, no —susurró—. No.

—¿Qué?

—Se ha corrido la tinta.

Le mostró la larga tira de cuero, mojada; las letras se confundían unas con otras.

—Ha debido de pasar en el yate, cuando nos empapamos. ¿El mensaje es legible?

—Todavía no lo sé.

Eva tomó una caja de servilletas de papel del buró, se sentó en la otra cama y puso la tira bajo la luz fuerte de la lámpara. Mientras ella la iba secando, él se sentó frente a ella, inclinado hacia delante, con los antebrazos apoyados en los muslos, observándola, tenso.

—Las letras están borrosas —le comunicó ella—. Pero quizá pueda sacar algo en limpio.

Recordando cómo lo había hecho Andy Yakimovich, enrolló cuidadosamente la tira alrededor de la escítala, apretándola y colocándola suavemente mientra se aseguraba de que las letras borrosas formaban líneas. Trabajó largo rato en la habitación silenciosa. Por fin, asió los dos extremos de la escítala, sosteniendo el cuero en su sitio con los pulgares.

—Algunas palabras se entienden —dijo—. Puedo leer en parte donde dice que el secreto está escondido en el *Espías*, pero no leo la frase siguiente.

Las palabras que venían después, que eran la despedida final, le cortaron el aliento.

—*Diligo te, Eva. 8/3/08*.

—¿Qué es eso? —preguntó Judd, inclinándose hacia delante. Ella se lo tradujo:

—«Te quiero, Eva».

Judd miró donde estaba mirando ella.

—Está fechado un mes antes de la desaparición de Charles —observó—. Eso responde a una de tus preguntas. A una pregunta fundamental, me figuro.

Ella titubeó, sintiendo un arrebato de emociones.

—Siempre tuve a Charles por mi fuerza, por mi ancla. Cuando tenía dudas o me desviaba, él me centraba de nuevo. Ahora pienso que aquello era lo que él entendía por amor. Pero la verdad es que no era interés ni preocupación por mí. Sencillamente, no soportaba que yo no fuera tan centrada, tan compulsiva como era él.

Miró a Judd.

—Seguimos sin saber en qué parte del *Libro de los Espías* está escrita la ubicación de la biblioteca —concluyó.

Se produjo un largo silencio de desilusión profunda.

Judd irguió la espalda.

—Tendré que encontrarlo yo mismo en el *Espías*.

Pero el libro era enorme. Sería imposible descubrir el mensaje sin contar con una pista ni con ayuda experta. Y había un problema todavía mayor: Judd no sabía siquiera dónde estaba el libro.

—No te preocupes, Eva. Vuélvete a tu casa mañana, en todo caso —le dijo, con mirada firme—. Cuando te dije que lo has hecho muy bien, lo decía en serio. La verdad es que tu ayuda ha sido preciosa. Sin ti, seguramente habría fracasado en Roma o en Estambul.

Sonó el móvil de Judd, y él lo cogió.

Eva miró su reloj. Pasaba de las cuatro de la madrugada.

—Sí, Tucker —dijo Judd. Escuchó, apretando la mandíbula. Contó a Tucker el intento del Carnívoro de acabar con ellos, y cómo había cambiado de opinión; después, el descubrimiento de que la tira de cuero estaba deteriorada—. Estamos en el hotel Hécate. Entendido. Ten cuidado.

Eva le vio pulsar el botón de cierre de la llamada.

Cuando se volvió hacia ella, estaba muy serio.

—Cathy Doyle, la jefa de Tucker, ha muerto en accidente de tráfico, y parece que el hombre que ocupa su lugar es la filtración. Otro pistolero a sueldo acaba de intentar eliminar a Tucker.

—Ay, Dios. ¿Cómo está Tucker?

—Enfadado. Preocupado. Como de costumbre. O sea, bien. Está en el aeropuerto de Baltimore. Se viene para aquí para ayudar.

—¿No tenía información nueva sobre el *Espías* ni sobre la Biblioteca de Oro?

—No; pero ha dado mi número de móvil a la NSA, de modo que, en cuanto se active alguno de los números del teléfono de Charles, nos avisarán a él y a mí. Hay más cosas. Preston contrató al tipo que intentó acabar con Tucker después de que lo dejásemos atado en el Gran Bazar.

—De modo que Preston vuelve a estar activo, tal como pronosticó el Carnívoro. ¿Sabía Tucker algo del Carnívoro?

—Ha dicho que el Carnívoro es uno de los secretos sucios del mundo clandestino. No interesa matarlo porque es demasiado útil para muchos bandos, y, en todo caso, es demasiado escurridizo como para encontrarlo. Al parecer, Langley tuvo tratos con él de vez en cuando en tiempos de la guerra fría. Tucker me ha dicho que, según ha oído, el Carnívoro tiene unas reglas blindadas, pero que él, personalmente, no ha tenido nunca ningún motivo para perseguirlo.

—¿No te parece que la muerte de Cathy Doyle ha sido algo más que un accidente?

—Sí. Qué gilipollas son.

Eva observó a Judd mientras este se daba una palmada en los muslos, se ponía de pie y se paseaba por la habitación.

—¿Por qué no me pides que me quede? —le preguntó ella—. Mis conocimientos te pueden resultar útiles.

Él se volvió, con expresión severa en su rostro musculoso.

—A las personas, o bien les gusta este trabajo, o lo soportan porque tienen un sentido de misión, de compromiso con algo más grande, con algo dirigido al bien común. En religión, se le llama fe. En una nación, es el patriotismo. El peligro de muerte les merece la pena. Yo no puedo pedirte que te quedes. Podrías morir.

—¿A ti te gusta este trabajo?

—Nunca me ha gustado. En cuanto haya terminado esto, voy a volver a la vida civil en serio. Me parece que ya he aportado bastante. Ahora le toca a otros.

—¿Serás capaz de vivir en paz?

—Si lo que me preguntas es si tengo recuerdos obsesivos, o si tengo grandes probabilidades de subirme a una torre con un rifle de francotirador y ponerme a abatir a todos los que se me pongan por delante, la respuesta es no. A la mayoría de nosotros no nos dan esas cosas. Ni siquiera nos enzarzamos en peleas a puñetazos en los bares. No somos más que personas normales que hemos hecho un trabajo duro y que tenemos algunos malos recuerdos.

Eva se llenó de alivio. Comprendió, con claridad repentina, que había estado dando vueltas a sus propios miedos personales.

—Charles y el club de bibliófilos conspiraban en algo que debería haber sido bueno, pero ellos lo hicieron malo y lo convirtieron en una pérdida para la civilización, una pérdida tan grande que es incalculable —dijo—. La Biblioteca de Oro pertenece al mundo. Yo poseo unos conocimientos que te ayudarán a encontrarla y a encontrar a esa gente espantosa que está detrás de ella. Con algo de suerte, lo conseguiremos a tiempo de evitar que pase aquello que tanto temía tu padre, sea lo que sea.

Respiró hondo.

—Yo también quiero comprometerme —prosiguió—. Hacer que la misión sea mía también, e intentar ser más valiente de lo que fui nunca en los años con Charles y en la cárcel. He cambiado de opinión. Quiero seguir hasta el final.

Él se sentó en su cama, frente a ella.

—¿Estás segura? —le preguntó, observándola, con seriedad en sus ojos grises.

—Absolutamente —respondió ella. Y lo decía de verdad.

—Me alegro. Tengo la sensación de que siempre has sido valiente. Pero hazme un favor: que no te guste demasiado el trabajo.

—Ni soñarlo.

Eva dejó la escítala a un lado y se volvió hacia él, cruzando las piernas. Había tenido una idea.

—Tenemos que buscar otro modo de abordar esto —dijo—. Empezaré por el tatuaje de Charles. Ha debido de hacer temblar a todo el club de bibliófilos. Hasta el más mínimo indicio de que alguien pudiera desvelar la situación de la biblioteca representaría una amenaza para ellos. Eso es un primer punto. El segundo es que, cuando vi a Charles y a Robin juntos, había algo de intimidad entre ellos. No sé si eran amigos íntimos, colaboradores estrechos, o puede que amantes. Pero, si no me equivoco, está unida a Charles, lo que quiere decir que el tatuaje de este debe de haberla convertido en sospechosa. Sé que yo misma sospecharía. Vuelve a leer la nota de Preston.

Judd sacó la hoja arrancada del cuaderno.

—«Robin Miller. *Libro de los Espías*. Solo sabemos que Atenas, de momento».

—El principio de la nota es como una lista. «Robin Miller. *Libro de los Espías*». Punto uno, punto dos. Después llegamos al núcleo del asunto: «Solo sabemos que Atenas, de momento». El tono me hace pensar que no saben dónde está el *Libro de los Espías* ni dónde está Robin Miller; solo saben que están en Atenas, y que deben encontrarlos.

—Crees que no solo tiene ella el libro, sino que ha huido con él —dijo él.

—Es muy posible.

Judd tomó su móvil.

—La llamaré —dijo.

Marcó uno de los números encontrados en el teléfono de Charles Sherback.

—Me sale un mensaje grabado —dijo a Eva.

Después, dijo:

—Señora Miller, me llamo Judd Ryder. Estoy en Atenas, y tengo los recursos necesarios para protegerla de Preston. Quisiera comprar el *Libro de los Espías*. Llámeme en cuanto pueda. Dejaré encendido mi móvil.

Después, marcó el otro número y dejó el mismo mensaje.

—Crucemos los dedos —dijo ella.

Judd pasó al baño y volvió a salir con dos vasos. Abrió la botella de vino para que se fuera aireando.

—Voy a darme una ducha —dijo—. Comeremos después.

Sacó de la bolsa de viaje una camiseta y unos pantalones cortos limpios y entró en el baño. Eva oyó la música del agua de la ducha y se paseó por la habitación con los brazos cruzados, abrazándose a sí misma, sintiendo alivio por haber tomado la decisión de quedarse, y esperando que Robin llamara pronto. Después, sacó lo que llevaba en el bolsillo lateral del bolso y lo extendió todo para ponerlo a secar.

Judd apareció con gotitas relucientes en sus cabellos cortos teñidos de rubio, con la cara mojada y relajada. La camiseta estaba húmeda y se le ceñía a la cintura estrecha. Los músculos de su estómago eran increíbles, como barras de acero, y bajo los pantalones cortos tenía unas buenas piernas, largas y rectas, con vello castaño dorado y ensortijado, precioso. Le dio la espalda, aparentando estar muy ocupada sacando su camisa y sus pantalones cortos. Después, entró en el baño sin mirarlo otra vez.

—Tómate el vino —le dijo sin volver la cabeza—. Pórtate bien.

—Te dejaré la mitad.

El agua caliente la relajó. Se lavó el pelo, y se sorprendió al ver el color negro que le corría por la cara. No se había teñido el pelo nunca en su vida. Después de secarse con la toalla, se puso la tobillera electrónica, se abotonó la camisa y se puso los pantalones cortos.

Cuando salió del baño, Judd estaba sentado ante la mesa, inspeccionando de nuevo el cuaderno de Charles.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó ella, instalándose en la silla que estaba frente a él.

—Nada.

—¿No ha llamado Robin?

Judd negó con la cabeza.

—Háblame de tu familia.

—¿No figuraba eso en mi *dossier*? —le preguntó ella.

—Solo los datos básicos. Madre, padre, hermano, hermana y tú. Ellos se trasladaron de Los Ángeles a Iowa. Tú no. La verdad es que me gustaría saber algo.

Eva titubeó.

—En realidad, no hay mucho que contar. Mi padre trabajaba en la construcción. Mi madre limpiaba en las casas. Papá bebía mucho. Le daban arrebatos y abofeteaba a mamá cuando esta intentaba convencerlo de que lo dejara. Al fin, también ella se dio a la bebida. Entonces se llevaron mejor, pero la situación seguía siendo penosa. No podíamos traer a nuestros amigos a casa porque nunca sabíamos lo que nos

íbamos a encontrar.

—Tú eras la mayor, ¿verdad?

—Sí, y seguramente la que tuve más suerte. En Alcohólicos Anónimos te explican la figura del mediador familiar, del pacificador…, esa era yo. Aquello me salvó de caer yo también en el alcohol, porque siempre estaba procurando aliviar las cosas para proteger a mi hermano y hermana pequeños. Después, papá empezó a perder un trabajo tras otro, y su tío le ofreció un puesto en una empresa de maderas que tenía en Council Bluffs. Yo había tenido por entonces mi roce con la ley. Ellos se portaron bien conmigo y me apoyaron. Pero cuando se hubieron marchado todos, yo me quedé en Los Ángeles para ir a la universidad.

Tenía los hombros tensos. Levantó los brazos sobre la cabeza y se estiró.

—No querías acabar como ellos.

—No, no quería; pero no por eso dejé de quererlos. Vinieron a visitarme a la cárcel varias veces. No sé cómo pudieron juntar el dinero necesario, pero lo hicieron.

Eva se mordió el labio.

—El amor es un sentimiento loco, ¿verdad? —añadió.

Él la estaba mirando con un brillo de bondad en los ojos.

—Vamos a comer —dijo.

Judd sirvió vino mientras ella sacaba la comida. La musaca estaba caliente y muy sazonada; el calabacín con arroz silvestre, crujiente. Era una comida sencilla pero buena, y en aquellos momentos la habitación del hotel, a la luz de la lámpara, parecía acogedora y segura.

—¿Y tu familia y tú? —le preguntó ella, mientras comía.

—Ya conoces una parte. Mi padre era ambicioso; pero, cuanto más subía, a mayor presión estaba sometido y más tenía que viajar. Cuando yo empecé a ir a la escuela, mi madre volvió a trabajar, de maestra de jardín de infancia. Después, al cabo de un par de años, lo dejó, para estar libre cuando mi padre estaba en casa. Era estupendo para mí. Mis amigos siempre tenían la puerta abierta. Mi madre les hacía pastel de chocolate y galletas de avena, y nos dejaba jugar fuera y ensuciarnos.

Reflexionó, mirando su vino.

—Lo que era duro para los dos era no tenerlo en casa. Pero, cuando estaba, llenaba la casa con su personalidad, y nos dedicaba todo su tiempo. Ahora que lo recuerdo, me queda claro que intentaba compensarnos.

—Estoy segura de que a él también le gustaba estar contigo.

—Eso espero —dijo él, y bajó la cabeza—. Has de saber que mi padre me empezó a contar historias sobre la Biblioteca de Oro cuando yo era pequeño. Ya debía de saber algo de ella por entonces. Y eso me hace pensar que ya estaría en el club de bibliófilos cuando se tomó la decisión de reclutar a Charles. Sabiendo las dotes de gestión que tenía mi padre, he de creer que, aunque él no tomase las

decisiones últimas, al menos debió de enterarse de los preparativos.

A Eva se le cortó la respiración. Después, se quitó de encima su rabia.

—Tú no eres él —dijo—. Tú has tomado tus propias decisiones, y a mí me parece que son diametralmente opuestas a las de él. Creo que has heredado sus rasgos mejores.

Judd vertió en los vasos el vino de color granate hasta acabar la botella, y alzó el suyo.

—Por nuestra colaboración —dijo, sonriendo.

Ella hizo chocar el borde de su vaso con el de él, y le sonrió mirándolo a los ojos.

—Por que encontremos la Biblioteca de Oro.

CAPÍTULO

49

La tarde era luminosa; el sol se reflejaba en los parabrisas de los coches cuando la lujosa limusina de Martin Chapman se detuvo ante el hotel Grande Bretagne, en la *platia* Sintagma. El hotel, uno de los de mayor categoría del mundo, parecía un palacio, y Chapman valoraba su larga historia como sede del poder. Los nazis lo habían convertido en su cuartel general cuando ocuparon Grecia, durante la Segunda Guerra Mundial, y después había sido sede de la Fuerza Expedicionaria Británica. Allí se habían planificado guerras y se habían firmado tratados. Desde reyes hasta presidentes de empresas, desde miembros de la *jet set* hasta diplomáticos, aquel era su lugar de alojamiento natural, el único hotel que frecuentaba Chapman cuando iba a Atenas.

El chófer rodeó a paso vivo la limusina para abrir la puerta. Chapman bajó, con la melena de cabello blanco ondulado reluciente, con un brillo en los ojos azules, con serenidad en el rostro bronceado, con porte erguido. Los mozos acudieron aprisa. Se abrieron las pesadas puertas del hotel, y Chapman entró.

El gerente estaba esperando junto a una alta columna jónica que había en el vestíbulo, situado para producir un efecto perfecto, rodeado de las pinturas del siglo XIX y de las antigüedades del hotel. Hizo una reverencia y, tras las frases de bienvenida adecuadas, condujo a Chapman por el suelo de mosaico de mármol hasta el ascensor privado, sin pasar por el mostrador de recepción.

Subieron en silencio hasta la Suite Real del quinto piso. El gerente abrió la puerta, hizo otra reverencia, y Chapman entró en un rico mundo de damascos, sedas y muebles antiguos procedentes de Sotheby’c, impaciente por ver a su mujer. Pero no vio señales de ella. En su lugar, en el centro de la grandiosa sala de estar triple, estaba de pie Doug Preston con una caja de madera en las manos. Preston inclinó levemente la cabeza, indicando que la caja contenía lo que quería Chapman. El jefe de seguridad, que llevaba puesto un traje de tres piezas hecho expresamente para que no se le notara la sobaquera con la pistola, estaba serio.

Introdujeron el equipaje de Chapman en un carrito, y el gerente salió de la habitación tras hacer otra reverencia.

—¿Dónde está mi mujer? —preguntó Chapman.

—De compras, señor. Mahaira está con ella.

Chapman asintió e hizo una seña con la mano. Pasaron al comedor formal

privado, cuya elegante mesa estaba dispuesta para una reunión de negocios de solo ocho personas, ya que Jonathan Ryder y Angelo Charbonier habían muerto. El club de bibliófilos tendría que buscarles sustitutos en el transcurso del año siguiente. El centro de mesa era un rico despliegue de orquídeas. Para cada participante había dispuestos sendos blocs de papel y costosas plumas Montblanc con el logotipo del hotel.

Preston cerró la puerta.

—El mayordomo servirá bebidas —dijo—. ¿Le pido alguna cosa más?

Chapman eligió un puro Partagas del humectador de madera de raíz. Lo hizo girar entre los dedos acercándoselo al oído, para oír el crujido sordo del buen tabaco. Le cortó la punta y lo olisqueó. Satisfactorio. Después de prender el puro con el encendedor de oro del hotel, fue a situarse junto a una de las altas ventanas que dominaban los monumentos más destacados de la ciudad.

—¿Cuánto te falta para encontrar al Carnívoro? —preguntó Chapman mientras fumaba, dominándose la furia.

Cuando habían transcurrido cuatro horas sin que el Carnívoro hubiera confirmado a Chapman el golpe, este había llamado al número que le había dado el asesino. Estaba desconectado. Después, había enviado un correo electrónico a Jack, el contacto. Le había llegado devuelto.

Preston acudió junto a Chapman, ante la ventana, y dijo:

—Es un problema. Como dijo usted, el Carnívoro tiene un nivel de seguridad muy alto. La dirección de correo electrónico se enrutó por varios países. Jan no ha conseguido todavía encontrar su origen, pero sigue trabajando en ello.

Jan Mardis era la jefa de seguridad informática de Carl Lindström.

—En cuanto al número desconectado, no podemos hacer nada al respecto. Me he puesto en contacto con el hombre que le recomendó a usted al Carnívoro, pero asegura que no tiene otro medio para ponerse en contacto con él y que ya no lo encontrará usted nunca. No entiende lo sucedido, pero, sea lo que sea, se figura que también él se ha quemado. Cuando el Carnívoro toma el dinero de un cliente, se puede confiar en él. Siempre cumple. Y no olvida nunca.

Chapman sintió un escalofrío al recordar la fría letanía de las reglas del Carnívoro. Pero se lo quitó de encima. Aquel canalla le debía un pago a cuenta de un millón de dólares.

—Encuéntralo. Quiero mi dinero, y después quiero que se le liquide.

Preston bajó la cabeza.

—Sí, señor. En cuanto Jan encuentre algo, tendré mucho gusto en deshacerme de él.

—Y ¿qué hay de Judd Ryder y de Eva Blake? Según nuestro agente en Washington, se dirigían a Tesalónica y se habían puesto en contacto con Robin

Miller.

—Tienen que ir a Atenas. Me tomaron una nota personal mía, y el Carnívoro sabía que era auténtica. He puesto hombres en el aeropuerto, en las estaciones de ferrocarril y en el puerto para que los busquen. No sé cómo podrían haber localizado a Robin, pero es posible que lo hayan conseguido. Eso podría ser favorable para nosotros.

Hizo una pausa.

—Sé cómo encontrarla.

Chapman se quedó inmóvil, con el puro a medio camino de la boca. Observó a Preston, que estaba tranquilamente a su lado, con la caja todavía en las manos. Ni estaba nervioso ni pedía disculpas. De hecho, tenía una calma mortal. Sus ojos azules parecían hielo picado. Lo habían humillado, y quería venganza. Tanto mejor.

—Cuéntame.

—Hice que el piloto registrara el Learjet —dijo Preston—. Robin no se dejó el móvil. Si pensaba huir, se lo habría llevado, porque era el único que tenía. Ella no sabe que se le puede localizar por el móvil. Mi contacto en la NSA está esperando a que lo encienda, y en cuanto lo haga, la tendremos. Pero hay otro problema: Tucker Andersen se ha marchado, y el hombre al que contraté en Washington para que acabara con él ha desaparecido. Y Andersen también. He puesto a gente a buscarlos a los dos.

Chapman soltó unas sonoras maldiciones.

—¿Algo más?

—Mis hombres de Roma atraparon a Yitzhak Law y a Roberto Cavaletti.

—¿Los han matado? —preguntó Chapman al instante, con agrado.

Preston negó con la cabeza.

—Todavía no —dijo—. Ryder y Blake han acabado por dar muchos más problemas de lo que nos figurábamos ninguno. Teniendo a Law y a Cavaletti en nuestro poder, disponemos de una baza contra ellos cuando nos haga falta.

Chapman se lo pensó.

—De acuerdo. Podemos eliminarlos en cuanto queramos.

—Hay una cosa más. Después de liberarme en el Gran Bazar, hablé con Yakimovich. Dijo que Charles había dejado una tira de cuero con un mensaje, según el cual la ubicación de la Biblioteca de Oro está escondida en el *Libro de los Espías*.

—Jesús. El bibliotecario anterior sacó ese libro clandestinamente. ¿Sabía él que el libro contenía el dato de la ubicación?

—Fue él quien lo puso en el libro. Charles debió de encontrar algún mensaje que dejó el otro bibliotecario. En cualquier caso, no es problema. Recuperaremos el libro. Ryder y Blake no se acercarán a él siquiera.

Chapman dejó caer el puro en un cenicero y se frotó las manos.

—Dame la caja —dijo.

Pero cuando Preston se la estaba entregando, llamaron a la puerta. A una señal de Chapman con la cabeza, Preston fue a abrir.

Era Mahaira, con traje de lino beis, con los cabellos grisáceos perfectamente peinados enmarcándole el rostro suave.

—*Madame* me ha pedido que le diga que se retrasará, señor. Se ha encontrado con unos amigos que se han empeñado en que se quede a tomar el té con ellos. Lo lamenta mucho.

Chapman, molesto por la noticia, le dio la espalda. Mientras la oía alejarse con pasos suaves, reparó en la caja. La abrió rápidamente. Con un suspiro de placer, extrajo de su interior forrado en terciopelo un manuscrito iluminado, no solo espectacular por su belleza física sino también por lo que significaría para su esposa, y por la gran nueva fortuna que le reportaría.

CAPÍTULO

50

Los miembros del club de bibliófilos habían ido registrándose en el hotel Grande Bretagne a lo largo de la mañana. La reunión empezó puntualmente a las dos de la tarde, y la llegada de los miembros cargó la sala de una energía eléctrica. Todos medían de un metro ochenta para arriba y, a pesar de los treinta años de diferencia entre los más jóvenes y los de edad más avanzada, todos ellos se movían con elegancia de atletas y tenían el cuerpo esbelto y en forma.

Habían sido escogidos cuando eran jóvenes prometedores que luchaban por el dinero y por el poder; se les había cultivado, orientado y financiado, como a Martin Chapman. A pesar de todo, de entre los que recibían tales atenciones eran muy pocos los que llegaban a ingresar en la fraternidad del club secreto de los bibliófilos. Los que ingresaban eran ejemplos vivientes del antiguo ideal griego del hombre perfecto.

Chapman, al observarlos mientras charlaban de pie alrededor de la mesa, sintió orgullo. Llevaba cinco años de director. Podían llegar a ser revoltosos, pero era comprensible. Para conseguir cosas era precisa la agresividad valiente, y eran guerreros en los negocios y en lo que no eran los negocios…, otro rasgo esencial del ideal griego. Pero, al mismo tiempo, lo inquietaba el grado de energía más alto de lo común que estaban mostrando, y las miradas de reojo que le dirigían. Había algo que los incitaba, y él se temía que sabía de qué se trataba.

Miró al mayordomo, que estaba sirviendo bebidas. No empezarían la reunión hasta haberse quedado solos.

—Estás loco, Petr —decía uno, divertido.

—Pasas demasiado tiempo en la biblioteca —comentó otro, de buen humor.

Petr Klok tomó un martini de la bandeja de plata del mayordomo, y proclamó:

—Este es un universo organizado, basado en el número. Los antiguos lo sabían. Los mercados, sus precios y sus ciclos se mueven siguiendo ritmos armónicos.

Era un hombre con barba, con el pelo cortado con elegancia; tenía cincuenta años, y era el primer checo que había hecho una fortuna de mil millones de dólares. Aprovechando las reformas privatizadoras de su país, había empezado con poco, adquiriendo una compañía de seguros a base de créditos y avales de los fondos de la Biblioteca de Oro, y la había ido ampliando hasta convertirla en un imperio que se extendía por Europa y por América.

Brian Collum encontró en la bandeja del mayordomo su copa de Barolo.

—¿Estás afirmando que los altibajos financieros no son aleatorios? —preguntó. El natural de Los Ángeles, que empezaba a encanecer, de rostro largo y hermoso, era el miembro más joven, con solo cuarenta y ocho años. Era el abogado de la biblioteca.

—Estudiad los códigos geométricos que se ocultan en el *Timeo* de Platón —insistió Klok—. Después, conectadlos con la arquitectura de los templos hindúes, con los triángulos aritméticos de Pascal, con el alfabeto egipcio, con el movimiento de los planetas y con las pautas consonantes en las vidrieras policromadas de las catedrales medievales. Todo eso os dará ventaja en los mercados.

—A mí me interesa, por mi parte. Al fin y al cabo, Petr predijo el *crash* mundial de 2008 —les recordó Maurice Dresser. Era canadiense, y había pasado de buscador de petróleo aventurero a dirigir un imperio petrolero de billones de dólares. Tenía el pelo blanco, que ya le clareaba, y rasgos fuertes. A sus setenta y cinco años llevados con vigor, era el de mayor edad.

—Puede que Petr se adelante a su época. No sería el primero —dijo Chapman con tono de estar planteando un desafío. Hizo una pausa, hasta que todos le prestaron atención. Había visto la oportunidad, y esperaba tranquilizarlos planteando un pequeño torneo—. Veamos lo que sabéis. He aquí el tema: en el 350 antes de nuestra era, Heráclides estaba tan avanzado a su época que descubrió que la Tierra giraba sobre su eje.

Collum alzó al instante su puro para pedir la palabra.

—Un siglo más tarde, Aristarco de Samos descubrió que la Tierra giraba alrededor del sol. También se adelantó mucho a su época.

—Pero, en la misma época, Aristóteles se empeñaba en que no nos movemos y somos el centro del universo —dijo Dresser, sacudiendo la cabeza—. Un gran error, raro en él.

Hubo un instante de silencio, que cortó Chapman.

—Reinhardt —dijo.

Reinhardt Gruen asintió con la cabeza.

—En el siglo XVI, la mayoría de los científicos volvían a creer que el mundo estaba inmóvil. Un error. Por fin, Copérnico descubrió de nuevo que rotaba y que giraba alrededor del sol. Los hechos tardaron una barbaridad de tiempo en volver a salir a la luz.

Gruen, de Berlín, tenía sesenta y ocho años y era propietario de un conglomerado mundial de medios de comunicación.

—Pero no se atrevió a publicar sus hallazgos —recordó Klok—. Eran demasiado polémicos y peligrosos. Las iglesias cristianas ignorantes combatieron aquella idea durante los trescientos años siguientes.

—¿Carl? —dijo Chapman.

—Afirmaban que se oponían a las enseñanzas de la Biblia.

Carl Lindström, de aspecto regio, con cabellera rubia que encanecía, tenía sesenta y cinco años y era fundador de la poderosa empresa de *software* Estrategias Lindström, con sede en Estocolmo.

—No basta —exclamó Collum en son de desafío.

Martin Chapman, en calidad de director, ejercía también de árbitro.

—Tienes que darnos más, Carl —dijo.

—Creía que ya os sabías la Biblia a estas alturas, so idiotas —dijo Lindström de buen humor—. Lo dice en los Salmos: «El mundo está tan bien asentado, que no se moverá».

—Muy bien. ¿A quién le toca ahora? —preguntó Chapman.

Thomas Randklev levantó su vaso largo de cóctel.

—A la salud de Galileo. Comprendió que Copérnico estaba en lo cierto, y escribió sus propios libros sobre la cuestión. De modo que la Inquisición lo encarceló por hereje.

Randklev, de Johannesburgo, tenía sesenta y tres años y dirigía empresas mineras en tres continentes.

—Grandon. Tú eres el último —dijo Chapman.

Grandon Holmes, de cincuenta y ocho años, londinense, dirigía el gigante de las telecomunicaciones Servicios Internacionales Holmes.

—El mundo occidental solo aceptó en la Ilustración que la Tierra rotaba sobre sí misma y se desplazaba alrededor del sol, más de un milenio después de que Heráclides lo descubriera por primera vez.

Todos bebieron, sonrientes. El torneo había terminado sin errores históricos, y cada uno había aportado algo. La sala se había llenado de un ambiente de calor amistoso y de propósito compartido. «Todo un éxito», pensó Chapman con alivio.

—Muy bien —los felicitó.

—Pero el hecho de que se haya vindicado a Copérnico y a los demás no quiere decir que Petr tenga razón con todas sus tonterías financieras —insistió Collum.

—Hablas como abogado —dijo Petr, risueño—. Eres un Neandertal, Brian.

—Y tú te crees un maldito vidente —repuso Collum. Sonrió, y volvió a beber.

Como todos estaban servidos, Chapman dijo al mayordomo que saliera. Cuando se hubo cerrado la puerta, el grupo se instaló alrededor de la mesa. Chapman advirtió que el ambiente había cambiado, se había vuelto tenso.

Incómodo, ocupó el asiento de la cabecera, donde lo estaba esperando la caja de madera.

—Maurice, esta reunión la has convocado tú. Empieza.

Maurice Dresser cambió de posición sobre la mesa la pluma que tenía delante, y levantó la vista.

—Como miembro más antiguo, a veces tengo el deber de darte a conocer algunas quejas. Nos has estado ocultando algo, Marty.

—Dame más detalles, por favor —respondió Martin Chapman, sin perder el tono coloquial.

Dresser se inclinó hacia delante en su asiento y unió las manos.

—Jonathan Ryder, Angelo Charbonier y nuestro buen bibliotecario, Charles Sherback, han muerto asesinados —dijo—. Sospechamos que tú has tenido algo que ver con eso. Pediste a Thom, a Carl y a Reinhardt que buscaran información. Para ello, hubo que hacer chantaje a una senadora estadounidense, entrar en un ordenador de una unidad secreta de la CIA y asesinar a una oficial de la agencia, una tal Catherine Doyle. No nos hemos dado cuenta del alcance de tus actos hasta que hemos hablado unos con otros. ¿Qué demonios está pasando?

—La base del secreto es la contención —dijo Reinhardt Gruen, tamborileando con los dedos sobre la mesa—. Esto llega mucho más lejos de lo que yo había creído.

—Nos has puesto en riesgo de ser descubiertos —dijo Carl Lindström en tono acusador.

—Si se investiga el Grupo Parsifal, pueden llegar hasta nosotros —dijo Thom Randklev con ojos de furia.

Parecía que la sala vibraba de tensión.

Chapman miró los rostros fríos, uno tras otro. Volvió a maldecir en su fuero interno a Jonathan Ryder por haber desencadenado los desastres que, como fichas de dominó, lo habían llevado hasta aquel precipicio.

Se aclaró la voz.

—El Grupo Parsifal está a salvo, porque ha ganado demasiado dinero para demasiada gente importante como para que estos consientan que se sepa nada de él. Para cambiar este equilibrio, tendrían que darse unos descubrimientos de nivel catastrófico, y no se ha producido ninguna catástrofe.

Los primeros fondos de apoyo para la Biblioteca de Oro habían sido reducidos pero adecuados, y se habían ido transmitiendo a lo largo de los siglos para garantizar la custodia y la seguridad de la biblioteca. Pero en la segunda mitad del siglo XX, con el auge del comercio internacional, y cuando el grupo selecto de protectores de la biblioteca adoptó su estructura formal del club de bibliófilos, se impuso el sentido común. Se creó un proceso de selección de miembros. Los éxitos de los miembros abrían oportunidades, y se realizaban inversiones que en caso necesario se apoyaban *persuadiendo* a los miembros de Parsifal a que prestaran su colaboración.

En la actualidad, los fondos del grupo, de unos seis billones de dólares, estaban registrados, regulados y controlados por diversos frentes. Tenían mucho de lo que estar orgullosos. La Biblioteca de Oro tenía una sede permanente, se conservaba en las mejores condiciones, y no se vería amenazada nunca mientras siguiera bajo su

control. Se ocupaban de ello y obtenían su recompensa.

—Eso es lo de menos, maldita sea —dijo Holmes—. Los peligros nunca se deben tomar a la ligera. Has jugado con cosas serias que nos pueden afectar a todos. Queremos saber por qué, y dónde quieres llegar con ello.

Chapman no respondió. En vez de ello, abrió la caja de madera y extrajo un pequeño manuscrito iluminado, de unos veinte por quince centímetros, y lo dispuso en vertical para que lo vieran los miembros del club de bibliófilos. Se oyeron suspiros contenidos. La portada estaba revestida de un despliegue deslumbrante de diamantes, que formaban círculos, triángulos y rectángulos que se cortaban entre sí, todos ellos rellenados por completo de más diamantes. Eran de la máxima calidad y refulgían como el fuego.

—Conozco el libro —dijo Randklev, el zar de la minería. Citó la traducción de su título: —*Gemas y minerales del mundo*. Escrito a finales del siglo XIV. Es de la Biblioteca de Oro.

—Estás en lo cierto —le dijo Chapman. Después, se dirigió a todo el grupo—: Los diamantes de la cubierta me despertaron la curiosidad, de modo que pedí a un traductor que revisara el libro, y él encontró la historia de esos diamantes. Quizá recordéis que el persa Mahmud invadió Afganistán a finales del siglo X. Estableció su capital en Gazni y llevó el país a la cúspide de su poder, como centro de un imperio que llegaba a los actuales Irán, Pakistán y la India. Una de las fuentes de su riqueza eran los diamantes —añadió, señalando con la cabeza el rico libro—. Diamantes que se extraían de una mina enorme, en la actual provincia de Jost, próxima a Gazni. Después, unos doscientos años más tarde, Gengis Kan arrasó Afganistán, pasando a sus habitantes a cuchillo. Redujo a escombros a Gazni y otras poblaciones. La devastación fue tan absoluta que no se llegaron a reparar ni siquiera los canales de riego. Cuando Tamerlán invadió a su vez el país a principios de la década de 1380, destruyó lo que quedaba. La mina se olvidó. En la práctica, se perdió.

—La provincia de Jost es un lugar peligroso para los negocios, Marty —advirtió Reinhardt Gruen, el magnate de los medios de comunicación. Miró a unos y otros y se explicó—. El Gobierno afgano se ha hecho cargo de la seguridad del país; pero no cuentan con un ejército lo bastante numeroso, y las fuerzas de Policía locales están desbordadas, y en muchos casos son corruptas. Por ello, se supone que se encargan de la tarea los gobernadores de las provincias, lo cual es cosa de risa. En Jost, que yo recuerde, el territorio se lo han repartido entre varios señores de la guerra locales. Estos señores de la guerra pueden estar conchabados con los talibanes y con Al Qaeda.

—Mierda, Marty —exclamó Grandon Holmes, el rey de las telecomunicaciones, atravesándolo con la mirada—. En ese ambiente no puede funcionar ninguna mina. Y,

lo que es todavía peor, estarías ayudando a los yihadistas.

—La realidad es precisamente lo contrario —les dijo Chapman con tranquilidad. Aquella era la conclusión a la que había llegado Jonathan Ryder—. El señor de la guerra que manda en la zona donde está la mina se llama Syed Ullah, que odia a los talibanes y, por ende, a Al Qaeda. Cuando mandaban los talibanes, en la década de los noventa, aplastaron el negocio de la droga. La heroína y el opio eran la mayor fuente de ingresos de Ullah, y lo siguen siendo hoy. Así que, como veis, los talibanes y los de Al Qaeda son sus enemigos. Tiene un ejército de más de cinco mil hombres. Jamás consentiría que los yihadistas se infiltraran en su territorio ni que se apoderaran de él.

Algunos de los que estaban sentados a la mesa asintieron poco a poco con la cabeza.

A Thom Randklev le brillaron los ojos.

—¿Sabes dónde está exactamente la mina?

—Lo sé. Iba a compartirlo con todos vosotros —mintió Chapman—. Solo que habéis hecho que os lo cuente antes de lo que esperaba. Y, claro está, tú tendrás la contrata de la explotación minera, además de tu parte, Thom.

Randklev se frotó las manos.

—¿Cuándo empiezo?

—Ese es el problema —les dijo Chapman—. El trato no está preparado para la firma.

Les relató, con tono tranquilo y presentándolo todo de la manera más positiva posible, los hechos de las últimas semanas, desde que Jonathan Ryder había descubierto la cuenta bloqueada de Syed Ullah en el banco internacional que había adquirido Chapman, hasta la fuga de Robin Miller del Learjet, en Atenas. Después, explicó lo que faltaba por hacer en Jost, y que Judd Ryder, Eva Blake y Robin Miller seguían huidos, pero que no tardarían en encontrarlos.

Cuando hubo terminado, se produjo un largo silencio.

—Jesús, Marty —dijo uno.

—Esto es un lío de mil demonios —dijo otro.

—No es un lío tan grande —dijo Chapman—; y pensad en la fortuna que se puede ganar.

—Si la mina es tan grande como dices, seríamos unos imbéciles si dejásemos el negocio —opinó Holmes.

—¿Cuánto crees que vale? —preguntó Klok.

—Según lo que he leído, la gente de Mahmud apenas llegó a raspar la superficie —dijo Chapman—. Y, claro está, tenían la desventaja de trabajar con herramientas primitivas. Yo diría que producirá al menos cien billones. A lo largo de varias décadas, claro está.

Hubo sonrisas alrededor de la mesa. Después, risas. El futuro era bueno.

Dresser cerró el debate.

—Yo diría que cuentas con toda nuestra colaboración, Marty. Pero asegúrate muy bien de controlar la situación —añadió, con una mirada severa—. Haz lo que tengas que hacer. No la jodas. Si la jodes, habrá consecuencias.

Recorrió con la vista las expresiones pétreas de los demás. Los hombres asintieron con la cabeza.

—Y no te gustarán.

CAPÍTULO

51

En algún lugar de la costa del Mediterráneo

Por encima del mar color turquesa, subiendo por un largo valle verde, como a las tres cuartas partes del camino hasta lo alto, se alzaba una pequeña villa de piedra. Tenía casi cuatrocientos años de antigüedad. A su alrededor había cuatro casitas de piedra, dos a cada lado, construidas hacía más de un siglo para acomodar a la gran familia de un señor. Por las antiguas paredes blancas de los edificios trepaba la hiedra verde, y en las ventanas había jardineras donde florecían los geranios rojos.

Hacía una tarde hermosa; el aire llevaba el perfume de la madreselva en flor. Don Alessandro Firenze estaba sentado al aire libre, bajo su denso emparrado, a un lado de la villa. Allí estaba la larga mesa de madera y las sillas de alto respaldo donde se reunía con sus compadres para beber vino y contarse historias de los viejos tiempos. El señor, hombre sesentón, estaba sentado en su silla habitual, a la cabecera de la mesa, con un sombrero de paja echado para atrás. Estaba solo, sin más compañía que su libro y su Walther de nueve milímetros, que estaba en la mesa junto a un vaso largo de té helado.

Levantó los ojos de la *República* de Platón. Una de las ventajas de estar semirretirado era que podía darse aquellos caprichos. Cuando era joven y alocado, había descuidado su educación. Durante la última docena de años, había dedicado una gran parte de su tiempo libre a leer, y el resto a cuidar de su huerto, de sus vides y de sus abejas. Y, naturalmente, de vez en cuando le salía un trabajo fuera.

Miró a su alrededor, gozando de aquel pedacito de paraíso terrenal que tanto significaba para él. Advirtió la salud vibrante de los arbustos y de las plantas de flor que crecían alrededor del césped de la parte delantera. Su extenso huerto se veía detrás de la casa, rodeado de una cerca de estacas blancas de poca altura, y junto al huerto había una enorme antena parabólica y un generador eléctrico con revestimiento a prueba de bombas y de incendios. Mucho más lejos, había una colonia de colmenas en cajas blancas. Más abajo de las viviendas, las laderas estaban revestidas de viñas bien cuidadas y salpicadas de olivos retorcidos. La finca tenía una extensión de trece kilómetros cuadrados, de modo que no había vecinos que lo molestaran.

Vio a través de la ventana de una de las casitas a Elaine Russell en su cocina. Su

marido, George, había ido al pueblo por provisiones. Junto a la casita de estos había otra, ante la cual Randi y Doug Kennedy echaban la siesta al aire libre, en hamacas. Al otro lado de la villa, Jack O'Keefe (conocido en tiempos como Jack O'Keefe *el Rojo*) trabajaba en su ordenador, y se le veía por la ventana de su cuarto de estar. En la otra casita residían otros compadres suyos, dos hermanos. Para todos ellos, el trabajo de inteligencia era una parte tan integral de su ser como sus venas y sus tendones; por eso también ellos estaban solo semirretirados. Disfrutaban de los trabajos del señor, y le servían de vara de medida moral siempre que él necesitaba un debate.

Cuando se disponía a volver a su libro, vino hacia él desde la puerta de su casa Jack, a un trote corto. El señor observó su paso suelto, recordando los tiempos en que aquel hombre, mayor que él, era capaz de correr los ochocientos metros más deprisa que la mayoría de los habitantes del planeta. Jack, que venía a medir un metro setenta y cinco, seguía teniendo una elegancia felina. Pero parecía preocupado, y tenía tensión en el rostro arrugado.

El señor no dijo nada.

—Tenemos un problema, maldita sea —dijo Jack, dejándose caer en la silla contigua a la suya—. Alguien ha estado intentando localizar el origen de los correos electrónicos que crucé con Martin Chapman. El canalla no lo ha conseguido, pero se ha acercado mucho. He codificado los dos servidores de internet que creé en Somalia y en las Antillas y los he cerrado. Ahora no podrá encontrarnos de ninguna manera.

El señor sintió una explosión de furia ardiente dentro de su cabeza. No dijo nada, esperando a que amainara la tormenta. Su mal humor ya le había provocado demasiado dolor, a sí mismo y a sus seres queridos.

—Explicaste a Chapman las reglas —dijo el señor—. Yo se las dije. Él accedió. Ya las ha quebrantado dos veces.

—Lo he investigado un poco, a él y a Douglas Preston. Preston ha sido de la CIA, el muy canalla. Ya podría haberse encontrado una manera mejor de ganarse la vida a estas alturas. En todo caso, según la empresa de inversiones de Chapman, este está ahora en Atenas. Yo deduzco que Preston está con él, buscando a Eva Blake y a Judd Ryder. Como me dijiste que este asunto estaba relacionado con la Biblioteca de Oro, pasé aviso a nuestros contactos, y tengo algunos resultados interesantes.

A mucha gente que quería investigar a los ricos y a los poderosos no se le ocurría nunca dirigirse a las fuentes menos evidentes: los servicios de protección, los guardaespaldas independientes, mercenarios privados, organizadores de festejos, cocineros, servicios de empleadas domésticas y niñeras, tripulaciones de barcos, pilotos…, todos los que estaban al servicio de los opulentos.

—¿Tienes una pista? —preguntó el señor.

—No lo dudes. No se me habría ocurrido venir a hablar contigo sin tenerla. El

problema es que es arriesgada.

Mientras Jack le explicaba las posibilidades, el señor se quitó el sombrero y se frotó el flequillo gris con el antebrazo. Hacía años que le habían quemado las huellas dactilares; le habían alterado el rostro muchas veces con cirugía plástica. Tenía el cuerpo de un hombre de cuarenta y tantos años, aunque la piel le había envejecido; el régimen de hormonas, vitaminas y ejercicio no podía conseguirlo todo. Escuchó, asintiendo con la cabeza. Sí: aquello serviría.

—No será fácil —advirtió Jack de nuevo.

—Ahora mismo estaba leyendo a Platón.

El Carnívoro cerró el libro y lo dejó junto a su Walther. Tendió la vista sobre su finca tranquila, deseando que estuviera allí su hija. Pero a ella no le caía bien él.

—Es un libro profundo —comentó—. No estoy de acuerdo con todo lo que dice. Pero dice una cosa que parece que sí se cumple: «Solo los muertos han visto el final de la guerra».

Se puso de pie.

—Convoca a los compadres. Nos reuniremos dentro de la villa para hacer los preparativos.

CAPÍTULO

52

Atenas, Grecia

Del fondo del pasillo del hotel llegaba el sonido de un boletín de noticias griego cuando Judd dejó en el suelo, ante la puerta, la bandeja del almuerzo de los dos. Escuchando, miró a izquierda y derecha, y volvió a retirarse a la habitación. Eva parecía tensa; estaba sentada con los codos apoyados en la mesa y sujetándose la barbilla con una mano mientras releía el cuaderno de Charles. La noche anterior, Judd había creído que iba a perderla. Se alegraba de que Eva hubiera decidido aguantar, aunque ahora él se sentía todavía más responsable de ella.

Echó el pestillo y sacó de debajo de su almohada la S & W de Preston. Se sentó y la vació de la munición, sin olvidar la bala que estaba en la recámara.

—Ven conmigo —dijo, dando unas palmaditas en la cama, a su lado.

Eva levantó la vista y vio la pistola.

—¿Me vas a pegar un tiro, o me vas a enseñar?

—Te voy a enseñar. Así podrás pegar tiros a la gente… Espero que no sea a mí.

—Ya veremos —dijo ella con una leve sonrisa, y se sentó a su lado.

—Este es el seguro. Ponlo y quítalo para que veas cómo funciona.

Cuando ella lo hubo hecho así, Judd le explicó el mecanismo básico del arma.

—Ponte de pie.

—De acuerdo.

Ella se puso de pie, larga y esbelta; el pelo negro teñido le caía alrededor de la cara.

—Equilíbrate sobre los dos pies.

Ella adoptó una postura de karate *heiko-dachi*, con los pies a la distancia del ancho de los hombros, y paralelos. Tenía las rodillas flexionadas, tal como quería él.

Le pasó la pistola.

—Sostenla con las dos manos; elige un punto de la pared; estira los brazos un poco, pero no tanto como para estar forzada. Apunta… Deja de cargar los hombros. Ten relajados los huesos; los que tienen que trabajar son tus músculos.

Empuñaba el arma con habilidad, al parecer, pero sin confianza.

—Tus manos tienden a coordinarse automáticamente con tus ojos; permíteselo. Bien. Ahora, aprieta el gatillo.

La observó.

—Despacio. Imagínate que el gatillo es el tobillo de un niño pequeño. No quieres hacerle daño, pero tienes que tener firmeza; de lo contrario, el pequeño se te escapará a gatas.

—¿Cuidaste a muchos niños de joven?

—Tengo una imaginación activa.

—¿Has criado a criaturas con la imaginación?

—No; pero puedo comportarme como una.

Eva se rio; retomó la postura y probó de nuevo el gatillo.

—Mucho mejor —dijo él—. No sabrás qué tal puntería tienes hasta que dispares, pero esto es mejor que nada. Practícalo cien veces, despacio. Después, tómate un descanso y haz otras cien. Empezarás a acostumbrarte al arma y a cómo se dispara con ella. Si llegas a tener que disparar de verdad, recibirás un fuerte retroceso. Esto también te ayudará a prepararte para ello.

Mientras escuchaba los chasquidos del arma, sacó el móvil, descargó los números de teléfono de todos los hoteles de la zona metropolitana de Atenas y empezó a marcarlos. En cada uno, pedía que le pusieran con Robin Miller. Había algunos Miller, pero ninguna Robin Miller. Habló con los Miller que pudo encontrar. No conocían a nadie que se llamara Robin Miller.

—Ya van otros cien —dijo Eva por fin. No parecía aburrida, pero sí francamente harta—. ¿Cómo se carga esta cosa?

Volvieron a sentarse en la cama, y Judd metió balas en el cargador de la S & W. Las sacó y entregó el cargador a Eva. Ella se puso a cargarlo torpemente, pero después fue deslizando las balas en su interior con más habilidad.

Por fin, hacia las dos de la tarde, Eva se guardó el arma en el bolso. Cuando Judd hubo terminado de hablar con un hotel más, ella levantó la mano.

—*Pame gia kafe* —dijo—. Eso significa «vamos a tomar café», pero en Atenas significa, en realidad, «vamos a salir». Ya es bastante. No tienes noticias de la NSA. Robin no ha llamado. Tucker no llegará hasta última hora. Preston no ha visto nuestros disfraces, por lo que estamos razonablemente seguros. Y cuando yo tenga un móvil, también podré ayudarte a llamar a los hoteles.

No le faltaba razón en cierto modo. De hecho, en más de un modo. Salieron.

Hacía un día caluroso. Atenas estaba teniendo un avance del verano en abril. La luz del sol, tras atravesar una nube parda de contaminación poco espesa, daba brillo a los edificios de hormigón y a las aceras. Tomaron el metro hasta Plaka, zona comercial animada y lugar de reunión popular de la ciudad.

—Aquí podemos perdernos entre la multitud —explicó ella.

Tenía razón. Plaka bullía de turistas y de nativos; la mayoría de sus calles eran peatonales. Caminaron por avenidas serpenteantes y por pasadizos llenos de locales

pequeños donde se vendía bisutería, recuerdos, iconos religiosos y comida griega rápida. Judd olía el *shish kebab* caliente, seguido del aroma suave de las flores frescas. Muchas de las calles eran tan estrechas que a la luz del sol le costaba trabajo abrirse paso hasta ellas.

—Antes de que intentes hacer algún trato en Atenas, debes saber un par de cosas —le dijo ella—. Al saludar a alguien, nunca levantes la mano con la palma hacia arriba y hacia delante. Aquí se considera un gesto hostil. En vez de ello, limítate a dar la mano. Y cuando un griego mueve la cabeza arriba y abajo (sobre todo, si al mismo tiempo chasca la lengua y hace algo parecido a una sonrisa), es una expresión de desagrado. O sea, quiere decir «no».

—Me alegro de saberlo. Gracias.

Judd le compró sin problemas un teléfono móvil desechable, y se sentaron en la terraza de un café para seguir trabajando. De momento, Judd no había visto indicios de que los estuvieran siguiendo.

Cuando llegó la camarera, Judd quiso pedir café griego, pero Eva dijo:

—Dos *nescafé frappes, parakaló*.

La camarera le dirigió una sonrisa de entendimiento y entró en el local.

—¿Café instantáneo? —le preguntó él, extrañado.

—¿Qué pasa? ¿Eres melindroso en cuestión de café?

—He pasado demasiados años tragándome arena del desierto como para no apreciar una taza de buen café.

—Te acompaño en el sentimiento. Pero la verdad es que tienes que probarlo, al menos. Es muy popular aquí, y va bien con el clima y con el estilo de vida al aire libre. Además, es caro, por lo que nos da derecho a quedarnos aquí sentados un par de horas sin pedir nada más.

Él, aunque no se fiaba, no dijo nada más. Mientras escribía una lista de números de hotel para Eva, les sirvieron dos vasos de agua y dos vasos largos de una bebida de color oscuro cubierta de espuma, con pajitas.

Judd, después de echar una mirada al agua, se quedó mirando fijamente los *frappe*.

Eva sonrió.

—Empiezo a temerme que no tienes espíritu aventurero.

Él suspiró.

—¿Qué tiene?

—Dos cubitos de hielo, dos cucharadas bien repletas de Nescafé en polvo, azúcar, leche, y agua fría. Ya sé que así dicho parece espantoso, pero en realidad está divino en una tarde calurosa como esta. Debes beber primero el agua, para limpiarte el paladar.

—¿Que tengo que limpiarme el paladar? Debes de estar de broma —dijo él. Pero

se bebió el agua.

Ella sorbía su *frappe* con la pajita mientras se reía de él.

Él lo probó. Era casi como chocolate; el sabor del café resultaba sorprendentemente rico y relajante.

—Tienes razón. Está bueno. Pero después quiero tomarme un café griego de verdad. Me gusta masticar lo que bebo.

—Tienes mi permiso —dijo ella. Echó una mirada a su alrededor—. He estado pensando en los recortes de prensa de tu padre. Ya sé que me has dicho que los analistas no vieron en ellos nada revelador, pero quisiera oír de nuevo lo que contenían.

—Se hablaba de ciertos bancos internacionales, y nuestros analistas de objetivos han estado vigilando de cerca sus transacciones. Nada acerca de la Biblioteca de Oro. Había mucho sobre grupos afiliados al yihadismo en Pakistán y en Afganistán, y los peligros que representan; pero nuestra gente ya tiene a estos grupos tan vigilados que les levantan sarpullidos.

—Recuerda que he estado fuera de juego un par de años, en la cárcel —dijo ella —. ¿Al Qaeda es tan peligrosa como era antes? ¿No estamos más seguros ahora?

—Sí y no. Lo comprenderás mejor si entiendes la estructura de Al Qaeda. Hace años, Osama bin Laden y su gente vieron lo que pasaba a los grupos de la yihad palestina que permitía que entraran miembros nuevos en sus cuadros de mando: las agencias de inteligencia metían a infiltrados, los localizaban y les hacían mucho daño. Por ello, los jefes de Al Qaeda no querían expandirse, y después del 11 de septiembre cerraron la puerta del todo, hasta el punto de no reponer siquiera sus bajas. Se han resentido mucho; nosotros hemos capturado o matado a la mayoría de sus jefes de planificación y de operaciones. De modo que ya no pueden competir en el campo de batalla físico; pero no les hace falta. Su fuerza, que constituye una amenaza enorme para nosotros, es el movimiento Al Qaeda. Se extendió como un reguero de pólvora durante la campaña de Irak. Los nuevos yihadistas veneran a la Al Qaeda central, y le piden consejo y su bendición para sus operaciones propias, porque se creen la teología sangrienta de los líderes. Ha resultado ser un instrumento eficaz de reclutamiento, y así Bin Laden y sus amigos siguen siendo relevantes… y poderosos.

Pasó la camarera, y Judd le pidió un café de verdad.

—Lo que nos preocupa de los recortes de prensa de mi padre es que se centran en Pakistán y en Afganistán, países donde tienen fuerza los talibanes. Los dos países comparten frontera, en una región montañosa; pero es una frontera artificial que crearon los británicos en el siglo XIX. Los habitantes de ambos lados, los pastunes, principalmente, no la han aceptado nunca. Para ellos, toda la región ha sido suya desde siempre. En cuanto a Pakistán, está en crisis, y ha retirado sus tropas de la

provincia Noroccidental. Si la provincia cayera en manos de los yihadistas, se hundiría todo el país. Al mismo tiempo, Afganistán se ha hecho cargo de su propia defensa, de modo que los Estados Unidos y la OTAN solo tienen una presencia limitada. Las regiones fronterizas están dominadas por señores de la guerra, y se teme que sus intereses no coincidan con el bien del país, ya que muchos de ellos tienen relaciones con los yihadistas.

Eva soltó un suspiro de preocupación.

—Y puede que allí, en alguna parte, fuera donde tu padre pensaba que se estaba preparando algo terrible —dijo.

Trabajaron dos horas más sin encontrar a Robin Miller. Eva se tomó otro *frappe*, y él pidió otro café griego tradicional. El sol se había puesto, y las losas de la calle se cubrían de un manto violeta.

—Es descorazonador —dijo Eva. Dejó su móvil, se recostó en su silla y se estiró —. ¿Dónde estará esa mujer?

—Solo Dios lo sabe —dijo él, recostándose también. Cuando cogía de nuevo su móvil para llamar a otro hotel, el aparato sonó. Pulsó rápidamente el botón de aceptar llamada entrante.

Era el investigador de la NSA.

—Uno de los móviles desechables se ha encendido brevemente. Pero se ha vuelto a apagar. Le avisaré si se vuelve a activar.

Dio una dirección. Judd la anotó, y enseñó el papel a Eva.

—Está cerca —dijo ella, emocionada—. Al sur de donde estamos, pero en el mismo barrio de Plaka.

CAPÍTULO

53

Cuando hubo concluido la reunión del club de bibliófilos, Chapman abrió la puerta. Mahaira estaba sentada en la antesala, con las manos plegadas en el regazo en actitud formal. Mientras los miembros del club desfilaban ante ella, dispuestos a prepararse para salir por la noche, ella se levantó, sonriendo.

—Se está bañando —susurró.

Él cruzó la alfombra con impaciencia, sacándose del bolsillo la foto antigua de la hermosa y rubia Gemma, grabándose en la mente su imagen.

Sonrojado de emoción, volvió a guardarse la foto y abrió la puerta que daba al santuario opulento del baño, con su amplia ducha de cristal, su espejo ornamentado de cuerpo entero y su suelo, paredes y techo de mármol. El aire estaba impregnado de la fragancia del aceite de baño con aroma de camelias. Bajo la suave luz de la lámpara de techo de cristal estaba la inmensa bañera, dispuesta en un pedestal en el centro de la gran sala. Salían burbujas a la superficie, y por encima de ellas estaba su hermosa mujer.

Llevaba el pelo amontonado sobre la cabeza, una masa de rizos dorados; los suaves hombros eran frágiles y tiernos. Se volvió para mirarlo, con juventud vibrante en sus ojos de color violeta, su nariz aguileña y su buena barbilla.

—Ya estás aquí por fin, Martin. Qué maravilla verte —dijo con voz melodiosa—. Dame una toalla, ¿quieres?

—Después —dijo él. Se quitó la ropa y se dirigió hacia ella.

Ella soltó una risa cantarina. Arrugó una toallita de baño y se la arrojó, empapada.

Él la esquivó y subió al pedestal, desnudo. Se metió en el agua templada de la bañera.

Ella se deslizó por el agua hacia él, levantando una cascada de burbujas.

—Te he echado de menos —dijo—. Ay, cuánto te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos —dijo él. La atrajo hacia sí, pasándole las manos con ansia por los pechos, por los muslos.

—*Humm* —ronroneó ella—. *Humm, humm*.

Él la inclinó hacia atrás y le mordisqueó los hombros. Le besó el hoyuelo de la garganta. Ella se reía alegremente, y las vibraciones lo hacían estremecerse. Sintió las manos de ella en su pene, acariciándolo, retorciéndolo, tirando de él.

Con el cerebro inflamado, febril, metió las manos bajo su trasero y la levantó,

clavando los dedos entre el músculo. Ella le lamió las orejas, la punta de la nariz, y unió su boca a la de él. El sabor de ella lo llenó de una oleada titánica. Con las piernas de ella a horcajadas sobre él, la bajó despacio y, en un arrebato cálido, la depositó en el suelo y le hizo el amor. A Gemma.

Se vistieron en la *suite* principal, mientras sonaba la música de Beethoven desde el alto armario. Los largos rayos del sol poniente se extendían por la alfombra y les tocaban los pies desnudos.

Ella, con una falda blanca larga con cintura ajustada y un top rojo de seda sin hombreras, se sentó en una butaca de brocado, se puso unos zapatos de tacón tachonados de diamantes y se ciñó las minúsculas correas a los tobillos delgados.

—Bueno, qué desperdicio —dijo ella, riéndose. Se incorporó a su asiento e indicó con un gesto la cama, bien hecha—. Había pensado esperarte allí, desnuda.

—¿Cómo está Gemma? —preguntó él con tono de normalidad mientras se ajustaba la corbata ante el espejo. La veía a ella, reflejada. Se había puesto el maquillaje, y sus labios eran como rubíes. Se parecía tanto a Gemma en el físico y en la voz, que la nostalgia le partía el corazón.

—Mamá está bien. Está en Montecarlo con su nuevo novio. Quisiera que sentara cabeza. Te está costando una fortuna.

Gemma se había casado cinco veces, pero nunca con él. El verano en que los dos se habían licenciado en la universidad, la familia de ella le había planteado una alternativa: o ponía fin a su relación con él, o la desheredaban. Para que ella no tuviera que pasar por el dolor de aquella elección, él se había marchado de California y había cruzado todo el país, a dedo, hasta llegar a Nueva York, donde se había arrojado al mar infestado de pirañas de las finanzas, decidido a ganarse la riqueza con la que resultaría aceptable para ella. Cuando la hubo ganado, ella ya se había casado con su segundo marido, que bebía, jugaba, y había acabado con todo el dinero de ella. Aquel marido era el padre de Shelly.

—En la fiesta de Saint Moritz estaba preciosa —dijo Shelly—. Pero no me dijo nada del collar ni de los pendientes de la familia. Ni de la diadema nueva que me compraste. Me lo puse todo, ¿sabes?

—Ya me lo había dicho Mahaira. Me alegro de que te gusten tanto.

—A mamá también le encantan los diamantes. Debe de echarlos mucho de menos. Le ofrecí el collar y los pendientes, pero no quiso aceptarlos. Creo que te ha odiado desde que tengo uso de razón. ¿Por qué? Ella no me lo quiere decir.

—Me parece que es más por la actitud de sus padres que por la suya propia.

Aquello era lo que decía siempre, porque no había entendido nunca por qué Gemma se había enfurecido tanto contra él por haberse marchado de California. Era por alguna tontería, de empeñarse en que ella tenía derecho a participar en una decisión tan importante. Ahora, se quitaba de encima las preguntas de su esposa

centrándose en lo que era capaz de entender:

—Dudo que me haya odiado nunca de verdad; pero ahora estoy de acuerdo en que la diferencia de edad entre tú y yo no le gusta nada.

Y esperaba, por otra parte, que le diera celos.

Shelly sacudió la cabeza, haciendo flotar sus cabellos dorados sobre sus hombros desnudos, y observó su anillo de compromiso con un diamante de cuatro quilates y la alianza con diamantes.

—Cuando compraste las joyas de nuestra familia para ayudarla, pensé que lo superaría.

Él no dijo nada. Satisfecho con el ajuste de su corbata, se volvió.

—¿Estarás aquí mañana? —le preguntó ella con interés.

—Tengo negocios —respondió él con suavidad.

A ella le asomó al rostro una mirada fría.

—De acuerdo. Entonces iré en avión a Cabo. Me han invitado unos amigos.

—¿Dónde está tu chal, querida? Llegaremos tarde al cóctel.

Cuando estaban separados, la añoraba. Pero cuando estaban juntos… Al fin y al cabo, no era Gemma.

Mientras cruzaban la sala de estar, le vibró el móvil contra el pecho.

Lo sacó, mirando a Shelly.

—Lo siento, querida.

Ella asintió con la cabeza con el rostro helado. De alabastro.

Él entró en el comedor y cerró la puerta.

Era Preston, y parecía lleno de júbilo.

—Acabo de recibir una llamada de mi contacto de la NSA. Robin Miller ha encendido su móvil y lo ha vuelto a apagar. He traído por aire a hombres de la biblioteca, para apoyo y para que traigan material, y estamos en Plaka; aquí es donde estaba ella. Ahora la encontraremos enseguida; a ella, y el *Libro de los Espías*.

CAPÍTULO

54

Robin Miller había pasado dos días atareados en Atenas y empezaba a sentirse preparada por fin, mientras caminaba entre el crepúsculo y se adentraba en el barrio de Plaka. Además de grandes gafas de sol, llevaba una peluca, sencilla, de color castaño, que le llegaba un poco más abajo de las orejas. Un largo flequillo le rozaba las cejas, teñidas de negro. Unas lentes de contacto marrones le cambiaban el color de los ojos azules, y no llevaba lápiz de ojos, ni rímel, ni barra de labios.

Llevaba ropa dos tallas más grande de su tamaño: unos pantalones de algodón muy holgados y una camisa suelta de botones, también de algodón. Solo eran de su talla sus viejas zapatillas deportivas, compradas en el rastrillo de Monastiraki. Llevaba una bolsa de compra que había encontrado sobre un cubo de basura. La bolsa iba llena de periódicos arrugados, y la cartera y otros artículos los llevaba en los bolsillos. La primera vez que se había visto a sí misma, reflejada en un escaparate, no se había reconocido en aquella mujer desaliñada y rellenita. Había sonreído con agrado.

Ahora necesitaba dinero. La zona comercial de Plaka estaba muy animada, como de costumbre. Los tenderos anunciaban sus mercancías en voz alta desde la puerta de sus pequeñas tiendas. Pasó un grupo de popes ortodoxos, con sotanas negras y con móviles pegados al oído. Robin entró en el pequeño banco que había elegido y se dirigió a una caja. Antes de desaparecer para ingresar en la Biblioteca de Oro, había guardado los ahorros de su vida en una cuenta numerada de un banco suizo. Hacía solo media hora, había llamado al número de teléfono que se había aprendido de memoria hacía mucho tiempo para transferir los fondos a aquel banco.

El cajero la condujo a una mesa, donde un empleado del banco ya tenía preparados unos impresos. Ella cumplimentó el número de cuenta y otros datos necesarios, y dijo su contraseña al empleado, de palabra.

—¿Cómo quiere usted los fondos? —le preguntó el empleado.

—Cuatro mil en euros. Otros dos mil en un cheque bancario. El resto, en otro cheque bancario. Deje el destinatario en blanco.

—Es mucho dinero. ¿No prefiere abrir una cuenta? Aquí estará bien guardado.

—No, gracias.

El empleado asintió con la cabeza y se retiró. Ella, girando en su butaca, observaba las idas y venidas de la gente.

Cuando regresó el empleado, le entregó ceremoniosamente un grueso sobre blanco.

—Si puedo hacer algo más por usted en sus cuestiones financieras, le ruego que me lo diga, señora.

Ella volvió a darle las gracias y se marchó. Tenía en total unos cuarenta mil dólares. No era suficiente para aguantar mucho tiempo a salvo del club de bibliófilos, pero al menos tendría algo de dinero disponible.

Ya se había puesto el sol, y las calles animadas de Plaka se llenaban de sombras. A Robin le gustaba el dramatismo de la llegada de la noche, y le serviría para ocultarse. Se metió el sobre bajo la cintura de los pantalones. Sentía los pies ligeros y esperanza en el corazón mientras se dirigía hacia el sur, serpenteando entre la zona comercial. Quería estar lo más cerca posible de donde había dejado su maleta de ruedas y el *Libro de los Espías*.

Mientras caminaba, sacó su teléfono móvil y marcó. A veces, la fortuna sonreía. Intentar negociar su libertad con Martin Chapman le había dado miedo, pero ahora tenía una alternativa.

Cuando respondió aquella voz de hombre, ella le preguntó:

—¿Es Judd Ryder?

—Sí. ¿Es usted Robin Miller?

Tenía una voz fuerte. Aquello le gustó.

—Sí —dijo ella—. ¿Quién es usted?

—Trabajo para el Gobierno de los Estados Unidos. ¿Conoce usted la ubicación de la Biblioteca de Oro?

De modo que era aquello lo que quería. Ella no hizo caso de la pregunta.

—¿Cómo supo de mí?

—He estado buscando la biblioteca. Tenía una pista que me condujo a Estambul, pero Preston me encontró allí e intentó eliminarme. Encontré en su bolsillo una nota donde había escrito el nombre de usted, además de «Atenas» y «el *Libro de los Espías*». Antes, en Londres, yo había encontrado dos números de teléfono en el móvil de Charles Sherback, pero no sabía a quién pertenecían. He llamado a los dos, dejando el mismo mensaje, con la esperanza de que uno de ellos fuera el de usted.

Robin se mordió el labio.

—¿Sabe usted quién mató a Charles?

—Ya hablaremos de eso cuando nos veamos.

Había estado procurando quitarse a Charles de la cabeza. Siempre que pensaba en él, la llenaba un dolor sin fondo. Era una pérdida tan grande, tan cruda, le destruía su mundo de tal manera, que le costaba trabajo pensar. Después de respirar hondo varias veces, consideró su situación. Ryder había conseguido escapar de Preston, y aquello decía mucho a su favor, en el sentido de que verdaderamente podía ser capaz de

protegerla. Y ella comprendía su ansia de encontrar la biblioteca.

—Estoy segura de que Preston me está buscando —le dijo—. Tiene usted suerte de haberse escapado de él.

—No ha sido cuestión de suerte. Explíqueme por qué tengo que hacer tratos con usted.

La voz se había vuelto más dura.

—Yo trabajé en la Biblioteca de Oro, pero nunca descubrí dónde estábamos exactamente. Le puedo decir que la biblioteca está en una isla, pero no sé en qué isla. Siempre nos llevaban por aire, encapuchados, normalmente desde Atenas. Hay un helipuerto, un embarcadero y tres edificios que parecen un centro de vacaciones, con piscina y pistas de tenis. Hay unas veinte personas en plantilla, la mayoría de ellas de seguridad. El banquete anual es mañana por la noche, por lo que Preston habrá estado desplegando todavía más guardias desde hoy.

Pareció que sus respuestas habían agradado a Judd.

—¿Hay otras islas a la vista?

—Hay una a lo lejos. En los días muy despejados se ven sus cumbres.

—¿Tiene usted el *Libro de los Espías*?

—Lo tengo escondido en Atenas, y estoy dispuesta a vendérselo.

—De acuerdo. Reunámonos.

—Quiero cinco millones de dólares por él —dijo Robin con firmeza—. Antes de que me hagan alguna objeción, tengan en cuenta que el Getty pagó hace pocos años cinco millones ochocientos por el *Bestiario de Northumberland*.

El *Bestiario* era un raro manuscrito iluminado gótico inglés, del siglo XIII.

—Este es el único ejemplar que se hizo nunca del *Libro de los Espías*, y debería valer mucho más, de modo que les estoy ofreciendo una ganga.

—Tiene razón; es un buen trato si se mira desde el punto de vista de usted. Por otra parte, yo le ofrezco algo más valioso todavía… la voy a sacar de Atenas sana y salva. ¿Cuánto vale su vida?

Ella sintió un escalofrío.

—Me conformaré con tres millones.

—Mucho mejor. Haré la llamada telefónica necesaria para liberar los fondos; pero tardarán unas horas en depositarlos en su cuenta. O bien, podré dárselos en un cheque bancario o en cualquier otro medio de pago que quiera. Tendrá su dinero mañana por la mañana.

—Un cheque bancario estará bien.

Robin, sintiendo una oleada de emoción, miró a su alrededor. Había salido de Plaka y había entrado en el barrio de Makrigianni. Iba por el Dionysiou Areopagitou, un amplio bulevar peatonal. A su izquierda había una hilera de casas elegantes, de estilo modernista y neoclásico, y a su derecha, la inmensa Acrópolis, centro espiritual

de la ciudad en tiempos remotos. Miró con interés hacia la parte superior de la ladera. Solo veía la crestería blanca de las ruinas en lo alto, iluminadas con focos. Observó después que pasaba junto a ella mucha gente que se dirigía hacia la entrada del parque de la Acrópolis, que estaba abajo y contenía los restos del antiguo centro intelectual y cultural de Atenas. Vio luces fuertes en el Teatro de Dioniso. Supuso que habría un concierto o un espectáculo de algún tipo. Una multitud podría resultarle útil.

Explicó a Judd dónde lo esperaría.

—¿Qué aspecto tiene usted? —preguntó a Judd.

Cuando él se lo dijo, ella describió a su vez su disfraz.

—Estaré allí dentro de pocos minutos —le aseguró él.

Preston, dominándose la frustración, estaba de pie con su móvil en la mano mientras dos de sus hombres y él buscaban con la vista a Robin. Se encontraban en un rincón de la calle Adrianou, la principal del barrio de Plaka, llena de tiendas para turistas. Robin había llamado por teléfono desde el café con terraza que estaba enfrente. Habían registrado la zona y no habían visto ningún indicio de ella, lo que le daba a entender que, o bien los había detectado y estaba escondida, o se había marchado.

Cuando sonó su móvil, se lo llevó al oído precipitadamente. Era Irene, su contacto en la NSA.

—Su persona de interés ha vuelto a hablar por el móvil —dijo Irene, que parecía nerviosa—. La llamada terminó hace cosa de un cuarto de hora. Se dirigía hacia el sur. Ya no le puedo ayudar más, Preston. Aquí ha pasado algo. Están vigilando a todos. He tenido que subirme a mi coche y marcharme del centro para llamarle. Me temo que van a investigar mis consultas y mis búsquedas en la NRO.

La NRO era la Oficina Nacional de Reconocimiento, que diseñaba, construía y operaba los satélites estadounidenses de reconocimiento, y recogía los datos que transmitían.

Preston maldijo para sus adentros.

—Deme la información exacta. Todo lo que haya descubierto. Ya me haré cargo yo a partir de ahora.

CAPÍTULO

55

El aire estaba cálido y las estrellas brillaban en el cielo claro cuando Judd y Eva subieron aprisa por el camino de anchas losas de mármol que conducía a la entrada del parque arquitectónico de la Acrópolis. Él, que llevaba la gran bolsa de viaje de los dos, compró entradas, y pasaron por un portón que daba acceso a un camino ancho que ascendía por una ladera suave. Una brisa ligera agitaba los altos cipreses y olivos, a los que la noche daba un aspecto espectral. Judd vio en un espacio abierto un antiguo anfiteatro, monumento espectacular. Las gradas de piedra blanca deteriorada subían por la ladera en semicírculo, y él se imaginó por un momento cómo debía de haber sido dos milenios atrás, la gran multitud, la emoción en el ambiente.

La base del teatro, la *orchestra*, estaba bien iluminada con focos de arco voltaico. Había una mujer con vestido griego clásico, de pie ante el amplio público, sentado en mantas y almohadillas sobre los restos de las gradas. Mientras la mujer hablaba por un micrófono, un grupo de hombres y mujeres, con vestidos y túnicas blancas ceñidas con trencillas de colores, esperaba a un lado de la *orchestra*. Había un pequeño equipo de cámaras que los grababan.

—Aquí, bajo la Acrópolis, se encuentran las ruinas del primer grupo de edificios del mundo dedicado a las artes escénicas —decía la mujer al público—. Este noble teatro antiguo es anterior a Alejandro Magno. En este mismo escenario se estrenaron obras maestras inmortales, y nacieron el drama y la comedia.

—Estamos viendo el Teatro de Dioniso, ¿me equivoco? —dijo Judd a Eva cuando se acercaron.

—Sí. Es hermoso, ¿verdad? Cuando era nuevo, las paredes, los asientos de piedra y los tronos estaban revestidos de mármol, con tallas de sátiros, de garras de leones y de dioses y diosas.

Eva, sin que se lo dijeran, se echó el bolso al costado y se deslizó entre las sombras de un alto bloque de mármol, al otro lado del camino que conducía a la parte trasera del teatro al aire libre, y Judd subió por los escalones del lado oeste. La oradora proseguía con su discurso, alternando el griego y el inglés.

Veinte gradas más arriba había una mujer sentada sola en el borde, con una bolsa de compra a sus pies. Parecía rígida, estresada. En la misma fila, aunque más cerca del centro, estaba sentada una pareja con cuatro niños, y otras personas más. Las luces del escenario no llegaban tan arriba, y solo la luna y las estrellas permitían ver

el cabello castaño y la figura regordeta de la mujer. Si Judd no hubiera sabido que se trataba de Robin Miller, no la habría reconocido.

Ella se movió en el asiento para hacerle sitio.

—¿Judd Ryder? —le preguntó con tono tenso.

Él se sentó.

—Hola, Robin. ¿Preparada para salir de Atenas?

Robin miraba hacia la ladera.

—¿Quién ha venido con usted?

Supo entonces una cosa: que Robin era lista. Se había situado en un punto alto y a oscuras de manera intencionada, para poder ver sin ser vista a cualquiera que llegara. Él había procurado intencionadamente no hablarle de Eva hasta entonces, porque no sabían cómo reaccionaría ella ante la mujer de Charles… o al enterarse de que había sido él quien había matado a Charles.

—Mi compañera —dijo—. Se la presentaré. Está vigilando.

Robin asintió con la cabeza.

—Está bien. Vamos.

Judd volvió a bajar, seguido por ella, y cruzó el camino hasta llegar donde los esperaba Eva, invisible con su pelo negro y su chaqueta y vaqueros azul oscuros en la sombra, junto al gran bloque de mármol.

—¿Está aquí cerca el *Libro de los Espías*? —preguntó Judd a Robin.

—Sí. En una estación de metro.

Eva salió a su encuentro con una sonrisa de bienvenida.

Pero Robin frunció el ceño y retrocedió un paso.

—Eres Eva Blake. La mujer de Charles. Preston me dijo que habías participado en el asesinato de Charles.

Miró a Judd con ira.

—Me dijo usted que era su compañera.

—Y lo es —le dijo Judd—. Ya se lo explicaré por el camino. Recuerde, vamos a ayudarla a escapar. Eso es lo que importa.

Robin se sonrojó, mirándolos con rabia. Después, echó una rápida mirada hacia un lado y pareció que se le tensaban los músculos. De pronto, se volvió, tiró su bolsa de compra y echó a correr hacia la entrada del parque.

—Yo me encargo de esto —dijo Eva, mientras salía tras ella.

Judd las alcanzó. Robin marchaba a pasos largos, con dos puntos rojos de furia en las mejillas, con la cabeza muy alta. Y Judd advirtió que no se había teñido el pelo, sino que llevaba una peluca; se le había movido, dejando visible la parte posterior de su cráneo afeitado. Se puso a su lado y siguió su paso.

—Yo también lamento lo de Charles —le estaba diciendo Eva con tono apaciguador—. Nadie quería su muerte. ¿Estabas enamorada de él?

—¿Qué pasó? —le espetó Robin sin aflojar el paso—. ¿Lo mataste tú?

—Fue un accidente —le explicó Eva—. Hubo un forcejeo, y se le disparó la pistola. Yo no había visto nunca a Charles llevar pistola, así que debió de empezar a llevarla después de dejarme a mí. Pero me había dicho una cosa importante, una cosa que debes saber tú: que quería que se encontrara la biblioteca si le pasaba algo a él. Llevaba un mensaje, tatuado en la cabeza, y eso fue lo que nos condujo primero a Roma y después a Estambul. Yo no quiero que se pierda el legado de Charles, y estoy segura de que tú tampoco.

A Robin le rodaban las lágrimas por las mejillas.

—Lo mataste —dijo, mientras apretaba todavía más el paso furioso.

Mientras salían por la puerta del parque, Judd le dijo:

—Sospechan de ti, ¿no es así, Robin? ¿Te hicieron que te afeitaras la cabeza para ver si tú también llevabas un tatuaje?

—Me la afeitó Magus —dijo ella.

—¿Quién es Magus? —preguntó Judd al instante.

Ella sacudió la cabeza y se ajustó la peluca de un tirón.

—¿Dónde está exactamente el *Libro de los Espías*? —le preguntó Judd—. Con el dinero que te pagamos, podrás desaparecer. Empezar una nueva vida. Volver a encontrar la felicidad. Dinos dónde está el libro, y te sacaremos de aquí.

—¡Me habéis mentido! Estoy harta de que la gente me mienta. He sido una tonta al creerme que tenías el dinero, o que me lo darías, si es que lo tienes. Dejadme en paz. No voy a ayudaros. Charles nunca te quiso, Eva. ¡Nunca!

Los tres siguieron adelante, cada vez más deprisa. Robin tenía el cuerpo rígido, con expresión de intransigencia. Judd empezaba a creer que nada de lo que pudieran decirle la convencería para que les diera el *Libro de los Espías*.

—Puede que tengas razón con lo de Charles —dijo Eva, acercándose más a ella mientras entraban en el amplio bulevar peatonal de Dionysiou Areopagitou.

—Claro que tengo razón. Y apuesto a que tú tampoco lo querías. Y después lo asesinaste. ¡Se acabó el trabajar con mentirosos y con asesinos!

En aquel momento, la punta de la zapatilla deportiva de Eva tropezó con un adoquín. Eva cayó contra Robin y le pasó las manos por encima mientras intentaba recobrar el equilibrio.

Robin la apartó de un empujón.

—Te odio —exclamó, echando a correr de nuevo.

La vieron alejarse, sorteando a los peatones, hasta que desapareció entre la multitud.

—¿Qué le has quitado? —preguntó Judd, a sabiendas de que Eva había hecho uso de su habilidad de carterista.

—Una cartera, un teléfono móvil y una llave. Ella dijo que el *Libro de los Espías*

estaba en una estación de metro, lo que quiere decir que estará probablemente en la taquilla de una consigna automática. Esta llave parece de una taquilla —dijo, enseñándosela.

Judd tomó la llave y leyó el número.

—Eso parece —dijo—. Pero ¿de qué estación?

—Tú le preguntaste si estaba cerca, y ella no lo negó —explicó ella—. Tiene que ser la estación de Acrópolis. Está a solo un par de manzanas de aquí.

CAPÍTULO

56

Preston reconoció a Robin Miller por su manera de caminar, que es el rasgo corporal que a la mayoría de la gente se le olvida ocultar cuando se disfraza. Se había fijado en ella al verla andar a toda prisa bajando por Dionysiou Areopagitou, a media manzana de donde había puesto fin a su última llamada de móvil; pero el pelo y la ropa casi lo habían engañado. Después, cuando pasó por delante de él, había observado claramente su andar, el movimiento rítmico de su cuerpo, los pasos cortos, su manera de cargar el peso por la parte exterior de las plantas.

Hizo una señal a Magus y a Jerome, y los tres corrieron tras ella. Preston la asió del brazo.

—Te echábamos de menos, Robin.

A Robin se le llenaron los ojos de terror.

—Suéltame —dijo, intentando liberarse.

—Magus —dijo Preston.

Magus la asió del otro brazo, y la llevaron al borde del bulevar peatonal. Ella empezó a forcejear.

—Basta —le ordenó—. Lo único que queremos es el *Libro de los Espías*. No es mucho pedir, ¿no te parece?

—Y después me mataréis.

—¿Por qué motivo? Tú no puedes hacernos daño de ninguna manera. No sabes dónde está la biblioteca. La verdad es que sabes muy pocas cosas, ¿no?

Robin enarcó las cejas. Pareció entender lo que quería decir él en realidad.

—Tienes razón. No sé nada de la biblioteca. Ni quién trabaja allí, ni quién es su dueño.

—Así me gusta.

Preston ordenó a Jerome que se quedara vigilando al principio de una entrada de vehículos entre dos edificios de pisos.

—¿Por qué tenemos que entrar allí? —preguntó ella, volviendo la vista atrás, inquieta, mientras la llevaban por la entrada de vehículos.

Tenían delante un aparcamiento al aire libre, pero sin gente. En las ventanas que daban al aparcamiento no había nadie.

—No te interesa que te vean con nosotros —dijo él—. Así no habrá nadie que te haga preguntas. Ahora estás sola. Libre de cargas del pasado, ¿no es así?

Ella levantó la vista hacia él, confundida al parecer por su actitud comprensiva.

—¿Dónde está el libro? —le pregunto él, adoptando un tono cálido—. Si nos lo dices, te dejaremos aquí. Solo tendrás que hacer otra cosa: dejarnos cinco minutos de ventaja, y salir por ahí —añadió, indicando con un gesto de la cabeza un paso de peatones que rodeaba la parte posterior de los edificios.

—¿De verdad no piensas pegarme un tiro?

—Estoy seguro de que a estas alturas ya tienes claro que soy un hombre práctico. Estamos en el centro de Atenas. Cuando hay cadáveres, los policías empiezan a hacer preguntas. Si te fijas, verás que no he sacado la pistola de su funda.

—Me buscarás más tarde.

—¿Por qué me iba a molestar, si tengo el libro?

Ella lo miró fijamente durante un largo rato, y asintió por fin con la cabeza.

—Está en la estación de metro de Acrópolis. Tengo la llave de la taquilla.

Sacudió el brazo, y él se lo soltó. Cuando se metió la mano en el bolsillo de la camisa, le asomó al rostro un gesto de consternación.

—Quizá te la has guardado en otro bolsillo —dijo Preston, conteniendo su impaciencia.

Magus le soltó el otro brazo, y ella se buscó frenéticamente en los pantalones, y después en el otro bolsillo de la camisa.

—Ha desaparecido —dijo ella—. Y también han desaparecido mi cartera y mi teléfono móvil. No entiendo cómo se me puede haber caído todo…

—¿Qué más ha pasado? —le preguntó Preston al instante.

—Puede que Eva Blake o Judd Ryder me lo quitaran de alguna manera —dijo, desviando la vista—. Me reuní con ellos. Pero no les dije nada. No saben que el libro está en una taquilla de la estación de Acrópolis.

Él, haciendo un esfuerzo, siguió hablándole con voz suave y tranquilizadora.

—Eso está bien. Cometiste un error, pero lo enmendaste al no darles más información. ¿Dónde se alojan, y dónde piensan ir ahora?

—No lo sé. Hui de ellos.

—Muy lista; pero la verdad es que siempre he admirado tu inteligencia. Apuesto a que recuerdas el número de la taquilla.

—Claro —dijo ella, y se lo dio.

—¿Estás segura de que ese es el número correcto?

—Claro que lo estoy.

—Como premio, te voy a dar un regalito.

Preston sonrió, mientras ella abría los ojos con asombro. Sacó una botellita azul, le retiró la tapa y apretó la boquilla, dirigiendo el espray hacia la cara de ella.

Robin soltó un grito ahogado y se apartó. Demasiado tarde. Preston dejó que siguiera caminando, observándola mientras perdía velocidad y se le doblaban las

rodillas. Él recorrió con la vista el aparcamiento y las ventanas de los edificios contiguos. No había nadie a la vista.

Robin, llevándose un puño al pecho, se derrumbó, mientras le ondeaban los amplios pantalones. Agitó las piernas de forma espasmódica. Una muerte silenciosa, discreta, era una de las grandes ventajas de aquel derivado de la *Rauwolfia serpentina*.

Preston echó una mirada por la entrada de vehículos hacia Jerome, que le indicó con un gesto de la cabeza que todo iba bien, y se arrodilló junto a ella para registrarle la ropa. Encontró un grueso sobre bajo la cintura del pantalón, y se lo entregó a Magus.

—Dime lo que hay dentro —dijo, mientras seguía buscando; pero no encontró nada más.

Magus soltó un leve silbido.

—Lleva aquí un buen fajo de euros.

Preston se incorporó y tomó el sobre.

—Tenemos que actuar deprisa. Estad atentos por si veis a Judd Ryder y a Eva Blake.

La estación de metro Acrópolis estaba en la calle Makrigianni, frente a varios cafés y bares animados y junto al Centro de Interpretación de la Acrópolis. Preston y sus hombres, mirando a todas partes, entraron a toda prisa en la estación, pulcra y moderna, y bajaron corriendo por unas escaleras automáticas. Al pie de las escaleras, pasaron aprisa ante las reproducciones de los frisos del Partenón y se detuvieron ante las máquinas electrónicas de billetes. Dos escaleras mecánicas más abajo, llegaron a la consigna automática.

Mientras se detenía con quejido de frenos un tren del metro, Preston corrió entre las taquillas, mirando alternativamente a los pasajeros que subían al tren y los números de las cabinas, hasta que encontró la que buscaba. Sus hombres acudieron para plantarse uno a cada lado, ocultándolo a la vista, mientras él sacaba la navaja y forzaba rápidamente la alta puerta de la taquilla.

Y miró dentro. No había ninguna mochila negra. Ni estaba el *Libro de los Espías*. En el fondo estaba la maleta de ruedas de Robin, y en el estante superior, su teléfono móvil… abierto y encendido. Comprendió, enfurecido, que Ryder se había figurado que emplearían el móvil para localizarlos. Ryder tenía el *Libro de los Espías* y se estaba burlando de él.

Preston se apoderó del teléfono, cerró la taquilla de un portazo y se volvió. Sonó un timbre que anunciaba que se iban a cerrar las puertas del tren.

—Corred —ordenó.

Sus hombres y él se dirigieron corriendo a puertas distintas del tren. Como estaban bajo tierra, no podía llamar por teléfono a los demás hombres que había

hecho venir a Atenas para ordenarles que vigilaran las estaciones de metro siguientes de la línea. Cuando el tren arrancó, observó que en el vagón en que iba estaban ocupados poco más de la mitad de los asientos. Caminó rápidamente por el pasillo, pero no vio a Ryder ni a Blake. Vio dos mochilas; una era marrón, y la otra, verde.

Revisó el teléfono de Robin, con la esperanza de que contuviera el número de Judd Ryder. Y soltó una maldición. Ryder lo había limpiado. Sintiendo palpitaciones de ira, pasó por la puerta y entró en el vagón siguiente, dispuesto a encontrarlos.

CAPÍTULO

57

Judd, conteniendo la tensión, iba sentado a cuatro filas de Eva y al otro lado del pasillo, mientras el metro viajaba velozmente hacia el norte por el túnel subterráneo. Iba solo en su asiento, y ella iba sentada junto a un chico de unos trece años que llevaba una camiseta a rayas rojas y blancas del equipo de fútbol Olympiakos.

Habían visto llegar a Preston a las taquillas, con otros dos hombres. Uno de ellos, fornido y de pelo oscuro, se había paseado dos veces por el vagón por el que iban ellos, mirando fijamente a los pasajeros como si tuviera muy claro lo que buscaba. Pero, además de llevar el pelo teñido de negro, Eva también se había oscurecido la cara y las manos con maquillaje. Entrecerraba los ojos, y una fina tira de algodón le hacía ligeramente más grueso el labio superior. Unos cambios pequeños podían bastar para transformar a una persona, y ahora Eva se parecía poco a aquella intelectual sofisticada que había visto Judd por primera vez en el Museo Británico. Judd, por su parte, además del pelo teñido de rubio y las gafas, se había metido unas torundas cuadradas de algodón sobre las muelas superiores y había adoptado un aspecto de persona pusilánime.

El hombre fornido salió del vagón por fin, pero entonces entró Preston, exhibiendo su figura alta y musculosa, con expresión inescrutable. Iba caminando despacio y mirando cuidadosamente a cada uno de los pasajeros.

Una mujer gruesa, con vestido negro, que sujetaba con firmeza su bolso sobre su regazo con las dos manos, le dijo algo en griego con severidad. Él, sin hacerle caso, siguió adelante y se detuvo ante la fila del asiento de Eva.

—¿A quién busca? —preguntó el chico a Preston con curiosidad, en inglés con acento griego.

Preston no respondió. Miró la bolsa de viaje, que estaba bajo las piernas del joven, pero se volvió después para observar a un hombre y una mujer de mayor edad, que iban bien abrigados con gabardinas. Cuando llegó a la altura de Judd, este llevaba la cabeza apoyada en el cristal fresco de la ventana, mirando con ojos soñolientos hacia la pared monótona del túnel. Preston siguió adelante por fin.

Los hombres siguieron paseándose por el vagón, cada vez más despacio, pero en cada ocasión no parecía que identificaran a Eva ni a Judd. El tren llegó diez minutos más tarde a la estación de la *platia* Sintagma, y Judd vio que Eva se inclinaba hacia el muchacho y le susurraba algo. El chico sonreía y asentía con la cabeza. Cuando el

tren se detuvo, los dos se pusieron de pie, y Eva salió del vagón por delante del muchacho. Este llevaba la bolsa de viaje de Judd.

Judd dejó pasar a la pareja mayor y a otro pasajero, y después salió él también, moviéndose ordenadamente entre la multitud.

Preston y sus dos hombres estaban apostados en la salida, escrutando de nuevo a todos. Cuando el tren salía de la estación, Eva y el muchacho iban charlando animadamente en griego. Preston les echó una ojeada, y después se detuvo a mirar a Eva fijamente y durante largo rato mientras pasaban ante él. Judd se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

Pero Preston se volvió de nuevo y se puso a observar a la pareja mayor con sus gabardinas que les cubrían todo el cuerpo. Atendió por fin a Judd. Este no lo miró a los ojos; habría sido un modo infalible de despertar su interés. Preston, sin variar su expresión, miró detrás de él, y Judd, aliviado, pasó a la escalera automática.

La estación era tan moderna y reluciente como la de Acrópolis. También esta servía de museo, con vitrinas iluminadas donde se exhibían antiguas urnas, pomos de perfume y campanas. Judd pasó aprisa ante las vitrinas, siguiendo a Eva y al chico por dos escaleras más, hasta salir a la noche de la ciudad, que se iba volviendo fresca.

En la acera, Eva volvió la vista hacia Judd entre la multitud. Él, tras echar miradas cuidadosamente a un lado y otro, asintió con la cabeza. Eva volvió a hablar al muchacho y le tomó la bolsa de viaje. El chico se marchó.

Después de vigilar un momento para cerciorarse de que el muchacho no tenía problemas, Judd se reunió con Eva en la parada de taxis, y ella le entregó la bolsa.

—Dios mío, qué emocionante ha sido —dijo Eva con una gran sonrisa.

Le relucían los ojos azules, y se reía por lo bajo. Parecía tan animada como si acabara de marcar el tanto de la victoria en un campeonato mundial. Judd reparó de pronto en lo bien que había llevado Eva las cosas aquella noche, ocultándose a la sombra del bloque de mármol frente al Teatro de Dioniso sin que se lo dijera, no sulfurando todavía más a Robin revelándole que había sido él quien había matado a Charles, y teniendo la idea de pedir al chico griego que le ayudara a bajarse del tren con la bolsa de viaje, aduciendo que le dolía la espalda.

Pero no en vano Eva había pasado dos años en una banda de carteristas. Sabía lo que era organizar un montaje y una *película*, y sabía lo que era estar bajo la amenaza constante de ser descubierta. Los dos años que había pasado en la cárcel le habían enseñado más cosas: a sumirse muy dentro de sí para sobrevivir, y a asumir riesgos a pesar de las circunstancias. Ahora que ya había pasado su crisis de conciencia, estaba comprometida con la misión. Judd no estaba seguro de que si aquello que estaba viendo en ella le agradaba.

—Estás de broma, ¿no? —le preguntó, con la esperanza de que así fuera. Ella esbozó una sonrisa y rompió a reír.

Mientras esperaban en la cola de la parada de taxis, junto al ruido del tráfico frenético de Atenas, que llenaba los tres carriles, Judd había estado vigilando. Eva le dio un tirón de la manga en el momento en que el propio Judd vio que Preston y sus dos hombres corrían hacia ellos desde la estación de metro. No titubeaban; los hombres los habían detectado. Iban sacando las pistolas.

—Vamos —dijo Judd, pasando por delante de las dos personas que estaban ante ellos en la cola.

Llegaba un taxi. Judd abrió la puerta trasera de un tirón, y Eva se abalanzó al interior. Judd arrojó dentro la bolsa de viaje y se dejó caer junto a Eva, mientras esta decía al taxista en griego que se pusiera en marcha enseguida. Era una calle de un solo sentido, por lo que no podían volver atrás de ninguna manera. Tendrían que pasar por delante de Preston.

—¡Agáchate! —exclamó Judd mientras el vehículo se ponía en marcha rápidamente.

Se hundieron en el fondo del coche. Sonaron disparos, y las balas atravesaron las puertas y el techo. Volaban por el aire fragmentos de metal y de plástico. El taxista soltó unas sonoras maldiciones, y el vehículo aceleró. Más balas atravesaron el taxi, y dejó de haber sensación de aceleración. Judd levantó la vista a tiempo de ver cómo caía silenciosamente el taxista hacia un lado para quedar tendido en el asiento delantero.

—Dios santo.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó al momento Eva.

El vehículo redujo la velocidad. Daba bandazos de un lado a otro. Se oían bocinas y gritos de los automovilistas que tenían que esquivarlo. Los coches que seguían al taxi hacían indicaciones de querer adelantarlo.

—Han dado al taxista. No te levantes —le ordenó Judd.

Preston los perseguía corriendo por la acera, seguido de cerca por sus dos hombres. Tardarían bien poco en llegar al taxi.

Judd sacó su Beretta.

—Mantén abierta mi puerta hasta que yo llegue hasta el lado del conductor.

Eva asintió con la cabeza, con los ojos muy abiertos.

Judd abrió la puerta de su lado. Corrió agachado a lo largo del taxi, que todavía se movía. Varias balas atravesaron la puerta y se clavaron en el asfalto a sus pies, proyectando esquirlas agudas como agujas. De pronto, un dolor cálido le atravesó el costado y le quemó hasta llegar al cerebro. Se esforzó por no marearse.

Mientras rodeaba la parte delantera del coche, vio a través del parabrisas que Preston había metido la pistola por la ventanilla abierta del lado del pasajero de un alto vehículo cuatro por cuatro, a cuatro coches por detrás de ellos; todos circulaban despacio, incapaces de pasar al otro carril entre el tráfico veloz.

Mientras los tres hombres se apoderaban del vehículo grande, Judd abrió de un tirón la puerta del conductor, y Eva cerró la de atrás. Sin dejar de correr, empujó al taxista abatido, desplazándolo por el asiento y provocándose a sí mismo un dolor ardiente que le surgía del costado. Sacudió brevemente la cabeza y se dejó caer dentro. Tenían por delante espacio libre. Pisó a fondo el acelerador, y su puerta se cerró sola de golpe por el impulso. Se apretó con el antebrazo la herida de bala del costado, intentando reducir el flujo de la sangre.

—¿Está vivo? —preguntó Eva, asomándose por encima del asiento delantero.

—¡Agáchate, maldita sea!

Por detrás de ellos, uno de los hombres de Preston sacaba la pistola por la ventanilla del cuatro por cuatro secuestrado, apuntando por encima de los techos de los vehículos que se interponían entre ellos. En el carril contiguo había un camión que llevaba verduras. Judd aceleró y lo adelantó. Puso el intermitente. El camión siguió avanzando a su paso tranquilo. Judd dio un volantazo, metiendo a la fuerza el morro del taxi en el carril, por delante del camión. Este hizo sonar la bocina. Se oyó una sonora imprecación, pero el camión cedió el paso, y Judd metió el taxi en el lugar libre justo cuando se ponía rojo el semáforo. Había otros coches entre el disco y ellos. No había manera de saltarse el semáforo, y el cuatro por cuatro de Preston se acercaba rápidamente por la derecha.

—Coge la bolsa de viaje. Tenemos que largarnos de aquí. Por mi lado del taxi.

Mientras el taxi seguía rodando, se bajaron y corrieron entre el tráfico. Los coches los esquivaban. Sonaron más bocinas. Cuando llegaron a la acera, Judd intentó tomar la bolsa.

Pero Eva se aferró a ella, mirándole la chaqueta ensangrentada.

—Estás herido —dijo. Echó una rápida mirada a su alrededor—. Sé dónde estamos. Por aquí.

Judd se echó la Beretta a la pistolera, volvió a apretarse la herida con el brazo y siguió a Eva, que se movía velozmente entre los peatones. El ruido de los motores al ralentí le llenaba la cabeza. Las tiendas estaban iluminadas, y se veía al público por los escaparates.

—Viene Preston —le dijo él.

Ella se apresuró a meterse en una tienda de ropa informal. Los percheros y los estantes con pantalones vaqueros, camisas y vestidos de mujer se extendían hasta el interior del edificio. Una vendedora los saludó en inglés. Eva le dijo «hola» y siguió andando. Judd sintió que se les clavaban las miradas de los empleados, que los seguían con la vista.

Cuando se abrió la puerta de entrada de la tienda y entraron Preston y sus hombres, Eva condujo a Judd hasta un pasillo del fondo. Pasaron corriendo ante los probadores. Eva giró un picaporte y volvieron a salir a la noche; esta vez, a un

callejón adoquinado donde había cubos de basura y cajas de embalaje vacías amontonadas contra las paredes.

Siguieron corriendo y pasaron ante varias puertas.

—Abre esta —dijo ella—. Yo abriré la siguiente.

Se agachó y tomó dos trozos de adoquín roto.

—Sujeta la puerta —dijo.

Por la puerta que había abierto Judd se accedía a algún tipo de restaurante; les llegaba el olor penetrante de las frituras con ajo. Judd dejó caer la piedra, dejando entornada la puerta, y se reunió con Eva, que estaba colocando a su vez su piedra. Sin decir palabra, Eva volvió a correr y abrió una tercera puerta. Entraron en un pasillo corto en el que había cuartos de baño. Los asaltó un ruido de voces y tintineo de vasos. Estaban en un bar.

Eva echó el pestillo a la puerta y respiró hondo.

—¿Estás muy malherido? —preguntó a Judd, mirándolo con la cara llena de preocupación.

—Creo que es superficial.

—Ojalá tengas razón, maldita sea.

Mientras entraban a paso vivo en el salón largo, lleno de gente, Judd le preguntó, con humor en la voz:

—¿Dónde aprendiste esa técnica de distracción de las puertas?

Ella dirigió una sonrisa al barman al pasar por delante de él.

—Hace mucho tiempo, en una ciudad muy lejana, como dirían en *La guerra de las galaxias*.

—Es decir, en Los Ángeles. Tenemos que cerciorarnos de que no esté apostado en la acera uno de esos asesinos.

Judd salió el primero, con la mano dentro de la chaqueta, apoyada en la empuñadura de su pistola, mirando entre los viandantes. Ella se quedó de pie tras él en la entrada.

—Tiene buen aspecto —dijo él, sintiendo que se le desaceleraba el pulso.

—Buscaré un taxi —le dijo ella.

Él la dejó hacer.

CAPÍTULO

58

Tucker Andersen se paseaba por la habitación del hotel Hécate. Judd le había dejado en recepción un sobre con la llave magnética. Después de tomar una habitación propia, había ido a la de ellos. Mientras los esperaba durante dos horas, había estado leyendo el cuaderno de Charles Sherback. Cuando oyó el clic de una llave magnética en la cerradura, sacó la Browning, se metió en el baño y se apostó tras la puerta.

Mirando por la rendija, vio que se abría despacio la puerta y que aparecía la cabeza de un hombre teñido de rubio que revisaba la habitación con sus ojos grises.

Tucker salió, preguntando:

—¿Dónde demonios os habíais metido?

—Haciendo turismo.

Judd entró con paso ágil, llevando una bolsa de papel de una farmacia. Pero en el costado de su chaqueta marrón tenía un mar de sangre.

Eva se deslizó tras él, cerró la puerta y echó el pestillo.

—Me alegro de que estés aquí, Tucker. Hemos tenido algunos problemas. Preston ha pegado un tiro a Judd; pero tenemos el *Libro de los Espías*. Robin Miller lo tenía guardado en una taquilla de la consigna del metro.

Eva dejó en la mesa una bolsa de viaje grande; después, tomó la bolsa que llevaba Judd y echó sobre la mesa las vendas y el resto de artículos que contenía. La aspirina y otros analgésicos ya estaban abiertos.

—Eso está muy bien —dijo Tucker—. Felicidades. No te acuestes, Judd. Vamos a verte el costado.

Mientras Judd se quitaba la chaqueta y se despegaba el polo, Tucker observó el pelo negro de Eva y su piel oscurecida y miró sucesivamente varias veces a uno y a otro, evaluando el ambiente. Irradiaban apremio cansado… y se habían convertido en un equipo unido.

En cuanto Judd tuvo el torso al descubierto, Tucker y Eva acudieron junto a él. La herida era un corte rojo, crudo, que le transcurría por la parte carnosa de la cintura; largo, de cosa de un centímetro y medio de profundidad, y que goteaba sangre.

—Has tenido suerte, Judd —dijo Tucker. Vio que Eva se dirigía al material médico que estaba sobre la mesa—. ¿Has limpiado y cosido una herida alguna vez? —le preguntó.

Ella se volvió hacia él.

—No.

—De acuerdo. Judd, quítate los vaqueros y ven al baño. Vamos a empezar.

Se preguntó si Eva resultaría ser aprensiva.

Tomó unos guantes de látex estériles, algodón estéril, espray anestésico y jabón antiséptico. En el baño, dijo a Judd que se pusiera a horcajadas sobre el borde de la bañera. Ante los ojos de Eva, se puso los guantes, aplicó el espray anestésico, esperó, y echó después un chorrito del jabón antiséptico por dentro de la herida y alrededor de la misma, dando golpecitos y frotando con suavidad. Judd no profería sonido alguno, aunque Tucker sabía que debía de producirle un dolor infernal. Vertió vasos de agua sobre la herida, lavándola durante tres minutos. Después, secó a Judd el costado con algodón, y la pierna con una toalla. Levantó la vista hacia Eva. Esta observaba con atención.

Cuando volvieron al dormitorio, Judd se sentó en una silla y tragó más analgésicos. Tenía la cara pálida. Tucker le echó más espray anestésico, buscó entre los artículos de la farmacia una aguja del tamaño adecuado y la puso sobre la llama de una cerilla. Después de enhebrar hilo de sutura, le aplicó la crema antiséptica y puso también en el interior de la herida una línea gruesa de crema.

—Ahora toca más dolor —advirtió.

Judd asintió con la cabeza.

—Dale sin miedo —dijo.

—La idea es coser a una distancia de la herida equivalente a la profundidad de esta —dijo Judd a Eva—. Después, cortas el hilo y haces un nudo cada seis milímetros.

Oyó leves ruidos en la garganta de Judd mientras trabajaba, pero Judd no se movió. Cuando hubo terminado, el espía más joven tenía la cara empapada de sudor.

Judd soltó un suspiro hondo y alzó la vista hacia Eva. Esta le dedicó una sonrisa.

Tucker le aplicó con esparadrapo un grueso vendaje estéril.

—Vete a acostar —le ordenó.

Judd así lo hizo; se tendió en la cama, con la cabeza levantada por varias almohadas. Eva lo cubrió con la colcha de su propia cama.

—Pareces cómodo —le dijo.

—Lo estoy pasando bien —dijo él con una sonrisa; pero tenía la piel sudorosa y pálida.

—Bien —dijo Tucker—. Vamos al trabajo. Informadme.

Eva, tras situarse junto a la bolsa de viaje, contó la llamada telefónica de Robin, la reunión de Judd con ella en el Teatro de Dioniso, y cómo había huido Robin.

—Eva quitó a Robin la llave de la taquilla del metro —dijo Judd, mirando a Eva con orgullo—. Se la robó del bolsillo, tan bien que Robin ni se dio cuenta.

—¿Qué fue de Robin?

—No lo sabemos —dijo Eva, abriendo la bolsa de viaje—. No estaba con Preston cuando este llegó al metro con tres hombres.

—Sospecho que, después de haberle sacado la información de dónde tenía escondido el *Espías*, la mató —dijo Judd.

Los tres quedaron en silencio unos momentos.

—Un chico griego simpático me ayudó a llevar la bolsa de viaje en el metro —dijo Eva—. Judd y yo nos separamos, y terminamos el viaje a salvo. Pero, después, los hombres nos siguieron a la salida de la estación. Huíamos de ellos cuando Judd recibió el disparo. No sé con certeza cómo nos identificaron.

—Dudo que fuera por medios electrónicos —dijo Judd.

—Tiene razón —dijo ella—. Yo ya no tengo mi móvil, y Preston no pudo ponernos chips a ninguno de los dos. No llegó a acercarse lo suficiente en ningún momento.

—Lo sabría por algún tipo de entrenamiento —opinó Tucker.

Eva abrió la bolsa y extrajo con las dos manos un bulto cubierto de plástico de burbujas.

—Este es el *Libro de los Espías* —dijo. Lo llevó hasta su cama y retiró las capas de plástico—. Robin nos dijo que la biblioteca está en una isla desierta, desde la que solo se ve otra isla muy a lo lejos. Tres edificios, pistas de tenis, una piscina y un helipuerto. La llevaban desde Atenas por aire, encapuchada; eso, al menos, nos indica un radio. Lo malo es que se trata de un radio extenso. La isla podría estar en cualquier parte, desde el mar Negro hasta el Egeo, el Jónico o el Mediterráneo. Y hay un gran número de islas; Grecia tiene más de dos mil, muchas de las cuales son privadas. El otro dato que debes saber es que mañana por la noche se celebra el banquete anual de la biblioteca, por lo que en la isla, esté donde esté, habrá mucha seguridad.

Eva fue al baño y se lavó las manos.

Judd, moviéndose despacio, se sentó en el borde de la cama para ver cómo retiraba Eva las capas de polietileno transparente. Iba recobrando el color, y en la habitación empezaba a imponerse un sentimiento de esperanza. Tucker se instaló a su lado, inclinado hacia delante, con las manos unidas entre las rodillas. Por fin, solo quedaba la película de poliéster de archivo. Brillaba a través de ella la cubierta dorada del manuscrito iluminado.

Eva retiró la película.

—Ah —susurró.

Lo contemplaron, reducidos al silencio por el arte espectacular del oro de suave brillo, el puñal de perlas, la gota de sangre de rubíes, el borde de esmeraldas. Cuando Tucker había visto el libro por primera vez, lo había dejado atónito. Ahora, todavía lo impresionaba.

—Me parece increíble que quitases una esmeralda para poder poner un chip al

libro, Tucker —lo riñó Eva.

—Todavía la tengo. Podemos volver a pegarla en su sitio.

—Es una profanación. Si no fuera porque el chip nos ayudó a encontrar el libro, estaría enfadadísima —dijo ella. Pero sonreía.

Tucker sonrió a su vez sin proponérselo.

—Soy un descreído; son gajes del oficio.

Eva se sentó en el suelo, cruzada de piernas, de espaldas a los dos hombres, vuelta hacia el libro.

—Dime, ¡oh, *Libro de los Espías*!, ¿en qué parte de tu interior se esconde el secreto de la Biblioteca de Oro?

Empezó a pasar las páginas despacio.

Estudiaron la sucesión de ilustraciones extravagantes, de hermosas letras cirílicas, de orlas imponentes. Al cabo de un rato, Tucker se levantó y se desperezó, y volvió a sentarse para concentrarse. Fueron pasando más páginas hasta que llegaron por fin al final del libro: cuatrocientas páginas de pergamino. No había nada fuera de lo común; ningún texto escrito moderno, ninguna señal de que se hubiera manipulado el libro en absoluto.

Tucker empezó a pasearse por la habitación.

—Antes de que llegaseis, estuve leyendo el cuaderno de Charles, con la esperanza de encontrar allí la solución —dijo.

—Lo sé. Los dos lo hemos estudiado también —dijo Eva. Se puso de pie y fue hasta los pantalones vaqueros de Judd, de los que sacó una cartera—. Es de Robin. Puede que nos mintiera cuando nos dijo que no sabía dónde está la biblioteca.

—Voy a llamar a la NSA —anunció Judd—. Pásame mi móvil, Eva, por favor.

Eva buscó en el bolsillo de la chaqueta de Judd y le llevó a la cama el móvil y la cartera. Mientras Judd hacía la llamada y daba una descripción de la isla, Eva extendió el contenido de la cartera: euros, una foto de Charles y una foto de Edimburgo. Tucker y Eva lo inspeccionaron todo atentamente, pero no encontraron nada que fuera de utilidad.

Judd concluyó la llamada.

—Me llamarán en cuanto tengan alguna información.

—¿Cómo te encuentras, Judd? —le preguntó Eva.

—Mejor. Francamente mejor —dijo Judd—. ¿Y si me dieras otro pelotazo de pastillas para el dolor?

Tucker, sacudiendo la cabeza ante la mentira de Judd, se las dio.

—Voy a encargar comida —dijo—. Tenemos que comer. Nos ayudará a pensar.

—Yo también tengo hambre —dijo Eva—. Me encantaría cenar con una botella de *retsina*. Ahora me voy a duchar.

Después de observar a Judd durante un momento, fue al baño y cerró la puerta.

Tucker tomó el teléfono.

—¿Qué quieres comer? —preguntó a Judd.

—Lo que sea. Tú pide.

Mientras Tucker hacía el pedido, Judd cerró el libro y examinó la encuadernación y el lomo. Por último, sacudió la cabeza y lo dejó. Después, volvió a echarse en la cama y se arropó con la colcha.

—Tenemos suerte de contar con Eva —dijo—. Ella sabe lo que hay que buscar.

—¿Cómo van las cosas entre ella y tú? —le preguntó Tucker.

—Bien.

—Eva te gusta.

—No en el sentido en que lo dices. No te preocupes. Nada de fraternizar.

Tucker recordó cómo había conocido él a su esposa.

—No lo decía en ese sentido.

—No voy a consentir nada que obstaculice la misión —dijo Judd. Se le endureció el gesto—. Mataron a mi padre.

—No lo olvido. También sé que perdiste en Irak a una mujer que era muy importante para ti. Casi te expulsaron del Ejército por haber ido a perseguir al que la mató.

Judd miró a Tucker sin alterarse.

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo.

—¿De verdad?

Se abrió la puerta del baño y salió Eva, tan limpia que estaba reluciente. Parecía que le brillaban más los ojos azul cobalto y que su cuerpo delgado tenía más curvas. Irradiaba sexualidad, aunque no parecía ser consciente de ello.

—¿Ha llegado ya la cena? —preguntó—. Estoy muerta de hambre.

Miró a los dos hombres alegremente. Judd apartó la vista.

Más tarde, sentados a la mesa junto al radiador, comieron sepia a la plancha, recién traída del puerto de El Pireo, a pocos kilómetros de Atenas, acompañada de pilaf de champiñones, pimientos rojos y verdes asados y *kopanistopita* picante, empanadillas triangulares de pasta filo rellenas de queso con especias. El vino era *retsina*, como lo había pedido Eva.

—Sabe a resina de pino —dijo Tucker, haciendo girar la copa en la mano mientras inspeccionaba el color rojo oscuro del vino.

—Es el vino nacional de Grecia —dijo Eva—. Hacía años que no probaba uno tan bueno. El nombre y su sabor se deben a que los antiguos griegos ya sabían que el aire era el enemigo del vino y empleaban resina de pino para cerrar herméticamente las ánforas, e incluso la añadían al vino mismo.

—A mí también me gusta —dijo Judd, aunque apenas lo había probado—. ¿Cuál es la situación en Washington? —preguntó, dirigiéndose a Tucker.

Tucker dejó el tenedor en la mesa.

—Antes de despegar de Baltimore, hablé con Gloria. El tipo que intentó acabar conmigo está en el sótano de Catapult. Gloria consiguió llevarlo hasta allí sin que la viera nadie. Ella es la única que sabe lo que está pasando.

—Gracias a Dios que contamos con Gloria —dijo Judd—. Eva, vamos a hablar de Charles, de lo que te dijo en Londres. Puede que te diera alguna otra pista sobre la ubicación de la Biblioteca de Oro, pero que tú no la reconocieras entonces.

Eva repitió la conversación que había mantenido con Charles, mientras los dos hombres la escuchaban con atención. Cuando hubo terminado, se recostaron en sus asientos.

—Nada —dijo Tucker, sacudiendo la cabeza.

Siguieron analizando mientras terminaban de cenar. Después, Eva se sentó en su cama y volvió a repasar el *Libro de los Espías*. Llamaron de la NSA a Judd y le dieron una lista de cuatro islas en el Jónico, el Egeo y el Mediterráneo que se ceñían a la descripción de Robin, o se aproximaban a ella. Pero ¿cuál de las cuatro sería?

Cuando estaban repasando la lista, indecisos, sonó el móvil de Judd. Vieron cómo lo cogía de un tirón.

—Hola, Bash. ¿Qué ha pasado?

El rostro cuadrado de Judd se puso serio mientras escuchaba lo que le contaba el hombre de Catapult en Roma.

—Sigue con ello —le dijo por fin—. Dame novedades en cuanto sepas algo.

Tucker y Eva guardaban silencio. Era evidente que se trataba de malas noticias.

Cuando Judd hubo cortado la conexión, se lo contó:

—Yitzhak y Roberto están desaparecidos. Bash les llamaba todas las mañanas por si necesitaban algo, pero hoy no respondían. Fue a su apartamento. Estaba registrado, reventado. Al menos, no había sangre. Bash habló con los vecinos. Uno vio que Yitzhak y Roberto se marchaban con dos hombres que se ciñen a la descripción de dos de los *limpiadores* que estaban ante la casa de Yitzhak cuando nos atacaron los Charbonier. Después, Bash habló con la universidad en la que ejerce Yitzhak de profesor. La secretaria del departamento le dijo que el profesor había llamado por teléfono ayer para pedirle que buscase a un sustituto para sus clases, porque él se iba de la ciudad. La secretaria había recibido un paquete de la Biblioteca Vaticana para el profesor, y se lo había enviado por medio de un estudiante. Yitzhak esperó al estudiante ante una *trattoria*. Fue la última vez que lo vio nadie de la universidad.

—No —dijo Eva.

—Dios santo —dijo Tucker, echándose hacia atrás en su asiento—. Los tienen los de la Biblioteca de Oro.

CAPÍTULO

59

Había anochecido. Solo eran las diez, pero el Alexander's ya estaba lleno de parroquianos a rebosar. Los taburetes de cuero estaban todos ocupados, y había más personas de pie detrás de ellos, bebiendo. El Alexander's, calificado por la revista *Forbes* como el mejor bar de hotel del mundo, lucía mesas de mármol, anchas palmeras, y un tapiz del siglo XVIII que representaba a Alejandro Magno victorioso, expuesto en la pared que estaba detrás de la larga barra. Naturalmente, la clientela era de lo mejor de la ciudad y de fuera. Los olores de los ricos licores y de los perfumes de diseño aromatizaban el aire.

Martin Chapman bebía Loch Dhu, el único *whisky* negro con regusto suave a carbón vegetal. Paladeó su rico sabor, sintió su calor. Después de haber cenado en el Churchill's con su esposa y con Keith y Cecilia Dunbar (inversores en los centros comerciales que construía en Moscú Chapman y Asociados), los cuatro se habían trasladado a un lugar central del bar, para dejarse ver. Chapman calculó que a aquella mesa estaban sentados unos treinta mil millones de dólares.

—Ah, no —decía Keith—. Las Caimán puede que estén bien para los indocumentados. Pero yo prefiero con mucho tener mi dinero en Liechtenstein.

—¿Y qué te parecen las islas británicas del canal de la Mancha? —preguntó Shelly, echando una mirada a Chapman, para demostrarle que también ella sabía alguna cosa.

Pero cuando Keith empezaba a explicarle la cuestión, vibró el teléfono de Chapman. Este miró la pantalla y vio que le llamaba Preston. Pidió disculpas y se apartó entre la multitud, sintiendo que se le clavaba en la espalda una mirada oscura de Shelly.

—¿Sí? —respondió, esperando que se tratara de buenas noticias.

—Estoy ante el hotel, jefe. Lo esperaré.

Se cortó la conexión. Chapman sintió una opresión en el pecho, y atravesó el vestíbulo del hotel a paso vivo. Se abrieron las grandes puertas principales, y él salió y bajó los escalones apresuradamente. Lo rodeó el aire oscuro de la noche. Preston estaba en la plaza, al otro lado de la calle.

—¿Está muy mal la cosa? —le preguntó Chapman al reunirse con él.

Preston no tenía señales de lucha; llevaba la ropa ordenada, iba bien peinado, con la cara y las manos limpias; pero, bajo los haces de luz de las farolas, irradiaba

disgusto. Los dos echaron a andar juntos.

—No es un desastre absoluto —dijo Preston—. Acabé con Robin Miller con el espray de rauwolfia. Pensé que le gustaría saberlo.

La droga, elaborada a partir de la planta *Rauwolfia serpentina,* se había desarrollado en Tecnologías Bucknell bajo la dirección de Jonathan Ryder. Era un depresivo del sistema nervioso central que mataba en cuestión de segundos y desaparecía del cuerpo al cabo de unos minutos. Debía su nombre al botánico alemán Leonhard Rauwolf, del siglo XVI, cuyas anotaciones había descubierto Jonathan en uno de los manuscritos iluminados de la Biblioteca de Oro que trataban de árboles, plantas y hierbas. Preston tenía razón. Resultaba satisfactorio que una de las creaciones de Jonathan hubiera servido de instrumento de un paso positivo, dentro de un trato de negocios que había intentado impedir.

—El problema es que no recuperamos el *Libro de los Espías* —dijo Preston. Contó lo sucedido, con los labios contraídos—. Conseguí herir a Judd Ryder —dijo por fin.

—¿Cómo identificaste a Eva Blake? —le preguntó Chapman.

—No la reconocí al principio. Después, cuando se detuvo el metro, pasó ante mí en la salida, y me pareció reconocer su manera de andar de cuando la observé en Los Ángeles. Cuando salió al exterior, la miré por la ventana. El chico que había ido sentado a su lado le dio una bolsa de viaje lo bastante grande como para contener el *Libro de los Espías*; y después se reunió con ella un hombre que, por tamaño y por edad, podía ser Ryder.

Añadió más detalles.

Chapman reflexionaba enérgicamente.

—En Estambul te enteraste, por Yakimovich, de que el bibliotecario viejo había escrito en el libro la ubicación de la biblioteca. Mientras esté en circulación el libro, podríamos tener graves problemas. Y solo Dios sabe si hay otras pistas sueltas por ahí. No podemos correr el riesgo de que Ryder, Blake o quien sea encuentren la biblioteca. Llama por teléfono a Carolyn Magura para que se prepare. ¿Cuánto se tardará en trasladar la biblioteca?

El club de bibliófilos había decidido diez años atrás que, en vista de los rápidos avances de los seguimientos electrónicos y de las comunicaciones internacionales, podría llegar a darse el problema de que se descubriera la isla. Había llegado el momento de buscar una ubicación alternativa. Una región remota de los Alpes suizos, junto a un lago de aguas glaciares, al norte de Gimmelwald, había parecido perfecta. El lugar estaba dispuesto desde hacía años, cuidado por un equipo reducido de personas.

—Sí, señor. Lo prepararé todo —dijo Preston—. Calcule un día y medio.

—El banquete de esta noche será el último que haremos en la isla. Un digno final

de una buena época. Prepara las cosas para hacer el traslado a la mañana siguiente.

Sintió un momento de nostalgia. Después, volvió a invadirlo la inquietud.

—¿Y qué hay del Carnívoro? ¿Lo has encontrado?

—La jefa de informática del señor Lindström no ha sido capaz de localizarlo.

—¡Dios! ¿Tu hombre de Washington ha eliminado ya a Tucker Andersen?

Preston calló un momento.

—Los dos han desaparecido —dijo por fin—. Los estamos buscando.

Chapman contuvo su ira.

—Sí; buscadlos. Yo voy a tomar medidas contra Catapult. No podemos consentir que la situación en Washington se ponga peor de lo que está.

CAPÍTULO

60

Washington D. C.

La jornada había sido larga en Catapult, y Gloria Feit estaba ordenando su mesa para marcharse. En los pasillos se oía la charla habitual de oficina. Cuando Gloria estaba plegando las gafas de cerca, percibió el leve sonido que producía a sus espaldas la puerta al abrirse. Se volvió.

—Tengo que verte, Gloria.

La cara de bulldog de Hudson Canon volvió a desaparecer en el interior de su oficina.

Ella se dirigió hacia él, con un estremecimiento de inquietud.

—Cierra la puerta y siéntate.

Él ya estaba instalado tras su escritorio, con las grandes manos extendidas sobre la superficie de la mesa.

Gloria pensó un momento en el hombre que estaba en el sótano, el que había intentado eliminar a Tucker; pero ella había sacado del armario llavero las llaves de repuesto de la puerta, y las tenía a buen recaudo en el bolso. Ni Canon ni nadie más podía enterarse de que el hombre estaba allí abajo. El hombre no quería hablar, aunque comía como un elefante.

Se instaló en una de las butacas que estaban frente al escritorio; cruzó las piernas con despreocupación y adoptó una sonrisa agradable.

—¿Qué puedo hacer por usted, jefe?

—¿Dónde está Tucker?

La pregunta fue brusca, con tono lleno de autoridad.

Gloria frunció levemente el ceño.

—No ha vuelto. No sé más.

—¿Qué dijo cuando llamó?

Aquello la dejó cortada. ¿Cómo sabía Canon que Tucker le había llamado desde el mercado para que fuera a recoger a su atacante, y más tarde desde el aeropuerto de Baltimore? Después comprendió que había podido consultar los registros telefónicos automáticos de Catapult.

—Me preguntó si quería que me trajera un sándwich del mercado de Capitol City —mintió—. Yo le dije que no. Me llamó una segunda vez, pero no sé desde dónde.

Me preguntó si había algún mensaje importante para él. No había ninguno. Fue lo último que supe de él. ¿Teme usted que le haya pasado algo? Me parece que no debe preocuparse. Si tuviera algún problema y necesitara apoyo, me lo habría dicho.

Canon se inclinó hacia delante.

—¿Qué se trae entre manos?

—No tengo idea.

—¿Sigue con esas tonterías sobre la Biblioteca de Oro?

—Bueno…, es la operación en la que está más centrado —dijo ella con prudencia —. Pero no es la única que dirige, claro está.

—Esa operación ha concluido. Tú sabes tan bien como yo que está trabajando en ello. Está desobedeciendo una orden directa.

La intensidad con que lo dijo conmocionó a Gloria.

—No había oído decir nada de ello —replicó.

—De modo que Tucker no te dijo que tenía un plazo límite. Pues ahora ya estás informada. Tu deber es ayudar a localizarlo. El Subcomité del Senado sobre Inteligencia está investigando los derroches en la CIA. Se reúnen mañana. Tuve que hablar a Matt de Tucker. Es un caso menor en más de un sentido, pero esas son las cosas que están mirando. No será bueno para Tucker. Tiene que dar novedades.

Matt Kelly, director del Servicio Clandestino, era viejo amigo de Tucker. Parecía imposible que diera parte de Tucker o que lo reprendiera por una cosa de tan poca importancia.

—Es menos que menor —insistió Gloria—. Dios mío, si se nos cortara la respiración cada vez que sucede un incidente como este con alguno de nuestros oficiales, nos moriríamos de asfixia. Tenemos que contar con que sean emprendedores, independientes.

Canon sacudió la gran cabeza.

—Una senadora se ha enterado de esto. Forma parte del Subcomité. Es como un perro que ha mordido un hueso, y ahora no lo quiere soltar. Quiere acabar con Tucker.

—¿Y cómo se ha enterado? —preguntó Gloria, consternada.

—Solo Dios lo sabe —replicó él, cortante—. Pero la situación es esta. No queremos que Tucker se queme. ¿Dónde está? ¿Qué hace?

Gloria guardó silencio, recordando su larga relación de trabajo con el maestro espía. Ella siempre había confiado en él, y él había confiado siempre en ella. Y todos los indicios señalaban que Hudson Canon era un traidor. Pero no sonaba a traidor.

Respiro hondo.

—Lo siento, Hudson. Si supiera dónde está Tucker, se lo diría.

Él la miró fijamente.

—Si te enteras de algo, más te vale decírmelo. Vete a tu casa y piénsalo. Piénsalo bien. Tenemos que encontrar a Tucker.

Hudson Canon estaba de pie ante el espejo de su despacho, ajustándose la corbata. Parecía pálido. Se dio palmadas en ambas mejillas. Cuando recobró el color, entornó levemente su puerta. Gloria se había marchado. Bien. Recorrió el pasillo pasándose por los despachos, preguntando si alguien había tenido contacto con Tucker o si sabía dónde estaba. Todos afirmaron no saber nada. Por fin, entró en el despacho de Tucker y cerró la puerta. Registró el escritorio y los archivadores. En el cajón del fondo encontró una botella de *whisky*. La abrió y bebió un largo trago. Al menos había descubierto algo útil.

Se limpió la boca y volvió a recorrer el pasillo, repitiendo sus preguntas, sin conseguir nada de nuevo. Después, entró en el centro de comunicaciones y se pasó por todas las mesas, hasta que llegó a la de Debi Watson.

—¿Dónde está Tucker? —le preguntó.

Ella levantó hacia él sus grandes ojos, muy abiertos.

—No lo sé, *señó*.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él?

—Ayer. Me dio instrucciones rutinarias, nada más.

—¿Cuáles fueron? —preguntó él, conteniendo la impaciencia.

—Localizar un número de teléfono móvil. Se lo trasladé a la NSA.

—Llama a la NSA.

Ella cogió enseguida su teléfono y marcó.

—Hablaré yo —dijo él, arrancándole el aparato de las manos—. Aquí, Hudson Canon. Díganme exactamente lo que han estado haciendo para Tucker Andersen.

—Un momento. Déjeme que entre en ese fichero —dijo el hombre que estaba al otro lado de la línea. Se produjo una pausa—. Muy bien, aquí está. Le seguimos un número de teléfono móvil. Se activó por última vez en la estación de metro de Acrópolis, en Atenas. Comuniqué esta información a Judd Ryder. Después, recibí una llamada en la que me pedían que les localizara una isla. Yo encontré cuatro.

¿Una isla? Canon no sabía nada de aquello. No obstante, sintió un momento de alivio. Al menos, ya tenía algo que contar a Reinhardt Gruen: Judd Ryder estaba en Atenas, y había recibido información directamente de la NSA.

—Ustedes tienen el número de móvil de Tucker Andersen y de Judd Ryder, evidentemente. Tengo que saber exactamente dónde están.

—Tendré que volverle a llamar. Tengo que pasar por la NRO, ya sabe; y si Ryder y Andersen están utilizando móviles seguros, tardará algún tiempo.

Canon le dio su número de teléfono.

—En cuanto tenga la información, llámeme inmediatamente. Y digo *inmediatamente*.

CAPÍTULO

61

Atenas, Grecia

La luz deslumbrante del sol de la mañana iluminaba la tranquila habitación del hotel. Mientras Judd dormía, Eva estaba echada en la cama, vestida de nuevo con sus vaqueros y su camisa verde. Estaba tensa; estiró los brazos sobre la cabeza y miró por la ventana, por donde se veía un gavilán ratonero que trazaba círculos perezosamente en el cielo azul. Eva había pasado mala noche, despertándose, dormitando y volviéndose a despertar, acosada por la sensación de que ella ya sabía en qué parte del *Libro de los Espías* era probable que el bibliotecario hubiera escrito la ubicación de la Biblioteca de Oro… Solo le faltaba caer en ello.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta?

Volvió la cabeza. Judd la miraba, con los ojos grises soñolientos, con el pelo teñido de rubio revuelto. Eva lo observó, buscando síntomas de fiebre.

—No estoy segura. Puede que una hora. ¿Cómo te encuentras? —dijo ella, mientras le preparaba aspirinas, analgésicos y un vaso de agua.

—Mucho mejor. Has estado pensando —dijo él. Se incorporó, apoyándose en un codo, y se tomó la medicación.

—Sí. Pensando en qué parte del *Espías* habría dejado un mensaje el bibliotecario. He estado repasando una y otra vez todo lo que me dijo Charles y lo que recordaba de su cuaderno. Sé que tengo cerca la solución.

Judd guardó silencio.

—Lástima que Charles no dejara una pista distinta —dijo por fin.

Ella frunció el ceño.

—Repite eso.

—Lástima que Charles no dejara una…

—Pista *distinta*. Eso es —exclamó Eva. Se incorporó en la cama, emocionada—. Yo había estado buscando lo que no habíamos empleado antes. Un gran error.

Corrió hasta el gran *Libro de los Espías*, que estaba sobre la mesa, cerrado.

—¿De qué estás hablando?

Judd, en camiseta y pantalón corto, acercó una silla y se sentó junto a ella.

—Si afeitamos la cabeza a Charles fue por la historia de Histieo y el esclavo mensajero. De modo que puede ser que la pista no solo nos indicara que mirásemos el

cuero cabelludo de Charles; puede que nos diga también en qué parte del *Espías* debemos buscar. Sé que he visto la historia en alguna parte del libro.

Pasó las páginas con rapidez. Por fin, hacia la mitad del gran libro, encontró el relato en una página propia, tan ornamentada como las demás, decorada con figuras de soldados persas y griegos en los márgenes. El resto del espacio estaba lleno de letras cirílicas negras que relataban la antigua narración.

—No veo nada fuera de lo común —dijo Judd, mirando fijamente.

—Yo tampoco. Voy a traducir rápidamente el relato para mis adentros.

Al irlo leyendo, no tardó en ver con claridad que lo narrado venía a ser lo mismo que había contado Heródoto en su crónica siglos atrás. Cuando hubo terminado, levantó la cabeza del libro.

—¿Nada?

Eva negó con la cabeza. Después, tomó el libro.

—Necesito luz —dijo.

Se sentaron en el borde de la cama de ella, donde entraba a raudales por la ventana la luz del sol. Sosteniendo el libro en su regazo, se inclinó sobre él. En su vida profesional de conservadora había aprendido cuán cierta era una vieja máxima: «El demonio se esconde en los detalles». Después de haber echado una mirada general, estudió los espacios entre las letras y entre las palabras, y las pinceladas. No habiendo observado nada que le llamara la atención, pasó a las figuras pintadas de soldados.

Se irguió.

—Creo que lo he encontrado. Mira esto, Judd.

Señalaba unas letras minúsculas que estaban bajo los colores.

Judd se aproximó mucho para observarlas.

—Son casi invisibles —dijo.

—No están puestas para que se vean. Representan las palabras latinas que sirvieron de indicación al pintor que dio color a los dibujos. Esta V significa *viridis*, «verde». Por eso, la túnica del esclavo está pintada de diversos tonos de verde. La R significa *ruber*, «rojo»; las manzanas de ese árbol que tiene detrás. Y, naturalmente, el cielo tiene una A de *azure*, «azul».

Judd frunció el ceño, confuso.

—Entonces, ¿qué significan las palabras *lat* y *long*, y los números que las acompañan?

Ella sonrió.

—Eso mismo me pregunto yo. En primer lugar, nunca había visto tres ni cuatro letras seguidas para indicar un color en una página manuscrita. En segundo lugar, ninguna de las dos es una palabra latina.

Él le devolvió la sonrisa.

—Como estamos buscando la situación de la isla, supongo que se trata de abreviaturas —dijo—. Y si tenemos en cuenta que también hay números… «latitud» y «longitud».

—¡Eureka, como dijo Arquímedes!

Judd tomó su móvil y lo activó.

—En estos casos es cuando resulta verdaderamente útil estar conectados a internet. Léeme lo que tienes, y veremos si tenemos razón.

Bajó el móvil para que también ella pudiera ver la pantalla. A medida que iba marcando en el teclado, apareció el mapa mundial de Google, que fue desplazándose más y más, ampliando la zona sur del mar Egeo.

Judd arrugó la frente.

—Nada. Ninguna isla. Ni un atolón. Ni siquiera un montón de piedras.

Ella sintió un escalofrío.

—Prueba de nuevo —le dijo, y le fue dando las cifras una a una.

Él marcó cada una con cuidado. El mapa volvió a centrarse en un mar vacío. A Eva se le hundieron los hombros. Judd probó con otros mapas de dominio público. En la habitación no se oía más que el sonido del teclado. Pero cada mapa no mostraba más que el mismo resultado descorazonador.

Se quedaron callados.

—No es lógico —insistió ella—. La explicación más sencilla y más directa de las abreviaturas y de los números que aparecen en el libro es que son unas coordenadas. Aunque esos mapas fueran antiguos, deberían mostrar una isla.

Él la miró fijamente.

—No es así. Dios mío, si no me equivoco, esto es una verdadera exhibición del poder del club de bibliófilos.

Volvió a pulsar el teclado.

—A causa del terrorismo, el gobierno mandó a Google y a otros servicios de mapas *online* que no mostraran determinados puntos del mundo. En unos casos se trataba de unas instalaciones del gobierno. En otros, de una *zona de interés* que era clandestina por algún motivo. Las empresas privadas que hacían trabajos para la defensa también podían pedir al gobierno que bloquease determinados puntos.

—¿Cómo ha podido conseguir el club de bibliófilos que el gobierno ocultase su isla?

—Tendrían a alguien introducido, o puede que sobornaran a alguien. Vamos a comprobar esto.

Buscó el mensaje de texto de la NSA que había recibido el día anterior, y leyeron juntos la lista de islas que se habían aproximado a la que había descrito Robin.

—Dios mío —susurró Eva mientras miraban juntos la lista—. Una de las islas tiene las mismas coordenadas que dice el libro.

La invadió una oleada de emoción y de alivio. Echó los brazos al cuello de Judd, y él la abrazó con fuerza. Ella siguió así un momento, sintiendo el palpitar regular del corazón de él, su aliento caliente en su oído.

Después, se apartó.

—Será mejor que llames a Tucker —le dijo.

El maestro espía llegó en cuestión de minutos, con los mismos pantalones chinos arrugados, camisa azul de botones y chaqueta de *sport* del día anterior. Eva vio que tenía más marcadas las arrugas de la cara y que, tras las gafas de concha, tenía enrojecidos los grandes ojos por falta de sueño. Pero llevaba bien cuidados el bigote castaño claro y la barba gris, e irradiaba atención máxima.

—¿Lo habéis encontrado? —preguntó mientras echaba el pestillo a la puerta.

—Vaya que sí; lo ha encontrado ella —dijo Judd, señalando a Eva.

Ella sonrió con agrado.

—Pero he tardado lo mío… —dijo.

Se sentaron todos a la mesa, y Eva explicó cómo habían descubierto la solución.

—Volveré a ponerme en contacto con la NSA para pedirles las últimas fotos de satélite y datos sobre la isla —dijo Judd con energía—. Eva, ¿tu portátil sigue funcionando, o se mojó cuando estábamos en el yate?

—Está bien, porque lo llevaba en el bolsillo principal del bolso.

—Bien. Pasaré allí lo que nos envíe la NSA.

—¿La isla tiene nombre? —preguntó Tucker.

—Solo tiene un número —le dijo Judd.

—Hazlo —le ordenó Tucker—. Ahora mismo.

CAPÍTULO

62

Provincia de Jost, Afganistán

Después de un desayuno copioso, Syed Ullah salió al porche delantero de la casa de ladrillo rojo donde vivía con su mujer y con los hijos y nietos que le quedaban, así como con las esposas e hijos de sus cuatro hermanos, que habían muerto luchando contra los soviéticos, contra los talibanes, contra Al Qaeda o contra clanes y tribus locales.

La gran casa, restaurada de sus escombros en tierras que habían pertenecido a su familia desde hacía mucho tiempo, tenía dos pisos, que se alzaban sobre la tierra dura. Tras ella había una antena parabólica emisora, junto a un carro de combate soviético T-55 oxidado. A un lado había un huerto, con perales, melocotoneros y moreras, como recordaba él que lo había habido cuando era niño. Lo había plantado todo en los últimos años. Como decía a su hijo menor, el único que le quedaba, los árboles jóvenes eran como el futuro: eran fuertes, pero había que protegerlos.

Sus guardias armados, con turbantes y gafas de sol envolventes, rondaban alrededor del muro de piedra reconstruido que rodeaba la extensa finca. Una docena de ancianos de la tribu (hombres mayores, de aspecto imponente, de narices aguileñas y barbas patriarcales) se alineaban ante el porche para presentar sus respetos. Ullah, a sus cincuenta y cuatro años, se había ganado el puesto a base de combatir a sus rivales y matarlos; pero así había funcionado la cosa durante décadas. Los hombres tenían poca comida para llenar el vientre, pero muchas municiones para sus fusiles. Él apenas recordaba la época en que las cosas no eran así.

El señor de la guerra estaba sentado en su silla de madera de alto respaldo, en su porche delantero de ladrillo. Se ajustaba la faja, y comía almendras garrapiñadas mientras saludaba a los ancianos con cortesía, aceptaba sus pésames respetuosos, arbitraba disputas vecinales y les aseguraba su protección. Eran cabezas de familias numerosas, con hijos, nietos y bisnietos a los que necesitaba.

—¿Será mañana por la noche? —le preguntó el último anciano. En su rostro curtido había una impaciencia que daba a entender que habría esperado que alguien se lo preguntara antes que él.

—Esta noche —le corrigió Ullah; y se dirigió a los demás—. Quedaos en vuestras casas con vuestras esposas. Vuestros hijos saben lo que tienen que hacer.

Y se marcharon, ahuyentando a las gallinas y adentrándose por las montañas para bajar después hacia la población, de unos tres mil habitantes. Ullah vio en las colinas una pequeña patrulla estadounidense que circulaba por una pista de tierra en dos HMMWV (los llamados coloquialmente *Humvee*) pintados de camuflaje. Alguien bajaba por un camino peligroso guiando a un burro que portaba un bulto alto.

El señor de la guerra se puso de pie. Era un gigante, fuerte y corpulento, con una cara feroz que era capaz de sonreír con facilidad. Pero en esto residía la fuerza de los pastunes, en el aguante. Estaba muy orgulloso de las tradiciones de sus antepasados, guerreros, poetas, héroes, bromistas y hospitalarios. Amaban la tierra y amaban a sus familias. Las invasiones y ocupaciones que habían sufrido durante siglos no los habían cambiado en nada; solo habían servido para reforzar su devoción. La devoción de él. Su familia debía sobrevivir; eso era lo primero. Después, su clan; y después, su tribu.

Estudió la amplia extensión de montañas abruptas, en cuyas altas laderas brillaba la nieve. Ascendían al cielo cintas serpenteantes de humo de las casas lejanas, en su mayoría de adobe con tejado de paja. Un laberinto de hilos de humo se elevaba sobre la ciudad, donde muchos edificios habían quedado reducidos a polvo por los combates y los ataques. La provincia de Jost era una encrucijada de comercio y de contrabando, y estaba en los puntos de mira de los talibanes y de Al Qaeda, que pasaban clandestinamente del norte de Waziristán, cruzando la frontera en Pakistán. Venían ocultos por la oscuridad de la noche para reclutar, para hacer negocios y para asesinar a colaboracionistas, que solían ser de la Policía Local.

En la parte opuesta de la ciudad estaba la base adelantada estadounidense, secreta y de alta seguridad, pintada con colores y envuelta en redes de camuflaje para que resultara invisible desde el aire y difícil de ver desde tierra. No ascendía de ella ningún humo, ya que tenían un gran generador que les proporcionaba toda la energía que necesitaban.

Ullah alzó la cabeza y olisqueó el aire. Olía el cordero, dulce y sabroso, que se asaba en la cocina de la casa. Un buen almuerzo. Desde que él había tomado el control de aquella región devastada por la guerra, su familia y él comían bien; y, si no fuera por Martin Chapman, contaría con más fondos todavía, con la cuenta extranjera que le había bloqueado Chapman. Tendría pocos ingresos por el opio y la heroína hasta que se recogiera la cosecha de las adormideras, en otoño. Necesitaba que Chapman le desbloqueara el dinero, y por ello aquella misma noche sus hombres se pondrían los uniformes del Ejército de los Estados Unidos que había proporcionado Chapman y eliminarían a unos cien habitantes del pueblo y de las aldeas próximas, escogidos entre los que se le oponían, y todo quedaría registrado por las cámaras de periodistas de tribus amigas de Pakistán. Así tendría por fin su dinero, además de lo que le pagaría Chapman por la tierra que quería comprarle.

En aquel momento, los dos Humvee del Ejército giraron tomando el camino que conducía a su casa. Los guardias se volvieron hacia ellos y levantaron las cabezas, observándolos también.

El señor de la guerra dio una voz hacia el interior de la casa para pedir té, y se paseó por el porche. Cuando llegó el té, en una bandeja esmaltada, se sentó en su silla.

Los Humvee entraron en el complejo, rugiendo, y se detuvieron entre una nube de polvo blanco. Había soldados apostados tras las ametralladoras que iban montadas en cada vehículo; llevaban los cascos bien calados para protegerse del sol de la mañana, y los ojos ocultos tras gafas de sol negras.

El jefe de la base avanzada, el capitán Samuel Daradar, saltó del asiento del pasajero del vehículo que iba delante y caminó hacia él a largos pasos, quitándose la gorra y pasándose el brazo por la frente.

—*Pe kher ragle* —dijo Ullah, dándole la bienvenida, aunque sin ponerse de pie.

—Me alegro de verle, señor Ullah —respondió el capitán Daradar en pastún mientras subía los escalones—. ¿Está usted bien?

El capitán, de treinta y pocos años, tenía la piel dorada, ojos negros límpidos y expresión sobria.

—Sí, gracias a la bendición de Alá. ¿Me hará usted el honor de tomar el té conmigo?

—Por supuesto. Le agradezco su hospitalidad.

Mientras sus hombres esperaban en los Humvee, Sam Daradar se sentó en la otra silla, cuyo asiento y respaldo eran más bajos que los de la silla del señor de la guerra. Era como si se sentara junto a un rey que presidiera en un trono. Aquellos pequeños detalles con que Ullah hacía recordar su poder le habrían hecho gracia, si no hubiera sido porque cada uno de ellos era un indicio mortal del entramado complejo de lealtades y de odios entre las tribus pastunes, y porque los afganos, en general, solían ser capaces de albergar más sentimientos antiextranjeros de lo que podían concebir los occidentales.

—Va usted de patrulla —dijo el señor de la guerra, dando muestras de un interés amable—. ¿Ha encontrado algo?

Sirvió el té en tazas dispuestas sobre la mesa de madera que estaba entre los dos.

—Solo el viento, el cielo y la tierra —dijo Sam, con una breve sonrisa.

—Así se habla, como un verdadero pastún. Nunca entenderé por qué emigró su familia a los Estados Unidos.

—Allí también tenemos nuestros grandes espacios abiertos. Venga usted a visitarme a Arizona alguna vez. Le enseñaré el Gran Cañón —dijo el capitán, y tomó un trago de té—. Hoy me han transmitido unas informaciones que pensé que le gustaría conocer a usted. Desde que ustedes nos ayudaron a expulsar a los talibanes y

a los de Al Qaeda, hay en el país dos mil clínicas y escuelas nuevas, se están creando puestos de trabajo constantemente, y se ha reconstruido por completo el mercado de Jost. Casi siete millones de niños han recibido enseñanza primaria, el nuevo banco central es sólido, y la moneda es estable.

—Todo eso es bueno —dijo Ullah—. Me agrada.

Sonrió, exhibiendo una hilera de anchos dientes blancos.

—Sin embargo, hay muchos problemas —añadió—. Mire usted a su alrededor. Qué pobreza. Mi gente pasa hambre. Se debe a la corrupción de Kabul. Eso no lo puede resolver nadie.

También se debía a la corrupción de Ullah, pero Sam no estaba dispuesto a decirlo. Los países en vías de desarrollo tendían a tener bancos centrales y ejércitos relativamente eficientes, pero fuerzas policiales corruptas y despreciadas por la población; y Afganistán no era ninguna excepción a esta regla. También la corrupción explicaba por qué era más fácil construir carreteras que implantar la ley y el orden, por qué era más fácil construir una escuela que un Estado. Por mucha educación que hubiera, de nada le servía a un juez que tenía que hacer frente a jefes de la droga, dispuestos a asesinar a su familia. A la gente venida de fuera le resultaba casi imposible reformar un sistema como aquel; y, aunque a Ullah le gustaba considerar que funcionaba con independencia respecto de Kabul, formaba parte de un sistema muy deteriorado.

—Me preocupan los rumores de que hay talibanes por aquí hoy —le dijo Sam.

—Ah; de modo que es a eso a lo que debo el honor.

—Y de que se está preparando algún tipo de acción, con talibanes o sin ellos.

Los talibanes eran principalmente pastunes, y tanto unos como otros eran, al igual que los de Al Qaeda, musulmanes suníes. En un país en que los hombres que tenían las armas reinventaban su lealtad a cada nuevo poder que iba llegando, era inevitable que hubiera en sus filas antiguos combatientes talibanes y de Al Qaeda. Hasta el propio Ullah se había declarado talibán en tiempos, hasta que los talibanes habían prohibido el tráfico de drogas cuando habían tomado el poder en el país. A partir de entonces, habían sido enemigos suyos.

—La culpa es de Pakistán —dictaminó el señor de la guerra—. Deberían impedir que los talibanes cruzaran la frontera. Los inventaron ellos.

—Estoy de acuerdo; pero ni Pakistán ni Afganistán lo consiguen —dijo Sam con suavidad—. Sé que usted no quiere más que lo mejor para su pueblo. Cuénteme lo que está pasando.

Ullah alzó las espesas cejas negras, y le tembló el grueso bigote. Le apareció en el rostro una expresión de inocencia absoluta.

—No he oído nada —dijo el señor de la guerra—. No dude que le llamaré si me entero de algo, aunque solo sea un rumor. ¿Quiere más té?

Los hombres que estaban en la mezquita de la población se pusieron de pie, se inclinaron y volvieron a ponerse de pie, concluyendo así la oración del mediodía. La sala estaba llena de un espíritu de veneración del que Ullah se enorgullecía. Era su mezquita; él había pagado hasta el último ladrillo y azulejo.

Pero entonces, el mulá del turbante blanco y el rostro joven, de barba bien recortada, mandó a todos que se sentaran. Los fieles se acomodaron en sus esteras de oración. Ullah soltó un suspiro y bajó el cuerpo, cruzando las piernas.

El mulá estaba de pie ante ellos con su vestidura negra, larga y suelta, con un Corán entre las manos.

—Cuando el Profeta y sus compañeros fueron a la yihad, llevaban banderas negras, porque la guerra no es cosa buena —dijo—. Hoy día, cuando vamos a la yihad, no debe ser porque queramos luchar, sino porque nos vemos obligados a luchar por el islam y por la libertad de Afganistán. Pero esa tarea corresponde al Ejército y a la Policía, no a los ciudadanos particulares.

Ullah acomodó mejor el trasero, soltando un quejido para sus adentros.

—No hay más Dios que Alá, y nuestra vida en la Tierra es servirle solo a Él —siguió diciendo el mulá. Miró fijamente a Ullah—. Pero el ser humano es débil; y hay mulás imprudentes con ideas equivocadas que han desobedecido las leyes del Corán y han enviado a la gente por caminos peligrosos. Estas luchas entre unos musulmanes y otros, y contra Occidente, son por el poder, no por Alá. Alá no quiere que nuestro pueblo mate. Hace mucho tiempo, el mundo musulmán sufrió los ataques de la Cruzada de los cristianos, que querían hacer desaparecer del planeta todo el islam. La yihad era entonces una guerra de supervivencia, un último recurso. Alá nos enseña que la mayor yihad es la lucha interior de cada uno de nosotros por el alma, la yihad del corazón. El corazón es un lugar sagrado, y debemos procurar siempre no hacernos daño unos a otros, jamás.

Cuando hubo concluido el sermón, Ullah, haciendo caso omiso del mulá ostensiblemente, tomó su AK-47 y caminó hacia la salida, seguido de cerca por sus dos guardias. Se dijo para sus adentros, con desagrado, que aquel mulá era nuevo y muy joven. Todavía le faltaba mucho que aprender acerca de lo que decía verdaderamente el Corán.

Por delante de él, salía también de la mezquita el jefe de la base avanzada, Sam Daradar. El militar debía de haber llegado tarde y se habría quedado en el fondo. Ullah redujo el paso, dejando que se adelantara. Después, salió al umbral y vio cómo se subía Daradar a un Humvee. Se saludaron con gestos de la cabeza y con sonrisas.

Ullah esperó con impaciencia mientras uno de sus hombres iba corriendo por el coche. Pero, cuando llegó el Toyota Land Cruiser plateado, advirtió una expresión extraña en el rostro de su conductor.

Frunciendo el ceño, subió al asiento del pasajero; el otro guardia pasó al asiento

trasero y profirió inmediatamente un leve sonido en el fondo de la garganta. Ullah se volvió al instante. Tendido en el suelo del coche estaba Sher Chandar, con su turbante talibán negro a su lado y rodeado de su *shalwar kameez* y su chaleco, como las alas del ángel de la muerte.

—En marcha —ordenó el jefe talibán.

—Debería haberte matado hace mucho tiempo —gruñó Ullah.

Cuando el vehículo hubo adquirido velocidad por la calle, saltando sobre los baches, Chandar se rio e indicó el camino. La calle se convirtió en una pista de tierra y, más adelante, en una senda que los conducía ladera arriba, alejándose de la casa de Ullah. Cuando empezaron a bajar por la ladera opuesta, habiendo perdido de vista la población, la base militar y la casa, Chandar se incorporó en el asiento, recorrió con la vista las estribaciones montañosas desnudas y dio más instrucciones.

Regresaron, trazando un amplio círculo, hacia la parte trasera de la finca de Ullah, y descendieron por fin, dando tumbos, a una vaguada profunda por donde transcurría un pequeño arroyo que regaba una extensión amplia de cipreses y de pinos. El señor de la guerra se intranquilizó: aquel bosque era donde debían reunirse sus hombres aquella misma noche.

Chandar ordenó que se adentraran entre los árboles y que detuvieran el Toyota junto a las cajas americanas, que estaban cubiertas de lonas negras. Media docena de hombres con turbantes negros aparecieron de entre la espesura, como si se hubieran materializado, apuntando con fusiles de asalto. Hombres de Chandar.

—Apaga el motor.

Cuando los hubo rodeado el silencio, Chandar señaló el montículo de cajas.

—¿Un regalo para los talibanes?

Ullah no dijo nada.

—Hay un cambio de planes —le dijo Chandar—. Sé lo que ibais a hacer esta noche. No mataréis a los lugareños…, algunos son talibanes. En vez de ello, tus hombres se pondrán los uniformes americanos y se armarán con las armas americanas, como esperaban. Una vez disfrazados de ese modo, podrán acceder al interior de la base militar. Y allí matarán a todos los infieles.

A Ullah se le secó la garganta.

—No es posible —dijo.

Chandar rio por lo bajo.

—Tú tienes un poco más de imaginación que todo eso. Tus periodistas pakistaníes lo grabarán desde lejos. Creerán que los americanos están en guerra unos con otros, por una rencilla tribal como las que tenemos aquí. Eso te proporcionará la publicidad que necesitas para conseguir que se cierre la base. Eso es lo que quieres, ¿no?

Ullah soltaba maldiciones para sus adentros.

—Esos infieles americanos no cuentan con la bendición de Alá —siguió diciendo Chandar—. Nosotros hemos trabajado contigo en estos últimos años. Tú nos has hecho favores. Nosotros te hemos hecho favores. Si Kabul se enterara de nuestros tratos…

Dejó la frase sin concluir, pero Ullah comprendió inmediatamente la amenaza. A pesar de toda su debilidad, el Gobierno de Kabul todavía tenía dientes. Si se enviaban allí las tropas suficientes, podrían borrar de la superficie de la tierra a su familia y a él.

—Los americanos harán investigaciones —alegó Ullah—. En lugar de ello, te ofrezco un compromiso. Dejaré ilesos a todos los lugareños que quieras.

—No basta. Queremos la muerte de los soldados americanos. La orden procede directamente del sur de Waziristán.

En otras palabras, de Al Qaeda.

Ullah volvió la cabeza para echar una ojeada al rostro pétreo de Chandar. Después, recorrió con la vista a los seis hombres armados que lo apuntaban inflexiblemente con sus fusiles.

El problema era que, aunque hubiera matado a Chandar cuando tuvo la ocasión, habría ocupado su lugar otro, que habría venido a asesinarlo a él. No había manera de vencer en aquella lucha. Cuando hubo llegado a esta conclusión, sintió un momento de alivio. El plan de Chandar podía llegar a dar resultado.

—Haré lo que queréis, si vosotros os prestáis a ayudarme más tarde —decidió—. Los americanos me van a comprar el terreno de la base militar para poner en marcha un negocio. Todavía no sé en qué consiste. Necesito que me garanticéis su seguridad.

—Si está bien pagada…

Ullah sonrió.

—Por supuesto. Bien pagada.

Una vez concluido su trato de negocios, el jefe talibán bajó del coche y se reunió con sus hombres en la arboleda. Y desaparecieron.

—A casa —ordenó Ullah.

Volvía a oler mentalmente de nuevo el dulce aroma del cordero que se asaba en la cocina. El plan nuevo empezaba a gustarle, lo que le permitiría disfrutar de una buena comida.

Mientras volvían a la casa dando un rodeo, sonó su teléfono vía satélite. Atendió la llamada, y oyó la voz de Martin Chapman. Él lo saludó en pastún.

—¿Va todo según lo planeado? —le preguntó Chapman.

—Por supuesto —le aseguró tranquilamente el señor de la guerra, pensando en los infieles que morirían—. Será una gran noche, para mayor gloria de Alá.

CAPÍTULO

63

Atenas, Grecia

Mientras entraba por la ventana una brisa fresca, Judd estaba sentado con Eva y Tucker a la mesa de la habitación del hotel, con el ordenador portátil de Eva ante los tres. Estudiaban las fotos y la información geográfica que les había facilitado la NSA sobre la isla sin nombre donde podía estar alojada la Biblioteca de Oro.

Había riscos rocosos, anchos valles y colinas onduladas. La isla tenía veinticinco kilómetros cuadrados de hermosa naturaleza virgen, a excepción de unas plantaciones de frutales y una meseta en su parte sur sobre la que se alzaban los tres edificios que había descrito Robin.

—La biblioteca podría estar en el edificio grande —dijo Eva—. Pero si viven allí veinte personas todo el año, ¿dónde se alojan? No parece lo bastante grande.

Judd repasó las fotos pequeñas que aparecían en la pantalla hasta que encontró tres en las que se veía la meseta en ángulo. Trabajando rápidamente, amplió las imágenes y eligió la mejor. Tenía una resolución excelente; se apreciaban detalles de hasta quince centímetros. Todas las fotos se habían tomado hacía solo una hora.

—Cuatro pisos subterráneos —anunció Tucker—. Esto responde a una de las preguntas. Lástima que los cristales sean oscuros. No hay manera de ver el interior.

—Ahora se entiende. Apuesto a que la biblioteca está allí abajo en alguna parte. Sería lo óptimo para evitar la luz del sol y controlar la humedad, la temperatura, etcétera.

Ya habían visto guardias armados de patrulla en *jeeps* (treinta hombres, dos en cada vehículo) por las pistas de tierra que recorrían la isla y que daban acceso a sus zonas más remotas. Judd se centró en una de las parejas.

—Fusiles de asalto M4. No se andan con bromas. ¿Reconoces a alguien, Tucker? —le preguntó, mostrándole una foto tras otra.

—No; son todos desconocidos —dijo Tucker—. Mira alguna de las playas. Vamos a ver qué otras medidas de seguridad tiene la isla.

Judd picó en una foto y la fue ampliando cada vez más.

—Ahí están tus cámaras de seguridad, Tucker. Y mira: detectores con sensor de movimiento y de calor.

—Estupendo.

—Hemos visto ardillas y aves. ¿No dispararían las alarmas de los detectores? —preguntó Eva.

—El sistema se puede programar para que no se active con la fauna silvestre —explicó Judd.

Analizaron las demás playas y los acantilados que rodeaban la isla, y encontraron por todas partes la misma protección estricta.

—Es una fortaleza —dijo Eva con voz de desánimo.

Judd se centró en el muelle, donde estaba atracado un carguero. Había hombres que transportaban cajas al barco.

—Están cargando algo —dijo Eva, mirando atentamente—. Me pregunto qué significa esto.

—¿Habéis visto perros guardianes, alguno de los dos? —preguntó Judd, mientras se acomodaba en su silla, quitándose de la mente el dolor de la herida de bala que tenía en el costado.

Ambos negaron con la cabeza.

—Ya es algo. De acuerdo; vamos a centrarnos en el acantilado que está por debajo del complejo.

Estudiaron las fotos.

—Muy empinado —dijo Tucker—. Yo diría que tiene al menos ciento cincuenta metros de altura. Si intentásemos escalarlo, sería imposible esquivar las cámaras y los detectores.

—Tienes razón. Vamos a comprobar la parte superior de la meseta.

Judd amplió más fotos en las que se apreciaba la piscina, una zona de merendero y una antena parabólica. Un jardinero regaba las plantas de un patio exterior, y una mujer disponía cubos de pelotas en las pistas de tenis. Dos pistas de tierra que procedían del este y del oeste convergían al norte del complejo y se convertían en una carretera de hormigón de dos carriles que transcurría hacia el sur, pasaba junto a la antena parabólica y descendía bajo el flanco este de la casa principal. Allí, en la extensión llana contigua a la casa, había una montaña de cajas y de cajones. Unos hombres las cargaban en un camión. Judd siguió la carretera hacia el este y vio que no solo se desviaba hacia el norte, sino también hacia el sur, hasta el muelle.

—Esto no me gusta —murmuró. Seleccionó fotos del exterior de los edificios.

—No hay monitores —dijo Tucker—. Debieron de figurarse que nadie que representara una amenaza iba a poder acercarse tanto. Céntrate en las ventanas de la planta baja de la casa grande.

Judd así lo hizo. Los ventanales rodeaban toda la planta baja del edificio, para ofrecer las vistas del mar. Altos paneles de vidrio estaban abiertos al aire. Vieron en el interior de la sala principal a dos mujeres maduras con faldas y blusas blancas, que llevaban bebidas en bandejas.

—No hay indicios de Preston —dijo Judd—. Ni tampoco de Yitzhak ni de Roberto.

Advirtió entonces que había más cajas apiladas contra la parte trasera del edificio.

Amplió las fotos, centrándose en las cajas. El montón era tan alto y tan ancho que parecía una pared. Junto a las cajas, esperaban muebles cubiertos con sábanas.

Tucker se acercó a la imagen.

—Dios mío, están recogiendo las cosas para mudarse. Mierda.

—Puede que mañana ya se hayan marchado —asintió Judd—. Podríamos perder la Biblioteca de Oro.

En la habitación se hizo un silencio inquieto.

—Esto no va a ser fácil —observó Eva—. Hay muchos más guardias de los que nos dijo Robin. Solo en los *jeeps* hemos visto a treinta.

—Dijo que esta noche era el banquete anual —le recordó Judd—. Esperaba que habría más seguridad; pero tienes razón: esto se vuelve cada vez más peligroso. Puede que tengan a Yitzhak y a Roberto de rehenes, de modo que tenemos que salvarlos, además de descubrir quién está detrás del asesinato de mi padre y qué relación tiene con el terrorismo la Biblioteca de Oro. Sea cual sea, mi padre debía de considerarla inminente. Y ahora tenemos la presión adicional de que están trasladando la biblioteca. Si no entramos pronto, puede que no volvamos a encontrarla nunca.

—¿Podemos pedir ayuda a Catapult? —preguntó Eva a Tucker—. ¿Y a Langley?

El maestro espía tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—En vista de que es probable que Hudson Canon esté trabajando para el otro bando, no nos interesa que descubra dónde estamos ni lo que hacemos. Es más seguro no contárselo a nadie. Pero tengo una solución parcial. En la bahía de Souda, en Creta, hay una pequeña base naval estadounidense. No está lejos de la isla. Si ahora no tenemos desplegado allí ningún equipo de operaciones especiales, Gloria podría escabullirse de Hudson lo suficiente para mover un poco los hilos para que envíen un par de ellos para una misión corta.

—Me gusta la idea —asintió Judd—. Un poco de ayuda nos vendrá bien.

Tucker sacó su móvil, lo encendió y marcó.

—Gloria no responde —les dijo. Después, hablando al teléfono—: Soy Tucker. Llámame en cuanto recibas el mensaje.

Judd consultó su reloj y frunció el ceño.

—Gloria sabe que la operación está caliente —dijo—. ¿No debería responder pase lo que pase? En nombre del cielo…, debe de estar en su casa, en la cama. Allí es plena noche. La llamada debería haberla despertado.

—No, si ha desactivado el móvil —le recordó Tucker—. Voy a ver mi correo electrónico.

También Judd consultó el correo electrónico en su móvil. Después, comprobó los mensajes de voz.

—Nada.

—Echa una mirada a esto —dijo Tucker con seriedad, volviendo la pantalla hacia Judd y Eva.

Canon os persigue. He hablado con Debi, que me ha dicho que ha puesto a la NSA a seguir tu móvil y el de Judd. Te envío esto desde una BlackBerry nueva. Sin codificación. Voy a tirarlo. Estás solo. ¡Quitaos de encima esos móviles! Lo siento.

La consternación llenó el cuarto.

—Tenemos que largarnos de aquí —dijo Judd, poniéndose de pie de un salto.

Eva abrió la bolsa de viaje y echó algunas cosas dentro.

—Ahora vuelvo con mis cosas —dijo Tucker, y salió corriendo por la puerta.

A los pocos minutos habían preparado el equipaje. Cuando Judd abrió la ventana y se asomó para mirar hacia abajo, Tucker se asomó por la puerta.

—Dame tu móvil —dijo.

Judd se lo arrojó.

—¿Qué vas a…? —empezó a decirle.

Pero Tucker ya había desaparecido.

Judd cerró la cremallera de la bolsa de viaje.

—Iré yo primero —dijo.

Se echó la bolsa al hombro y salió a la repisa de la ventana. Silbaba un viento cálido. Estaban a cinco pisos por encima de una entrada de vehículos que parecía un callejón estrecho. Al otro lado había otro hotel, de ladrillo y tan alto como el de ellos. La luz del sol se filtraba entre los dos, dejando en sombras la mitad de la entrada de vehículos.

—Vamos, Eva —dijo Judd. Metió una mano por la ventana y sintió que ella se la asía con fuerza.

Eva salió gateando con precaución a la cornisa, junto a Judd, con el bolso en bandolera a la espalda. Miró a un lado y otro.

—Gracias a Dios que hay una escalera de incendios —dijo—. Después de lo de Londres, puedo decir que tengo experiencia.

—Aquí estoy —anunció Tucker desde dentro, por detrás de las piernas de los dos.

Se apartaron, y él se izó a la cornisa.

—Mi habitación da a la parte trasera del hotel —dijo—, y había en la calle un autobús con equipajes en la baca, preparado para marcharse. Era una oportunidad que no se podía desaprovechar. Tiré encima los móviles. Ahora tendrán que seguir un blanco móvil. Es probable que Canon tenga a la NSA haciendo un seguimiento constante de nuestros móviles.

—Así podríamos ganar algo de tiempo —asintió Judd.

Judd apoyó un pie en el peldaño de metal y empezó a bajar. Sintió cómo temblaba la escalera de incendios cuando subió a ella Eva, y después Tucker. Miró atrás para cerciorarse de que iban bien.

—Entonces, ¿cómo vamos a llegar a la isla? —preguntó Eva.

—¿Sabes saltar en paracaídas? —replicó Tucker.

—¿Quién, yo?

—Me figuraba que no. La manera más segura es llegar de noche, con paracaídas negros y equipo. En esta ciudad tengo un antiguo colega que pude ayudarme con ello. Espero que el banquete de la Biblioteca de Oro sea una buena distracción que sirva para cubrirnos, pues parece que vamos a arrojarnos a la boca del lobo sin poder contar con ningún apoyo.

Judd sintió un escalofrío.

—No podemos llevarte con nosotros —dijo a Eva—. No estás entrenada. Es demasiado peligroso, maldita sea.

—No vais a dejarme atrás —dijo ella con un fulgor en los ojos—. Saltaré en paracaídas con uno de vosotros. Mis conocimientos acerca de la biblioteca os pueden hacer falta.

Tucker tomó una decisión.

—Tiene razón —dijo—. Esto es demasiado importante como para echarlo a perder.

A Judd no le gustó. Mientras llegaba al tercer piso, lo inundó una oleada de preocupación. Después, se quedó inmóvil. Los dos hombres que acompañaban a Preston en el metro llegaban caminando desde la parte trasera del edificio, volviendo la cabeza a un lado y otro, escuchando lo que les decían por teléfonos móviles que se sujetaban contra el oído con la mano. Cada uno tenía la otra mano en el interior de la chaqueta. Todavía no habían levantado la vista.

—Mierda —murmuró Eva detrás de Judd.

Judd sacudió el cuerpo para soltarse los músculos. Se oyó el sonido de un motor potente, y un autobús turístico grande, blanco y gris, entró en el paso de vehículos, detrás de los hombres, dirigiéndose despacio hacia la calle. Sonó un breve bocinazo que hizo que la pareja de asesinos se retiraran aprisa hacia un lado (hacia el lado del hotel de ellos) para dejar paso al autobús. Estaban a menos de diez metros.

Judd susurró por encima del hombro:

—Vamos a reunirnos con nuestros móviles.

Tucker suspiró y asintió con la cabeza. Eva lo miró fijamente, y asintió brevemente también. Judd siguió bajando con todo el silencio que podía, mientras se acercaba el autobús.

Pero, entonces, crujió tras él la escalera de incendios. Los hombres de Preston, al oír el ruido, levantaron la vista simultáneamente. Les aparecieron las pistolas en las

manos cuando el autobús turístico rodaba bajo la escalera de incendios.

—¡Vamos!

Judd saltó y aterrizó pesadamente sobre dos maletas planas de lona.

Eva y Tucker cayeron cerca de la trasera del autobús. Todos ellos se refugiaron entre los montones de equipaje. Unos gritos siguieron al autobús mientras este doblaba para salir a la calle.

—¿Estáis bien? —preguntó Judd inmediatamente.

Los otros asintieron con la cabeza y se volvieron, observando el hotel. Preston salió corriendo por la puerta principal e hizo una señal. Una furgoneta se detuvo ante la acera con chirrido de frenos, y Preston subió de un salto. El pesado autobús no era ningún coche de carreras, y Preston no tardaría en alcanzarlo.

—¿Es ese quien yo creo? —preguntó Tucker, que había estado mirando los pantalones vaqueros y la chaqueta negra.

—El mismo —dijo Judd—. El gilipollas de Preston.

—Ay, maldita sea —dijo Eva—. ¿Qué hacemos ahora?

—Improvisar. Vamos —dijo Judd, arrastrándose rápidamente hacia el lado del autobús que daba a la acera.

El aire estaba lleno de los ruidos del tráfico. Iban cuesta abajo, pasando por la *platia* Exarchia. A lo largo de la avenida había restaurantes, hoteles y edificios de oficinas. Ellos lo veían todo desde su punto de vista elevado.

—Conozco esta zona —dijo Eva, que miraba hacia delante—. ¿Veis aquel edificio grande de la manzana siguiente? Allí es donde nos interesa ir. Es un aparcamiento.

Miraron atrás. Entre la furgoneta de Preston y ellos ya solo había un coche.

—¿Sabéis una cosa? Esto ya me tiene harto —concluyó Tucker—. Ocupaos vosotros del aparcamiento. Yo me encargo de Preston. Os alcanzaré después.

Sacó la Browning.

—¿Estás seguro? —le preguntó Judd.

—No soy tan mayor, Judson.

El autobús siguió avanzando despacio. Cuando se aproximaron al aparcamiento, Tucker se incorporó lo suficiente como para resultar visible desde la furgoneta. Asomándose por encima de los equipajes, Judd vio que la furgoneta pasaba al carril contiguo para estar más cerca de Tucker.

—Pero sí que es mayor —dijo Eva, preocupada.

—Con que solo sea verdad la décima parte de lo que he oído contar de él, podrá arreglárselas de sobra.

Mientras Tucker apuntaba con su pistola, ellos se volvieron para atender de nuevo al aparcamiento. Estaban a solo un edificio de distancia. Asiéndose de los raíles del borde de la baca, se deslizaron por el costado del autobús, con las piernas colgando

por el aire, se dejaron caer y se tambalearon sobre el suelo. Al mismo tiempo se oyó un tiroteo desde la parte superior del autobús y desde la furgoneta, al otro lado. El autobús dio un bandazo. Judd vio brevemente las caras de los pasajeros, primero atónitos al verlos a Eva y a él y que después, horrorizados, volvieron todos la vista hacia el otro lado del autobús al oír los disparos.

Judd sacó la Beretta y corrió hacia el lado del conductor de un coche que acababa de entrar en el aparcamiento.

—Deme las llaves —exigió al conductor cuando este salió del coche.

El conductor estaba pálido. Abrió el puño, y las llaves empezaron a deslizársele.

Judd se apoderó de ellas, y Eva subió al asiento del pasajero. Judd oyó el fuerte estrépito del choque de un vehículo y vio de reojo que la furgoneta de Preston había chocado contra un coche que venía en sentido opuesto. Tucker se deslizó por la parte trasera del autobús; cayó al suelo, subió a la acera y corrió hacia ellos. Mostraba una sonrisa siniestra en la cara arrugada.

Judd abrió la puerta trasera del coche y se puso después al volante. Encendió el motor. Tucker, jadeante, se dejó caer en el asiento trasero y cerró la puerta de un portazo.

—¿Has acabado con Preston? —le preguntó Judd.

—No lo sé —gruñó Tucker—. Pero esa furgoneta lleva en el techo tantos agujeros que parece un buen queso suizo.

—Sigue al frente —indicó Eva—. Este aparcamiento tiene salida a la otra calle. No nos encontrarán nunca.

«Hasta la próxima vez», pensó Judd; pero no dijo nada. Pisó el acelerador.

CAPÍTULO

64

Isla de Pericles

A las cuatro de la tarde, los ocho miembros del club de bibliófilos volaban hacia la isla de Pericles en un cómodo helicóptero Bell. Aunque los rotores hacían mucho ruido y la aeronave vibraba, Martin Chapman se estaba divirtiendo. Antes de despegar, había hablado con Syed Ullah y este le había dado un informe positivo. La noticia del éxito de la misión del señor de la guerra en Jost debería llegarle durante el banquete.

Mientras el helicóptero trazaba círculos, Chapman veía desde el aire las verdes colinas cubiertas de tomillo, las esbeltas palmeras y los olivos, las plantas autóctonas. Sobre las colinas se extendían hectáreas de hermosos naranjos y limoneros. Por el final de las quebradas caían cascadas relucientes. Sonreía para sus adentros contemplando las playas de guijarros blancos, las calas desiertas y los acantilados espectaculares, disfrutando del hecho de que aquel paraíso secreto había sido solo suyo y de unos pocos más.

La aeronave voló a baja altura sobre la playa del sur, pasando ante el muelle donde se estaba cargando el barco, y subió después por el valle hacia la meseta, que estaba a menor altura que las colinas circundantes. Sobre la meseta se levantaba el complejo de la Biblioteca de Oro, que se había construido medio siglo atrás. Inmediatamente por debajo de la meseta había cuatro largos pisos cerrados con cristales oscuros, abiertos en la ladera empinada, casi invisibles desde el aire y difíciles de detectar desde la playa. La mayor parte de lo que pasaba en el complejo tenía lugar por debajo de la superficie.

La aeronave aterrizó en el helipuerto, y Chapman bajó a tierra, seguido de los demás miembros del club de bibliófilos. Se alejaron rápidamente, bajando la cabeza y los hombros para evitar las aspas giratorias del aparato. Al mismo tiempo, Preston dio una señal, y corrieron hacia el helicóptero el mismo número de guardaespaldas. Cada uno de ellos tomó la bolsa y el maletín de uno de los miembros.

En el aire salado por el mar flotaba la expectación mientras los ocho hombres caminaban hacia los edificios, seguidos por Preston y los guardias.

—Qué desilusión que esta noche no vayamos a tener bibliotecario, maldita sea —dijo Brian Collum mientras se ajustaba las gafas de sol.

—Es una verdadera pena que no vayamos a tener torneo —coincidió Petr Klok—. Lo echaré mucho en falta. Me había pasado dos días preparándolo con los traductores.

—Prepara otra cosa, Marty —le ordenó Maurice Dresser, el miembro más antiguo. El autoritario magnate canadiense del petróleo se adelantó; el fuerte sol le daba un color rosado a la piel del cráneo, por debajo del pelo blanco ralo—. Te lo encargo.

Los otros miraron a Martin Chapman de buen humor. Pero ahora que se había eliminado a Charles Sherback y a Robin Miller (sus únicos bibliotecarios), el torneo no podría celebrarse de ningún modo.

—Sí, Marty. Es tu problema —dijo Reinhardt Gruen, aparentando seriedad.

—Desde luego —dijo Martin Chapman, siguiendo la broma. Entonces, se le ocurrió una idea—. Para mí no hay nada imposible. Por eso me elegisteis director.

—Necesito tomarme una copa… y quiero ver el menú para empezar a hacer jugos gástricos —dijo Dresser, volviendo la cabeza—. ¿Quién se echa un tenis después?

Entraron en el complejo cubierto de césped, con sus hileras de rosales. Los tres sencillos edificios blancos, con sus columnas dóricas, bañados de la luz del sol, se alzaban como homenajes griegos al pasado. El agua brillaba en la piscina de dimensiones olímpicas. La pista de tenis estaba desocupada, pero saltaba a la vista que no sería por mucho tiempo. Por detrás del complejo se elevaba una enorme antena parabólica, vínculo de la isla con el mundo exterior. En tiempos, sobre la meseta y las colinas circundantes se había extendido un pueblo, cuya fuente de ingresos principal habían sido unas minas de sal de buena calidad. Pero las minas se habían agotado, y ahora los únicos habitantes de la isla, aparte del personal regular, eran los roedores y las gaviotas, flamencos y otras aves.

—Voy a echar de menos este lugar, maldita sea —dijo Collum.

—Lo mismo nos pasa a todos —asintió Grandon Holmes—. Es una pena tener que trasladar la biblioteca. Pero, por otra parte, siempre me han gustado los Alpes.

—Ya sabíamos que tenía que llegar este día —les recordó Chapman.

Pasaron en silencio ante dos casitas. En una había vivido Charles Sherback; la otra era la de Preston. Entraron en el gran edificio principal, que rodeaba un estanque con palmeras que le daban sombra. Chapman hizo una pausa para disfrutar de aquella imagen por última vez. Todo estaba como había estado en su última visita: decorado con muebles griegos; las paredes cubiertas de cuadros procedentes de toda Europa, dignos de museos. Las arañas de cristal veneciano arrojaban destellos, colgadas del techo con cadenas de hierro forjado. Había aquí y allá antiguas esculturas y jarrones griegos, sobre el suelo de mármol del monte Penteli, próximo a Atenas. En la pared del fondo del largo salón había una chimenea del mismo mármol, lo bastante grande como para poder entrar en ella varias personas. El aire estaba fresco, gracias al

sistema gigante subterráneo de climatización. Había hombres que trasladaban muebles de otras habitaciones hacia el ascensor y los bajaban para que fueran recogidos después con camiones, que los trasladarían al barco carguero.

Las habitaciones de invitados estaban en aquella misma planta, en tres de las alas que rodeaban el estanque. Los miembros del club de bibliófilos se dividieron en dos grupos, cada uno de los cuales se dirigió a una u otra de las alas, a sus respectivas habitaciones habituales.

Chapman entró en su *suite*, seguido por su guardaespaldas, que se mantenía a la distancia prudencial de algo menos de dos metros.

—Eres nuevo —dijo Chapman volviéndose a mirar al hombre, que tenía la cara bronceada y al que no había reconocido.

—Sí, señor. Usted es Martin Chapman. Leí en el *Vanity Fair* un artículo que hablaba de usted, sobre la gran operación para comprar Sheffield-Riggs. La financiación fue una obra de arte. Me llamo Harold Kardasian. Preston me ha traído esta mañana de Mallorca, con otros dos.

Mallorca era bien conocida como lugar de residencia de mercenarios independientes acomodados. El guardia era robusto; por su manera de moverse se apreciaba claramente que era un atleta; tenía una cabellera castaña espesa con algo de gris en las sienes. Llevaba una pistola al cinto. Chapman supuso que tendría poco más de cincuenta años, y tenía una cierta clase: rasgos refinados, porte erguido, respeto sin caer en el servilismo. A Chapman le gustaba aquello.

—¿Estás contratado a corto plazo? —le preguntó.

—Solo he venido para los dos días que estará usted aquí. Había oído hablar de Preston durante años, de modo que me apunté sin dudarlo para poder trabajar con él. No sabía que tendría también el privilegio de trabajar a su servicio, señor Chapman.

Preston apareció en la puerta.

—Yo me ocupo de eso —dijo. Mientras Kardasian salía, dejó la maleta en el soporte y el maletín sobre el escritorio.

Chapman se acercó a la ventana. Miró al exterior, asimilando el panorama del cielo, de la isla tallada por los vientos y del mar de un azul increíble. Cuando Preston le entregó el menú, recorrió con la mirada el banquete de siete platos.

—Excelente —dijo—. ¿Lo has dispuesto todo para volar los edificios en cuanto nos hayamos marchado?

—Sí. Calculo que mañana por la tarde. Cuando hayamos terminado, habrá desaparecido cualquier prueba de que hayamos estado aquí nunca nosotros o la biblioteca.

Chapman asintió con la cabeza.

—¿Algún problema en la isla?

—Ninguno. Han llegado los cocineros y la comida. Llevan todo el día en la

cocina. Algún altercado sonoro, pero sin peleas graves hasta el momento… Puede que este año me libre. Se ha sacado brillo a la plata. Se han pulido las copas de cristal. El vino está de pie. La biblioteca está más hermosa que nunca. He llamado a más hombres de seguridad de los habituales. Son cincuenta en total. Todos están orientados y conocen sus misiones.

—Bien. Envía a los traductores a mi despacho y diles que me esperen allí. Tengo que hablar con ellos después de hacer unas llamadas telefónicas.

Se volvió a mirar a Preston, y advirtió que este tenía un leve surco rojo que le bajaba por la mejilla.

—¿Alguna noticia sobre Judd Ryder y Eva Blake?

—Estuve a punto de alcanzarlos en Atenas otra vez. La cosa estuvo muy apurada.

—¿Es eso lo que te pasó en la cara? —preguntó Chapman, señalándosela.

Preston se llevó la mano a la mejilla e hizo una mueca.

—La cosa estuvo muy apurada, ya le digo. Ahora ya sé por qué no podíamos encontrar a Tucker Andersen: está con ellos. Hudson Canon se enteró de que han estado buscando la isla, conociendo nuestras coordenadas.

—¡Dios santo! Entonces, debemos contar con que vengan aquí.

Chapman reflexionó un momento.

—Por otra parte —prosiguió—, uno es un simple aficionado, y el otro ya no es el que era. Tú tienes cincuenta hombres, muy bien entrenados para el trabajo de la seguridad. Al fin y al cabo, ocuparnos de ellos en la isla puede ser nuestra mejor solución. Desaparecerán sin más, y en Langley no sabrán nunca lo que les pasó, ni dónde.

CAPÍTULO

65

Langley, Virginia

A las nueve de la mañana, el legendario séptimo piso del antiguo cuartel general de la CIA era un hervidero de actividad. Tras las puertas cerradas se encontraban los despachos del director de Inteligencia Central y de los otros altos ejecutivos del espionaje, además de salas de conferencia y centros especiales de operaciones y de apoyo. Gloria Feit avanzaba aprisa por el pasillo, cruzándose con miembros del personal que llevaban maletines, portapapeles de plástico y carpetas de diversos colores codificados. El aire transmitía una sensación de premura. A ella le solía resultar emocionante estar allí; pero en aquel momento tenía puesta la mente en operaciones fracasadas… y en sus costes.

Hudson Canon le había dicho que se pasara la noche pensando en Tucker Andersen y en la Biblioteca de Oro; pero ella habría pensado en ello aunque no se lo hubiera pedido. Había dado vueltas en la cama y se había paseado por la habitación hasta el amanecer.

Preocupada, pasó al antedespacho de Matthew Kelley, jefe del Servicio Clandestino.

Su secretaria levantó la vista desde su escritorio.

—La está esperando.

Gloria dio un golpecito en la puerta, y le respondió una voz fuerte:

—Adelante.

Cuando entró en el amplio despacho de Matt, lleno de libros, fotos de familia y certificados enmarcados de galardones de la CIA, Matt, que estaba tras su amplio escritorio, se puso de pie, sonriendo. Era un hombre alto, de cara cálida, surcada de arrugas, que en sus tiempos había tenido el aspecto del perfecto espía, insignificante, vulgar, casi invisible. Ahora que tenía un cargo un poco más público, podía exhibir su buen gusto. Aquel día llevaba un bonito traje cortado a medida y una camisa blanca con gemelos. Con su rostro anguloso y aquel atisbo suyo de predador en el que había confiado en sus tiempos, parecía sacado de un figurín de moda de una revista para hombres.

Se dieron la mano.

—Me alegro de verte, Gloria. Cuánto tiempo. ¿Cómo está Ted?

A una indicación de él, se sentaron ante la mesa de café que estaba al fondo del despacho. Él eligió un sillón de cuero, y ella se instaló en el sofá.

Intercambiaron noticias de sus familias respectivas durante unos momentos, hasta que Matt fue al grano.

—Te ha surgido algo. ¿De qué se trata?

—¿Cerraste la operación de la Biblioteca de Oro? —le preguntó ella.

—Sí. A Tucker se le había metido una idea entre ceja y ceja, nada más.

—¿Te habría consultado Hudson sobre la decisión en circunstancias normales?

—Claro que no. Pero era un proyecto en el que Cathy había estado muy interesada, y Hudson quiso asegurarse de que yo estaba conforme. ¿A dónde quieres ir a parar? —le preguntó, frunciendo el ceño.

—¿Qué dirías si te dijera que empiezo a creer que el accidente de coche de Cathy no fue tal accidente?

Matt se puso tenso.

—Ponme al corriente.

Gloria pasó la media hora siguiente contando los hechos que conocía o que había descubierto aquella misma mañana repasando los correos electrónicos y las notas de Tucker y de Cathy.

—Después de que Tucker saliera de Catapult, recibí una llamada suya. Acababa de atrapar a un *limpiador* en el mercado de Capitol City. Yo fui a recoger al *limpiador*, y mientras tanto Tucker se marchó para reunirse con Ryder y Blake en Atenas.

—Crees que Hudson avisó a alguien. Y que por eso estaba allí el *limpiador*, para eliminar a Tucker.

—Sí.

Matt se lo pensó.

—Las pruebas contra Hudson son endebles, en el mejor de los casos. Los *limpiadores* podrían haber estado esperando a Tucker varios días delante de Catapult, turnándose, hasta que apareció.

—Pero ¿cómo encontraron los del club de bibliófilos a Ryder y a Blake en Estambul? Tucker creía que la única explicación era que se lo hubiera dicho alguien desde dentro de Catapult. La única persona que lo sabía era Hudson Canon.

—Eso condena a Hudson…, pero solo si Tucker no se equivoca —dijo Matt, y cambió de tema—. Has hecho una cosa tremenda, Gloria. Dios mío. Meter al *limpiador* en el sótano, por tu cuenta y riesgo…

Gloria alzó la cabeza.

—Tenemos un topo dentro de Catapult. Es preciso proteger la operación. El tipo está bien. Le tengo esposadas las manos y las piernas a un sillón pesado. Come caliente tres veces al día, más que gran parte de la población mundial.

—No has cambiado para nada, a pesar de haber estado haciendo trabajo de oficina —dijo Matt, y suspiró—. Está bien; quiero al *limpiador*.

Tomó el teléfono que estaba en la mesa de café, y echó después una mirada a Gloria.

—Voy a tener que decírselo a Hudson —dijo—. Todavía es posible que sea inocente.

A ella se le hizo un nudo en la garganta.

—«Pruebas endebles» —dijo—. Lo entiendo.

Matt marcó.

—Hola, Hudson. Soy Matt. Tengo aquí a Gloria, conmigo, en mi despacho. Me dice que tiene una fuente de dos piernas, puesta a buen recaudo en el sótano de Catapult.

Se apartó el teléfono del oído, y Gloria oyó un torrente de imprecaciones sonoras. Después, Matt siguió diciendo:

—Ya nos ocuparemos más tarde de tomar las medidas disciplinarias oportunas contra ella. El hombre es un *limpiador*. Su objetivo era Tucker. Tenemos que interrogarlo. Haz que dos de tus hombres lo traigan a Langley. Quiero que venga aquí inmediatamente.

—Dile que tengo en mi escritorio las llaves del sótano —dijo Gloria.

Matt suspiró, y dijo por el teléfono:

—Las llaves están en el escritorio de Gloria. Tenemos que hablar. Quiero que vengas con ellos. Estaré en mi despacho.

—Tenemos que ayudar a Tucker —dijo Gloria en cuanto Matt hubo colgado el teléfono—. He consultado con el centro de comunicaciones de Catapult, y me he enterado de que Blake, Ryder y él habían estado investigando una isla privada del Egeo. Yo me figuro que allí es donde se esconde la Biblioteca de Oro, lo que significa que se dirigirán allí de aquí a poco tiempo. Puede que ya estén de camino. A juzgar por todas las muertes que se han producido hasta aquí, va a ser una penetración muy peligrosa. Pero nosotros tenemos una base naval en Creta. Podríamos enviar desde allí equipos de operaciones especiales en helicóptero.

Gloria consultó su reloj. En Grecia eran casi las seis de la tarde.

Pero Matt no estaba dispuesto a dejarse meter prisa.

—Puede que tengas razón. Pero lo primero es lo primero: Hudson y el *limpiador*. Si el topo es Hudson, debe de tener un contacto. El contacto podría tener toda la información que necesitamos. Míralo de este modo. Puede que Tucker no esté pensando en ir a la isla. Puede que se equivoque de isla, o que haya pasado algo que le haya hecho cambiar de opinión de alguna manera. ¿Tienes algún modo de ponerte en contacto con él?

Ella negó con la cabeza con inquietud.

—Espero que el *limpiador*, o Hudson, sepan más que yo —dijo—. En caso contrario, a menos que Tucker opte por correr el riesgo de llamarme por teléfono o enviarme un correo electrónico, los otros y él están en la estacada.

—Lo lamento. Pero yo no pienso invadir una isla privada en territorio griego a menos que tenga algo concreto en que apoyarme. Lo último que le hace falta a Langley es un incidente internacional. Tendremos que confiar en el buen sentido de Tucker… y en su suerte.

Washington, D. C.

Hudson Canon apenas era capaz de respirar. Se apartó de su escritorio, se inclinó hacia delante y clavó el puño en la palma de la otra mano. Apretando los dientes, echó la cabeza hacia atrás y siguió dándose puñetazos en la mano. Por fin, el miedo se le fue aliviando. Irguiéndose en su asiento, respiró hondo, a largas bocanadas.

Después, llamó por teléfono a Reinhardt Gruen.

—Tenemos un problema —le dijo. Le contó la llamada que había recibido de Matt Kelley, desde Langley—. ¿Qué sabe su *limpiador*? —preguntó. Después, en tono más apremiante—: ¿Sabe algo de mí?

Hubo una larga pausa. Oyó con alivio que Gruen le respondía con tono tranquilizador de calma.

—No es el fin del mundo, amigo mío —le dijo el alemán—. Al asesino a sueldo se le contrató de manera anónima. No tiene ningún modo de localizarnos, ni a nosotros ni a usted. Haga lo que le dice su jefe. Vaya con el *limpiador* y con sus agentes a Langley, y compórtese como el gran jefe de espías que es. Está a salvo.

Isla de Pericles

Reinhardt Gruen, enfurecido por el modo chapucero en que se había llevado la situación en Washington, extendió bruscamente la mano en la que tenía el teléfono móvil. El asistente de la isla de Pericles se lo retiró al instante y lo sustituyó por una gruesa toalla. Gruen, secándose, se apartó de la piscina.

—¿Ya te rindes? —dijo a su espalda Brian Collum, desafiante—. Una carrera más. ¿Qué me dices, Reinhardt? Vamos, hombre. ¡Vamos!

«Malditos americanos», murmuró Gruen entre dientes.

—No os quitéis los bañadores. Volveré.

Encontró a Martin Chapman sentado tras su escritorio, en su despacho, rodeado de esculturas clásicas de mármol que había reunido en Grecia, dispuestas sobre pedestales. Ante él estaban alineados los cuatro traductores de la biblioteca, dos

hombres y dos mujeres, vestidos de esmoquin para ayudar a servir en el banquete. Todos ellos eran eruditos encanecidos, y tenían los hombros hundidos, como las personas que se han pasado muchas horas leyendo libros. Sus conocimientos eran fundamentales para que el club de bibliófilos pudiera hacer uso de la biblioteca y disfrutarla; y, por tanto, se trataba a cada uno de ellos con cierto grado de deferencia. Tanto más a los bibliotecarios…, salvo cuando se llegaba a dudar de su lealtad.

Gruen adoptó una sonrisa.

—Ya veo que estás intrigando con nuestros grandes traductores, Martin. ¿No habrás terminado ya, por casualidad? Quisiera tener unas palabras contigo.

Chapman puso sobre su escritorio dos hojas de papel, que cubrió después con la mano con ademán posesivo.

—Sí; acaban de hacerme un trabajo, y me han dado una buena información. Los registros de la biblioteca ya están en el barco. En cuanto haya terminado el banquete, harán su equipaje personal. Estarán preparados para partir al amanecer.

—Bien, bien.

Gruen se apartó para dejar salir a los traductores. Cuando se hubo cerrado la puerta, puso cara de disgusto.

—Acabo de recibir una llamada de Hudson Canon, en Washington —dijo, dejándose caer en un sillón de cuero—. El *limpiador* que envió Preston está preso en Catapult, y pronto irá camino de Langley. Han ordenado a Canon que vaya con él. Yo lo he tranquilizado y le he dicho que no corría peligro. ¿Cuál es la verdad?

Chapman torció el gesto.

—El *limpiador* sabe que lo contrató Preston. ¡Por todos los demonios! ¿Cuándo va a terminar todo esto? —exclamó, pasándose los dedos por el pelo—. Si Andersen, Ryder y Blake consiguen llegar a la isla, nos ocuparemos de ellos. Pero no podemos permitir que lleguen a Langley ni el *limpiador*, ni Canon.

Tomó de un tirón el teléfono de su escritorio, y marcó unos números.

—Preston, te necesito. ¡Ya!

Washington, D. C.

El tráfico de la mañana era denso cuando Michael Hawthorne, al volante de la única furgoneta blindada de Catapult, salía de la ciudad y llegaba al puente que atravesaba el río Potomac. Hudson Canon iba sentado a su lado, cruzado de brazos, esforzándose por dominarse los nervios mientras pensaba lo que diría a Matt. En el asiento trasero iba el *limpiador*, esposado, y junto a él montaba guardia Brandon Ohr con un fusil de asalto. Los dos jóvenes oficiales encubiertos se habían alegrado de poder dejar sus mesas de despacho en Catapult, aunque solo fuera para una misión tan pequeña como aquella.

—He oído decir que Debi tiene un novio nuevo —iba diciendo Michael.

—¿Te ha echado alguna vez esa mirada asesina suya? —preguntó Brandon—. Dios, qué huevos tiene esa mujer.

—Estoy de acuerdo. Cómo me pone…

Michael calló de pronto.

—¿Ves lo que yo veo? —preguntó, mirando por el retrovisor.

—Lo he estado observando. Un Volvo negro, pesado como un tanque. Acaba de alcanzarnos. Apártate.

Ohr hablaba con el tono neutro habitual del espía profesional cuando afronta un posible problema.

Canon volvió la cabeza y miró por el parabrisas posterior. Tenía el Volvo a sus espaldas; su parachoques estaba a solo diez metros de distancia. Por un lado les venía tráfico rápido en sentido opuesto, y al otro iba quedando atrás velozmente el guardarraíl; más abajo, el río Potomac, de rápida corriente.

Hawthorne, sin poner el intermitente, dio un rápido tirón al volante, apartando la camioneta a la seguridad del carril interior.

Pero, de pronto, una bocina sonora dio un largo pitido. Se les venía encima un enorme camión que se disponía a adelantar; su gran cabina se cernía muy alta por encima de ellos. Hawthorne aceleró al instante, metiendo su furgoneta en el espacio vacío que tenían por delante, alcanzando a la camioneta que había entrado en el puente por delante de ellos. Canon comprendió que, si podían sobrepasarla, Hawthorne podría pasar con la furgoneta al carril interior y dejar atrás al gran camión.

Pero casi al instante se encendieron unas luces de freno rojas, y no se volvieron a apagar. La camioneta perdía velocidad. Y el camión seguía adelante, mientras continuaban teniendo a su espalda el Volvo.

Mientras Ohr bajó su ventanilla y alzó el fusil de asalto, Canon bramó a Hawthorne:

—Nos tienen atrapados. ¡Haz lo que sea, pero sácanos de aquí!

Antes de que Hawthorne hubiera tenido tiempo de responder, la gran cabina del camión golpeó el costado de la furgoneta. El vehículo se ladeó. Canon salió despedido contra su cinturón de seguridad, y cayó después pesadamente sobre el duro asiento. Ohr, asiéndose del borde de la ventanilla con una mano, disparó una larga ráfaga con el fusil de asalto, perforando la puerta del pasajero de la alta cabina del camión. Inmediatamente después, Hawthorne pisó a fondo el acelerador y embistió la parte trasera de la camioneta.

Demasiado tarde. La cabina volvió a chocar contra su furgoneta, y siguió empujándolos. Hawthorne braceó contra el volante, intentando empujar a su vez. Pero la camioneta, centímetro a centímetro, palmo a palmo, era desplazada hacia el

lado. A Canon se le secó la garganta al ver la superficie del agua.

Hubo un chirrido de metal contra metal cuando la furgoneta dio contra el guardarraíl. Saltaron chispas ante la ventanilla de Canon. El camión dio un último empujón al vehículo, y, de pronto, este atravesó el guardarraíl y salió volando por el aire. A Canon le palpitaba el corazón con violencia. Soltó un alarido, y el furgón se hundió de frente en el Potomac.

CAPÍTULO

66

La isla de Pericles

La isla privada de la Biblioteca de Oro, bañada por la luz de la luna, se alzó de pronto entre el mar oscuro, con sus riscos abruptos pálidos, con sus valles profundos con sombras extrañas. Judd la estudiaba desde la ventanilla del Cessna Super Cargomaster que pilotaba Haris Naxos, amigo de Tucker. La aeronave, con las luces de navegación nocturnas apagadas, se remontaba trazando círculos y no tardaría en alcanzar la altura necesaria para el salto, los diez mil pies.

Se les acababa el tiempo, e iban a actuar sin apoyo. Todos estaban en estado de máxima atención, y no hablaban del peligro.

—Allí está el naranjal y el punto de caída que elegimos —dijo Eva. Judd y ella iban sentados juntos en el asiento corrido que se extendía a lo largo de las paredes de la bodega de carga del avión. Al igual que Tucker, que iba en el asiento del copiloto, vestían trajes de salto y cascos negros. Llevaban al cuello gafas de infrarrojos, y se habían oscurecido el rostro con grasa negra. No solo disponían de sus pistolas, que llevaban en pistoleras a la cintura, sino que Judd y Tucker portaban también granadas de mano y mini Uzis sujetas a las piernas. Tucker llevaba un paracaídas a la espalda, y Judd otro más grande, con mayor superficie de tela, que soportaría el peso de Eva y de él juntos. Los dos hombres acarreaban otras bolsas con material. Eva, que iría sujeta a Judd con correas, no llevaba nada a la espalda.

Judd asintió con la cabeza.

—Sí; deberá salir bien —dijo. Iba saturado de analgésicos, y solo sentía una molestia sorda en el costado.

Habían estado observando los faros de los *jeeps* que rondaban por la isla, intentando determinar sus pautas. Uno había pasado ante el naranjal.

—¿Qué te parece la claridad del aire, Haris? —preguntó Tucker mientras ascendía el avión.

—Sin cambios. Parece buena para que aterricéis.

Haris Naxos tenía el pelo cano, rasgos angulosos y aspecto de duro; todavía hacía algunos trabajos por contrato.

—Tú ya no eres un gallito joven, Tucker —comentó—. Los saltos de noche son peligrosos. Ten cuidado.

—Lo sé. Hay saltadores viejos y saltadores arriesgados; pero no hay saltadores arriesgados viejos.

Haris se rio, pero fue el único. Judd, como tenía por costumbre, estaba planificando lo que haría si no se abrían los paracaídas, si se enredaban los hilos, todas las mil cosas que podían salir mal.

Al cabo de un rato, Haris preguntó:

—¿Recuerdas todo lo que te he dicho, Eva?

En su hangar del aeropuerto de Atenas, le había dado instrucciones durante media hora, y le había enseñado un vídeo sobre el salto en caída libre en pareja. Haris tenía un negocio de paracaidismo y alquiler de aviones.

—No se me va a olvidar nada, de ninguna manera —dijo ella, con un leve asomo de nervios en la voz.

—Excelente. Entonces, lo diré: estamos en altitud, y nos aproximamos a la zona de salto.

Judd y Eva se pusieron de pie dentro del avión. Eva se volvió, y Judd unió las correas de ambos y apretó las de él hasta que tuvo bien asegurada la espalda de ella contra su pecho. Eva tenía el cuerpo tenso. Su aroma de agua de rosas llenó la mente de Judd. Este se lo quitó de la cabeza rápidamente.

—¿Bien? —preguntó escuetamente.

—Bien.

Mientras se ponían las gafas, Tucker pasó gateando a la zona de carga posterior.

—Abriré la puerta.

Se movía con agilidad, con expresión centrada. Mientras Judd y Eva se sujetaban de las correas del techo, Tucker abrió el cerrojo de la puerta, hizo girar la manivela y empujó. Entró una fuerte corriente de aire frío.

Judd encendió el altímetro visual que llevaba dentro del casco, con el monitor dispuesto para poder verlo de reojo con facilidad, y dispuso a Eva de modo que ambos miraban hacia la cabina de mando. Tenían el costado derecho a pocos centímetros del vacío negro.

—¡Fuera! —gritó el piloto.

—Procura disfrutarlo, Eva —susurró Judd.

Antes de que ella hubiera tenido tiempo de hablar, Judd saltó del avión, llevándola consigo. De pronto, iban en caída libre, surcando el aire a más de doscientos cincuenta kilómetros por hora, extendiendo los brazos y las piernas juntos como alas. El aire sedoso rodeaba a Judd, que no tenía sensación de caer: la resistencia del aire aportaba sensación de peso y de orientación. Mientras comprobaba su situación sobre la isla, gozaba de la sensación eufórica de libertad absoluta.

—Este es uno de esos raros momentos en los que sabes lo que es ser un ave en

vuelo —dijo a Eva—. Podemos hacer todo lo que puede hacer un ave… menos volver a subir.

Mientras Tucker saltaba del avión, Judd cambió de postura a Eva hasta que quedaron sentados en el aire, hechos un ovillo. Le hizo dar volteretas, y después volvió a enderezarla, haciéndolos girar sobre los costados, sobre las espaldas, y dar vueltas de nuevo, girando libremente. Sintió que ella se tensaba más en un primer momento, pero después soltó una risa alegre.

Volviendo a la posición de descenso normal, Judd se llevó la mano a la espalda y tiró del paracaídas de desaceleración; sus hilos y su copa pequeña se recortaban en negro contra las estrellas. Todo iba bien de momento. El paracaídas de desaceleración reducía la velocidad de los dos a la de un solo paracaidista en caída libre. Vio que Tucker asentía con la cabeza, indicando que su material también funcionaba correctamente.

A los dos mil quinientos pies, Judd tiró de una manilla y cayó la bolsa, liberando el paracaídas principal, un parafoil negro. Cogió el viento y se extendió adoptando la forma de una gran cuña abombada. Hubo unos breves segundos de desaceleración intensa, y después se encontraron descendiendo a unos veinte kilómetros por hora. Judd estudió el terreno que tenían por debajo. Observó las arboledas de cítricos, el espacio abierto de hierbas y rocas, que a través de sus gafas infrarrojas aparecía bañado de matices verdes, y la larga quebrada hacia el sur. Pasaba en aquellos momentos junto a los árboles un *jeep*, de modo que disponían de cerca de media hora hasta que llegara el siguiente. El peligro más inminente que corrían entonces era romperse un tobillo, suponiendo que no dieran en los árboles ni en las rocas.

Mientras seguían flotando en horizontal, cada vez más bajos, Judd tiraba de los hilos, dirigiendo su vuelo. De momento, no se veían más faros de vehículos cerca de la zona de caída.

A los cien pies de altura, Judd sintió una enorme corriente hacia abajo, y le pareció como si cayeran a un agujero negro verdoso. Eva se puso tensa de nuevo. Judd volvió a tirar de los hilos, controlando su dirección y planeando, planeando en silencio. Satisfecho, dirigió con su cuerpo el de Eva para que adoptara una postura erguida, y con sus rodillas las de ella para que tuviera las piernas semiflexionadas. Pasaron entre altas rocas, y cayeron pesadamente, deteniéndose de manera brusca justo antes de alcanzar la carretera que bordeaba los árboles. Judd sintió que Eva respiraba a grandes bocanadas.

—Lo has conseguido —dijo, soltando las correas que los unían—. Buen trabajo. Ahora, vamos a largarnos de aquí enseguida.

Se soltó de los dos paracaídas, el de desaceleración y el vertical, y corrieron por ellos. Mientras recogían las dos telas, Tucker se deslizó próximo a ellos a baja altura. Tiró de sus hilos y pasó muy cerca de una roca que llegaba a la altura del hombro.

Con las rodillas dobladas, tomó tierra y se tambaleó hasta que recuperó por fin el equilibrio.

Se quedó de pie, inmóvil, y levantó la cabeza.

—Jódete, Haris —dijo—. A este gallo viejo le queda todavía mucha vida.

Después, sonrió y recogió sus paracaídas.

—Todo ha ido bien —dijo Eva, emocionada—. Los paracaídas se han abierto. Nadie se ha roto una pierna. Podría llegar a cogerle gusto a esto.

Entonces se oyó entre los árboles el canto de un ave. Hubo en el naranjal rumor de hojas agitadas…, un movimiento rápido.

—Mierda —dijo Judd, sacando su Beretta—. Nos estaban esperando. ¡Corred!

Con las armas en la mano, corrieron hacia el sur por la tierra dura, hacia la cortada. Judd echó una mirada atrás y vio que salían de entre los árboles seis hombres vestidos de negro que los apuntaban con fusiles de asalto M4. Llevaban gafas de visión nocturna. Los hombres, sin dejar de correr, disparaban ráfagas de proyectiles. Las balas silbaban e impactaban en la tierra y en las piedras. Tucker gruñó. Una bala rozó una oreja a Judd. Los tres cayeron cuerpo a tierra. Judd señaló con la mano, y Eva corrió a refugiarse tras una formación rocosa alta. Judd y Tucker la siguieron.

Aparecieron por el suroeste los faros de un *jeep*, y el vehículo avanzó aprisa por la carretera hacia ellos. Resonaban en el aire las pisadas y el rugido del motor.

—Cristo —gruñó Tucker—. Qué poco me gusta caer en una emboscada.

—¿Estáis heridos? —preguntó Judd. Miró a Tucker, y observó después la cara ennegrecida de Eva, lo apretada que tenía la boca. Parecía que estaba bien.

Tucker sacudió la cabeza.

—Estoy bien —dijo—. Llevas un corte muy mono en la oreja, Judd. Me alegro de que no te hayan volado los sesos. La cortada no está lejos. Eva, nosotros te cubriremos. En cuanto empecemos a disparar, corre como loca, sin levantarte. ¿Podrás hacerlo?

—Claro —dijo ella, agachándose.

Los dos hombros se apostaron uno a cada lado del montículo rocoso. Judd miró a Tucker. Este le asintió con la cabeza. Se asomaron, disparando ráfagas de fuego automático con sus Uzis.

Mientras proseguía tras ella el estrépito ensordecedor de los disparos, Eva llegó a la cortada y se dejó caer rápidamente sobre el borde, con las piernas colgando. A partir de las fotos de la NSA, habían calculado que tenía una profundidad media de tres metros. Trazaba una curva y descendía hacia el complejo. Las sombras eran de un verde espeso. Solo estaba ligeramente iluminada la parte superior del lado en que estaba ella de la ladera casi vertical, y se apreciaba tierra desnuda, hierbajos y piedras. Asiendo la S & W con las dos manos como le había enseñado Judd, a los pocos segundos descendía hacia el abismo, resbalando sobre su espalda.

Pero mientras se deslizaba hasta la profundidad de la oscuridad verde, le llamó la atención una roca que estaba en el fondo, en el lado opuesto de ella. Vio allí un leve movimiento, un brazo. Había allí un hombre, en cuclillas para resultar menos visible. El miedo empezó a apoderarse de su mente. Lo reprimió, y apuntó con su pistola. De pronto, hubo un movimiento a su derecha. Y ella movió la pistola hacia allí; aunque comprendió al instante su error. Voló un pie por el aire. Su pistola salió despedida, y cayeron sobre ella dos hombres muy fuertes.

El *jeep* estaba a solo trescientos metros. Judd vio en él un hombre, que iba al volante. Por algún motivo, el hombre detuvo el vehículo, con el motor todavía en marcha, y se inclinó hacia el otro lado y abrió la puerta del pasajero.

En vista de que Eva se había retirado a salvo, Judd hizo una señal a Tucker. Tucker hizo una mueca, y pareció como si fueran a discutir. Después, se levantó de un salto y echó a correr.

Judd volvió a asomarse y disparó tres ráfagas. Habían conseguido abatir a un hombre, y los demás estaban cuerpo a tierra, disparando cuando les parecía que tenían objetivo a la vista, y algunas veces que no se lo parecía.

Antes de que los guardias hubieran tenido tiempo de responder a su fuego, Judd echó a correr, y Tucker desapareció por el borde de la cortada. Judd no miró; se limitó a saltar, haciendo que sus talones le sirvieran de frenos imperfectos mientras se deslizaba velozmente por la fuerte pendiente hacia la espesa sopa verde.

Tucker movía la cabeza a un lado y otro.

—¿Dónde está Eva?

—Eva —la llamó Judd en voz baja.

No hubo respuesta; pero se oyó un grito en la parte superior.

—Vienen —dijo Tucker—. Vámonos.

—No sin Eva. ¡Eva! —gritó Judd.

—Maldita sea, hijo. La deben de haber atrapado. Si no, nos estaría esperando. Puede que sea por eso por lo que se ha detenido el *jeep* con la puerta abierta: para recogerla, a ella y al que la hubiera capturado. No vas a hacerle ningún bien si te dejas atrapar o matar. En marcha.

Judd no respondió. En vez de ello, se volvió para bajar por la cortada hacia el *jeep*. Hacia Eva.

Pero Tucker le dio un manotazo en el casco, por detrás.

—Maldita sea, Judson. Para el otro lado.

Judd sacudió la cabeza para despejarse, y después se quitó el casco de un tirón. Corrieron hacia el sureste, dirigiéndose hacia el complejo. También Tucker se despojó del casco, y los dos recargaron sus armas. La cortada era irregular y estaba llena de piedras que los obligaban a ir despacio.

—Esto no sirve —dijo Judd, oyendo ruido de pasos que corrían por lo alto del

borde de la cortada, adelantándolos—. Tenemos que librarnos de esos canallas. Sigue tú. Yo me encargaré de ellos.

Descolgó de una trabilla de sus pantalones una granada de fragmentación y la empuñó en la mano derecha. Tucker, al verlo, aceleró, mientras Judd se deslizaba, agachado, entre las sombras profundas del lado norte de la cortada.

Esperó inmóvil, mientras se aproximaban los guardias.

—Se dirigen a la casa —dijo una voz grave, confiada.

«Radio o walkie-talkie», pensó Judd.

—Claro —siguió diciendo el hombre—. Ningún problema. Los encontraremos.

Estaban casi por encima de él. Judd tomó aire, lo soltó, tiró de la anilla de seguridad con la mano izquierda, arrojó la granada por encima del borde de la cortada y echó a correr, tropezando con piedras, pero tan deprisa que mantenía el equilibrio gracias a su velocidad. Hubo un destello de luz blanca. Retumbó la explosión. Mientras llovía tierra, Judd alcanzó a Tucker, que se había izado sobre el borde y miraba atrás.

—No hay nadie en pie —anunció Tucker—. Deben de tener lesiones graves. Eso los mantendrá ocupados.

Se alejaron trotando, pero Judd advirtió que Tucker se cansaba. Judd aflojó el ritmo hasta una marcha rápida y sacó el aparato de seguimiento que monitorizaba el chip de la tobillera de Eva.

—Ya está en el complejo —dijo—. Parece que está a un par de niveles por debajo de la casa principal. ¿Has visto algún *jeep* cerca de nosotros? —preguntó, mirando a Tucker.

—Ni uno.

—Lástima. Tenía la esperanza de hacernos con uno. Vale; plan B. Tengo una idea de cómo entrar en el complejo, cuando lleguemos más cerca.

—Más vale que la idea sea buena, maldita sea —dijo Tucker—. Nos van a estar esperando, eso está muy claro.

CAPÍTULO

67

El club de bibliófilos se disponía a empezar el tercer plato. Los hombres, con sus esmóquines hechos a medida, bajo los cuales llevaban pistolas, estaban sentados cómodamente alrededor de la gran mesa ovalada, en la amplia Biblioteca de Oro, convencidos de que, si los guardias no mataban a los intrusos, los matarían sin duda ellos mismos.

Mientras conversaban, volvían las miradas una y otra vez a los magníficos manuscritos iluminados que cubrían las paredes, desde el suelo de mármol hasta las molduras del techo. Había filas y más filas de cubiertas doradas, dispuestas hacia el exterior; sus superficies metálicas, martilladas a mano, relucían a la luz que se reflejaba de una pared a otra y atravesaba la mesa como una música visual. Las joyas y las gemas, de colores que iban desde los tonos oscuros y profundos hasta los claros y suaves, rutilaban, incitantes. Toda la sala parecía bañada de un resplandor mágico. Encontrarse allí era siempre una experiencia visceral, y Martin Chapman soltó un suspiro de satisfacción.

—Caballeros, tienen ante sí dos vinos blancos secos montrachet exquisitos —explicó el sumiller con marcado acento francés—. Uno es un Domaine Leflaive, y el otro, un Domaine de la Romanée-Conti. Sentirán ustedes su factor de emoción, que es el sello de esplendor en un vino.

El sumiller, hombre musculoso, con la pedantería habitual de los grandes expertos en vinos, volvió a retirarse junto a los libros más próximos a la puerta, donde tenía su botellero.

Chapman lo estaba pasando bien, absorbiendo aquella combinación embriagadora de sensaciones físicas, conocimientos, historia y privilegios que aportaba la biblioteca. A la luz temblorosa de las velas, atacó su langosta de Maine con champiñones a la plancha y salsa de higo y masticó despacio, disfrutando de los sabores celestiales. Tomó un trago de uno de los vinos blancos y lo sostuvo contra el paladar. Tragó el vino con un arrebato de placer.

—Discrepo —decía Thomas Randklev—. Tomemos el caso de Freud. Dijo a su médico que coleccionar objetos antiguos, entre ellos libros, era para él una adicción solo comparable con la de la nicotina.

—Esto tiene otro matiz —dijo Brian Collum—. Somos la única especie capaz de concebir nuestra propia muerte; por ello, está claro que necesitamos tener algo mayor

que nosotros mismos para que este conocimiento nos resulte soportable. Como diría Freud, es el precio que tenemos que pagar por nuestros lóbulos frontales tan desarrollados… y es el adhesivo que nos mantiene unidos.

—Me alegro de que no sea solo el dinero —observó Petr Klok con una sonrisa.

Sonaron risas alrededor de la mesa.

Chapman pensó para sus adentros que, en realidad, todos ellos habían empezado siendo grandes lectores, y que, si la vida hubiera sido distinta, quizá cada uno hubiera seguido por otro camino. En lo que a él respectaba, había conseguido mucho más que lo que había llegado a soñar de niño.

—Tengo una para vosotros —dijo Carl Lindstöm, desafiante—. «Cuando das a alguien un libro, no solo le das papel, tinta y cola; le das la posibilidad de toda una vida nueva». ¿Quién escribió eso?

—Christopher Morley —dijo Maurice Dresser al instante—. Y John Hill Burton afirmó que no era posible construir una gran biblioteca; tenía que formarse con los siglos. Como se formó la Biblioteca de Oro… y como me he formado yo —añadió Dresser, de setenta y cinco años, señalándose a sí mismo.

El grupo rio suavemente, y Chapman sintió que le vibraba el busca en el pecho. Lo consultó: Preston. Molesto, se disculpó, mientras la conversación pasaba al análisis de los dos borgoñas blancos etéreos. Cuando salía, habían invitado al sumiller a sumarse al debate.

Chapman se montó en el primero de los dos ascensores. Subió en silencio. El ascensor era una cápsula sólida; todos los pisos subterráneos eran búnkeres a prueba de bombardeos atómicos. Cuando llegó al más elevado de los pisos subterráneos, Chapman salió al entorno de porcelana, acero y granito de la cocina. Más allá se extendía un pasillo, con puertas que daban a oficinas y almacenes. Al fondo estaba el enorme garaje.

Mirando a su alrededor, inhaló los aromas apetitosos de los medallones de *springbok*, gacela de Sudáfrica. Los *chefs de cuisine*, con sus altos gorros blancos, vociferaban órdenes en francés mientras preparaban el plato. Los *sous-chefs, chefs de partie* y camareros escogidos de entre el personal de la biblioteca se afanaban de un lado a otro.

Preston tenía una expresión atribulada cuando salió de la cocina a recibir a Chapman en el ascensor.

—Tiene que hablar con ellos, jefe —dijo Preston.

—¿Siguen en mi oficina?

—Sí. Los vigilan tres hombres.

Mientras bajaban en el ascensor hasta el tercer piso, Chapman preguntó:

—¿Qué novedades hay de Ryder y Andersen?

Chapman ya sabía que habían matado a dos guardias y habían herido gravemente

a otros cuatro. Preston había enviado a más hombres a pie a buscarlos.

—He aumentado la seguridad alrededor del complejo. Todo el mundo está en alerta máxima.

—Más les vale, maldita sea.

La puerta del ascensor se abrió y salieron a la zona de estar donde el personal acudía a las reuniones más informales. Estaba vacía, como era de esperar, ya que todos estaban trabajando. Las puertas del pasillo daban a despachos, y por la última se accedía a un gimnasio con los últimos aparatos para hacer ejercicios de cardio y de Pilates.

Preston empujó la puerta del despacho de Chapman y retrocedió.

Chapman pasó ante un cuadro de desafío helado. Eva Blake y Yitzhak Law, inmóviles e iracundos, estaban atados a sillas, con las manos a la espalda. Eva llevaba puesto todavía su traje de salto y tenía la cara ennegrecida. No pareció que ninguno de los dos reconociera a Chapman; pero era dudoso que conocieran su mundo.

Sin prestar atención a los guardias, puso una silla ante Blake y Law.

—Voy a ponéroslo fácil. He hecho que los traductores preparen una lista de posibles fuentes de las preguntas que formulará el club de bibliófilos esta noche, durante nuestro torneo. Como en la biblioteca disponemos de textos que han estado perdidos durante siglos, vosotros no podéis conocer su contenido de ninguna manera. Otros ya los conoceréis, claro está. Vuestra tarea consistirá en intentar determinar el libro que corresponde a cada pregunta. Se os dará un gráfico de dónde está dispuesto cada manuscrito iluminado en las estanterías, con algunas frases descriptivas sobre cada uno. Si respondéis correctamente a todas las preguntas del club de bibliófilos, os dejaré con vida. Un gran incentivo.

Se miraron el uno al otro, y después volvieron a mirarlo a él con expresiones pétreas.

Chapman se volvió hacia Preston.

—Haz pasar a Cavaletti —dijo; y se arrellanó en su silla, pensando con rabia en la cena que se estaba perdiendo.

A los pocos instantes, hicieron entrar a Roberto Cavaletti en la habitación a empellones.

—Yitzhak, Eva —dijo. El hombrecillo estaba desaliñado, con el rostro barbado consumido.

Antes de que nadie hubiera tenido tiempo de decir nada más, Chapman ordenó:

—Pégale, Preston.

Mientras Yitzhak y Eva gritaban y forcejeaban con sus ataduras, Cavaletti se encogió y Preston le lanzó contra la mejilla un puñetazo que produjo un ruido sordo.

Cavaletti se echó una mano temblorosa a la cara, vaciló y cayó de rodillas.

—¡Canalla! —gritó Eva.

—Son unos monstruos —dijo el profesor, pálido.

—Pensáoslo mejor —les espetó Chapman—. Sois dos. Juntos, tenéis una posibilidad mucho mayor de ganar esta noche que uno solo de vosotros. Si no queréis hacerlo por vosotros, hacedlo por vuestro amigo Roberto, aquí presente.

A Cavaletti se le estaba formando una gran magulladura en la mejilla izquierda.

Yitzhak Law miró fijamente a Chapman.

—Está bien; pero solo con la condición de que dejen en paz a Roberto. Ni un golpe más.

—No, Yitzhak —dijo Roberto—. No, no. Quieran lo que quieran, no podréis evitar lo inevitable.

Eva miró a Chapman con rabia.

—Muy bien. Estoy de acuerdo yo también. ¿Nos da su garantía de que nos dejará marchar a todos si ganamos?

—Por supuesto —dijo Chapman tranquilamente—. Kardasian, encárgate de que estén limpios y presentables.

Dicho esto, se puso de pie y se marchó.

Preston lo alcanzó en la sala de estar.

—Lo tendré informado de la situación con Ryder y Andersen —le dijo.

Chapman asintió con la cabeza; mentalmente, ya había vuelto a la cena. En ese momento oyeron que se cerraba la puerta de uno de los ascensores. Se acercaron aprisa y vieron que se había detenido en el nivel más bajo, el número cuatro…, la Biblioteca de Oro. Pasaron inmediatamente al otro ascensor, y Preston pulsó el botón.

—¿Quién demonios puede ser? —dijo Preston, con gesto torvo.

La puerta del ascensor se abrió en una antesala elegante. Enfrente había un pórtico en forma de arco que conducía a despachos dispuestos a lo largo del pasillo exterior, con ventanas. Pero ellos corrieron a la izquierda, y Preston abrió una puerta de madera tallada que daba a la biblioteca y al banquete de aquella noche.

El sumiller caminaba hacia su botellero; veían su ancha espalda, vestida de esmoquin. Al oír la puerta se volvió. Vieron que llevaba en las manos dos botellas de vino tinto sin abrir.

Preston hizo un gesto seco, y el sumiller se les acercó. Aunque seguía teniendo el aspecto arrogante de antes, en sus ojos se leía un atisbo de culpabilidad. Levantó ante sí las botellas como si fueran un escudo.

—¿Qué hacías en el tercer piso? —le interrogó Preston.

—Lo siento mucho, señor. Tuve que ir a la cocina por más vino. Los caballeros son más aficionados de lo que yo había esperado. En las prisas por volver, me equivoqué de botón en el ascensor. Naturalmente, no me bajé del ascensor hasta llegar aquí.

Chapman notó que Preston se tranquilizaba.

—Sigue con tu trabajo —dijo Chapman.

El sumiller hizo una honda reverencia y se retiró. Chapman se apresuró a seguir con su cena.

CAPÍTULO

68

Tucker y Judd estaban sentados en la sombra densa de un olivo retorcido, por encima del complejo. Mientras se limpiaban la cara y las manos y se cepillaban el pelo, estudiaban los edificios y a los quince hombres que estaban de patrulla, iluminados por las luces de seguridad del complejo. Todos llevaban fusiles M4 y observaban con atención el terreno y las colinas circundantes.

—Me pregunto cuántos hay en el edificio principal —dijo Tucker en voz baja.

—Con suerte, no nos notarán entre tantos guardias nuevos. Será una ventaja para nosotros.

—Me gusta estar de nuevo en un sitio. Se te exige menos —comentó Tucker. Revisó su Uzi, y después su cuchillo y su alambre para estrangular—. La puerta trasera tiene buen aspecto.

—Eso mismo creo yo. ¿Te animas a hacerlo?

—¿Y tú, todavía sabes montar en bicicleta?

—Como una fiera —dijo Judd.

Se echaron las Uzis en bandolera y se deslizaron sobre el vientre entre las altas hierbas y las matas de la ladera. Las piedras más pequeñas cortaban el traje de salto de Tucker. Después de detenerse en varios momentos de tensión en que los guardias miraron hacia la ladera, llegaron al borde de la meseta y se escondieron tras un seto bien cuidado.

Tras esperar a que los centinelas más próximos estuvieran mirando hacia otra parte, corrieron hasta detrás de la caseta de la piscina, y se agacharon. Judd se señaló a sí mismo. Tucker asintió con la cabeza. No le gustaba nada no ser el primero, pero había que ser realistas: Judd era más joven, más fuerte, y estaba en mejores condiciones para abatir al guardia que no tardaría en pasar por delante de la caseta.

Escuchando los pasos del centinela por el camino de mármol, Tucker siguió a Judd a gatas hasta el lado del fondo de la caseta. Judd se adelantó un poco y sacó un espejo montado sobre un largo brazo flexible. Extendió el brazo del espejo, miró por él y se lo arrojó después a Tucker; se puso de pie y sacó el alambre de estrangular.

Tucker, desde su posición baja, vio aparecer una pierna, primero, y después otra. Judd se adelantó inmediatamente, situándose justo detrás del guardia, le echó el alambre al cuello y tiró. El hombre cayó de espaldas. Se oyeron ruidos ahogados en su garganta mientras Judd tiraba de él para dejarlo detrás de la caseta. Tucker arrancó

al centinela su M4 y lo esposó con bridas de plástico. El centinela abrió la boca, intentando gritar al parecer. Se resistía frenéticamente, a patadas y codazos, retorciendo el cuerpo.

Tucker se sirvió del espejo para observar si había más guardias, y después miró atrás. Judd tenía helada la cara, con gesto severo, mientras esquivaba los golpes del hombre que se debatía. Cuando el hombre quedó inerte, lo dejó en el suelo.

Lo despojaron de su ropa y de su equipo. Mientras Judd se ponía los pantalones negros y el suéter negro de cuello vuelto de microfibra del cadáver, Tucker puso al muerto el traje de salto de Judd y le embadurnó la cara y los dorsos de las manos de pintura grasa negra. Mirando cuidadosamente a un lado y otro, Tucker lo arrastró hasta el borde del complejo y lo echó a rodar hasta dejarlo bien hundido entre los matorrales.

Cuando regresó, Judd ya estaba vestido y equipado con la radio, la pistola, la linterna y la M 4 del guardia. Se colgó dos granadas de mano y consultó el aparato de seguimiento de la tobillera de Eva, que se echó después al bolsillo de los pantalones. Señaló hacia la casa, donde habría otro guardia de ronda. Después, se señaló a sí mismo.

Tucker asintió con la cabeza.

Judd se sirvió del espejo para elegir el momento de salir, y desapareció.

Tucker rodeó rápidamente la caseta. Sentado sobre los talones, vio que Judd se acercaba al objetivo siguiente caminando tranquilamente. En el momento mismo en que el guardia fruncía el ceño, Judd le clavó violentamente la M 4 en la barbilla, aplastándole la garganta. El guardia agitó la cabeza bruscamente y le asomó sangre a los labios. Mientras Tucker corría a reunirse con ellos, Judd asió al guardia y depositó silenciosamente en el suelo su cuerpo inerte.

Tucker palpó la arteria carótida del hombre.

—¿Muerto? —susurró Judd.

Tucker asintió con la cabeza.

Otearon a su alrededor. No se veían más centinelas a la vista, de momento, y no apareció ninguno en el cristal de la puerta trasera. Después de haber despojado al muerto, Tucker se puso su suéter de cuello vuelto y sus pantalones negros, que le venían holgados por una talla por lo menos, y se ciñó bien el cinturón. Judd dio los últimos toques al muerto y se lo llevó a rastras para ocultarlo cerca del otro cadáver.

Mientras esperaba a Judd, Tucker revisó la M 4 y examinó la radio… y percibió, más que vio, a alguien a través del cristal de la puerta. Adoptó una expresión formal de saludo en la cara y se volvió.

La puerta se abrió.

—¿Por qué no estás de patrulla?

El centinela era un hombre como un tronco de árbol, de pelo corto y mandíbula

ancha. Le asomó a los ojos un brillo de desconfianza.

—¿Quién demonios eres…?

Tucker clavó la culata de su M4 en el vientre del hombre. Aquel golpe siempre resultaba más seguro para debilitar al adversario que el golpe a la barbilla. Cuando el hombre expulsó el aire de los pulmones y empezó a doblarse sobre sí mismo, Tucker subió la culata y le golpeó con ella en la tráquea. Al hombre le salió sangre por la boca y por la nariz. Tucker lo sostuvo, y lo llevó después a cuestas hacia la ladera, detrás de la caseta, donde estaban los demás cuerpos.

—Esto empieza a parecer una fiesta que ha terminado mal —dijo Judd.

Tucker echó al hombre a rodar por la hierba y vio cómo lo cubrían los altos matorrales.

—Vamos por Eva.

CAPÍTULO

69

Provincia de Jost, Afganistán

Pasaba de la medianoche, y el capitán Sam Daradar caminaba a solas, con la M 4 sobre el brazo. Inspiró el dulce olor del aire de la noche en la montaña. Cuando llegó allí por primera vez, le picaba en la nariz; pero ahora no se cansaba de olerlo. A veces soñaba con trasladarse a Afganistán. Allí, la vida estaba en consonancia con los elementos, y le encontraba un sentido que no había encontrado nunca en ninguna ciudad ni en ninguna zona rural de Occidente.

Levantó la vista. Las estrellas rutilantes cubrían el cielo de la noche. Por algún motivo, el cielo le parecía demasiado vasto aquella noche. Lo invadía una vaga sensación de intranquilidad. Estudió las amplias extensiones de laderas y de montañas, donde se ocultaban aldeas remotas a las que era difícil llegar con efectivos numerosos de fuerzas convencionales. Él, con muchos de sus hombres, había pasado el día por allí, y en la población, hablando con la gente.

Aquella noche había hablado por teléfono con el mando, comunicando sus inquietudes. Pero solo había podido señalar rumores inquietos que corrían por el mercado local, y el hecho de que Syed Ullah había aparecido en la mezquita para la oración del mediodía, siendo un día entre semana, en vez de orar en su casa o por el camino, como solía hacer.

Sam dio la vuelta bajo la gran cubierta de redes de camuflaje especiales y siguió caminando ante los muros de piedra de la base secreta, de casi medio metro de grosor. Aquella base austera solo albergaba a quinientos soldados, pero bien entrenados y con experiencia. Se detuvo ante la puerta. Alzó la vista hacia la torreta de vigilancia, saludó con un gesto de cabeza y recibió otro gesto de saludo.

Procurando quitarse de encima su vaga inquietud, pasó al interior de la puerta y entró en la base. Todavía había dos Humvee fuera, vigilando, de patrulla. Debían volver al cabo de una hora. Quizá tuvieran algo para él; algo que podría no significar nada para ellos, pero que él sí entendería.

Syed Ullah, tendido sobre el vientre, miraba ladera abajo. Los dos Humvee avanzaban velozmente por una pista de tierra, por encima de un valle, a dos riscos de distancia de la población. Los faros emitían conos de luz entre la noche, con lo que resultaba fácil detectar a los vehículos. Entre los pinos de la ladera del este, por

encima de la carretera, estaban sus hombres, escondidos y vestidos con los uniformes americanos, con el material americano. Su hijo Jasim y él estaban apostados al norte, en una zona despejada lo bastante alta como para tener una vista excelente a la luz de la luna.

—No estoy tan seguro como tú de que esto vaya a dar resultado.

Jasim, de veintiocho años, acababa de volver de Peshawar, y también él iba ataviado con material americano. Tenía el mismo corpachón que su padre, y una barba negra espesa, recortada lo justo para que se le erizara en vez de colgarle. Había heredado los rasgos delicados de su madre, pero la cara ya se le empezaba a curtir con la edad, con la milicia y con la intemperie. Había sido un niño hermoso, y ahora era un hombre de verdad.

—¿Qué te inquieta, hijo mío?

—En la base militar son más del doble que nosotros.

—Ah; pero nuestros hombres cuentan con lo que no tienen ellos: la sorpresa. Van vestidos como ellos, y llevarán los cascos americanos. A excepción de los que estén de guardia en la base, los americanos están dormidos o jugando con sus videojuegos. Lo único dudoso es si podremos hacer entrar a los nuestros. Y la respuesta la conoceremos pronto.

Sin apartar la vista de la carretera, le explicó lo que iba a pasar.

Ante sus ojos, los Humvee blindados entraron en la zona de ataque. El ruido de sus grandes motores resonaba en el valle silencioso. En la torreta superior de cada vehículo iba un tirador en un arnés, protegido con planchas de acero, con su ametralladora M240B inmóvil entre sus manos. Las armas cubrían un campo de casi trescientos sesenta grados, pero las planchas no encajaban del todo. Dejaban en cada esquina cuatro espacios abiertos de varios centímetros.

De pronto, se produjeron dos explosiones seguidas de conflagraciones, en sendos claros que se habían despejado recientemente entre los árboles. Uno estaba por delante de los Humvee, y el otro por detrás. Desde los claros se despeñaron dos coches en llamas hacia la carretera. Cada coche iba dejando atrás una nube de humo, y ambos emitían chispas que prendían en la hierba seca. Los Humvee estaban entre los coches que se acercaban a la carretera, los recios pinos de la ladera superior, y el barranco al otro lado.

Los enormes vehículos militares redujeron la velocidad. Los americanos sospecharían en un principio que aquello sería un mero acto de hostigamiento, que los coches en llamas atravesarían la carretera y caerían después por el barranco. Pero los hombres de Ullah habían apilado montones de piedras formando muros al borde de la calzada.

Cuando los coches se detuvieron, cerrando el paso a los Humvee, los tiradores de ambos vehículos abrieron fuego con las ametralladoras, barriendo a ráfagas ardientes

los árboles y la carretera. Los troncos de los árboles reventaban; las agujas de los pinos se desintegraban. Y, por último, se hizo el silencio. Las puertas de los Humvee se abrieron despacio. Mientras los tiradores montaban guardia arriba, buscando objetivos con sus armas, los infieles saltaron con sus M4 en las manos, dirigiéndose al vehículo en llamas que tenían delante.

En aquel momento, sus doscientos pastunes abrieron fuego desde detrás de la pared de piedra y desde agujeros que habían abierto en el terreno del pinar. Fue tan rápido y violento, que los infieles que estaban expuestos en la carretera solo consiguieron disparar unos cuantos tiros, mientras los servidores de las ametralladoras devolvían el fuego con furia. Los infieles cayeron en la carretera, entre gritos y lamentos, y seis pastunes de Ullah se deslizaron entre el polvo, escalaron los costados de los Humvee y dejaron caer granadas de aturdimiento por los espacios abiertos de las torretas. Sonaron dos fuertes explosiones. Y, después, no hubo más ruido que el de sus hombres, que acudían y remataban a los infieles de tiros en la cabeza.

Mientras arrastraban los cuerpos hasta los pinos, Ullah se puso de pie. Habían sacado a los servidores de las ametralladoras, inconscientes, de sus cúpulas, y los estaban matando.

—Ven —dijo, echando a correr.

Jasim lo adelantó con un grito de alegría.

—Alabado sea Alá —dijo Ullah al llegar al campo de batalla. Recobró el aliento —. ¿Cuántos de los nuestros han quedado muertos o heridos?

Hamid Qadeer, con su uniforme del Ejército de los Estados Unidos, se puso firme para informarle.

—Solo catorce.

—Bien, bien.

El señor de la guerra caminó alrededor de los Humvee, estudiando los vehículos. Estaban sucios y tenían orificios de bala; pero aquello no tenía importancia. Los centinelas de la base militar los dejarían pasar, que era lo que a él le hacía falta.

—Ahora, me sumaré a nuestros hombres —dijo Jasim, que estaba de pie a su lado. Se había tranquilizado, y ahora tenía el aspecto severo del verdadero guerrero pastún.

Ullah se llenó de orgullo.

—Por supuesto, hijo mío.

CAPÍTULO

70

Isla de Pericles

El banquete había terminado y había sido un éxito completo. Mientras se retiraban los platos y el sumiller servía coñac, los hombres se arrellanaban en sus sillas, saciados, algo ebrios. Chapman dio el último informe de la situación: los hombres de Preston no habían encontrado todavía a Ryder ni a Andersen.

—Francamente, espero que esos condenados entren en la casa y se presenten aquí —anunció Grandon Holmes, y se dio unas palmaditas en el costado, donde llevaba la pistola.

En ninguna ocasión de la historia de los banquetes anuales habían asistido al mismo armados los miembros del club; pero aquella noche se salía de lo común. A pesar del buen humor general, se había extendido entre ellos un hilo de amenaza. La isla había sido violada.

—Hacía mucho que no practicaba el tiro sobre blancos vivos —dijo Brian Collum, con una sonrisa fría.

—Por otra parte —gruñó Maurice Dresser—, ¿por qué demonios estamos pagando un dineral a los guardias, si no son capaces de encargarse del trabajo?

—Maurice tiene razón —dijo Petr Klok—. Ryder y Andersen no llegarán a la biblioteca.

—Lástima —suspiró Carl Lindström.

—Tengo noticias de Syed Ullah —dijo Chapman, cambiando de tema—. Sus pastunes están uniformados, armados e impacientes por entrar en acción. Deberíamos recibir noticias en cuestión de una hora.

—Excelente —dijo Reinhardt Gruen—. He hecho algunas averiguaciones sobre el pueblo próximo a la base militar de Jost. Yo tenía razón: toda esa zona es un hervidero de actividad yihadista. Ullah debe de ser un señor de la guerra duro como un demonio si ha sido capaz de controlar la zona. Lo que yo creo es que aprovechará el golpe de esta noche para librarse de enemigos talibanes locales…, que también son enemigos nuestros. Así, la tierra será nuestra. He estado soñando con esos diamantes. En conjunto, Marty, lo tuyo tiene muy bien aspecto. Esta noche será buena. De las que hacen época.

Eva se paseaba con los brazos cruzados enérgicamente sobre el pecho,

inspeccionando de nuevo el cuarto minúsculo donde los tenían encerrados. No había muebles. La pesada puerta tenía las bisagras por la parte exterior, y se cerraba con dos cerrojos. Había una luz fluorescente encendida constantemente en el techo, demasiado alta para que la alcanzaran, y el interruptor estaba en el pasillo. Las paredes eran bloques de cemento macizos. Si había una manera de escapar de allí, ella no la había encontrado.

—Tienes que aceptarlo, Eva. Estamos atrapados.

Roberto la miraba desde el rincón donde estaba acurrucado. La hinchazón de la mejilla, de color rojo subido, le cerraba un ojo.

—Una valoración precisa de nuestro estado —dijo Yitzhak desde donde estaba sentado, cerca de Roberto—. Pero no es el fin del mundo.

—Todavía —suspiró Roberto.

Yitzhak procuró responder con humor.

—Para ser un hombre al que le daba miedo salir de nuestra zona horaria, hay que ver lo bien que lo estás llevando, Roberto.

—Soy un héroe —dijo Roberto. Esbozó una leve sonrisa y sacudió la cabeza. Pero Eva había visto una chispa en sus ojos que le dio a entender que Roberto no se había rendido del todo.

—Ya encontraremos una solución, Roberto —dijo ella para darle ánimo—. ¿Crees que debemos repasar la lista una vez más, Yitzhak?

La lista contenía dieciséis manuscritos iluminados, el doble de los que tendrían que nombrar. En circunstancias distintas, se habrían maravillado ante tantos libros perdidos; pero el hecho de que existieran no hacía más que aumentar su frustración, y su gran número aumentaba sus temores.

—Creo que no —dijo Yitzhak, levantando la vista. La luz fluorescente daba un aspecto pálido a su calva—. Entre los dos conocemos casi la mitad, y sobre los demás, tendremos que aventurar conjeturas fundadas.

—Ojalá me llevaran a la biblioteca con vosotros —dijo Roberto—. Pero salta a la vista que no.

Tenía razón: Eva y Yitzhak llevaban puestos esmóquines que les había dado Preston, mientras que Roberto seguía con la camisa y los pantalones arrugados que llevaba cuando lo habían capturado.

—Pero todavía hay esperanza, Roberto —le dijo Eva—. Todavía respiramos.

—Es una esperanza muy pequeña, pero la atesoraré —dijo, y suspiró.

Se oyó el ruido de los cerrojos al descorrerse y apareció el guardia al que habían oído llamar Harold Kardasian, que los apuntó con su fusil de asalto. Era robusto, de cabellera castaña espesa con algo de gris.

—Es la hora de salir —anunció.

Eva buscó en sus ojos algún indicio de ayuda; pero solo vio una mirada neutra.

Tanto Roberto como Yitzhak se pusieron de pie.

—Usted no —ordenó Kardasian—. Solo el profesor y la doctora Blake.

Mientras Roberto volvía a deslizarse hasta el suelo, apoyado en la pared, se despidieron de él. Preston los esperaba en el pasillo, con su chaqueta negra de cuero y sus vaqueros, alto e imponente, con expresión pétrea. Llevaba dos gruesas toallas de baño.

—¿Para qué son las toallas? —preguntó Eva al instante.

—No es asunto tuyo. En marcha.

Condujeron a Eva y a Yitzhak hasta las escaleras que estaban junto a los ascensores y los hicieron bajar un piso, hasta llegar a una antesala. Eva sintió por un instante un estremecimiento de emoción: iban a ver la Biblioteca de Oro. Percibió una corriente eléctrica en Yitzhak, y comprendió que este estaba pensando lo mismo.

Un guardia abrió una sólida puerta tallada, y apareció una luz dorada. Yitzhak tomó a Eva del brazo; entraron, y se detuvieron. Ella perdió el miedo durante unos breves instantes. Era como si estuvieran dentro de una crisálida de conocimientos intemporales, envueltos en los elementos más deslumbrantes de la Tierra.

—Cautivador —susurró Yitzhak.

Admiraron las cuatro paredes de libros recubiertos de oro. Las gemas engastadas brillaban en el aire puro. A Eva le pareció por un instante que ninguna otra cosa de este planeta tenía importancia.

—No quiero la tumba fría de un museo, sino el mundo de las palabras y las ideas, de aliento ardiente —dijo Yitzhak—. Quiero una biblioteca. Esta biblioteca.

El hombre alto que había mandado a Preston que pegara a Roberto caminó hacia ellos.

—¿Quién dijo eso, profesor?

Yitzhak lo miró con severidad.

—Yo.

El hombre rio por lo bajo.

—Me llamo Martin Chapman. Venid conmigo. Es hora de que conozcáis a todos.

Indicó a los guardias que se retiraran. Preston cerró la puerta y se plantó ante ella. Siguieron a Chapman hasta una mesa ovalada grande a la que estaban sentados siete hombres que tomaban copas de coñac.

Eva, conmocionada, reconoció a Brian Collum…, su abogado, su amigo. La estaba observando con humor en su cara larga y apuesta. Ella desvió la vista, dominó el gesto y volvió a mirarlo.

—El esmoquin te sienta de maravilla —le dijo él.

—Canalla.

—Yo también me alegro de verte. Y en un entorno tan apropiado.

Eva no dijo nada, resistiéndose a la furia que la había invadido al darse cuenta de

que Brian debía de haber sido quien puso en contacto a Charles con la Biblioteca de Oro y el que la había enviado a ella a la cárcel, sabiendo que era inocente. Mientras Chapman hacía presentaciones formales, ella se esforzaba por mantener la calma. Después, evaluó la situación. Aparte de los ocho miembros del club de bibliófilos, solo estaban en la sala el sumiller y Preston. A este todavía le colgaban de la mano las toallas de baño. La desconcertaban, e intentó figurarse qué significaban.

—¿Habéis entendido todos las reglas? —preguntó Chapman.

Cuando recibió como respuesta un coro de síes, dijo:

—Pues que empiece el torneo. Petr, te toca a ti el primero este año.

—Sócrates, del 469 o 470 al 399 antes de Cristo —dijo un hombre con barba y pelo cortado con elegancia—. Es bien sabido que se le cuenta entre los fundadores de la filosofía occidental. Lo que la mayoría de la gente no sabe es que en su república utópica, gobernada por reyes filósofos, se valoraban las ventajas de un sistema de castas y se defendía con energía el derecho de los ejércitos a conquistar y a colonizar. A Hitler debía de encantarle. Vuestro desafío consiste en encontrar el manuscrito iluminado en el que se muestra a Sócrates como un payaso que enseña a sus discípulos a engañar a sus acreedores para librarse de las deudas.

Eva se aclaró la garganta.

—No existe ninguna historia real de tiempos de Sócrates que trate de él ni de Grecia —dijo. Disimulando su nerviosismo, miró a Yitzhak; pero este negó con la cabeza. No conocía la respuesta. A Eva le vino algo a la cabeza, pero lo había leído hacía mucho tiempo, en la universidad.

—Pero sí tenemos obras de teatro y otros escritos. Lo que recuerdo es *Las nubes*, la antigua comedia de Aristófanes.

Miró al interrogador, con la esperanza de leer en su rostro si estaba en lo cierto. La expresión del hombre no desvelaba nada.

Yitzhak buscó en la lista la situación del manuscrito, y los dos caminaron rápidamente a lo largo de una de las largas paredes, buscándolo. Yitzhak tomó con las dos manos un volumen de oro incrustado de zafiros y se lo entregó a Petr Klok.

Hubo una larga pausa mientras esperaban su respuesta.

Klok tomó el libro con gesto airoso y lo puso de pie sobre la mesa para que todos lo admiraran.

—El mundo solo conoce once comedias completas de Aristófanes, aunque él escribió cuarenta. La Biblioteca de Oro posee la colección entera.

Hubo una alegre salva de aplausos.

Eva y Yitzhak se cruzaron miradas de alivio.

Chapman puso fin a los aplausos.

—Thom, te toca a ti. Procura vencerlos, ¿quieres?

Judd abrió la puerta trasera del edificio principal y se deslizó en el interior,

seguido de Tucker. Con las M4 dispuestas, escucharon por si se oía algo y observaron una pared de cristal en la que se veía el estanque y las palmeras, iluminadas con focos, que habían visto en las fotos de la NSA. No oyeron nada; caminaron silenciosamente pasando ante puertas cerradas y entraron en un salón enorme que se extendía a lo largo de la parte frontal del edificio, con ventanales por los que se veía el panorama del mar. La pared de cristal rodeaba la esquina del lado oeste, con puertas dobles y pesadas, también de cristal, que daban a un camino de mármol que conducía hacia las pistas de tenis, la piscina, y, más lejos, el helipuerto.

Se veía a dos centinelas de patrulla, que miraban hacia el exterior, no hacia la casa.

—Todo bien, de momento —murmuró Judd. Sacó el aparato de seguimiento.

Pero cuando corrían hacia las escaleras próximas a los ascensores, sus radios crujieron. Las descolgaron de los cinturones y miraron hacia el exterior. Los dos centinelas también estaban cogiendo sus radios. Y ya se veía a un tercer centinela que hacía lo mismo.

Tucker soltó una maldición, y los dos pulsaron sus botones de recibir.

—Tres bajas —dijo, cortante, la voz incorpórea—. Reunión tras la caseta de la piscina. Ya.

—Es cuestión de tiempo que se figuren que estamos dentro —dijo Tucker, mientras corría ante las cajas de embalaje hacia la puerta de las escaleras y la abría de un tirón.

Con las M4 preparadas, bajaron corriendo un tramo de escaleras, miraron por el cristal de la puerta y vieron una cocina en pleno funcionamiento. Bajaron corriendo otro tramo. Por el cristal de la ventana se veía un pasillo vacío con puertas cerradas.

Mientras descendían a toda prisa un tercer tramo, Judd susurró:

—Eva está en este piso.

Vieron por la puerta una zona de estar con sofás y butacas cómodas. No había nadie a la vista.

Judd tomó aire, lo expulsó y se deslizó a través de la puerta, en cuclillas, sujetando la M 4 en las dos manos. Tucker llegó a su lado al cabo de un instante. No había nadie por allí.

Con el corazón palpitándole con fuerza, Judd corrió por el pasillo, observando el aparato, y se detuvo. Eva. Abrió de un tirón con una mano los pestillos de la puerta e hizo girar el picaporte.

—¿Eres tú, Judd? —dijo Roberto Cavaletti, mirándolo desde el suelo, esbozando una sonrisa en su rostro magullado—. Estás rubio —comentó, mientras se ponía de pie apresuradamente.

—¿Dónde está Eva?

—En la Biblioteca de Oro —dijo. Corrió hacia ellos—. Me dio su tobillera para

que me encontraseis y yo pudiera avisaros. Oímos las conversaciones de los guardias… Todos los que asisten al gran banquete llevan pistola. Se llevaron allí a Eva y a Yitzhak para que participaran en no sé qué juego mortal. Si se equivocan, nos matarán a todos. Pero si aciertan, creo que tienen pensado asesinarnos igual.

—¿Dónde está la biblioteca? —preguntó Judd, muy serio.

CAPÍTULO

71

Provincia de Jost, Afganistán

Syed Ullah se reunió con el reportero y con el cámara pakistaníes en la mezquita y los llevó en su coche hasta las afueras de la población dormida. Aparcó cerca de los restos de unas chozas de adobe, y los tres descendieron del vehículo, abrigados con largos plumíferos para protegerse del frío de la noche. Ullah olisqueó, percibiendo el fuerte olor del estiércol animal.

—Haga el favor de volverse, general —dijo el reportero.

El cámara le indicó la posición. Los dos eran de la respetada PTV, la televisión nacional de Pakistán, cuyos programas de noticias solían ser citados por los medios de comunicación y las agencias de prensa de todo el mundo.

—Les habla Asif Badri.

El reportero sostenía en la mano un micrófono, y miraba a la cámara con seriedad.

—Esta noche estoy en la provincia de Jost, en Afganistán. Me acompaña el estimado general Syed Ullah, héroe muyahidín legendario de la guerra contra los soviéticos. Dígame lo que hay a lo lejos, general.

La cámara enfocó a Ullah. Este adoptó su expresión más seria, y habló al micrófono del reportero mientras señalaba con su AK-47.

—Eso es una base militar secreta americana. Unos quinientos soldados.

Hizo una pausa. No quería insultar del todo a los oyentes estadounidenses, sobre todo en vista de que pensaba ganar mucho dinero con Chapman. Siguió hablando, midiendo con cuidado sus palabras.

—Están aquí para eliminar las actividades ilegales, y en general se comportan bien. Por desgracia, existe un grave problema.

La cámara encuadró la base militar, con sus grandes focos encendidos dentro y a su alrededor, envuelta en las redes especiales que se extendían como un gran toldo hasta mucho más allá de los muros. Por encima de las redes había noche oscura; por debajo, luz como la del día. Era una imagen dramática que ilustraba el ingenio técnico de los infieles y su temible capacidad para engañar al mundo.

—¿Su Gobierno nacional conoce la existencia de esta base? —preguntó el reportero.

—Kabul lo ignora por completo —mintió el señor de la guerra.

—Dijo usted que había un grave problema. Háblenos de ello.

—Es una historia triste —se lamentó Ullah, abrazando su fusil—. Los americanos se quejan de las diferencias entre nuestras tribus, pero ellos también tienen las suyas. En el deporte, la política, la religión… y los negocios. No olvidemos que su tasa de asesinatos es una de las mayores del mundo. Uno de mis hombres oyó por casualidad a un soldado americano que hablaba con otro, en una población gobernada por otro general. Ellos tienen también su base secreta en las montañas. Esos soldados están muy enfadados con los que tenemos aquí. Lamento decirles que todos ellos se dedican al contrabando de drogas y a la exportación de heroína. Como sabrán, es un negocio muy lucrativo —comentó, sacudiendo la cabeza con tristeza—. Los otros soldados tienen pensado asesinar a los de aquí, esta noche, porque les han estado quitando el negocio.

—¿Ha informado usted a Kabul?

—¿Qué pueden hacer ellos? Aquí mando yo, y en la otra población manda otro general. No podemos hacer nada contra las armas de los americanos, que son muy superiores. A mí solo me queda poder contárselo al mundo, con la esperanza de que no vuelva a suceder nunca una cosa así. Es una tragedia —suspiró.

El reportero desconectó su micrófono.

—¿Lo has grabado todo, Ali?

El cámara asintió.

—¿Cuándo vamos a la base? —preguntó el reportero a Ullah.

Ullah miró hacia las colinas y señaló con su AK-47 los faros de dos vehículos. Su hijo Jasim iba en el primero, acompañado de Hamid Qadeer, que hablaba perfecto inglés con acento americano.

—Ya salen de las montañas —les dijo—. Esos dos vehículos son Humvee americanos. Mi informante dijo que habría unos doscientos soldados en total. La llegada de los Humvee quiere decir que los demás ya están en posición. En cuanto los Humvee estén dentro de la base, su plan consiste en matar en silencio a los soldados de la torre de vigilancia y abrir las puertas. El resto será inevitable. Suban a mi coche. Los acercaré. Debemos ir despacio y sin luces. Podrán filmar la acción desde el exterior; y, cuando haya terminado, serán los primeros en dar constancia de los resultados de la terrible matanza.

CAPÍTULO

72

Isla de Pericles

Todos los reunidos en la Biblioteca de Oro observaban a Preston, que estaba de pie delante de la puerta, con su M4 y sus gruesas toallas de baño, escuchando un mensaje por su radio. Ante los ojos de Eva, se acercó a Chapman y le habló en silencio al oído.

—Caballeros, puede que tengamos visitas —anunció Chapman con agrado—. Sacad las pistolas.

Los hombres pusieron rápidamente las armas sobre la mesa, junto a los manuscritos iluminados. Aunque resultaba evidente que habían bebido, tenían las manos firmes y se movían con autoridad. Eva consideró que tenían también un trasfondo de entusiasmo. Tenían verdadera impaciencia por disparar sus pistolas.

Eva cruzó una mirada de inquietud con Yitzhak.

El sumiller se adelantó con botellas de coñac. Sirvió primero en la copa de Chapman, terminando la botella, y abrió después una botella nueva para llenar las copas de los demás hombres.

Mientras el sumiller volvía a su botellero, todos miraron a Chapman.

Eva y Yitzhak ya habían respondido correctamente a siete de las ocho preguntas del torneo. La emoción competitiva de los hombres que rodeaban la mesa de banquetes casi se podía palpar mientras aguardaban el último desafío, el que propondría el director, Martin Chapman.

—Jesús de Nazaret, llamado el Rabino y, más tarde, Jesucristo, nacido entre el 7 y el 2 antes de nuestra era y muerto entre el 26 y el 36 de nuestra era —dijo Chapman —. Jesús fue líder de un movimiento apocalíptico, sanador por la fe, agitador de masas y, con Juan el Bautista, fundador del cristianismo. Los estudiosos concuerdan en que los cuatro evangelios canónicos que narran su vida (los de Mateo, Marcos, Lucas y Juan) no fueron escritos por ninguno de los primeros discípulos ni por testigos de vista, aunque lo más probable es que se redactaran en el primer siglo después de su muerte. Vuestro desafío consiste en encontrar en la biblioteca el texto donde Jesús dice a uno de sus discípulos que «superará» a los demás y que aprenderá «los misterios del reino».

Eva no recordaba ninguna de las dos citas. Miró a Yitzhak, y este sacudió la

cabeza con inquietud. Se apartaron para estudiar la lista. Había tres posibilidades. La primera era la Biblia Vulgata de san Jerónimo, de principios del siglo V. La segunda era la *Vetus Latina* , que se recopiló antes de la Vulgata. La tercera era más antigua todavía, un libro cuyo título, traducido, equivalía a *Los evangelios viejos*. Leyeron las descripciones.

—Intenta engañarnos aludiendo a Mateo, Marcos, Lucas y Juan —susurró Yitzhak.

Eva había llegado a la misma conclusión.

—¿Crees que estará en el libro gnóstico de Judas?

El único texto conocido del Evangelio de Judasse había escrito mil setecientos años atrás, se había descubierto de forma fragmentaria en el desierto egipcio, en 1945, y se había reunido y traducido del copto en 2006, que era cuando lo había leído ella.

—Eso creo.

—Entonces, la única posibilidad es el tercero, *Los evangelios viejos*, aunque es anterior a los gnósticos.

—Deslúmbralos —dijo él, con un brillo de ira en los ojos.

Eva se volvió hacia la mesa. Las copas de coñac arrojaban destellos. Los hombres la observaban con miradas calculadoras.

Hizo una pausa.

—En el Nuevo Testamento, Judas Iscariote traiciona a Jesús ante los romanos por treinta monedas de plata —dijo por fin—. El Evangelio de Judas dice precisamente lo contrario: que la idea es de Jesús, y que este pide a Judas que lo haga, para que puedan sacrificar su cuerpo en la cruz. Si Jesús pidió a Judas que hiciera tal cosa, en efecto, es lógico que pudiera haberle animado diciéndole que «superaría» a los demás discípulos, y que aprendería «los misterios del reino». Por lo tanto, la cita es de *Losevangelios viejos*. Según la lista que se nos ha entregado, el libro contiene bastantes, entre ellos los de Santiago, Pedro, Tomás, María Magdalena, Felipe… y Judas.

¿Tenía razón? No era capaz de leer nada en el rostro de Chapman. Yitzhak ya caminaba a lo largo de la pared. Eva lo siguió, pasando ante una sección dedicada al Corán y a otras obras islámicas antiguas. Junto a estas se guardaban las biblias y la literatura cristiana.

Yitzhak miraba fijamente un manuscrito cubierto de oro batido. Tenía en el centro un diseño sencillo, de topacios azules pequeños que formaban la silueta de un pez. Yitzhak tomó con precaución el viejo libro y se lo llevó a Chapman.

Eva sentía una opresión en el pecho. Se forzó a sí misma a respirar.

—Maldita seas —dijo Chapman, tomando el libro—. Tienes razón. *Los evangelios viejos* es un original, escrito en pergaminos, que Constantino el Grande

mandó reencuadernar y cubrir de oro a principios del siglo IV. Es pregnóstico; se redactó en el siglo I de nuestra era, en la época en que se estaban recopilando los libros de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Podría afirmarse que es tan correcto como el Nuevo Testamento.

Acarició el libro.

—Este libro tiene un poder considerable. Refuta el mito del cristianismo monolítico, y demuestra lo diverso y lo apasionante que fue en realidad el movimiento en su etapa temprana.

Hubo una salva de aplausos entusiastas… dedicados a Chapman, no a Eva y Yitzhak. Chapman puso de pie sobre la mesa el manuscrito iluminado, junto a su pistola, y le dedicó una sonrisa.

Los hombres alzaron las copas de coñac.

—Buena pregunta, Marty —dijo uno.

—Eso, eso.

Bebieron.

Chapman, después de tragarse el coñac y de dejar su copa en la mesa, miró a Eva y a Yitzhak frunciendo el ceño, e hizo una señal por detrás de su silla a Preston.

El jefe de seguridad acudió a su lado inmediatamente, con la M 4 en una mano, las toallas en la otra.

—¿Ya? —preguntó Preston—. Con mucho gusto.

Preston dejó el fusil de asalto apoyado contra la mesa y se sacó la pistola de la funda que llevaba al cinto. Los hombres tenían la vista clavada en él, mientras avanzaba con las dos toallas hacia Eva y Yitzhak.

—La Secta de los Asesinos en su época moderna —dijo Yitzhak, retrocediendo —. Para eso son las toallas. Servían para cubrir los orificios de entrada y salida de las balas, para controlar las salpicaduras de sangre.

CAPÍTULO

73

Judd, Tucker y Roberto corrieron por el pasillo silencioso, hacia las escaleras. Judd vio al momento que ambos ascensores descendían. Dejándolos atrás, abrió de un tirón la puerta de las escaleras y oyó fuertes pisadas que descendían desde lo alto y resonaban en las paredes de piedra. Hacían un ruido como el de un batallón.

—¡Corred!

Judd, seguido de Tucker y de Roberto, se abalanzó escaleras abajo hasta el cuarto nivel y miró por el cristal de la puerta, que daba a una antesala formal. Se coló por la puerta, sujetando el fusil de asalto con ambas manos, seguido de cerca por Tucker. Por allí no había nadie.

Tucker sacó a Roberto de las escaleras de un tirón, cerró la puerta, le echó el cerrojo y metió al hombrecillo en un rincón, junto a un armario alto, donde no estaría a tiro.

Judd señaló con la cabeza una enorme puerta de madera tallada.

—La Biblioteca de Oro —dijo.

Pero, antes de poder asaltarla, todavía tendrían que hacer frente a los equipos de seguridad que llegarían en los ascensores.

—Eso parece —asintió Tucker.

Judd echó cuerpo a tierra, mirando a uno de los dos ascensores. Tucker se tendió frente al otro. Apuntaron con sus M4.

El primer ascensor que llegó fue el de Tucker. Iban en él cuatro guardias. Tucker los barrió con una ráfaga de fuego automático, produciendo un gran estrépito. Los guardias, totalmente sorprendidos, no tuvieron tiempo de apuntar.

Mientras los guardias del primer ascensor intentaban apoyarse unos en otros y en las paredes de la cabina, empezaron a abrirse las puertas del ascensor que cubría Judd. Esta vez, los disparos empezaron a sonar desde dentro de la cabina, pero iban apuntados a media altura, hacia un supuesto enemigo que estuviera de pie. Judd respondió al fuego inmediatamente, barriendo los cuerpos de los cinco hombres. Estos se tambalearon y se derrumbaron, con ríos de sangre en el pecho. El aire se llenó de un desagradable olor metálico.

Judd y Tucker se adelantaron de un salto y dejaron bloqueados los dos ascensores.

Roberto ya estaba ante la gran puerta de madera de la biblioteca, con los ojos muy abiertos y mirada de determinación.

—No entres ahí —le ordenó Tucker con voz cortante, desde el otro lado de la sala.

Al otro lado de la ventana de la puerta que daba a las escaleras apareció un guardia que tiró del picaporte, intentando abrir. Había otros guardias detrás de él, en los escalones que subían. El guardia vio a Judd y a Tucker. Mientras disparaba a través del cristal, ellos echaron a correr. Las balas levantaban esquirlas en las paredes y rompían espejos.

Cuando Judd y Tucker llegaron hasta Roberto, se produjo un silencio repentino; estaban fuera del alcance visual del guardia, que tardaría pocos segundos en forzar la puerta. Cuando volvieron a silbar las balas, Judd cruzó una mirada con Tucker. Tucker se puso delante de Roberto y aprestó su fusil de asalto.

Judd entornó levemente la pesada puerta tallada; advirtió inmediatamente que tenía un núcleo de acero macizo, bisagras invisibles y mecanismo neumático. Era una puerta de sala acorazada. Imposible atravesarla con disparos de una M4, y no tenía una cerradura que se pudiera forzar.

Pasaron al interior, agachados, empuñando las armas. Mientras Tucker echaba de golpe los pestillos de la puerta a su espalda, cerrando el paso a los guardias, Judd vio las ocho pistolas con que les apuntaban unos hombres que estaban de pie alrededor de una mesa grande de comedor. Inspeccionó rápidamente la sala.

A la derecha estaba un sumiller asustado, encogido ante un botellero, con la mano dentro de la chaqueta de su esmoquin, sujetándose el corazón. Más allá, ante la misma pared, estaba agachado Yitzhak, con la calva empapada de sudor. Eva estaba cerca de él, tendida en el suelo, desmadejada. Cosa extraña, ambos iban vestidos de esmoquin. Preston levantó la pistola con la que apuntaba a Eva para dirigirla hacia Judd y Tucker. Llevaba pantalones vaqueros y una chaqueta de cuero negra, como la última vez que lo había visto Judd, y dejó caer dos toallas que llevaba en la mano.

—Judd, ¡qué sorpresa tan agradable! —estaba diciendo Martin Chapman—. Creí que no volvería a tener el gusto de verte.

Alto y elegante, estaba de pie ante la mesa del banquete, con la espesa cabellera blanca suelta, un brillo de burla en los ojos azules, apuntando con calma con su pistola.

Judd clavó la mirada en el antiguo amigo de su padre.

—¿Eres tú el que mandó matar a mi padre? Hijo de perra.

Mientras lo invadía una oleada de furia, sintió que Tucker lo contenía poniéndole una mano en el brazo.

—La verdad es que Jonathan se lo hizo a sí mismo —dijo Chapman—. Yo intenté convencerlo para que no lo hiciera; pero ya sabes lo cabezota que podía llegar a ser. No era razonable en absoluto. Lamento que lo hayamos perdido. Todos lo apreciábamos mucho.

Hizo una señal con la mano que tenía libre a los demás hombres que estaban alrededor de la mesa. Estos salieron y se pusieron en fila a ambos lados de Chapman, sin dejar de apuntar con firmeza a Tucker y a Judd.

Judd estudió a los hombres, ataviados con ropa cara de etiqueta. Todos medían un metro ochenta o más, y sus edades iban desde poco más de los cuarenta hasta algo menos de setenta años. Perfectamente arreglados y con cuerpos fuertes y atléticos, tenían un aire inconfundible de orgullo y de confianza. Su semejanza resultaba estremecedora.

—Yitzhak —exclamó Roberto, corriendo por el borde de la sala y pasando por delante del sumiller.

El sumiller contemplaba la escena abriendo desmesuradamente los ojos. Era un hombre de sesenta y tantos años, con arrugas marcadas y gruesa nariz roja; se apreciaba su afición desmedida al vino.

—Chist —le advirtió Yitzhak.

Roberto se dejó caer al suelo junto al profesor. Preston miró hacia ellos, y Eva le tiró una patada a la pierna.

Preston retrocedió y la apuntó con su pistola.

—¡Arriba! —le gritó.

Judd advirtió que varios de los hombres de esmoquin se tambaleaban. Los que estaban más próximos a la mesa se apoyaban en ella.

Chapman también lo notó. Extrañado, miró la fila de hombres que tenía a izquierda y derecha.

A dos les fallaron las rodillas y cayeron.

—¿Qué demonios…? —dijo el de más edad. Se llevó la mano a la frente y se derrumbó.

—Maldita sea —exclamó otro, mirándose la mano con que empuñaba la pistola. Le temblaba sin control.

Dos más se esforzaban por mantenerse de pie. Por fin, los tres cayeron al suelo.

—El coñac… debía de estar envenenado —dijo el más joven a Chapman. Eran los dos últimos que seguían de pie. Ambos volvieron las pistolas hacia el sumiller.

El sumiller sacó la mano que tenía apoyada en el corazón, y, en ella, una Walther de nueve milímetros. De un solo movimiento regular, disparó dos veces. Una bala dio al hombre más joven en la cabeza, y la otra destrozó a Chapman la mano con que empuñaba la pistola.

Chapman, tambaleándose, cogió la M 4 con la otra mano.

Al mismo tiempo, Preston apartó a Eva de un empujón y echó a correr a lo largo de la pared cubierta de libros, apuntando al sumiller. Antes de que este pudiera volverse para disparar, Preston descargó un tiro que atravesó el hombro del sumiller. Judd, desde el otro lado de la sala, metió una ráfaga de tres proyectiles en el pecho de

Preston.

Preston se quedó paralizado. Una expresión de furor se marcó en sus rasgos aristocráticos al ver la sangre que se le extendía sobre el corazón. Avanzó dos pasos más.

—No sabéis lo que hacéis —dijo—. Hay que proteger los libros…

Se derrumbó de frente, sobre el rostro, con los brazos flácidos a los costados. Relajó los dedos, y el fusil le cayó con ruido metálico al suelo de mármol.

El sumiller, haciendo caso omiso de Chapman, corrió hasta Preston y se apoderó de su pistola.

—Buen tiro, Judd, Gracias —dijo. Palpó la arteria carótida de Preston, mientras a él mismo le corría la sangre por la chaqueta.

—¡Idos todos al infierno! —gritó Martin Chapman mientras apuntaba a Judd con la M 4, con el dedo pálido en el gatillo.

Judd apuntó.

—¡No! —gritó el sumiller desde donde estaba agachado—. ¡Necesitamos a Chapman vivo!

Nadie se movió. Chapman frunció el ceño, apuntando con su arma a Judd, que lo tenía apuntado a su vez. Parecía que la sala vibraba con la tensión.

Después, Chapman desarrugó el ceño. Le asomó un brillo a los ojos y habló con tono más cálido.

—Judd, has de saber que tu padre siempre había albergado la esperanza de que tú llegases a ser miembro de nuestro club de bibliófilos.

Señaló con un ademán ampuloso de su mano libre ensangrentada la gran extensión de libros enjoyados.

—Estos también pueden ser tuyos. Piensa en la historia, en la misión que heredamos tu padre y yo. Es sagrada. Ahora que Brian ha muerto, nos faltan tres miembros. Únete a nosotros. A Jonathan le habría agradado muchísimo.

Eva, a espaldas de Chapman, lo había estado observando. Judd, que aparentaba tener la vista clavada en Chapman, vio que Eva se estaba quitando los zapatos.

—¿Sagrada? —repuso Judd—. Lo que tenéis aquí no es una misión. Es un egoísmo horrible.

Eva, en calcetines, cruzó corriendo el suelo de mármol, con la cabellera negra al aire, los ojos entrecerrados. Se arrojó hacia delante, sobre el vientre, y se deslizó en silencio bajo la mesa del banquete.

Chapman dedicó a Judd una sonrisa irónica.

—Como dijo John Dryden, «Los secretos son armas afiladas, y no deben tocarlos los niños ni los necios». A ti se te crio enseñándote a apreciar el valor inmenso de esta biblioteca tan notable. Nadie puede cuidarla, estimarla, mejor que nosotros. Tienes la responsabilidad de ayudarnos…

Eva, incorporándose, arrojó los hombros contra las corvas de Chapman. Este vaciló, y cayó por fin con un gruñido, dándose un gran golpe contra el suelo. Perdió la M 4. Soltó una sonora maldición, e intentó recuperarlo a toda prisa.

Pero Eva lo recogió y rodó sobre sí misma, y Judd, Tucker y el sumiller cayeron sobre ellos. Los cuatro rodearon a Chapman, apuntándolo con sus armas.

Chapman, enrojecido, se cubrió con la mano sana la mano ensangrentada, que apoyaba a su vez en la pechera plisada de su camisa de esmoquin, y miró a su alrededor a sus compañeros caídos, y después, volviendo la cabeza, el cadáver de Preston. Por último, levantó la vista con rabia. En los ojos se le leía una furia profunda y un resentimiento extraño.

—¿Quién eres? —preguntó al sumiller.

—Llámame *Dominó* —dijo el sumiller con voz ronca. Tenía la cara ancha, y era bajo y fornido—. El Carnívoro te envía recuerdos —añadió—. Tengo la orden de recordarte que ya te advirtió de sus reglas. Después, debo quitarte de en medio.

—Todavía no estoy muerto, gilipollas. ¿Qué les has hecho?

—Ácido gamma-hidroxibutírico, GHB. Insípido, inodoro e incoloro. Una droga que usan los violadores. En el coñac, por supuesto, en el de la botella *nueva*. Se despertarán dentro de unas horas, con fuertes dolores de cabeza. Os he estado oyendo hablar. Dinos lo que va a pasar en Jost, en Afganistán.

—¿Por qué os lo iba a decir?

Judd no tenía idea de lo que quería decir Dominó; pero lo había enviado el Carnívoro, y aquello le bastaba. Las cuatro armas se movieron levemente, apuntando a la cabeza de Chapman.

—¡Dínoslo! —dijo Judd.

Chapman miró sucesivamente las armas.

—¿Y qué gano con decíroslo?

—Quizá salgas vivo, como un hijo de perra con suerte —dijo Judd—. Pero si tenemos que matarte ahora, tampoco tendrá importancia. Tus amigos se despertarán, y alguno de ellos hablará.

Chapman parpadeó despacio. Después, se sentó en el suelo y contó la historia de una mina de diamantes olvidada en Afganistán y de un señor de la guerra que iba a eliminar a los combatientes talibanes para que se cerrara la base militar y Chapman pudiera comprar aquella tierra.

—Ya es demasiado tarde para hacer nada al respecto —concluyó Chapman—. La acción se está produciendo ahora mismo. Además, en último extremo nos beneficia a todos. De hecho, beneficia a todo el mundo. No os interesa detenerla.

—¡Condenado estúpido! —explotó Tucker—. ¿Crees que puedes fiarte de las promesas de un señor de la guerra? Solo hará lo que le parezca que le interesa más. Las cosas pueden salir de una docena de maneras distintas, y ninguna nos va a gustar.

Lo que es peor, los Estados Unidos mantenemos esas bases secretas porque Kabul nos necesita. Esto podría hacer caer el gobierno y hacer estallar otra guerra sangrienta. ¿Dónde hay un teléfono por satélite? —preguntó, recorriendo la sala con la vista.

Mientras Dominó le entregaba uno, se oyó un golpe sordo en la puerta. Los guardias ya debían de haberse abierto camino hasta la antesala y se disponían a acceder a la biblioteca por la fuerza. Volvió a reinar la preocupación en la sala.

—Puede que dispongan de algo más potente que las M4 —dijo Judd, escuchando.

Tucker asintió con la cabeza y se puso a marcar números en el teclado del teléfono, mientras los demás seguían en silencio, atrapados.

CAPÍTULO

74

Provincia de Jost, Afganistán

Sam Daradar empezaba a notar el frío penetrante de la noche de Jost. Estaba plantado ante la ventana abierta de la torreta de vigilancia, con los soldados Abe Meyer y Diego Castillo. Inspeccionó las luces de los faros de los Humvee que se veían a lo lejos y que venían hacia ellos uno tras otro. Entre la noche oscura daban impresión de soledad y de peligro.

—¿Alguna señal de problemas? —preguntó Sam.

—No, señor —dijo Meyer—. Todo tranquilo, como de costumbre.

—Llámalos por la radio.

Meyer encendió su aparato.

—Teniente, el capitán quiere hablar con usted.

Sam Daradar pulsó el botón de su propia radio.

—¿Por qué se han retrasado?

Se oyeron por la radio toses en el Humvee.

—Perdone, señor. Creo que me estoy resfriando. Hicimos un reconocimiento adicional por la Punta de los Contrabandistas. Tuve una corazonada y quise comprobarla; pero no había nadie allí ni en el valle.

El teniente hablaba con una voz tan tomada, que resultaba casi irreconocible.

Sam maldijo para sus adentros. Lo que menos le convenía en esos momentos era que se extendiera una enfermedad por la base.

—¿Han visto algo en alguna otra parte?

—No, señor. Todo tranquilo como una tumba.

El hombre carraspeó.

—Quiero un informe completo cuando lleguen —dijo Sam, y cortó la conexión.

—Voy a salir —dijo.

Bajó de la torreta y pasó ante los sacos terreros que estaban apilados contra el muro. Allí cerca estaban los barracones Sea Hut donde se albergaban los comedores y el Centro de Operaciones Tácticas, y, más allá, los otros, tipo Butler Hut, donde dormían sus hombres. Se desactivó el cierre de la puerta, y esta se entreabrió lo suficiente para que él pudiera salir al exterior.

Caminando aprisa por la zona iluminada, llegó a la oscuridad y redujo el paso.

Esperó a que se le acostumbraran los ojos a la penumbra, y recorrió con la mirada las tierras altas que ascendían hasta convertirse en colinas, y, después, las montañas de altas cumbres. A su izquierda estaba la población. Apenas distinguía su silueta general. Había algunas luces. Nada fuera de lo común. La luz de la luna iluminaba los arbustos y los grupos de árboles de las proximidades de la base. Se había levantado un viento que suspiraba. Sam buscó movimientos con la vista, escuchó los sonidos, olfateó en busca de olores. Estaba retrocediendo al siglo XVI tanto como los demás habitantes de la región.

Dio media vuelta y se apresuró a volver al interior de la base y a subirse a la torreta. Cuando volvió a apostarse tras la ventana, advirtió un movimiento que procedía de la población. Era un vehículo de algún tipo; la luna iluminaba su superficie plateada. Era raro que no tuviera encendidos los faros.

Se puso unos prismáticos de infrarrojos y miró por ellos. Maldición: era el Toyota Land Cruiser de Syed. Mientras lo observaba, el vehículo se detuvo y se apearon tres personas, Ullah entre ellos. Hablaban entre sí, mirando hacia la base. Después, uno se llevó algo al hombro y apuntó con ello. Sam miró atentamente. Parecía una cámara de cine. ¿Qué demonios estaba pasando?

Cuando los Humvee estaban a unos cuarenta metros de la base, mandó abrir las puertas.

Sonó la radio. La cogió, esperando que sería el teniente, para decirle que también él había visto a Ullah.

En vez de ello, oyó la voz de un desconocido que le decía:

—Capitán Daradar, le paso con Tucker Andersen, de la CIA. Tiene una información importante para usted.

Un instante después, sonó una voz fuerte que anunció:

—Aquí, Andersen. Tengo que contarle una cosa. Abreviaré.

Sam lo escuchó con inquietud creciente.

Cuando Andersen hubo terminado, Sam dijo:

—No se han producido ataques en la población ni en ninguna de las chozas que se ven desde aquí. Ahora vuelve a la base una patrulla. He hablado hace un rato con el teniente, y me dijo que todo estaba en calma también por estos parajes. Pero Ullah está en la llanura, aquí cerca, con otras dos personas, y parece como si estuvieran grabando la base en película. Puede que sea el equipo de noticias pakistaní del que le habló a usted su informante.

—¿Conoce usted en persona a Syed Ullah?

—Todo lo bien que puede conocerlo una persona de fuera.

—¿De qué es capaz?

—De cualquier cosa —respondió Sam sin vacilar.

Puso fin a la comunicación, y ordenó escuetamente al soldado Meyer:

—Dé la alarma. Quiero a todos los hombres en sus puestos, y los demás, aquí. Cierre la puerta en cuanto hayan entrado los Humvee.

Mientras sonaba con estrépito la sirena de alarma y se transmitían las órdenes por los altavoces, Sam tomó su fusil de asalto y bajó aprisa de la torreta. Se apostó muy por detrás de ella, en un punto que no se veía desde la puerta. Los Humvee se detendrían en una zona bien iluminada, de tierra apisonada, ante él. A los pocos segundos acudieron a su lado un teniente y un cabo.

—¿Qué pasa, señor? —preguntó el teniente.

—Todavía no lo sé —dijo Sam. Tenía la sensación de que ya conocía la respuesta, pero esta no le gustaba—. ¿Algunos de los hombres tienen resfriados o infecciones por virus?

El teniente y el cabo negaron con la cabeza.

—Ya me figuraba que no. Puede que me equivoque, pero no podemos correr ningún riesgo. Creo que en esos Humvee pueden venir hombres de Ullah.

Sam dio instrucciones al teniente.

Cuando fueron llegando más soldados, el teniente ordenó a la mitad que se quedaran con Sam, y corrió con los demás hasta el otro lado de la puerta, donde también quedarían ocultos a la vista.

Los Humvee entraron en la base con rugido de motores. Sam se asomó por el borde de la torreta para mirarlos. Los tiradores que iban en las cúpulas llevaban uniformes y cascos del Ejército de los Estados Unidos. Iban con la cabeza baja sobre sus ametralladoras, como si dormitaran. Sam no les veía la cara, y los que iban en el interior tampoco resultaban visibles a través de los vidrios oscuros. Pero los vehículos tenían orificios de bala recientes. Las puertas se cerraron tras los Humvee con ruido metálico.

Sam hizo una señal y cuatrocientos soldados plenamente equipados, armados y con chalecos antibalas salieron en tropel, con tal rapidez que los servidores de las ametralladoras apenas tuvieron tiempo de levantar la cabeza antes de que los arrancaran de las torretas y los desarmaran. Era una exhibición abrumadora de fuerza, hilera tras hilera de fusiles de asalto que apuntaban a los Humvee desde todos los ángulos posibles.

No hubo ningún movimiento durante unos instantes. Después, se abrieron las puertas y salieron más hombres con uniformes del Ejército estadounidense, con M4 militares en las manos, que llevaban levantadas sobre las cabezas. Todos eran afganos. Los soldados estadounidenses les quitaron las armas de las manos y las pistolas de los cinturones.

Sam levantó la vista hacia la torreta de vigilancia y gritó:

—¿Sigue allí fuera Ullah?

El soldado Castillo se asomó para responder.

—Sí, señor. Grabaron la entrada de los Humvee en la base; pero ahora se ha vuelto a apagar el piloto de la cámara.

Sam se abrió camino entre sus hombres para llegar hasta Jasim, el hijo de Ullah, cuya alta figura estaba apoyada contra el primer vehículo, abierta de brazos y de piernas. Tenía la cara hosca. Sam levantó la mano, asió un puñado de tela de la guerrera de Jasim y se la apretó contra la garganta.

—¿Quieres que muera tu padre? —dijo, amenazándolo—. Tengo un francotirador en la torreta —añadió, mintiendo—, y con solo dar la orden, Syed Ullah será una cagada de burro. Dime qué demonios está pasando.

El joven abrió mucho los ojos, pero siguió sin decir nada.

Sam le recordó con dureza que era un pastún.

—Tu primer deber es proteger a tu familia.

Jasim, con voz entrecortada, contó los detalles del plan para invadir la base y matar a todos los soldados.

Sam se encogió de hombros con furia. Dio un fuerte empellón a Jasim, y después lo soltó. Gritó una orden a sus hombres:

—Que os diga dónde han dejado los cuerpos de los nuestros; después, encerradlo. Vamos a salir.

Sam salió de la base a toda velocidad en un Humvee. Sus soldados, en otros Humvee o corriendo a pie, se extendieron en arco sobre la llanura. Los hombres de Ullah surgían de detrás de los arbustos, de agujeros en el terreno y de detrás de los árboles y huían por el paisaje desnudo. Capturarían a la mayoría, aunque alguno se escaparía. Pero Sam tenía clara una cosa: iba a atrapar a Ullah.

Se oyó el ruido lejano de un motor que se encendía, y el Land Cruiser de Ullah trazó una amplia curva.

El Humvee de Sam, y otros dos, avanzaban dando tumbos por aquel terreno a mucha mayor velocidad que el Land Cruiser, y le cortaron el paso cuando entraba en la carretera que conducía a las colinas y a la casa de Ullah.

Sam habló con un megáfono por su ventanilla abierta.

—Abajo. ¡Todo el mundo abajo! ¡Ya!

Se bajó de su Humvee con la M 4 en la mano, y se encontró con Ullah y los otros dos en la carretera de tierra. Acudieron inmediatamente a su lado sus hombres, con las armas levantadas.

La ancha cara de Ullah expresaba sorpresa, interés, amabilidad.

—Capitán Daradar, es muy tarde para que esté usted de patrulla —dijo.

—Buenas tardes, señor Ullah. En mi Humvee hay sitio para todos ustedes. Su hijo pregunta por usted.

Cuando Ullah oyó hablar de Jasim, alzó levemente las cejas, y arrugó después la frente. El gesto fue leve; pero, viniendo del pastún, lo decía todo. Teniendo preso a su

hijo, no solo estaba derrotado por una fuerza superior, sino que estaba acorralado por el código Pashtunwali.

—Deme su fusil —le ordenó Sam.

Ullah hizo girar su AK-47 con gesto airoso, esbozó una sonrisa encantadora y se lo entregó ceremoniosamente, con la culata por delante, como el vencido que reconoce una derrota… de momento.

Lo que hubiera querido hacer Sam sería pegar un tiro al condenado señor de la guerra y brindar a los periodistas la entrevista de sus vidas; pero aquello no gustaría al Gobierno de Kabul ni al tío Sam.

—Suban. Nos volvemos a la base para tomarnos un té americano.

CAPÍTULO

75

Isla de Pericles

Hubo una leve explosión, y la puerta de la Biblioteca de Oro se deformó. Los guardias tardarían pocos minutos en entrar. A pesar del potente sistema de ventilación, parecía que el aire de la sala estaba más cargado. Mientras Eva se ponía de pie y Tucker hablaba con Jost, Judd leyó algo en los ojos de Dominó.

—¿Hay algo más?

Dominó asintió con la cabeza y apoyó la Walther en el oído de Chapman.

—Dame tu teléfono por satélite.

Chapman se llevó la mano despacio a la chaqueta del esmoquin y sacó el teléfono.

—No saldréis vivos de aquí —dijo.

Dominó, sin hacerle caso, le arrebató el aparato.

—Yo no puedo hacer esto, Judd, pero tú sí puedes. En Creta hay una fuerza de despliegue inmediato que está preparada para un desembarco rápido. Una mujer llamada Gloria Feit está esperando una llamada tuya o de Tucker. Según me han dicho, no tiene otra manera de ponerse en contacto contigo, y no sabía con seguridad si necesitarías o querrías ayuda.

Mientras sonaba al fondo la voz de Tucker, que hablaba por el teléfono, Eva alzó las cejas con sorpresa.

—¿Cómo has oído hablar de Gloria Feit?

—Ya hablaremos de ello más tarde —dijo Dominó, entregando el teléfono a Judd.

—¡Arquímedes! —exclamó Yitzhak, que se había estado paseando a lo largo de la pared. Bajó un volumen y lo abrió con emoción—. Dios santo, tienen sus obras completas.

Judd ya estaba marcando.

Gloria respondió al instante.

—Ya se ha avisado a la bahía de Souda —dijo por el aparato—. Tres helicópteros Black Hawk con equipos de desembarco por cuerda, con todo su material. Despegarán dentro de cinco minutos. Calcula que tardarán media hora en llegar. Puede que algo más. ¿Podréis aguantar?

—No nos queda más remedio —dijo Judd, y puso fin a la conexión.

Mientras Judd les ponía al día, Tucker terminó su llamada y escuchó.

—*Solo* media hora es una espera muy larga —dijo Roberto con preocupación—. Puede que vuestra gente necesite más tiempo para llegar a la isla; y además, claro está, nosotros estamos aquí abajo. Muy hondos.

Judd sintió una opresión en los pulmones. De pronto, se produjo otra explosión, más fuerte que la anterior. La puerta tembló hacia el interior de la sala, y volaron hacia ellos hilos de humo.

—La mesa —dijo escuetamente Tucker.

Judd, Dominó y Tucker volcaron la mesa sobre un costado. Los vasos y los candelabros se hicieron pedazos al caer al suelo. Hicieron girar la mesa entre los restos hasta que quedó colocada frente a la puerta. Su tablero era de ocho centímetros de mármol sobre diez centímetros de madera, un escudo bastante bueno.

—Meteos detrás —ordenó Judd—. Tú, no —dijo, obligando a Chapman a levantarse de un tirón—. Eva, ocúpate tú de Roberto y de Yitzhak.

Roberto asió a Yitzhak del brazo, lo apartó de los libros y lo metió detrás de la mesa. Eva lo siguió, con la M 4 de Chapman. Volvió la cabeza para echar una mirada a Judd. Este la miró a los ojos y asintió con la cabeza. Ella le dirigió una sonrisa tensa y asintió también.

De pronto, Yitzhak se asomó por encima de la mesa.

—¡No deben dañar la biblioteca!

—¡Ahora no, Yitzhak!

Eva le obligó a bajar la cabeza, y se agachó junto a él.

—Toma tú ese lado de la puerta —dijo Dominó, señalando y corriendo—. Yo defenderé el otro.

Tucker echó a correr inmediatamente. Tal como había hecho Dominó, se situó aplastado contra la pared, con el arma dispuesta. Judd, obligando a Chapman a que se pusiera junto a Tucker, se descolgó del cinturón una granada de fragmentación.

La puerta de la biblioteca se abrió con un ruido atronador; dio contra el mármol, y se deslizó a través de la sala. Una nube de humo gris pasó sobre ellos y empezó a extenderse retrocediendo hacia la antesala. Mientras Judd tiraba de la anilla y arrojaba la granada, bien alta entre el humo de la antesala, sonaron inmediatamente disparos; las balas silbaban ciegamente alrededor de ellos en ráfagas, e iban a dar en las sillas, en la mesa, y en los libros.

—¡No! —vociferó Chapman, volviendo la vista con frenesí mientras explotaban las cubiertas doradas y caían al suelo los volúmenes. Clavó un codo en el costado de Judd, intentando liberarse—. ¡Alto el fuego! Soy Martin Chapman. ¡Alto el fuego, es una orden!

Tucker echó un brazo al cuello de Chapman y lo hizo bajar de un tirón.

La fuerte explosión de la granada en la antesala hizo temblar la biblioteca. El

humo era pesado y acre. Tosieron entre el silencio repentino. Se oían quejidos al otro lado de la puerta.

Judd hizo una señal con la cabeza a Dominó. En cuclillas, con las armas levantadas, giraron sobre sí mismos y vieron los cuerpos de media docena de hombres, dispersos por el suelo de la antesala. Las paredes estaban salpicadas de sangre. Unos cuatro hombres habían perdido miembros que habían salido despedidos, y estaban sobre otros hombres, contra los ascensores y ante las escaleras.

—Vámonos —dijo Judd, poniéndose de pie y gritando hacia la biblioteca—. ¡Deprisa!

Dominó llegó rápidamente a las escaleras; se había guardado la Walther y llevaba una M4 en los brazos. Judd rodeó los cuerpos amontonados y entró en las escaleras, mientras Tucker empujaba a Chapman hacia la antesala. Oyó a su espalda una exclamación de Eva. Después, los pasos rápidos de todos lo siguieron hacia arriba.

—Me parece que nos hemos librado de diez cuando veníamos —dijo Judd a Dominó, que caminaba delante de él—. Otros seis en la antesala. Entonces, quedan unos treinta y cuatro.

—Así es.

—¿Conoces la distribución?

—En el primer piso subterráneo hay un garaje. Está más allá de la cocina, al final del pasillo. No sabrán que lo conocéis vosotros.

—Es más seguro que atravesar la casa —asintió Judd.

De pronto, se oyeron fuertes pisadas que corrían escaleras abajo hacia ellos. Judd levantó la vista y vio un número uno grande pintado en la pared de piedra, que les anunciaba que casi habían alcanzado el primer nivel inferior. Apretaron juntos el paso hacia el rellano, y en ese momento aparecieron dos hombres de seguridad.

Judd, dejándose caer tendido sobre los escalones, se arrancó una granada, tiró de la anilla y la arrojó. Dominó se echó a su lado, y los dos se cubrieron la cabeza con los brazos. La explosión, contenida en el recinto estrecho de las escaleras, fue ensordecedora. Cayó una lluvia de esquirlas de piedra y ellos se levantaron de un salto, atravesaron el humo y empujaron la puerta, que daba acceso a una cocina de alta tecnología. Al principio parecía desierta, pero Judd vio después a los cocineros y camareros, acurrucados contra una pared del fondo.

—¡Al suelo! —gritó, apuntándolos con la M 4.

Mientras los hombres y mujeres se dejaban caer, Dominó corrió a una puerta lateral, la abrió y la dejó sujeta. Se veía por ella un largo pasillo. Volviendo la cabeza a un lado y a otro, corrió por el, observando las puertas cerradas ante las que iba pasando.

Judd abrió la puerta de la cocina y escuchó. Bajaban corriendo por las escaleras más guardias de seguridad.

—¿Estáis enteros? —preguntó Tucker, mientras empujaba a Chapman para hacerlo pasar delante.

Chapman tenía una expresión férrea; los ojos le echaban chispas de indignación.

—Cuando os atrapen mis hombres, os mataré yo en persona.

Judd no le hizo caso.

—Estamos bien —dijo a Tucker—. Dame una de tus granadas. Sigue a Dominó.

Mientras se ponían en camino, llegó Eva con Yitzhak y Roberto. Estos dos jadeaban y no dijeron nada. A Judd no le gustó el aspecto de Yitzhak. La cara redonda del profesor estaba gris, y una gruesa capa de sudor le cubría la calva.

Eva dedicó a Judd una sonrisa de ánimo exagerada, y siguió guiando a Yitzhak y a Roberto hacia el pasillo.

Cuando Judd se quedó solo, se puso en cuclillas, apuntando con la M 4 al personal de la cocina mientras escuchaba los pasos que descendían. En cuanto vio el primer par de pies, tiró de la anilla de la última granada, la hizo rodar hasta el rellano, cerró la puerta y echó a correr. El ruido de la explosión lo siguió a través de la cocina. Calculó mentalmente el número de guardias que quedaban en la escalera, y concluyó que serían dos o tres. No eran muchos. Habría creído que, al oír las primeras explosiones, les enviarían a todos sus efectivos.

Cerró de un portazo la puerta del pasillo y corrió por el mismo hacia el garaje. Pensó que ya habían transcurrido al menos treinta minutos. Roberto había tenido razón. Aunque hubieran llegado ya los helicópteros, tardarían más tiempo. Tendrían que pasar diez minutos, veinte quizá, para que los equipos superaran a los guardias que quedaban y los encontraran a ellos. Procuró quitarse de encima el temor a que no fueran capaces de aguantar tanto tiempo.

Empujó la puerta. Y se quedó helado. Contempló la escena. Dominó estaba arrodillado en el suelo, sujetándose con las manos la parte superior del pecho, donde se le veía una nueva herida de bala. Tenía la chaqueta del esmoquin empapada de sangre, y la cara magullada. Tucker lo estaba ayudando a ponerse de pie, mientras Eva encañonaba con su M4 a Martin Chapman. Mientras tanto, Yitzhak estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, derrumbado sobre su grueso vientre, jadeando, Roberto, preocupado, le frotaba la espalda. Seis hombres de seguridad yacían tendidos en el suelo de hormigón, muertos o inconscientes. Así se explicaba en parte dónde estaba el resto de los hombres de Chapman.

Judd comprobó la puerta al instante. No había manera de dejarla cerrada con llave ni cerrojo.

—Nos estaban esperando —dijo Dominó con calma mientras se levantaba, con la M 4 colgándole de una mano—. Debían de contar con algún sistema de seguimiento que yo no conocía. Tucker llegó justo a tiempo.

—Buen trabajo, los dos.

Dominó asintió con la cabeza. Tucker, con el fusil dispuesto, corrió a través del gran garaje, del que se habían llevado todos los *jeeps* de patrulla, hacia las fauces abiertas de la puerta corredera del garaje. Dominó lo siguió, cojeando.

Judd tenía ahora a un tirador herido, al profesor, que parecía estar en tan mal estado que no era capaz de andar, y a Chapman, al que había que vigilar constantemente. Maldijo para sus adentros. De pronto, se sintió agotado, y advirtió que la herida de su costado le producía un dolor punzante. Se apoderó de un carro para equipajes.

—Vamos, profesor —dijo—. Vas a ir en coche.

Entregó su fusil a Roberto, levantó con suavidad al hombre mayor y lo dejó en la cuna del carro.

—Sube a bordo, Roberto —dijo.

Roberto se sentó junto a Yitzhak.

—Estás bien, ¿verdad? —le preguntó.

El profesor no dijo nada; se limitó a bajar la cabeza una sola vez. Tenía los ojos turbios de dolor.

—Tú primero, Eva —dijo Judd, mirándole al rostro crispado.

—Encantada —dijo ella—. Adelante, Chapman. Estaré detrás de ti —advirtió a este—, y me encantaría pegarte un tiro.

—Soltadme —dijo Chapman, evaluando con su mirada fría la situación debilitada de sus cautivadores—. Diré a mis hombres que se retiren, y os sacaré de aquí.

—Y una mierda —repuso Eva—. Estás vivo. No fuerces tu suerte. Como dijo Horacio, *semper avarus eget*. Eso quiere decir que el avaro siempre necesita más, el avaro canalla como tú.

Lo obligó a seguir adelante aprisa, y Judd los adelantó corriendo, empujando el carro. Tucker estaba a un lado del gran portón del garaje, y Dominó al otro. Los dos miraban al exterior con cautela. Judd volvió la cabeza hacia la puerta de acceso al pasillo para cerciorarse de que seguía cerrada, y Eva seguía controlando a Chapman.

Pero cuando se aproximó a la puerta del garaje y sintió en la piel el fresco del aire de la noche, oyó gritos de hombres en las laderas de las colinas. Aparcó el carro a un lado, junto a la pared. Así se explicaba el paradero de los demás hombres de Chapman. Vendrían por ellos otros más a través del edificio.

—Quedaos aquí —dijo a Yitzhak y a Roberto.

Antes de que estos hubieran podido reaccionar, se reunió con Dominó, quien se apartó para dejarlo a él en cabeza.

—¿Has visto algo?

—Se acercan —dijo Dominó con sus labios magullados. Se le estaba hinchando la mandíbula.

De pronto, entraron ráfagas de disparos por la puerta del garaje; las balas les

pasaban silbando e impactaban en el suelo de hormigón. Judd se dejó caer a tierra, rodó sobre sí mismo, levantó el cuerpo apoyándose en los codos y se puso a disparar hacia los fogonazos.

Dominó se tendió junto a él al instante, y también se puso a disparar. Descendían sombras oscuras de hombres que se reunían con los tiradores, muchos más de los hombres de Chapman que Judd había calculado que quedaban. ¿Habría movilizado Chapman a más gente de seguridad de la que pensaba Judd?

Vio de reojo que Eva empujaba a Chapman hacia el lado de la puerta donde estaba apostado Tucker. Cuando hubieron llegado, también Tucker echó cuerpo a tierra para disparar.

Entre ráfaga y ráfaga de disparos, Judd levantó la vista a tiempo de ver que Chapman evaluaba la situación con mirada calculadora. Solo quedaba de pie Eva para custodiarlo.

—¡Eva! —gritó Judd para advertirla—. ¡Chapman va a…!

Era demasiado tarde. El hombre se volvió sobre sí mismo y lanzó a Eva una patada con la que le hizo soltar la M 4. Ella se arrojó a recuperar el arma, y él le cayó encima. Ella, defendiéndose, le asestó un rodillazo en la ingle, y rodaron juntos, forcejeando con brazos y piernas. Judd no llegaba a tener a Chapman a tiro.

Enfurecido, se levantó de un salto y corrió hacia ella, mientras seguían entrando disparos en el garaje. Sintió el calor de las balas que le pasaban cerca de la espalda.

Oyó de pronto que se abría bruscamente la puerta del pasillo, por detrás de ellos. Refugiado junto a la pared, se volvió, disparando ciegamente ráfagas hacia la puerta.

—¡Alto, Judd! —vociferó Tucker—. ¡Son los nuestros!

Unos paracaidistas, vestidos de negro con equipos de combate oscuros, iban saliendo por la puerta, agachados, con las M4 levantadas.

Al mismo tiempo, Dominó anunció con voz cansada:

—Vuestra gente está barriendo también de las colinas a los guardias de seguridad.

Judd no dijo nada, asomándose rápidamente mientras escuchaba los fuertes tiroteos. Ya no entraban ráfagas de proyectiles en el garaje. Los disparos sonaban por toda la extensión de las laderas oscuras, y se veían los destellos brillantes y rápidos de las bocas de las armas mientras los paracaidistas combatían contra los guardias.

Judd acudió corriendo junto a Eva.

—¡Déjala en paz, gilipollas! —gritó. Pero antes de que Chapman hubiera tenido tiempo de moverse, Judd le dio una patada en la cabeza.

En las colinas se hizo el silencio por fin. Se veía movimiento de sombras a medida que los paracaidistas iban apresando a los hombres de seguridad de Chapman que quedaban. Dentro del garaje, Eva esperaba junto a Judd, confortada por su cercanía, mientras Tucker y él ponían al día al teniente que comandaba la operación. Chapman estaba sentado en el suelo más lejos, con las manos esposadas a la espalda

e inclinando la cabeza, intentando oír lo que se decía. Tenía una mancha de sangre apelmazada en el pelo blanco, del golpe de Judd. Se negaba a hablar y estaba atento, con expresión iracunda, con los labios cerrados y apretados.

Un enfermero había examinado a Yitzhak y le había diagnosticado agotamiento profundo. Roberto y Yitzhak iban sentados juntos, cogidos de la mano, en el carro, que empujaba uno de los soldados por el garaje hacia la casa.

Dominó se quitó la chaqueta de esmoquin, y el enfermero le rasgó la camisa, le puso inyecciones de antibióticos y de analgésicos y le limpió la herida.

—Parece que la bala no le ha afectado a los pulmones, pero creo que tiene una costilla rota —juzgó el enfermero—. Lo vendaré hasta que pueda llevarlo a un hospital. El analgésico ya debería estarle haciendo efecto.

—Deme eso.

Dominó se apoderó de unos paquetes de vendas estériles. Apartando al enfermero, se puso de pie, abrió dos paquetes y se puso una venda en el orificio de entrada que tenía en la espalda, y otra en la herida delantera.

Miró a Judd.

—Vámonos de aquí ahora mismo —dijo.

Pareció que Eva se disponía a decir algo, pero se lo pensó mejor. Se reunió con Dominó, Judd y Tucker, que cruzaban el garaje. Sentía el cansancio de ellos, y de pronto fue consciente del suyo propio.

—¿De modo que trabajas para el Carnívoro, Dominó? —le preguntó Eva.

—Hago algunos trabajos para él. Le pareció que yo sería adecuado para esta misión concreta.

Dominó ya tenía el gesto en calma y despreocupado.

—¿Quién es el Carnívoro, en realidad?

Dominó se rio por lo bajo y se pasó un dedo por la nariz roja.

—Ya me advirtió que quizá me lo preguntaríais. La respuesta es que es un hombre sin rostro. A mí solo me contrata por correo electrónico.

Dirigió una breve mirada a Judd.

—Estoy en deuda contigo por haber matado a Preston. Me salvaste el pellejo.

—El gusto fue mío, palabra.

—En cualquier caso, no lo olvidaré.

Subieron en el ascensor un piso, hasta la planta baja. En la sala de estar se apreciaban los efectos de un tiroteo. Los muebles y los jarrones estaban destrozados, y los cuadros estaban perforados por las balas. Salieron por las puertas dobles de cristal al camino de mármol.

La luz de la luna bañaba con un brillo suave los alrededores de la casa. Había media docena de cadáveres alineados junto a las pistas de tenis. Los cocineros y los miembros del personal estaban sentados en el suelo, custodiados por dos miembros

de la fuerza militar. Más allá, en el helipuerto y en sus cercanías, estaban posados tres helicópteros Black Hawk negros, de líneas elegantes. Uno tenía las aspas en movimiento. Yitzhak y Roberto estaban subiendo a bordo.

Los cuatro pasaron ante dos casitas.

—Esta era la de tu marido —dijo Dominó a Eva—. Por si quieres verla.

Eva se detuvo y miró las paredes blancas, y después la puerta de madera tallada, muy semejante a la que daba acceso a la Biblioteca de Oro.

—Sí; tienes razón. Sí que me gustaría entrar.

—Te acompañaré —se ofreció Judd.

—Tenemos que hablar del Carnívoro, y de cómo supisteis lo de Gloria Feit —dijo Tucker a Dominó.

—Claro, te lo contaré todo; pero déjame que descanse unos momentos. ¿Te parece bien que hablemos en el helicóptero, a la vuelta?

—De acuerdo —dijo Tucker, asintiendo con la cabeza con gesto comprensivo.

Mientras los dos esperaban fuera, Judd y Eva entraron en el pequeño zaguán de la casita que había sido de Charles Sherback y pasaron a un cuarto de estar espacioso. Había sido registrado. Los libros estaban amontonados en el suelo en desorden; los estantes de las paredes, vacíos. Los cojines de los sofás y de los sillones estaban levantados, y los cajones del escritorio, abiertos. Eva se llevó una mano a la garganta.

Judd la siguió al dormitorio. La colcha y las sábanas de la cama de matrimonio estaban arrancadas. Había ropa de la cajonera y del armario empotrado tendida por el suelo. Prendas de hombre… y prendas de mujer.

Eva se acercó a un texto hecho con punto de cruz que estaba enmarcado en la pared, sobre la cómoda. Era una cita:

NO PUEDO VIVIR SIN LIBROS.
Thomas Jefferson, en carta a John Adams, 1815

—Se lo di yo a Charles —dijo Eva en voz baja, de espaldas a Judd—. Lo tenía en su despacho, en la biblioteca Moreau. Ya no me acordaba de ello.

Judd no había visto fotografías en el cuarto de estar, pero había varias colgadas en la pared del dormitorio de Charles y Robin. Se les veía juntos, trabajando en la biblioteca, caminando por la playa, cogiendo naranjas de los árboles. Vio que Eva se volvía para contemplarlas.

—Puede que pusiera la cita de Jefferson para tener un recuerdo tuyo —le dijo con delicadeza.

—O puede que quisiera tenerla porque le gustaba la cita. ¿Te había dicho que hago punto de cruz?

Él le paso un brazo por los hombros.

—Me figuro que hay muchas cosas tuyas que no me has dicho todavía. Me gustaría conocerlas todas.

Ella le dirigió una sonrisa, pero no dijo nada, llena como estaba de emociones que no era capaz de calificar.

Él sintió un momento de desilusión; después, la llevó hasta la puerta. Salieron a la noche. Otro helicóptero tenía las aspas en movimiento; las ondas sonoras del motor se extendían por el aire marino fresco.

—¿Dónde están Tucker y Dominó? —dijo Judd, mirando rápidamente a su alrededor.

Echaron a correr. Tucker se estaba levantando del suelo, detrás de un arbusto.

—¿Qué ha pasado, Tucker? —le preguntó Eva.

—El muy canalla me ha dado cuando no lo estaba mirando.

Hizo una mueca, y se limpió el polvo de los pantalones.

—Evidentemente, no quería responder a mis preguntas.

—Allí está —dijo Judd, volviendo la vista hacia un punto elevado de la colina que tenían a su espalda.

Dominó era una figura solitaria que escalaba rápidamente. Se había quitado la camisa blanca y llevaba una camiseta negra de manga larga. Con la camiseta y sus pantalones negros de esmoquin, resultaba difícil verlo. Se volvió, y la luna le iluminó el rostro. Con la M 4 entre los brazos, los vio a su vez.

—¡Vuelve acá, maldita sea! —gritó Tucker.

Pero Dominó, en vez de volver, levantó dos dedos y se tocó la frente ostensiblemente, en rápido ademán de saludo. Aquel gesto recordó algo a Eva, vagamente. Y entonces lo vio con claridad: una noche de luna, como aquella, en la costa tracia de Turquía. Judd y ella estaban sentados en la avioneta, a punto de despegar para Atenas, y Judd había devuelto el saludo.

Los hombres soltaron maldiciones, mientras la silueta de Dominó se alejaba corriendo rápidamente y desaparecía tras la cumbre de la colina.

Pero Eva sintió una emoción extraña.

—Dios mío —dijo—, era él desde el primer momento. El asesino a sueldo sin rostro. Dominó no existe. Ese era el Carnívoro.

EPÍLOGO

Georgetown, D.C.

El atardecer de junio era caluroso hasta entre las sombras alargadas del crepúsculo, como es propio de los veranos en el distrito de Columbia. Las aceras y los edificios de granito irradiaban calor, y los aromas de las plantas en flor se mezclaban con la peste del asfalto grasiento, mientras Eva Blake caminaba aprisa por la avenida Wisconsin, en el centro de Georgetown.

Estaba llena de recuerdos. Habían pasado dos meses desde el descubrimiento de la Biblioteca de Oro en la isla de Pericles, y Eva tenía por fin la noción de lo que quería hacer con su futuro. Una vez que le habían revocado la sentencia por la muerte de Charles, había podido cobrar su seguro de vida, había alquilado un piso en Silver Spring y se había trasladado allí para estar cerca de Washington.

Los titulares de la prensa de todo el mundo se habían hecho eco de la noticia de que se había descubierto por fin la Biblioteca de Oro. Las informaciones anunciaban también que las autoridades griegas habían detenido a Martin Chapman y a los demás miembros supervivientes del club de bibliófilos (todos los cuales eran hombres de negocios internacionales), acusados de haber secuestrado a Yitzhak Law y a Roberto Cavaletti; eran las únicas acusaciones que cabía esperar que se sostuvieran contra ellos. Los hombres no tardaron en salir bajo fianza, alegando que Yitzhak y Roberto los habían ido a visitar, simplemente. Como Yitzhak había dicho en su universidad, en Roma, que se iba de la cuidad en viaje profesional, inmediatamente antes de su desaparición con Roberto, los alegatos del club de bibliófilos tenían cierta verosimilitud. En cualquier caso, los siete hombres contaban con un equipo de abogados de categoría mundial que trabajaban para ellos veinticuatro horas al día, mientras que la CIA tenía que guardar reserva sobre su intervención y no podía prestar gran apoyo a las acusaciones contra los hombres. Al menos, Yitzhak y Roberto habían podido volver a su casa y estaban a salvo, volviendo a hacer su vida de costumbre.

Otra noticia que no llamó la atención a nivel mundial, pero sí, y mucho, en Los Ángeles, fue que en la isla se había encontrado el cadáver de Charles Sherback. Los antiguos amigos y colegas de Eva le habían llamado, llenos de curiosidad, para darle el pésame. Al mismo tiempo, los medios de comunicación habían acudido en bandada, llenando su correo de voz de solicitudes de entrevistas e instalándose ante

su hotel. No había podido salir a la farmacia, ni a recoger la ropa de la tintorería, ni a comer en una cafetería, sin que la asediaran a preguntas. Por suerte, allí, en Washington, estaba lejos del punto de mira.

Syed Ullah ya no era señor de la guerra. Así funcionaba la política en Afganistán. El Gobierno de Kabul había enviado a su Ejército para obligarlo a ceder su región a un rival joven y ambicioso, y ahora Ullah se presentaba a las próximas elecciones al Parlamento. Parecía que iba a salir elegido; pero Kabul no daba muestras de inquietud. Las relaciones del país con Pakistán seguían siendo enmarañadas. La película que habían grabado los dos periodistas pakistaníes se había confiscado, y el Gobierno de Islamabad les había ordenado que se olvidaran de todo lo que habían visto; de modo que la base estadounidense estaba a salvo. A Pakistán le interesaba que en Afganistán reinara la mayor estabilidad posible, al menos de momento.

Mientras bajaba por la calle transitada, Eva miraba las sombras oscuras. Seguía sintiendo el agotamiento del haber estado perseguida, de aquella sucesión brusca de fracasos terribles y éxitos emocionantes. Y echaba muchísimo de menos a su amiga, Peggy Doty. Había hablado por teléfono varias veces con Zack Turner, novio de Peggy desde siempre, que seguía inconsolable.

Reprimió su rabia al recordar la falsa muerte de Charles, cómo la habían metido a ella en la cárcel, y el cadáver que se había encontrado en la tumba de Charles, todavía sin identificar. Se preguntaba quién era ella antes de la cárcel y de la operación de la Biblioteca de Oro. Estaba claro que había cambiado. Era el momento de descubrir quién era ella ahora.

Judd y Tucker la esperaban sentados a una mesa de la hamburguesería Five Guys, en la esquina de la calle Dumbarton. Estaban sentados uno frente al otro; el hombre mayor, de aspecto erudito, con sus gafas de concha, y el atleta curtido, con su chaqueta de *sport* y su suéter de cuello vuelto. Eva les sonrió cuando la vieron llegar.

Indicándoles con un gesto que no se levantaran, besó a ambos en la mejilla.

—Tenéis mi hamburguesa. Gracias, Tucker.

—Tienes buen aspecto, Eva —dijo Judd—. Descansada.

—Me siento descansada —dijo ella, sonriendo, mientras se sentaba entre los dos.

Los hombres ya estaban comiendo, y ella atacó la hamburguesa con patatas fritas que le habían pedido. No había visto a Tucker desde su regreso a los Estados Unidos, y solo había estado con Judd cuando habían tenido que ir a prestar declaración. A Judd todavía le seguía apareciendo en el rostro a veces la preocupación. No solo habían matado a su padre, sino que había descubierto lo mucho que había estado comprometido este con el club de bibliófilos, poderoso e inmoral.

—¿Cómo está tu madre, Judd? —preguntaba Tucker.

—Mucho mejor. Vuelve a estar ocupada con sus obras de caridad. No conoce la verdad acerca de mi padre y de la Biblioteca de Oro.

—No tiene por qué conocerla —se apresuró a decir Eva.

Judd asintió.

—¿Qué hay de nuevo acerca del club de bibliófilos, Tucker? —preguntó.

Tucker siguió masticando un momento.

—No puedo entrar en detalles, claro está; pero sí puedo deciros que el Departamento de Justicia ha puesto a trabajar a investigadores en los diversos países en que tienen negocios los miembros del club. El problema es que los miembros, en la práctica, están fuera de nuestro control, incluso si descubrimos actividades criminales por su parte, a menos que estas tengan lugar en los Estados Unidos o en algún país extranjero cuyo gobierno esté dispuesto a cooperar.

Judd sacudió la cabeza con desagrado. Después, cambió de tema.

—¿Hemos hecho las paces con los griegos?

Tucker rio por lo bajo.

—H. L. Mencken escribió algo en el sentido de que los países se llevan bien unos con otros, no a base de decir la verdad, sino sabiendo mentir con elegancia. Hicimos un trato. A cambio de que los griegos se olvidaran de que enviamos nuestros paracaidistas a su territorio, nosotros les dejamos atribuirse el descubrimiento de la Biblioteca de Oro.

—Así se explican los artículos de prensa. Charles se habría puesto furioso —dijo Eva, riéndose.

Nikos Amourgis, célebre historiador al servicio del Gobierno griego, se había llevado la fama del hallazgo.

—¿Qué va a pasar ahora con la biblioteca? —preguntó Eva a continuación.

Tucker, que había terminado de comer, apartó su plato.

—Ha desaparecido —dijo—. Se dice que seguirá siendo privada.

—¿No sabéis dónde está? —preguntó ella, sorprendida—. ¿Ni lo saben tampoco los griegos?

—Concluyeron su investigación de la isla el mes pasado. A la semana siguiente, nuestros aviones de observación nos dijeron que había desaparecido. En la meseta ya no hay edificios. Los pisos subterráneos se han rellenado, y se han plantado frutales por encima. Se han llevado hasta el muelle. Al fin y al cabo, la isla es privada, y la colección es de propiedad particular, de modo que pueden hacer lo que quieran con ella. La biblioteca no constituye una amenaza para nuestra seguridad nacional, así que no volveremos a asignar efectivos para volver a localizarla.

Guardaron silencio, desilusionados.

—¿Y qué hay del Carnívoro? —preguntó Eva con interés—. ¿Lo has localizado?

Eva sabía que Gloria había enviado aviso a todos los operativos de Catapult, solicitando que ellos, o cualquiera de sus contactos, que se hubieran puesto en contacto con Tucker o con Judd la llamaran por teléfono para que les enviara ayuda.

Debía de ser así como el Carnívoro había sabido que debían llamar a Gloria, cuando estaban atrapados en la Biblioteca de Oro. Después, cuando el Carnívoro se había escapado, en la isla, Tucker había enviado a paracaidistas en su persecución. Estos dijeron que habían visto zarpar, en la costa occidental de la isla, una lancha rápida pequeña y oscura. Era posible que fuera a bordo el Carnívoro, pero no la habían perseguido, pues necesitaban los helicópteros para evacuar de la isla a los heridos.

Tucker sacudió la cabeza.

—No —dijo—. Cuando volví, encargué a Gloria que enviara otro aviso a nuestra gente, esta vez pidiendo que el que hubiera hablado de nosotros al Carnívoro nos lo notificara. Nadie lo reconoció. Una frustración de mil demonios.

—En Catapult hay alguien que conoce al Carnívoro o que puede ponerse en contacto con él de alguna manera —dijo Judd.

—Así es. Pero nadie habla.

—Con todo, su ayuda fue esencial —dijo Eva—. De hecho, creo que se puede asegurar que fue decisiva para salvarnos la vida.

—Sí; y yo no pienso perseguirlo —dijo Tucker—. Al que se pone a buscar al Carnívoro le suelen pasar cosas malas; pero yo no lo dejo por eso. Es que no le veo mucho sentido, al menos de momento.

—Aunque parezca raro, me alegro —dijo Eva.

Tucker recorrió con la mirada el animado local de comida rápida. Dos hombres maduros habían llegado con sus hamburguesas y se habían sentado en la mesa contigua.

—Vámonos de aquí —dijo Tucker. Se puso de pie y salió del restaurante, seguido de Judd y de Eva.

Mientras bajaban por la avenida Wisconsin, Tucker, que iba en el centro, miró sucesivamente a uno y a otro.

—Sé que la operación de la Biblioteca de Oro ha sido dura para los dos —dijo—. Descubristeis datos muy desagradables acerca de personas que os eran queridas. Por otra parte, yo siempre he creído que se da demasiado valor a las ilusiones. Pensad en un gran *ballet*. Desde el punto de vista del público, ves unos bailarines y bailarinas extraordinarios, que parecen livianos como el aire, que dan saltos, hacen piruetas y se mueven, en general, como sílfides, de unas maneras que nosotros solo podríamos igualar en sueños. Pero si pasas entre bastidores, ves sudor, tirones musculares y pies machacados. ¿Qué es mejor?

Antes de que hubieran tenido tiempo de responder, siguió diciendo:

—Yo veo las cosas entre bastidores. Allí es donde aprendes lo que hace falta para crear algo extraordinario. Ves el espíritu humano en su manifestación más indómita. Y cuando vuelvas a sentarte entre el público, te habrás liberado de la ilusión, y empezarás a ver que, con esfuerzo, todos nosotros podemos conseguir una cierta

gloria en nuestras vidas.

—¿Estás hablando del padre de Judd y de Charles? —preguntó Eva.

—Sí. Ambos hicieron cosas reprobables, pero también hicieron cosas buenas. Si lo recordáis, os servirá para aceptar mejor los hechos.

Quedaron en silencio.

Por fin, Tucker dijo:

—Judd, te puedo dar trabajo conmigo siempre que quieras. Sé que ahora no te animas, pero, recuerda, puedes servirme. Cuando Iván el Terrible encargó la redacción del *Libro de los Espías*, sabía lo que se hacía. Los espías tenemos una larga historia, aunque haya estado llena de claros y sombras, y todavía hacemos mucha falta.

Judd sacudió la cabeza.

—Te lo agradezco; pero no, gracias.

Eva carraspeó.

—¿Y yo? —dijo.

Los hombres se volvieron a mirarla.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Judd con severidad.

—Me pareció que los dos opinabais que yo había hecho un buen trabajo —dijo ella con calma—. Quiero seguir el programa de formación de la CIA. Si me eliminan, no pasa nada.

—Pero ¡tu trabajo de conservadora te encantaba! —adujo Judd.

—Sí; pero no sentía nunca el mismo compromiso, el mismo sentido de estar haciendo algo que podía cambiar las cosas. Tú debiste de notar que yo apuntaba en este sentido, Judd. De lo contrario, no te habrías molestado en enseñarme tantas cosas.

Tucker rio por lo bajo.

—Tienes razón, Eva. Tienes el talento y la inteligencia necesarios. Mañana haré unas llamadas —dijo. Consultó su reloj—. Os dejo aquí. He quedado con mi mujer en el Kennedy para ir a la ópera. Idea suya. La ópera no me gusta nada; pero en estos momentos ella consigue todo lo que quiere.

Dio a Judd una fuerte palmada en la espalda, y besó a Eva en la mejilla.

—Sé que puedo confiar en que ninguno de los dos diréis nunca una palabra sobre la operación —dijo. Se volvió, y se marchó.

—¿Está ahora al mando de Catapult? —preguntó Eva, mientras volvía la cabeza para verlo alejarse y observaba su paso enérgico.

—No, maldita sea —dijo Judd, alzando al cielo los ojos grises—. Yo apostaría a que no llegará nunca a aceptar el cargo. Gloria está irritada, pero se hace a la idea.

Después, añadió en tono solemne:

—Te advertí de que no te gustara demasiado el trabajo.

Ella sonrió.

—¿Me vas a guardar rencor por ello?

—No. Serás un fichaje estupendo para Langley.

Judd buscó algo en su bolsillo y sacó la mano. Cuando extendió los dedos, Eva vio su alianza y el collar que le había regalado Charles.

—¿Los guardaste? —dijo.

Sentía una emoción extraña.

—Ahora que la vida se va asentando un poco, pensé que quizá supieras mejor lo que querías hacer con ellos. Al fin y al cabo, son tuyos.

—El colgante es una moneda romana. La diosa Diana. Fue el primer regalo que me hizo Charles.

—Es la cazadora —recordó él.

—Sí; a Charles le recordé a ella de alguna manera. No le faltaba razón.

Eva tomó las joyas y se hizo cargo de ellas.

—Las donaré —dijo, echándoselas al bolsillo.

Siguieron caminando en silencio. Ella iba dando vueltas a lo que había dicho Tucker de las ilusiones.

—Es extraño que ninguno de los dos viésemos la verdad acerca de tu padre y de Charles —dijo Eva por fin—. En lugar de ello, lo que veíamos era amor. *Ut ameris, amabilis esto*. Es de Ovidio, y significa que, si quieres ser amado, sé merecedor de amor. Los dos eran merecedores de amor a su manera. No podremos olvidar nunca lo que hicieron; pero sería sano para nosotros que procurásemos perdonarlos.

—Te llamaré —dijo él—. Sí; hablaremos más.

Ella le sonrió, y él le devolvió la sonrisa, mirándola profundamente a los ojos. Transcurrió entre los dos una intimidad cálida.

—Me alegro de haberte conocido, Eva Blake —dijo él. Le cogió la mano. La sostuvo con pulso firme.

Ella levantó las manos de los dos y miró la de él. Ya no le parecía la mano de un matador. Pero Miguel Ángel había trabajado con mármol, y aquella era la carne cálida de un hombre. De un hombre muy bueno.

Roma, Italia

Durante el mes de julio estaban en su apogeo los Estate Romana, el festival de verano de Roma. El festival, una fiesta de seis semanas para el oído y para la vista, era una avalancha de espectáculos, principalmente al aire libre, muchos de los cuales se celebraban en los parques cubiertos de césped y entre las ruinas, sacando buen partido del esplendor de la antigua Roma. El Carnívoro siempre procuraba estar en la ciudad durante algunos días, como mínimo, para disfrutar todo lo que podía. Hacía

una buena noche para ello, templada pero no calurosa, y las estrellas brillaban con fuerza.

Dejando a su derecha los muros y las columnas derruidas del templo de Claudio, subió los empinados adoquines de la Via Claudia y respiró hondo, llenándose los pulmones y expulsando el aire a bocanadas potentes, saboreando su vigor recobrado, su buena salud. Para escapar de la isla de Pericles había tenido que poner en juego hasta su último gramo de fuerza. Los analgésicos que le había dado el enfermero lo habían ayudado; y, naturalmente, él practicaba desde hacía mucho tiempo la regla del gato: no mostrar nunca que estás herido, que estás vulnerable.

Jack O'Keefe, Doug Kennedy y George Russell lo habían estado esperando en una lancha rápida potente, en el lugar acordado, y al cabo de unas horas ya estaban en el aeropuerto de Mikonos, camino de su casa. La bala que lo había alcanzado le había rasgado músculos grandes y le había rozado una costilla, por lo que él se había tomado un tiempo para convalecer, y había vuelto a tomar después su régimen de ejercicio cardio y pesas.

Al llegar al portón de hierro forjado sacó una entrada, y accedió a los jardines de la magnífica Villa Celimontana. El parque se extendía sobre el monte Celio, una de las siete colinas históricas de Roma, al sur del Coliseo. Era un oasis de paz y de verdor poco conocido, dentro del tumulto de Roma. La palabra *Jazz* estaba proyectada en el camino central con letras de colores. El Carnívoro caminó a través de las luces, admirando los altos cipreses y los robles y los pinos centenarios. Los caminos serpenteantes estaban salpicados de fragmentos de mármol tallado y de restos de esculturas clásicas. A los cinco minutos ya había llegado al palacio del siglo XVI, de dos pisos altos, que aparecía de color rosado a las luces nocturnas.

Dobló una esquina y pasó ante una galería de carteles de *jazz* al aire libre, esculturas, instalaciones artísticas, y llegó por fin a una fuente donde se anunciaba la entrada del acto. Oyó el *jazz* del dulce saxo tenor de Charles Lloyd.

Mientras la cálida música llenaba el aire de la noche, él subió por las gradas de madera, construidas para la temporada de verano. En los tres últimos niveles del anfiteatro semicircular había hileras de mesas, decoradas con pequeños farolillos rojos, y los asientos para escuchar el concierto estaban en el patio inferior; las sillas estaban dispuestas mirando hacia el escenario, donde Lloyd tocaba un solo ante una pequeña banda de *jazz*.

Encontró su mesa, se sentó y tomó la cerveza que lo estaba esperando, una Birra Menabrea rubia helada, perfecta para aquella noche templada.

—Me alegro de verte, tío Hal.

Bash Badawi no llevaba su camiseta ni sus pantalones cortos habituales; se había vestido para la ocasión con unos vaqueros gastados y una camisa morada de cuello abierto, con las mangas remangadas. Ambas prendas se le ceñían estrechamente al

cuerpo musculoso. A pesar de lo tardío de la hora, llevaba unas gafas de sol envolventes sobre el pelo, negro como el azabache, y los ojos oscuros le sonreían en su rostro dorado. Tenía todo el aspecto de un romano actual.

—¿Cómo está tu madre?

El Carnívoro bebió. En realidad, Bash no era su sobrino, sino su sobrino segundo, nieto de la hermana de su madre. Era complicado, pero es que pertenecían a una extensa familia italiana.

—Mamá está bien. Haciendo pasta como si todos viviésemos aún en casa. Yo le dije que debería empezar a vender por internet, pero ella se mosqueó mucho. Dijo que la pasta no estaría fresca, pero que yo sí que era un fresco por habérselo propuesto. Todavía sabe repartir leña con el cucharón. Ya sabes, el cucharón largo, todavía goteando salsa de espaguetis caliente. Qué daño.

Bash observó al Carnívoro, sonriendo.

—Tienes bastante buen aspecto, teniendo en cuenta que te han enredado en las entrañas —le dijo.

—Solo el músculo.

El Carnívoro volvió a beber, disfrutando de la compañía de aquel joven que le recordaba cómo podía haber sido él. Después, le hizo la pregunta que lo había llevado allí.

—¿Me busca alguien?

—Solo los granujas, los aspirantes y los historiadores de siempre. En serio, creo que estás a salvo. No puedo darte los detalles de cómo lo sé (por la seguridad nacional y todas esas cosas), pero aquel tipo que conociste en la isla, Tucker Andersen, ha suspendido la busca.

El Carnívoro se limitó a asentir con la cabeza, pero se sentía aliviado. Andersen y Eva Blake le habían caído bien, y ahora tenía una deuda con Judd Ryder.

—¿Te vas a ver metido en un lío por esto? —preguntó a Bash.

—Eh, sin problema. Tú nos hiciste un favor, y yo tengo la boca cerrada. Me entrenaron para que guardara los secretos.

Bash alzó una mano musculosa levantando dos dedos para pedir otra ronda de cervezas.

—¿De manera que ahora estás descansando? ¿Tienes algún trabajo nuevo interesante? —preguntó con despreocupación.

El Carnívoro miró por encima del parapeto las vistas de Roma. Las luces de la ciudad brillaban alrededor de las enormes ruinas de las Termas de Caracalla. Ahora no eran más que un armazón de ladrillo, pero en tiempos habían cubierto once hectáreas, con capacidad para mil seiscientos bañistas a la vez. Recordó que el emperador Caracalla, que había construido las termas en el siglo III después de Cristo, había sido un gobernante cruel y despiadado. En un viaje desde Edesa, para

hacer la guerra a Partia, se detuvo para orinar al borde del camino y lo asesinó uno de los suyos, un oficial frustrado y ambicioso de la Guardia Imperial.

El Carnívoro se rio por lo bajo.

—Termínate la cerveza, muchacho. La noche es joven, y yo, de momento, supondré que también lo soy. En cuanto a mis planes, a mí también me entrenaron para guardar los secretos.

NOTAS DE LA AUTORA LA HISTORIA MISTERIOSA DE LA BIBLIOTECA DE ORO

Hace cinco siglos que se busca en los túneles laberínticos del subsuelo de Moscú la biblioteca perdida de Iván el Terrible, llamada a veceslaBiblioteca Bizantina, que ha captado la imaginación de emperadores, potentados y del propio Vaticano. Joseph Stalin puso fin a la investigación en la década de 1930, temiendo que la exploración de los túneles lo haría vulnerable a un ataque por el subsuelo. Por su parte, Vladimir Putin, en gesto simbólico de la nueva apertura de Rusia, permitió que prosiguiera la busca en la década de 1990.

En la actualidad, son multitud los estudiosos, los científicos, los historiadores y los aficionados que repasan antiguos mapas incompletos y que solicitan el permiso oficial para investigar. Se suman a la empresa zahoríes que dicen emplear poderes bioenergéticos para localizar el metal; videntes que ejercen de protectores contra las *fuerzas oscuras* que pueden estar protegiendo los tomos ocultos, dado que los investigadores anteriores han sufrido accidentes, enfermedades, ceguera, o la muerte; y los Excavadores del Mundo Subterráneo, grupo de espeleólogos urbanos de culto que se introducen por las alcantarillas y fuerzan puertas de hierro olvidadas para llegar a los pasadizos inexplorados.

Hace más de veinte años que me interesé por la biblioteca. El 28 de junio de 1989, leyendo *Los Angeles Times*, me llamó la atención el artículo de Masha Hamilton titulado «Los túneles del Kremlin: el secreto del mundo subterráneo de Moscú».

Una tarde de verano de 1933, los dos jóvenes encontraron lo que buscaban: la entrada de un túnel subterráneo, de siglos de antigüedad, a la vista de la muralla roja del Kremlin. Mientras se abrían camino bajo tierra, hacia la sede del poder de Moscú, iluminándose con una linterna, los hombres creían que podrían descubrir la legendaria biblioteca de libros recubiertos de oro de Iván el Terrible. Lo que encontraron fueron cinco esqueletos, un pasadizo tan estrecho que a veces tenían que ir uno detrás del otro y, a unos pocos centenares de metros del Kremlin, una puerta de acero oxidada que no fueron capaces de abrir.

Me apasionó aquella «biblioteca de libros recubiertos de oro», que empecé a llamar mentalmente la Biblioteca de Oro. Los funcionarios del Kremlin pusieron fin a la exploración de los dos jóvenes y les hicieron jurar que guardarían el secreto, bajo amenaza implícita de muerte. Después, Stalin mandó construir una piscina sobre

aquella zona, impidiendo así posibles investigaciones por parte de nadie.

La historia de la biblioteca fabulosa es una historia de política territorial, de un matrimonio acordado, de locura y del amor perdurable a los libros. Y comienza hace más de dos mil años, en el mundo grecorromano de los emperadores, los sabios, los guerreros y los ricos.

Un sepulcro romano tiene la siguiente inscripción, intencionadamente estremecedora: *Sum quod eris, fui quod sis*, «soy lo que serás; fui lo que eres». Los antiguos reunían bibliotecas públicas y privadas para el deleite, para la educación, y para exhibir su opulencia y sus privilegios. Pero, en un sentido más general, las bibliotecas se creaban para conservar los conocimientos. En Alejandría, Pérgamo, Antioquía, Roma y Atenas perduraron durante siglos bibliotecas internacionales notables. Por desgracia, todas fueron destruidas, unas veces en la guerra, otras por avaricia, algunas veces con el propósito explícito de destruir la historia y la cultura.

El último gran depósito de aquel mundo occidental antiguo fue la Biblioteca Real de Constantinopla. La ciudad, fundada hacia el 330 después de Cristo por Constantino el Grande, se levantaba sobre una ciudad griega anterior llamada Bizancio. Fue sede de lo que entonces se llamaba el Imperio romano, aunque hoy se recuerda con el nombre de Imperio bizantino. En el año 475, la Biblioteca Real había alcanzado los ciento veinte mil volúmenes, con lo que era probablemente la mayor de su época. A lo largo de los siglos siguientes, la biblioteca se incendió varias veces, y se quemaron muchas obras preciosas, entre ellas, según decían algunos, una obra de Homero escrita con letras de oro sobre una piel de serpiente de cuatro metros de largo.

Pero la colección imperial siempre volvía a surgir de sus cenizas literarias. En el siglo XV, el viajero español Pero Tafur la describió así: «… debajo de unas cámaras está una lonja sobre mármoles, abierta, de arcos con poyos en torno bien enlosados e junto con ellos como mesas puestas de cabo a cabo sobre pilares bajos, ansí mesmo cubiertos de losas, en que están muchos libros e escrituras antiguas e estorias…».

El golpe final llegó el 29 de mayo de 1453, cuando Mehmed el Conquistador y sus turcos otomanos se apoderaron brutalmente de Constantinopla. El historiador inglés Edward Gibbon escribió: «Se dice que desaparecieron ciento veinte mil manuscritos».

Seis años más tarde, los supervivientes de la familia real bizantina huyeron cuando los turcos otomanos invadieron Morea, la rica península griega del Peloponeso, gobernada por el heredero y sobrino del emperador, Tomás Paleólogo. En la pequeña galera veneciana acompañaban a Tomás su mujer y sus hijos, dos niños y una hija de unos doce años llamada Zoe. Esta había de desempeñar un papel fundamental en la Biblioteca de Oro.

Llegaron a Italia, donde el papa Pío II los puso bajo su protección, y el Vaticano

les proporcionó un palacio y un estipendio. El papa tenía un objetivo político y religioso vital: entronizar a Tomás en la Constantinopla reconquistada. Tomás y su familia eran cristianos ortodoxos griegos, pero en cuanto llegaron a Italia se habían convertido inmediatamente al catolicismo. Si el papa lograba su plan, Tomás sería rey de una nueva Bizancio cristiana, de cultura occidental, unificando a los católicos con los ortodoxos, y bajo el control religioso de Roma.

A los venecianos, que estaban ganando fortunas en el comercio con los turcos otomanos, no les agradaba tanto el plan. Cuando Pío intentó, en dos ocasiones, montar una Quinta Cruzada, esta vez contra Constantinopla, los venecianos le dieron largas. Por fin, su flota se retrasó tanto que el último ataque planeado no se pudo llevar a cabo, y el papa murió.

El papa siguiente, Pablo II, realizó una política indirecta. Volvió a mirar a Oriente, pero esta vez su objetivo era Iván III, gran príncipe de Moscú, viudo, que más tarde se llamaría Iván el Grande. La Iglesia ortodoxa rusa florecía en Moscú desde hacía mucho tiempo. Con la esperanza de ganarse a Iván como aliado militar contra los turcos, así como su consentimiento para una unión de las iglesias, el papa le ofreció la mano de Zoe en matrimonio en 1472. Por entonces, Zoe tenía unos veinte años.

Moscú era el más fuerte de los estados rusos, y la potencia que más se desarrollaba en la época, a pesar de estar sometido aún al yugo musulmán. Iván aceptó la propuesta, y la real pareja se casó en Moscú aquel mismo año. Zoe adoptó el nombre de Sofía.

Sabemos que Sofía viajó a Moscú por tierra y por mar con un séquito numeroso. Llegó acompañada de italianos y de griegos, que se establecieron también en Moscú y adquirieron influencia, hasta el punto de reconstruir el Kremlin en un estilo ruso italianizado. Aquí es donde comienza la leyenda.

Según varios cronistas, Sofía se llevó consigo a Moscú manuscritos iluminados preciosos de la colección imperial bizantina. «Las crónicas cuentan que llegaron a Moscú cien carros cargados de trescientas cajas de libros raros», según Alexandra Vinogradskaya, en *The Russian Culture Navigator*. Otra versión dice así: «La princesa llegó a Moscú con una dote de setenta carros, que llevaban centenares de cajas y contenían el legado de las culturas antiguas, la biblioteca que habían recogido los emperadores bizantinos», según explica Nikolay Khinsky en WhereRussia.com, sito web del Turismo Nacional Ruso para Viajeros Internacionales.

Lo que es indiscutible es que Sofía trajo consigo el trono de marfil de los emperadores bizantinos, en el que se coronaron desde entonces todos los monarcas rusos, así como el águila bicéfala, que había sido símbolo del Imperio bizantino durante mil años y lo sería del Kremlin durante casi otros quinientos. Introdujo también las grandiosas tradiciones de la corte bizantina, entre ellas la etiqueta y los

vestidos de ceremonias. Ya antes de la boda, Iván había asumido el título de zar (césar), al que añadió el de *grozny*, «temible», título común en la autocracia bizantina, ya que se consideraba al soberano imagen terrenal de Dios, dotado de todos sus poderes religiosos y jurídicos.

Ya que Sofía había llevado consigo tantas cosas de Bizancio, es muy posible que entre su dote figuraran manuscritos iluminados. Como me escribió Deb Brown, bibliógrafa y bibliotecaria de los Servicios de Información de Estudios Bizantinos en Dumbarton Oaks, «parece que en las fuentes actuales (publicadas) no se encuentra nada que dé fe de los libros que tenía Zoe/Sofía en su poder; pero yo no estoy convencida de que no llevara libros. Hay que sopesar el silencio de las fuentes contra la naturaleza de las fuentes, que son pocas, e interesadas por las cuestiones de Estado y económicas y poco más. Existen bastantes indicaciones de que la princesa era culta y bien educada».

A la larga, el juego geopolítico del Vaticano tuvo un éxito parcial. Fue Sofía quien persuadió en 1478 a Iván III para que desafiara a la Horda Dorada. «Cuando se presentaron los emisarios habituales del kan tártaro para exigir el tributo habitual, Iván arrojó el edicto al suelo, lo pisó, lo escupió, y mandó matar a todos los embajadores, salvo a uno, al que envió de nuevo a su señor», según Gilbert Grosvenor, en la revista *National Geographic*. Más adelante, sus ejércitos repelieron a los soldados del kan Ahmed, y Moscú no volvió a sufrir nunca amenazas serias por su parte. Iván, que fue uno de los monarcas rusos de reinado más largo, triplicó su territorio y sentó las bases del estado, inspiradas en gran medida en el Gobierno autocrático de Bizancio.

Lo que no consiguió el Vaticano fue unificar la silla de Pedro con el trono de Constantino: a su llegada a Moscú, Sofía había vuelto a abrazar inmediatamente el cristianismo ortodoxo.

La Biblioteca de Oro habría pasado de Sofía e Iván al hijo de ambos, Basilio III, y de este a su hijo, Iván IV. En 1547, con solo diecisiete años, Iván IV frustró las intrigas del Kremlin y se hizo coronar «zar de todas las Rusias». Con el tiempo, también él fue llamado *grozny*, Iván el Terrible, tristemente célebre desde entonces por su crueldad, por sus matanzas de ciudades enteras y por su afición a los tormentos. Por otra parte, Iván abrió Rusia a Occidente, cien años antes de que se atribuyera esta medida a Pedro el Grande. Solía mantener correspondencia con los monarcas europeos, entre ellos Isabel I de Inglaterra; intercambió diplomáticos y fomentó el comercio internacional. No solo extendió los límites de Rusia hasta llegar al océano Pacífico, sino que introdujo en Rusia la imprenta.

«¿Cuántos manuscritos orientales posee el monarca?», pregunta Khinsky, citando testimonios que describen la biblioteca de Iván el Terrible. «Hasta ochocientos. Algunos los ha comprado, otros los ha recibido como regalo. La mayoría de los

manuscritos son griegos, pero muchos son latinos. Los latinos que he visto contienen historias de Livio, *De Republica* de Cicerón, crónicas de los emperadores de Suetonio. Estos manuscritos están escritos en pergamino fino y encuadernados en oro».

Sabemos por sus cartas que Iván conocía bien la Biblia, los Apócrifos, las Cronografías, que trataban de la historia mundial, y los relatos de la *Ilíada*. Los emisarios y visitantes extranjeros le regalaban libros, él mismo encargaba que se redactaran libros, y mandaba que otros se tradujeran al ruso para su uso personal.

«Los historiadores conocen la existencia de la biblioteca porque Iván el Terrible encargó a sus escribas que tradujeran los libros al ruso», dice un artículo publicado en el *Times* de Londres. «Según la leyenda, la biblioteca ocupaba en sus tiempos tres salas, e Iván el Terrible la valoraba tanto, que construyó una cripta para proteger los libros de los incendios que solían asolar Moscú».

Pero la cripta, supuestamente oculta bajo el Kremlin, también pudo deberse a la inestabilidad mental de Iván y a su paranoia creciente.

La fama de la biblioteca se difundió por Europa. «Los alemanes, los ingleses y los italianos intentaron en muchas ocasiones persuadir al zar ruso para que les vendiera el tesoro», escribe Vinogradskaya. «Pero Iván el Terrible, que también era hombre dotado de un talento literario considerable, era coleccionista ávido de libros raros, y conocía muy bien el gran valor de su colección. Se negó a vender nada».

A Iván lo fascinaba también la cuestión de los espías y de los asesinos a sueldo, a los que solía recurrir con frecuencia. Su jefe de seguridad y de espionaje tenía acceso inmediato a sus aposentos privados por uno de los túneles que transcurrían por debajo del Kremlin. E Iván creó la temible Oprichniki, su fuerza armada personal y clandestina, que llevaba a cabo misiones de espionaje y asesinatos políticos. Debían de tener un aspecto estremecedor, pues iban vestidos totalmente de negro y cabalgaban en caballos negros.

Los túneles subterráneos, enrevesados e interminables, se empezaron a construir en el siglo XII y se fueron ampliando a lo largo de los siglos. En un principio debían de servir de vías de escape, para acceder al agua en caso de asedio del Kremlin, y para desplazarse con comodidad de un edificio a otro durante los crudos inviernos rusos. Los túneles, que alcanzan hasta doce niveles de profundidad, contienen cursos de agua, mazmorras y cámaras secretas.

«Según la leyenda, todo el oro de Iván estaba escondido en un túnel —dice Khinsky—, las pinturas y los iconos en otro, y los manuscritos de la Biblioteca Bizantina en otro. Todos los escondrijos estaban cerrados cuidadosamente con ladrillos». Al parecer, en el mundo subterráneo de Moscú se han encontrado depósitos naturales de sal, y la sal es un buen conservador.

En 1584, después de haber leído su testamento por la mañana y de haber pedido

su tablero de ajedrez por la tarde, Iván murió. El testamento, en el que podría haber figurado su biblioteca, desapareció misteriosamente. Cuando se exhumó su cadáver, en 1963, aparecieron restos de mercurio y de arsénico, aunque no a niveles tan elevados como para que hubieran podido causarle la muerte por envenenamiento; aunque existe la creencia popular de que, en efecto, murió envenenado.

Según Khinsky, diecisiete años después de la muerte del monarca llegó un emisario del Vaticano para investigar lo que había sido de la biblioteca. Se escudriñaron viejos archivos y depósitos de libros y se enviaron equipos de exploración a hacer excavaciones. «La existencia de la biblioteca se cita por primera vez en documentos del periodo del reinado de Pedro el Grande, que comenzó en 1682», según Hamilton, del *Los Angeles Times*.

Iván fue el último propietario conocido de la Biblioteca de Oro. «Historiadores, arqueólogos, Pedro el Grande y hasta el mismo Vaticano han buscado en vano la biblioteca desaparecida durante centenares de años», según el *Times* de Londres. En el siglo XVII, la mayor parte de los túneles más antiguos estaban ya en desuso y olvidados, y con el transcurso del tiempo la busca se ha vuelto cada vez más difícil por el debilitamiento de las obras de fortificación, los corrimientos de tierras, las inundaciones y la falta de planos completos.

«El Kremlin es una residencia de fantasmas», escribió el marqués de Custine, que visitó Rusia a principios del siglo XIX. «Los sonidos subterráneos que allí se producen parecen salidos de la tumba».

No es de extrañar que esta colección fundamental de libros, que es quizá la más importante que ha sobrevivido de la historia, siga siendo objeto de vivo interés. En el transcurso de diversas exploraciones se han descubierto tesoros muy antiguos en la amplia red de túneles subterráneos, entre ellos un arsenal oculto de armas de Iván el Terrible, los aposentos de la zarina, donde pasó su infancia Pedro el Grande, el depósito más grande de monedas de plata hallado en la ciudad, joyas de oro, documentos, y platos y cubiertos preciosos, muchos de los cuales están expuestos al público en la actualidad. Algunos de estos hallazgos únicos se encuentran en el Museo de Arqueología.

«¡Temblad, roedores gigantes de las alcantarillas! ¡Soy Vadim, señor del Mundo Subterráneo!». Así se titula un artículo de Erin Arvedlund, publicado en la revista *Outside*, sobre Vadim Mikhailov y su animosa banda de exploradores subterráneos, los Excavadores del Mundo Subterráneo. Su sueño es encontrar la Biblioteca de Oro. De momento, han encontrado esqueletos, peces mutantes, fugitivos, nubes de gases tóxicos, feos hierbajos, cucarachas albinas, y un estanque subterráneo que en tiempos se empleó para suicidios en masa. Como hallazgo más útil, descubrieron también doscientos cincuenta kilos de materiales radiactivos, debajo de la Universidad Estatal de Moscú, que quizá explicaran el largo historial de enfermedades, caída del cabello e

infertilidad que se ha registrado entre sus estudiantes y profesores. El gobierno retiró los materiales.

Apollos Ivanov, jubilado moscovita de ochenta y siete años que había ejercido de ingeniero en el Kremlin y había estudiado las estructuras subterráneas de Moscú, creía que la Biblioteca de Oro estaba en uno de los ramales que se extendían por encima de una amplia red de catacumbas que él había visto. En 1997 desveló su secreto al alcalde, que autorizó enseguida la búsqueda. Muchos estaban convencidos de que se desenterraría por fin la colección perdida. Ivanov había perdido la vista, y corría la leyenda de que cualquiera que se acercara a descubrir la biblioteca, correría la misma suerte. Pero Ivanov se equivocaba, y la biblioteca sigue desaparecida.

Todavía se sigue buscando con entusiasmo hoy día; los nuevos investigadores aportan equipos cada vez más modernos. Al fin y al cabo, la magnífica Biblioteca Real del Imperio bizantino era la última esperanza del mundo occidental antiguo, cargada de la sabiduría y de los conocimientos perdidos de los antepasados, y sin que en nuestros tiempos se le pueda comparar ni siquiera la Biblioteca Vaticana. Resulta irresistible pensar que la Biblioteca de Oro, la flor y nata de la literatura, puede reposar en silencio en el mundo subterráneo misterioso de Moscú.

TESOROS LITERARIOS QUE PODRÍA CONTENER LA BIBLIOTECA DE ORO

Este libro es una obra de ficción, claro está; pero todas las referencias y anécdotas históricas son reales o están basadas en datos reales. Por ejemplo, es cierto que el emperador Trajano erigió el impresionante monumento en recuerdo de sus victorias bélicas, la Columna Trajana, entre dos tranquilas galerías de la Biblioteca de Roma, que también había construido él. Y Dión Casio Coceyano, administrador y gran historiador romano, escribió, en efecto, la *Romaika* , la historia más importante de los últimos años de la República romana y de la primera época del Imperio. Tenía ochenta libros, pero solo se conservan los volúmenes del treinta y seis al sesenta. Si Dión Casio escribió algo acerca de la Columna Trajana, yo calculo que figuraría aproximadamente en el libro sesenta y siete.

Al mismo tiempo, todo lo siguiente es cierto: Julio César recibió una lista de los conspiradores que pensaban asesinarlo, pero no llegó a leerla. Aníbal saqueó los alrededores de Roma, destruyéndolo todo, salvo las posesiones de Fabio. A consecuencia de ello, Fabio tuvo que esforzarse por contener a una Roma casi amotinada. Y Aristófanes, en su comedia satírica *Las nubes*, presenta al respetado filósofo Sócrates como un payaso que enseña a sus discípulos a engañar a los acreedores para librarse de las deudas.

La única excepción notable es el volumen al que yo he llamado el *Libro de los Espías*. No obstante, dado que Iván el Terrible encargó la redacción de libros, y dado que el tema de los espías y los asesinos a sueldo le interesaba, es posible que hiciera escribir un libro como aquel.

Solo conocemos la historia por la tradición oral y por la palabra escrita. Es una tragedia todo lo que se ha perdido a lo largo de los siglos por la guerra, los incendios, los saqueos, la destrucción ciega, los deseos intencionados de borrar la historia, y la censura. Nuestra historia es la historia de libros perdidos.

Si yo pudiera pedir un deseo, la Biblioteca de Oro existiría, se descubriría, y no solo aparecerían en ella los libros perdidos que cito en el texto de la novela, sino también, como mínimo, las obras de estos seis autores antiguos:

- Safo (h. 610 — h. 570 a. C.), la célebre poetisa griega cuya vida se recuerda a base de mitos basados en sus poemas líricos y en sus apasionadas poesías de amor. Es la culminación de la poesía femenina, y

sus obras conservadas se recogieron y se publicaron en nueve libros hacia el siglo III o II antes de Cristo, pero en los siglos VIII o IX de nuestra era solo se conocían a través de las citas suyas que aparecían en las obras de otros autores.

- La Atenas clásica tuvo tres grandes dramaturgos trágicos, todos ellos contemporáneos entre sí: Esquilo (525 o 524 — 456 o 455 a. C.), Sófocles (h. 495 — 406 a. C.) y Eurípides (480 — 406 a. C.). Esquilo, padre del drama moderno, escribió más de cincuenta obras, y dio elevación al arte de la tragedia, con poesía y con una fuerza teatral fresca. Introdujo a un segundo autor en el escenario, haciendo nacer así el diálogo, el conflicto y el argumento dramático. Los atenienses poseían el único ejemplar de sus *Obras Completas*, y se lo prestaron a los de Alejandría para que hicieran una copia; pero Ptolomeo III tenía otros planes: mandó que se conservara sin hacer copias y no se devolvieran. Los estudiosos acudían a consultar el texto. Transcurrieron los siglos. Después, las bibliotecas de Alejandría se quemaron, y los rollos perecieron entre las llamas. Solo se han conservado siete obras teatrales de Esquilo.
- Sófocles, autor de ciento veintitrés obras de teatro, entre ellas *Edipo rey*, empleó decorados, aumentó el coro e introdujo a un tercer actor, ampliando significativamente el alcance y la complejidad del teatro. Sófocles decía que él mostraba a los hombres como debían ser, mientras que su contemporáneo más joven, Eurípides, los mostraba como eran. Solo se conservan siete tragedias de Sófocles.
- Eurípides, que presentó a reyes vestidos de mendigos y mostró personajes femeninos inteligentes y complejos, se sirvió de relatos tradicionales para mostrar la humanidad y la ética. Escribió más de noventa obras teatrales, notables por el modo realista en que reflejan su época. Su lectura nos enseñaría mucho acerca de Atenas. Solo se conservan dieciocho.
- Confucio (551 — 479 a. C.) fue venerado a lo largo de los siglos por su sabiduría y por su idea revolucionaria de que debemos tratarnos unos a otros con humanidad. Escribió sus *Seis obras*, el *Libro de la poesía*, el *Libro de los rituales*, el *Libro de la música*, el *Libro de la historia*, el *Libro de los cambios* y los *Anales de las primaveras y los otoños*, que constituían todo un programa de estudios. Pero no conocemos perfectamente su visión, ya que el *Libro de la música* se ha perdido.
- El primer emperador romano, Augusto (63 a. C. — 14 d. C.) fue uno de los mayores genios administrativos del mundo. Reorganizó, transformó y

amplió la debilitada República romana en un potente imperio, con buenas comunicaciones, miles de kilómetros de carretereras empedradas, y turismo y comercio florecientes. Era un hombre culto que apoyó las artes y escribió muchas obras. La mayoría ha desaparecido. Resulta especialmente trágica la pérdida de su autobiografía en trece volúmenes, *Mi vida*, que contenía quizá las opiniones personales del hombre que gobernó y dirigió una de las mayores civilizaciones del mundo durante un periodo largo y fundamental de la historia.

BIBLIOGRAFÍA ESCOGIDA PARA LA BIBLIOTECA DE ORO

- (sin autor): *Around the Kremlin: The Moscow Kremlin, Its Monuments, and Works of Art*. Moscú, URSS, Progress Publishers, 1967.
- (sin autor): «Blind Man 'Has Key to Tsar's Secret Library'». Diario *The Times*, Londres, Reino Unido, 17 de septiembre de 1997.
- Arvedlund, Erin: «Fear Me, Giant Sewer Rodents, for I Am Vadim, Lord of the Underground!». Revista *Outside*, septiembre de 1997.
- Backhouse, Janet: *The Illuminated Page: Ten Centuries of Manuscript Painting*. Londres, Reino Unido The British Library, 1993.
- Basbanes, Nicholas A.: *A Gentle Madness: Bibliophiles, Bibliomanes, and the Eternal Passion for Books*. Nueva York, EE.UU., Henry Holt and Company, 1995.
- Canfora, Luciano: *The Vanished Library: A Wonder of the Ancient World*. Berkeley (California), EE.UU., University of California Press, 1990.
- Cockburn, Andrew: «The Judas Gospel». Revista *National Geographic*, mayo de 2006.
- Ehrlich, Eugene: *Veni, Vidi, Vici: Conquer Your Enemies, Impress Your Friends with Everyday Latin*. Nueva York, EE.UU., HarperCollins, 1995.
- Grosvenor, Gilbert H.: «Young Russia: Land of Unlimited Possibilities». Revista *National Geographic*, noviembre de 1914.
- de Hamel, Christopher: T*he British Library Guide to Manuscript Illustration: History and Techniques*. Londres, Reino Unido,The British Library, 2001.
- Hamilton, Masha: «Kremlin Tunnels: The Secret of Moscow's Underworld». Diario *Los Angeles Times*, Los Ángeles (California), EE.UU., 28 de junio de 1989.
- Holmes, Charles W.: «Unsolved Mystery: What Happened to Ivan the Terrible's Library?». *Cox News Service*, 31 de octubre de 1997.
- Holmes, Hannah: «Spelunking: And Please, No Flash Pictures of the Blob». Revista *Outside*, marzo de 1995.
- Ilinitsky, Andrei: «Mysteries Under Moscow». *Bulletin of the Atomic Scientists*, mayo/junio de 1997.
- Kelly, Stuart: *La biblioteca de los libros perdidos*. Barcelona, España, Paidós Ibérica, 2007.

- Khinsky, Nikolay: «Secret Treasures: Moscow's Caches». WhereRussia.com: Russian National Tourist site for International Travellers, www.WhereRussia.com, década de 1990.
- Madariaga, Isabel de: *Ivan el Terrible*. Madrid, España, Alianza, 2008.
- Panshina, Natalya: «Archaeology Expert Hopeful About Library of Ivan IV». Agencia Tass, 18 de septiembre de 1997.
- Polastron, Lucien X.: *Books on Fire: The Destruction of Libraries Throughout History*. Rochester (Vermont), EE.UU., Inner Traditions International, 2007.
- Severy, Merle: «The Byzantine Empire: Rome of the East». Revista *National Geographic*, diciembre de 1983.
- Sheldon, Rose Mary: *Espionage in the Ancient World: An Annotated Bibliography*. Jefferson (Carolina del Norte), EE.UU., McFarland && Company, Inc., 2003.
- id.: *Intelligence Activities in Ancient Rome*. Nueva York, EE.UU., Routledge, 2005.
- Simpson, D. P.: *Cassell's New Compact Latin Dictionary*. Nueva York, EE.UU., Cassell && Co., Ltd., 1963.
- Stewart, Deborah Brown, bibliógrafa y bibliotecaria de servicios de investigación, departamento de Estudios Bizantinos, Biblioteca y Colección de Investigación de Dumbarton Oaks, Washington, D.C. (EE.UU.) Correo electrónico a la autora, 7 de agosto de 2007.
- Vinogradskaya, Alexandra: «A Map of Moscow That Does Not Exist». Revista *Russian Culture Navigator*, VOR.RU, 9 de noviembre de 1999.
- id.: «The Mysteries of Underground Moscow». Revista *Russian Culture Navigator*, VOR.RU, 12 de abril de 1999.
- id.: «The Mystery of the Byzantine Library». Revista *Russian Culture Navigator*, VOR.RU, 18 de enero de 1999.
- Yevdokimov, Yevgeny: «Possible Whereabouts of Famous Library Revealed to Mayor». Agencia ITAR-TASS, 16 de septiembre de 1997.

AGRADECIMIENTOS

Mi vida está llena de personas buenas y entregadas, y muchas de ellas me han ayudado a escribir esta novela. Debo un agradecimiento especial a mi agente extraordinaria, Lisa Erbach Vance, de la agencia literaria Aaron M. Priest; a mi editor, de categoría mundial, Keith Kahla, editor ejecutivo en la editorial St. Martin's Press, y a mi gestora y asistente polifacética Tara Stockton, que domina cuatro idiomas y se mueve por todo el mundo.

He consultado con frecuencia a la novelista Melodie Johnson Howe, que leyó heroicamente largos pasajes de la novela y me brindó sus sabios comentarios. Los escritores Kathleen Sharp y Josh Conviser colaboraron conmigo con generosidad en el estudio profundo de la delincuencia internacional. Los exagentes de la CIA Alan More y Robert Kresge (este último, también escritor) han sido unas fuentes importantes que he tenido siempre a mi disposición.

Mis hijos, sus cónyuges y una de mis hijastras comentaron el libro conmigo y me facilitaron detalles sobre la geografía y los lugares que yo no podía visitar: Paul Stone y Katrina Baum, Julia Stone y Kari Timonen, y Deidre Lynds. A los que han seguido la historia de mi otra hijastra, Katie Lynds, les comunico aquí que sigue ingresada en un centro maravilloso para pacientes con lesiones cerebrales, y va progresando bien.

La editorial St. Martin's es como un hogar para mí, y allí estoy muy a gusto. Mi agradecimiento especial a Sally Richardson, Matthew Baldacci, Matthew Shear, Joan Higgins, John Murphy, Nancy Trypuc, Monica Katz, Brian Heller, John Karle y Kathleen Conn.

Deborah Brown, bibliógrafa y bibliotecaria de investigación de Estudios Bizantinos en la Colección y Biblioteca de Investigación Dumbarton Oaks, en Washington, D. C., me brindó una ayuda inmensa en el estudio de la historia apasionante de la Biblioteca de Oro. Otras personas con las que estoy en deuda son Kathleen Antrim, Barbara Paul Blume, Steve y Liz Berry, Ray Briare, Lee Child, Julian Dean, David Dun, Emily Erikson y Joe Ligman, Yogiraj Gurunath, David Hewson, Bones Howe, Randi y Doug Kennedy, Bill McDonald, David y Donna Morrell, Naomi Parry, M. J. Rose, Elaine y George Russell, Jim Rollins, Greg Stephens, Tom y Alexandra Leslie, Steve Trueblood y Diane Vogt.

Al lector de esta novela quizá le agrade saber que algunos de sus personajes llevan los nombres verdaderos de lectores que participaron en un concurso en mi sitio web. Estos tuvieron la bondad de enviarme por correo electrónico la autorización

correspondiente para que emplease sus nombres en el libro… ya fuera en el papel de bueno, de malo o de muerto. No diré cuáles son. Eso es lo que se llama suspense.

Gracias a todos y a cada uno.

NOTAS

[1] Langley, población en el estado de Virginia, sede de la oficina central de la CIA. El nombre *Langley* se emplea con frecuencia como sinónimo de la CIA misma (N. del T.). <<

[2] La Colina *(The Hill):* Capitol Hill, barrio próximo al Capitolio, en Washington D. C. (N. del T.). <<

[3] Clase 6: entre 8.846 y 11.793 kg de peso total (vehículo y carga) (N. del T.). <<

[4] Clase 7: entre 11.794 y 14.969 kg de peso total (vehículo y carga) (N. del T). <<

[5] Informe de Violación del Reglamento, en las prisiones del estado de California; suele acarrear un aumento de condena de seis meses (N. del T.). <<

[6] *Law,* en inglés «ley» (N. del T.). <<

[7] NSA, National Security Agency, agencia de inteligencia criptológica del Departamento de Defensa de los Estados Unidos (N. del T.). <<